



TROTSKY, por G. Zislin.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*Recopilación
sobre los
sindicatos*

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov
 Valencia, 2ª edición, agosto de 2022



germinal_1917@yahoo.es

Presentamos esta recopilación que, aunque extensa, no es exhaustiva. El sindicato, la cuestión sindical, está muy presente en la obra de León Trotsky; y lo está porque él tuvo muy presente al sindicato, a esta organización obrera, tanto en su práctica teórica como en su práctica inmediata. Resalta en Trotsky la enorme flexibilidad ante la intervención militante en los sindicatos, como el profundo arraigo en los principios marxistas de aquella flexibilidad.

Las fuentes de los textos vienen indicadas en cada uno de ellos.

Como lecturas complementarias nos tienta remitir al lector a la obra completa de Trotsky, pero nos conformaremos con indicarle que en *¿Adónde va Francia? Recopilación de artículos con anexos*, editada en estas mismas OELT-EIS, está muy presente la cuestión de los sindicatos. También puede el lector descargarse la obra *Los marxistas y los sindicatos*, editada en los *Cuadernos de formación marxista* del extinto *Grupo Germinal-en defensa del marxismo*. Es difícil escoger algún pasaje de la *Historia de la revolución rusa* en el que se trate sobre los sindicatos en ella: estuvieron continuamente presentes en la revolución y, por tanto, lo están en la obra en cuestión; quien quiera profundizar deberá hacer una búsqueda del concepto en el texto usando las herramientas adecuadas.

Es necesario plantearse aquí como un principio inquebrantable: el autoaislamiento de capitulación al margen de los sindicatos de masas, equivalente a la traición de la revolución, es incompatible con la pertenencia a la IV Internacional. (Programa de Transición)

El peligro reside en transformar el problema del partido obrero en una pura abstracción. La base de nuestra actividad son los sindicatos; sólo en la medida en que echemos raíces en ellos el partido obrero se volverá de carne y hueso. El haber comenzado seriamente nuestro trabajo sindical nos llevó a la consigna del partido obrero. Ahora hay que utilizar esa consigna para insertar profundamente al partido en los sindicatos. ("Problemas del partido norteamericano", carta a Cannon, 5 de octubre de 1938)

Para lograr sus objetivos la clase obrera tiene que crear sus organizaciones, los sindicatos y el partido político. En este proceso una capa de burócratas, secretarios de los sindicatos y de otras organizaciones, diputados, periodistas, etcétera, se eleva por encima del sector explotado. Los elevan tanto sus condiciones materiales de vida como su influencia política. Pocos son los que mantienen una íntima relación con la clase obrera y permanecen leales a sus intereses. Los más comienzan a mirar a los que están por encima de ellos en lugar de mirar a los que están por debajo. Empiezan a ponerse del lado de la burguesía, olvidando los sufrimientos, las miserias y las esperanzas de la clase trabajadora. Esta es la causa de muchas de las derrotas infligidas al proletariado. ("¿Qué significa la lucha contra el trotskismo?", 9 de octubre de 1938)

Es una ley histórica que los funcionarios sindicales formen el ala derecha del partido. No hay excepciones. Así fue en la socialdemocracia; así fue también en el Partido Bolchevique. Ustedes saben que Tomsy estuvo con la derecha. Es absolutamente natural. Ellos tratan con la clase, con sus elementos atrasados; son la vanguardia partidaria en la clase obrera. Su campo de adaptación necesario son los sindicatos. La gente que está en los sindicatos hace de esta adaptación su trabajo. Eso explica por qué la presión de los elementos atrasados se refleja siempre a través de los camaradas sindicalistas. Es una presión saludable; pero también puede apartarlos de los intereses históricos de la clase: pueden llegar a ser oportunistas. (Discusión con camaradas el 15 de junio de 1940)

Índice

Prefacio a Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista. Stéphane Just	7
<i>El período del capitalismo en descomposición y de la revolución proletaria</i>	7
<i>“Neo teóricos”, “neocapitalismo” y “neosindicalismo”</i>	8
<i>Tentativa y fracaso de la integración en frío de los sindicatos al estado</i>	10
<i>La clase obrera, los sindicatos y los aparatos sindicales</i>	12
<i>El nuevo período revolucionario</i>	14
<i>La burguesía y los aparatos no renuncian</i>	15
<i>Los sindicatos y las formas soviéticas de organización</i>	18
<i>Sindicatos y partido revolucionario</i>	19
[Sindicatos y próxima revolución en Rusia]	22
[Sindicatos en la revolución de 1904-1905]	23
[Sindicatos y catástrofe de 1914]	24
Primero de Mayo (1890-1915)	25
La conferencia de Gompers y compañía [burocracia sindical norteamericana y guerra imperialista]	29
[En la revolución rusa de 1917]	31
[Sóviets, sindicatos y organizaciones campesinas, dueños del país]	32
[Informe en el Tercer Congreso Panruso de los Sindicatos]	34
<i>Informe sobre la organización del trabajo</i>	34
<i>La obligación del trabajo</i>	34
<i>La militarización del trabajo</i>	36
<i>Los ejércitos del trabajo</i>	44
<i>El plan económico único</i>	47
<i>Dirección colectiva y dirección unipersonal</i>	50
<i>Conclusión</i>	52
Los agrupamientos en el movimiento obrero francés y las tareas del comunismo francés	59
Carta a un sindicalista francés	62
<i>El objetivo revolucionario del proletariado</i>	62
<i>Necesidad de un partido comunista</i>	63
<i>Insuficiencia de los medios sindicales</i>	64
<i>Órganos de la dictadura del proletariado</i>	65
<i>La unidad del frente revolucionario</i>	67
Intervención en la Conferencia de los Transportes convocada por el Comité Central de los Transportes (Tsektran)	68
Nuevo período, nuevos problemas	77
Plataforma de Trotsky, Bujarin, etc., para el X Congreso del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) [Cuestión sindical]	81

<i>La crisis que atraviesan los sindicatos</i>	83
<i>Los sindicatos como sostén del partido</i>	84
<i>El trabajo de educación de los sindicatos (“escuelas de comunismo”)</i>	84
<i>La estatización de los sindicatos</i>	85
<i>Los métodos de persuasión y los métodos de compulsión en los sindicatos</i>	86
<i>El partido y los sindicatos</i>	86
<i>Las secciones políticas y los sindicatos</i>	86
<i>Medidas prácticas</i>	87
(El comunismo y el sindicalismo en Francia)	92
[Los parados y los sindicatos]	95
(El comunismo y el sindicalismo en Francia)	96
Carta al camarada Monatte	99
Carta a los camaradas Cachin y Frossard.....	101
[Estrechar lazos con las masas y sindicato] Carta a Lenin	104
[Movimiento sindical y Frente Único].....	106
La huelga en el estado obrero.....	109
[El CE de la Internacional Comunista sobre partido, militantes comunistas y sindicato en Francia]	114
[Más del CE de la Internacional Comunista sobre partido, militantes comunistas y sindicato en Francia]	116
[Trotsky y el sindicalismo en Francia].....	118
[Más sobre el PCF y la práctica sindical].....	119
[Más sobre el PCF y la cuestión sindical] Carta a Ker.....	120
[El partido y los sindicatos].....	121
Programa de trabajo y de acción del Partido Comunista Francés	122
Una discusión necesaria con nuestros camaradas sindicalistas	126
¡Otra vez los prejuicios anarcosindicalistas!	132
[Sindicatos en la construcción de la sociedad de transición].....	135
[Sindicalismo,] tradeuniones, y bolchevismo.....	136
[Sindicatos y sóviets en revolución china, y Comité Anglo-Ruso].....	144
La situación de la clase obrera y de los sindicatos.....	148
<i>La situación de los obreros</i>	149
<i>Obreros agrícolas</i>	150
<i>La cuestión de la vivienda</i>	150
<i>El paro</i>	150
<i>Organizaciones sindicales y los obreros</i>	152
<i>Propuestas concretas más importantes</i>	152
<i>En el campo de la situación material de los trabajadores</i>	152
<i>En el ámbito del trabajo sindical</i>	154
Partido y sindicatos	156
Comunismo y sindicalismo	157
Los errores de principio del sindicalismo	164

[Radicalización de las masas, crisis, huelgas económicas y políticas, sindicato]	169
[Centrismo y sindicatos]	174
Monatte cruza el Rubicón	178
Los errores de los sectores de derecha de la Liga Comunista sobre la cuestión sindical	182
La cuestión de la unidad sindical.....	189
Los sindicatos ante la embestida económica de la contrarrevolución	196
[El partido y el trabajo militante en el sindicato].....	198
[Los sindicatos en Gran Bretaña]	199
La tarea de los maestros revolucionarios. Carta a Maurice Dommanget [frente único, unidad sindical, autodefensa, fascismo].....	202
Del plan de la CGT a la conquista del poder	206
<i>El objetivo del Plan</i>	207
<i>La anarquía del socialismo</i>	207
<i>Las propuestas del Plan</i>	208
<i>Contra la dictadura del capital financiero</i>	209
<i>La nacionalización de la industria</i>	209
<i>Condiciones de adquisición</i>	210
<i>La abolición del secreto comercial</i>	210
<i>El control obrero</i>	211
<i>La semana de cuarenta horas</i>	211
<i>La cuestión campesina</i>	212
<i>¿Bajo qué régimen político?</i>	212
<i>¿Quién detenta el poder?</i>	213
<i>Lucha de clases o colaboración</i>	213
<i>El principal defecto del Plan</i>	214
<i>El Frente Único del Proletariado</i>	214
[Sindicatos como organizaciones de masas y sindicatos bajo la clandestinidad]	216
[Ascenso revolucionario y crecimiento de los sindicatos]	218
[El trabajo revolucionario en los sindicatos de Holanda].....	221
[En la revolución española de 1936].....	222
[En el proceso revolucionario de China, en 1937].....	224
[La unidad sindical mundial y la URSS bajo el estalinismo]	231
[Carta a Sneevliet sobre la situación sindical holandesa].....	233
[El sindicato, la norma y los hechos].....	236
[Más sobre el partido holandés y la cuestión sindical].....	238
Periódicos de fábrica y periódico teórico.....	240
[Sobre el movimiento obrero en Estados Unidos y en Europa].....	242
La industria nacionalizada y la gestión obrera	247
[CIO, sindicato en Estados Unidos, ciclo prosperidad, consignas, salarios y construcción partido obrero revolucionario].....	250
[Sobre el congreso sindical panamericano organizado por el estalinismo]	256
[La cuestión sindical, Carta a W. Dauge].....	258

[En el Programa de Transición].....	259
<i>Programa mínimo y programa de transición</i>	259
<i>Escala móvil de salarios y escala móvil de horas de trabajo</i>	260
<i>Los sindicatos en la época de transición</i>	261
<i>Comités de fábrica</i>	262
[Tareas de los sindicatos, entrevista a Mateo Fossa]	263
Los sindicatos y la crisis social en Estados Unidos [entrevista con un organizador de la CIO]	264
Las tareas del movimiento sindical en América Latina,	269
[Los sindicatos en la discusión sobre América Latina].....	271
¡Al pozo! (Sobre el último congreso de la CGT).....	276
[Los sindicatos y la guerra].....	278
[Discusiones con Trotsky: sindicatos y elecciones, agrupamientos dentro sindicato, minorías raciales...]	279
Problemas norteamericanos [y sindicatos y conscripción].....	293
Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista	301
<i>La fusión de las organizaciones sindicales con el poder estatal</i>	301
<i>Consignas por la independencia de los sindicatos</i>	302
<i>Necesidad del trabajo en los sindicatos</i>	303
<i>En los países “atrasados”</i>	303
<i>El capitalismo monopolista y los sindicatos</i>	303
<i>En los países coloniales o semicoloniales</i>	304
<i>En Inglaterra</i>	304
<i>En Francia</i>	304
<i>En los Estados Unidos</i>	304
<i>En España</i>	304
<i>En Holanda</i>	305
<i>En México</i>	305
<i>El anarquismo</i>	305

Prefacio a Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista. Stéphane Just

(15 de julio de 1972)

El período del capitalismo en descomposición y de la revolución proletaria

Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista constituye un conjunto de notas más que un texto acabado. Trotsky pretendía hacer un artículo, y puede que un folleto. Asesinado por el agente del GPU Jack Mornard, no pudo acabar este trabajo. Pero, aunque en estado de notas, este texto es indispensable para definir la política del proletariado, la política revolucionaria, en la época del capitalismo en descomposición, del imperialismo.

Trotsky no especulaba, analizaba una experiencia que cubría varios decenios y que se extendía desde los años que precedieron a la primera guerra imperialista a los de la segunda guerra mundial. Estos años fueron de una importancia capital pues fueron en los que el carácter del imperialismo, “reacción en toda la línea”, se manifestó en el estallido de la primera guerra imperialista mundial; fueron los años de la apertura de la revolución proletaria mundial con la victoria de la revolución rusa. Fueron también los años de duras derrotas del proletariado en Alemania, Hungría, Italia y en múltiples países de Europa, entre 1918 y 1924; de la derrota de la huelga general inglesa de 1926; de la segunda revolución china y de su derrota; fueron los años de la victoria del fascismo en Italia, Alemania; y, tras una nueva llamarada revolucionaria en Francia y, sobre todo, en España, fueron los años de la victoria de Franco. Acabaron con la segunda guerra imperialista mundial, única “solución” capitalista a la crisis mundial, cuando el proletariado fue batido en los principales países capitalistas de Europa. Estos años fueron, igualmente, los de la degeneración de la revolución rusa, del partido bolchevique, de la III Internacional, de la formación de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional.

El lugar de los sindicatos, la política de los aparatos sindicales, sus relaciones con el estado burgués, por una parte, y el proletariado por la otra, son analizados en relación con la crisis general del sistema capitalista, las contradicciones sin salida del imperialismo y la lucha de clases mundial que enfrenta el movimiento del proletariado que se orienta hacia la revolución proletaria y la contrarrevolución burguesa bajo todas sus formas. Es así que, refiriéndose tanto a la experiencia de los sindicatos dirigidos por los reformistas (tanto en Francia como en Inglaterra y América) como a los sindicatos dirigidos por los anarcosindicalistas en España, Trotsky llega a una única y misma conclusión:

“El capitalismo monopolizador está cada vez menos dispuesto a conciliar con la independencia de los sindicatos. Le reclama a la burocracia reformista y a la aristocracia obrera, que recogen las migajas caídas de su mesa, que se transformen las dos en su policía política a los ojos de la clase obrera.

Si esto no pasa, la burocracia sindical es suprimida y reemplazada por los fascistas. Entonces, todos los esfuerzos de la aristocracia obrera, al servicio del imperialismo, no pueden salvarla de la destrucción.”

Conclusión que también se aplica, en esencia, a los países económicamente atrasados.

Trotsky, que vivía en México, seguía con particular atención el desarrollo de la “lucha antiimperialista” de la burguesía mejicana bajo la dirección de Cárdenas y caracterizaba así la participación de las direcciones sindicales en la gestión de los ferrocarriles y campos petrolíferos que acababan de ser nacionalizados:

“Es una medida de capitalismo de estado en un país atrasado que busca defenderse de esta forma contra el imperialismo extranjero, por una parte, y, por la otra, contra su propio proletariado. La gestión de los ferrocarriles y de los campos de petróleo bajo el control de las organizaciones obreras no tiene nada en común con el control obrero sobre la industria puesto que, al fin de cuentas, la gestión está en manos de la burocracia obrera, que es independiente de los trabajadores pero que, por el contrario, está bajo la completa dependencia del estado burgués. Esta medida de la clase dirigente pretende disciplinar a la clase obrera y hacerla trabajar mejor al servicio de los intereses comunes del estado que parecen confundirse con los intereses de la misma clase obrera. En realidad, toda la tarea de la burguesía consiste en liquidar los sindicatos en tanto que organizaciones de la lucha de clases y reemplazarlos por la burocracia sindical como órgano de la dirección del estado burgués sobre los obreros.”

La burguesía mejicana que trata de deshacerse de la presión del imperialismo sigue siendo, a pesar de ello, un componente de la burguesía mundial. La economía mejicana sigue integrada en el modo de producción capitalista en su fase decadente, imperialista, y, aunque de forma específica, la burguesía intenta destruir los sindicatos en tanto que órganos de la clase obrera, intenta transformarlos en órganos de control de la clase obrera subordinada al poder, al estado burgués.

Que la burguesía se esfuerce en subordinar a la clase obrera, en destruir las organizaciones sindicales como organismos elementales de clase del proletariado, es consecuencia de la naturaleza del período histórico, el del imperialismo, estadio supremo del capitalismo en putrefacción, incapaz de desarrollar las fuerzas productivas, período que también es, igualmente y por esta misma razón, el de las guerras y las revoluciones, el de la revolución proletaria mundial.

Estos esfuerzos de la burguesía, buscando subordinar a la clase obrera y destruir sus organizaciones sindicales, se manifiestan tanto en los países capitalistas avanzados como en los países económicamente atrasados, bajo la impronta del capitalismo, incluso si es bajo formas particulares en cada caso, en función de las relaciones sociales y políticas propias de cada país, en función también de su lugar en la economía y en la lucha de clases mundial.

“Neo teóricos”, “neocapitalismo” y “neosindicalismo”

En el curso de los veinticinco años que han seguido a la Segunda Guerra Mundial, la descomposición del modo de producción capitalista se ha desarrollado considerablemente; la gangrena afecta al corazón del sistema imperialista mundial, los EEUU. Ello, sin embargo, bajo condiciones particulares: el estado burgués norteamericano fue capaz de movilizar inmensos recursos que le permitieron evitar, en la inmediata y posterior posguerra, el hundimiento de las viejas potencias imperialistas de Europa. Estos esfuerzos estuvieron en el origen de una nueva división internacional del trabajo, de la reconstitución del mercado mundial. No faltó nada más para que surgiesen “neoteóricos” que concluyeron que había nacido un “neocapitalismo”. Entre ellos, en primera fila, los renegados de la IV Internacional, que operan bajo la etiqueta del Secretariado Unificado de la IV Internacional. Cumplen múltiples proezas teóricas y políticas. Además del obligatorio sombrero a la “obra de Trotsky”, los renegados de la IV Internacional se devanan los sesos en elaborar nuevas teorías sobre “los sindicatos en

la época del ‘neocapitalismo’” y del “desarrollo sin límites de las fuerzas productivas”. Han escrito esto:

“El objetivo esencial de la burguesía es la estabilidad, “la paz social”. Al mismo tiempo que intenta hacer el poder central cada vez menos sensible a las sacudidas sociales (tendencia al estado fuerte) está dispuesta a ceder algunas ventajas a la clase obrera (aumento de salarios, disminución del tiempo de trabajo) con la condición que sean previstas, planificadas. Según las colaboraciones, esto se llama política de rentas, participación, reparto justo de los frutos del trabajo, pero todo ello está enfocado, esencialmente, a una cosa: evitar los choques, los aumentos salariales “demasiado importantes”, los paros “intempestivos” en el trabajo, todo aquello que pueda desequilibrar las previsiones.

Tal es el sentido de la política de integración del movimiento sindical, intentada con mayor o menos éxito por todas las burguesías europeas desde hace veinte años. A fin de obtener la paz social, buscan negociar con las organizaciones sindicales reconocidas por los trabajadores, aceptan cederles algunas ventajas que tienen previstas, los sindicatos se comprometen a no desatar movimientos “desconsiderados” que puedan paralizar la producción y entrar en conflicto con los planes capitalistas” (Resolución del 1er Congreso de la Ligue communiste, Cahiers Rouges, nº 10-11, página 108)

Con otras palabras: el “neocapitalismo” ha resuelto “casi” totalmente las contradicciones del modo de producción capitalista. Asegura el desarrollo planificado de las fuerzas productivas, aunque todavía no por completo. Para lograrlo totalmente le hace falta planificar el desarrollo de la fuerza productiva esencial, la del proletariado. Este es el objetivo de la “política de rentas” y “... tal es el sentido de la política de integración de los sindicatos en el estado”. Si es así, la contradicción fundamental de la que se derivan todas las otras (la apropiación privada de los medios de producción y el carácter social de la producción, el antagonismo irreductible entre el capital y la fuerza de trabajo) estaría en vías de ser resuelta. Ninguna duda es posible, la burguesía logrará sus fines: asociar los sindicatos al desarrollo de las fuerzas productivas, y sin tener que destruirlos. Lo que se abriría sería un nuevo período de colaboración de clases, pero, sin embargo, infinitamente mucho más estable y amplio que el que vio nacer a la aristocracia obrera y la adaptación de los aparatos sindicales a sus burguesías nacionales en el período de ascenso del imperialismo en los países capitalistas dominantes.

Los teóricos del “neocapitalismo” han eliminado de sus análisis los datos que son, sin embargo, esenciales. La “prosperidad” del modo de producción capitalista ha sido precedida por casi 40 años de guerras imperialistas, de crisis, de inmensas destrucciones de fuerzas productivas. Está basada en el más gigantesco parasitismo que se pueda concebir: la economía de armamento impulsada por el imperialismo norteamericano. Antes y durante la Segunda Guerra Mundial, el poder adquisitivo, las condiciones de vida de los trabajadores de los principales países capitalistas de Europa fueron masivamente cercenadas, hasta llegar al punto cero en Alemania. Al proletariado de algunos países le hicieron falta más de quince años para reconquistar una situación económica igual a la de antes de la guerra (lo que le dio un gran margen de maniobra al capital).

Estos teóricos han guardado silencio, con no menor resolución, igualmente sobre las complejas relaciones entre las clases y en su interior después de la Segunda Guerra Mundial. La potencia del proletariado se manifestó entonces a través del hundimiento de muros enteros del sistema imperialista mundial (la transformación de las relaciones sociales de producción en Yugoslavia y China y la reconstitución de organizaciones obreras sindicales y políticas de una potencia sin igual hasta en los países capitalistas

económicamente desarrollados. La burguesía no pudo, sin enormes riesgos, entablar una batalla frontal contra el proletariado y sus organizaciones, especialmente en estos países, pues la contrarrevolución hubiese agudizado la revolución. Pero al mismo tiempo, en razón de las condiciones del desarrollo de la segunda guerra imperialista, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional habían adquirido un enorme prestigio, sin ninguna duda en detrimento del proletariado soviético, prestigio que les permitió, sin embargo, controlar el movimiento obrero, los sindicatos de los países capitalistas decisivos desde el punto de vista de la lucha de clases mundial. Por otra parte, por el contrario, como en Alemania, la política estalinista reforzó la influencia socialdemócrata en ausencia de otras perspectivas. Más aún: borró toda salida propia al proletariado y, en numerosos países económicamente atrasados, dejó libre paso a direcciones pequeño burguesas. Este conjunto de relaciones entre las clases y en su interior explica por qué y cómo las organizaciones sindicales no han sido integradas en el estado y destruidas como organizaciones elementales de la clase obrera, al menos en los países económicamente avanzados. Los aparatos sindicales, sin embargo, han colaborado estrechamente con los estados y los gobiernos burgueses, pero de una forma mucha más próxima a la colaboración de clases “clásica” y no transformando los sindicatos en puros y simples engranajes del estado burgués. Todavía conviene, además, señalar que, en numerosos países de África, América Latina y Asia, los sindicatos están bajo el control directo de direcciones burguesas o pequeño burguesas que los han sometido al aparato de estado; y también en países económicamente desarrollados, como en Alemania del Oeste por ejemplo, la tendencia a la integración de los sindicatos en el estado está fuertemente marcada.

Pero una vez más, como gustaba decir Trotsky, el canto de la lechuza se eleva en el crepúsculo: los renegados de la IV Internacional teorizan su política en el momento en que se agota el relativo equilibrio que siguió a la guerra. El parasitismo de la economía de armamento se manifiesta en la inestabilidad del sistema monetario, en aumento desde los primeros años sesenta. La necesidad, desde el punto de vista del capital, de domesticar estrechamente a los sindicatos se hace apremiante y, en el curso de los años sesenta, los gobiernos inglés, francés, alemán, italiano, etc., se ven forzados a lograrlo. Eso es lo que significa “la política de rentas”, la “participación”, las leyes “reglamentado” los derechos sindicales y el derecho de huelga. Que esta política haya fracasado hasta el momento, es otro asunto. Ciertamente que, en todo caso, los renegados a la IV Internacional no tienen ninguna responsabilidad en este fracaso. ¿No escribían y decían, a quienes quisieran escucharlos, que la clase obrera se “recontracachondeaba” espontáneamente del referéndum del 27 de abril de 1969... que le concernía tan poco y que comprendía mal? ¿No llamaron al boicot de un referéndum que trataba sobre la integración de los sindicatos en el estado burgués? ¿Pero qué importa eso a gente que no diferencian entre la simple colaboración de clases y la integración de los sindicatos en el estado burgués? ¿Que le importa eso a gente que comprende tan poco lo que significa la naturaleza y origen de clase de los sindicatos, que se convierte en defensora de la CFDT cuya orientación es, simplemente, la aplicación, bajo circunstancias determinadas, de la “doctrina social de la Iglesia”: el corporativismo bajo la nueva etiqueta de la “autogestión”!

Tentativa y fracaso de la integración en frío de los sindicatos al estado

La crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin se afirmó durante los años sesenta. El imperialismo norteamericano no podía soportar solo y a pulso la economía mundial y el sistema imperialista. La crisis del dólar se anunciaba. La competencia internacional renacía. Cada vez más, se afirmaba la tendencia a relegar a su justo lugar a las viejas potencias imperialistas decadentes de Europa. El Mercado Común revelaba ser un campo de enfrentamiento económico que no protegía ni, incluso, a sus

agentes de la penetración de los capitales norteamericanos. Por el contrario, las viejas potencias imperialistas de Europa intentaban romper las barreras levantadas en la URSS y en los países de Europa del Este contra la libre penetración de capitales y mercancías. Los más competitivos de ellos, principalmente Alemania del Oeste, extendían hasta EEUU su penetración del mercado mundial, pero se enfrentaban, cada vez más, a la temible competencia del renaciente imperialismo japonés que penetraba en todos los mercados, entre ellos en el mercado norteamericano.

Conjuntamente, la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites se enfrentaban a problemas insolubles nacidos de la gestión burocrática de la economía planificada, del parasitismo, de las distorsiones que esta gestión conlleva, del impase de la “construcción del socialismo (una economía autosuficiente) en cada país”. Les era necesario intentar resolver estas contradicciones: ese fue el objeto de las reformas de la planificación. Pero la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites no podían, y no pueden, recurrir solo a las soluciones que permitirían el desarrollo armonioso de las fuerzas productivas en la URSS y en los países de Europa del Este: la elaboración del plan y su realización bajo el control de los trabajadores. La burocracia del Kremlin no podía realizar la integración de la economía de la URSS y de los países de Europa del Este en la división europea y mundial del trabajo sobre bases socialistas mediante la victoria de la revolución proletaria destruyendo en sus bastiones al imperialismo: no podía, mediante el estallido de las barreras nacionales, constituir, notablemente sobre esta base, los Estados Unidos Socialistas de Europa. Las “soluciones” de las burocracias parasitarias sólo podían ser burguesas, es decir, recurrir a la competencia y leyes del mercado, intentar integrar en el mercado mundial capitalista a la economía de la URSS y de los países del Este de Europa. El remedio agravaba el mal y aumentaba los antagonismos sociales. Era un nuevo factor de aceleración de la crisis del estalinismo y de su aparato internacional. En efecto, en lo más alto de su potencia política, tras la guerra, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional amenazaban dislocarse: la revolución china triunfante contra la voluntad de Stalin; Tito y el PCY rechazando subordinarse al Kremlin y rompiendo con él en 1948; la burocracia del Kremlin no lograba comprimir las fuerzas centrífugas y las contradicciones sociales en Europa del Este más que al precio de sangrantes purgas de las cuales los trágicos juicios eran los aspectos espectaculares; la guerra fría tendía a romper estas contradicciones.

A la muerte de Stalin, la burocracia del Kremlin se esforzó en detener las contradicciones más explosivas. Pero por las brechas abiertas, el proletariado iba a pasar y comenzar un combate abierto contra las burocracias parasitarias, en junio de 1953 en Alemania del Este primero, en Polonia enseguida durante el año 1966, por fin en Hungría, donde la revolución de los consejos obreros estalló en noviembre de 1956. La revolución política dejaba de ser un artículo de programa, era la brillante realidad política, siempre presente, preparándose para el gran día o, obscuramente, en las profundidades sociales, pero contra la que no dejarían de tropezar las burocracias parasitarias. La crisis de la burocracia del Kremlin y de su aparato se afirmaba más con la ruptura abierta entre Moscú y Pekín, cuando se debilitaba el control de los PC sobre proletariados como el francés e italiano, erosionado por la colaboración con la burguesía y su papel de agentes del Kremlin.

Esta crisis conjunta hacía urgente la modificación de las relaciones entre las clases tal como quedaron restablecidas después de la Segunda Guerra Mundial. Esto era particularmente necesario en Europa, cuna del capitalismo, del imperialismo, pero donde se afirmaba la decadencia de las viejas potencias imperialistas, esta Europa que es igualmente la cuna del movimiento obrero. Tras el aplastamiento de la revolución húngara de los consejos por los tanques de la burocracia del Kremlin, tras el acceso al poder, sin

combate, de De Gaulle en Francia, por primera vez la burguesía, aunque en crisis, retomaba la iniciativa política contra el proletariado. Iba a intentar utilizar esta iniciativa para esforzarse en domesticar a la clase obrera, para destruir su capacidad de combate, para integrar los sindicatos en el estado burgués.

La historia de esta tentativa no puede escribirse aquí. Sin embargo, es necesario recordarla. Tanto en Alemania, Italia, Inglaterra como en Francia, las burguesías y su gobierno han intentado realizar esta operación, de alguna manera, en frío, sin enfrentamiento global, directo y brutal con la clase obrera, basándose en la política de los aparatos burocráticos sindicales, estalinistas, socialdemócratas o pequeñoburgueses. El resultado está ahí. De Gaulle en Francia ha fracasado. Igual fracaso en Alemania del Oeste a pesar del voto de las leyes sobre el estado de excepción, la “cogestión”, el gobierno Kissinger-Brandt y enseguida el gobierno dirigido por Brandt. Fracaso en Inglaterra a pesar de la votación de la ley sindical puesta a punto por el gobierno Heath. Mucho más: la clase obrera ha superado sus derrotas políticas. De nuevo ha comenzado el combate que culminó en Francia con la huelga general de mayo-junio 68 y que se ha desarrollado en Inglaterra desde la huelga de los marinos británicos en 1966 hasta la huelga victoriosa de los mineros en 1972. Este combate ha puesto en marcha al proletariado italiano en múltiples acciones y ha levantado, recientemente todavía, a los metalúrgicos de Baden-Wurtemberg en una huelga de significación nacional. Esta voluntad de lucha se ha manifestado también en movimientos que se han desarrollado en Suecia, Bélgica y otros países. La clase obrera retoma la iniciativa política, y esto se concreta, siempre en Europa, en los movimientos revolucionarios de Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1970-1971, mientras que en España la dictadura franquista y sus “sindicatos” verticales, corporativistas, son puestos fuera de combate por la clase obrera.

La conclusión que se impone es evidente: la dificultad de la burguesía en integrar a los sindicatos en el estado burgués es tan grande como su encarnizamiento para lograrlo.

La clase obrera, los sindicatos y los aparatos sindicales

Es indispensable analizar por qué la burguesía se encarniza en integrar a los sindicatos en el estado y las dificultades con que tropieza en el logro de ese objetivo. Los sindicatos son organismos de clase del proletariado, elementales pero fundamentales. Son el medio de combate cotidiano contra la explotación y el lugar en el que las capas más combativas del proletariado se organizan. Han sido construidos en el curso de toda una historia hecha de enfrentamientos con la patronal y el estado burgués. En período de lucha, la clase obrera necesariamente tiene que recurrir a sus sindicatos (incluso si los ha abandonado parcialmente) para dirigir y organizar su acción. En este sentido, son una conquista histórica del proletariado que, sólo por su propia organización de clase puede resistirse a la patronal y al estado burgués y, *a fortiori*, enfrentarse a ellos, hacerlos retroceder y vencerlos. Los sectarios resaltan los rasgos reaccionarios de los aparatos sindicales, para darles la espalda a los sindicatos. Los renegados de la IV Internacional, y determinadas variaciones de izquierdistas, no comprenden que las organizaciones sindicales reales son un producto del movimiento obrero, que sus raíces se hunden en toda la historia de este movimiento. Por ello, colocan en el mismo plano a la CFDT y a las confederaciones nacidas del tronco común de la vieja CGT (CGT, FEN, FO) lanzando, sin embargo, el anatema contra FO. La clase obrera no puede prescindir de sus sindicatos pues son una forma elemental de frente unido de clase, perfectamente definido por la fórmula clásica: el sindicato organiza a los trabajadores para la defensa de sus intereses materiales y morales sean cuales sean sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas. Ahí radica la necesidad de las organizaciones sindicales y de su fuerza. La independencia de los sindicatos respecto al estado burgués es un envite capital de la lucha de clases. De ahí, por otra parte, el encarnizamiento de Trotsky a favor de que se lleve el combate en el

interior de los sindicatos. Lo que se llama el “trabajo en los sindicatos” no tiene nada que ver con una especie de pesca con caña de militantes, particularmente en el seno de las organizaciones sindicales en las que, en principio, se encuentran el conjunto de los militantes obreros. Como toda otra intervención, como cualquier otra batalla política, la intervención de los militantes revolucionarios en los sindicatos liga la construcción del partido revolucionario con la defensa de los intereses y necesidades objetivas de la clase obrera. El “trabajo en los sindicatos” se identifica, pues está basado en ella, con la defensa de la organización sindical, de su vocación para organizar y unificar a los trabajadores en su lucha contra la patronal y el estado burgués, por su independencia de clase. Trotsky lo dice sin equívoco:

“La consigna esencial en esta lucha es: completa e incondicional independencia de los sindicatos frente al estado capitalista. Esto significa: lucha para transformar los sindicatos en órganos de las masas explotadas y no en órganos de una aristocracia obrera.

La segunda consigna es: democracia en los sindicatos. Esta segunda consigna se deduce directamente de la primera y presupone para su realización la completa libertad de los sindicatos ante el estado imperialista o colonial.”

Esta batalla política no admite ni los esquemas ya establecidos ni la ausencia de principios. No admite esquemas predefinidos pues si las burocracias sindicales reformistas, estalinistas o pequeño burguesas son incapaces de asumir la independencia de clase de las organizaciones sindicales, si se oponen ferozmente a la democracia sindical, dependen, sin embargo, de la existencia de organizaciones sindicales. La historia del movimiento obrero suministra numerosos ejemplos de iniciativas tomadas por los aparatos sindicales que permitieron salvaguardar, al menos durante un tiempo, la organización sindical, las libertades y derechos conquistados por la clase obrera.

Recordemos, a título de ejemplo, la iniciativa tomada en 1920 por el aparato ultra reformista de los sindicatos alemanes y su dirigente ultra oportunista Legien. Hicieron fracasar el golpe de estado de Von Kaap llamando a la clase obrera a la huelga general. Más: Legien propuso la construcción de un gobierno obrero que incluyese a los partidos obreros alemanes y a los sindicatos.

Históricamente menos conocida, la decisión del congreso confederal de FO de llamar a votar no en el referéndum del 27 de abril de 1969, organizado por De Gaulle, fue el origen de los posicionamientos sin ambages de las otras centrales obreras y contribuyó a la derrota de De Gaulle.

En el congreso de la Federación de la Educación Nacional de 1948, ante la escisión de la CGT, la FEN, declarándose autónoma y reconociendo el derecho de tendencia, mantuvo su unidad y pudo, así, luchar por la reunificación sindical. En el momento en que los dirigentes FO organizaron la escisión y en que la fracción del PCF en el seno de la CGT se mantenía en esta escisión, es incontestable que, al dar su acuerdo a la moción Bonissle-Valière que salvaguardaba la unidad de la FEN, el aparato reformista de esta federación impedía su destrucción. Hasta ahora la FEN ha preservado su unidad. Es la más potente federación sindical francesa y agrupa a la mayor parte del cuerpo de profesores de este país, porque salvaguardó su unidad. Las consecuencias de la unidad de la FEN sobrepasan a la corporación educativa: la FEN es un bastión del movimiento obrero capaz de organizar la resistencia a los ataques del capital y del gobierno burgués, de impulsar el Frente Único de las centrales sindicales. Por su sola existencia ha limitado el retroceso de la clase obrera francesa y los efectos de la escisión sindical. La aplicación, hasta el límite, de los planes de destrucción de la educación nacional pasa por la destrucción de la FEN, lo que sería una derrota para toda la clase obrera. Hay que decir

que la CFDT, el PSU, como, también, la fracción estalinista de la FEN se han empleado en ello concienzudamente.

En la historia del movimiento obrero francés e internacional hay otros ejemplos de tomas de posición positivas de los aparatos sindicales. Por citar solo una de las últimas, es evidente que el rechazo de la dirección de AFL-CIO (sin embargo, ¡oh cómo de ligada al imperialismo estadounidense y a su aparato de estado!) a inclinarse ante el bloqueo de salarios decretado en agosto de 1971 por la administración Nixon, expresaba, sin duda alguna, la resistencia de la clase obrera norteamericana ante las exigencias de su burguesía, pero a su vez alimentó su resistencia a los planes del capital y su combatividad.

No tener en cuenta el movimiento contradictorio de los aparatos sindicales atenazados entre las exigencias del mantenimiento del orden burgués y las de su propia conservación, que dependen de la existencia de las organizaciones sindicales, sería la expresión de un sectarismo estéril. Sería dar pruebas del mismo sectarismo abandonarse a peligrosas ilusiones, pues, como lo escribe Trotsky:

“En un cierto grado de la intensificación de las contradicciones de clase en cada país y de los antagonismos entre las naciones, el capitalismo imperialista solo puede seguir tolerando una burocracia reformista (al menos hasta cierto punto) si esta última actúa directamente como accionista, pequeño pero activo, en las empresas imperialistas, en sus planes y sus programas, tanto en el interior del país como también en la arena mundial.”

Pero, entonces, ¿qué es lo que permite distinguir, juzgar y combatir en consecuencia? Nada más que aquello que expresa las necesidades y objetivos de la clase obrera: el terreno de la unidad y de la democracia obreras, la independencia frente al capital y el gobierno burgués. Con otras palabras, se trata de definir una política que exprese los intereses del proletariado, que eleve su nivel de conciencia, refuerce su homogeneidad y esté de acuerdo con sus intereses inmediatos e históricos, que, en la época del imperialismo, son ambos indisociables. La política de los aparatos sindicales puede ser apreciada en relación con esta política. Nosotros nos determinamos en función de la clase obrera y no de los aparatos. Nuestra actividad de cara a los aparatos se deduce de ahí. Solo así pueden ser explotadas sus inevitables contradicciones.

El nuevo período revolucionario

La OCI ha caracterizado el período abierto por la huelga general de mayo-junio del 68 y el proceso de revolución política en Checoslovaquia, como el de la inminencia de la revolución y de la contrarrevolución. La OCI entiende por eso, a escala mundial, que el proletariado ha retomado la iniciativa política. Naturalmente el desarrollo de la lucha de clases del proletariado no es menos desigual. Conoce flujos y reflujos. Se afirma en tal o tal otro país, mientras que la clase obrera parece en retirada en otros países. Pero la curva general de la lucha de clases va hacia la apertura de situaciones revolucionarias que tenderán a alimentarse recíprocamente. Así, tras la huelga general francesa y el proceso de revolución política en Checoslovaquia, el empuje del proletariado mundial ha llegado al máximo en Polonia y Bolivia. En estos países, la clase obrera ha retomado formas de organización de tipo soviético. El proletariado boliviano sufrió una derrota cuando el 21 de agosto de 1971 los militares bolivianos, inspirados y ayudados por la CIA, organizaron con éxito su golpe de estado.

Durante la histórica discusión que se produjo en los astilleros de Szczecin entre Gierek y los trabajadores, fue elaborado una especie de compromiso entre el proletariado polonés y Gierek, actuando éste en nombre de la burocracia de ese país,

La clase obrera polaca sabía que le hacía falta no solo enfrentarse con su propia burocracia sino, también, con la del Kremlin.

Temió el baño de sangre y difirió el enfrentamiento a la espera de condiciones políticas más favorables.

Por su parte, el imperialismo, la burocracia del Kremlin, las burocracias satélites y la burocracia china se encuentran en una situación que no controlan. No logran imponer en la lucha de clases sus “soluciones”. A pesar de las contradicciones y conflictos que se agravan, tanto entre las diferentes potencias imperialistas como entre las diferentes burocracias parasitarias, y entre el imperialismo y las burocracias parasitarias, todos intentan establecer, conjuntamente, bajo la égida del imperialismo norteamericano, un nuevo frente contrarrevolucionario mundial. Los acuerdos sobre Berlín, los sucesivos viajes de Nixon a Pekín y Moscú, produciéndose tras los acuerdos Bonn-Moscú y Bonn-Varsovia, no tienen otro sentido más que el de afirmar demostrativamente la existencia de este frente contrarrevolucionario y organizarlo bajo la etiqueta de la “coexistencia pacífica”.

La crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin no cesa, sin embargo, de profundizarse; tras Bolivia, Chile es el teatro de una lucha de clases que levanta al proletariado y las masas explotadas tanto contra la burguesía “nacional” como contra el imperialismo. Las direcciones del PS, del PC, de la central sindical unificada, despliegan todos sus recursos a fin de encerrar al proletariado chileno en las filas de la Unidad Popular, a fin de desviarlo de la lucha por el gobierno obrero campesino que se apoyaría sobre el proletariado organizado como clase, que expropiaría a la burguesía, destruiría el estado burgués y edificaría el estado obrero. En América Latina (también en Europa) se ha desplegado una intensa actividad política por los partidos reformistas, estalinistas, Castro, organizaciones pequeño burguesas, que sostienen la política, traidora a la clase obrera, de la Unidad Popular y que se esfuerzan en desacreditar al primer sóviet de América Latina, a la Asamblea Popular de Bolivia. Al igual que ayer en Bolivia, el envite supera a Chile, toda América Latina está concernida.

Teniendo la iniciativa política el proletariado, se acumulan manifiestamente los signos anunciadores de una crisis sin precedentes del sistema imperialista mundial, de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, de las burocracias parasitarias. De aquí todo el alcance del renacimiento de formas soviéticas: en Polonia, los consejos obreros; en Bolivia, la Asamblea Popular. Nadie sabe dónde se producirán en Europa las próximas explosiones revolucionarias y si, incluso, tendrán lugar en el este o en el oeste de Europa. Sin embargo, es cierto que se producirán, que repercutirán en toda Europa, que resonarán en los EEUU, que se ligarán con el desarrollo de la nueva oleada revolucionaria, en América Latina, en África y en Asia.

Una misma cuestión determinante se plantea en todos los lugares: la del poder. Obligatoriamente la clase obrera de cada país combatirá, tenderá a organizarse como clase, planteará la cuestión del poder, en función de su historia, de sus propias tradiciones, de las organizaciones que son suyas: en todas partes, en términos específicos, la clase obrera sentirá la necesidad de constituir el Frente Único Obrero. Pero la clase obrera de cada país, que entrará en la tormenta revolucionaria utilizando, cierto, sus propias vías, se orientará hacia la constitución de formas soviéticas. La importancia del resurgimiento de las formas de organización soviéticas en países tan alejados y diferentes como Polonia y Bolivia está ahí: el proletariado de cada país restablecerá los sóviets o constituirá sóviets por la primera vez en su historia.

La burguesía y los aparatos no renuncian

Esta perspectiva no disminuye la importancia de los sindicatos desde el punto de vista de la lucha de clases del proletariado y de la estrategia revolucionaria. En primer lugar, por muy cierta y próxima que esté, no es, todavía, más que una perspectiva. Es ahora cuando se desarrolla la batalla política en cuyo final se concretará la perspectiva de

constitución de formas de poder de tipo soviético. La burguesía, los aparatos burocráticos sindicales, reformistas y estalinistas combaten para impedir que se realice y, si no pueden lograrlo, para estar en posición de controlar el movimiento, desviarlo y salvar el orden burgués.

La burguesía no ha renunciado a domesticar a las organizaciones sindicales. En Francia, Chaban-Delmas se ha empleado en ello con sus “contratos de progreso”, su “nueva sociedad”: que no lo logre ya es otro asunto. El gobierno de Heath prosigue con sus tentativas de domesticación sindical, tras la resonante derrota que los mineros ingleses le ha hecho sufrir, a cuenta de toda la clase obrera. En cada país se podrían hacer las mismas observaciones. En Francia, el nuevo gobierno Pompidou-Messmeier se presenta como un gobierno de pura tradición gaullista, un gobierno que pretende ser fuerte, capaz de poner a raya la crisis política burguesa, de arrastrar a la pequeña burguesía y, en consecuencia, de golpear a la clase obrera, someter, si no destruir, a sus organizaciones y, en primer lugar, a sus sindicatos. En el punto en que está la crisis de la sociedad francesa, el juego de las direcciones de las organizaciones sindicales será difícil: no deben hacer nada que acelere la crisis, deben intentar evitar que surja una situación revolucionaria abierta y, al mismo tiempo, preservar sus capacidades de control ulterior sobre la clase obrera movilizada.

La burguesía y las direcciones burocráticas preparan, al mismo tiempo, el recurso a las “soluciones” del tipo “Frente Popular”. Chile es sirve de ejemplo. Y en Francia, el acuerdo sobre “el programa de gobierno” entre las direcciones del PS y del PCF, al que se han adherido los “radicales de izquierda”, prepara el eventual recurso a una “solución” de este tipo. La dirección de FO se mantiene en segundo plano, al menos por el momento. La dirección de la FEN todavía está en el estadio de toma de contactos y discusiones con los firmantes del “acuerdo sobre el programa de gobierno”. La dirección de la CGT se ha pronunciado sin reservas a favor del apoyo al acuerdo. En el caso que la línea de defensa del orden burgués que constituye la “Union populaire” se demuestre como indispensable, todos se adherirán de una forma u otra. Tanto más cuando la “Union populaire” (sea chilena, francesa o de otros países...) se corresponde totalmente con las aspiraciones de las burocracias sindicales que Trotsky definía así:

“El capitalismo monopolista no está basado en la competencia y la iniciativa privada sino en el mando centralizado. Las camarillas capitalistas, a la cabeza de los potentes trusts, de los sindicatos, de los consorcios bancarios, etc., controlan la vida económica al mismo nivel que lo hace el poder del estado y cada instante pueden recurrir a éste. A su vez, los sindicatos, en las ramas más importantes de la industria, se ven privados de la posibilidad de aprovecharse de la competencia entre las diferentes empresas. De ahí resulta para los sindicatos, en la medida en que se mantienen en posiciones reformistas, es decir en posiciones basadas en la adaptación a la propiedad privada, la necesidad de adaptarse al estado capitalista e intentar cooperar con él. A los ojos de la burocracia del movimiento sindical, la tarea esencial consiste en liberar al estado de la influencia capitalista debilitando su dependencia respecto a los trusts y atrayéndolo hacia ella. Esta actitud está en completa armonía con la posición social de la aristocracia y burocracia obreras que combaten para obtener algunas migajas en el reparto de los superbeneficios del capitalismo imperialista.”

El apoyo de las organizaciones sindicales le es indispensable a la “Unión Popular”, al “Frente Popular”, o a cualquier otra fórmula de este tipo cuyo objetivo es canalizar a la clase obrera en movimiento y desviarla de sus objetivos de clase. Siempre, y obligatoriamente, tales operaciones están basadas sobre equívocos: las masas ven en la

unidad de las organizaciones obreras el medio que permitirá que sean satisfechas sus reivindicaciones, el medio para resolver la cuestión del poder político. Las direcciones intentan encerrarlas en los marcos de la sociedad burguesa de la que afirman su continuidad “aliándose” con organizaciones abiertamente representativas de la burguesía (los “radicales de izquierda”) incluso aunque éstas no tengan ninguna fuerza propia. Hablan de las “dificultades” que asaltan a un “gobierno del pueblo” para no satisfacer las reivindicaciones y aspiraciones de la clase obrera. Llamam a los trabajadores a respetar el “orden” la “disciplina”, o no “asustar” a los aliados “demócratas”, las masas pequeño burguesas, etc. En una palabra: en nombre de la lucha para sostener al “gobierno del pueblo” piden a la clase obrera y a las masas explotadas que sacrifiquen sus intereses inmediatos e históricos respetando a la sociedad burguesa, a sus instituciones y su estado. Todo ello es imposible sin la garantía de los aparatos sindicales, justamente porque controlan los sindicatos, organismos elementales de clase del proletariado. No hay ejemplo de que el desarrollo del movimiento de la clase obrera, que la apertura de una crisis revolucionaria, no se haya traducido en un aflujo de capas enteras de trabajadores hacia las organizaciones sindicales, siempre en razón de su carácter de organizaciones elementales de clase. A consecuencia de lo cual el “trabajo en los sindicatos” tiene tanta importancia.

Se trata, siempre y siempre, de traducir en términos claros las aspiraciones y necesidades del proletariado. Así el “acuerdo sobre el programa de gobierno” entre el PS y el PCF no puede en ningún caso significar que hay que esperar para luchar por las reivindicaciones, que hay que esperar para resolver la cuestión gubernamental. La unidad para la lucha, en el marco de la democracia sindical y obrera, es posible. Lo mínimo que las masas pueden esperar de este acuerdo es que aparte los obstáculos políticos levantados contra la preparación y desarrollo de las luchas de la clase obrera. En el interior de los sindicatos se trata de deducir aquello que las masas esperan de la unidad, y de no aceptar la subordinación, no sólo al estado burgués sino a los “radicales de izquierda”, ni de los sindicatos ni de la acción sindical. Expresando lo que las masas esperan de un acuerdo entre el PS y el PCF, se trata de no aceptar la subordinación del movimiento sindical a un eventual gobierno de “Union populaire” ni menos a un “programa de gobierno”. Igual que un acuerdo PS-PCF solo es positivo para la clase obrera si aparta los obstáculos a la unidad de clase del proletariado, a la preparación y a la organización de las luchas obreras, antes, durante y después de las elecciones legislativas. Un gobierno PS-PCF no será un gobierno obrero mientras no incluya a ningún representante de la burguesía, satisfaga las reivindicaciones obreras apoyándose en las luchas de la clase obrera y sobre su organización como clase. He ahí lo que es necesario traducir cotidianamente, en términos adaptados, tanto en el interior de los sindicatos como en el exterior. Pues solo existe una misma y única política revolucionaria, solo es necesario expresarla en términos adaptados al medio. En lo inmediato, la perspectiva de gobierno de “Union populaire” será levantada como un obstáculo a la unidad sindical y obrera; ya sea, según algunos, porque toda acción será subordinada a la eventual llegada al poder de tal gobierno; ya sea, según otros, porque la realización de la unidad sindical y obrera sería imposible con los “supporters” de la “Union populaire”. Si la crisis de la burguesía se profundiza, las masas movilizadas nos pisarán los talones.

Se trata de distinguir, en las oscilaciones de los aparatos sindicales, entre aquellas que se producen por las exigencias del imperialismo, del estado burgués, y aquellas que se corresponden con los intereses específicos de estos aparatos; ninguna ilusión puede tolerarse: la crisis de la burguesía, el ascenso revolucionario de las masas, señalarán y acentuarán el carácter reaccionario de los aparatos sindicales (de todos los aparatos sindicales) antes de dislocarlos. Como se verán comprometidos en grandes maniobras,

obligados a “izquierdizarse” para controlar y canalizar el movimiento de las masas, organizarán la “caza de brujas”. Habrá que saber utilizar el terreno para seguir dentro de las organizaciones sindicales. Demostrar habilidad táctica no debe pasar por perder de vista la definición y aplicación de una política de clase expresada, naturalmente, en términos adaptados al medio; mucho más: ninguna habilidad táctica protegerá a los militantes revolucionarios de la represión que intentarán llevar adelante los aparatos burocráticos si no está basada en una política de clase.

Los sindicatos y las formas soviéticas de organización

Una justa apreciación de la naturaleza de las organizaciones sindicales, de su lugar en la lucha de clases, de sus límites y contradicciones, es indispensable para la definición y aplicación de la política revolucionaria. Estos últimos años han jugado, como siempre, un papel considerable, capital, en todos los países en los que la clase obrera se ha comprometido en combates de gran amplitud: en Bolivia, Chile, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, etc. Papel a menudo contradictorio: lugares e instrumentos de organización del proletariado, éste se esfuerza en utilizarlos para movilizarse y combatir. Colocados bajo el control de los aparatos burocráticos, éstos se esfuerzan en canalizar y desviar el movimiento. En Bolivia, donde el partido trotskysta ocupa posiciones de primer orden en el seno de la clase obrera y de sus organizaciones sindicales, la COB ha tenido una acción particularmente positiva, no, sin embargo, sin luchas internas y contradicciones. En España, los sindicatos fueron destruidos y el régimen impuso el sindicato vertical corporativista. La clase obrera busca allí las vías y medios para reconstruir una organización sindical independiente. En Argentina, Perón, infringiendo una derrota a la clase obrera, logró subordinar la CGT al estado burgués. El proletariado se esfuerza en utilizar y renovar la central sindical.

La clase obrera no intenta utilizar a las organizaciones sindicales, reconquistarlas, renovarlas o reconstruirlas, solamente en los países capitalistas económicamente desarrollados. En Europa del Este, en la URSS, los sindicatos están estrechamente enfeudados a las burocracias parasitarias. Sin embargo, en Alemania del Este en 1953, en Polonia en 1956, en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968 y, de nuevo, en Polonia en 1970-71, la clase obrera los ha utilizado durante sus luchas contra la burocracia a fin de defender las conquistas obreras, su derecho al trabajo, sus aspiraciones a más igualdad social, a la eliminación de los privilegios burocráticos. Ha hecho estallar los cuadros de los sindicatos burocratizados, los ha depurado y reconstruido. En Checoslovaquia, durante mucho tiempo, los sindicatos han constituido centros de resistencia a la normalización. A menudo, en el interior de los sindicatos de estos países, se refleja, cierto que, de forma muy atenuada y deformada, la sorda resistencia de la clase al expolio y robo de la burocracia. También en la URSS, en Europa del Este, el “trabajo en el seno de los sindicatos”, por su independencia, por la democracia sindical, contra la desigualdad social, por la defensa de las conquistas, por las libertades democráticas, por difícil que ello sea, es indispensable para la definición y aplicación de la política revolucionaria y la construcción del partido revolucionario.

Los sindicatos no han ‘caducado’. En el curso del período en el que se prepara, en lo ‘cotidiano’, la crisis revolucionaria abierta, mantienen en vigor toda su importancia y papel. Si se comprende qué significa la unidad orgánica (en el tiempo y el espacio) de la lucha de clases mundial, si se comprende la dialéctica de la unidad de los contrarios, se comprende que todo ello vale para la organización como clase del proletariado. Entonces deviene evidente que la constitución de los comités de huelga, de los comités obreros, de los sóviets, no surge de la nada. Son al mismo tiempo superaciones de antiguas formas de organización del proletariado devenidas insuficientes, demasiado estrechas y limitadas en vistas a las tareas nuevas que pone al borde del día la movilización del proletariado

y que engloban, sin suprimirlas sino todo lo contrario, las antiguas y tradicionales formas (sindicatos y partidos) cuyo papel se renueva, pero sin perder su importancia. Los sindicatos tendrán su lugar en el seno de las formas soviéticas. Más: seguramente estarán en el origen de la constitución de organismos soviéticos de los que es muy posible que formen el núcleo y sean el elemento motor, al menos en una primera fase. Las masas en movimiento no romperán con las formas de organización tradicionales y los militantes que las animan; al contrario, se dirigirán a ellas en el marco mismo de los nuevos organismos para resolver problemas nuevos. No es aventurar mucho afirmar que: sin dudas los militantes de las organizaciones sindicales y políticas tradicionales no estarán solos; nuevas capas de militantes (pero que muchos de ellos también se unirán a los sindicatos) tendrán un papel activo, estarán en la iniciativa de la formación de organismos de tipo soviético, pero serán la fuerza dirigente. Diversas razones permiten afirmar lo anterior: cuando el proletariado llegue al momento en que se produzca esta modificación de su comportamiento, que lo ponga en movimiento en su conjunto, que le haga sentir profundamente la necesidad de organizarse en su masa como clase, porque le toca transformar radicalmente el funcionamiento de la sociedad, los militantes tendrán que traducir práctica y organizativamente mejor que nadie esta aspiración. Los militantes podrán y deberán intervenir así porque las direcciones tradicionales, los aparatos burocráticos, no permitirán que se les sobrepase plenamente, al menos durante la primera fase. Cuando perciban, en efecto, que las formas de organización soviéticas van a constituirse, tomarán la iniciativa para construirlas, para controlarlas, para tomar la dirección, desviarlas, desnaturalizarlas, volverlas impotentes y, ulteriormente, destruirlas. Habrá que estar loco para imaginar que las viejas direcciones sindicales y políticas, los dirigentes reformistas, sindicales, estalinistas, pequeñoburgueses, abandonarán el campo, que desertarán del campo de batalla que serán los comités de huelga, los comités obreros, los sóviets. El buen sentido y la historia prueban lo contrario. Nunca hay que olvidar que Ebert, Noske, bautizaron “consejo de los comisarios del pueblo” al gobierno que dirigían en noviembre de 1918, levantado con la bendición del estado mayor alemán y en constante relación con él, cuyo papel era asumir la continuidad del estado y el orden burgueses, de destruir los consejos. Así bautizaron a su gobierno con algunas apariencias de justificación puesto que socialdemócratas e independientes tenían la mayoría en el seno de los consejos obreros.

En gran medida el lugar que ocuparán los militantes revolucionarios en el seno de las formas soviéticas cuando éstas surjan dependerá del lugar que hayan ocupado precedentemente en el interior de los sindicatos.

Sindicatos y partido revolucionario

Pasados los años, el desarrollo de la lucha de clases, más complejo de lo previsto, no cambia en nada la validez de las conclusiones de Trotsky, sino que, por el contrario, las confirma:

“En la era de la decadencia imperialista los sindicatos solamente pueden ser independientes en la medida en que sean conscientes de ser, en la práctica, los organismos de la revolución proletaria”

Los sindicatos ni son, ni pueden ser, neutrales políticamente: o marchan a remolque de la burguesía (y ello reviste aspectos múltiples que van desde la colaboración directa al nivel del estado burgués hasta el rechazo a participar en el frente único de clases y el impulso y defensa de una política burguesa en el interior de eventuales sóviets... o adoptan una política revolucionaria que debe concretarse en cada momento.

La independencia de los sindicatos no es otra cosa que la independencia del proletariado en relación a la burguesía y su estado. Pero ¿en qué otro momento esta independencia está plenamente asegurada si no es en el momento en que el proletariado

se organiza como clase, en el momento en que expulsa del poder a la burguesía, toma el poder, destruye el estado burgués y constituye su propio estado? Solo en relación con este objetivo hay independencia de los sindicatos. Los sindicatos abordan, según el movimiento que les es propio, los problemas políticos, no pueden evitarlos. El arte de los sindicalistas, de los “apolíticos” consiste, en nombre del “apoliticismo”, en dejar a la burguesía hacer su política y someterse a ella.

No hay lugar a dudas que cierta manera de plantear en el interior de los sindicatos los “problemas políticos” levanta obstáculos a la toma de posición y a la acción políticas del sindicato. Así, por ejemplo, en Francia actualmente hacerles pronunciarse sobre el “programa de gobierno” PS-PCF; “exigir” que los sindicatos y sus direcciones se pronuncien a favor de los “sóviets”, a favor de un “gobierno obrero”, etc., sería totalmente abstracto y falso. Bajo una forma determinada, el combate por la unidad de las organizaciones sindicales, por las reivindicaciones, sigue siendo indispensable. Concretamente es así como debe de traducirse la independencia de los sindicatos en la hora actual. Ulteriormente no podrán escapar a la toma de posiciones más precisas, en función del desarrollo de la lucha de clases, incluyendo posicionarse sobre la cuestión del gobierno.

La batalla política ocupará todos los terrenos. Se desarrollará tanto en el interior de los organismos de tipo soviético como en los sindicatos. En el curso de esta batalla se enfrentarán las organizaciones políticas reformistas, sindicalistas, estalinistas, pequeño burguesas y el partido revolucionario, es decir: el partido que se sitúa sobre el programa de fundación de la IV Internacional. De su salida dependerán la suerte de los sóviets y la de los sindicatos. Pues una cosa no es más dudosa hoy en día que en el momento en que Trotsky escribía este texto: en último análisis, las direcciones sindicalistas, reformistas, estalinistas, pequeño burguesas sólo pueden conducir los sindicatos a su destrucción. Únicamente una política revolucionaria es capaz de evitar esta destrucción. Los sindicatos no pueden situarse al margen de este problema que se le plantea a la humanidad pero que solo puede resolver la clase obrera: socialismo o barbarie.

Pero es necesario plantear las cuestiones y los problemas en el seno de las organizaciones sindicales y no de los partidos. (Los militantes podrán, si lo desean, apreciar como Trotsky ponía en práctica su orientación respecto a las organizaciones sindicales leyendo en *Le Mouvement communiste en France* la intervención que escribió cuando residía en Domène y que pronunció en el CCN de la CGT, los días 18 y 19 de marzo de 1935, el delegado de UD-CGT de Isère [“Del plan de la CGT a la conquista del poder”, en *Escritos, Tomo VI, volumen 2*, páginas 40-59 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*].

“Muy a menudo la falsa politización de los sindicatos, la tentación de transformarlos en partidos es el reverso del descarado oportunismo: la renuncia a la construcción del partido revolucionario. Entonces, en cada congreso, si se es delegado, se pronuncia un discurso “revolucionario”, se presenta una resolución no menos “revolucionaria”, y se hace a un lado la formulación concreta necesaria para que los sindicatos y sindicatos puedan comprender los problemas políticos. Según el caso, semejante procedimiento sirve de exutorio, de garantía de izquierda o democrática a los aparatos, se permite a éstos desconsiderar a los militantes revolucionarios y practicar la “caza de brujas”.”

Ninguna tendencia “revolucionaria” en el interior de los sindicatos puede ser ajena a la construcción del partido revolucionario. La eventual constitución de tendencias, por un sindicalismo situado exclusivamente sobre el terreno de la lucha de clases, debe insertarse en la actividad de construcción del partido revolucionario. El sindicato no puede substituir al partido. Muchos más, esto debe ser dicho claramente: el sindicato solo

puede jugar su papel si es impulsado por el partido revolucionario. No puede bastarse a sí mismo y ello proviene de la naturaleza del período del imperialismo que es también el de la revolución proletaria: a partir de los intereses materiales de la clase obrera, de su movilización y de su organización como clase, todo se juega sobre la cuestión del poder político. Esta clara comprensión es, justamente, la única que permite firmeza y elasticidad sobre este terreno en el que se desarrolla también la lucha de clases: el terreno sindical. Imposible construir el partido revolucionario sin entablar esta batalla. Sin construir el partido revolucionario es imposible defender los sindicatos, luchar por su independencia, por la democracia sindical, por la unidad de las organizaciones sindicales, por una sola central, única y democrática.

Es preciso luchar para devolver a los sindicatos su verdadero lugar, su verdadera función e impedir que la política de los aparatos acabe por destruirlos. Sin dudas que muchos camaradas se preguntarán si será posible enderezar a los actuales sindicatos. Los revolucionarios no se dejan mecer por ilusiones. Los aparatos no serán expulsados de los sindicatos más que por una verdadera revolución interna que es indisociable de la revolución proletaria, de la conquista del poder, de la instauración de la dictadura del proletariado ejercida en el marco de la democracia soviética. Lo que importa es comprender el decisivo lugar de la lucha en el interior de los sindicatos en la preparación de la revolución proletaria, por la independencia de clase del proletariado, por la construcción del partido revolucionario. ¿Los sindicatos serán renovados y reconstruidos? La historia zanjará este problema.

“La independencia de los sindicatos en un sentido de clase, en su relación con el estado burgués, solo puede ser asegurada bajo las actuales condiciones por una dirección completamente revolucionaria que es la dirección de la IV Internacional. Esta dirección, naturalmente, puede y debe ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible bajo las concretas condiciones actuales. Pero sin la dirección política de la IV Internacional, la independencia de los sindicatos será imposible.”

[Sindicatos y próxima revolución en Rusia]¹

(1907)

[...]

Ciertamente, ya no existen organizaciones semejantes a los consejos de delegados obreros, que reunían a la mayoría del proletariado urbano. Pero los consejos de delegados obreros eran, por naturaleza, órganos destinados a organizar a las masas del proletariado, las huelgas y las insurrecciones generalizadas. Tales organizaciones volverán a surgir ineluctablemente cuando las masas obreras tengan la posibilidad objetiva de manifestarse activamente. Por otra parte, en el período transcurrido, las organizaciones permanentes del proletariado se han desarrollado y reforzado considerablemente, sobre todo los sindicatos. Y, lo que es especialmente importante, su actividad no se reduce, y en las condiciones de Rusia no puede limitarse, a las luchas puramente económicas. Constituyen una combinación revolucionaria de los métodos de lucha económicos y políticos, desde la huelga general hasta la lucha electoral tras la bandera de la socialdemocracia. En el transcurso del año pasado las federaciones sindicales han conseguido tejer en diversas direcciones los hilos de una organización nacional. Una conferencia ha preparado la convocatoria de un congreso general de los sindicatos rusos. Así, pues, la organización de clases del proletariado, a pesar de todas las medidas policíacas, a pesar de todas las fricciones en el interior de la organización socialdemócrata, ha dado un gigantesco paso hacia adelante. En la próxima marea revolucionaria los sindicatos proporcionarán los apoyos más seguros de la revolución.

[...]

¹ Extracto tomado de “[La Duma y la revolución](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), página 5 del formato pdf.

[Sindicatos en la revolución de 1904-1905]² (1908)

[...]

Si en octubre [1905] tuvimos un manifiesto, también hubo pogromos en toda Rusia, y nadie hubiera asegurado que tendríamos efectivamente una дума y no un nuevo pogromo. En esas condiciones, ¿qué podía hacer el proletariado que, con su ofensiva, había roto los viejos diques del poder policíaco? Exactamente lo que hizo. El proletariado, naturalmente, conquistaba nuevas posiciones y trataba de atrincherarse en ellas: destruía la censura y creaba una prensa revolucionaria, imponía la libertad de reunión, protegía a la población contra los granujas, en uniforme o no, constituía sindicatos de combate, se agrupaba en torno a los representantes de su clase, establecía el enlace con los campesinos y con el ejército revolucionario. Mientras los liberales seguían diciendo que el ejército debía quedar “al margen de toda política”, la socialdemocracia continuaba incansablemente su propaganda en los cuarteles. ¿Tenía o no razón al actuar así?

Mientras que el congreso de los zemstvos, en noviembre, se inclinaba a la derecha al tener noticias de la revuelta de Sebastopol, y no se tranquilizó más que cuando supo que había sido aplastada, el sóviet dirigía a los rebeldes su adhesión y entusiasmo. ¿Tampoco tenía razón? ¿Dónde hay que buscar camino más seguro para la victoria: en lo que hacían los liberales de los zemstvos o en la unión del proletariado con el ejército?

[...]

² Extracto de “[El proletariado y la revolución rusa. Sobre la teoría de los mencheviques acerca de la revolución rusa](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#), página 8 del formato pdf.

[Sindicatos y catástrofe de 1914]³ (1914)

[...]

A falta de una actividad revolucionaria, como también de la posibilidad para un trabajo reformista, el partido gastó sus energías enteras en levantar la organización, en lograr nuevos miembros para los sindicatos y para el partido, y en hacer nuevos periódicos y conseguir nuevos suscriptores. Condenado por décadas a una política de oportunismo y de quietismo, adoptó el culto de la organización como un término en sí mismo. Nunca fue el espíritu de inercia, producido por el trabajo rutinario, tan fuerte en la socialdemocracia alemana como en los años inmediatos que precedieron a la gran catástrofe.

[...]

El *Vorwärts* escribió el 11 de agosto que los trabajadores alemanes “contaban entre los hombres más inteligentes políticamente a aquellos que desde hace años han proclamado los peligros del imperialismo (a pesar de que ha sido con muy poco éxito, debemos confesarlo) y atacan ahora la neutralidad italiana como los más exagerados chovinistas”. Pero esto no impidió al *Vorwärts* el alimentar a los trabajadores alemanes con argumentos “nacionales” y “democráticos”, en justificación del sangriento trabajo del imperialismo. (Algunos escritores tienen la columna tan flexible como sus plumas.) Sin embargo, todo esto no altera los hechos. Cuando llegó el momento decisivo, no pareció haber una enemistad irreconciliable con la política imperial en la conciencia de los trabajadores alemanes. Al contrario, parecían prestos a oír los murmullos imperialistas envueltos en fraseología nacional y democrática. Esta no es la primera vez que el socialismo imperial se revela en la socialdemocracia alemana.

Es suficiente recordar el hecho que, en el congreso internacional celebrado en Stuttgart, la mayoría de los delegados alemanes, especialmente los sindicalistas, fueron los que votaron contra la resolución marxista sobre la política colonial⁴. Lo ocurrido causó una gran sensación por el momento, pero su verdadero significado resplandece claramente a la luz de los acontecimientos presentes. Precisamente ahora la prensa de los sindicatos está uniendo la causa de la clase trabajadora alemana al trabajo del ejército de los Hohenzollern, con más conocimiento de causa que el que manifiestan los órganos políticos.

[...]

³ Extractos de *La guerra y la Internacional*, en estas mismas *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*, páginas 55 y 59 del formato pdf.

⁴ Ver en la serie *Segunda Internacional (Internacional Socialista)* de estas mismas *Edicions Internacionals Sedov: Resolución del Congreso de Stuttgart sobre el militarismo*. EIS.

Primero de Mayo (1890-1915)⁵

(29 de mayo de 1915)

La fiesta del Primero de Mayo, de la que hoy se cumple el vigésimo quinto aniversario, fue adoptada por la asamblea constituyente de la Segunda Internacional. Los partidos socialistas, que se fortalecían sobre una base nacional creada por las revoluciones y guerras, no podían dejar de sentir la necesidad de una ayuda internacional común y de una elaboración común de la orientación. El Primero de Mayo era la expresión exterior de las tendencias internacionales del movimiento obrero contemporáneo. Pero es preciso decir que la idea de darle al proletariado internacional el carácter simbólico de una fiesta obrera mundial marcaba, en cierto sentido, una insuficiencia de la manifestación internacionalista en el marco de la política nacional del movimiento obrero. Fuese así o no, el destino de la fiesta obrera está estrechamente ligado al de la Segunda Internacional, cubriendo todo este período y resaltando sus caracteres más contundentes.

El Primero de Mayo no ha ocupado en la vida del proletariado el lugar que le asignaron los participantes en el Congreso de París.

En Inglaterra, ese viejo país capitalista, el Primero de Mayo expresaba de forma parecida el carácter nacional-posibilista de la lucha de clases llevada adelante por el proletariado inglés y el carácter sectario y propagandista del socialismo inglés. El tradeunionismo asimila el Primero de Mayo con una ceremonia tradicional y lo utiliza en su propaganda, que no se eleva a una concepción social-revolucionaria. En tanto que fiesta del internacionalismo combatiente, el Primero de Mayo no era en Inglaterra la manifestación de la clase obrera revolucionaria sino la de algunos grupos revolucionarios poco numerosos.

En Francia, con su desarrollo económico mediocre, con su actividad exteriormente dramática, con su limitada vida parlamentaria en realidad, el Primero de Mayo expresa todos los aspectos débiles del proletariado francés: su debilidad numérica, su dependencia intelectual y, por encima de todo, su impotencia organizativa. Los aspectos fuertes: la movilidad política y las tradiciones revolucionarias no encontraron su expresión en esa época de adaptación “orgánica” con las condiciones económicas y políticas de la Tercera República y no dejaron su sello en la fiesta de los proletarios.

En Alemania, el Primero de Mayo, que en principio fue adoptado por la socialdemocracia, se introdujo como un cuerpo extraño en el automatismo profesional del partido obrero y de los sindicatos. Las organizaciones obreras, que tenían ante sí a las clases capitalistas y al potente aparato gubernamental, tenían la ocasión para hacer del Primero de Mayo el instrumento de violentos conflictos económicos y políticos (y, con la reacción, el pretexto para la represión policial); evitaron sistemáticamente el choque. En lugar de convertirse en el levantamiento del trabajo contra el capitalismo, como lo habían concebido sus creadores, el Primero de Mayo sólo servía para reunir a los trabajadores para hacerlos aclamar mociones de solidaridad internacional etc., etc., etc.

¿Con que temor había esperado el mundo burgués el Primero de Mayo de 1890! ¿No daría ese día la señal para la revolución proletaria? Y después... las clases dirigentes

⁵ Tomado de *Primero de Mayo (1890-1915)*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

miraban esa fiesta con una sonrisa burlona, o desencadenaban la represión policial. Si el Congreso Socialista de 1889 quería hacer del Primero de Mayo el símbolo de la solidaridad proletaria, el carácter de la conmemoración, sumiso en el más alto grado y abiertamente posibilista, devino el símbolo de la debilidad de las tendencias internacionalistas del movimiento obrero de la época precedente. Por ello, una retrospectiva de la fiesta proletaria durante estos veinticinco últimos años proyecta una viva luz sobre las causas del naufragio de la Segunda Internacional. ¡La insistencia con la que los elementos intransigentes del socialismo mantenían la llama del Primero de Mayo es un síntoma alarmante! Incluso si las manifestaciones “patrióticas” de las fracciones parlamentarias, la reconciliación con el bloque nacional, los ensayos de ministerialismo socialista, no pudiesen parecernos inesperados y catastróficos, sería indigno de un marxista buscar las causas de estos hechos en la mala voluntad, la inmoralidad, en la “traición” (o en la carencia de autoeducación, como dicen nuestros subjetivistas) de los dirigentes del partido. No descargamos a estos últimos del peso de sus faltas y no cesaremos de luchar contra ellos, pero repetimos que es indispensable comprender esto: todos los elementos de la catástrofe ya estaban preparados por la lenta organización del socialismo sobre una base nacional bajo las condiciones de un crecimiento incesante del imperialismo; la idea de una unión internacional del movimiento obrero desembocó en la práctica en tentativas periódicas de elaborar las normas internacionales sobre una base nacional y gubernamental; el internacionalismo social-revolucionario se transformó en la conmemoración débil y burocrática del Primero de Mayo, que se reducía a una fecha en el calendario.

¡Peor incluso! El asunto del Primero de Mayo devino todavía más lamentable en los países avanzados en los que los progresos del capitalismo eran más grandes, en los que la lucha de clases se desarrollaba “normalmente”, adaptándose al papel que ejercía el país en el mercado mundial, plegándose a las reglas parlamentarias en los países en los que el parlamento se convertía en el foso del combate por la democracia y las reformas sociales. En esos países avanzados, la lucha de los movimientos revolucionarios contra el viejo orden de cosas feudal estaba superada. Todavía no había llegado la época de nuevos conflictos sociales (luchas del proletariado por la conquista del poder). La idea de la revolución no era más que un recuerdo o parecía un punto de vista teórico; en los dos casos era demasiado débil para insuflar una nueva vida a la conmemoración del Primero de Mayo y hacer de él la fiesta de millones de trabajadores prestos a tomar al asalto la fortaleza capitalista.

En los países de Europa Oriental, el Primero de Mayo ejercía cada vez un papel más grande en la vida del proletariado, confiriéndole un contenido revolucionario y recibiendo bruscamente un amplio desarrollo. En Rusia, en los primeros pasos del proletariado ruso y polaco, el Primero de Mayo fue, de entrada, un emblema de combate. El crecimiento del movimiento revolucionario aumentó el significado de la fiesta en la vida del proletariado. Para la clase obrera rusa, que entablaba su lucha histórica contra las fuerzas más reaccionarias del pasado, el Primero de Mayo devino la señal para la movilización revolucionaria que abría, al mismo tiempo que “una ventana a Europa”, las perspectivas de un movimiento socialista mundial.

En Austria, país de contradicciones nacionalistas, de vieja monarquía y de camarillas feudales, el Primero de Mayo fue la bandera bajo cuyos pliegues el proletariado llevó adelante su combate por la democratización del país, por una coexistencia normal entre las minorías étnicas, lo que significa la creación de una base normal para la lucha de clases. Las necesidades elementales de un *gobierno de las nacionalidades*, abriéndole al desarrollo del capitalismo las mismas posibilidades que puede ofrecerle un *gobierno nacional*, tropezaron con el proletariado austríaco, tan

heterogéneo, y el Primero de Mayo se convirtió en la bandera de la unión de ese proletariado por la solución de los problemas “preliminares” que le opone la historia. Tras la conquista del sufragio universal, favorecida por la revolución rusa, el Primero de Mayo se ve en Austria encerrado cada vez más, poco a poco, en estrechos límites como el eco de una época tumultuosa inminente.

Por fin, en la península balcánica, a causa de los enclaves nacionales y gubernamentales, desde sus primeros pasos el proletariado se vio enfrentado con el problema siguiente: elaborar una forma de coexistencia de las pequeñas naciones tal que le pudiese dar a esa península, tan poco afortunada, la posibilidad de salir de su anarquía nacional y cultural, de garantizar su independencia contra las maquinaciones de las grandes potencias y rechazar la civilización capitalista “normal”. El Primero de Mayo se ha convertido ahí en la fiesta del joven proletariado y en la bandera de la lucha por una federación democrática balcánica.

Con otras palabras: en los países de Europa Oriental y en los del sur europeo, en los que el desarrollo del capitalismo no es todavía total, en los que el proletariado debe resolver problemas que una burguesía atrasada no ha podido resolver, estos problemas le dieron al movimiento obrero un impulso tumultuoso, apartaron los obstáculos que se le presentaban y le confirieron a la fiesta del Primero de Mayo, fiesta de clases, un color revolucionario. Pero ese carácter revolucionario no se alimentaba, en realidad, de la lucha de clases; por el contrario, provenía de las particularidades nacionales y gubernamentales que han separado al proletariado de oriente de sus hermanos más avanzados.

El vigésimo quinto aniversario del Primero de Mayo coincide con la quiebra total de la Segunda Internacional, con el completo abandono que sus jefes hacen de sus obligaciones internacionales. En consecuencia, es natural tener del Primero de Mayo de este año una imagen de desosiego, debilidad y degradación. En Francia y en Alemania, el Primero de Mayo se trata de lograr que esta pálida sombra de lo que ya era una sombra, y la repetición de un ritual seco, no provoque peligrosas asociaciones de ideas en las cabezas de los trabajadores... Si las declaraciones “socialistas” de los diputados, votando los créditos de guerra, ya aparecían como una repugnante parodia, ¿qué decir del vergonzoso engaño que constituyen los discursos y artículos de los ministros socialistas “responsables”, de los parlamentarios y periodistas, esos vulgares enterradores de la Segunda Internacional y del Primero de Mayo?

Pero justamente estos meses de humillación del socialismo internacional indican nuevas perspectivas de lucha y de movimiento, pues las contradicciones fundamentales entre los objetivos social-revolucionarios y los métodos del posibilismo han quedado implacablemente al descubierto. Llevadas por la “espada” de la lucha hasta su lógica final, esas contradicciones mostrarán, tarde o temprano, su fuerza liberadora no solamente decisiva sino, también, creadora. Los viejos partidos oficiales buscan un recurso para sus contradicciones en el travestismo cínico de la realidad internacional de la lucha de clases. Pero no pueden resolver una contradicción más profunda todavía, una contradicción que está en la base de la guerra actual, que dirige las maquinaciones de los diplomáticos, las operaciones de los militares y las lamentables combinaciones de los social-imperialistas: la contradicción entre las exigencias del desarrollo económico internacional y los límites que le impone el gobierno nacional. No solamente el análisis teórico sino, también, los crueles primeros nueve meses de guerra, no traen el testimonio de que la sangrienta lucha de los pueblos descartará uno solo de los motivos ni resolverá una sola de las cuestiones que condicionan la esencia revolucionaria del movimiento obrero. Incapaz de resolverlas, la guerra no hará más que envenenar las contradicciones capitalistas. Surgirán de nuevo, de la sangre y el lodo, para desvelarse enteramente mañana; hoy en día ya se desvelan en la conciencia de las masas trabajadoras. Para salir del impase histórico, el proletariado

tendrá que coger el camino diametralmente opuesto: el de la liquidación total del posibilismo, el del rechazo definitivo de eso que se llama las obligaciones nacionales, el de la lucha implacable por la toma del poder, bajo esta forma, preparada por toda la época precedente y que constituye una experiencia única para la humanidad: la forma de la dictadura política del proletariado en todos los países civilizados del mundo capitalista.

Cuanto más profundas sean las cicatrices dejadas por la guerra en la conciencia del proletariado, más rápido e impetuoso será el proceso de su emancipación al margen de los métodos, de las maniobras no revolucionarias de la época precedente, y más estrechos, más directos, más fraternales, más conscientes, serán los lazos de la solidaridad internacional, no como principios, no como anticipaciones, no como símbolos, sino como factores directos de la colaboración revolucionaria en la arena internacional en nombre de la lucha general contra la sociedad capitalista. Se puede pensar que, en esta cuestión secundaria, la del ritual revolucionario, la Tercera Internacional no rechazará la herencia espiritual de la Segunda Internacional. Al contrario, será la ejecutora directa del testamento revolucionario. Revolucionando e internacionalizando el movimiento obrero, le devolveremos al Primero de Mayo el significado que le quisieron dar los creadores de la Segunda Internacional. Será el toque de rebato de la revolución social.

La conferencia de Gompers y compañía [burocracia sindical norteamericana y guerra imperialista]⁶

(15 de marzo de 1917)

La conferencia (en Washington) de los funcionarios de la Federación Norteamericana del Trabajo [AFL] se ha celebrado a petición del Comité de Defensa Nacional, del que es miembro el presidente de la Federación, Gompers. La iniciativa ya se ha precisado. No se trata de una reunión de los representantes de la clase obrera contra la guerra y el militarismo, sino de una conspiración de las “Uniones”⁷ para someter a los proletarios al militarismo. Wilson nombró a Gompers para el Comité de Defensa con tanto respeto precisamente con ese objetivo. Con ese objetivo, Gompers ha reunido a su propia “administración”. El resultado ha sido exactamente con el que contaban los dirigentes: la administración de las Uniones ha jurado fidelidad a la del poder.

En el corazón del juramento está, evidentemente, la obligación de la “defensa nacional”. A este respecto, Gompers y sus acólitos no ponen ninguna restricción. Prometen sus servicios (“a todos los niveles”) para “la defensa, protección y apoyo de la república contra sus enemigos, sean los que sean”. De antemano no rehúsan cualquier discriminación hipócrita y sutilmente jurídica entre las naciones en guerra “defensiva” y en guerra “ofensiva”. La república imperialista siempre necesitará en cualquier guerra el apoyo de los trabajadores, y Gompers lo promete. Promete también su ayuda a la institución del servicio militar obligatorio.

La administración de las “Uniones” adjunta a su promesa de lealtad toda una serie de buenos deseos ante la administración gubernamental. Los trabajadores (a saber, los funcionarios de las “Uniones”) deben estar representados en todas las organizaciones de guerra. Los obreros deben tener mandato consultivo. El capitalismo tendrá que soportar el peso de la guerra, etc., etc. Sean cuales sean las condiciones aceptadas, no tienen valor y son humillantes para la clase obrera. Vendiendo a las jóvenes generaciones de trabajadores al militarismo, los dirigentes sindicalistas de las “Uniones” piden el derecho a pronunciarse sobre cómo el Moloch gubernamental los devorará. Los corderos veteranos reclaman al carnicero su representación en el matadero. Consienten en el exterminio de la raza ovina pero dentro del respeto a los derechos y a la constitución de los corderos.

Pero ¿qué garantiza ese derecho a mirar? En ese punto el documento servil de Gompers tiene un vicio de pronunciación. Por una parte, se promete el apoyo al gobierno contra todos sus enemigos; por otra parte, se diría que el derecho a mirar ante el gobierno está sometido a algunas condiciones.

Pero, tras la conferencia de Washington, la posición de principio de Wilson será mucho más firme que la de Gompers. Al primer choque, las clases dirigentes mantendrán frente a los “unionistas” el mismo lenguaje que los gobernantes ingleses, franceses y alemanes mantienen frente a sus socialpatriotas: “la defensa de la patria es el primer deber del proletariado de acuerdo con vuestras propias declaraciones; por tanto; en el

⁶ León Trotsky, “[La conferencia de Gompers y compañía](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

⁷ Uniones sindicales.

cumplimiento de ese deber no tenéis ningún derecho a propinas”. Si la clase obrera norteamericana está obligada “lealmente” a derramar su sangre por la patria imperialista, tendrá que cumplir su deber, sea o no nombrado ministro de trabajo Gompers y se suban o bajen en un diez por ciento los salarios de los obreros de las fábricas de guerra...

En las decisiones de la conferencia de Washington el unionismo obtuso y conservador encuentra su lógica realización y, al mismo tiempo, su repugnante caricatura. El gompersismo consiste en el reconocimiento por el capitalismo del derecho de los proletarios a una constitución “honorable” sobre las bases de la explotación capitalista. Pero el capitalismo ha devenido imperialismo. Éste arrastra al país a la guerra. Gompers, acepta arrodillado la guerra y el militarismo igual que ha aceptado el capitalismo. Se esfuerza (de ahora en adelante sobre la base de la guerra) en obtener una constitución “honorable” para las masas trabajadoras arrojadas al sacrificio.

Si la lucha contra Gompers era complicada en alto grado bajo las condiciones del “desarrollo pacífico” del capitalismo norteamericano, cuando los dirigentes de la clase obrera recibían buenas migajas de la mesa de la burguesía, ahora que se trata de la implacable empresa del militarismo, la posición de los socialistas en lucha contra el gompersismo ha devenido mucho más favorable. Las contradicciones entre los corderos constitucionalistas y las escalofriantes masacres que la guerra provocará en las filas proletarias, serán demasiado visibles, demasiado llamativas, como para que los cerebros más obtusos puedan ignorarlas; se harán más permeables a la palabra socialista de la revolución. Sólo es necesario que nosotros, socialistas, estemos a la altura. Ninguna concesión ni al gobierno, ni al militarismo, ni al patriotismo. Ningún compromiso con el gompersismo. La burocracia unionista ha firmado un acuerdo con la burocracia del capitalismo. ¡Guerra sin cuartel a una y otra, tal es y debe ser nuestra réplica!

[En la revolución rusa de 1917]⁸

(31 de agosto de 1917)

Cualquier persona inteligente (o cualquier tonto) sabe que para salvar a Rusia es esencial una lucha despiadada contra la anarquía de la izquierda y la contrarrevolución. Esto constituye la esencia de todo el programa de *Izvestia*, *Dyelo Naroda*, *Rabochaya Gazetta*... El discurso “histórico” de Kerensky en la “histórica” Conferencia Estatal representó variaciones sobre este mismo tema. “A sangre y fuego contra la anarquía a la izquierda y la contrarrevolución a la derecha”.

Esto suena muy bien, en cualquier caso, simétrico. ¿Pero tiene sentido? Cuando hablan de contrarrevolución, no tienen en cuenta ciertas actitudes o acciones al azar desordenadas, sino intereses particulares de clase, incompatibles con el afianzamiento y el desarrollo de la revolución. Son los terratenientes y el capital imperialista quienes apoyan la contrarrevolución. ¿Qué clases están apoyando la anarquía?

El alcalde de Moscú, el Señor Rudnyev, respondió a esto muy claramente. Dio la bienvenida a la conferencia estatal en nombre de la “totalidad” de la población de Moscú, menos aquellos elementos anárquicos que organizaban una huelga general de protesta en Moscú. ¿Pero quién organizaba la huelga? Los sindicatos de Moscú. Contra el intento del gobierno de organizar un parlamento contrarrevolucionario en Moscú, los sindicatos decretaron y organizaron una huelga general en Moscú; lo hicieron contra los deseos del gobierno, las autoridades militares de Moscú y la mayoría s.r.-menchevique en el Sóviet de Moscú de Delegados de los Trabajadores y Soldados. Los sindicatos son las organizaciones del proletariado más puras, menos adulteradas, es decir, de esa clase que con su trabajo sin descanso crea el poder y la riqueza de Moscú. Y son estos sindicatos, los que unen a la flor y nata de la clase obrera, la fuerza impulsora fundamental de la economía actual, son estos sindicatos los que el alcalde s.r. de Moscú ha llamado elementos anárquicos. Y es contra estos trabajadores concienzudos y disciplinados contra quienes tendrá que dirigirse el fuego de la violencia del gobierno.

¿No vemos lo mismo en Petrogrado? Los comités de fábrica no son organizaciones políticas. No se crean en reuniones cortas. La masa de trabajadores nombra a aquellos que, localmente, en la vida cotidiana, han demostrado su determinación, eficiencia y devoción a los intereses de los trabajadores. Y, por supuesto, los comités de fábrica, como se ha demostrado una vez más en la última conferencia, están compuestos en una abrumadora mayoría por bolcheviques. En los sindicatos de Petrogrado, el trabajo práctico cotidiano, al igual que el liderazgo ideológico, depende totalmente de los bolcheviques. En la sección obrera del Sóviet de Petrogrado, los bolcheviques constituyen una abrumadora mayoría. Sin embargo, eso es lo que es “anarquía”. En ese aspecto, Kerensky está de acuerdo con Miliukov, Tsereteli está con los hijos de Suvorin, Dan con el servicio de seguridad. [...]

⁸ Extracto de León Trotsky “A Sangre y fuego”, en páginas 179-180 del formato pdf de [1917. El año de la revolución](#), en estas mismas [OELT-EIS](#).

[Sóviets, sindicatos y organizaciones campesinas, dueños del país]⁹

(14 de abril de 1918)

Camaradas, nuestro país es el único en el que el poder está en las manos de la clase obrera y de todas partes se nos aconseja: “¡Dejadlo, no estáis a la altura! ¡Mirad cuantas dificultades se presentan en el camino del poder de los sóviets! Y es cierto, las dificultades son numerosas, a cada paso tropezamos con obstáculos.

Pero ¿cuál es la causa? Miremos a nuestro alrededor, examinemos la situación. Saquemos la cuenta de nuestros amigos y de nuestros enemigos, miremos hacia delante. Hemos heredado de nuestros predecesores, el zar, Miliukov, Kerensky, *un estado completamente arruinado tanto en el interior como en el exterior*. No exista la menor duda de que en el momento actual nuestro país se encuentra en una situación terrible. Pero esta situación no es más que el resultado de todo el desarrollo histórico que le ha precedido y, en particular, de la guerra actual. El zar y Miliukov nos arrastraron a la guerra. El ejército del zar fue vencido. Estalló la revolución. Los trabajadores de todos los países esperaban de la revolución que les trajese la paz. Pero Miliukov y Kerensky se dejaron llevar sujetos a la correa de los aliados imperialistas; hicieron que la guerra se prolongase, decepcionaron todas las esperanzas y pusieron la revolución en peligro. Entonces, los obreros se sublevaron y tomaron el poder en sus manos. Por nuestra parte, nosotros hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para acrecer la confianza de los obreros europeos en la revolución rusa, para que comprendiesen claramente que ni Miliukov ni Kerensky representaban a la revolución rusa, sino que eran los obreros, los proletarios explotados, los campesinos que no explotan trabajo ajeno, quienes lo hacía.
[...]

Los sóviets, los sindicatos, las organizaciones campesinas, tales son en la actual hora los dueños del país. Antes, camaradas, vivíamos bajo el látigo, el látigo de la burocracia; pero ese látigo ya no existe. Solo hay organizaciones de obreros y campesinos pobres, y esas organizaciones deben enseñarnos a todos, a fin que lo sepamos y no lo olvidemos, que cada uno de nosotros no es una unidad aislada, sino que ante todo es un hijo de la clase obrera, una parte de la gran asociación común cuyo nombre es “Rusia trabajadora”, y que solo puede salvarse mediante el trabajo en común. Cuando los ferroviarios transportan subrepticamente un cargamento; cuando algunos sujetos roban los depósitos, o en general la propiedad del estado, tenemos que denunciarlo como el mayor de los crímenes contra nuestro pueblo, contra la revolución. Tenemos que montar la guardia día y noche y decirle a esa especie de renegados: “¡Estás robando a las clases que no poseen nada, no a la burguesía, sino a ti mismo, a tu propio pueblo!” En la hora actual cada uno de nosotros, sea cual sea el lugar que ocupa, en una fábrica o en los ferrocarriles, debe considerarse en todas partes como un soldado que ha sido situado allí por el ejército de los trabajadores, por su propio pueblo, y cada uno de nosotros debe cumplir su deber hasta el final.

⁹ Extractos del “[Discurso pronunciado en Moscú el 14 de abril de 1918 ante un público de obreros y campesinos, y algunas respuestas]”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

Esta nueva disciplina del trabajo, camaradas, tenemos que crearla cueste lo que cueste. La anarquía nos destruirá, el orden del trabajo nos salvará. En las fábricas tenemos que instaurar tribunales elegidos para castigar a los gandules. Ahora que se ha convertido en el dueño de su país, cada obrero debe acordarse claramente de su deber de trabajador y de su honor de trabajador.

[...]

Será bastante con que podamos establecer, con los sindicatos y sóviets, una disciplina bastante firme para que cada uno trabaje ocho horas, (en ningún caso más, e incluso lo antes posible siete horas) y que el trabajo se haga verdaderamente a conciencia, es decir que cada parcela de tiempo de trabajo esté realmente llena de trabajo, que cada uno sepa y recuerde que trabaja para una asociación común, para un fondo común, he ahí hacia lo que tienden nuestros esfuerzos, camaradas.

[...]

En nuestro viejo ejército, que habíamos heredado del zarismo, era necesario despedir a los viejos jefes, a los generales y coroneles, pues en su mayor parte habían sido útiles en manos de una clase que nos era hostil, en manos del zarismo y de la burguesía. Por ello, cuando hizo falta que los obreros-soldados y los campesinos-soldados eligiesen a sus propios mandos, no eligieron a jefes militares, sino simplemente a representantes aptos para defenderlos de los ataques de las clases contrarrevolucionarias. ¿Pero ahora, camaradas, ahora que estamos a punto de construir el ejército? ¿La burguesía? No, los sóviets de obreros y campesinos, es decir las mismas clases que componen el ejército. Allí no es posible la lucha interna. Tomemos el ejemplo de los sindicatos. Los obreros metalúrgicos eligen a su comité, y el comité a un secretario, un empleado de la oficina y determinado número de otras personas que son necesarias. ¿Ha ocurrido alguna vez que los obreros se pregunten: por qué nuestros empleados y nuestros tesoreros son designados y no elegidos? No, ningún trabajador inteligente dirá eso. Si no el comité respondería: “habéis elegido al comité vosotros mismos, si desconfiáis de nosotros, destituidnos, pero una vez que nos habéis encargado de la dirección del sindicato, dadnos la posibilidad de escoger al empleado o al tesorero, pues somos mejores jueces que vosotros en ese dominio, y si nuestra forma de llevar los asuntos es mala, entonces sacadnos y elegid otro comité.” El gobierno soviético está en la misma situación que el comité de un sindicato.

[...]

[Informe en el Tercer Congreso Panruso de los Sindicatos]¹⁰ (abril de 1920)

Informe sobre la organización del trabajo

¡Camaradas! La guerra civil termina. En el frente oeste la situación sigue siendo incierta. Aún es posible que la burguesía polaca desafíe a su propio destino... Pero si esto ocurriera (y nosotros no hacemos nada para provocarlo), la guerra no exigirá de nosotros la abrumadora tensión de fuerzas que la lucha simultánea en cuatro frentes ha requerido. La terrible presión de la guerra se debilita. Las necesidades y labores económicas atraen cada vez más nuestra atención. La historia nos coloca directamente frente a nuestra obra fundamental: la organización del trabajo sobre nuevas bases sociales. En el fondo, la organización del trabajo constituye la organización de la nueva sociedad, porque toda sociedad descansa en el trabajo. Si la sociedad vieja estaba basada en una organización del trabajo que beneficiaba a la minoría, la cual disponía del instrumento de presión gubernamentalmente contra la inmensa mayoría de los trabajadores, nosotros realizamos ahora la primera tentativa que la historia universal registra de organización del trabajo en beneficio de la clase obrera. Esto, sin embargo, no excluye el instrumento de presión en todas sus formas, de las más suaves a las más rudas. El elemento de presión, de coerción, no sólo no abandona la escena histórica, sino que, por el contrario, desempeñará un papel importantísimo durante un periodo bastante considerable.

Siguiendo la regla general, el hombre procurará librarse del trabajo. La asiduidad no es una virtud innata en él; se crea por la presión económica y por la educación del medio social. Puede afirmarse que el hombre es un animal bastante perezoso. En el fondo, en esta cualidad, principalmente, se ha fundamentado el progreso humano. Si el hombre no hubiese tratado de ahorrar sus fuerzas, si no se hubiese esforzado en conseguir con el mínimo de energía el máximo de productos, no habría habido un desarrollo de la técnica ni cultura social. Considerada, pues, desde este punto de vista, la pereza del hombre es una fuerza progresista. El viejo marxista italiano Arturo Labriola ha llegado a imaginar al hombre futuro como un “holgazán genial y feliz”. Sin embargo, no hay que deducir de esto que el partido y los sindicatos deban preconizar esta cualidad como un deber moral. No es necesario. En Rusia, la pereza es excesiva. La obra de organización social consiste precisamente en introducir la “pereza” en cuadros definidos, para disciplinarla, y en estimular al hombre con el auxilio de los medios y medidas que él mismo imaginó.

La obligación del trabajo

La clave de la economía es la mano de obra, sea ésta cualificada, poco cualificada, bruta, etc. Hallar los medios para llegar a conocerla con exactitud, para movilizarla, repartirla, utilizar de modo productivo, significa resolver prácticamente el problema de nuestra reconstrucción económica. Esta es la obra de toda una época; obra grandiosa. Su dificultad aumenta porque tenemos que reorganizar el trabajo sobre bases socialistas, en condiciones de una enorme y espantosa pobreza.

Cuanto más se gasta la herramienta y más se deterioran el material móvil y los ferrocarriles, menos posibilidades tenemos de recibir del extranjero en plazo breve una

¹⁰ “[Informe en el Tercer Congreso Panruso de los Sindicatos]”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

cantidad algo respetable de máquinas, y la cuestión de la mano de obra adquiere más importancia. Al parecer, disponemos de una mano de obra muy considerable. Pero ¿cómo reunirlos? ¿Cómo llevarlos al pie de la obra? ¿Cómo organizarlos industrialmente? Cuando este invierno emprendimos la labor de quitar la nieve que hacía impracticables las vías férreas, chocamos ya con grandes dificultades, que no pudimos vencer con la compra de mano de obra por la depreciación del dinero y la ausencia casi completa de artículos manufacturados. Las necesidades de combustible no pueden satisfacerse, ni aun parcialmente, sin la utilización de una tal cantidad de fuerza obrera como nunca se ha empleado para la tala de árboles y la extracción de la turba y la hulla. La guerra civil ha destruido las vías férreas, los puentes, las estaciones. Para la producción en gran escala de madera de arder, de turba, como para otros trabajos, se necesitan locales para los trabajadores, aunque sólo sean campamentos provisionales de barracas. De aquí se infiere, además, la necesidad de una importante mano de obra para los trabajos de construcción. También es necesaria una considerable cantidad de mano de obra para la organización del servicio fluvial. Y así sucesivamente.

La industria capitalista se alimentaba en grandes proporciones de mano de obra auxiliar entre los elementos que emigraban del campo. La falta de tierras de labor, que se hacía notar cruelmente, lanzaba al mercado constantemente cierto sobrante de mano de obra. El estado, por el establecimiento de impuestos, la obligaba a venderse. El mercado ofrecía mercancías al campesino. A la hora presente, esta situación ha desaparecido. El campesino tiene más tierra, pero como le faltan los instrumentos agrícolas, necesita más fuerza obrera.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible. Además, la industria no puede dar casi nada al campo, y el mercado no ejerce ninguna atracción sobre la mano de obra.

Esta, no obstante, nos es más necesaria que nunca. No es sólo el obrero quien tiene que dar su fuerza al poder soviético, para que la Rusia trabajadora y, con ella, los trabajadores mismos no sean aplastados; necesitamos también la fuerza de los campesinos. El único medio de procurarnos la mano de obra precisa para las labores económicas actuales es la implantación *de la obligación del trabajo*.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible para los comunistas: "Quien no trabaja, no come". Y como todos tienen que comer, todos están obligados a trabajar. La obligación del trabajo está fijada en nuestra constitución y en el código del trabajo. Pero hasta hoy sólo era un principio. Su aplicación no había tenido más que un carácter accidental, parcial, episódico. Sólo ahora, frente a las cuestiones que origina la reorganización del país, se ha impuesto ante nosotros en su realidad implacable la necesidad de la obligación del trabajo. La única solución regular, tanto en principio como en la práctica, consiste en considerar a toda la población del país como una reserva necesaria de fuerza obrera (como una fuente casi inagotable), y en organizar en un orden rigurosamente establecido el recuento, la movilización y la utilización.

¿Cómo cooptar prácticamente la mano de obra sobre la base de la obligación del trabajo?

Hasta hoy, sólo el ministerio de la guerra tenía experiencia en lo que se refiere a censo, movilización, formación y traslado de grandes masas. Nuestro departamento de la guerra ha heredado del pasado, en gran parte, sus métodos y reglas técnicas. No hemos podido conseguir semejante herencia en el dominio económico, porque aquí intervenía un principio de derecho privado y la mano de obra fluía directamente a las diversas empresas industriales del mercado del trabajo. Era, pues, natural, desde el momento en que estábamos obligados a ello y, sobre todo, al principio, que utilizáramos, en gran escala, la maquinaria del ministerio de la guerra para la movilización de las fuerzas obreras.

En el centro y en provincias hemos creado órganos especiales para velar por el cumplimiento de la obligación del trabajo; a este respecto, funcionan ya comités en los gobiernos, en los distritos, en los cantones. Se apoyan principalmente en los órganos centrales y locales del departamento de la guerra. Nuestros centros económicos: el Consejo Superior de Economía Popular, el Comisariado de Agricultura, el Comisariado de Transportes, el Comisariado de Abastecimientos, determinan la mano de obra que necesitan. El Comité Central de la Obligación del Trabajo recibe todas estas demandas, las coordina, las pone en relación con las fuentes locales de mano de obra, da las instrucciones correspondientes a sus órganos locales y realiza, por medio de ellos, la movilización de las fuerzas obreras. En las regiones, gobiernos y distritos, los órganos locales ejecutan autónomamente este trabajo, para satisfacer las necesidades económicas locales.

Toda esta organización no ha sido más que ligeramente esbozada. Dista mucho de ser perfecta. Pero el camino emprendido es indiscutiblemente el correcto.

Si la organización de la nueva sociedad tiene por base una organización nueva del trabajo, esta organización requiere a su vez la implantación regular del trabajo obligatorio. Las medidas administrativas y de organización son insuficientes para realizar esta obra que abarca los fundamentos mismos de la economía pública y de la existencia, que choca con los prejuicios y hábitos psicológicos. La efectividad del trabajo obligatorio supone, por una parte, una obra colosal de educación, y, por otra, la mayor prudencia en el modo práctico de realizarla.

La utilización de la mano de obra debe ser hecha con la mayor economía. Cuando hayan de verificarse movilizaciones de fuerza obrera, es indispensable tener presente las condiciones de vida económica de cada región y las necesidades de la industria agrícola de la población local. Hay que tomar en consideración, en lo posible, los recursos que existían antes, los elementos emigrantes locales, etc. Es preciso que los traslados de la mano de obra movilizada se hagan a pequeñas distancias, es decir, que se la tome de los sectores más próximos al frente del trabajo. Es menester que el número de los trabajadores movilizados corresponda a la magnitud de la obra económica. Es necesario que los trabajadores movilizados sean provistos a tiempo de víveres y de instrumentos de trabajo y que tengan al frente a técnicos competentes, dotados de espíritu de iniciativa. Hay que convencer a los trabajadores de que su mano de obra se utiliza con previsión y sin parsimonia y que no se gasta en vano. Siempre que sea posible, deberá sustituirse la movilización directa por el trabajo: es decir, imponer a un determinado cantón la obligación de suministrar, en un tiempo dado, tantos *estéreos* de madera, o transportar hasta tal o cual estación tantos quintales de minerales, etc. En este dominio, es preciso aprovecharse particularmente de la experiencia adquirida, dar al sistema económico la mayor flexibilidad posible, tener en cuenta los intereses y costumbres locales. Pero es igualmente indispensable creer firmemente que el principio mismo de la obligación del trabajo ha sustituido tan radical y victoriosamente al del reclutamiento voluntario como la socialización de los medios de producción a la propiedad capitalista.

La militarización del trabajo

La obligación del trabajo sería imposible sin la aplicación (en alguna medida) de los métodos de militarización del trabajo. Esta expresión nos introduce de un golpe en el dominio de las más grandes supersticiones y de los clamores de oposición.

Para comprender lo que se entiende por militarización del trabajo en el estado obrero y cuáles son sus métodos, hay que tener una idea clara del modo en cómo se ha efectuado la militarización del ejército mismo que, según todos recuerdan, estaba muy lejos de poseer en el primer período las cualidades “militares” requeridas. En estos dos últimos años, el número de soldados que hemos movilizado no es tan alto como el de

sindicados en Rusia. Pero los sindicatos son obreros, y sólo un 15 por 100 de ellos forma parte del Ejército Rojo; el resto de éste está constituido por la masa campesina. No obstante, sabemos, sin que esto ofrezca lugar a dudas, que el verdadero organizador y creador del Ejército Rojo es el obrero avanzado, procedente de las organizaciones sindicales o del partido. Cuando la situación en los frentes de combate se hacía difícil, cuando la masa campesina recientemente movilizada no daba pruebas de firmeza bastante, nos dirigimos a la vez al comité central del partido comunista y al sóviet de los sindicatos. De estos dos organismos salieron los obreros avanzados que marcharon al frente a organizar el Ejército Rojo a su imagen, a educar, templar, militarizar a la masa campesina.

Es éste un hecho que debe recordarse con claridad, porque arroja mucha luz sobre la idea misma de la militarización, tal como se concibe en el estado obrero y campesino. La militarización del trabajo ha sido proclamada más de una vez y realizada en diferentes sectores económicos de los países burgueses, tanto en occidente como en Rusia zarista. Pero nuestra militarización se distingue de esas otras por sus fines y métodos, como el proletariado consciente y organizado para conseguir su emancipación se distingue de la burguesía consciente y organizada para la explotación.

De esta confusión, tan inconsciente como mal intencionada, de las formas históricas de la militarización proletaria y socialista con la militarización burguesa, dimanaban la mayor parte de los prejuicios, errores, protestas y gritos provocados por esta cuestión. En este modo de interpretar las cosas se ha basado totalmente la actitud de los mencheviques, nuestros kautskystas rusos, tal como manifiesta en su declaración de principios, presentada al actual Congreso de los Sindicatos.

Los mencheviques no hacen más que declararse enemigos de la militarización del trabajo, como también de la obligación del trabajo. Rechazan estos métodos como “coercitivos”. Proclaman que la obligación del trabajo provocará una bajada de la productividad. En cuanto a la militarización, no tendrá; según ellos, otro efecto que un gasto inútil de mano de obra.

“El trabajo obligatorio ha sido siempre poco productivo”, tal es la expresión exacta de la declaración de los mencheviques. Esta afirmación nos traslada al centro mismo de la cuestión. Porque, en nuestra opinión, no se trata en modo alguno de saber si es prudente o insensato declarar tal o cual fábrica en estado de guerra; si debe concederse al Tribunal Revolucionario Militar derecho a castigar a los obreros corrompidos que roban las materias primas y los instrumentos que nos son tan útiles o que nos sabotean. No, la cuestión está planteada por los mencheviques de un modo mucho más profundo. Al afirmar que la obligación del trabajo es *siempre* poco productiva, se esfuerzan en destruir toda nuestra obra económica en la época de transición, porque no puede pensarse en pasar de la anarquía burguesa a la economía socialista sin recurrir a la dictadura revolucionaria y a los métodos coercitivos de organización económica.

En el primer punto de la declaración de los mencheviques se afirma que vivimos en la época de transición de las formas de producción capitalista a las formas de producción socialista. ¿Qué quiere decir esto exactamente? Y, sobre todo, ¿de dónde proceden semejantes aforismos? ¿Desde cuándo creen esto nuestros kautskystas? Nos han acusado (y éste fue el motivo de nuestros desacuerdos) de utopismo socialista; afirmaban (y esto constituía el fondo de su doctrina) que no puede realizarse en nuestra época el paso al socialismo, que nuestra revolución no es más que una revolución burguesa, que nosotros, comunistas, no hacemos otra cosa con destruir el sistema económico capitalista, que no hacemos adelantar un paso a la nación, que la hacemos, por el contrario, retroceder. En esto consistía el desacuerdo fundamental, la divergencia profunda, incompatible, de la que derivaban todas las restantes diferencias. Ahora, los

mencheviques nos indican de paso, en los preliminares de su resolución, como algo que no necesita prueba, que estamos en el período de transición del capitalismo al socialismo; confesión totalmente inesperada, que se parece mucho a una completa capitulación de ideas, y hecha con tanta facilidad y ligereza que, como toda la declaración demuestra, no impone ninguna obligación revolucionaria a los mencheviques. Estos siguen siendo en bloque prisionero de la ideología burguesa. Después de haber reconocido que caminamos hacia el socialismo, los mencheviques luchan con todo el furor posible contra estos métodos, sin los cuales, en las actuales condiciones graves y penosas, es imposible el paso al socialismo.

“El trabajo obligatorio [nos dicen] es poco productivo”. Nosotros les preguntamos: ¿Qué entendéis por trabajo obligatorio al hacer esa afirmación? Dicho de otro modo, ¿a qué trabajo es antinómico? Aparentemente al trabajo libre. ¿Qué debe entenderse en este caso por trabajo libre? Esta idea ha sido formulada por los ideólogos progresistas de la burguesía en su lucha contra el trabajo obligatorio, es decir, contra la servidumbre de los campesinos y contra el trabajo regularizado, reglamentado, de los artesanos. Por trabajo libre se entendía el que podía comprarse “libremente” en el mercado de trabajo. La libertad se reducía a una ficción jurídica sobre la base de la venta libre del asalariado. No conocemos en la historia otra forma de trabajo libre. Que los pocos mencheviques que asisten a este congreso nos expliquen lo que entienden por trabajo libre, no coercitivo, si no es la libre venta de la mano de obra.

La historia ha conocido la esclavitud, la servidumbre, el trabajo reglamentado de las corporaciones de la Edad Media. Hoy, en todo el universo, impera el salariado, que los escritorzueros amarillos de todos los países oponen como una libertad superior a “la esclavitud” soviética. Nosotros, en cambio, oponemos a la esclavitud capitalista el trabajo social y regulado, basado en un plan económico, obligatorio para todos y, por consiguiente, obligatorio para todo obrero del país. sin él es imposible hasta pensar en el advenimiento del socialismo. El elemento de presión material, física, puede ser más o menos grande; esto depende de muchas condiciones: del grado de riqueza o pobreza del país, del nivel cultural, del estado de los transportes y del sistema de dirección, etc.; pero la obligación y, por consiguiente, la coerción es la condición indispensable para refrenar la anarquía burguesa, para la socialización de los medios de producción y de los instrumentos de trabajo y para la reconstrucción del sistema económico con arreglo a un plan único.

Para un liberal, libertad significa, en último resultado, venta libre de la mano de obra. ¿Puede o no comprar un capitalista a un precio aceptable la fuerza de trabajo? Esta es la única unidad de medida de la libertad de trabajo para un liberal, y esta medida es falsa, no sólo con respecto al porvenir, sino también con respecto al pasado.

Sería absurdo creer que cuando existía la servidumbre se efectuaba el trabajo solamente ante la amenaza de la presión física, y que el jefe de galeras estaba, látigo en mano, detrás del pobre campesino. Las formas económicas de la Edad Media se debían a ciertas condiciones económicas y originaban costumbres a las que el campesino se había adaptado, que en determinados momentos había creído justas, o cuya perennidad, por lo menos, había admitido siempre. Cuando bajo el influjo del cambio de las condiciones materiales, adoptó una actitud hostil hacia ellas, el gobierno le sujetó por la fuerza material, probando de este modo el carácter coercitivo de la organización del trabajo.

Sin las formas de coerción gubernamental que constituyen el fundamento de la militarización del trabajo, la sustitución de la economía capitalista por la economía socialista no sería más que una palabra falta de sentido. ¿Por qué hablamos de militarización? Ni que decir tiene que sólo por analogía, pero por una analogía muy significativa. Ninguna organización social, aparte del ejército, se ha creído con derecho a

subordinar tan completamente a los ciudadanos, a dominarlos tan totalmente por su voluntad, como el gobierno de la dictadura proletaria. Sólo el ejército (precisamente porque ha resuelto a su manera las cuestiones de vida y muerte de las naciones, de los estados, de las clases dirigentes) ha adquirido el derecho a exigir del individuo una sumisión completa a los trabajos, a los fines, a los mandatos y a las ordenanzas. Y lo ha conseguido sobre todo porque los trabajos de organización militar coincidían con las necesidades del desenvolvimiento social.

Hoy, la cuestión de vida o muerte de la Rusia de los sóviets se decide en el frente de trabajo. Nuestras organizaciones económicas con nuestras organizaciones sindicales e industriales tienen derecho a exigir de sus miembros toda la abnegación, toda la disciplina, toda la puntualidad que hasta ahora sólo ha exigido el ejército.

Por otra parte, la actitud del capitalista con respecto al obrero, no se fundamenta sólo en un contrato “libre”; contiene también poderosos elementos de reglamentación gubernamental y de presión material.

La concurrencia entre capitalistas ha presentado un semblante de realidad a la ficción de la libertad de trabajo. Pero esta concurrencia, reducida el mínimo por los sindicatos y los *trusts*, ha sido destruida completamente por nosotros al abolir la propiedad privada de los medios de producción. El tránsito al socialismo, reconocido de palabra por los mencheviques, significa el paso del reparto desordenado de la mano de obra, gracias al juego de la compraventa, de las oscilaciones de los precios en el mercado y de los salarios, a una distribución racional de los trabajadores, hecha por los órganos de distrito, de provincia, de todo el país.

Este género de reparto supone la subordinación de los obreros sobre quienes recae al plan económico del gobierno. Y en esto consiste la obligación del trabajo, que, como elemento fundamental, entra inevitablemente en el programa de la organización socialista del trabajo.

Si es imposible una organización sistemática de la economía pública sin la obligación del trabajo, ésta, en cambio, es irrealizable sin la abolición de la ficción de la libertad de trabajo y su sustitución por el principio de la obligación, que completa la realidad de la coerción.

Cierto que el trabajo libre es más productivo que el obligatorio en lo referente al paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa. Pero es preciso ser un liberal, o un *kaustskysta* en nuestros días, para eternizar esta verdad y extenderla a la época actual de transición del régimen burgués al socialista. Si es cierto, como dice la declaración de los mencheviques, que el trabajo obligatorio es siempre y cualesquiera que sean las circunstancias, menos productivo, nuestra reorganización económica está condenada a la ruina: pues no puede haber en Rusia otro medio para llegar al socialismo que una dirección autoritaria de las fuerzas y los recursos económicos del país y un reparto centralizado de la fuerza de trabajo, conforme al plan general del gobierno. El estado proletario se considera con derecho a enviar a todo trabajador adonde su trabajo sea necesario. Y ningún socialista serio negará al gobierno obrero el derecho a castigar al trabajador que se obstina en no llevar a cabo la misión que se le encomiende. Mas (y esta es la razón de todo) la vía menchevique de paso al “socialismo” es una vía láctea, sin monopolio del trigo, sin supresión de los mercados, sin dictadura revolucionaria y sin militarización del trabajo.

Sin obligación del trabajo, sin derecho a dar órdenes y a exigir su cumplimiento, los sindicatos pierden su razón de ser, pues el estado socialista en formación los necesita, no para luchar por el mejoramiento de las condiciones de trabajo (que es la obra de conjunto de la organización social gubernamental), sino con el fin de organizar la clase obrera para la producción, con el fin de educarla, de disciplinarla, de distribuirla, de

agruparla, de establecer ciertas categorías y fijar a ciertos obreros en sus puestos por un tiempo determinado, con el fin, en una palabra, de incorporar autoritariamente a los trabajadores, de acuerdo con el poder, en el plan económico único. Defender, en estas condiciones, la “libertad” de trabajo, equivale a defender la búsqueda inútil, ineficaz e incierta de mejores condiciones; el paso caótico, sin sistema, de una a otra fábrica en un país hambriento, en medio de la más espantosa desorganización de los transportes y abastecimientos. Aparte de la desagregación de la clase obrera y una completa anarquía económica, ¿cuál podría ser el resultado de esta insensata tentativa de combinar la libertad burguesa de trabajo con la socialización proletaria de los medios de producción?

La militarización del trabajo no es pues, camaradas, en el sentido que he indicado, un invento de algunos políticos u hombres de nuestro departamento militar, sino que aparece como un método inevitable de organización y disciplina de la mano de obra en la época de transición del capitalismo al socialismo. Si es cierto, como se afirma en la declaración de los mencheviques, que todas estas formas (reparto obligatorio de la mano de obra, su empleo pasajero o prolongado en determinadas empresas, su reglamentación conforme al plan económico gubernamental) conducen a una disminución de la productividad, haced una cruz sobre el socialismo, pues es imposible fundamentar el socialismo en la bajada de la producción. Toda organización social se basa en la organización del trabajo. Y si nuestra nueva organización del trabajo da por resultado una disminución de la producción, la sociedad socialista que se está formando camina fatalmente, por ese mismo hecho, hacia la ruina, cualquiera que sea nuestra habilidad y cualesquiera que sean las medidas de salvación que imaginemos.

Por estas razones, he dicho desde el principio que los argumentos mencheviques contra la militarización nos trasladan al centro mismo de la cuestión de la obligación del trabajo y de su influencia sobre la producción. ¿Es verdad que el trabajo obligatorio ha sido siempre improductivo? No hay más remedio que responder que éste es el más pobre y liberal de los prejuicios. Todo el problema se reduce a saber quién ejerce una presión, contra quién y por qué: qué estado, qué clase, en qué circunstancias, por qué métodos. La organización de la servidumbre fue, en determinadas condiciones, un progreso y trajo aparejado un aumento de la producción. La producción aumentó también considerablemente bajo el régimen capitalista y, por consiguiente, en la época de la compraventa libre de la mano de obra en el mercado del trabajo. Mas el trabajo libre y el capitalismo al completo, una vez dentro de la fase imperialista, se han arruinado definitivamente por la guerra. Toda la economía mundial ha entrado en un período de sangrienta anarquía, de terribles conmociones, de miseria, de agotamiento, de destrucción de las masas populares. En estas condiciones, ¿se puede hablar de la productividad del trabajo libre, cuando los frutos de este trabajo desaparecen diez veces más deprisa que se crean? La guerra imperialista, con sus consecuencias, ha demostrado la imposibilidad de la existencia ulterior de una sociedad basada en el trabajo libre. ¿o posee alguien el secreto que permita separar el trabajo libre del *delirium tremens* del imperialismo, dicho en otros términos, de hacer retroceder a la humanidad cincuenta o cien años atrás? si fuese cierto que nuestra organización del trabajo (que ha de sustituir al capitalismo), que nuestra organización, establecida conforme a un plan y, por consiguiente, coercitiva, originará la ruina de la economía, esta organización significaría el fin de toda nuestra cultura, un retroceso de la humanidad hacia la barbarie y el salvajismo.

Por fortuna, no sólo para la Rusia de los sóviets, sino para toda la humanidad, la filosofía de la escasa productividad del trabajo obligatorio “siempre y cualesquiera que sean las condiciones en que se realice” está contenida en un viejo refrán liberal. La productividad del trabajo es una cantidad arbitraria en el conjunto de las circunstancias

sociales más complejas, y no puede ser medida nunca, ni definida por adelantado como forma jurídica del trabajo.

Toda la historia de la humanidad es la historia de la organización y de la educación del hombre social para el trabajo, con el fin de obtener una mayor productividad. El hombre, como ya me he atrevido a decir, es un perezoso; es decir, se esfuerza instintivamente por obtener con el mínimo de esfuerzo el máximo de productos. Sin esta tendencia humana, no habría progreso económico. El desenvolvimiento de la civilización se mide por la productividad del hombre, y toda forma nueva de relaciones sociales debe soportar la prueba con esta piedra de toque.

El trabajo “libre” no ha nacido con toda su potencia productiva; sólo ha alcanzado una gran productividad progresivamente, por la aplicación prolongada de métodos de organización y educación del trabajo. Esta educación empleó los medios y procedimientos más diversos, que se modifican además según las épocas. Al principio, la burguesía expulsaba de su pueblo a latigazos al *mujik*, y le dejaba en medio del camino después de haberle despojado de sus tierras. Y cuando no quería trabajar en la fábrica, lo señalaba con un hierro candente, lo ahorcaba, lo enviaba a galeras, y acababa por acostumbrar al desdichado al trabajo de fábrica. En nuestra opinión, esta fase del trabajo “libre” difiere muy poco de los trabajos forzados, tanto desde el punto de vista de las condiciones materiales como desde el punto de vista legal.

En diversas épocas y en proporciones diferentes, la burguesía ha empleado simultáneamente el hierro candente, la represión y los métodos persuasivos. A este efecto, los sacerdotes le han prestado una inestimable ayuda. En el siglo XVI se reformó la antigua religión católica, que defendía el régimen feudal, y adaptó a sus necesidades una religión nueva (la Reforma), que combinaba la libertad del alma con la del comercio y el trabajo. Formó nuevos sacerdotes, que fueron sus guardianes espirituales y servidores devotos. Adoptó la escuela, la prensa, los municipios y el parlamento a su propósito de modelar las ideas de la clase trabajadora. Las diversas formas de salario (con jornal, a destajo, por contrato colectivo) no constituían en sus manos sino medios diversos de conseguir que el proletariado trabajara. A esto hay que añadir distintas formas de fomento del trabajo y de excitación al servilismo. En fin, la burguesía ha sabido apoderarse de las trade uniones (organizaciones de la clase obrera) y aprovecharse de ellas para disciplinar a los trabajadores. Ha aplacado a los líderes, y, por medio de ellos, ha convencido a los obreros de la necesidad del trabajo apacible, de que su obra sea irreprochable, de estricto cumplimiento de las leyes del estado burgués. La culminación de toda esta labor ha sido el sistema Taylor, en el cual los elementos de organización científica del proceso de la producción se combinan con los procedimientos más perfeccionados del sistema diaforético.

De lo dicho se deduce claramente que la productividad del trabajo libre no es algo determinado, establecido, presentado por la historia en bandeja de plata. ¡No! Es el resultado de una larga política tenaz, represiva, educadora, organizadora, estimulante, de la burguesía con respecto a la clase obrera. Poco a poco aprendió a exprimir una cantidad cada vez más mayor de productos del trabajo de los obreros, y el reclutamiento voluntario, única forma de trabajo libre, normal, sana, productiva y saludable, fue en sus manos un arma poderosa.

Una forma jurídica de trabajo que asegure por sí misma la productividad no ha existido nunca en la historia ni puede existir. La forma jurídica del trabajo se corresponde con las relaciones e ideas de la época. La productividad del trabajo se desenvuelve sobre la base del desarrollo de las fuerzas técnicas, de la educación del trabajo, en virtud de la adaptación progresiva de los trabajadores a los medios de producción, que se modifican constantemente, y a las nuevas formas de relaciones sociales.

El establecimiento de la sociedad socialista significa la organización de los trabajadores sobre nuevas bases y su adaptación a éstas, su educación con el fin de aumentar constantemente la productividad. La clase obrera, bajo la dirección de su vanguardia, debe darse a sí misma su educación socialista. Quien no comprenda esto, no entiende una palabra del abecé de la realización socialista.

¿Cuáles son, pues, nuestros métodos de reeducación de los trabajadores? Desde luego, son más vastos que los de la burguesía, y, además, honrados, justos, francos, limpios de toda hipocresía y de todo embuste. La burguesía tenía que echar mano de la mentira para presentar su trabajo como libre, cuando en realidad no sólo era socialmente impuesto, sino que estaba hasta esclavizado, puesto que era el trabajo de la mayoría en beneficio de la minoría. En cambio, nosotros organizamos el trabajo en interés de los obreros mismos, y por eso nada puede incitarnos a ocultar o encubrir el carácter socialmente obligatorio de su organización. No tenemos que contar cuentos de sacerdotes, de liberales ni de kautskystas. Decimos clara y francamente a las masas que no pueden salvar, educar y llevar el país socialista a una situación brillante sino a costa de un trabajo riguroso, de una severa disciplina y de la mayor puntualidad por parte de todo trabajador. El principal procedimiento que empleamos es la acción de la idea, la propaganda no de la palabra, sino del hecho. La obligación del trabajo reviste un carácter coercitivo, pero esto no quiere decir que suponga ninguna violencia contra la clase obrera. Si la obligación del trabajo hubiese chocado con la oposición de la mayoría de los trabajadores, habría quedado herido de muerte el régimen soviético. La militarización del trabajo, cuando se oponen a ella los trabajadores, es un procedimiento a lo Arakcheiev. La militarización del trabajo por la voluntad propia de los trabajadores mismos es un procedimiento de dictadura socialista. Que la obligación y militarización del trabajo no van en contra de la voluntad de los trabajadores, como ocurría con el trabajo “libre”, lo atestiguan más que todo cuanto pudiera decirse la considerable afluencia de obreros voluntarios a los “sábados comunistas”, hecho único en los anales de la humanidad. Nunca ha presenciado el mundo una cosa semejante. Por su trabajo voluntario y desinteresado (una vez por semana y aún más en ocasiones) los obreros demuestran brillantemente que están dispuestos no sólo a soportar el peso del trabajo “obligatorio”, sino a dar al gobierno un suplemento de trabajo por añadidura. Los “sábados comunistas”, antes que manifestaciones espléndidas de solidaridad comunista, son la garantía más segura del éxito de la implantación de la obligación del trabajo. Y es preciso, por medio de una activa propaganda, aclarar, ampliar y fortalecer esta tendencia tan profundamente comunista.

El arma moral más fuerte de la burguesía es la religión, mientras que la nuestra es la explicación del verdadero estado de cosas, la difusión de los conocimientos naturales, históricos y técnicos, la iniciación en el plan general de la economía gubernamental, sobre cuya base debe utilizarse la mano de obra de que dispone el poder soviético.

La economía política fue, en otro tiempo, el principal motivo de nuestra agitación: el régimen social capitalista era un enigma, y este enigma lo hemos descifrado ante las masas. Ahora, el mismo mecanismo del régimen soviético, que llama a los trabajadores a los puestos más distintos, ha revelado a las masas los enigmas sociales. A medida que avancemos, la economía política adquirirá una importancia histórica, y las ciencias, que sirven para escrutar la naturaleza y buscar los medios de someterla al hombre, ocuparán el primer plano.

Los sindicatos deben emprender, en la más grande escala, una obra de educación científica y técnica para que a todo obrero su propio trabajo le obligue a desarrollar la actividad teórica del pensamiento. Esta última, girando alrededor del trabajo, lo perfecciona y hace más productivo. La prensa debe ponerse a la altura de la misión del país, no sólo como lo hace hoy, es decir, en el sentido de una agitación general a favor de

un recrudescimiento de la energía obrera, sino también de la discusión y examen de los trabajos, planes y medios económicos concretos, del modo de resolverlos y, sobre todo, de comprobar y apreciar los resultados adquiridos. Los periódicos deben seguir día a día la producción de las fábricas más importantes, registrando los éxitos y fracasos, ensalzando unos y denunciando los otros...

El capitalismo ruso, por su carácter atrasado, su independencia y los rasgos parasitarios que de ello resultan, había conseguido, en mucho menor grado que el capitalismo de Europa, instruir, educar técnicamente y disciplinar industrialmente a las masas obreras. Esta labor incumbe hoy exclusivamente a las organizaciones sindicales del proletariado. Un buen ingeniero, un buen mecánico o un buen ajustador deben gozar de tanta celebridad y tanta gloria como antes los militantes revolucionarios, los agitadores más conocidos, y en nuestros días los comandantes y comisarios del pueblo más bravos y capaces. Los grandes y pequeños directores de la técnica deben ocupar un puesto de honor en el espíritu público y hay que obligar a los malos obreros a que se avergüencen de no estar a la altura de su misión.

El pago de los salarios obreros en Rusia se hace todavía en dinero y es de presumir que así ocurra durante mucho tiempo. Pero cuanto más progreseemos, más importante resultará satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Entonces los salarios perderán su razón de ser. Hoy no somos lo bastante ricos para hacer una cosa semejante. El aumento de la cantidad de artículos manufacturados es la obra principal a la que todas las demás se subordinan. En el momento actual, tan sumamente difícil, los salarios no son para nosotros un medio de hacer más grata la existencia personal de cada obrero, sino un medio de apreciar lo que cada obrero aporta con su trabajo a la república proletaria.

Por esta razón, los salarios, tanto en dinero como en especie, deben ponerse en la mayor concordancia posible con la productividad del trabajo individual. En el régimen capitalista, el trabajo a destajo, la implantación del sistema Taylor, etc., tenían por objeto aumentar la explotación de los obreros y robarles la plusvalía. Una vez socializada la producción, el trabajo a destajo, etc., tiene por fin el acrecentamiento de la producción socialista y, por consiguiente, un aumento del bienestar común. Los trabajadores que contribuyen más al bienestar común adquieren el derecho a recibir una parte mayor del producto social que los perezosos, indolentes y desorganizadores.

El estado obrero, en fin, al recompensar a los unos, no puede menos que castigar a los otros, es decir, a los que con todo conocimiento de causa quebrantan la solidaridad obrera, destruyen el trabajo común y causan un daño considerable a la reorganización socialista del país. La represión que tiene por objeto realizar las labores económicas, es un arma necesaria de la dictadura socialista.

Todas las medidas enumeradas, con algunas otras, deben asegurar el nacimiento de la emulación en el dominio de la producción. Sin esto, nos sería imposible elevarnos por encima de un nivel demasiado bajo. La emulación se basa en un instinto vital (la lucha por la existencia) que en el régimen burgués reviste un carácter de concurrencia. La emulación no desaparecerá en la sociedad socialista perfeccionada, pero revestirá, a medida que esté más asegurado el bienestar necesario a todos, un carácter cada vez más desinteresado y puramente ideológico. Se traducirá en una tendencia a prestar los mayores servicios posibles al pueblo, al distrito, a la ciudad y a la sociedad toda, y será recompensada con la popularidad, con el reconocimiento público, con la simpatía, o, tal vez, simplemente, con la satisfacción interna, resultado del sentimiento del buen cumplimiento de una obligación. Pero en el período de transición, lleno de dificultades, en condiciones de extrema pobreza material y escaso desarrollo del sentimiento de solidaridad social, la emulación ha de ir fatalmente ligada en cierto modo al deseo de

asegurarse objetos de uso personal. Tal es, camaradas, el conjunto de medios de que dispone el gobierno proletario para aumentar la productividad del trabajo. Como vemos, no hay una solución preparada de antemano. La solución no figura en ningún libro. Por otra parte, no puede haber aún libro de soluciones. Nosotros no hacemos más que empezar a escribir con el sudor y la sangre de los trabajadores. Y os decimos: obreros y obreras, defended el trabajo reglamentario. Sólo perseverando en él llegaréis a construir la sociedad socialista. Os encontraréis frente a una obra que nadie realizará por vosotros: el aumento de la productividad del trabajo sobre nuevas bases sociales. No resolver el problema es perecer. Resolverlo, es hacer progresar a la humanidad considerablemente.

Los ejércitos del trabajo

Empíricamente y en modo alguno basándonos en consideraciones teóricas. Hemos llegado a plantear la cuestión de la utilización del ejército para el trabajo (cuestión que ha adquirido entre nosotros una gran importancia teórica). Por fuerza de las circunstancias, en algunos lugares apartados de la Rusia soviética habían permanecido cierto tiempo grandes contingentes del ejército sin tomar parte en ninguna operación militar. Llevarlos a otros frentes donde se combatía era, sobre todo en invierno, muy difícil, dada la desorganización de los transportes. Este fue el caso, por ejemplo, del III Ejército, que se encontraba en la región Ural. Los militantes que lo dirigían, comprendiendo que no nos era posible desmovilizar, plantearon por sí mismos la cuestión de su paso a la obra del trabajo y enviaron un proyecto más o menos perfecto de ejército del trabajo.

La cosa era nueva y poco fácil. ¿Estaban dispuestos a trabajar los soldados rojos? ¿sería su trabajo bastante productivo? ¿se justificaría? A nosotros nos asaltaban las dudas a este respecto. No hay necesidad de decir que los mencheviques abundan en el sentido de la oposición. En el Congreso de los Sóviets de Economía Nacional, celebrado, si no me equivoco, en enero o a principios de febrero, es decir, cuando la cuestión no pasaba de ser un proyecto, Abramovich predecía que nos íbamos a llevar irremisiblemente un chasco, que esta empresa insensata era una utopía digna de Arakcheiev, y así sucesivamente. Nosotros debíamos considerar las cosas de otro modo. Las dificultades eran grandes, cierto; pero no se distinguían en principio de todas las demás dificultades de la obra soviética en general.

Veamos realmente lo que representaba este III Ejército. Quedaban en él muy pocas tropas: en total, una división de cazadores y otra de caballería (entre las dos, quince regimientos), más dos cuerpos especiales. El resto de las tropas había sido distribuido mucho antes entre los demás ejércitos en los frentes de combate. Pero el organismo director del ejército seguía intacto y nosotros creíamos muy probable que necesitaríamos enviarlo en la primavera, por el Volga, hasta el frente del Cáucaso, contra Denikin, que por aquel entonces no había sido todavía derrotado por completo. El contingente total de este III Ejército ascendía a unos 120.000 hombres. En esta masa, donde predominaba el elemento campesino, había cerca de 16.000 comunistas y simpatizantes, en su mayor parte obreros del Ural. Era, pues, por su composición, una masa campesina convertida en organización militar y dirigida por obreros de vanguardia. Trabajaban allí numerosos especialistas militares, que ocupaban importantes puestos y estaban bajo el control político general de los comunistas. Si se echa una ojeada de conjunto sobre el III Ejército, se verá que es el reflejo de toda Rusia soviética. Lo mismo si consideramos al Ejército Rojo en su totalidad que la organización del poder soviético en un distrito, en una provincia o en toda la república, hallaremos siempre el mismo esquema de organización: miles de campesinos adaptados a nuevas formas de vida política, económica y social por el esfuerzo de los trabajadores organizados que llevan la dirección en todos los campos de la actividad soviética. A los especialistas de la escuela burguesa se les coloca en puestos que requieren conocimientos especiales, se les concede la autonomía necesaria;

pero su trabajo es inspeccionado por la clase obrera, personificada en el partido comunista. Desde nuestro punto de vista, sólo es posible la implantación de la obligación del trabajo a condición de que se haga un reclutamiento entre el proletariado del campo bajo la dirección de los obreros avanzados. Por esto ni hubo ni pudo haber ningún obstáculo de principio que se opusiera a la aplicación al trabajo del ejército. En otros términos, las objeciones de principio de los mencheviques contra los ejércitos del trabajo no eran en el fondo sino objeciones contra la obligación del trabajo y contra los métodos soviéticos de edificación socialista. Y éste es el motivo de que no nos haya costado refutarlas.

Quede bien entendido que no es que se haya adaptado el organismo militar a la dirección del trabajo. Por otra parte, nunca hemos hecho nada en ese sentido. La dirección seguía en manos de los órganos económicos correspondientes. El ejército suministraba la mano de obra necesaria en forma de unidades compactas y organizadas, aptas para la ejecución de los trabajos homogéneos más sencillos: retirada de las nieves, tala de árboles, obra de construcción, etc.

Hoy tenemos ya una experiencia considerable en lo tocante a la utilización del ejército del trabajo y en lo sucesivo podemos hacer más que previsiones. ¿Qué conclusiones sacar de esta experiencia? Los mencheviques se han apresurado a sacarlas. El mismo Abramovich, su orador, ha declarado en el congreso de mineros que nos hemos llevado un chasco, que el ejército del trabajo no es más que una organización parasitaria en que cien hombres no valen lo que diez trabajadores. ¿Es esto cierto? No. Es exclusivamente una crítica odiosa formulada a la ligera por gentes que se mantienen alejadas, que ignoran los hechos, que no hacen más que recoger en todas partes los desperdicios y basuras, lo mismo cuando comprueban nuestro chasco que cuando lo anuncian. En realidad, no sólo no han fracasado los ejércitos del trabajo, sino que, por el contrario, han hecho importantes progresos, han demostrado su vitalidad, y maniobran ahora fortaleciéndose más cada día. Quienes han fracasado son los profetas que nos pronosticaban la inutilidad de esta empresa, que nos anunciaban que no trabajaría nadie, que los soldados rojos no irían al frente del trabajo, sino que se volverían a sus casas tranquilamente.

Estas objeciones estaban dictadas por el escepticismo pequeñoburgués, por la falta de confianza en la masa y en una audaz iniciativa organizadora. Pero, en el fondo, ¿no eran las mismas objeciones que teníamos que refutar cuando iniciábamos las grandes movilizaciones con fines exclusivamente militares? También entonces se trataba de espantarnos agitando el espectro de una desertión unánime (inevitable, se decía), después de la guerra imperialista. Ni que decir tiene que la desertión ha sido cruelmente castigada. Pero la experiencia ha demostrado que no ha revestido, ni con mucho, un carácter endémico ni la importancia que nos habían anunciado. No ha destruido el ejército. El lazo espiritual y organizador, el voluntariado comunista y la presión gubernamental han hecho, posible movilizar a millones de hombres, constituir numerosas unidades y realizar las obras militares más complejas. En último extremo, el ejército ha vencido. Por lo que toca al trabajo, esperábamos idénticos resultados. Y no hemos sufrido desilusiones. Los soldados rojos no han desertado cuando hemos pasado del frente guerrero al frente del trabajo, como nos pronosticaban algunos escépticos. Gracias a una agitación bien encauzada, esta transición ha despertado un gran entusiasmo. No negamos que algunos soldados hayan querido abandonar el ejército, pero esto ocurre siempre que se trasladan grandes unidades militares de un frente a otro o desde la retaguardia a la vanguardia y, en general, cuando se las pone en movimiento y la desertión potencial se transforma en desertión activa. Mas cuando sucedían hechos semejantes, intervenían las secciones políticas, la prensa, los órganos especiales de lucha contra la desertión y el porcentaje

actual de la deserción en los ejércitos del trabajo no es mayor que el de los ejércitos en combatientes.

Se había afirmado que, a consecuencia de su estructura interna, los ejércitos del trabajo no podrían dar más que un pequeñísimo tanto por ciento de trabajadores. Esto sólo en parte es verdad. El III Ejército ha conservado, como ya he dicho, su organismo director con un número reducidísimo de unidades militares. Mientras, por consideraciones de orden militar y no económico, hemos conservado intacto el Estado Mayor del Ejército y su dirección, el porcentaje de los trabajadores que suministraba era excesivamente bajo. De los 100.000 soldados rojos ocupados en las labores administrativas y económicas, sólo había un 21 por 100 de trabajadores; los servicios diarios de guardia (facción, etc.), a pesar del gran número de instituciones y depósitos militares no ocupaban más que el 16 por 100; el número de enfermos, atacados de tifus, sobre todo, como el personal médico y sanitario no pasaba del 13 por 100; el de ausentes por diversas razones (misiones, permisos, ausencia ilegal) se elevaba al 25 por 100. Así, pues, la mano de obra disponible no era más que el 23 por 100. Este era el máximo de fuerzas que el III Ejército podía suministrar al frente de trabajo. En realidad, al principio, no dio más que el 14 por 100 de trabajadores, sobre todo si consideramos las divisiones de cazadores y caballería.

Pero tan pronto como se supo que Denikin estaba derrotado y que no necesitaríamos enviar al frente del Cáucaso, en la primavera, al III Ejército, empezamos enseguida a liquidar los diferentes servicios del ejército y a adoptar de modo racional sus instituciones a los nuevos trabajos. Aunque todavía no hayamos acabado esta transformación, los resultados dados ya por ella no son menos considerables. Hoy¹¹, el antiguo III Ejército suministra un 38 por 100 de trabajadores con relación a sus efectivos. En cuanto a las unidades militares que trabajan a su lado en la región del Ural, dan ya un 49 por 100. Estos resultados no son despreciables si se comparan con lo que ocurre en las fábricas, en muchas de las cuales las ausencias, justificadas o no, pasan todavía del 50 por 100¹². Añadamos a esto que, con frecuencia, sostienen el funcionamiento de las fábricas los padres de los trabajadores, mientras que los soldados del Ejército Rojo tienen que atender a su propio sostenimiento.

Si enviamos a estos jóvenes de diecinueve años, movilizados por el Ejército del Ural, a talar árboles, veremos que de unos 30.000, más del 75 por 100 van al trabajo. Esto es ya un enorme progreso, y además la prueba de que utilizando el instrumento militar para su movilización y formación podemos introducir en las unidades de trabajo modificaciones que aseguren un alza considerable del porcentaje de los participantes en el proceso de la producción.

De ahora en adelante podremos hablar de la productividad de los ejércitos del trabajo basándonos en la experiencia adquirida. Al principio, la productividad en los distintos sectores del trabajo, a pesar del enorme entusiasmo, era, a decir verdad, demasiado baja. Y la lectura de los primeros comunicados del ejército del trabajo podía parecer claramente desalentadora. En los primeros tiempos, se necesitaban de trece a quince jornadas de trabajo para la preparación de una *sazhena*¹³ cúbica de madera, cuando la media fijada, que aun hoy sólo se alcanza raramente, es de tres días.

Haya que añadir que los especialistas de la materia son capaces, en condiciones favorables, de preparar una *sazhena* cúbica en un día. ¿Qué ha sucedido de hecho? Las unidades militares estaban destacadas lejos de los bosques de tala. Ocurría a menudo que para ir al trabajo y volver de él había que recorrer de ocho a diez verstas, lo que absorbía

¹¹ Abril de 1920.

¹² En el momento es que escribíamos hasta hoy, este porcentaje ha disminuido considerablemente.

¹³ Medida rusa, equivalente a tres archinas, o sea, 2,13 metros [aunque la edición de Júcar ofrece 3,13 metros y reproduce la grafía francesa *sagène*, EIS].

una parte importante de la jornada de trabajo. En los bosques faltaban las hachas y sierras. Muchos soldados rojos originarios de la estepa no conocían el bosque, no habían abatido árboles nunca y no estaban familiarizados con la sierra y el hacha. Los comités forestales de las provincias y distritos distaban mucho de haber aprendido, desde el comienzo, a utilizar las unidades militares, a dirigir las adonde fuese necesario, a ponerlas en buenas condiciones. En estas circunstancias, nada tiene de sorprendente la poca productividad del trabajo. Pero una vez que se hubieron corregido estos defectos fundamentales, se obtuvieron resultados mucho más satisfactorios. Con arreglo a los últimos datos, la sazhena cúbica en este mismo III Ejército requiere cuatro días y medio de trabajo, lo que no se aleja mucho de la norma actual. El hecho de que la productividad aumente sistemáticamente a medida que se mejora el trabajo, es altamente consolador.

Los resultados a que puede llegarse en este sentido han sido demostrados por la experiencia breve pero rica del batallón de ingenieros de Moscú. La plana mayor del cuerpo que dirigía las operaciones empezó por fijar una norma de tres días de trabajo por sazhena cúbica de madera. Esta norma fue pronto superada. En el mes de enero una sazhena cúbica no necesitaba más que dos jornadas y media de trabajo; en febrero, 21; en marzo: 1,5, lo que representa una productividad elevadísima. Semejante resultado se ha obtenido gracias a una acción moral, a la especificación del trabajo de cada uno, a haberse despertado el amor propio del trabajador, a la concesión de primas a los obreros que producen más, o, para emplear el lenguaje de los sindicatos, a una tarifa móvil adaptada a todas las fluctuaciones individuales de la productividad. Esta experiencia casi científica nos señala el camino que debemos seguir en adelante.

En el momento actual poseemos muchos ejércitos del trabajo en acción: el Primer Ejército, los ejércitos de Petersburgo, Ucrania, Cáucaso y del Volga, de reserva. Este último, como se sabe, ha contribuido a aumentar la capacidad de transporte del ferrocarril de Kazan-Ekaterinburg. Y en todas partes donde la experiencia de la utilización de las unidades militares se ha hecho con alguna inteligencia, los resultados se han encargado de demostrar que semejante método es indiscutiblemente practicable y óptimo.

En cuanto al prejuicio sobre el inevitable parasitismo de las organizaciones militares, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentren, ha quedado definitivamente deshecho. El Ejército Rojo encarna las tendencias del régimen soviético gubernamental. No hay que pensar ya más en la ayuda de estas ideas muertas de la época desaparecida: “militarismo”, “organización militar”, “improductividad del trabajo obligatorio”, sino considerar sin prevención las manifestaciones de nueva época y no olvidar que el sábado existe para el hombre, no el hombre para el sábado; que todas las formas de organización, incluso la militar, no son más que armas en manos de la clase obrera dueña del poder, que tiene derecho y puede adoptar, modificar, rehacer sus armas, mientras no haya obtenido los resultados deseados.

El plan económico único

La aplicación intensa del trabajo obligatorio, así como las medidas de militarización del trabajo, no pueden desempeñar un papel decisivo sino a condición de ser aplicadas sobre la base de un plan económico único, que abarque a todo el país y a todas las ramas industriales. Este plan debe elaborarse para un determinado número de años. Es natural que se divida en períodos, en consonancia con las etapas inevitables de la reorganización económica del país. Debemos empezar por las labores más simples a la vez que más fundamentales.

Ante todo, es necesario garantizar a la clase obrera la posibilidad de vivir, aunque sea en las condiciones más penosas, y para ello, de conservar los centros industriales y salvar las ciudades. Este es el punto de partida. Si no queremos que el campo absorba a la ciudad y la agricultura a la industria, si no queremos “hacer campesino” a todo el país,

tenemos que mantener, aunque sólo sea en un nivel mínimo, nuestros transportes, y asegurar a las ciudades el pan, combustible y materias primas y forraje al ganado. Sin esto, no hay progreso posible. Por consiguiente, la obra más urgente del plan es mejorar el estado de los transportes, o, por lo menos, evitar su desorganización ulterior, y crear *stocks* de los artículos más necesarios, de primeras materias y de combustibles. Todo el período siguiente se dedicará a la centralización y tensión de la mano de obra para la solución de estos problemas esenciales, condición previa del desenvolvimiento económico ulterior. ¿Se fijará por meses o por años cada uno de los períodos? Difícil es preverlo en este instante, máxime teniendo en cuenta que esto depende de causas múltiples, desde la situación internacional hasta el grado de unanimidad y resistencia de la clase trabajadora.

En el curso del segundo período deberá procederse a la construcción de las máquinas necesarias para el transporte, y a proveerse de primeras materias y de artículos. Aquí, la locomotora es lo esencial. Hoy día, la reparación de las locomotoras se efectúa conforme a procedimientos primitivos, que requieren un gasto de fuerza y medios muy considerables. Es indispensable, por consiguiente, empezar a reparar en masa, en lo sucesivo, las piezas de repuesto. Ahora que los ferrocarriles y fábricas de Rusia están en manos de un solo propietario (el gobierno obrero), podemos y debemos establecer un tipo de locomotora y de vagón para todo el país, unificar las piezas de repuesto, hacer que todas las fábricas necesarias se dediquen a la fabricación en masa de estas últimas, llegar a que las reparaciones no sean más que una simple sustitución de las piezas gastadas por otras nuevas, y ponernos, por tanto, en condiciones de efectuar el montaje en masa de las locomotoras. Ahora que disponemos otra vez de combustible y primeras materias, tenemos que concentrar nuestra atención especialmente en la construcción de locomotoras.

En el tercer período será necesario construir máquinas para la fabricación de objetos de primera necesidad.

Por fin, el cuarto período, que se apoyará en los resultados adquiridos por los tres primeros, permitirá pasar a la producción de objetos de uso personal, en la mayor escala.

Este plan reviste una importancia considerable, no sólo en cuanto orientación general de nuestros órganos económicos, sino también en cuanto línea de conducta para la propaganda de nuestras labores económicas entre las masas obreras. Nuestras movilizaciones para el trabajo serán letra muerta y no cobrarán consistencia si no tocamos el punto sensible de todo lo que hay de honrado, consciente y entusiasta en la clase trabajadora. Debemos decir a las masas toda la verdad sobre nuestra situación y nuestras intenciones futuras, y declararlas francamente que nuestro plan económico, aun con el esfuerzo máximo de los trabajadores, no nos proporcionará mañana ni pasado mañana la luna y las estrellas, pues en el curso del período más próximo orientaremos nuestra acción principal hacia el mejoramiento de los medios de producción con objeto de obtener una mayor productividad. Sólo cuando nos hallemos en estado de restablecer, aunque no sea más que en mínimas proporciones, los medios de transporte y producción, pasaremos a la fabricación de objetos de consumo. Así, pues, el producto palpable del trabajo destinado a los obreros en forma de objeto de uso personal no se obtendrá sino en último término, cuando hayamos entrado en la cuarta fase del plan económico. Sólo en ese momento habrá una mejora importante que lime considerablemente las asperezas de la vida. Para que las masas que han de sufrir aún durante mucho tiempo penas y privaciones puedan soportar el peso de esto, tienen que comprender en toda su amplitud la lógica inevitable de este plan económico.

El orden de estos cuatro períodos económicos no debe tomarse en sentido absoluto. No está dentro de nuestras intenciones paralizar por completo nuestra industria

textil; aunque sólo fuera por razones de orden militar no podemos hacerlo. Pero con el fin de que la atención y las fuerzas no se dispersen bajo la presión de necesidades que se hacen sentir cruelmente, importa conformarse al plan económico (criterio principal) y distinguir lo esencial de lo secundario. Ni que decir tiene que no nos inclinamos en modo alguno hacia un estrecho comunismo social y nacional; el levantamiento del bloqueo y la revolución europea, sobre todo, impondrán profundas modificaciones a nuestro plan económico, reduciendo la duración a las fases de su desenvolvimiento y haciéndolas más próximas unas a otras. Pero no podemos prever cuándo sobrevendrán estos acontecimientos. Por esta razón hemos de sostenernos y fortalecernos nosotros mismos, sin tener en cuenta el desarrollo poco favorable, esto es, lentísimo, de la revolución europea y universal. En caso de que reanudemos, en efecto, las relaciones comerciales con los países capitalistas, nos inspiraremos igualmente en el plan económico antes definido. Entregaremos parte de nuestras materias primas a cambio de locomotoras y otras máquinas indispensables; pero en modo alguno a cambio de vestidos, calzado o artículos coloniales pues lo que tenemos en mente para de inmediato no es la importación de objetos de consumo sino de medios de transporte y de producción.

Seríamos ciegos, escépticos y unos avaros pequeñoburgueses si nos figurásemos que la reconstrucción económica puede ser una transición progresiva de la actual desorganización económica completa al estado de cosas que la ha precedido, o, en otros términos, que podemos volver a subir los mismos escalones que ya hemos descendido. sólo después de un largo período pondremos nuestra economía al nivel en que se hallaba en vísperas de la guerra imperialista. semejante modo de ver las cosas no sólo no serviría de consuelo, sino que sería, además, profundamente erróneo. La desorganización que destruía innumerables riquezas, extirpaba al mismo tiempo muchas rutinas de la economía, muchas ineptitudes, muchas viejas costumbres, abriendo así el camino a la nueva estructura económica con arreglo a las variables técnicas actuales de la economía mundial.

Si el capitalismo ruso se ha desarrollado, no gradualmente, sino a saltos, construyendo fábricas al estilo norteamericano en plena estepa, razón de más para que semejante marcha forzada pueda llevarla la economía socialista. Tan pronto como hayamos vencido nuestra horrible miseria, acumulado algunas reservas de materias primas y de artículos y mejorado los transportes, libres ya de las cadenas de la propiedad privada, podremos franquear de un salto muchos grados y subordinar todas las empresas y todos los recursos económicos al plan de gobierno único.

Podremos también, seguramente, introducir la electrificación en todas las ramas fundamentales de la industria y en la esfera del consumo personal, sin tener que pasar de nuevo por “la edad del vapor”. El programa de la electrificación está previsto en Rusia en cierto número de etapas consecutivas, de conformidad con las etapas fundamentales del plan económico general.

Una nueva guerra podría retardar la realización de nuestros propósitos económicos; nuestra energía y perseverancia pueden y deben apresurar el proceso de la reorganización económica. Pero sea cualquiera que sea la rapidez del curso de los acontecimientos, es indudable que, como base de nuestra acción (movilización para el trabajo, militarización de la mano de obra, sábados comunistas y demás aspectos del voluntariado comunista del trabajo), debe hacerse un plan económico único. El período en que entramos exigirá de nosotros una concentración completa de toda nuestra energía para las primeras labores elementales: abastecimientos, combustible, primeras materias y transportes. Mientras tanto, no debemos dispersar nuestra atención, desperdiciar nuestras fuerzas ni diseminarlas. Este es el único camino para la salvación.

Dirección colectiva y dirección unipersonal

Los mencheviques tratan de otra cuestión, que parece ofrecerles ocasión para acercarse de nuevo a la clase obrera. Nos referimos a la forma de dirección de las empresas industriales. ¿Debe ser ésta colectiva o unipersonal? Afirman que la entrega de las fábricas a un director único en vez de a un comité es un crimen contra la clase obrera y la revolución socialista. De todos modos, no deja de ser extraño que los más ardientes defensores de la revolución socialista en contra del sistema unipersonal, sean los mismos mencheviques que, hace poco todavía, pensaban que hablar de revolución social era mofarse de la historia y cometer un crimen contra la clase obrera...

Ahora bien; ocurre que el gran culpable ante la revolución socialista es el congreso de nuestro partido comunista, por haberse declarado partidario del sistema unipersonal en la dirección de la industria, y especialmente en las fábricas. sin embargo, sería un error de los más grandes creer que esta decisión puede causar algún perjuicio a la actividad de la clase obrera. La actividad de los trabajadores no se define ni se mide porque la fábrica esté dirigida por tres hombres o por uno, sino por factores y hechos mucho más profundos: por la creación de órganos económicos en los que tengan participación activa los sindicatos, por la creación de todos los órganos soviéticos que constituyen el congreso de los sóviets y representan a decenas de millones de trabajadores; por el nombramiento para la dirección (o para el control de la dirección) de los mismos dirigidos. En esto reside la actividad de la clase obrera. Y si la clase obrera, en el curso de su experiencia propia, llega a pensar, por medio de los congresos de su partido, de sus sóviets, de sus sindicatos, que es preferible poner al frente de una fábrica a un director que a un comité esta decisión suya está dictada por su actividad. Puede ser exacta o equivocada desde el punto de vista de la técnica administrativa; en todo caso, nadie se la impone al proletariado; se la dicta su propia voluntad. Y sería el mayor de los errores confundir la cuestión de la autoridad del proletariado con la de los comités obreros que administran las fábricas. La dictadura del proletariado se traduce por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, por la subordinación de todo el mecanismo soviético a la voluntad colectiva de las masas; de ningún modo por la forma de dirección de las diversas empresas.

Antes de seguir adelante, vamos a refutar otra acusación lanzada contra los defensores de la dirección unipersonal. Los adversarios declaran: son los militaristas soviéticos quienes quieren utilizar su experiencia militar en los problemas económicos; tal vez en el ejército el principio de la dirección unipersonal sea excelente, pero en la economía no vale nada. Esta afirmación es falsa en todos los sentidos. En primer lugar, es totalmente inexacto que hayamos empezado implantando en el ejército el sistema unipersonal; hoy mismo estamos muy lejos de haberlo adoptado íntegramente. Es igualmente falso que hayamos empezado a defender las formas de dirección unipersonal con la participación de los especialistas en las empresas económicas basándonos solamente en nuestra experiencia militar. En realidad, partíamos y partimos en este asunto de una concepción puramente marxista de los problemas revolucionarios y de la misión del proletariado una vez dueño del poder.

No sólo desde el comienzo de la revolución, sino mucho antes, habíamos comprendido la necesidad de aprovechar los conocimientos y las experiencias técnicas del pasado, la necesidad de llamar a los especialistas, de utilizarlos todo lo posible, con el fin de que la técnica no retroceda, de que siga su progreso. Yo presumo que, si la guerra civil no hubiese deshecho nuestros órganos económicos, privándolos de todo lo que tenían de vivo en cuanto a iniciativa y actividad, habríamos implantado mucho antes y sin dolor el sistema unipersonal para la dirección económica.

Algunos camaradas consideran el órgano de la dirección económica principalmente como una escuela. Esto es absurdo, la misión de los órganos directores es

dirigir. Que quien desee y se sienta con aptitud para dirigir vaya a las escuelas, asista a los cursos especiales de instructores y trabaje con ellos como adjunto, con el fin de observar y adquirir experiencia. Pero el que puede dirigir una fábrica, que no vaya a ella para aprender, sino para ocupar un puesto administrativo y económico de responsabilidad. Si aún se considera esta cuestión con un criterio estrecho, diré que el sistema unipersonal representa una escuela diez veces mejor. Si, en efecto, os es imposible sustituir un buen trabajador por otros tres poco competentes, y si, a pesar de todo, formáis con ellos un comité al que están confiadas las funciones más importantes de la dirección, los colocáis así en la imposibilidad de darse cuenta de lo que les falta. cada uno de ellos cuenta con los otros cuando se trata de tomar una decisión, y si se fracasa, se echan mutuamente la culpa unos a otros.

Que esto no es cuestión de principio lo demuestran los mismos adversarios del sistema unipersonal al no reclamar el sistema de comités para los talleres, corporaciones y minas. Hasta llegar a declarar que se necesita ser un insensato para exigir que un taller sea dirigido por tres o cinco personas; según ellos, la dirección debe estar sólo a cargo de un administrador del taller. ¿Por qué? Si la dirección colectiva es una escuela, ¿por qué no admitir también esa escuela elemental? ¿Por qué no introducir igualmente en los talleres la administración colectiva? Y si el sistema de comités no es una condición *sine qua non* para los talleres, ¿por qué es indispensable para las fábricas?

Abramovich ha afirmado que, puesto que en Rusia hay muy pocos especialistas (por culpa de los bolcheviques, repite después Kautsky), tenemos que sustituirlos a la fuerza por comités obreros. Simples variantes. Ningún comité formado por personas que no saben el oficio puede sustituir a un hombre competente. Un colegio (*o bureua*) de abogados no puede reemplazar a un simple guardagujas. La misma idea de esto es una idea falsa. El comité por sí mismo no puede enseñar nada a un ignorante. No puede hacer más que ocultar su ignorancia. Si se coloca a una persona en un puesto administrativo importante, tiene la posibilidad de ver claramente, no sólo en los demás, sino en sí mismo, lo que sabe y lo que ignora. Pero nada hay peor que un comité de ignorantes, integrado por trabajadores mal preparados para la función que se les encomienda y que carecen de conocimientos especiales. Sus miembros están constantemente desamparados y desconfían unos de otros, lo que origina la confusión y el desarreglo de toda su labor. La clase obrera tiene un profundo interés en aumentar su capacidad directora, esto es, en instruirse. Pero en el dominio industrial sólo puede conseguirlo si la dirección rinde cuentas de su actividad a todo el personal de la fábrica, y aprovecha estas ocasiones para poner a discusión el plan económico del trabajo del año o del mes corriente. Todos los obreros que se interesan seriamente en la cuestión de la organización industrial son enviados a cursos especiales, íntimamente relacionados con el trabajo práctico de la fábrica misma. Luego se les obliga a ocupar puestos de importancia secundaria, para elevarlos después a los más importantes. Así hemos formado a miles y formaremos a decenas de millares. La cuestión de la dirección de tres o cinco personas interesa, no a las masas obreras, sino a la burocracia obrera soviética, más retardataria, más débil y menos apta para un trabajo independiente. Un administrador avanzado, firme y consciente, procura tomar en sus manos toda la fábrica para probar a los demás y convencerse él mismo de que es capaz de dirigir. Más si el administrador es débil, intentará unirse a otros para que su debilidad pase inadvertida. El sistema de comités está lleno de peligros, porque en él desaparece la responsabilidad personal. Si el obrero es capaz pero inexperienced necesita un director. Bajo su dirección adquirirá los conocimientos que le faltan, y mañana podremos convertirlo en director de una pequeña fábrica. Así seguirá su camino. Pero si le ocurre caer en un comité donde la fuerza y debilidad de cada uno no

se manifiestan con claridad, su sentimiento de responsabilidad desaparecerá infaliblemente.

Ni que decir tiene que nuestra resolución no prevé una implantación sistemática de la dirección unipersonal, efectuada de un simple plumazo. Son posibles diversas variantes y combinaciones. Cuando un obrero sea capaz de realizar la obra que se le ha encomendado, le haremos director de la fábrica, poniendo a su lado a un especialista. Si el especialista es hombre valioso, es a él a quien nombraremos director, poniendo a su lado a dos o tres obreros. En fin, cuando el comité haya dado pruebas de su capacidad, lo conservaremos. Este es el único modo serio de considerar el problema y sólo así podremos organizar la producción de un modo regular.

Existe, además, una consideración, de cierto carácter social y educativo, importantísima a mi juicio. En Rusia, la *élite* dirigente de la clase obrera es demasiado reducida. Esta *élite* ha practicado la acción política ilegal. Durante mucho tiempo ha sostenido una lucha revolucionaria. Ha vivido en países extranjeros. Ha leído mucho en las cárceles y en el destierro, ha adquirido una considerable experiencia política y una gran amplitud de criterio. Representa lo mejor de la clase obrera. Detrás de ella viene la generación más joven, que participa conscientemente en la revolución desde 1917. Es una parte muy valiosa de la clase obrera. Dondequiera que dirijamos la mirada (a la organización soviética, a los sindicatos, a la acción del partido, al frente de la guerra civil) el papel director lo desempeña esta *élite* del proletariado. La principal acción gubernamental del poder soviético en estos años y medio consistía en maniobrar con esta *élite* de trabajadores, que enviaba ora a un frente, ora a otro.

Las capas más bajas de la clase obrera, de origen campesino, aunque de espíritu revolucionario, aún son muy pobres en iniciativa. ¿Qué padece el *mujik* ruso? Un mal de gregarismo: la ausencia de personalidad, es decir, lo que ha sido cantado por nuestros *narodniks* reaccionarios, lo glorificado por León Tolstoi, en la persona de Platón Karateiev; el campesino se disuelve en la comunidad y se somete a la tierra. Está claro que la economía socialista no se fundamenta en los Platón Karateiev, sino en los trabajadores que piensan, dotados de espíritu de iniciativa y conscientes de su responsabilidad. Es preciso a toda costa desarrollar en el obrero el espíritu de iniciativa. El carácter dominante de la burguesía es un grosero individualismo junto al espíritu de concurrencia. El de la clase obrera no está en contradicción con la solidaridad y colaboración fraternales. La solidaridad socialista no puede basarse en la falta de individualidad y en la inconsciencia animal. Y es esta ausencia de individualidad precisamente la que se oculta en el sistema de los *bureaux* o comités, en la administración colectiva.

En la clase obrera hay muchas fuerzas, muchos talentos y aptitudes. Es menester aprovechar todo esto, que la emulación despierte todas las energías. La dirección unipersonal en el dominio administrativo y técnico contribuye a ello. Por esta razón es superior y más fecunda que la dirección colectiva.

Conclusión

Camaradas: los argumentos de los oradores mencheviques, especialmente de Abramovich, reflejan sobre todo un completo alejamiento de la vida y de sus obras. Se encuentran en el caso de un observador que, teniendo que atravesar a nado una corriente de agua, reflexiona primero profundamente sobre la calidad de las aguas y la fuerza de la corriente. ¡Hay que atravesar el agua, sin embargo! ¡Tal es todo el problema! Y nuestro kautskysta, ora sobre un pie, ora sobre otro, exclama: “Nosotros no negamos esa necesidad; pero vemos los peligros que presenta, pues son numerosos: la corriente es rápida, hay escollos, y estamos fatigados, etc. Pero es inexacto, completamente inexacto

que nosotros no admitamos la necesidad de atravesar por el agua. No nos negábamos a admitirlo ni hace veintitrés años...”.

De un extremo a otro, así está construido todo su razonamiento. En primer lugar, dicen los mencheviques, nosotros no negamos ni hemos negado nunca la necesidad de la defensa y, por consiguiente, del ejército. En segundo término, tampoco rechazamos en principio de la obligación del trabajo. Porque ¿han existido nunca, salvo en algunas sectas religiosas, hombres capaces de repudiar “de un modo general” la legítima defensa? Empero, todos vuestros conocimientos abstractos no hacen que las cosas adelanten una pulgada. Cuando se trataba de la lucha y de la creación de un ejército contra los enemigos reales de la clase trabajadora, ¿cuál ha sido vuestra actitud? Os habéis opuesto, lo habéis saboteado, sin negar, es cierto, la necesidad de defenderse. Decíais y escribáis en vuestros periódicos: “¡Abajo la guerra civil!”, en el mismo momento en que los guardias blancos nos ponían el cuchillo en la garganta. Y después de una aprobación tardía de nuestra defensa victoriosa, os atrevéis aún a fijar vuestra mirada crítica en nuestras nuevas obras y a declarar: “Nosotros no nos oponíamos, en términos generales, a la obligación del trabajo; pero... sin presión jurídica”. ¡Qué formidable contradicción hay en estas palabras! La noción de “obligación” contiene en sí misma un elemento de presión. El hombre *oprimido* se ve obligado a hacer algo. Si no hace nada, evidentemente sufrirá la presión, o, en otros términos, el castigo. Queda por saber cuál es la presión. Abramovich declara: “La presión económica, sí; pero no la presión jurídica”. El camarada Holzmann, representante del sindicato metalúrgico, ha puesto de manifiesto soberbiamente todo el escolasticismo de semejante argumentación. En el régimen capitalista, es decir, en el régimen del trabajo libre, la presión económica era ya inseparable de la presión jurídica. Ahora, con mucho más motivo.

He tratado de hacer comprender, en mi informe, que para instruir a los trabajadores sobre nuevas bases sociales, acerca de nuevas formas de trabajo y conseguir una mayor productividad de trabajo, no hay más que un procedimiento: la aplicación simultánea de diversos métodos, el del interés económico de la presión jurídica, el de la influencia que puede ejercer la organización económica interiormente coordinada, el de la coerción y, sobre todo, el de la persuasión, agitación y propaganda, y, por último, el de la elevación del nivel cultural. Sólo con la combinación de todos estos medios puede alcanzarse un nivel elevado de economía socialista.

Si en el régimen capitalista el interés económico se combina infaliblemente con la presión jurídica, tras la cual se halla la fuerza material del estado, con mayor razón deberá ser importante en el estado soviético, esto es, en el estado de transición al socialismo, vincular en general la presión económica con la presión jurídica. En Rusia, las empresas más importantes están en manos del estado. Cuando al tornero Ivanov le decimos: “Tienes que trabajar ahora en la fábrica de Sormovo; si te niegas, no recibirás tu ración”, ¿qué es esto? ¿Una presión económica o una presión jurídica? No puede irse a otra fábrica, pues todas están en manos del estado, que no permitiría semejante mudanza. La presión económica se confunde aquí con la represión gubernamental. Abramovich desearía aparentemente que el reparto de la mano de obra estuviese regularizado por el aumento de salarios, la concesión de primas, etc., que bastarían para atraer a las empresas más importantes a los trabajadores necesarios. Al parecer, éste es todo su pensamiento. Pero si se plantea así la cuestión, todo militante honrado del movimiento sindical comprenderá que ésa es una de las peores utopías. No podemos esperar la afluencia de mano de obra sobre el mercado de trabajo sin que el estado tenga suficientes recursos de artículos alimenticios, alojamientos, transportes, es decir, recursos de lo que está por crear precisamente. Sin el traslado en masa, regularmente organizado por el estado, de la mano de obra conforme a las necesidades de los órganos económicos, no obtendremos ningún

resultado. Para nosotros ha llegado la hora de la presión y comprendemos toda su necesidad económica. Os he leído un telegrama de Ekaterinemburg sobre la marcha de las operaciones en el Primer Ejército del Trabajo. En él se dice que más de 4.000 obreros cualificados han pasado por el Comité del Ural encargado de hacer efectivo el trabajo obligatorio. ¿De dónde venían? La mayor parte del III Ejército. No les han enviado a su casa, sino impuesto una nueva ocupación. Desde el ejército han pasado a manos del comité de trabajo obligatorio, que les ha repartido por categorías y distribuido entre las fábricas. Desde el punto de vista liberal esto es una “violencia” contra la libertad individual. Sin embargo, la mayoría de los obreros ha partido para el frente del trabajo como había partido antes para el frente militar, comprendiendo claramente que lo exigían intereses superiores. Algunos, incluso así, no han consentido de buen grado, por lo que ha habido que obligarles.

El estado (no es necesario decirlo) debe colocar, por medio del sistema de primas, a los mejores trabajadores en condiciones de existencia más favorables. Pero esto no excluye, sino que, por el contrario, supone que el estado y los sindicatos (sin el concurso de los cuales el gobierno soviético no podría reorganizar la industria) adquieren sobre el obrero ciertos derechos nuevos. El trabajador no comercia con el gobierno soviético; está subordinado al estado, sometido a él en todos los aspectos, porque es *su* estado.

“Si se nos hubiese dicho simplemente [declara Abramovich] que se trata de disciplina sindical, no habría habido motivo para entablar este debate. Pero ¿qué pinta aquí el militarismo?”. Seguramente se trata, sobre todo, de disciplina sindical, pero de la disciplina nueva de los nuevos sindicatos *industriales*. Vivimos en un país soviético, donde la clase obrera es dueña del poder, lo que no comprenden nuestros kautskystas. Cuando el menchevique Rubtsov dice que en mi informe no queda casi nada de los sindicatos, no le falta razón. De los sindicatos, como él los entiende, es decir, del tipo tradeunionista, queda, a decir verdad, muy poca cosa; pero a la organización profesional e industrial de la clase obrera rusa la incumben las más grandes tareas. ¿Cuáles? Desde luego, no la de luchar contra el gobierno en nombre de los intereses del trabajo. Se trata de una labor constructora, de economía socialista, realizada en perfecta armonía con el gobierno. Esta especie de sindicato es un principio una organización nueva, distinta no sólo de las trade uniones, sino también de los sindicatos revolucionarios que existen en los regímenes burgueses, como la dominación del proletariado es distinta del dominio de la burguesía. El sindicato industrial de la clase obrera dirigente no tiene los mismos fines, ni los mismos métodos, ni la misma disciplina que los sindicatos de la clase obrera oprimida. En Rusia, todos los trabajadores deben entrar en los sindicatos. Los mencheviques se declaran adversarios de este principio, cosa perfectamente comprensible porque lo son en el fondo de la *dictadura del proletariado*. En último resultado, toda la cuestión se resume en esto. Los kautskystas se oponen a la dictadura del proletariado, y, por lo mismo, a todas sus consecuencias. La presión económica, como la presión jurídica, no es más que una manifestación de la dictadura de la clase obrera en dos dominios íntimamente relacionados. Abramovich nos ha demostrado con tanta profundidad que no puede haber presión en el régimen socialista y que la coerción es opuesta al socialismo, como que en el régimen socialista el sentimiento del deber, el hábito del trabajo, el atractivo del trabajo, etc., serán suficientes. Esto es evidente. Basta con ampliar esta verdad indiscutible. Lo cierto es que en el régimen socialista no habrá instrumento de presión ni estado. El estado se disolverá en la *comuna* de producción y consumo. Con todo, el socialismo, en su proceso, atraviesa una fase de la más alta estatización. Precisamente en ese período nos encontramos nosotros. Así como la lámpara, antes de extinguirse, brilla con una luz más viva, el estado, antes de desaparecer, reviste la forma de dictadura del proletariado; es decir, del más despiadado gobierno, de un gobierno que

abraza imperiosamente la vida de todos los ciudadanos Abramovich y, en general, el menchevismo, no han advertido esta bagatela, este pequeño grado de la historia, que es lo que les hace titubear.

Ninguna otra organización, salvo el ejército, ha ejercido sobre el hombre una coerción más rigurosa que la organización gubernamental de la clase obrera en la época de transición más dura. Precisamente por eso, hablamos nosotros de militarización del trabajo. El destino de los mencheviques es ir a remolque de los acontecimientos y aceptar las partes del programa revolucionario que ya han tenido tiempo de perder toda su influencia práctica. Hoy, el menchevismo (aunque prescinda de las reticencias) no discute ya la legalidad de las represiones contra los guardias blancos y los desertores del Ejército Rojo. Ha tenido que admitirlas después de sus propias y desdichadas experiencias de “democracia”. Al parecer, ha comprendido muy tarde que, frente a las bandas contrarrevolucionarias no se resuelve el problema con afirmaciones en que se diga que el régimen socialista no tendrá que recurrir al terror rojo... Pero en el campo económico, los mencheviques tratan todavía de hacernos pensar en nuestros hijos y, sobre todo, en nuestros nietos. Y, sin embargo, delante de esta triste herencia que la sociedad burguesa y la guerra civil inacabada nos han legado, tendremos que construir ahora sin pérdida de tiempo.

El menchevismo, como todo el kautskysmo en general, se pierde en vulgaridades democráticas y en obstrucciones socialistas. Se convence una vez más de que para él no existe período de transición, es decir, de revolución proletaria, que imponga sus obligaciones propias. De aquí proviene la inerte monotonía de sus críticas, de sus indicaciones, de sus planes y de sus recetas. No se trata de lo que ocurrirá dentro de veinte o treinta años (ni que decir tiene que las cosas entonces irán infinitamente mejor), sino de saber cómo remediar la desorganización, cómo repartir en este momento la mano de obra, cómo aumentar hoy la productividad del trabajo, qué actitud adoptar especialmente frente a los cuatro mil obreros cualificados que hemos encontrado en el ejército, en el Ural. ¿Abandonarlos, diciéndoles: “Marchaos donde queráis”? No, no podemos obrar así. Los hemos incorporado a contingentes militares especiales y los hemos distribuido entre las fábricas.

“Entonces, ¿en qué se diferencia vuestro socialismo [exclama Abramovich] de la esclavitud egipcia? Casi por los mismos procedimientos construyeron las pirámides los faraones, obligando a las masas a que trabajaran...”. ¡Inimitable comparación para un “socialista”! También aquí nuestro menchevique ha perdido de vista un pequeño pecado: ¡la naturaleza de la clase que detenta el poder! Abramovich no ve la diferencia que existe entre el régimen egipcio y el nuestro. Se le ha olvidado que en Egipto había faraones, propietarios de esclavos y esclavos. No fueron los campesinos egipcios quienes, por medio de sus sóviets, decidieron construir las pirámides: había allí un régimen social jerárquico de castas y fue su enemigo de clase el que les obligó a trabajar. En Rusia se aplica la presión por el poder obrero y campesino en nombre de los intereses de las masas laboriosas. He aquí lo que Abramovich no ha notado. Nosotros hemos aprendido en la escuela del socialismo que todo el desenvolvimiento social está basado en la existencia de clases y en su lucha, y que el curso de la vida depende de la clase que ocupa el poder y de los fines en nombre de los cuales desarrolla su política. Pero esto no lo ha comprendido Abramovich. Acaso conozca perfectamente el *Antiguo Testamento*; pero el socialismo es para él un libro herméticamente cerrado.

Siguiendo con las analogías liberales y superficiales, que no tienen en cuenta la naturaleza de clase del estado, Abramovich hubiera podido (y ya los mencheviques lo han hecho muchas veces) identificar el Ejército Rojo con el Ejército Blanco. En uno como en otro, las movilizaciones se efectuaban con preferencia entre las masas campesinas. En

ambos se recurría a la presión. En uno y otro había muchos oficiales que habían servido en las filas zaristas. En los dos campos, los fusiles eran iguales, los cartuchos idénticos. ¿cuál es, entonces, la diferencia? Hay una, señores, y se manifiesta por un indicio fundamental: *¿quién detenta el poder?* ¿La clase obrera o la nobleza, los faraones o los *mujiks*, la canalla reaccionaria o el proletariado de Petersburgo? Existe una diferencia, y la suerte de Yudenich, de Kolchak y de Denikin lo acredita. Aquí, los obreros han movilizado a los campesinos; en ellos, ha sido una casta de oficiales reaccionarios. Nuestro ejército se ha fortalecido; los ejércitos blancos han quedado deshechos. Hay una diferencia entre el régimen soviético y el de los faraones, y no en vano los proletarios han empezado su revolución fusilando en los campanarios a los “faraones” de Petersburgo¹⁴.

Uno de los oradores mencheviques ha tratado de presentarme como abogado del militarismo en general. De los informes que proporciona resulta, ¡ya ven ustedes!, que yo defiendo nada menos que el militarismo alemán. Yo he demostrado (fíjense ustedes bien en esto) que el suboficial alemán es una maravilla de la naturaleza y que sus obras son tan perfectas que no pueden imitarse... ¿Cuál es exactamente mi afirmación? Únicamente que el militarismo en que todos los caracteres del desenvolvimiento social hallan su expresión más absoluta, puede ser considerado desde dos puntos de vista: primero, desde el punto de vista político o socialista (y aquí todo depende de la clase que ocupa el poder); segundo, desde el punto de vista de la organización, como un sistema estricto de distribución de obligaciones, de relaciones mutuas regulares, de responsabilidad absoluta, de ejecución rigurosa. El ejército burgués es un instrumento de opresión despiadada y de sumisión de los trabajadores, mientras que el ejército socialista es un arma de emancipación y de defensa de éstos. Mas la subordinación absoluta de una parte a otra es un rasgo común a todo ejército. Un régimen interno riguroso e indisoluble es la característica de la organización militar. En la guerra todo descuido, toda ligereza, hasta una simple inexactitud, pueden ser causa de considerables pérdidas. De aquí la tendencia de la organización militar a llevar a su más alto grado de precisión la exactitud de las relaciones y la responsabilidad. Estas cualidades “militares” son apreciadas en todas partes donde aparecen. Y en este sentido he dicho que toda clase sabía apreciar a los miembros a su servicio que, en condiciones análogas, han sufrido la disciplina militar. El campesino alemán que ha salido del cuartel con el grado de suboficial era para la monarquía alemana (y lo sigue siendo para la república de Ebert) un elemento mucho más valioso que cualquiera de los restantes campesinos que no han pasado por esta escuela. El mecanismo de los ferrocarriles alemanes ha sido considerablemente mejorado gracias a la presencia de oficiales y suboficiales en los puestos administrativos del departamento de vías de comunicaciones. En este sentido, tenemos que aprender mucho del militarismo. El camarada Tsipérovich (uno de los militantes más considerados de nuestros sindicatos) afirmaba aquí que un obrero sindicalista que ha pasado por la disciplina militar durante años, que ha ocupado un puesto importante, de comisario, por ejemplo, no se ha inutilizado en lo más mínimo para la acción sindical. Después de haber combatido por la causa proletaria, ha vuelto al sindicato como antes pero más templado, más viril, más independiente, más resuelto, porque ha tenido que afrontar grandes responsabilidades. Ha dirigido a millares de soldados rojos de distinto nivel social, en su mayor parte campesinos. Con ellos ha vivido las victorias y las derrotas. Ha conocido los avances y los retrocesos. Ha visto casos de traición bajo su mando, alzamientos de campesinos, oleadas de pánico; pero, siempre en su puesto, ha contenido a la masa menos consciente, la ha dirigido, la ha entusiasmado con su ejemplo, sin dejar de castigar despiadadamente

¹⁴ Faraones, mote popular que designaba a los agentes de policía zaristas colocados, a finales de febrero, sobre los tejados de las casas y los campanarios por Protopopov, ministro de interior.

a los traidores. Es esto una experiencia grande y valiosa. Y así, cuando el exmilitar vuelve al sindicato, es un magnífico organizador.

En la cuestión del sistema de [comités] o colegios (*bureaux*) para la administración de la producción, los argumentos de Abramovich son tan absurdos como en todos los demás casos. Son los argumentos de un observador extranjero que está al margen de todo.

Abramovich nos explica que una buena dirección colectiva es preferible a una mala dirección unipersonal, y que en todo *bureau* bien organizado debe haber un excelente especialista. Esto es admirable en todos los sentidos. ¿Por qué los mencheviques no nos ofrecen algunos cientos de *bureaux* de esta naturaleza? Presumo que el Consejo Superior de Economía Popular los aceptaría gustosamente. Nosotros no somos observadores, sino trabajadores que tenemos que construir con el material puesto a nuestra disposición. Disponemos de especialistas, un tercio de los cuales es concienzudo e instruido; otro tercio a medias, y el otro totalmente inútil. La clase obrera es fecunda en hombres capaces, abnegados y enérgicos. Los unos (desgraciadamente poco numerosos) poseen ya los conocimientos y experiencia necesarios. Los otros tienen carácter y aptitudes, pero no conocimientos ni experiencia. Los terceros carecen de ambas cosas. De este material hay que sacar los directores de fábricas, talleres, etc., cosa imposible de hacer con simples frases. Ante todo, es necesario seleccionar a los obreros que, en la práctica, han demostrado ser capaces de dirigir empresas, y darles ocasión de probar sus aptitudes. Estos obreros desean una dirección unipersonal, pues las direcciones de fábricas no son escuelas para rezagados. Un obrero enérgico, al corriente de su negocio, quiere dirigir. Si ha decidido y ordenado, su decisión debe ser cumplida. Puede sustituirse: esto es otro problema. Pero mientras sea el dueño (un dueño sovieta y proletario), dirige la empresa en su totalidad. Si se le nombra miembro de un comité compuesto de personas más débiles que él y que se encargan también de la dirección, no se obtendrá ningún resultado positivo. Semejante obrero administrador deberá tener al lado uno o dos especialistas, según la importancia de la empresa. Si no se tiene a mano un administrador de esta naturaleza y sí, en cambio, a un especialista concienzudo que conozca el negocio, le colocaremos al frente de la empresa, y en calidad de auxiliares pondremos a su lado a dos o tres obreros, con objeto de que toda decisión del especialista sea conocida por sus adjuntos, sin que éstos tengan, sin embargo, derecho a anularla. seguirán minuciosamente su trabajo, y de este modo adquirirán conocimientos. Al cabo de unos meses, gracias a este sistema, estarán en condiciones de ocupar puestos importantes por sí mismos.

Abramovich, recogiendo mis palabras, ha citado el ejemplo de un barbero que ha llegado a mandar una división y un ejército. Es verdad. Pero lo que no dice Abramovich, es que si han empezado a mandar divisiones y ejércitos algunos camaradas comunistas es porque, antes, habían sido comisarios agregados a comandantes especiales. Toda la responsabilidad incumbía al especialista, que sabía que había de responder íntegramente del menor error, sin poder disculparse por su condición de “miembro consultor” de un *bureau*...

Hoy, la mayor parte de los puestos de mando del ejército, sobre todo los inferiores, o sea los más importantes desde el punto de vista político, están ocupados por obreros y campesinos avanzados. Hemos elevado a los oficiales a los puestos de mando, hemos hecho comisarios a los obreros, y han aprendido a vencer.

Camaradas: entramos ahora en un período difícil, acaso el más difícil. A las épocas penosas de la vida de los pueblos y las clases les corresponden medidas implacables. Cuanto más avancemos, más fácil será la obra, más libre se sentirá todo ciudadano, más insensible será la coerción del estado obrero. Quizás entonces autoricemos a los

mencheviques a publicar sus periódicos, admitiendo que haya todavía mencheviques. Pero ahora vivimos en una época de dictadura política y económica. Y esta dictadura es la que los mencheviques quieren destruir. Mientras luchamos en el frente de la guerra civil para proteger la revolución contra sus enemigos, su periódico escribe: “¡Abajo la guerra civil!”. Esto es lo que no podemos tolerar. La dictadura es la dictadura, la guerra es la guerra. Y ahora que hemos llegado a la más alta concentración de fuerzas en el campo del renacimiento económico, los kautskystas rusos, los mencheviques, siguen fieles a su vocación contrarrevolucionaria: su voz resuena como antes, como la de la duda y la derrota; destruye y mina, siembra la desconfianza y la debilidad.

¿No es monstruoso, a la par que ridículo, oír, en este congreso donde están reunidos 1.500 representantes de la clase obrera rusa, en que los mencheviques no figuran sino en una proporción del 5 por 100, mientras los comunistas constituyen las nueve décimas partes de la asamblea? ¿No es monstruoso, a la vez que ridículo, oír a Abramovich aconsejarnos que “no nos dejemos apasionar por semejantes métodos, mientras una minoría aislada sustituya al pueblo”? “¡Todo por el pueblo [dice el representante de los mencheviques], la masa laboriosa no necesita tutores! ¡Todo por las masas laboriosas, todo por su acción!” Y después: “No se convence a la masa con argumentos”. ¡Pero ved a la clase en esta sala! ¡La clase obrera está aquí delante de nosotros y con nosotros, y sois vosotros, ínfimo puñado de mencheviques, los que tratáis de convencerla con argumentos de pequeñoburgués! Vosotros sois los que queréis haceros tutores de esta clase. Pero esta clase tiene su actividad propia, de la que ha dado pruebas cuando os ha rechazado, cuando ha seguido adelante su propio camino.

Los agrupamientos en el movimiento obrero francés y las tareas del comunismo francés¹⁵

(22 de julio de 1920)

I

Antes de la guerra, el partido socialista francés se presentaba, en sus cúspides dirigentes, como la expresión más completa y acabada de todos los aspectos negativos de la II Internacional: aspiración permanente a la colaboración de clases (nacionalismo, participación en la prensa burguesa, voto de los presupuestos y de la confianza a gobiernos burgueses, etc.), actitud desdeñosa o indiferente hacia la teoría socialista, es decir hacia las tareas fundamentales socialistas-revolucionarias de la clase obrera, superstición respecto a los ídolos de la democracia burguesa (la República, el Parlamento, el Sufragio Universal, la responsabilidad gubernamental, etc.), internacionalismo de ostentación y puramente decorativo junto a una extrema mediocridad nacional, al patriotismo pequeño burgués y, a menudo, un grosero chovinismo.

II

La forma más clara de protesta contra esos aspectos del partido socialista fue el sindicalismo revolucionario francés. Como la práctica del reformismo y patriotismo parlamentarios se disimulaba tras los despojos de un pseudomarxismo, el sindicalismo se esforzaba en apuntalar su oposición al reformismo parlamentario con una teoría anarquista adaptada a las formas y métodos del movimiento sindical de la clase obrera.

La lucha contra el reformismo parlamentario devenía, así, una lucha no solamente contra el parlamentarismo sino contra la “política” en general, una pura negación del estado en tanto que tal. Se proclamaba que los sindicatos eran la única forma revolucionaria legítima y auténtica del movimiento obrero. A la representación de tipo parlamentario, al hecho de sustituir en los pasillos a la clase obrera por elementos que el eran extraños, se oponía la acción directa de las masas obreras, se atribuía el papel decisivo a la minoría con iniciativa en tanto que órgano de esta acción directa.

Esta breve caracterización del sindicalismo muestra que éste se esforzaba en darle una expresión a las necesidades de la época revolucionaria que se acercaba. Pero errores teóricos fundamentales (los mismos del anarquismo) hacían imposible la creación de un sólido núcleo revolucionario, bien soldado ideológicamente y capaz de resistir efectivamente las tendencias patrióticas y reformistas.

La caída del sindicalismo francés en el social-patriotismo se produjo paralelamente a la del partido socialista. En la extrema izquierda del partido, la bandera de la insurrección contra el social-patriotismo la desplegó el pequeño grupo dirigido por Lorient. En la extrema izquierda del sindicalismo, el mismo papel recayó sobre el pequeño grupo de Monatte y Rosmer; entre los dos se estableció muy pronto el lazo necesario, tanto en el plano ideológico como organizativo.

III

Hemos indicado que la mayoría longuettista, sin fuerza ni substancia, se confunde con su minoría renaudeliana.

¹⁵ “Los agrupamientos en el movimiento obrero francés y las tareas del comunismo francés. (Para el 2º Congreso de la Internacional Comunista)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

En lo concerniente a la minoría sindicalista que, en el último congreso de Lyon, alcanzaba casi, y sobre determinadas cuestiones, a la tercera parte de los delegados presentes, constituye una corriente aún muy mal definida, en la que los comunistas revolucionarios se codean con anarquistas, que todavía no han roto con las viejas supersticiones, y “longuettistas” del socialismo francés. Las supersticiones anarquistas contra la toma del poder son allí aún muy vigorosas y, en numerosos de ellos, son simplemente el miedo ante la iniciativa revolucionaria y la ausencia de voluntad de acción que se disimulan tras este escudo. De esta minoría sindicalista salió la idea de la huelga general concebida como el medio para imponer la nacionalización de los ferrocarriles. El programa de nacionalización planteado, de acuerdo con los reformistas, como una consigna de colaboración con las clases burguesas, se opone en su esencia, en tanto que consigna que interesa a toda la nación, al puro programa de clase que no puede ser otro más que la expropiación revolucionaria por la clase obrera los capitales de los ferrocarriles y de otras empresas. Precisamente el carácter “conciliador” y oportunista de esta consigna impuesta a la huelga general, lo que ha paralizado el impulso revolucionario proletariado, provocando su falta de seguridad y sus dudas, y, finalmente, lo ha obligado a retroceder, indeciso, ante la acción de un medio tan extremo como una huelga general que le pedía el más grande de los sacrificios en nombre de un objetivo puramente reformista, cogido prestado del arsenal del radicalismo burgués.

La forma clara y nítida con la que los comunistas plantean los problemas revolucionarios es la única capaz de aportar la necesaria claridad a la misma minoría sindicalista, de librarla de las supersticiones y compañeros de suerte y (esto es lo principal) de suministrarles a las masas proletarias revolucionarias un programa preciso de acción.

IV

Agrupamientos exclusivamente formados por intelectuales como *Clarté* son muy sintomáticos de los períodos pre-revolucionarios en los que una pequeña fracción (la mejor) de los intelectuales pequeño burgueses, presintiendo el acercamiento de una profunda crisis revolucionaria, se separa de la clase dominante en plena descomposición y se lanza a la búsqueda de otra orientación ideológica. Conforme a su naturaleza de intelectuales, estos elementos, naturalmente inclinados al individualismo, a la diseminación en pequeños grupos que descansan sobre afinidades o lazos personales, no son capaces de elaborar, y aún menos de aplicar, un sistema preciso de ideas revolucionarias: en consecuencia, reducen su trabajo a una propaganda abstracta y puramente idealista, vagamente pintada con un comunismo anegado por consideraciones puramente humanitarias. Sintiendo sinceramente muchas simpatías hacia el movimiento comunista de la clase obrera, los elementos de este tipo a menudo se desvían, sin embargo, del proletariado en el momento más agudo, cuando las armas de la crítica dejan paso a la crítica de las armas: le devuelven su simpatía al proletariado cuando éste, habiendo tomado el poder, tiene de ahí en adelante la posibilidad de desplegar en el dominio cultural su genio creador. La tarea del comunismo revolucionario consiste en explicarle a los obreros avanzados el valor, en tanto que síntomas, de tales agrupamientos, al mismo tiempo que los critica por su pasividad idealista y su mediocridad. En ningún caso, los obreros avanzados pueden agruparse como una especie de coro alrededor de intelectuales que hacen de solistas: cueste lo que cueste deben crear una organización autónoma que trabaje independientemente de los flujos y reflujos de la simpatía de los intelectuales burgueses, incluso tratándose de los mejores de ellos.

V

En Francia es necesario actualmente, al mismo tiempo que revisar radicalmente la teoría y política del socialismo parlamentario, revisar igualmente de forma decidida la

teoría y práctica del sindicalismo, a fin que sus anticuadas supersticiones no obstaculicen el desarrollo del movimiento comunista revolucionario.

a) Es evidente que si el sindicalismo francés persiste en su “negación” de la política y del papel del estado ello equivaldrá a capitular ante la política de la burguesía y ante el estado capitalista. No es suficiente con negar el estado. Hay que apoderarse de él para poder destruirlo. La lucha por la posesión del estado es la política revolucionaria. Renunciar a eso es renunciar a las tareas fundamentales de la clase revolucionaria.

b) La “minoría de iniciativa”, a la que la teoría sindicalista le abandona la dirección, poniéndola, de hecho, por encima de las organizaciones sindicales de masas obreras, no puede existir sin tomar forma. Ahora bien, si se organiza con reglas a esta minoría de iniciativa de la clase obrera, si se la suelda con una disciplina interna que repose en las necesidades inexorables de la época revolucionaria, si se le arma con una doctrina justa, con un programa científicamente elaborado de la revolución proletaria, se obtendrá, precisamente, un partido comunista, situado por encima de los sindicatos como de todas las otras formas del movimiento obrero, fecundándolas con sus ideas y dándoles una dirección de conjunto de su trabajo.

c) Los sindicatos que agrupan a los obreros de rama de industria no pueden devenir los órganos de la dominación revolucionaria del proletariado. La minoría de iniciativa (el partido comunista) no puede encontrar tal aparato más que en los soviets, que agrupan a los obreros de todas las ramas de industria, de todas las profesiones y, por eso mismo, ponen en primer plano los intereses fundamentales comunes, es decir los intereses socialistas-revolucionarios del proletariado.

VI

De todo esto se deduce la imperiosa necesidad de crear un partido comunista que realice en su seno la fusión total del ala revolucionaria del partido socialista y del destacamento revolucionario del sindicalismo francés. El partido debe crear su propio aparato, perfectamente autónomo, rigurosamente centralizado, independiente tanto del partido socialista como de la CGT y de los sindicatos locales.

La situación actual de los comunistas franceses, que constituyen una oposición interna, a la vez en la CGT y en el partido socialista, priva al comunismo francés de su papel de factor autónomo, lo convierte en complemento (negativo) de los órganos existentes, partido y sindicato, que así permanecen como esenciales. Esta situación le priva de la combatividad necesaria, de la inmediata ligazón con las masas y de la autoridad de una dirección.

El comunismo francés debe a todo precio salir de esta fase preparatoria. El medio es comenzar inmediatamente la construcción de un partido comunista centralizado y, ante todo, fundar sin tardanza diarios en los principales centros obreros, diarios que, a diferencia de las actuales publicaciones semanales, no sean órganos de crítica interna de las organizaciones y de propaganda abstracta, sino órganos de agitación revolucionaria directa y de dirección política de las masas proletarias.

La creación de un partido comunista militante en Francia es una cuestión de vida o muerte para el movimiento revolucionario del proletariado francés.

Carta a un sindicalista francés¹⁶

(31 de julio de 1920)

Estimado amigo,

El carácter político y la constitución de sus partidos le hacen dudar a usted de la III Internacional. Teme usted ver al movimiento sindicalista francés caer arrastrado a remolque de un partido político. Déjeme hacerle partícipe de mis ideas al respecto.

Ante todo, tengo que decirle que el movimiento sindical francés, cuya independencia le preocupa, ya se encuentra a remolque de un partido político. Ciertamente que ni Jouhaux ni sus más cercanos lugartenientes, Dumoulin, Merrheim y el resto, todavía no son diputados, ni pertenecen aún a ninguno de los partidos parlamentarios. Pero esto se debe, simplemente, a una división del trabajo. En el fondo, Jouhaux lleva adelante en el dominio sindical una política de acuerdo con la burguesía completamente idéntica a la que realiza el socialismo francés tipo Renaudel-Longuet en el dominio parlamentario. Si se le exigiese a la dirección actual del partido socialista francés que trazase un programa para la CGT y que nombrase a su personal dirigente, no cabe duda alguna: el partido socialista francés sancionaría el actual programa de Jouhaux-Dumoulin-Merrheim y dejaría a esos señores en los puestos que ahora ocupan. Si se enviase a Jouhaux y consortes al parlamento y si se colocase a Renaudel y a Longuet al frente de la CGT, este desplazamiento no modificaría en nada la vida interna de la clase obrera francesa. Usted mismo se verá obligado a estar de acuerdo.

El cuadro que acabo de bosquejar prueba precisamente que no se trata de parlamentarismo o antiparlamentarismo, ni menos aún de adhesión formal a un partido. Las viejas etiquetas se han borrado y ya no responden a un contenido nuevo. El antiparlamentarismo de Jouhaux se parece como dos gotas de agua al cretinismo parlamentario de Renaudel. Por más que el sindicalismo oficial de hoy en día reniegue, por tradición, de todo partido, de la política de partido, etc., el hecho es que los partidos burgueses en Francia no pueden desear mejores representantes a la cabeza del movimiento sindical francés que Jouhaux, igualmente que no pueden desear mejores parlamentarios “socialistas” que Renaudel y Longuet.

El objetivo revolucionario del proletariado

Cierto, esos partidos burgueses no les escatiman las injurias. Pero es para no resquebrajar definitivamente su crédito ante el movimiento obrero. Lo esencial no es ni el parlamento, ni el sindicalismo, lo esencial es el carácter de la política seguida por la vanguardia de la clase obrera, tanto en el parlamento como en el plano sindical. Una política verdaderamente comunista, es decir una política que tenga como objetivo el

¹⁶ León Trotsky, *Carta a un sindicalista francés (dirigida a Monatte, detenido en la Santé)*, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#). Esta carta se publicó con el título de “Carta a un sindicalista francés” en *La Vie ouvrière* del 26 de noviembre de 1920. Pierre Monatte, dirigente de *la Vie ouvrière* y animador de la minoría revolucionaria de la CGT, fue arrestado el 3 de mayo de 1920, algunos días después del principio de la huelga de ferroviarios, y acusado de “disturbios anarquistas” y de “complot contra la seguridad del estado”. Se había transferido a la cárcel de presos comunes de la Santé pero pudo conservar los contactos con el exterior firmando con el pseudónimo Lemont sus artículos en la *V.O.* No se le podía enviar a su nombre la carta de Trotsky pues sus relaciones con los revolucionarios rusos constituían una de las piezas de la acusación. Monatte fue liberado en febrero de 1921.

derrocamiento de la dominación de la burguesía y del estado burgués, encontrará su expresión revolucionaria en todas las manifestaciones vitales de la clase obrera, en todas las asociaciones, instituciones y órganos donde penetren los representantes de esta clase: sindicatos, mítines, prensa, partido comunista, sociedades revolucionarias secretas que trabajen en el ejército o que preparen la insurrección, tribuna parlamentaria incluida, si los trabajadores avanzados envían al parlamento a auténticos revolucionarios para representarles.

El objetivo de la clase obrera es expulsar del poder a la burguesía, destruir sus instrumentos de opresión y coerción, crear sus propios órganos de dictadura obrera, a fin de aplastar la resistencia de la burguesía y de transformar lo más rápidamente posible todas las relaciones sociales en el sentido comunista. Quien, bajo pretexto de anarquismo, no admite este objetivo, el de la *dictadura del proletariado*, no es un revolucionario sino un pequeño burgués gruñón. Para esta gente, ningún lugar entre nosotros. Por otra parte, volveremos sobre el asunto más tarde.

Así, la tarea del proletariado consiste en destruir al régimen burgués por medio de la dictadura revolucionaria. Pero, como sabe usted, en el seno mismo de la clase obrera todos los elementos no son conscientes por igual. El objetivo a lograr con la revolución no se le presenta claramente, en toda su amplitud, más que a la minoría revolucionaria más consciente del proletariado. Esto es lo que le confiere su fuerza a esta minoría, cuanto con más firmeza, resolución y seguridad actúa, más apoyo encuentra en la masa obrera innumerable atrasada. Pero para que esos millones de obreros atrapados artificialmente en el charco de los prejuicios por el capitalismo, por la Iglesia, la democracia, etc., no se desvíen de la ruta y encuentren la expresión que conviene verdaderamente a sus aspiraciones integrales, es indispensable que la clase obrera tenga a su cabeza, en todas las manifestaciones de su vida, a los mejores y más conscientes de sus miembros y que estos últimos se mantengan fieles inquebrantablemente a su bandera, prestos, si es preciso, a dar su vida por la causa.

Necesidad de un partido comunista

Sindicalistas revolucionarios de Francia, vuestro punto de partida es bueno cuando constatáis que por sí solos los sindicatos que abarcan a las grandes masas obreras no son suficientes para hacer la revolución, y que es necesaria una minoría directora para educar a esta masa y ofrecerle, en cada caso, un programa de acción concreto y preciso.

¿Cómo debe estar compuesto ese grupo inicial? Está claro que no puede estar constituido por un agrupamiento profesional o territorial. No se trata de metalúrgicos, ferroviarios ni de carpinteros avanzados, sino de los miembros más conscientes del proletariado de todo el país. Deben agruparse, elaborar un programa de acción muy definido, cimentar su unidad, sobre una rigurosa disciplina interna y asegurarse así una influencia directora sobre todos los órganos de esa clase, y ante todo sobre los sindicatos.

¿Cómo llamarían ustedes a esa minoría directora del proletariado, agrupada en un bloque homogéneo por el programa comunista y ardiendo en deseos de arrastrar a la clase obrera al asalto definitivo contra la ciudadela capitalista? Nosotros la llamamos el *partido comunista*.

Pero entonces, dirán ustedes, ¿ese partido no tiene nada en común con el partido socialista francés actual? Completamente cierto. Y no hablamos de partido socialista sino de partido comunista precisamente para establecer muy claramente la diferencia.

- Sin embargo, ¿usted habla de *partido*?

- Sí, hablamos de *partido*. Por supuesto que se puede demostrar con éxito que la misma palabra de partido está fuertemente comprometida por los parlamentarios, los charlatanes profesionales, los charlatanes pequeñoburgueses y otros de la misma calaña.

Pero estos inconvenientes no afectan solamente a los partidos políticos.

Ya hemos reconocido conjuntamente que las organizaciones proletarias (sindicatos franceses, trade-union inglesas, Gewerkschaften alemanas) se han comprometido suficientemente también, como resultado del vergonzoso papel que sus líderes han jugado durante la guerra y continúan jugando en su mayor parte. Y, sin embargo, esta no es todavía una razón suficiente para renunciar al empleo de la palabra “sindicato”. Por otra parte, estarán ustedes de acuerdo, lo que importa no es la terminología sino la naturaleza de las cosas. Bajo el nombre de partido comunista entendemos la unión de la vanguardia del proletariado en vistas a la dictadura del proletariado y la revolución comunista.

Los argumentos invocados contra la política y contra el partido ocultan muy a menudo un desconocimiento anarquista del papel del estado en la lucha de clases. Proudhon decía que el taller haría desaparecer al gobierno. Esto sólo es cierto en un sentido: la sociedad futura será un formidable taller liberado del principio gubernamental puesto que el gobierno o el estado no es más que el aparato de coerción de la clase dominante y puesto que, en la sociedad comunista, no habrá ya clases. Pero toda la cuestión radica en saber *por qué camino* llegaremos a la sociedad comunista. Proudhon pensaba que llegaríamos por la vía de la asociación. El taller haría desaparecer poco a poco al capitalismo y al estado. Ello es la más pura de las utopías como han demostrado los acontecimientos: es el taller el que ha desaparecido ante la fábrica monstruo, y encima de sus ruinas se ha elevado el trust monopolizador. Los sindicalistas franceses creían, y mucho de ellos todavía creen, que los sindicatos suprimirían la propiedad capitalista y destruirían al estado burgués. Es falso. Los sindicatos aparecían como un potente instrumento de huelga general coincidente con los métodos y procedimientos de las organizaciones sindicales. Pero para que la huelga devenga verdaderamente general es necesario tener una “minoría directriz” que, día a día, haga la educación revolucionaria de las masas. Es evidente que esta minoría no debe agruparse ni por oficio ni por profesión sino sobre la base de un programa determinado de acción proletaria revolucionaria. Ahora bien, como ya hemos dicho, esto no es otra cosa más que el partido comunista.

Insuficiencia de los medios sindicales

Pero para derrocar la dominación de la burguesía, no es suficiente con la huelga general que está completamente indicado que realice el aparato del sindicalismo. La huelga general es un arma buena para la defensa, pero no para el ataque. Ahora bien, lo que nosotros queremos es derrocar a la burguesía y arrancarle de las manos la máquina gubernamental. La burguesía, representada por su estado, se apoya en el ejército. Únicamente la insurrección armada, colocando al proletariado frente al ejército, descarga sobre esos elementos golpes mortales y gana para su causa a la mejor parte de ese ejército: únicamente la insurrección armada del proletariado es capaz de hacerlo dueño de la situación en el país. Pero, para el éxito de la insurrección se necesita una preparación enérgica y encarnizada: preparación organizativa y técnica. En todo momento hay que denunciar los crímenes y villanías de la burguesía en todos los dominios de la vida social: política internacional, atrocidades coloniales, despotismo interior de la oligarquía capitalista, bajezas de la prensa burguesa, he ahí los materiales de una requisitoria verdaderamente revolucionaria de la que es preciso saber sacar todas las consecuencias revolucionarias. Ahora bien, esos temas se salen del marco de la organización sindical y de su papel. Paralelamente a esta preparación se deberá proceder a la creación de puntos de apoyo organizativos para la insurrección del proletariado. Es preciso que en cada sindicato local, en cada fábrica, en cada taller, haya un grupo de obreros ligados indisolublemente por una idea común y que sean capaces, en el momento decisivo y gracias a su acción unánime, de arrastrar a la masa tras ellos, de mostrarle la buena ruta, de preservarla de los errores y de asegurarle la victoria. Hay que penetrar en el ejército.

En cada regimiento debe existir un grupo sólido y coherente de soldados revolucionarios prestos y resueltos, para el día del encuentro con el pueblo, a pasarse al lado de los obreros y a arrastrar a todo el regimiento con ellos. Esos grupos proletarios revolucionarios cimentados por la idea, ligados por la organización, sólo podrán actuar con pleno éxito si son células de un partido comunista unificado y centralizado. Si logramos tener en las diversas instituciones gubernamentales, y especialmente en las instituciones militares, amigos seguros, declarados o secretos, al corriente de todos los asuntos, intenciones y maquinaciones de las camarillas dirigentes, nos informarán a tiempo sobre todo, es evidente que con ello no podemos más que ganar. Igualmente, esto sólo será para nosotros otra fuerza más si logramos enviar al parlamento burgués aunque sólo sea a un puñado de militantes fieles y dedicados a la causa de la revolución comunista, en estrecho contacto con los órganos legales e ilegales de nuestro partido, estrictamente subordinados a la disciplina del partido, jugando el papel de divulgadores del proletariado revolucionario en el parlamento, ese estado mayor de la burguesía, y dispuestos en todo momento a abandonar la tribuna parlamentaria a cambio de las barricadas.

Por supuesto estimado amigo que esos obreros no son ni Renaudel ni Sembat ni Varenne. Pero ¿acaso no hemos conocido a Karl Liebknecht? Él también era miembro del parlamento. La canalla capitalista y socialpatriota ahogó su voz. Pero las palabras de acusación y llamamiento que pudo lanzar por encima de la cabeza de los verdugos del pueblo alemán estremecieron los sentimientos y la conciencia de centenares de millares de obreros alemanes¹⁷. Karl Liebknecht descendió del parlamento a la plaza de Potsdam para llamar a las masas proletarias a la lucha¹⁸. Cambió la plaza por el presidio y el presidio por las barricadas de la revolución. Él, ardiente partidario de los sóviets y de la dictadura del proletariado, estimó en consecuencia que era necesario participar en las elecciones a la Asamblea Constituyente alemana¹⁹. Al mismo tiempo, organizaba a los soldados comunistas. Cayó en su puesto. ¿Qué era Karl Liebknecht? ¿Sindicalista? ¿Parlamentario? ¿Periodista? No, era el revolucionario comunista que se abría camino hacia las masas a través de todos los obstáculos. Se dirigió a los sindicalistas desenmascarando a los Jouhaux y a los Merrheim de Alemania. Dirigió la acción del partido en el ejército preparando la insurrección. Publicó diarios revolucionarios y llamamientos legales e ilegales. Penetró en el parlamento para servir allí a la causa como lo hacía también en otras horas del día en las organizaciones clandestinas.

Órganos de la dictadura del proletariado

Cuanto más tiempo tarde la élite del proletariado francés en fundar un partido comunista centralizado, más tiempo tardará en apoderarse del poder, en suprimir la policía burguesa, el militarismo burgués, la propiedad privada de los medios de producción. Por otra parte, sin esas condiciones, el taller no suprimirá al estado. Tras la experiencia de la revolución rusa, quien no lo haya comprendido todavía está perdido sin remedio. Pero, incluso después de que la revolución triunfante haya hecho caer el poder en manos del proletariado, éste no podrá inmediatamente liquidar al estado entregando la autoridad a los sindicatos. Los sindicatos organizan a las capas superiores de la clase obrera por profesión e industria. El poder debe reflejar los intereses y las exigencias revolucionarias de la clase obrera. Por ello el órgano de la dictadura del proletariado no es el sindicato sino los sóviets elegidos por los trabajadores y, en número, por millones

¹⁷ Alusión a la campaña realizada por Karl Liebknecht en el Reichstag mediante “preguntas escritas” así como a sus explicaciones de voto contra los créditos militares, reproducidas en panfletos y difundidas clandestinamente gracias a los espartaquistas.

¹⁸ Alusión a la manifestación del Primero de Mayo de 1916 en Berlín, encabezada por Liebknecht, vestido con su uniforme de soldado de la reserva.

¹⁹ En realidad, parece que Liebknecht estaba lejos de tener ideas claras sobre esta cuestión. Ante el congreso de fundación del PC confesaría que se acostaba partidario de las elecciones y se despertaba partidario del boicot.

de obreros que jamás han pertenecido a ningún sindicato y que se han despertado por primera vez a la revolución.

Pero con formar sóviets no está todo arreglado. Además, es preciso que esos sóviets tengan una política revolucionaria determinada. Es preciso que distingan claramente a los amigos de los enemigos, es necesario que sean capaces de acciones decisivas y de acciones implacables si lo exigen las circunstancias. El ejemplo de la revolución rusa, el de la revolución en Hungría y en Baviera, demuestran que la burguesía no depone jamás las armas tras su primera derrota²⁰. Muy al contrario, desde el momento en que pierde esa batalla su desesperación no hace otra cosa más que multiplicar por dos o por tres su energía.

Régimen soviético significa régimen de lucha implacable contra la contrarrevolución indígena y extranjera. ¿Quién, pues, les dará a los sóviets elegidos por los obreros un nivel de conciencia diferente, un programa de acción claro y preciso? ¿Quién les ayudará a orientarse en el dédalo de la situación internacional y a encontrar la buena vía? A buen seguro que eso sólo pueden hacerlo los revolucionarios más conscientes y más experimentados, ligados indisolublemente por la unidad de su programa. Y, otra vez, es el partido comunista.

Algunos simples (o puede ser que algunos ladinos) denuncian con horror el hecho que en Rusia el partido “dirige a los sóviets y a las organizaciones profesionales”.

Los sindicatos franceses, dicen ciertos sindicalistas, “reclaman su independencia y no soportarán que el partido los dirija”. Pero entonces, ¿cómo es que, vuelvo a repetir, los sindicalistas franceses sufren la dirección de Jouhaux, dicho de otra forma, de un agente manifiesto del capital angloestadounidense? Su independencia formal no preserva a los sindicalistas franceses de la influencia de la burguesía. Los sindicalistas rusos han repudiado semejante independencia. Han derrocado a la burguesía. Y lo han logrado porque han expulsado de sus filas a los señores Jouhaux, Dumoulin, Merrheim y los han reemplazado por combatientes fieles, probados, seguros, es decir por comunistas. Haciendo esto no han asegurado solamente su independencia frente a la burguesía sino también la victoria sobre ella.

Es verdad, nuestro partido dirige las organizaciones profesionales y los sóviets. ¿Ha sido siempre así? No. Este puesto director el partido del proletariado lo ha conquistado al precio de una incesante lucha contra los partidos pequeño burgueses, mencheviques, socialistas-revolucionarios, y contra los neutros, es decir contra los elementos retardatarios o sin principios. Cierto, los mencheviques derrotados por nosotros dicen que nos aseguramos la mayoría con la “violencia”. Pero ¿cómo es que las masas trabajadoras que derrocaron el poder del zar, después el de la burguesía, después el de los conciliadores que, sin embargo, detentaban el aparato de coerción gubernamental, no solamente toleran en el presente el poder y la “coerción” del partido comunista dirigiendo los sóviets, sino que, además, entran en nuestras filas en número cada vez mayor? Ello se explica solamente por el hecho que la clase obrera rusa ha adquirido una enorme experiencia. Ha tenido la posibilidad de verificar en la práctica la política de los diversos partidos, grupos o camarillas, de comparar sus palabras y sus actos y de llegar a esta conclusión: que el único partido que sigue fiel a sí mismo, en todos los momentos de la revolución, en los fracasos como en la victoria, ha sido y sigue siendo aún el partido comunista. También ¿qué puede ser más natural si cada reunión de obreros, cada conferencia sindical, elige a comunistas para los puestos más importantes? Es la definición misma del papel dirigente del partido comunista.

²⁰ En Hungría y en Baviera, igual que en Rusia, la toma del poder por los consejos (sóviets) marcó el principio de la guerra civil.

La unidad del frente revolucionario

En la actual hora, los sindicalistas revolucionarios, o más exactamente los comunistas como Monatte, Rosmer y resto, constituyen una minoría en el marco de las organizaciones sindicales. Están en la oposición, critican y denuncian las maquinaciones de la mayoría dirigente que expresa las tendencias reformistas, dicho de otra forma: las tendencias puramente burguesas. En una situación idéntica se encuentran los comunistas franceses, en el marco del partido socialista que defiende las ideas del conformismo pequeño burgués. Monatte y Jouhaux ¿tienen una política sindical común? No: son enemigos. Uno está al servicio del proletariado y el otro defiende, bajo una forma disfrazada, las tendencias burguesas. Lorient y Renaudel-Longuet ¿tienen una política común? No: uno conduce al proletariado a la dictadura revolucionaria, el otros somete a las masas trabajadoras a su democracia burguesa. Ahora: ¿qué distingue a la política de Monatte de la de Lorient? Únicamente que Monatte opera preferentemente en el terreno sindical y Lorient en el de las organizaciones políticas. Pero ese hecho sólo refleja una división del trabajo. Los sindicalistas verdaderamente revolucionarios, igualmente que los socialistas verdaderamente revolucionarios, deben agruparse en un mismo partido comunista. Deben cesar de ser la oposición en el seno de partidos que en el fondo les son extraños. Deben, bajo la forma de una organización independiente y de la bandera de la III Internacional, presentarse ante las grandes masas, dar respuestas claras y precisas a todas las cuestiones, dirigir su lucha y orientarse en la vía de la revolución comunista. Las organizaciones sindicales, cooperativas, políticas, la prensa, los círculos clandestinos del ejército, la tribuna parlamentaria, los ayuntamientos, etc. no son otra cosa más que variantes de organización exterior, de métodos prácticos o de puntos de apoyo. La lucha sigue siendo una, por su contenido, sea cual sea el dominio en el que se produzca. El elemento activo en esta lucha es la clase obrera. Su vanguardia dirigente es el partido comunista, en el que los sindicalistas verdaderamente revolucionarios deben ocupar el lugar de honor.

*Suyo
León Trotsky*

Intervención en la Conferencia de los Transportes convocada por el Comité Central de los Transportes (Tsektran)²¹ (2 de diciembre de 1920)

El 2 de diciembre la guerra contra la intervención imperialista y la reacción blanca en la Rusia soviética está ya acabada a favor de la revolución: en enero de este año queda destruido el ejército de Kolchak y en noviembre derrotado el ejército de Denikin, “concluyendo de esta forma la guerra civil”, según Broué en su *El Partido Bolchevique*. Ya en el comité central de febrero de 1920 Trotsky presenta dos propuestas encaminadas a abandonar el ‘comunismo de guerra’, que son rechazadas; Trotsky se ve forzado a echar mano, pues, de los recursos del ‘comunismo de guerra’ para sacar al primer estado obrero de la historia del atolladero económico que amenazaba con destruirlo. Así, el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets le encarga redactar el llamamiento a los trabajadores del 25 de febrero para concienciar a las masas de la resolución tomada por ese comité sobre el servicio de trabajo y la aprobación de los “ejércitos del trabajo”, Trotsky escribe en la conclusión de dicho llamamiento: *“En la lucha contra el hambre, el frío y las epidemias, hay que desplegar tanta energía como la desplegada por las masas en la guerra civil contra sus enemigos jurados. Para salvar al país de la ruina económica, necesitamos el espíritu de sacrificio, heroísmo y disciplina característicos de las mejores unidades de nuestro ejército. El trabajo es la bandera de nuestra época [...] El Comité Ejecutivo de los Sóviets os une en una tropa inmensa para una campaña contra la miseria, la desorganización, la anarquía, las complicaciones, el desorden y la ruina que nos amenazan. Vosotros, todos los que estáis prestos para el sacrificio, vosotros, los mejores, ¡adelante!”*; y meses más tarde, tras haber redactado las tesis del comité central para el IX Congreso y mantener junto a Lenin la lucha por la reconstrucción económica mediante, entre otros, el método de la militarización del trabajo, declara ante las críticas: *“A la esclavitud del trabajo capitalista le oponemos el trabajo social y regular, basado en un plan económico, obligatorio para todos y en consecuencia obligatoria para todo obrero del país. Sin ello es imposible incluso ni soñar con el paso al socialismo. El elemento de coacción material, física, puede ser más o menos grande [...], pero la obligación es en consecuencia la condición indispensable para frenar la anarquía burguesa, la condición indispensable de la socialización de los medios de producción y de trabajo, de la reconstrucción sistemática económica de acuerdo con un plan único.* A pesar de permanecer todavía en los Urales, en el frente de guerra del 1er ejército del trabajo, el Buró Político le pide que tome a su cargo los transportes (que acepta provisionalmente); el 23 de marzo de 1920 tiene que sumar, pues, un segundo puesto de comisario del pueblo; los especialistas habían vaticinado ya la muerte práctica de las comunicaciones ferroviarias de Rusia. A principios de marzo consigue que se apruebe el *Glavpolitput*, administración política de los ferrocarriles encargada de movilizar a los trabajadores a través del llamamiento a su conciencia política; frente a la oposición de las direcciones sindicales, Trotsky defenderá en el IX Congreso del Partido Bolchevique dicho organismo indicando que una de sus misiones había de ser *“reforzar la organización sindical de los ferrocarriles, hacer entrar en ella a los mejores trabajadores y ayudar a los mismos sindicatos a hacer del sindicato de los ferroviarios un instrumento irremplazable para la ulterior mejora del transporte por ferrocarril.”* El enfrentamiento continúa y el 28 de agosto Trotsky logra que el comité central del partido cree un Comité Central de los Transportes, *Tsektran*, presidido por él, y la disolución de los organismos de dirección de los sindicatos

²¹ “Intervención en la Conferencia de los Transportes convocada por el Comité Central de los Transportes (Tsektran)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet](#) y en castellano.

ferroviarios; el Tsektran fusionará al comisariado y sus servicios, la organización sindical y la administración política, debiendo funcionar como un mando militar. El 2 de noviembre, en la reunión de la fracción bolchevique sindical que prepara el próximo congreso de los sindicatos, Trotsky vuelve de nuevo a defenderse ante los ataques de la cúspide sindical aliada con Zinóviev: *“Hemos construido y reconstruido los organismos económicos del estado soviético, los hemos demolido y rehecho de nuevo escogiendo y controlando cuidadosamente a los diversos colaboradores en sus diversos puestos. Es completamente evidente que hay que emprender ahora la reorganización de los sindicatos, es decir y ante todo, del personal sindical dirigente”*. Tomsky arremete contra él tras esta intervención y el 9 de noviembre el comité central bolchevique discute sobre lo que se comienza a denominar como “la cuestión sindical” en el que Trotsky y Lenin plantean opciones diferentes; el texto de Lenin recoge 8 votos a favor y 4 en contra frente al de Trotsky que recoge 7 a favor y 8 en contra. El Tsektran se mantiene funcionando y convoca una conferencia de los transportes para diciembre. La intervención de Trotsky en dicha conferencia, que aquí ofrecemos por primera vez en castellano, es un punto álgido en la lucha política alrededor de “la cuestión sindical” en el estado soviético. Broué escribe en su *Trotsky*: “A pesar de su elocuencia y de la coherencia de su razonamiento, Trotsky ya no es capaz de convencer a sus críticos y adversarios. En efecto, esta intervención provoca la salida de la sala del estado mayor del sindicato de los transportes fluviales y de numerosos delegados ferroviarios militantes comunistas: un gesto sin precedentes que permite medir la profundidad de los antagonismos.” El 12 de diciembre aparecerán las tesis de Zinóviev para el VIII Congreso de los Sóviets que contendrán elementos a favor de la ‘democracia obrera’ y contra la militarización de los sindicatos. Trotsky responderá con un artículo publicado el 19 del mismo mes: *“Nuevo período, nuevos problemas”* (ver más abajo en páginas 77 y siguientes).

Nuestra conferencia se reúne en pleno giro en la existencia de nuestro país, giro que puede caracterizarse en pocas palabras como un paso del estado de guerra al período económico. Este giro se refleja en todos los órganos de la Rusia soviética, en todos los servicios en todos los medios políticos, profesionales y otros más. Por ello es conveniente hoy en día hablar de una crisis en todas las organizaciones, crisis interna, que en resumidas cuentas no es otra cosa que un desplazamiento interno de los elementos, de los hombres y militantes. Determinados rasgos de esa crisis no contienen, por cierto, nada de alarmante para el futuro de la Rusia soviética en su conjunto, son una herencia del antiguo régimen capitalista. La guerra es un factor severo de destrucción, la tarea de conservar durante la guerra todas las fuerzas y recursos del país está llena de dificultades, y en el momento en el que la guerra llega a su fin es cuando todavía deviene más difícil todavía; pero eso no es un mal, puesto que es un criterio de vitalidad del organismo. Se podría decir en general que la causa esencial de las estrecheces económicas son la miseria y la pobreza, herencia del pasado, agravadas además por el hecho de la guerra. Si bien esa causa general se refleja en todo el organismo soviético, existe en el dominio sindical, sin embargo, una crisis especial que posee su propia naturaleza.

Hemos recibido de la sociedad capitalista a los sindicatos como organizaciones que agrupan a los obreros asalariados contra los capitalistas. La misión de los sindicatos es la mejora de la situación del obrero. En la sociedad burguesa, el sindicato tenía una estructura determinada; finalmente, ellos conquistaron el poder en nuestro país. Actualmente, la adaptación de los sindicatos a las nuevas exigencias es un problema que no está todavía completamente resuelto. Aún hay que precisar el lugar que ocuparán los sindicatos en la estructura general del poder de los sóviets; la cuestión debe ser resuelta en la práctica pues desde el punto de vista teórico está tratada con completa claridad en nuestro programa. En el capítulo sobre las cuestiones económicas, podéis leer: el aparato administrativo de la industria nacionalizada debe apoyarse en primer lugar en los sindicatos, que, a su vez, deben liberarse cada vez más de la estrechez corporativa y

convertirse en vastas federaciones que agrupen a todos los trabajadores de la rama correspondiente de la industria sin excepción. El sindicato debe llegar a concentrar en sus manos la gestión de toda la economía nacional. El llamamiento a la actividad de las masas trabajadoras, gracias a los sindicatos, es, al mismo tiempo, nuestro principal medio de lucha contra el espíritu burocrático.

Nuestro programa fue escrito hace ahora un año y medio, antes de la experiencia que poseemos hoy en día; pero trata enteramente, sin embargo, la cuestión que nos ocupa. Los sindicatos deben concentrar en sus manos toda la dirección de la vida económica. No solamente colaboran en la producción: deben organizarla y devenir los directores autorizados de la misma. La lucha contra el espíritu burocrático tiene como condiciones la organización práctica de esta producción y el llamamiento a las masas trabajadoras a esa obra de organización.

Si tomáis las decisiones del IX Congreso de nuestro partido sobre la cuestión laboral, veréis que, en principio, son la confirmación de nuestro programa y que, en la parte práctica, indican cierto número de etapas y grados intermedios. Así, se produce una adaptación de los sindicatos en su actual forma a las administraciones económicas; en efecto, si es necesario que los sindicatos devengan cada vez más el aparato director de la vida económica, no puede disimularse, sin embargo, que hasta el presente no son ese aparato, y que toda tentativa para entregar tal o tal otra rama de la producción a manos del sindicato correspondiente estaría condenada al fracaso.

Lo hemos visto en los ferrocarriles. El intento lo hizo el Comité Ejecutivo Panruso de los Ferrocarriles, que no estuvo a la altura de la tarea porque había conservado su antiguo carácter, su antigua organización, sus antiguas rutinas y su antiguo personal. Los transportes tenían anteriormente tres niveles, como todas las ramas de la producción: una cúspide hecha de directores, una débil capa de personal técnico, y la masa de los obreros en la base. La revolución se llevó por delante la cúspide capitalista, destruyó el aparato administrativo y técnico, modificó incluso a la misma clase obrera, quitándole poco a poco sus mejores elementos para enviarlos a los frentes de la guerra civil o a los diferentes dominios de la vida soviética. Lo que quedó se encuentra sensiblemente empobrecido, privado de varios millares de organizadores experimentados. Pero todo ello era inevitable, pues de lo contrario la revolución no habría sido la revolución. No podía dejar de destruir el antiguo aparato administrativo, no podía tampoco asumir a todos los elementos utilizables de la cúspide directora para dispersarlos a través de todos sus servicios. En cualquier caso era imposible entregar a una organización tan debilitada la gestión de los ferrocarriles.

Al hacer entrar en sus filas a todos los trabajadores de todas las categorías, el sindicato se apodera poco a poco de todo el aparato de la producción; pero para ello, necesita reunir sus fuerzas. Debe revisar a su personal y a sus antiguos jefes. Ello es necesario, si no desde el punto de vista profesional al menos sí desde el punto de vista de la producción. Pero este no es más que un aspecto, un lado, del problema; el otro es retirar de todos los otros servicios, y ante todo en la hora actual del ejército, a todos los ferroviarios, a todos aquellos, sean los que sean, que han mostrado en la práctica sus talentos de organizadores, y que puedan ser utilizados por el sindicato en esta toma de posesión de la producción.

Nos acercamos a la cuestión que les sirve de pretexto a los elementos retardatarios para protestar en general contra las nominaciones desde arriba, sin querer tener en cuenta quién nombra, de dónde proviene la nominación.

Rechazar el principio de la nominación como procedimiento práctico para reforzar el aparato de los transportes, y al mismo sindicato, es reducirnos al marco estrecho y estrictamente corporativo del personal que hemos recibido como herencia del pasado.

Esta idea es absolutamente falsa y de tal naturaleza que cierra toda vía para cambiar al sindicato corporativo en sindicato de producción. Si ahora les pedimos a los sindicatos que colaboren con el estado obrero y el partido comunista dirigente, será preciso ante todo recuperar en los otros dominios a todos los militantes capaces de reforzar los transportes. De ahí las nominaciones, es decir el reparto de nuestras fuerzas en los diversos puestos. Negar este método y luchar sin discernimiento contra las nominaciones, oponiéndoles el principio de la elección, es olvidar la naturaleza del estado proletario, es repetir lo que era conveniente ante el estado representante de una clase enemiga, por ejemplo en la época de Kerensky, pero lo que no es conveniente ya en la época en la que la clase obrera misma está en el gobierno.

Sin embargo, existen elementos que declaran la guerra a las nominaciones. Esto es tradeunionismo; ahora bien, el tradeunionismo amenaza con reducir los sindicatos a la nada, quitándoles toda razón de ser. Los antiguos sindicatos luchaban para asegurar la participación de los obreros en la riqueza nacional que ellos creaban. Los sindicatos actuales no pueden luchar más que por el aumento de la productividad del trabajo, puesto que este es el único medio de mejorar la situación de las masas obreras.

En determinados sindicatos, en particular en este, cuando un trabajador honesto y abnegado, que ha dado pruebas en diferentes campos de su celo hacia la clase obrera, lo destaca el estado que lo lleva de una rama de trabajo a otra, hay gentes que entonces le declaran la guerra ¡porque ha sido nombrado desde arriba!

Si examinamos la cuestión del llamado burocratismo que ejerce un gran papel en la vida laboral (señalo entre paréntesis que ese burocratismo ha sido reconocido como un hecho en las administraciones soviéticas y ha hecho nacer la palabra “centrocracia”, de la que se ha hecho un uso bastante amplio), esa campaña contra el burocratismo descansa en los prejuicios tradeunionistas, en la no comprensión del papel del estado obrero. He llegado a escuchar decir a determinados sindicalistas que el comité central de nuestra federación funciona mejor en determinados aspectos sin duda alguna, pero que reina en él tal papeleo que el primer obrero llegado a él se ahogará en ese papeleo. Esto es considerar al sindicato como una pequeña organización doméstica, tal como existía en épocas pasadas, reducido a vivir clandestinamente; ese carácter portátil era entonces una calidad indispensable para toda organización sindical. Pero si hoy en día nos proponemos dirigir la producción en su conjunto, tener la lista exacta de todos nuestros afiliados, controlar su acción de evaluar al personal dirigente de nuestros sindicatos está claro que nuestra federación debe construirse sobre bases nuevas más juiciosas, científicamente establecidas. Está claro que nos ha faltado comenzar reconstruyendo el centro director: tanto peor si en él hay mucho papeleo. Para nosotros esta es una cuestión de vida o muerte. No sé qué prejuicio contra la organización a lo grande y sobre bases científicas se oculta todavía a menudo en el subconsciente de determinados camaradas comunistas. Estimo que nuestro comité central ha logrado una gran victoria al crear en el centro un aparato científicamente construido. El hecho que nuestro comité central posea el estado de nuestras fuerzas y de todos nuestros recursos ya es un inicio, es ya el mango de la palanca.

La burocracia no está allí. El burocratismo es eso que he llamado la “centrocracia”. Presenta muchos aspectos negativos; sin embargo, es una etapa transitoria inevitable en la construcción de la economía socialista. Hemos hecho el inventario de la metalurgia, de los abastecimientos, de los transportes; hemos nacionalizado todo eso y lo hemos agrupado en organizaciones verticales; el fallo es que no hay ahí bastantes pasarelas entre esas organizaciones, pasarelas que permitan a todos los productos, al personal, a los recursos y a las ideas, pasar de una a la otra por el camino más corto, y a los intercambios realizarse con el menor gasto de energía. El problema consiste en crear esas pasarelas. Todavía no hemos hecho más que empezar a resolverlo. Semejante dirección única y

centralizada de toda la vida económica de un país no ha existido jamás en ninguna parte: no hay modelos para ella. En nuestros debates y desacuerdos hay que saber entender que estamos en presencia de formas transitorias que tendrán que ser perfeccionadas y transformadas mediante una continuidad de esfuerzos: ¡no es suficiente con mantenerse al margen y pronunciar la palabra burocracia!

El punto cardinal es la escasez material. Ahí está el fondo del debate. Por inverosímil que pueda parecer en principio, se ve en ello una consecuencia de la burocracia soviética. Si en un taller o en una factoría se esperan dos millares de pares de botas que no llegan, los obreros acosan con reproches a la dirección, al comité de fábrica o a los comisarios, convencidos de que ellos están allí para defender la justicia y sus intereses. Se reservan el derecho a gruñir y a blandir sus puños si no reciben botas y víveres. ¿Qué les responde el comité de fábrica? Responde que estamos en guerra y que todo se destina al Ejército Rojo. Los obreros escuchan, y no por ello dejan de reclamar botas y víveres. Entonces el comisario declara: la orden está dada pero en Moscú la burocracia retrasa el envío; y de hecho no llega nada durante tres o cuatro meses. Pero si consideráis las cosas de cerca, confesaréis que esa respuesta es falsa en lo tocante a la burocracia. El verdadero infortunio es que no tenemos ni clavos, ni botas, ni tampoco bastante harina. Este es el vicio fundamental. No se lo ocultamos a nadie. Si el Buró Central del Cuero posee 10.000 pares de botas y debe hacer frente a un millón de pares pedidos, es fatal que se consulte durante un largo mes para saber qué debe satisfacer primero. Y si incluso llega a suceder que resuelva ese problema de forma conveniente, no habrá dado respuesta a pesar de todo más a la milésima parte de las necesidades. Todos aquellos que no han recibido nada, sabiendo que el Buró Central del Cuero poseía, sin embargo, alguna cosa, lo acusarán de burocracia. Llamo la atención sobre esta forma inexacta de plantear la cuestión. Si me preguntáis sobre la cuestión de la burocracia, os responderé: os faltan 2.000 botas; sin la burocracia tal vez habríais recibido 50, pero os faltarán todavía 1.950 botas.

Los representantes de nuestra federación y del resto, que son testigos directamente de la escasez de las masas, pueden seguir dos vías: o bien la agitación tradeunionista, o bien la propaganda para aumentar la producción. Tal es el dilema que se le plantea a cada sindicalista. Cuando el obrero dice: no tengo botas, quiero responderles que no hay burocracia que las tenga, o bien puedo desarrollar la idea de que existe allí, en el centro, un monstruo que dispone pero que no le da nada a nadie; con otras palabras, puedo formar una imagen monstruosamente deformada del poder de los sóviets. Existen sindicalistas que, con su demagogia presentando a la burocracia como el mal universal que destruye y obstaculiza todo, llevan adelante una lucha de clases inconsciente contra el poder de los sóviets. Los sindicalistas sensatos, por el contrario, deben decirle al obrero asalariado: el salariado no es para ti más que una ficción, en realidad tu eres el dueño de la producción nacional y tú puedes aumentar tu parte del producto, solamente a condición de que aumentes la suma de ese producto; lo esencial es aumentar la productividad del trabajo, multiplicar varias veces la riqueza nacional.

El punto de vista tradeunionista, consistente en sembrar hostilidad, es la ruina de la organización sindical. Por el contrario, el punto de vista que considera la producción tiende a hacer dueño al sindicato de toda la rama de la industria correspondiente. Los hechos ya demuestran a base de bien que es así.

Hoy en día los sindicatos pueden devenir o bien el lugar de cita de todos los prejuicios de las masas más retardatarias, o bien el órgano esencial de la producción. No hay término medio, pues toda situación intermedia equivale a la desaparición del movimiento sindical.

Lo vemos en los transportes. Mientras que los transportes fluviales poseen desafortunadamente muchos de los rasgos de la primera categoría, los ferrocarriles han tomado la vía correcta. Esto se explica porque los transportes fluviales constituyen un dominio más atrasado, más disperso desde el punto de vista técnico y administrativo, menos apropiado para la centralización. Es natural que por todos esos motivos los transportes fluviales sean más vulnerables a la demagogia tradeunionista. Jamás admitiremos que se quiera volver a llevar al ala más avanzada y más revolucionaria de los transportes al nivel del ala más retrasada. Por el contrario, necesitamos pasar un buen número de militantes de los ferrocarriles a los transportes fluviales a fin de conducir a esta ala retardataria al nivel general de la federación. Esta es una de las tareas más importante en la hora actual.

La lucha contra burguesía en el dominio de los transportes, donde la burocracia no falta, es indispensable. Por burocracia no entiendo obligatoriamente a los viejos burócratas, también en ella se dan los jóvenes, que son de nuestra federación e incluso son viejos miembros de nuestro partido. Los antiguos métodos de trabajo contenían muchos elementos burocráticos que, en un revoltijo, han tomado del pasado defectos y cualidades. He escrito recientemente, y puedo en cualquier momento confirmar y sostener, que sufrimos en general menos por los aspectos malos de la burocracia que por los buenos que nos faltan. Existe una burocracia alemana o norteamericana que ha forjado unos métodos de trabajo, que ha inventado la nacionalización, la taylorización, la división del trabajo, las formas de responsabilidad, de abastecimiento, de contabilidad, etc. La burocracia no es una invención del zarismo ruso. Las cosas marcharán bien aquí cuando poseamos por fin oficinas que funcionen perfectamente, con buenas máquinas de escribir, como confío que recibamos del extranjero, y entonces no descubriremos decenas de errores leyendo las listas de nuestra federación. Se dice que eso son mezquindades burocráticas. No, eso son cualidades que nos hace falta adquirir, si queremos (permitidme la expresión) despiojarnos seriamente y desembocar en la gran vía. Se trata de exactitud y no de mezquindad, y esa exactitud es un signo de perfeccionamiento. Debo decir, por otra parte, que esos son los métodos de la federación de transportes, y que ese es el punto de vista que ha manifestado en todos sus actos, y lo seguirá haciendo.

Llegó ahora a la cuestión de las nominaciones. ¿Es justo que el gobierno haya dicho que hacía falta cambiar la dirección de la federación? Que eso sea justo o no lo cierto es que hemos intervenido en ella. En la época en la que la clase obrera estaba en la oposición o bien en la acción revolucionaria clandestina, los comunistas lucharon contra los otros partidos y expulsaron a los mencheviques, socialistas revolucionarios y, a veces, a los sin partido detrás de los cuales se ocultaban en realidad los reaccionarios, para poner en su lugar a los comunistas. La federación no respondía a las exigencias revolucionarias de la clase obrera, y por ese motivo nuestra fracción entabló una violenta campaña en el interior y trabajaba para poner a la cabeza a sus hombres. ¿Qué debemos hacer hoy en día cuando nuestra federación debe pasar del terreno sindical al de la producción? En todos los escalones existen entre los dirigentes elementos que no han comprendido que la producción es el criterio decisivo, que no han entendido que para salvar no solamente al movimiento sindical, sino a toda la clase obrera, hay que transformar todo el aparato de acuerdo con este principio: todo por la producción y por quien quiera crear en cada sindicado dos fracciones, la de la producción y la de los sindicalistas a la antigua usanza; no tengo dudas de que lograremos la victoria; pero esa lucha comporta un gran gasto de energía de la clase obrera. Y entonces, la clase obrera, en la persona de sus representantes políticos, declara: aquí intervengo, abrevio este período de lucha entre los dos grupos, economizo, reduzco, ordeno. Negar el principio de la intervención es negar que en nuestro país exista un estado obrero.

La intervención de los órganos dirigentes del partido en la lucha interna de las federaciones de ferrocarriles y transportes fluviales no solamente ha tenido una justificación histórica: ha venido dictada por una necesidad vital. Los métodos aplicados por el Comité Central de los Transportes le han sido dictados por la aguda crisis de nuestros ferrocarriles, crisis que amenazaba con llevar a la ruina a todo el país. No olvidemos que en el otoño e invierno últimos teníamos el 70% de nuestras locomotoras fuera de servicio, porcentaje equivalente a una detención casi completa de la circulación y a una parálisis total de toda la vida económica. Hizo falta tomar medidas enérgicas. Nos faltaban hombres para ponerlas en práctica, pues estaban en el frente y las medidas a tomar eran excepcionales y urgentes. Tratar de convencer a todos los que se trataba de hacer cambiar de opinión en el interior de nuestra federación era imposible. Esperar a que tuviésemos el tiempo para persuadirlos era correr el riesgo de ver como se paraban nuestros ferrocarriles antes de haber cumplido la mitad de la tarea. Nos vimos, pues, forzados a mostrar desde arriba cómo había que luchar para restablecer los transportes. He ahí por qué se tomaron medidas enérgicas frente al comité central de nuestros sindicatos. Esas medidas provocaron cierta oposición cuyo resentimiento todavía no se ha borrado en muchos. Sin embargo, trabajamos actualmente con plena solidaridad con nuestros adversarios de la víspera, y estamos seguros de que a partir de mañana ese resentimiento se disipará tan pronto como los éxitos de nuestra acción común aparezcan de forma más evidente. Se muestra ya hoy en día. Además, puesto que entramos en el período económico, podemos confiar en que todas nuestras organizaciones sindicales, y en particular nuestra Federación de Transportes, recibirán a numerosos militantes del Ejército Rojo, de los que casi la mitad estaban absorbidos por el partido comunista, y que así podremos desarrollar una vasta agitación a favor de la producción.

Lo que se ha llegado a llamar órdenes y nominaciones desde arriba se encuentra en proporción inversa al desarrollo y nivel moral de las masas. Todo hombre sensato debe comprender que tan pronto como la situación mejore, desde el momento en que se pueda respirar más libremente, derramaremos a numerosos militantes en los ferrocarriles, y ampliaremos instantáneamente los marcos de nuestra organización para hacer entrar en ella al mayor número posible de trabajadores y aumentar la iniciativa de las masas.

Abordamos la cuestión de la democracia obrera, que ejerce un colosal papel en el movimiento obrero, más aún que en el partido comunista, pues solamente los sindicatos pueden resolverla. Ya he dicho en numerosas asambleas obreras de Moscú que en el momento en el que la 30ª y 51ª divisiones estaban ante Perekop no se trataba de discutir para saber si se franquearían o no las fortificaciones: había que franquearlas. Y se dio la orden. Pero una vez terminado el combate tenemos que explicar las razones, tenemos que hacer todo lo posible para aclarar a las masas. Cuanto más avancemos menos obligados estaremos a emplear en nuestro ejército los métodos violentos. Cada vez más la cohesión psicológica interna hará que los métodos de presión interna sean suficientes. Se puede decir otro tanto de la militarización de los transportes, que es la militarización de la Federación Sindical de los Transportes. La ha provocado el peligro que corre el país.

El otoño del último año, en invierno y en primavera de este año, nos vimos ante un Perekop de los ferrocarriles; no se trataba de discutir, y se publicó el decreto declarando a los transportes en estado de sitio. ¿Se puede decir que ha pasado el peligro? Sí, ha dejado de ser tan agudo, pero no ha pasado. ¿Qué tenemos que hacer? Los mismos esfuerzos heroicos, el mismo espíritu de abnegación de los que dieron pruebas nuestros camaradas ante Perekop. Cuando hablamos de la militarización de los transportes ello significa que todo el personal de los transportes debe consagrarse enteramente a su tarea. Del éxito o de la falta de éxito depende la vida o la muerte del país. Ello significa la militarización moral del personal. ¿Cómo vamos a militarizar a cada trabajador en

particular? No tenemos ningún aparato para eso. Y, sin embargo, nuestros transportes se hundirán inmediatamente si todo el personal en su conjunto no se militariza interna y moralmente. Actualmente la democracia se propone reducir el ejército. ¿Con qué medios? Aumentando su conciencia, su militarización moral. Mediante ello aumentará su valor militar, lo que permitirá reducirlo al menos a la mitad. Sin eso, la disciplina externa sigue estando en el aire. La verdadera militarización del ejército no comienza más que cuando está imbuido de la conciencia de su papel. Se nos dice que esa militarización es contraria a los métodos de la democracia obrera. Para nada del mundo. Consiste solamente en que las masas deben determinar ellas mismas una organización y una actividad productora tales que una presión de la opinión pública obrera se ejerza imperiosamente sobre todos aquellos que lo obstaculizan. He ahí en qué consiste en el fondo la militarización. Todo el resto solo son detalles técnicos. Cuanto más marchemos hacia ello, más se apoyará esa militarización en la masa obrera, en el trabajo organizado y consciente de las masas. Es necesario que los sindicatos se conviertan en el aparato que llama a las masas a colaborar en la producción. Para ello, no hay que colocarse en el terreno de no se sabe qué lucha externa contra una burocracia que sería extraña, sino luchar en el interior contra los prejuicios retardatarios y la rutina. Si cogemos a un obrero a parte en su taller, cuando ese obrero reflexione sobre los perfeccionamientos que puede aportar a sus instrumentos y procedimiento, donde hay que colocar la puerta para economizar cada día el mayor número posible de pasos inútiles, cuando reflexione en todo eso, ya se habrá realizado lo esencial de la verdadera democracia obrera.

Hay que preguntarse cuál es la razón de ser de la democracia política. No es más que un marco al que hay que darle un contenido. Según mi opinión ahí radica el principal papel del Comité Central de los Transportes. Hoy en día se ha asegurado la simpatía de los mejores y más antiguos profesionales. No pasa completamente lo mismo en los transportes fluviales, pero mañana o pasado mañana también obtendremos en ellos el resultado. Tenemos la firme esperanza. Pero eso no es más que una parcela del trabajo, solo es el aparato, que después tendrá que abordar enseguida el problema nuevo que ningún sindicato ha resuelto todavía y no podía resolver porque no se planteaba aún. Ese problema es la organización de las masas en la producción y para la producción. Justo ahora lo abordamos. Aquí la propaganda a favor de la producción es el deber de cada especialista de los transportes: debe consagrar cierta parte de su tiempo a exponerles a las masas obreras los problemas técnicos de los transportes, en un lenguaje accesible para todos y en estrecha relación con el trabajo cotidiano. No puede quedar ni un obrero que ignore de qué se trata. Todos deben ser organizadores de la vida económica, todos deben ser actores conscientes del trabajo nacional. Lo que hay que crear no es simplemente una democracia obrera, sino una democracia del trabajo. Es decir que hay que constituir una organización de las masas obreras tal que cada productor sea sopesado y conocido, y apreciado desde el punto de vista de lo que ha dado a las masas trabajadoras como mejora real de su situación material.

Se puede decir con plena certeza que a pesar de toda nuestra pobreza somos capaces, hoy en día, con la iniciativa de cada uno de nuestros trabajadores locales, de mejorar en un centésima o en una quincuagésima la situación de los obreros, siempre que uno se vuelque seriamente en ello, y siempre que los obreros más avanzados se pongan a aportar los elementos de colectivismo en esos dominios más retardatarios donde reina todavía el espíritu burgués, donde la mujer todavía lava la ropa interior mientras que el hombre, que ha conseguido por medios individuales una lezna, repara por sí mismo sus zapatos. Si tomamos en cuenta solamente esos detalles que son los talleres cooperativos de zapatería, o bien los restaurantes comunales (no como lo son demasiado a menudo, sino clocados bajo el control efectivo de la elite de la población y de una buena inspección

culinaria), ya tenemos ahí el germen de grandes mejoras. Ya he dicho que gracias a la disminución numérica del ejército confiamos en obtener en el tiempo más breve una mejora general de la situación de las masas trabajadoras. Cada grupo de obrero debe, pues, juzgando a sus representantes, preguntarse qué han hecho para mejorar su situación con los recursos locales, qué han hecho para elevar la productividad del trabajo.

Esta es la única forma que tiene un sindicato obrero de crear la democracia obrera, atrayendo a su seno a los elementos administrativos y técnicos, basándose en sí mismo y transformando al mismo tiempo los órganos de administración económica. Así desaparecerá el paralelismo causado por la existencia, uno junto a otro, de los órganos sindicales y de los órganos administrativos. Si hoy en día el sindicato envía a representantes a tal o tal otra sección de los Consejos de Economía Nacional, se trata de una medida transitoria, son los tentáculos mediante los cuales el sindicato llega a los órganos administrativos a fin de facilitar el proceso de fusión.

La lucha que prosigue en el movimiento sindical tiene muchos elementos accidentales de los que tenemos que desembarazarnos. Está la pasión y muchas otras cosas más que hemos de barrer. Si nos vemos obligados a llevar el debate ante las masas, no lo tememos. Les explicaremos en qué consiste la cuestión. Consiste en que entramos en una nueva época, época económica, época de iniciativa de las masas, la época de trabajo productivo. He ahí por qué decimos a las masas obreras: controladnos, pero tomad para ello un criterio nuevo. Anteriormente necesitabais jefes capaces de defenderos en tiempos de huelga. Hoy en día necesitáis guías positivos, constructores capaces de elevar la productividad del trabajo. Quien aumente el número de pares de botas, la cantidad de harina o de carbón, ese será el verdadero jefe de la clase obrera. La bandera que le mostramos a los sindicatos es la bandera del renacimiento económico. La clase obrera debe orientarse no según el tradeunionismo, sino según el creador de riquezas, según aquel que puede asegurar a las masas, encabezándolas, la solución definitiva de la crisis económica.

Nuevo período, nuevos problemas²²

(19 de diciembre de 1920)

I

Dos tipos de cuestiones acaparan actualmente la atención del partido comunista: la democracia obrera y la organización económica.

La palabra democracia, que designa a un régimen político muy determinado, se emplea de forma completamente inapropiada en el caso presente para designar un régimen que asegure la acción directa de las masas trabajadoras en los órganos políticos, profesionales y administrativos. Este abuso del lenguaje puede incluso dar lugar a malentendidos, sobre todo en el extranjero donde los mencheviques y los kautskystas tratarán de aprovecharse de la terminología incorrecta de nuestras discusiones internas para sacar provecho de ello. Sin embargo, como la palabra democracia, a falta de otra, ya ha entrado en uso, nos es suficiente con recordarlo nosotros mismos y recordar al resto que no se trata de esa democracia formal donde todo un ritual complejo y minuciosamente estudiado pretende expresar la soberanía de las masas, la responsabilidad de las élites ante el pueblo, etc., etc., y en realidad solo oculta la dictadura interesada de una minoría de explotadores sobre la mayoría trabajadora. Por democracia obrera o soviética entendemos la participación real y cada vez más amplia de los trabajadores en la construcción de la nueva sociedad. Precisamente esta acción positiva de las masas, guiada por la unidad de objetivos, es la que compensa en la práctica la distancia existente entre los elementos avanzados y los elementos retardatarios de la clase trabajadora.

No obstante, si ha sido necesario usar el término democracia obrera y no contentarse con la denominación general de régimen soviético, el motivo ha sido que durante sus tres años de existencia el régimen soviético se ha visto forzado, a causa de las circunstancias exteriores y también en parte internas, bien a contraerse, bien a ampliarse, reduciendo a veces al mínimo la participación directa de los órganos soviéticos más amplios en la decisión de las cuestiones más importantes. Al limitarse así a sí mismo temporalmente, el régimen soviético, que en todo y en todas partes es el régimen no de la forma sino del fondo, mostraba su extraordinaria vitalidad y su extrema flexibilidad. El estrechamiento de los órganos soviéticos, realizado bajo la dirección del partido comunista, vino condicionado por la dificultad excepcional de nuestra situación militar y exterior, y sólo pudo tener lugar y mantenerse porque nuestro partido, en masa, comprendió el sentido y su necesidad y lo realizó conscientemente.

Pero precisamente por esta razón, tan pronto como la cuestión del frente, es decir la cuestión de vida o muerte para la república soviética, cesó de estar suspendida sobre el país, nuestro partido se dio cuenta inmediatamente de que ahora era necesario conocer nuestras fuerzas y recursos internos y agruparlos para resolver los problemas del momento. Si la cuestión de vida o muerte reclamaba en determinada época el máximo de concentración de la voluntad del partido y del estado, la cuestión de la existencia ulterior de la Rusia soviética sólo puede resolverse con el máximo de actividad del partido, con la máxima ligazón entre él y las masas, teniendo en cuenta su experiencia y su

²² “Nuevo período, nuevos problemas”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

pensamiento, utilizando las fuerzas creadoras y la iniciativa de millones de obreros y campesinos.

En esta sucesión de dos períodos se encuentra la esencia de esta cuestión de la democracia obrera que hoy en día está puesta al orden del día. No se trata de ningún modo de revisar el reglamento del partido ni la constitución soviética. Nuestro reglamento ya está enteramente penetrado por el espíritu del centralismo democrático: las formas, métodos y procedimientos de la dirección centralizada por arriba están determinados desde abajo por el mismo partido. Hoy en día, el partido solamente quiere hacer más inmediato, más activo y más “masivo” el control de sus elegidos.

La expresión exterior de esa democracia obrera vivificada debe ser, y ya es, la frecuencia más grande de las asambleas generales, ante las que se llevan todas las cuestiones fundamentales, una más amplia aplicación del principio electivo, más crítica interna, más discusión, un examen más directo y extenso de las cuestiones en la prensa, etc., etc. He ahí el programa que guiará nuestro próximo congreso.

II

Pero la democracia obrera, como ya he dicho, es una democracia de fondo y no de forma. Las asambleas, discusiones, conferencias, congresos, elecciones, no son al fin de cuentas más que las formas que sirven para elaborar y expresar el pensamiento y voluntad de las masas. Pero ¿cuál será el contenido de esas formas? ¿Cuáles son las cuestiones y problemas que hoy en día deben estar en el centro de la atención de nuestro partido, y en consecuencia de nuestras reuniones, discusiones, conferencias y elecciones? La cosa es evidente: son las cuestiones económicas.

Ello no quiere decir solamente que las columnas de nuestros diarios y todas nuestras asambleas, políticas y el resto, se verán llenas de consideraciones sobre el plan económico único, sobre las concesiones, la regularización de los cultivos por el estado, etc. En efecto, semejante movilización político-literaria de la opinión pública a propósito de toda suerte de cuestiones, entre otras las cuestiones económicas, existe también en la democracia burguesa. El problema es más profundo. Lo que hace falta es agrupar internamente a las fuerzas de la democracia soviética y rehacer su educación en vistas a la actividad económica. Para adaptarnos a las circunstancias y a las necesidades del momento, no es la primera vez que nos vemos obligados a rehacer nuestra educación. Estos tres últimos años han sido casi enteramente una época de problemas militares, métodos militares y educación militar. El partido comunista educaba en cada uno de sus miembros la voluntad de vencer, pero más aún, agrupaba, seleccionaba y elegía a sus militantes guiándose por las necesidades devoradoras del frente. Esa reconstrucción militar de nuestro partido, sin tocar su fondo comunista, es uno de los mayores milagros de la historia.

Pero esa educación de nuestra democracia a la vez obrera y militar (pues en la base de nuestro edificio militar estaba, a pesar de todo, toda la iniciativa activa, aunque limitada en su expresión exterior, de la masa obrera), sólo fue un episodio transitorio en comparación con la nueva época de educación económica en la que entramos. La construcción de la economía socialista es en realidad un agrupamiento y una educación muy definida de los hombres a favor de la producción. Incluso el mejor de los comunistas, cayendo en una unidad malsana y débil, muy a menudo se veía anegado y llevado por la ola de pánico. No es suficiente con tener la voluntad de vencer, no es suficiente tampoco con tener la voluntad de producir: ciertamente se necesita cierta pericia, ciertos procedimientos individuales y colectivos, es necesario determinado agrupamiento de los hombres, que se realice y se perfeccione con la misma acción económica; pero ese hábito de trabajar en grande, esa rapidez y exactitud en la ejecución, ese sentimiento de la responsabilidad, deben adaptarse a las características y exigencias de la producción. El

objetivo de la educación que hay que realizar es infinitamente más amplio, más profundo y colosal, que el de la educación militar. El ejército ha tomado a millones de hombres durante algunos años, el trabajo económico abarca a decenas y centenares de millones de hombres y exige de ellos el máximo de esfuerzos durante toda una época histórica.

Para dirigir la educación económica de esos millones de hombres (la propaganda a favor de la producción sólo es uno de los aspectos de esa acción), el partido comunista debe reeducarse, ante todo, a sí mismo. A primera vista, puede parecer que, siendo la clase obrera precisamente la clase de la producción, esa educación debe ser fácil para todos los obreros. Pero éste es un profundo error. Las masas obreras están habituadas al automatismo. En cuanto a la vanguardia de los obreros, siempre ha estado enfocada y se ha esforzado en llevar a las masas a la lucha activa contra el sistema capitalista de producción. Sosnovsky tiene toda la razón cuando dice en alguna parte que la acción clandestina, la revolución y la guerra civil, han sido, en cierto sentido y para determinado período, una muy mala preparación para la producción no solamente para las masas sino, ante todo, para la misma vanguardia. El obrero productor es quien aborda su instrumento, su establecimiento, fábrica, explotación, desde el punto de vista de la buena organización del trabajo, de la disposición científica de la producción, del aumento del rendimiento. Le enseña a la masa, con palabras o con ejemplos, que su interés de consumidor no puede satisfacerse más que en el dominio de la producción. El deseo de suprimir el hambre, el frío, las epidemias y la ignorancia deben traducirse en los trabajadores en una voluntad consciente de elevar su trabajo a la altura de las necesidades. Las formas de organización deben apreciarse ante todo desde el punto de vista de la producción. El productor, el organizador, el buen administrador, deben tener un excepcional peso en la confianza de los trabajadores de las ciudades y aldeas.

En ese trabajo, fundamental y decisivo, consistente en realizar la educación económica de las masas y seleccionar a los obreros productores para colocarlos a la cabeza, el primer lugar debe pertenecer a los sindicatos. Solamente ahora, tras la supresión de los frentes y la entrada del país en la gran ruta económica, nuestras federaciones productoras ven abrirse ante ellas un verdadero campo de acción. Solamente ahora los sindicatos pueden realizar su verdadera vocación en un estado obrero y devenir organizaciones que agrupen a los trabajadores no desde el punto de vista únicamente de las ramas de la producción sino para la producción, ejerciendo un papel verdaderamente director en esa producción. Ello supone que esos sindicatos, a partir de sus primeros escalones, estén penetrados del punto de vista de la producción y que seleccionen a los hombres partiendo del mismo punto de vista.

El partido comunista ha formado al obrero campeón de la causa proletaria, en la vida cotidiana, en los más pequeños detalles de su existencia en la fábrica; ha despertado en él la conciencia de clase, el odio a los explotadores y a la explotación; sin descanso ha ampliado su horizonte y templado su voluntad. Le ha enseñado a ser intransigente no solamente con los traidores sino, también, con los dubitativos. Haciendo eso, el partido comunista se ha creado a sí mismo.

Ha formado, en estos dos o tres últimos años, al obrero comandante, comisario o soldado rojo. Ha unido el deseo de la victoria revolucionaria a determinado sistema militar; ha superado el estrecho prejuicio del ejército de guerrilleros, ha ampliado la conciencia del comunista del ejército rojo hasta los problemas gubernamentales e internacionales.

Ahora, hay que crear, formar y empujar a la acción, al tipo de productor económico y del constructor de la Rusia comunista. Por su naturaleza, ese trabajo debe y puede realizarse haciendo un llamamiento infinitamente más amplio a las masas del que era necesario para el trabajo militar. El objetivo no consiste solamente en encontrar y seleccionar a millares y decenas de millares de militantes para reforzar nuestros sindicatos

y órganos de administración económica; esta es una parte muy importante del problema pero sólo es una parte; es necesario, y esto es el fondo de la cuestión, enseñarle a la masa a llevar por sí misma a sus militantes a los puestos directivos y a sostenerles en nuestra tarea fundamental, que es la de aumentar los recursos materiales del país. La cuestión de las nominaciones ocupará tanto menor lugar, en la práctica y en las discusiones, cuanto los sindicatos estén más profundamente penetrados ellos mismos y penetren a las masas del criterio económico.

He ahí lo que debe ser objeto de la atención de la vanguardia obrera. Si nuestra situación internacional crea condiciones más favorables para el desarrollo de la democracia obrera, las exigencias económicas internas y todo el sentido del régimen soviético quieren que nuestra democracia sea una democracia productora. Entonces se podrá decir que el estado soviético está en vías de convertirse en la sociedad comunista.

Plataforma de Trotsky, Bujarin, etc., para el X Congreso del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) [Cuestión sindical]²³ (8 de marzo de 1921)

Las discusiones del partido sobre los sindicatos han sido ya positivas por el hecho de haber contribuido a esclarecer desacuerdos reales y suprimir falsas divergencias o simples dudas.

En el transcurso de la discusión han surgido en el seno del partido tres puntos de vista sobre el problema de los sindicatos.

El “Grupo de los Diez” aprueba la política que ha seguido el Presidium del Consejo Superior Central de los Sindicatos y se opone en consecuencia a un cambio radical de los métodos y los ritmos de trabajo de los sindicatos, reconocidos como necesarios por el IX Congreso del Partido. El “Grupo de los Diez” se niega a reconocer la profunda crisis de los sindicatos, que revela sin embargo, el foso que separa a los sindicatos de la economía y la inadecuación de los métodos empleados y de los problemas de producción.

Al mismo tiempo que subraya con justicia la necesidad de que todos los sindicatos recurran a los métodos de la democracia obrera, el “Grupo de los Diez” parece ignorar que los métodos democráticos en el seno de los sindicatos no pueden por sí mismos superar la crisis, si al mismo tiempo no evoluciona la situación y el rol de los sindicatos dentro del estado obrero.

Las conclusiones prácticas de la plataforma de los “Diez” aunque hacen a nuestros ojos una serie de concesiones, consagran plenamente la ruptura de los sindicatos y de las organizaciones económicas; esta ruptura sólo es tocada ocasionalmente por “acuerdos” o más bien por ataques.

La plataforma de la Oposición Obrera proviene de la voluntad perfectamente justa y legítima de concentrar la gestión de la industria en manos de los sindicatos; pero tiende también de más en más hacia el “sindicalismo” (trade-unionismo), lo cual es una posición falsa tanto desde el punto de vista práctico como teórico.

Haciendo abstracción del hecho de que los organismo económicos han sido creados gracias a la cooperación de los sindicatos y que, a pesar de ciertos aspectos burocráticos, han acumulado la experiencia de un estado obrero, la Oposición Obrera propone sencillamente hacer una cruz sobre la actual organización económica; en vez de transformar y perfeccionar los organismos económicos cada vez más complejos, la Oposición Obrera pretende reemplazarlos artificialmente por representantes elegidos por los obreros, tanto en las usinas y en las minas como en las instituciones económicas elevadas de la república.

Tal solución conduciría inevitablemente (independientemente de las intenciones de los autores de la propuesta) a la atomización de las fábricas y de las usinas, a la destrucción del aparato económico centralizado y al fin de la influencia dirigente del partido sobre los sindicatos y la vida económica.

²³ “Plataforma de Trotsky, Bujarin, etc., para el X Congreso del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) [Cuestión sindical]”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#). Congreso celebrado del 8 al 16 de marzo de 1921. León Trotsky corredactor y cofirmante.

Nuestra plataforma (que es una plataforma de producción y no una plataforma sindicalista) tiene origen en la toma de conciencia de la crisis por la que atraviesan los sindicatos; esta crisis no sólo es debida al abandono progresivo de los métodos de la democracia obrera sino más bien a la situación indefinida de los sindicatos dentro del estado obrero, al debilitamiento de los lazos entre los organismos económicos y los sindicatos, y a la insuficiente influencia de los sindicatos en la organización de la producción.

Durante la discusión se estableció que no había lugar para proceder a distinciones entre diferentes formas de democracia sindical. Eso permitió reunir la plataforma de “producción” y la plataforma intermediaria y formular el asunto de la democracia obrera en los mismos términos que la plataforma de los “Diez” (ver el párrafo sobre “Los métodos de persuasión y los métodos de compulsión”). Elegimos esta formulación para evitar debates ulteriores sobre el tema de quién está a favor y quién en contra de la democracia obrera. Como lo subrayamos desde el comienzo, no existe desacuerdo alguno en el partido sobre este punto. El congreso simplemente deberá determinar la evolución de los métodos de la democracia obrera en todos los terrenos de la vida y del trabajo, y por lo tanto, en primer lugar, en los sindicatos.

Hemos dado a nuestras tesis la forma de un proyecto de resolución para el X Congreso del partido; construimos nuestra plataforma sobre el modelo de los “Diez” para facilitar a nuestros camaradas el estudio y la comparación de ambos documentos. Descartamos de las tesis originales todo lo que podía ser aclaratorio, pero que no tenía cabida en una resolución del congreso. Suprimimos todas las fórmulas susceptibles de despertar dudas, fundadas o no. Cada vez que ello no aportaba a nuestra posición. Por eso no incluimos en el texto de nuestro proyecto de resolución la expresión “democracia de producción”, que había obtenido desde el principio, el acuerdo más o menos tácito de nuestros adversarios y que después suscitó ataques tan vivos como inconsecuentes. Nosotros luchamos por el fondo y no por la forma. En una palabra, hemos hecho todo lo posible por atenernos al nudo del problema. Actualmente cada miembro del partido puede comprender rápidamente cuáles son nuestros puntos de acuerdo y desacuerdo.

La Comisión Sindical del Comité Central, presidida por Zinóviev trató primero de encontrar una línea común con la Oposición Obrera sobre la cuestión sindical; este esfuerzo estaba absolutamente justificado ya que la Oposición Obrera cuenta con numerosos miembros de valor en el partido, cualesquiera que hayan sido las inaceptables exageraciones de ese grupo. La plataforma elaborada por la comisión de Zinóviev no permitió, sin embargo, el acercamiento con la Oposición Obrera, y hasta aumentó las diferencias empujando a esta última hacia el sindicalismo (trade-unionismo). Sin tomar en cuenta los aspectos superficiales, la Oposición Obrera se nutre de una doble corriente de tendencias:

- a) primeramente, el descontento provocado por el carácter rígido del centralismo del partido y de los sóviets en el pasado;
- b) en segundo lugar, las protestas contra la reducción del rol de los sindicatos en la producción.

El grupo de Zinóviev buscó un acercamiento con la Oposición Obrera en los puntos de desacuerdo que concernían a la utilización de los métodos militares de persuasión o de compulsión, callando las profundas divergencias referentes al rol económico de los sindicatos. Cuando ya fue evidente que la comisión Zinóviev, defendiendo siempre los métodos de la democracia obrera, no había progresado en lo relativo al rol de los sindicatos en la producción, la Oposición Obrera se alejó de esta plataforma; en estos últimos tiempos acrecentó su influencia en los sindicatos.

La línea que nosotros defendemos incluye los puntos siguientes: no sólo el crecimiento de la democracia obrera en los sindicatos sino el aumento de la influencia de los sindicatos en la producción; la fusión de los sindicatos y las organizaciones económicas; el establecimiento de un aparato económico fundado en el rol creciente de los sindicatos como organismos de masas. Finalmente, los sindicatos deben ser una “escuela de comunismo” sobre todo en el terreno de la educación económica de las masas y de sus representantes.

La crisis que atraviesan los sindicatos

1.- El programa del partido señala el rol y las tareas de los sindicatos en la época de la dictadura del proletariado, de siguiente manera:

“El aparato organizativo de la industria socializada debe apoyarse en primer lugar en los sindicatos. Estos últimos deben liberarse del espíritu corporativo y transformarse en poderosas uniones de producción que engloben a la mayoría y luego a la totalidad de los trabajadores de una rama determinada.

Formando ya parte, conforme a las leyes de la República Soviética y a la práctica establecida, de todos los organismos centrales y locales de gestión de la industria, los sindicatos deben llegar a concentrar en su poder la gestión de la economía en su conjunto. Disponiendo así de lazos indestructibles entre la dirección central del estado, las empresas y las grandes masas de trabajadores, los sindicatos deben interesar a esas masas en la gestión directa de la economía. La participación de los sindicatos en la gestión de la economía y el hecho de que atraen a ese trabajo a las masas proletarias, son los principales medios de lucha contra el aparato económico burocrático del poder soviético y permiten instaurar un verdadero control popular sobre los resultados de la producción”.

2.- La idea fundamental del programa del partido es la siguiente: la gestión de la economía por los sindicatos (bajo la dirección del partido y el control del estado obrero) no es un acto temporario sino un lento proceso de educación, de organización y de agrupamiento de la clase obrera sobre la base de la economía socialista en construcción.

Ese proceso, como lo demuestra la experiencia pasada, conoce diversas etapas a las que corresponden diversas formas de participación de los sindicatos en la organización de la economía.

Así después de octubre, la clase obrera creó, sobre todo gracias a los sindicatos, órganos muy simples para conducir las empresas nacionalizadas. A medida que esos órganos económicos se fueron desarrollando y especializando, se separaron de los sindicatos, lo cual era inevitable en esa etapa. La mayor independencia de las organizaciones económicas llevó consigo inevitables fenómenos de paralelismo, de conflictos de competencia, de fricciones. En nuestra época de especialización y de delimitación, los esfuerzos de los organismos económicos tienden a confinar a los sindicatos dentro de ciertos límites y a reducir su participación en la vida económica.

La atención y los esfuerzos del partido, dirigidos hacia los frentes, han actuado en el mismo sentido. Los problemas económicos han sido resueltos en función de las exigencias de la guerra, principalmente gracias a medidas excepcionales. Los problemas del movimiento sindical no venían más que en segundo o tercer término.

Estas dos causas principales, la guerra y la individualización de los organismos económicos, condujeron a la ausencia de coordinación entre los métodos de trabajo de los sindicatos, por una parte, y sus tareas económicas, por otra; esto ha sido reconocido por el IX Congreso del partido.

La guerra contra Polonia blanca y los ejércitos de Wrangel no permitieron que el partido pusiera en ejecución “el cambio radical de los métodos y el ritmo de trabajo de los sindicatos” exigido por el IX Congreso. El año pasado, la separación entre los organismos económicos y los sindicatos, particularmente en el nivel central, aumentó más

aún, lo que, sumado a la falta de adaptación de los métodos de los sindicatos para sus tareas, provocaron la crisis interna por la que atraviesan.

3.- Los trabajadores de vanguardia de los sindicatos, pero también todos los miembros del partido, deben esforzarse por todos los medios por animar y reforzar ideológicamente a los sindicatos, por crear lazos justos y sólidos entre los sindicatos y los organismos económicos, por adaptar los métodos de trabajo de los sindicatos a sus tareas; así se asegurará la creciente influencia de los sindicatos en la organización de la producción. Tales son las tareas del partido en nuestra época de construcción económica.

Los sindicatos como sostén del partido

4.- Aun estando fundamentalmente ocupados en los problemas de la organización económica, los sindicatos deben desarrollar y profundizar su carácter de organismos de masa de la clase obrera: deben participar en la vida del estado soviético sistemática e incansablemente, en la vida de los millones de trabajadores, incluida la de las capas más retardatarias de la ciudad y el campo.

La unión real de millones de trabajadores en los sindicatos (es decir una unión viva, consciente y no formal) sólo puede ser lograda si los sindicatos mismos participan activamente en la vida económica del país. Recíprocamente, el partido no puede tener una base de clase más que si los sindicatos hacen participar a millones de proletarios en un trabajo económico consciente; sólo con esta condición el poder soviético tendrá posibilidades de superar las dificultades causadas por la división y el retraso, tanto económico como político, de varios millones de campesinos.

El trabajo de educación de los sindicatos (“escuelas de comunismo”)

5.- La transformación de los sindicatos en uniones de producción (no sólo formalmente, sino también por su trabajo y sus métodos) es uno de los grandes problemas de nuestra época.

El trabajo de educación de los sindicatos, que permite llamarlos “escuelas de comunismo”, cambia radicalmente su rol y sus métodos. En las estructuras burguesas, los sindicatos cumplían su trabajo de educación, sobre todo apoyándose en la lucha de clases en el terreno económico; actualmente ese trabajo de educación debe estar fundado en la participación de las masas en la organización de la producción.

6.- Al mismo tiempo que se ocupan de los diversos aspectos de la vida de los obreros, luchando contra las manifestaciones de la burocracia y la arbitrariedad, los sindicatos deben poner el eje de su trabajo en la organización de la economía misma; la energía consagrada a las viviendas, a la ropa, a los libros, los periódicos, al teatro, sólo tendrá efecto en la medida en que esas ramas económicas obtengan resultados satisfactorios, lo que depende del rol de los sindicatos en la producción (sindicato de albañiles, de impresores, de trabajadores del vestido...)

La Unión de Producción debe englobar a todos los trabajadores indispensables a una rama determinada de la economía, desde la mano de obra hasta el ingeniero más calificado sometido al régimen de la organización de la clase proletaria.

Los sindicatos deben considerar siempre el valor de sus miembros en tanto productores.

Los sindicatos deben fijar un número creciente de tareas sindicales precisas a los obreros que ocupan los puestos administrativos y técnicos. El trabajo realizado por el sindicato debe constituir un complemento indispensable y obligatorio del trabajo administrativo y del trabajo de producción.

8.- Las masas trabajadoras deben tomar conciencia de que mejor defienden sus intereses quienes elevan la productividad del trabajo, quienes restablecen la economía y aumentan la cantidad de bienes disponibles. Administradores y organizadores de este tipo

deben ser nombrados en cuanto satisfagan las exigencias políticas indispensables, en los puestos dirigentes de los sindicatos con simples obreros y sindicalistas profesionales.

Durante las elecciones, la presentación y el sostén de los candidatos, hay que tener en cuenta no sólo su tenor político sino su capacidad económica, su experiencia administrativa, su competencia para organizar la producción, su interés realmente dirigido a las necesidades materiales y espirituales de las masas.

Los sindicatos deben crear un nuevo tipo de sindicalista: harán falta los economistas enérgicos dotados de espíritu de iniciativa, tan preocupados por el crecimiento de la producción como por su distribución y su consumo, y que no actúen tanto como mandantes y contratistas del poder soviético sino como organizadores y patrones.

9.- La propaganda de la producción tiene por finalidad instaurar nuevas relaciones entre los obreros y la producción. Bajo el capitalismo, el pensamiento del obrero no podía desarrollarse más que en la medida en que escapaba de la pinza del trabajo retribuido; actualmente, la reflexión, la iniciativa y la voluntad de los trabajadores deben concentrarse ante todo sobre la organización de la producción misma, en la construcción y la instalación de herramientas y máquinas, en la automatización y la mecanización, en la distribución racional del trabajo en los talleres, usinas, departamentos, en los organismos de las direcciones, de los glavk, de los comisariados.

A partir de hoy los sindicatos deben consagrar la mayor parte de su actividad a este trabajo de agitación y de propaganda, preciso, inagotable, eternamente renovado sobre la base de la experiencia práctica; la propaganda oral y escrita debe completar los ejemplos concretos y prácticos. La capacidad y el éxito del Programa de Producción de los Sindicatos son las mejores pruebas de su vida y valor.

La estatización de los sindicatos

10.- En realidad la estatización de los sindicatos ya ha ido extremadamente lejos en lo que concierne a la acción del estado sobre los trabajadores: merced al sindicato, el estado registra a los obreros, les fija tareas precisas, determina las normas y el salario de trabajo, los castiga en caso de abandono del trabajo obligatorio o de indisciplina.

El otro aspecto del proceso de estatización (la acción de los trabajadores organizados según el principio de producción en la organización de la economía) no está suficientemente desarrollado. Ahora bien, sólo este aspecto de la estatización de los sindicatos habría podido asegurarles una posición justa en el estado obrero y permitir a las masas trabajadoras comprender el carácter socialista del servicio de trabajo obligatorio efectuado bajo el control de los sindicatos y necesario a toda reconstrucción económica sólida.

11.- La concentración progresiva de la gestión de la producción en manos de los sindicatos que exige nuestro programa significa que los sindicatos deben convertirse en aparatos del estado obrero; hay que proceder entonces a la fusión progresiva de los sindicatos y de los organismos soviéticos.

El problema no consiste en llamar a los sindicatos “aparatos del estado”, sino en transformarlos realmente en organizaciones de producción, colocando cada rama industrial bajo la dirección del estado y que los sindicatos sean responsables tanto de los intereses de la producción como de los de los productores industriales. El ritmo de la estatización podrá ser fijado en función de las condiciones en las que se desarrollará nuestro crecimiento general. Pero los trabajadores deben conocer las direcciones que va a tomar el movimiento sindical. Por fin, la creciente influencia de los sindicatos sobre la organización de la economía debe corresponder a su estatización real, es decir a su acción sobre las fuerzas vivas del trabajo.

12.-El refuerzo de la posición de los sindicatos en la vida económica, es la mejor forma de lucha contra la burocracia. El programa del partido precisa que “la participación de los sindicatos en la gestión de la economía y el hecho de que interesen en este problema a grandes capas trabajadoras, son los principales medios de lucha contra la burocratización del aparato económico”. De este modo la lucha contra la burocracia no es una tarea independiente que podría ser cumplida con modificaciones aportadas a las estructuras organizativas; es parte del trabajo de educación de las masas y de la gestión real de la producción. En consecuencia, el estado obrero no debe crear nuevos organismos de control sino mejorar y corregir los organismos económicos existentes, reuniéndolos en las Uniones de Producción de masas, para luchar contra la burocracia.

Los métodos de persuasión y los métodos de compulsión en los sindicatos

13.- Los sindicatos prefieren los métodos de persuasión a los métodos de compulsión, lo que no excluye que los sindicatos hayan recurrido en casos de urgencia a los métodos de coerción proletaria: movilización de decenas de miles de sindicatos a los frentes, tribunales disciplinarios, etc. La reconstrucción de los sindicatos partiendo de la cima es absolutamente irracional. Los métodos de la democracia obrera, fuertemente reducidos durante los tres últimos años de guerra civil, deben ser inmediatamente restaurados en el movimiento sindical. Hay que aplicar en todos los niveles el principio de la elección y reducir al mínimo inevitable las designaciones de oficio. Los sindicatos deben estar contruidos sobre el principio del centralismo democrático. Es necesario además luchar enérgicamente contra la degeneración del centralismo y de los métodos militares de rutina burocrática. La militarización del trabajo sólo será coronada por el éxito en la medida en que el partido, los sóviets y los sindicatos sepan explicar su necesidad al mayor número posible de trabajadores y organizar para este fin a la vanguardia de las masas.

El partido y los sindicatos

14. El partido debe acordar mucha más atención que antes al movimiento sindical, dado su desarrollo, y reafirmar su autoridad sobre él; esta autoridad está contenida en la dirección ideológica de la actividad sindical pero no debe transformarse en tutela sobre los detalles, o en intervenciones en el trabajo corriente. Las fracciones comunistas de los sindicatos, deben respetar a todos los niveles las decisiones de las organizaciones del partido. El partido debe ejercer un control sobre la elección del personal dirigente del movimiento sindical; gracias a las fracciones comunistas puede asegurar que los puestos de responsabilidad de los sindicatos y de las organizaciones económicas estén ocupados por los obreros que recomiende. Pero las organizaciones del partido deben aplicar con una atención especial los métodos habituales de la democracia proletaria; es muy importante que las masas organizadas procedan por sí mismas a la elección de sus dirigentes.

15.- De este modo las organizaciones del partido, al mismo tiempo que conservan su poder global, no chocarán en el trabajo interno de los sindicatos por cuestiones de detalle; los sindicatos, dirigidos por las fracciones comunistas, podrán tener una acción más autónoma y mejor organizada, podrán confiar puestos a sus trabajadores en relación con su capacidad.

Las secciones políticas y los sindicatos

16.- Bajo la presión de las necesidades económicas, el partido se ha visto obligado a crear ciertas organizaciones, las secciones políticas, encargadas de ejecutar las tareas para las que los sindicatos se demostraron incapaces. El IX Congreso del partido confió al *Glavpolitput*, instituido en esas circunstancias, la misión de “tomar medidas excepcionales, que se han hecho necesarias ante la desorganización de los transportes para evitar su parálisis y la ruina de la URSS que sería consecuencia de ello”.

El X Congreso estima que el Glavpolitput ha ejecutado las tareas para las cuales fue creado y que su liquidación queda actualmente justificada.

17.- El partido debe esforzarse por transformar el Consejo Superior Central de los Sindicatos, que reúne algunos millones de miembros, en una organización poderosa capaz de cumplir bien las tareas del movimiento sindical panruso y reforzar su unidad y disciplina.

El X Congreso del PCR confirma la resolución adoptada por el IX Congreso:

“Si alguna vez se plantea al proletariado como clase, el problema de tener que recurrir a una organización militar del trabajo (es decir, a un trabajo efectuado con más rapidez, más puntualidad y que exija grandes esfuerzos y sacrificios por parte de los trabajadores) deberán resolverlo en primer lugar los órganos administrativos de la industria, y en consecuencia los sindicatos.” No fue posible constituir el Ejército Rojo sin haber eliminado los Comités Electorales. Inversamente no será posible restablecer la economía en el nivel deseado sin desarrollar paralelamente a los sindicatos fundados sobre el principio de la democracia obrera.

18.- Todos los sindicatos deben educar a las masas, impulsarlas a reflexionar sobre todos los problemas fundamentales de la Unión Soviética, respetar el principio de elección de todos los niveles, en una palabra, poner en práctica los métodos de la democracia obrera. No obstante, el X Congreso constata que con sólo recurrir a los métodos de la democracia obrera en el seno de los sindicatos (sin cambiar la situación y el rol de los sindicatos en el estado obrero) no se podrán resolver los problemas vitales de la construcción de la economía socialista.

Medidas prácticas

19.- Es anormal que el Consejo Superior Central de los Sindicatos y los Comités Centrales de determinadas uniones de producción queden fuera del trabajo económico. Actualmente todos los militantes sindicales que han dado pruebas de capacidad de organización, capacidad económica administrativa, se han apartado de los sindicatos y por lo tanto de las masas; han sido absorbido por el aparato de producción; hay que poner fin a este estado de hecho.

20. Es necesario que los sindicatos participen directamente de la elaboración de los planes económicos y de su ejecución.

El estado obrero no debe hacer distinciones entre los especialistas de la organización de la producción y los especialistas de la organización del movimiento sindical. El principio general debe ser que, quien es necesario en la producción socialista también lo es el sindicato; inversamente todo sindicalista de valor debe participar en la organización de la producción.

El Consejo Superior Central de los Sindicatos y los Comités Centrales de los Sindicatos deben orientar el trabajo de las uniones profesionales en este sentido.

21.- A fin de asegurar la coordinación de su trabajo, Uniones de Producción y organizaciones económicas deben tener los mismos límites territoriales, es decir deben tener bajo su competencia el mismo número de empresas fijado según la estructura y las necesidades de una rama de producción determinada.

Durante la reorganización de los sindicatos y de su campo de acción, hay que tener en cuenta, en primer término, las exigencias de la economía tanto como las del movimiento sindical.

El X Congreso estima que es indispensable crear una Comisión Central (compuesta por una parte por el Consejo Superior Central de los Sindicatos y por la otra, por el Consejo Superior de la Economía, el Comisariado de Agricultura, el Comisariado de Vías de Comunicación) que tenga por misión asegurar, merced a reagrupamientos, la

coordinación de los sindicatos y de las organizaciones económicas sobre la base de la experiencia de la producción.

22.- Los Congresos de las organizaciones económicas y de los sindicatos deben tener lugar en la misma época y en el mismo lugar. El Congreso Panruso de los Sindicatos debe ser convocado al mismo tiempo que el Congreso Panruso de los *Sovnarjoses*, y el Congreso del Sindicato de Obreros Metalúrgicos al mismo tiempo que el Congreso de la Metalurgia, etc. El orden del día debería establecerse de tal manera que los congresos paralelos puedan efectuar en común los trabajos más importantes (elaboración de planes, creación de organismos, etc.), ya sea en secciones o comisiones comunes o en sesiones plenarias.

Este modo de trabajo, ya aplicado con éxito en ciertos sitios, tendrá efectos excelentes en el acercamiento de los sindicatos y los *sovnarjoses*, en la “fusión” de distintas organizaciones, en la supresión del nefasto paralelismo, en las candidaturas.

23.- Dado el carácter estrictamente centralizado de nuestros sindicatos y organismos económicos, es imposible interesar a las masas en la construcción consciente de la economía sobre la base de tareas precisas planificadas, si los organismos dirigentes de los sindicatos no participan del trabajo económico.

El simple hecho de delegar representantes a los organismos económicos no permite a los sindicatos establecer relaciones correctas o armonizar su trabajo, tal como la experiencia lo ha demostrado. Para resolver esos problemas fundamentales, sería necesario que ciertos obreros, con capacidad sindical y económica, dirigieran a la vez el trabajo de los sindicatos y el de las organizaciones económicas correspondientes.

24.- Es necesario que por lo menos un tercio o la mitad del Presidium del Conejo Superior Central de los Sindicatos y del Consejo Superior de la Economía esté compuesto por las mismas personas. De este modo la excesiva especialización y la brecha que separa a estos principales colegios se suprimirían. Así los dos organismos estarían compuestos por trabajadores respetuosos de las exigencias administrativas y técnicas, y al mismo tiempo, dedicados a las tareas de una organización proletaria de masas.

25.- El Consejo Superior Central de los Sindicatos y el Consejo Superior de la Economía, reunidos en pleno en sesiones comunes, deben estudiar y resolver todos los problemas fundamentales de la organización del trabajo y de la economía.

26.- Los Comisariados Económicos, las secciones del Consejo Superior de la Economía, los *Glavk*, y los Comités Centrales de las Uniones de Producción deben estar constituidos según las mismas reglas que los Consejos Superiores de la Economía y de los Sindicatos.

27.- Estas reglas se aplican igualmente a los niveles inferiores de las organizaciones económicas y de los sindicatos (en el nivel de las provincias, de los barrios, de los distritos, de los departamentos, de las usinas, fábricas, etc.).

28.- En el caso en que sólo una persona dirija la administración económica, es deseable que el administrador sea admitido en la sección sindical con voz consultiva.

Si la persona tiene la confianza del sindicato, es preferible que sea elegida en la sección y darle voz.

Si se trata de un especialista que no es admitido en el sindicato, la sección elige un representante (comisario) entre sus miembros, encargado de efectuar el control del sindicato sobre el administrador.

29.- En las usinas y en las minas, cuanto más se liguen los sindicatos a la producción, más elegirán las masas los criterios de producción en las diversas elecciones, y más fácil será reunir los organismos administrativos y sindicales. La designación de un miembro del comité de usina en el puesto de director, si resulta adecuado, es muy conveniente.

30.- Las secciones económicas de los sindicatos, reforzadas por los mejores administradores y técnicos de las organizaciones económicas, deben contribuir a mejorar la producción, facilitar la mecanización e introducir la innovación.

31.- Las sub secciones que se encuentren en las usinas (o células de cooperación en la producción) tienen relaciones determinadas y precisas con la dirección; ésta está obligada a examinar las propuestas técnicas u organizativas presentadas por las células y a dar cuenta periódicamente de la utilización de las reformas propuestas ante la asamblea de la usina.

32.- Se debe comunicar a los sindicatos los datos relativos al reparto de fuerzas de trabajo, a la protección del trabajo, y a la política de normas y salarios. Los sindicatos harán mejor trabajo cuanto más próximos estén de las organizaciones económicas.

Observación: El Comisariado de Trabajo confía gran parte de sus funciones a los sindicatos.

34.- Los sindicatos, responsables ante el estado obrero y campesino, están encargados de resolver los conflictos que surjan entre los obreros y las organizaciones económicas.

34.- Los sindicatos deben examinar muy profundamente a todos los especialistas. Es necesario distinguir tres categorías en función de su pasado en la guerra civil:

- a) los especialistas sometidos a prueba (ex partidarios de Kolchak y Wrangel);
- b) los candidatos;
- c) los miembros integrales del sindicato.

Sólo los especialistas de la última categoría pueden pretender ocupar puestos de responsabilidad sin ser controlados por comisarios.

Los de la segunda categoría deben ser controlados por un comisario de las uniones de producción. Los de la primera categoría sólo pueden ser consultados por los administradores que sean miembros del sindicato. Por esto la pertenencia al sindicato reviste gran importancia tanto para los especialistas como para los obreros.

35.- La competencia de los tribunales disciplinarios organizados por los sindicatos se extiende a todo el personal administrativo, aun al personal no agremiado.

36.- El principio de la dirección única debe mantenerse en las empresas industriales, aun cuando subsista un cierto paralelismo entre las uniones de producción y las organizaciones económicas, inevitable en nuestra época de transición. Las direcciones de las empresas deben ser designadas de manera de ser transformadas en organismos económico-administrativos, constituidos por los sindicatos y conservando estrechos lazos con ellos. En esas condiciones el problema de la mezcla o de la no mezcla del sindicato en la gestión de la producción ya no tiene razón de ser.

37.- No hay ni puede haber esquema de organización que prevea todos los tipos de relaciones posibles entre los sindicatos y las organizaciones económicas. En este terreno hay que dar pruebas de dinamismo, de espíritu de iniciativa; es necesario crear combinaciones personales adaptadas a las realidades concretas, sin olvidar, de todos modos, la unidad de las siguientes tareas:

- a) desarrollar en los sindicalistas y economistas las capacidades de productores y administradores;
- b) acercar, y finalmente unir, el trabajo de los sindicatos y el de las organizaciones profesionales;
- c) crear las condiciones necesarias para resolver las tareas comunes;

d) extender progresivamente el trabajo común a todos los terrenos hasta que se confundan definitivamente las organizaciones económicas y sindicales.

38.- Desarrollando ese sistema, ligando cada vez más a los sindicatos y la producción, llegaremos tarde o temprano a la siguiente situación: el sindicato, englobando todos los aspectos de una rama de la producción determinada, podrá, combinando los sistemas de elección y designación, formar el aparato administrativo y económico bajo el control y la dirección del estado obrero.

39.- Es posible que ciertas ramas encuentren antes que otras las soluciones para las relaciones mutuas de los sindicatos con las organizaciones económicas.

El Consejo Superior Central de los Sindicatos y las organizaciones económicas deben tener una política flexible en este terreno y tener en cuenta las especialidades de cada rama: no hay que buscar lograr la equiparación artificial de todas las ramas.

Si ciertas ramas de la producción de vanguardia superan a las otras, ello no atentará contra la unidad y la solidaridad de la clase obrera; por el contrario, darán el ejemplo y acelerarán el desarrollo de las empresas retardadas. En particular será posible, en un futuro cercano, confiar la organización de la dirección de ciertas ramas industriales a los sindicatos que estén preparados para la tarea, con la condición de que se comprometan a respetar los programas del estado y obedecer al Presidium del Consejo Superior de Economía.

40.- En el terreno de la *producción*, el principio del trabajo de choque sigue siendo decisivo; sólo él permitirá equilibrar el desarrollo de las principales ramas económicas. En el terreno del *consumo*, es decir de las condiciones materiales de vida, hay que proceder a una cierta equiparación y aumentar el minimum acordado a los obreros, tanto en dinero como en especies.

El sistema de primas, establecido sobre un conjunto de normas cuidadosamente estudiadas y alimentado por un fondo en especies, en esas condiciones sólo puede contribuir a aumentar la productividad.

41.- Cada unión de producción debe otorgar especial atención a la vida cotidiana personal de los obreros. A pesar de todas las dificultades económicas de nuestro país, es posible mejorar la vivienda, el vestido y la alimentación de los trabajadores con la cooperación de los órganos soviéticos locales, con la participación de los mismos obreros y obreras, con la introducción de elementos de colectivismo en la vida cotidiana (casas comunes, cantinas, guarderías, talleres de reparación, etcétera). Cada militante sindical responsable debe buscar cómo mejorar las condiciones de existencia de los obreros e informar tanto a las instancias superiores como a la prensa de las medidas que ha tomado y de los resultados obtenidos en este terreno.

Proponen este texto:

Los miembros del CC del PCR:

L. Trotsky, N. Bujarin, A. Andreiev, F. Dzerzhinsky, N. Krestinski, E. Preobrazhenski,
K. Rakovski y L. Serebriakov.

Los miembros del CC del P. Comunista de Ucrania:

V. Averin, N. Ivanov, T. Kin, F. Kon, G. Piatakov.

Los miembros del Presidium del Consejo Superior Central de los Sindicatos:

A. Goltsman, V. Kosior.

Los miembros de las CC de las Uniones Profesionales Panrusas y Militantes

Sindicales:

Gurevich, Kalinin, Sudik, Axelrod, Chrepov, A. Amosov, E. Bumazhni, A. Rozengolts,
N. Jruliev, Gaievski, Ziskind, Stantso, Bobrov, V. Sajarov, I. Reshetkov, P. Reshetkov,
I. Slelejes, M. Japitonov, A. Paderin, Iujvitz, Malajovsky.

Los obreros moscovitas:

Larin, G. Sokolnikov, V. Yakolev, G. Krumin, V. I. Soloviov, Minkov,
Lisitsin, M. I. Rozgov, Drozhin, V. Lijachev, Lavrov, Gorfiutin, I.
Jlopliankin, Feldman, Galperstein, N. Merkulov, M. Sovietnikov, A.
Alexandrov.

(El comunismo y el sindicalismo en Francia)²⁴

(julio de 1921)

Las relaciones del partido comunista con la clase obrera en Francia son, como dije, más favorables que en Alemania. Pero la influencia política del partido sobre la clase obrera, aumentada gracias a un golpe hacia la izquierda, no alcanza aún en Francia forma precisa, sobre todo en lo que se refiere a organización. Esto se nota perfectamente en lo que atañe a la cuestión sindical.

Los sindicatos representan en Francia, en medida más limitada que en Alemania y países anglosajones, una organización que abarca millones de obreros. En Francia, el número de los obreros sindicados también ha aumentado enormemente en el transcurso de los últimos años.

Las relaciones entre el partido y la clase obrera encuentran su expresión en la actitud del partido hacia los sindicatos. Esta simple manera de enfocar el asunto, ya nos demuestra hasta qué extremo es injusta, antirrevolucionaria y peligrosa, la teoría de la susodicha neutralidad, de la plena “independencia” de los sindicatos respecto al partido, etc. Si los sindicatos, por su tendencia, son una organización de la clase obrera en su conjunto, ¿cómo va a mantener una verdadera neutralidad en relación con el partido o mantenerse “independiente”? Pero es que esto equivaldría a la neutralidad, es decir, a su completa indiferencia hacia la revolución. Y, por lo tanto, en lo que concierne al problema fundamental, el movimiento obrero francés adolece de falta de claridad, y la misma claridad falta dentro del mismo partido.

La teoría de la división del trabajo, absoluta, entre el partido y los sindicatos, y de su independencia mutua, es, bajo su forma definitiva, el producto de la evolución política francesa por excelencia. El oportunismo más puro yace en el fondo de esta teoría. En el largo tiempo en que una aristocracia obrera organizada en los sindicatos concreta contratos colectivos, y en que el partido socialista defiende las reformas en el parlamento, son más imposibles aún una división del trabajo y una neutralidad mutua. Pero tan pronto como la verdadera masa proletaria entra en la lucha y el movimiento comienza a tomar carácter auténticamente revolucionario, el principio de neutralidad degenera en una escolástica reaccionaria. La clase obrera no puede vencer más que si tiene a su cabeza una organización que represente su historia, experiencia viva, generalizada desde el punto de vista de la teoría, y que dirige prácticamente toda la lucha. Gracias a la significación misma de su tarea histórica, el partido no puede encerrar en sus filas más que a la minoría más consciente y activa de la clase obrera; por el contrario, los sindicatos buscan organizar la clase obrera en su totalidad. Aquel que admita que el proletariado necesita una dirección política de su vanguardia organizada en partido comunista, admite, por la misma razón, que el partido debe convertirse en fuerza directiva en el interior de los sindicatos; esto es, en el seno de las organizaciones de masas de la clase obrera. Y, sin embargo, existen en el partido francés algunos camaradas que ignoran esta verdad tan elemental y que, como Verdier, por ejemplo, luchan intransigentemente para prevenir a los sindicatos contra cualquier influencia del partido. Es evidente que tales camaradas han

²⁴ Tomado de *Una escuela de estrategia revolucionaria*, páginas 30-32 del formato pdf en estas mismas OELT-EIS.

entrado en el partido por equivocación: un comunista que niega los problemas y deberes del partido comunista en relación con los sindicatos, no es comunista.

No es decir que esto signifique la subordinación de los sindicatos al partido, ya exteriormente, ya desde el punto de vista de la organización. Desde este punto de vista, los sindicatos son independientes. El partido goza, en el seno de los sindicatos, de la influencia que ha conquistado con su trabajo, con su actitud espiritual, con su autoridad. Por eso mismo afirmamos que debe aumentar en lo posible su influencia desde el exterior de los sindicatos, estudiar todas las cuestiones inherentes al movimiento sindical y dar respuestas claras haciendo prevalecer su punto de vista por medio de los comunistas que trabajan en los sindicatos, sin menoscabo de su autonomía respecto a la organización.

No ignoráis que la tendencia conocida bajo el nombre de sindicalismo revolucionario ejercía una considerable influencia en los sindicatos. El sindicalismo revolucionario, no reconociendo al partido, en el fondo no era más que un partido antiparlamentario de la clase obrera. La fracción sindicalista llevaba adelante siempre una lucha enérgica para mantener su influencia sobre los sindicatos, y jamás reconoció la neutralidad o independencia de los últimos en lo que, atañe a la teoría y práctica de la fracción sindicalista. Si hacemos abstracción de los errores teóricos y de las tendencias extremistas del sindicalismo francés, es indudable que esta esencia no ha encontrado su pleno desarrollo en el comunismo.

El núcleo del sindicalismo revolucionario en Francia fue constituido por hombres agrupados en torno de *Vie Ouvrière*. Mantiene íntima relación con aquel grupo durante la guerra. Monatte y Rosmer constituían el centro; a su derecha se hallaban Merrheim y Dumoulin. Los dos últimos pronto renegaron. Rosmer pasó, a consecuencia de una evolución natural, del sindicalismo revolucionario al comunismo. Monatte mantiene, hasta hoy una posición indefinida, y después del Tercer Congreso de la Internacional Comunista y el de los sindicatos rojos, ha dado un paso que me inspira vivas inquietudes. Con Monmousseau, secretario del sindicato de los ferroviarios, Monatte ha publicado una protesta contra la resolución de la Internacional Comunista, sobre el movimiento sindical, y ha rehusado adherirse a la Internacional Sindical Roja. Hay que decir que el texto de la protesta de Monatte y Monmousseau ofrece el mejor argumento contra su postura indefinida: Monatte declara en él que deja la Internacional Sindical de Ámsterdam a causa de su estrecha unión con la Segunda Internacional. Es muy justo. Pero el hecho de que la aplastante mayoría de los sindicatos se haya unido a la II o la III Internacional, nos demuestra perfectamente que no existe, que no puede existir sindicato neutro y apolítico, en general, y, sobre todo, en época revolucionaria. El que abandona Ámsterdam y no se adhiere a Moscú, se arriesga a crear una Internacional Sindical Segunda y Media.

Espero firmemente que esta incompreensión desaparecerá, y que Monatte ocupará el puesto al que le lleva todo su pasado: en el Partido Comunista Francés y en la Internacional de Moscú.

Es muy comprensible y justa la actitud prudente y suavizadora que mantiene el Partido Comunista Francés respecto a los sindicalistas revolucionarios, buscando aproximarse a ellos. La que no comprendemos es la indulgencia con que tolera el partido una oposición a la política de la Internacional Comunista, por parte de sus propios miembros, como Verdier. Monatte representa la tradición del sindicalismo revolucionario; Verdier, la confusión.

Sin embargo, más arriba que estas cuestiones de grupos y personalismos, se sitúa el problema de la influencia dirigente del partido sobre los sindicatos. Sin prestar la menor atención a su autonomía, determinada enteramente por la necesidad de un trabajo práctico constante, el partido debe acabar con las discusiones y vacilaciones, y demostrar a la clase obrera francesa que ella posee, al fin, un partido revolucionario que sabe dirigir la lucha

de clases en todos los terrenos. Baja este propósito, las resoluciones del Tercer Congreso, cualesquiera que sean los tumultos, y conflictos temporales que puedan provocar en meses próximos, tendrán inmensa influencia, fecunda hasta el mayor grado sobre toda la marcha ulterior del movimiento obrero francés. Solamente sobre la base de estas resoluciones se establecerán las relaciones entre el partido y la clase obrera, sin las cuales ninguna revolución del proletariado alcanzaría la victoria.

[Los parados y los sindicatos]²⁵

(sin fecha; entre el 7 de agosto de 1920 y el 22 de junio de 1921)

En todos los países la burguesía está volviendo a los parados en contra de los obreros organizados en sindicatos con el objetivo de socavar la disciplina de esas organizaciones, reducir los salarios y desmoralizar al proletariado. Nuestra tarea, la tarea de la Internacional Comunista y de la internacional sindical revolucionaria consisten en la movilización respecto al paro y los parados para la lucha contra la sociedad capitalista. Pero la primera barricada inmediata, o la trinchera más avanzada, del estado capitalista es la del aparato y los órganos principales de los principales sindicatos de casi todos los países capitalistas de vanguardia. Tomar esta primera trinchera es la tarea inmediata y fundamental del proletariado revolucionario. Es imposible derrocar a un gobierno burgués mientras tienes sindicatos dirigidos por agentes de esa misma burguesía. La poderosa fuerza que sostiene a las viejas organizaciones de los sindicatos es el automatismo y el conservadurismo organizacional, el equilibrio interior y la confianza en sí mismos, que es la evolución resultante de años y décadas de crecimiento y consolidación gradual de los sindicatos y de sus dirigentes y la adquisición de los hábitos correspondientes. Pero ahora todas las condiciones, toda la situación y, sobre todo, todo el estado económico de la humanidad civilizada, eliminan cualquier posible estabilidad de los sindicatos. El creciente número de parados y el aumento del paro representan factores poderosos que socavan la estabilidad de toda la sociedad burguesa, incluyendo sobre todo a los sindicatos conservadores. La tarea de los comunistas consiste en combatir, dirigiendo hábilmente a los parados como parte del proletariado, para aplastar al gobierno de esas camarillas conservadoras que tienen el poder de los sindicatos en sus manos. Precisamente por esta razón la cuestión del paro debe situarse en el centro de la atención de los partidos comunistas. La agitación alrededor de la cuestión del paro debe adquirir un carácter concentrado. El partido comunista, su prensa, la fracción comunista en el parlamento y las células comunistas en los sindicatos, deben hacer sonar una misma nota, despertar la atención de las masas trabajadoras ante el hecho del paro, plantear las mismas exigencias y exigir que los sindicatos lleven adelante diariamente una clara campaña contra la sociedad burguesa a favor de los intereses de los parados y, al mismo tiempo, de la clase obrera en su conjunto. Una lucha tan concentrada a escala internacional con consignas centrales comunes sin duda reunirá a las masas.

²⁵ Extracto tomado de *[Los parados y los sindicatos]*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

(El comunismo y el sindicalismo en Francia)²⁶

(julio de 1921)

Las relaciones del partido comunista con la clase obrera en Francia son, como dije, más favorables que en Alemania. Pero la influencia política del partido sobre la clase obrera, aumentada gracias a un golpe hacia la izquierda, no alcanza aún en Francia forma precisa, sobre todo en lo que se refiere a organización. Esto se nota perfectamente en lo que atañe a la cuestión sindical.

Los sindicatos representan en Francia, en medida más limitada que en Alemania y países anglosajones, una organización que abarca millones de obreros. En Francia, el número de los obreros sindicados también ha aumentado enormemente en el transcurso de los últimos años.

Las relaciones entre el partido y la clase obrera encuentran su expresión en la actitud del partido hacia los sindicatos. Esta simple manera de enfocar el asunto, ya nos demuestra hasta qué extremo es injusta, antirrevolucionaria y peligrosa, la teoría de la susodicha neutralidad, de la plena “independencia” de los sindicatos respecto al partido, etc. Si los sindicatos, por su tendencia, son una organización de la clase obrera en su conjunto, ¿cómo va a mantener una verdadera neutralidad en relación con el partido o mantenerse “independiente”? Pero es que esto equivaldría a la neutralidad, es decir, a su completa indiferencia hacia la revolución. Y, por lo tanto, en lo que concierne al problema fundamental, el movimiento obrero francés adolece de falta de claridad, y la misma claridad falta dentro del mismo partido.

La teoría de la división del trabajo, absoluta, entre el partido y los sindicatos, y de su independencia mutua, es, bajo su forma definitiva, el producto de la evolución política francesa por excelencia. El oportunismo más puro yace en el fondo de esta teoría. En el largo tiempo en que una aristocracia obrera organizada en los sindicatos concreta contratos colectivos, y en que el partido socialista defiende las reformas en el parlamento, son más imposibles aún una división del trabajo y una neutralidad mutua. Pero tan pronto como la verdadera masa proletaria entra en la lucha y el movimiento comienza a tomar carácter auténticamente revolucionario, el principio de neutralidad degenera en una escolástica reaccionaria. La clase obrera no puede vencer más que si tiene a su cabeza una organización que represente su historia, experiencia viva, generalizada desde el punto de vista de la teoría, y que dirige prácticamente toda la lucha. Gracias a la significación misma de su tarea histórica, el partido no puede encerrar en sus filas más que a la minoría más consciente y activa de la clase obrera; por el contrario, los sindicatos buscan organizar la clase obrera en su totalidad. Aquel que admita que el proletariado necesita una dirección política de su vanguardia organizada en partido comunista, admite, por la misma razón, que el partido debe convertirse en fuerza directiva en el interior de los sindicatos; esto es, en el seno de las organizaciones de masas de la clase obrera. Y, sin embargo, existen en el partido francés algunos camaradas que ignoran esta verdad tan elemental y que, como Verdier, por ejemplo, luchan intransigentemente para prevenir a los sindicatos contra cualquier influencia del partido. Es evidente que tales camaradas han

²⁶ Tomado de *Una escuela de estrategia revolucionaria*, páginas 30-32 del formato pdf en estas mismas OELT-EIS.

entrado en el partido por equivocación: un comunista que niega los problemas y deberes del partido comunista en relación con los sindicatos, no es comunista.

No es decir que esto signifique la subordinación de los sindicatos al partido, ya exteriormente, ya desde el punto de vista de la organización. Desde este punto de vista, los sindicatos son independientes. El partido goza, en el seno de los sindicatos, de la influencia que ha conquistado con su trabajo, con su actitud espiritual, con su autoridad. Por eso mismo afirmamos que debe aumentar en lo posible su influencia desde el exterior de los sindicatos, estudiar todas las cuestiones inherentes al movimiento sindical y dar respuestas claras haciendo prevalecer su punto de vista por medio de los comunistas que trabajan en los sindicatos, sin menoscabo de su autonomía respecto a la organización.

No ignoráis que la tendencia conocida bajo el nombre de sindicalismo revolucionario ejercía una considerable influencia en los sindicatos. El sindicalismo revolucionario, no reconociendo al partido, en el fondo no era más que un partido antiparlamentario de la clase obrera. La fracción sindicalista llevaba adelante siempre una lucha enérgica para mantener su influencia sobre los sindicatos, y jamás reconoció la neutralidad o independencia de los últimos en lo que, atañe a la teoría y práctica de la fracción sindicalista. Si hacemos abstracción de los errores teóricos y de las tendencias extremistas del sindicalismo francés, es indudable que esta esencia no ha encontrado su pleno desarrollo en el comunismo.

El núcleo del sindicalismo revolucionario en Francia fue constituido por hombres agrupados en torno de *Vie Ouvrière*. Mantiene íntima relación con aquel grupo durante la guerra. Monatte y Rosmer constituían el centro; a su derecha se hallaban Merrheim y Dumoulin. Los dos últimos pronto renegaron. Rosmer pasó, a consecuencia de una evolución natural, del sindicalismo revolucionario al comunismo. Monatte mantiene, hasta hoy una posición indefinida, y después del Tercer Congreso de la Internacional Comunista y el de los sindicatos rojos, ha dado un paso que me inspira vivas inquietudes. Con Monmousseau, secretario del sindicato de los ferroviarios, Monatte ha publicado una protesta contra la resolución de la Internacional Comunista, sobre el movimiento sindical, y ha rehusado adherirse a la Internacional Sindical Roja. Hay que decir que el texto de la protesta de Monatte y Monmousseau ofrece el mejor argumento contra su postura indefinida: Monatte declara en él que deja la Internacional Sindical de Ámsterdam a causa de su estrecha unión con la Segunda Internacional. Es muy justo. Pero el hecho de que la aplastante mayoría de los sindicatos se haya unido a la II o la III Internacional, nos demuestra perfectamente que no existe, que no puede existir sindicato neutro y apolítico, en general, y, sobre todo, en época revolucionaria. El que abandona Ámsterdam y no se adhiere a Moscú, se arriesga a crear una Internacional Sindical Segunda y Media.

Espero firmemente que esta incompreensión desaparecerá, y que Monatte ocupará el puesto al que le lleva todo su pasado: en el Partido Comunista Francés y en la Internacional de Moscú.

Es muy comprensible y justa la actitud prudente y suavizadora que mantiene el Partido Comunista Francés respecto a los sindicalistas revolucionarios, buscando aproximarse a ellos. La que no comprendemos es la indulgencia con que tolera el partido una oposición a la política de la Internacional Comunista, por parte de sus propios miembros, como Verdier. Monatte representa la tradición del sindicalismo revolucionario; Verdier, la confusión.

Sin embargo, más arriba que estas cuestiones de grupos y personalismos, se sitúa el problema de la influencia dirigente del partido sobre los sindicatos. Sin prestar la menor atención a su autonomía, determinada enteramente por la necesidad de un trabajo práctico constante, el partido debe acabar con las discusiones y vacilaciones, y demostrar a la clase obrera francesa que ella posee, al fin, un partido revolucionario que sabe dirigir la lucha

de clases en todos los terrenos. Baja este propósito, las resoluciones del Tercer Congreso, cualesquiera que sean los tumultos, y conflictos temporales que puedan provocar en meses próximos, tendrán inmensa influencia, fecunda hasta el mayor grado sobre toda la marcha ulterior del movimiento obrero francés. Solamente sobre la base de estas resoluciones se establecerán las relaciones entre el partido y la clase obrera, sin las cuales ninguna revolución del proletariado alcanzaría la victoria.

Carta al camarada Monatte²⁷

(13 de julio de 1921)

Querido amigo:

Aprovecho la ocasión para saludarle muy cordialmente y para compartir con usted, en lo relativo a la situación del sindicalismo francés, algunas opiniones personales que concuerdan plenamente, así lo espero, con la línea adoptada por la III Internacional.

No le ocultaré la felicidad que experimentamos frente al éxito del sindicalismo revolucionario, junto a una profunda inquietud con respecto al posterior desarrollo de las ideas y de las relaciones en el movimiento obrero francés. Los sindicalistas revolucionarios de todas las tendencias forman aún hoy una oposición y se agrupan y se unen precisamente por su situación de oposición. Mañana, cuando ustedes sean los dirigentes de la CGT (pues no dudamos que el día se aproxima) ¿se encontrarán frente a cuestiones esenciales de la lucha revolucionaria? Y es en este punto que es permisible una seria inquietud. La Carta de Amiens constituye la práctica oficial del sindicalismo revolucionario.

Para formularle lo más claramente posible mi pensamiento, diría que *invocar la Carta de Amiens, no resuelve, sino que elude la cuestión*. Es evidente para todo comunista consciente que el sindicalismo francés de preguerra era una tendencia revolucionaria muy importante y muy profunda. La carta fue para el movimiento proletario de clase un documento muy precioso, pero el valor de este documento es históricamente limitado. Desde entonces, tuvo lugar la guerra, fue fundada la Rusia de los Sóviets, una inmensa oleada revolucionaria atravesó toda Europa, la III Internacional creció y se desarrolló, los antiguos sindicalistas y los antiguos socialdemócratas se dividieron en tres tendencias hostiles. Frente a nosotros se han planteado nuevos problemas inmensos... La Carta de Amiens no da respuesta a ellos. Cuando leo *Vie Ouvrière*, no encuentro allí respuesta a los problemas fundamentales de la lucha revolucionaria. ¿Es posible que en 1921 tengamos que volver a las posiciones de 1906 y a “reconstruir” el sindicalismo de preguerra...? Esta posición es amorfa, conservadora, corre el riesgo de convertirse en reaccionaria. ¿Cómo se representan ustedes la dirección del movimiento sindical cuando ustedes tengan la mayoría en la CGT? Los sindicatos incluyen comunistas afiliados al partido, sindicalistas revolucionarios, anarquistas, socialistas y grandes masas sin partido. Naturalmente, cualquier problema de la acción revolucionaria debe ser examinado por el conjunto del aparato sindical que agrupa a centenares de miles y millones de obreros. Pero, ¿quién dirigirá el balance de la experiencia revolucionaria, quién hará un análisis de ella, quién sacará las conclusiones necesarias, quién formulará las propuestas, transformando las consignas, los métodos de combate y quién las *aplicará* en las amplias masas? En una palabra, ¿quién dirigirá el movimiento? ¿Usted piensa llevar adelante esta tarea como parte del grupo *Vie Ouvrière*? En este caso, se puede decir con seguridad que se organizarán otros a su lado que, en nombre del sindicalismo revolucionario, pondrán en discusión su derecho a dirigir el movimiento. Y finalmente, ¿qué actitud tendrán hacia los numerosos comunistas sindicalizados? ¿Cuáles serán las relaciones entre ellos y su

²⁷ Tomado de León Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, páginas 213-214 del formato pdf en estas mismas [OELT-EIS](#).

grupo? Puede suceder que comunistas afiliados al partido estén a la cabeza de un sindicato y que los sindicalistas revolucionarios no afiliados a un partido estén a la cabeza de otro. Las propuestas y las consignas del grupo *Vie Ouvrière* pueden no ser acordes con las propuestas y consignas de la organización comunista. Este peligro es muy real, puede volverse fatal y reducirnos, algunos meses después de la victoria, nuevamente al reino de los Jouhaux, Dumoulin y Merrheim.

Conozco bien la aversión de los medios obreros franceses que pasaron por la escuela del sindicalismo anarquista respecto al “partido” y a la “política”. Reconozco naturalmente que no se puede chocar bruscamente contra esta mentalidad, que el pasado explica suficientemente, pero que para el futuro es extremadamente peligrosa. Con respecto a esto, puedo acordar perfectamente con la transición gradual de la antigua separación a la fusión total de los sindicalistas revolucionarios y los comunistas en un solo partido; pero es necesario darse clara y firmemente ese objetivo. Si todavía hay en el partido tendencias centristas, también existen ellas en la oposición sindical. Aquí y allá es necesaria la previa depuración de las ideas. No se trata de subordinar los sindicatos al partido, sino de unir a los comunistas revolucionarios y los sindicalistas revolucionarios en los marcos de un partido único. Se trata de un trabajo concertado, centralizado, de todos los miembros de este partido unificado, en el seno de los sindicatos que permanecen autónomos, una organización independiente del partido. Se trata para la verdadera vanguardia del proletariado francés de formar un todo coherente con el objetivo de cumplir su tarea histórica esencial: la conquista del poder, y de proseguir bajo esta bandera su acción en los sindicatos, organización fundamental, decisiva, de la clase obrera en su conjunto.

Hay una cierta dificultad psicológica para dar un salto hacia un partido después de una larga acción revolucionaria por fuera de un partido; pero esto es retroceder frente a la forma más prejuiciosa del asunto. Ya que, lo afirmo, todo su trabajo anterior sólo fue una preparación para la fundación del partido comunista, para la revolución proletaria. El sindicalismo revolucionario de preguerra fue el embrión del Partido Comunista. Volver al embrión sería una monstruosa regresión. Por el contrario, la participación activa en la formación de un verdadero partido comunista supone la continuación y el desarrollo de las mejores tradiciones del sindicalismo francés.

Cada uno de nosotros debió, en el curso de estos años, renunciar a una parte envejecida de su pasado, para salvar, desarrollar y asegurar la victoria de los elementos del pasado que soporten la prueba de los acontecimientos. Este tipo de revoluciones internas no son fáciles, pero sólo a ese precio se adquiere el derecho a participar eficazmente en la revolución obrera.

Querido amigo, creo que el momento actual definirá por mucho tiempo los destinos del sindicalismo francés, la suerte de la revolución francesa. Entre las decisiones a tomar, a usted le corresponde un importante rol. Usted le daría un golpe muy cruel al movimiento del que es uno de los mejores militantes si, ahora que es necesaria una elección definitiva, le da la espalda al partido comunista, pero estoy convencido que no será así.

Estrecho muy cordialmente su mano y estoy a su disposición.

Carta a los camaradas Cachin y Frossard²⁸

(14 julio de 1921)

Queridos amigos:

A través de esta carta personal trataré de disipar cualquier malentendido o incompreensión que pudiera haber surgido a causa de la comunicación sumamente pobre entre París y Moscú. Durante los acontecimientos revolucionarios de Alemania, en marzo de este año, la prensa burguesa alemana repetía que el movimiento de marzo fue provocado por orden de Moscú para solucionar nuestras dificultades internas. Esto me ha hecho temer, y creo que también a otros camaradas, que esos rumores causaran alarma en los partidos comunistas de Europa. Esperamos que el Tercer Congreso Mundial haya servido para disipar todas las dudas y temores a este respecto. Si esos temores surgieron en uno u otro lugar (quizás, incluso en Francia) sólo podría deberse a la falta de información adecuada. Es evidente de por sí que, aun si sostuviéramos la posición de ocuparnos solamente de los intereses de la República Soviética rusa y no de los de la Revolución europea, no creeríamos que un levantamiento parcial podría significar una ayuda real; y menos aún un levantamiento parcial provocado artificialmente. La ayuda puede venirnos sólo del triunfo revolucionario del proletariado europeo, de aquel movimiento y levantamiento que surge del desarrollo interno del proletariado de Europa. De allí que esté excluida la posibilidad de que Moscú envíe algún tipo de “órdenes” aventureras. Pero Moscú no sostiene en absoluto un punto de vista “moscovita”. Para nosotros, la República Soviética Rusa sólo constituye el punto de partida para la revolución europea y mundial. Son los intereses de ésta, en todas las cuestiones importantes, lo decisivo para nosotros. Confío en que el Tercer Congreso Mundial no haya dejado lugar a dudas sobre esto.

Hasta donde se puede apreciar desde lejos, la preparación política para la revolución se está cumpliendo espléndida y sistemáticamente en Francia. En vuestro país, se está aproximando, evidentemente, un período de kerenskysmo; el régimen del Bloque Radical-Socialista es la primera repercusión de la época de la guerra. El kerenskysmo francés combina la irritación y la desesperación de la pequeña burguesía, con el egoísmo del campesino que no quiere pagar los platos rotos por la guerra y el conservadorismo de los obreros más privilegiados que esperan retener la posición que obtuvieron, etc., etc. Cuando suceda ha de sacudir brutalmente al aparato del Estado. Entre la pandilla imperialista y sus candidatos a jugar el papel de Gallifet, por un lado, y la creciente revolución proletaria por el otro, jugará temporariamente el papel de amortiguador el impotente bloque de los radicales y los socialistas: Caillaux, Longuet y compañía. Este será un excelente prólogo para la revolución proletaria. Si el moribundo Bloque Nacional tuviera éxito en hacer aprobar su ley contra los comunistas, habría que agradecer al destino por semejante regalo. Las persecuciones policiales y administrativas, los arrestos y los allanamientos, serán una escuela muy útil para el comunismo francés en vísperas de su entrada al período de los acontecimientos decisivos. A través de las columnas de *L'Humanité*, estamos siguiendo con gran atención e interés con cuánta energía están

²⁸ Tomado de *Carta a los camaradas Cachin y Frossard*, Edicions Internacionals Sedov – Trotsky inédito en internet y en castellano.

llevando ustedes a cabo la campaña contra la Ley Briand-Barthou. Aunque los derroten en esta empresa, la autoridad del partido aumentará mucho. Aunque la ley se apruebe, igualmente ustedes saldrán ganando.

Por lo que refleja *L'Humanité* de la línea de los círculos dirigentes del partido, se puede ver con claridad que esa línea se está radicalizando resueltamente. Pero es lamentable que sea difícil juzgar por *L'Humanité* cuáles son los sentimientos de los más amplios círculos de la clase obrera. Pues *L'Humanité* virtualmente no contiene cartas de obreros, correspondencia de fábricas y empresas ni otro material que refleje directamente la vida cotidiana de las masas. Establecer esa correspondencia es de máxima importancia para el comunismo francés y mundial, para tener una visión mucho más clara acerca de qué círculos del proletariado lo leen y exactamente qué leen en el periódico. Una red bien establecida de colaboradores y corresponsales obreros puede convertirse, en determinado momento, en el organizador del levantamiento revolucionario, transmitirá a las masas las consignas y directivas de su periódico, proveyendo al movimiento espontáneo de esa unidad que tan a menudo faltó en las revoluciones del pasado. El periódico revolucionario no puede permanecer suspendido sobre las masas, debe hundir sus raíces en ellas.

La cuestión de la relación del partido con la clase obrera es fundamentalmente la de la relación del partido con los sindicatos. Por lo que podemos apreciar desde tan lejos, ésta es hoy la cuestión más aguda y problemática del movimiento obrero francés. El grupo *La Vie Ouvrière* es un sector valioso de este movimiento, aunque más no fuera porque ha reunido un número bastante considerable de obreros dignos de confianza, sacrificados y probados. Pero si este grupo continúa (y yo no creo que lo haga) manteniéndose aislado y conserva su carácter cerrado, correrá el peligro de transformarse en una secta y volverse un freno en el futuro desarrollo de los sindicatos y del partido. Con su actual política indefinida hacia los sindicatos, como la expuesta en el artículo de Verdier, el partido ayuda a que se mantengan los aspectos débiles de *La Vie Ouvrière*, retrasando el desarrollo de sus aspectos más positivos. El partido debe proponerse la tarea de *conquistar los sindicatos desde adentro*. No es cuestión de privarlos de su autonomía ni de subordinarlos al partido (¡esto es una tontería!); es cuestión de que los comunistas sean los mejores activistas en los sindicatos, que conquisten la confianza de las masas y jueguen un rol decisivo en las luchas. Desde ya, dentro de los sindicatos los comunistas actúan como disciplinados miembros del partido que llevan a la práctica sus directivas básicas. El comité central del partido deberá contar con muchos obreros comunistas que jueguen un papel prominente en el movimiento sindical. Es indispensable que los comunistas que militan en este frente se reúnan periódicamente y discutan los métodos de trabajo bajo la dirección de miembros del comité central del partido.

Naturalmente, debemos mantener las más amistosas relaciones con los sindicalistas revolucionarios sin partido, pero al mismo tiempo tenemos que crear ya mismo en los sindicatos nuestros propios núcleos partidarios, que después podrán unirse con los anarcosindicalistas en núcleos mixtos. Sólo si las células comunistas de los sindicatos están firmemente unidas y disciplinadas, podremos captar cada vez más elementos anarcosindicalistas desorganizados, que se convencerán por experiencia propia de que la disciplina y la unidad centralizada alrededor de una línea dirigente, es decir, el *partido*, es indispensable.

Si simplemente pasamos por alto nuestras diferencias con los sindicalistas y anarquistas, esas diferencias pueden estallar catastróficamente sobre nuestras cabezas en el momento decisivo.

Les pido que no se molesten porque yo exprese con tanta libertad mis puntos de vista sobre la situación en Francia, con la cual ustedes están mucho más familiarizados que yo. Me impulsan a hacerlo, por una parte, la reciente experiencia de la Revolución

Rusa; por la otra, mi profundo interés por las cuestiones del movimiento obrero francés. Comparto con otros camaradas la desilusión por vuestra ausencia del Congreso. ¿No sería posible que ambos, o cada uno por separado, vinieran a Moscú antes del próximo congreso del partido francés? Indiscutiblemente, vuestra reunión con el Comité Ejecutivo del Comintern podría ser de gran valor para ambas partes, eliminaría la posibilidad de cualquier tipo de malentendidos, e incluso fortalecería, de aquí en adelante, los lazos organizativos e ideológicos entre nosotros.

Estrecho sus manos y les saludo de todo corazón.

[Estrechar lazos con las masas y sindicato] Carta a Lenin²⁹ (septiembre de 1921)

[...]

Independientemente de la proximidad o el alejamiento de esos acontecimientos revolucionarios decisivos, el partido comunista (verdadera y enteramente inspirado y penetrado por una voluntad revolucionaria) encontrará la posibilidad de movilizar, desde ahora mismo, en el periodo de preparación, a las masas obreras sobre una base económica y política dándole a sus luchas un carácter cada vez más amplio y más determinado.

Las tentativas de los elementos políticamente inexpertos, llenos de impaciencia revolucionaria, para aplicar los métodos más extremos, que por esencia son los métodos de la insurrección revolucionaria decisiva del proletariado, a tareas y cuestiones particulares (como llamar a la clase 19 a resistirse a la movilización, impedir por la fuerza la ocupación de Luxemburgo³⁰, etc.), esas tentativas refuerzan los elementos del más peligroso aventurerismo y, en caso de aplicación, pueden hacer fracasar la verdadera preparación revolucionaria del proletariado para la conquista del poder. El aventurerismo y el putschismo, por su misma naturaleza, no tienen en cuenta las tareas de la acción de masas y no pueden más que conducirlos a abortos dolorosos y a veces mortales.

Reforzar los lazos del partido con las masas significa ante todo estrechar más los lazos con los sindicatos. En absoluto hay que subordinar organizativamente los sindicatos al partido, ni hacerlos renunciar a la autonomía que se desprende de su carácter y actividad, sino que es preciso que los elementos auténticamente revolucionarios, unidos por el partido comunista, dirijan el trabajo de los sindicatos, desde el interior de estos últimos, siguiendo una línea que responda a los intereses generales del proletariado en lucha por la conquista del poder.

En esta perspectiva, el partido comunista de Francia debe, bajo una forma amistosa pero firme y precisa, criticar las tendencias anarcosindicalistas que rechazan la dictadura del proletariado y la necesidad de la unión de su vanguardia en una organización dirigente centralizada (el partido comunista); también tiene que criticar a las tendencias sindicalistas intermedias que (ocultándose tras la Carta de Amiens³¹, elaborada más de ocho años antes de la guerra) rechazan dar respuestas claras y precisas a las cuestiones fundamentales de la nueva época, la de la posguerra.

²⁹ Extracto de “[Carta a Lenin \[sobre el Partido Comunista francés\]](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

³⁰ En tanto que informador sobre la situación en Francia ante el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Trotsky debía seguir con atención la política del PC de Francia. Los acontecimientos a los que alude son, en primer lugar, al llamamiento anticipado de la clase 19 a filas, el PC había sido criticado por diversas partes por su inactividad en este asunto y, en segundo lugar, la intervención de las tropas francesas en Luxemburgo para romper una huelga de metalúrgicos, el PC sólo había protestado.

³¹ El nombre de “Carta de Amiens” le fue dado a la resolución adoptada en el congreso de la CGT de 1906 para mantener su independencia en relación con un partido socialista “unificado” (SFIO) todavía sometido a discusiones que agitaban a las grandes corrientes que sólo reunía desde hacía dieciocho meses. Este texto ha dado lugar a muchas interpretaciones diversas que, todas ellas, parecen ignorar una de sus frases que, sin embargo, es fundamental: “la CGT agrupa, al margen de cualquier escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha a llevar para la desaparición del asalariado y del proletariado.” Los problemas del movimiento sindical estaban en el corazón de los debates en el seno del PC.

La fusión, en el interior de los sindicatos, de grupos sindicalistas revolucionarios con la organización comunista toda entera es una condición previa indispensable para cualquier lucha seria del proletariado francés.

A su vez, la neutralización y alejamiento de las tendencias aventureras y putschistas, igual que la desaparición de la inconsistencia de principios y del separatismo organizativo de los sindicalistas revolucionarios, ni pueden ni podrán lograrse en toda su amplitud más que con la condición que el mismo partido, como se ha dicho más arriba, se transforme en un potente centro de atracción para las masas obreras de Francia, gracias a un enfoque revolucionario de todas las cuestiones de la vida y de la lucha.

[Movimiento sindical y Frente Único]³²

(2 de marzo de 1922)

[...]

12.- La mayor particularidad del movimiento obrero francés es que los sindicatos obreros han sido, desde hace mucho tiempo, la cobertura bajo la que se oculta un partido antiparlamentario, de una forma especial, conocido bajo el nombre de sindicalismo.

Los sindicalistas revolucionarios pueden, en efecto, separarse tanto como quieran de la política y del partido; nunca podrán negar que ellos mismos constituyen un partido político, que aspira a apoyarse en las organizaciones económicas de la clase obrera. Hay buenas tendencias revolucionarias proletarias en este partido. Pero también contiene caracteres negativos, le falta un programa preciso y una organización definida.

La cuestión se complica debido al hecho que los sindicalistas, como todos los otros reagrupamientos de la clase obrera, están divididos tras la guerra en reformistas que apoyan a la sociedad burguesa y, otras que han pasado, personificando a los mejores elementos, al lado del comunismo.

Y la tendencia al mantenimiento de la unidad del frente ha inspirado, precisamente, no sólo a los comunistas sino también a los sindicalistas revolucionarios, la mejor táctica en la lucha a favor de la unidad de la organización sindical del proletariado francés. Por el contrario, Jouhaux, Merrheim y *tutti quanti* se han adentrado en la vía de la escisión, impelidos por el instinto de quienes se ven en bancarrota, que sienten que no podrán sostener ante la masa obrera la competencia de los revolucionarios en la acción. La lucha, de una colosal importancia, que se desarrolla hoy en día en todo el movimiento sindical francés, entre los reformistas y los revolucionarios, se nos presenta como una lucha a favor de la unidad de la organización sindical y, al mismo tiempo, a favor de la unidad del frente sindical.

III.- Movimiento sindical y Frente Único

13.- El comunismo francés se encuentra, en lo que concierne a la idea del frente único, en una situación excepcionalmente favorable. El comunismo francés a logrado conquistar, en los marcos de la organización política, a la mayoría del viejo Partido Socialista; tras lo cual los oportunistas han añadido a todas sus otras cualidades políticas la de liquidadores de organización. Nuestro partido francés ha señalado este hecho calificando a la organización socialista-reformista de disidente; este solo nombre evidencia el hecho que son los reformistas los que han destruido la unidad de acción y organización política.

14.- En el dominio sindical, los elementos revolucionarios, y los comunistas los primeros, no deben ocultar a su propia mirada ni a la de sus enemigos la magnitud de la profundidad de las diferencias de puntos de vista entre Moscú y Ámsterdam, diferencias que no son en absoluto el resultado de simples corrientes de opinión en las filas del movimiento obrero sino el reflejo del antagonismo entre la burguesía y el proletariado. Pero los elementos revolucionarios, es decir, ante todo, los elementos comunistas conscientes, nunca han preconizado la salida de los sindicatos o la escisión de la

³² Extracto de León Trotsky, "El Frente Único y el comunismo en Francia", en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, páginas 407-409 del formato pdf en estas mismas [OELT-EIS](#).

organización sindical. Esta consigna caracteriza a los agrupamientos sectarios y localistas del KAPD, a determinados grupos “libertarios” en Francia, que nunca han ejercido influencia en las masas populares, que no tienen ni la esperanza ni el deseo de conquistar esta influencia, sino que se confinan en pequeñas parroquias bien definidas. Los elementos verdaderamente revolucionarios del sindicalismo francés han sentido instintivamente que no se puede conquistar a la clase obrera en el movimiento sindical si no se oponen los puntos de vista revolucionario y los métodos revolucionarios al punto de vista y métodos de los reformistas en el dominio de la acción de masas, defendiendo al mismo tiempo con la mayor energía la unidad de acción.

15.- El sistema de núcleos en la organización sindical, que han adoptado los revolucionarios, representa la forma de lucha más natural para alcanzar la influencia ideológica y a favor de la unidad del frente aplicable sin destruir la unidad de la organización.

16.- Semejándose a los reformistas del Partido Socialista, los reformistas del movimiento sindical han tomado la iniciativa de la ruptura. Pero precisamente la experiencia del Partido Socialista les ha sugerido que el tiempo trabaja a favor del comunismo y que se puede contrarrestar la influencia de la experiencia y del tiempo apresurando la ruptura. Vemos, por parte de los dirigentes de la CGT, todo un sistema de medidas tendentes a desorganizar a la izquierda, a privarla de los derechos que le confieren los estatutos de los sindicatos y, en fin, a excluirla (contrariamente a los estatutos y usos) de toda organización sindical.

Por otra parte, vemos la izquierda revolucionaria defendiendo sus derechos, en el ámbito de las formas democráticas de la organización obrera, y oponiéndose a la escisión decretada por los dirigentes confederales mediante el llamamiento a las masas a favor de la unidad sindical.

17.- Todo obrero consciente debe saber que cuando los comunistas no eran más que la sexta o la tercera parte del Partido Socialista, no pensaban en absoluto en la escisión, firmemente convencidos de que la mayoría del partido no tardaría en seguirles. Cuando los reformistas fueron reducidos a una tercera parte, produjeron la escisión, no teniendo ninguna esperanza en conquistar la mayoría en la vanguardia proletaria.

Todo obrero consciente debe saber que cuando los elementos revolucionarios se enfrentaron al problema sindical, lo resolvieron en la época en que sólo eran una ínfima minoría, en el sentido del trabajo en las organizaciones comunes, convencidos de que la experiencia de la época revolucionaria llevaría rápidamente a la mayoría de los sindicatos a la adopción del programa revolucionario. Cuando los reformistas vieron crecer la oposición revolucionaria en los sindicatos recurrieron, inmediatamente, a las medidas de expulsión y a la escisión porque no tenían ninguna esperanza en reconquistar el terreno perdido.

De aquí se extraen numerosas deducciones de gran importancia:

1) Las diferencias existentes entre nosotros y los reformistas reflejan en su esencia el antagonismo entre la burguesía y el proletariado;

2) La democracia mentirosa de los enemigos de la dictadura proletaria queda desenmascarada completamente puesto que no están dispuestos a admitir los métodos de la democracia obrera, no sólo en el marco del estado sino, también, en el marco de la organización obrera: cuando esta democracia se vuelve contra ellos, se separan, como los disidentes del partido, o expulsan a sus adversarios (como MM. Jouhaux, Dumoulin y compañía). En efecto, sería absurdo creer que la burguesía consienta jamás rematar la lucha con el proletariado en el marco de la democracia si los agentes de la burguesía, en la organización sindical y política, no logran resolver las cuestiones del movimiento

obrero en el terreno de la democracia obrera, de la que aceptan, de forma ostensible, las reglas.

18.- La lucha a favor de la unidad de la organización y acción sindicales es, de ahora en adelante, uno de los problemas más importantes de los que se plantea el Partido Comunista. Se trata no sólo de reunir un número cada vez más grande de obrero bajo el programa y la táctica comunistas. Se trata de más, para el Partido Comunista se trata de buscar, mediante su acción y la de los comunistas sindicados, reducir al mínimo, en cada situación apropiada, los obstáculos que la escisión levanta ante el movimiento obrero. Si la escisión de la CGT se agrava próximamente, a pesar de todos nuestros esfuerzos encaminados a rehacer la unidad, ello no significaría de ninguna manera que la CGT Unitaria, que reúne a la mitad o más de la mitad del total de los sindicatos, debería continuar su trabajo ignorando la existencia de la CGT reformista. Semejante actitud impediría considerablemente (si no lo impedía por completo) la posibilidad de una acción común del proletariado y facilitaría considerablemente a la CGT reformista ejercer el papel de una Unión Cívica burguesa, que quisiera ejercer durante las huelgas, manifestaciones, etc.; le permitiría llevar a la CGT Unitaria a acciones inoportunas de las que esta última sufriría completamente las consecuencias. A todas luces es evidente que todas las veces que se lo permitirán las circunstancias, la CGT Unitaria, considerando necesario llevar adelante cualquier campaña, dirigirá abiertamente a la CGT reformista propuestas concretas y le propondrá un plan de acciones comunes. Y la CGTU no dejará de ejercer sobre la organización reformista la presión de la opinión obrera y de desenmascarar ante esta opinión pública sus espantadas y dudas.

Así, incluso en el caso en que la escisión sindical se agravase, los métodos de lucha por el frente único conservarían todo su valor.

19.- Se puede constatar que, en el dominio más importante del movimiento obrero (en el dominio sindical) el programa de unidad de las acciones necesita una aplicación más continuada, más perseverante y más firme de las consignas bajo las que se ha llevado a cabo nuestra lucha contra Jouhaux y compañía.

[...]

La huelga en el estado obrero³³

(13 de abril de 1922)

Hace cinco años, uno de los más grandes partidos políticos de Rusia adoptaba durante la celebración de uno de sus más importantes congresos una resolución en la que se decía:

“El proletariado ruso, actuando en uno de los países más atrasados de Europa, en el seno de las masas de una población pequeñoburguesa, no puede dotarse con el objetivo de la realización inmediata del socialismo.

Pero sería el mayor error y, en la práctica, un servicio rendido a la burguesía, deducir de este hecho la necesidad de la clase obrera de apoyar a la clase burguesa o limitar su actividad en los marcos apropiados a la pequeña burguesía; o, además, deducir de ello la necesidad del proletariado de renunciar al papel dirigente que le incumbe en la propaganda y cumplimiento de diversas medidas prácticas inmediatas, posibles y que constituyen un paso hacia el socialismo.

La nacionalización de la tierra es una de esas medidas. Sin salir inmediatamente de los marcos del orden burgués afectaría directamente al derecho de propiedad privada, de los medios de producción, y reforzaría tanto más la influencia del proletariado socialista sobre los semiproletarios del campo.

El control de los bancos por el estado, su fusión en un banco central, el control de las compañías de seguros y de los grandes conglomerados capitalistas, así como el paso progresivo a un más justo reparto de los impuestos sobre los ingresos y sobre la propiedad, deben ser otras medidas más en el mismo sentido.

La vida económica está madura para su cumplimiento; esas medidas son indiscutiblemente posibles de inmediato; ¿pueden encontrar el apoyo político de las grandes masas campesinas que se beneficiarían de ellas en todos los aspectos!”

¿Qué partido adoptaba esa resolución? El nuestro, el Partido Bolchevique. ¿En qué congreso? En su importante Conferencia Panrusa de Petrogrado, los días 24-29 de abril de 1917. Por primera vez, tras la caída del zarismo, nuestro partido se reunía y precisaba su táctica en vistas a la revolución social. El texto de la moción citada había sido redactado en su conjunto por Lenin. Se adoptó por 140 votos contra 8 abstenciones.

Hace ahora un año se dijo que ese documento ya no tenía más que un valor histórico. Hoy en día recobra un significado actual. Se podría decir, con algunas reservas precisas, que nuestro partido vuelve ahora a sus posiciones de abril de 1917, posiciones adoptadas en una época en la que le era posible definir más tranquilamente su táctica que durante los años de guerra civil encarnizada en los que nació el *comunismo de guerra*.

Los militantes que se tomen la molestia de profundizar en la resolución citada comprenderán que nuestra nueva orientación económica no es, en muchos de sus aspectos, más que una vuelta a la antigua línea de conducta tal y como la definimos hace alrededor de cinco años. Y las cuestiones que se nos plantean hoy en día en lo tocante a los sindicatos no le parecerán sorprendentes.

La cuestión sindical, que suscitaba hace un año tan ardientes discusiones en el partido, y que provocaba la formación de tendencias, está resuelta hoy por unanimidad.

³³ “La huelga en el estado obrero”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

Y es que hace un año el paso a la nueva (o mejor dicho a la *vieja*) política económica solamente se preparaba. En vísperas del 10º Congreso del Partido Comunista Ruso, comenzaba el período de transición. El 10º Congreso se celebró en el momento más grave del giro de 180 grados, durante los acontecimientos de Cronstadt. El partido comenzaba solamente a tomar conciencia de la necesidad de grandes cambios, pero no se los imaginaba todavía exactamente.

El 10º Congreso reemplazó las requisas por el impuesto en especie. Todo lo demás debía derivar de esta decisión capital. Entonces todavía no nos dábamos cuenta de sus consecuencias en cuanto al papel de los sindicatos. Pero si pasamos al impuesto en especie, si admitimos cierta vuelta al capitalismo, si hicimos concesiones a las empresas, si alentamos la iniciativa privada, se da por supuesto que no puede tratarse de la estatización rápida de los sindicatos y la transmisión de toda la dirección de la industria a los sindicatos. Ahora se ve mejor que en la época del 10º Congreso.

La reciente resolución del comité central del partido modifica en tres puntos esenciales el papel de los sindicatos.

1º Se transforma su participación en la vida económica;

2º Del registro obligatorio de todos los trabajadores en el sindicato volvemos al principio de la adhesión voluntaria;

3º El sindicato vuelve a ser un órgano de defensa de los trabajadores considerados como vendedores de su mano de obra.

Esta última modificación es la que plantea la cuestión del derecho de huelga en el estado proletario, derecho sobre el que quiero detenerme.

Los sindicatos están lejos de renunciar a toda participación en la organización de la economía. Hay que señalar esto pues nuestras recientes resoluciones ya son deformadas por determinados camaradas en ese sentido. El camarada Yarolsky ha escrito que “la tarea esencia de los sindicatos, tarea de organización económica, ha quedado casi enteramente eliminada”. Esto es completamente inexacto. “*Escuela del comunismo de una forma general, los sindicatos deben ser más particularmente para los obreros escuelas de administración socialista de la producción.*” Así se expresa la resolución del comité central.

Nuestros sindicatos deben renunciar a las formas de intervención en la organización económica condenadas por la experiencia. Como ha dicho la resolución del comité central, deben renunciar a “la intervención inmediata, improvisada, incompetente, irresponsable, en la dirección de la industria”, pero, al mismo tiempo, deben continuar asiduamente su participación en el trabajo económico. La resolución del comité central precisa de qué forma.

Pero volvamos a la huelga.

El renacimiento del capital privado y la aparición del capital con concesiones estatales entrañan la formación de un proletariado que no trabaja con el estado obrero, sino para los capitalistas. Ya no es insignificante. La comisión económica provincial de Moscú nos ha ofrecido las siguientes cifras sobre el número de obreros empleados en la capital por la industria privada:

Trabajadores de la madera, 2.000; de la construcción, 10.000; industria química, 1.500; cuero y pieles, 1.300; metalúrgica, 2.000; industria textil, 1.000; servicios de alimentación, 3.000; alimentación, 7.000; ropa, 1.000; libro, 1.500. No hemos podido verificar la exactitud de esas cifras; pero teniendo en cuenta que los almacenes alquilados en Moscú ascienden a alrededor de 20.000 y que en ellos se emplea a 9.096 asalariados, llegamos a un total de 50.000 personas empleadas en la industria privada, incluso si algunos de nuestros datos son un tanto exagerados. Todo ello todavía cuando el Consejo Económico de Moscú no ha concedido a la industria privada más que 205 empresas de

una lista total de 542 empresas. En Petrogrado, la Comisión Económica Provincial de Petrogrado nos ofrece las siguientes cifras de asalariados empleados en la industria privada:

Factorías y fábricas	1.880
Talleres	3.877
Pequeñas empresas	528
<i>Total</i>	6.285

Pero esta estadística es muy incompleta puesto que no engloba ni a los trabajadores de la construcción ni a los empleados del comercio, ni tampoco a algunas otras categorías de asalariados. En la industria privada de Petrogrado no hay menos de 10.000. Y si se considera el debilitamiento numérico del proletariado de esa ciudad, esta cifra aparece como bastante importante. Por otra parte, está llamada a aumentar, mucho más teniendo en cuenta que el capital de concesiones estatales todavía no ha hecho su aparición aquí.

Con toda evidencia, los sindicatos deben tomarse en serio la defensa de los asalariados que trabajan para la industria privada. Los interesados no siempre desean en estos momentos la intervención del sindicato en sus asuntos. Bajo las condiciones extremadamente duras del período transitorio actual, el trabajo para el capitalista puede parecer a veces el mejor. Pero muy pronto se darán cuenta de que la protección del estado obrero y del sindicato contra el explotador les es indispensable.

Para defender a esas categorías de asalariados, nuestros sindicatos deben reconstituir sus cajas de huelga y prepararse para luchas nuevas. Ello no quiere decir que siempre se recurrirá a la huelga en las concesiones estatales y las empresas privadas. Por el contrario, los sindicatos que actúan bajo del régimen de los sóviets con la ayuda ilimitada del estado encontrarán muy a menudo muchos otros medios para llevar al concesionario y empresario a satisfacer las reivindicaciones obreras.

He ahí lo que es evidente. Mucho más difícil de resolver es el problema de la huelga en las empresas del estado, en las empresas soviéticas. Nadie ignora que, durante nuestros cuatro años de lucha, hemos visto esas huelgas. Mientras seamos tan pobres, mientras que suframos la profunda miseria causada por el bloqueo, por la intervención extranjera y por el sabotaje de ciertos técnicos, tendremos que esperar conflictos en la industria del estado, conflictos durante los cuales no siempre será evitable la huelga.

Desde el momento en que se produjeron las primeras huelgas de este tipo contra el estado obrero, los mencheviques y los socialistas revolucionarios vieron en ellas el síntoma de la próxima caída del régimen de los sóviets. No comprendían que las huelgas a las que teníamos que hacer frente tenían, objetiva y subjetivamente, un carácter radicalmente diferente al que tenían las huelgas bajo el antiguo régimen y bajo el gobierno de Kerensky. No queremos decir que todas ellas hayan sido inocentes e idílicas. Lejos de ello, más de una vez han llegado a teñirse de contrarrevolucionarias. Le causaron un daño inapreciable a nuestra vida económica y al estado obrero. Pero no es menos cierto que no fueron *hechos de lucha de clase*, sino más bien *querellas intestinas* en una clase. Cuando la situación económica devenía casi insostenible, cuando la falta de dinero y la crisis del combustible afectaban más particularmente a una categoría de obreros, estos expresaban a veces su protesta con la huelga. La huelga era extremadamente perjudicial. No arreglaba nada, no mejoraba ciertamente la situación económica y financiera, y no remediaba para nada la crisis del combustible. Solamente mostraba la falta de conciencia, de organización

y firmeza interior de algunos elementos obreros. Les procuraba el mayor de los placeres a los contrarrevolucionarios de todas las especies, prolongaba la guerra civil, acrecía las turbaciones económicas. Pero no se parecía en nada a los movimientos de clase que echaron abajo al antiguo régimen. Como se ha dicho ya en la resolución de nuestro comité central, eran “conflictos entre grupos aislados de la clase obrera y determinadas instituciones del estado obrero.”

Esos conflictos, tal y como fueron, le causaron el mayor de los males al estado obrero y, por tanto, a la clase obrera. Pero era imposible prevenirlos. Los provocaban dos causas profundas:

1º Nuestra pobreza, las ruinas que los imperialistas acumularon en nuestro país.

2º Los graves errores de ciertas instituciones del estado obrero afectadas por la “deformación burocrática”.

No podríamos conocer exactamente cuál de esas dos causas fue la más importante en cada caso concreto. En cualquier caso, la tarea de nuestros sindicatos es prevenir, con intervenciones inteligentes, las huelgas provocadas por la “deformación burocrática” y, mediante arreglos amistosos, así como con la ayuda cordial aportada por nuestros órganos económicos, aquellas que pudiesen todavía entrañar la pobreza del país.

Tarea difícil. Para cumplirla se necesitan militantes que vivan en el seno de las masas, con las masas, que vivan la vida de las masas, que sepan entender y apreciar sin idealizaciones superfluas su grado de conciencia y el poder que ejercen sobre ellas los antiguos prejuicios, que sepan conquistar su confianza y aprecio.

En la época del comunismo de guerra, los dirigentes no sindicales solo tenían una respuesta para los huelguistas: “No tenéis derecho a parar el trabajo ni a exigirle al sindicato que defienda vuestros intereses de vendedores de mano de obra. El estado de los sóviets es un estado obrero. En un estado obrero, nadie necesita órganos especiales para defender el interés del obrero”. En el fondo, esa respuesta era justa y sigue siéndolo, Pero muy pronto se convierte en deplorable fórmula oficial si los sindicatos no están estrechamente mezclados con la vida obrera y si no saben combatir eficazmente contra la “deformación burocrática” de determinados órganos del estado, si no saben darle pruebas al obrero más atrasado de que se ha hecho todo lo posible en beneficio de él. En esta materia hay un límite difícil de fijar, pero que hay que saber no franquear. Si los sindicatos no viven la misma vida económica de las masas trabajadoras, si no hacen todo lo posible por su parte para mejorar sin cesar sus condiciones, la solución teórica de la cuestión del derecho de huelga en el estado obrero no es más que una nefasta fórmula que produce en el trabajador un efecto diametralmente opuesto al buscado.

Todos sabemos cómo de estrechos son nuestros recursos materiales y cómo de difícil nos es aumentar en estos momentos los salarios reales de los trabajadores empleados en la industria del estado. Pero ¿se ha hecho todo lo posible? ¿En lo tocante, por ejemplo, a las condiciones higiénicas del trabajo en nuestra industria? ¿Se ha hecho todo lo que nuestra actual pobreza nos permite hacer, aunque solo sea para los obreros de las empresas más importantes del estado? No. No y mil veces no.

“Uno de los mejores y más infalibles medios para apreciar la justeza y eficacia del trabajo de los sindicatos nos lo ofrecen los resultados de su política de cara a evitar en las empresas del estado los conflictos colectivos, preocupándose del interés del obrero en todas las materias y eliminando a tiempo las causas de los conflictos.”

Así se expresaba con mucha justicia la resolución del comité central. Si se puede decir que en el estado burgués el mejor sindicato, el más combativo, es precisamente aquel que ha llevado adelante más luchas, hay que decir que, en las fábricas del estado obrero, la verdad es exactamente lo contrario. Pero, para liquidar las huelgas, la política de previsión, “el deseo de salvaguardar en todas las materias el interés de los obreros”,

debe sustituir a todo el resto de medios anteriormente empleados en los difíciles días de la guerra civil.

El estado obrero que atraviesa un período de transición como el nuestro no puede prohibir, mediante ley, la huelga en sus establecimientos industriales, aunque salte a la vista de todos los trabajadores conscientes que esa huelga sea perjudicial, absurda, y a veces contrarrevolucionaria. Pero el estado obrero tampoco puede proclamar en sus fábricas el derecho de huelga como quisieran los socialistas revolucionarios y los mencheviques para mayor ventaja de la burguesía. Es esta una contradicción en la misma vida, en la dura realidad de un período de transición.

Cuanto más se fortalezca el estado obrero, más se rehará nuestra vida económica, más rápidamente cicatrizaremos las heridas que nos han inferido la guerra y la contrarrevolución, mejor eliminaremos de nuestra vida social al menchevismo y al “socialismo revolucionario” de aquellos que, durante años, han apoyado a la reacción, más lograrán los sindicatos resolver pacíficamente los conflictos, y la clase obrera devendrá más consciente y menor será la deformación burocrática de nuestros órganos del estado y más deprisa desaparecerá esa contradicción.

Las nuevas tareas asignadas a los sindicatos les atribuyen muchos derechos a sus afiliados, Pero también esperamos mucho de su trabajo. La campaña, cuyo plan bosqueja la resolución del comité central de nuestro partido, llevará meses. Esta resolución, en efecto, no concierne solamente al movimiento sindical. Abarca toda la situación de la clase obrera en el actual período en la Rusia de los sóviets.

Nuestros sindicatos deben transformarse. Deben renacer. ¡Que el partido esté presto junto a ellos! Está por llevar a cabo una obra inmensa. Y los sindicatos deben estar a la altura de las grandes necesidades nuevas a cualquier precio.

[El CE de la Internacional Comunista sobre partido, militantes comunistas y sindicato en Francia]³⁴

(12 de mayo de 1922)

[...]

II

Mientras que la derecha ha aprovechado la indecisión crónica de los principales órganos del partido para adquirir una importancia desproporcionada en la vida del partido francés, no vemos a estos principales órganos del partido concentrando su atención en su tarea básica: la conquista política de las masas trabajadoras organizadas en los sindicatos o que aún permanecen fuera de ellos. Vemos que, con el pretexto de mantener buenas relaciones con los sindicatos o con los sindicalistas, el partido les hace sistemáticamente concesiones sobre todas las cuestiones básicas, entregando así posiciones y abriendo el camino para los elementos anticomunistas más extremos entre el sindicalismo y el anarquismo. Vemos a los miembros del partido continuar realizando en el movimiento sindical una propaganda insolente y provocativa contra la Internacional Comunista. Aprovechando la debilidad teórica del sindicalismo, llevan a cabo dentro de los sindicatos su propia política privada y sectaria, e instalan un régimen irresponsable y oligárquico, más allá del control y sin un programa. El partido capitula ante cada ataque de estos opositores políticos que utilizan la bandera del comunismo para llevar, inevitablemente, el movimiento sindical a la descomposición y a la ruina. Continuar ignorando este peligro principal es permitir un trabajo subversivo contra el comunismo francés durante muchos años por venir.

Si el partido no comprende que el movimiento sindical es incapaz de resolver sus principales tareas sin la ayuda del comunismo, sin que el partido guíe e influya en los miembros comunistas dentro de los sindicatos, inevitablemente el partido tendrá que ceder su lugar en la clase obrera y, sobre todo, en los sindicatos a los anarquistas y a los aventureros. El partido puede ganar influencia sobre los sindicatos solamente mediante una lucha ideológica abierta contra los confusos anarquistas, las camarillas oligárquicas y los aventureros. El partido debe asumir la ofensiva a lo largo de la línea. Debe exponer y criticar a todos los confusos y todos los estúpidos. Debe colocar a todos los comunistas en los sindicatos bajo su control, educarlos en el espíritu de la más estricta disciplina y expulsar sin piedad de sus filas a todos los que se atreven a usar la autonomía como pretexto para continuar su debilitante labor en el movimiento sindical.

Es obvio que en el cumplimiento de esta tarea el partido debe rechazar las formas de agitación y propaganda que son susceptibles de repeler a los sindicalistas impregnados de espíritu revolucionario y, más aún, a las amplias capas de trabajadores sindicalizados que no se han librado de los prejuicios políticos. Una cosa es adoptar una actitud prudente hacia esos elementos y educarlos y otra distinta es capitular pasivamente ante los anarquistas que explotan estos elementos para sus propios fines. En todos los casos la condición necesaria para el éxito en este campo es un firme deseo de tener éxito. Con este fin, el partido debe imponer el control más estricto, con todas las consecuencias que se

³⁴ Extracto de “[Del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al Comité Central del Partido Comunista Francés](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

derivan, es decir, la expulsión de aquellos pseudocomunistas que, de ahora en adelante, no se sometan a las decisiones de la Internacional Comunista. A este respecto, el CEIC espera que el comité central adopte medidas firmes y resueltas que le den a la Internacional Comunista una verdadera garantía de cumplimiento de sus decisiones, una garantía que libere al CEIC de cualquier necesidad de intervenir de nuevo directamente en las tareas y cuestiones organizativas, cuya solución debía ser asunto del comité central de nuestra sección francesa.

Por otro lado, el CEIC declara que la táctica dilatoria de evadir y vacilar en cuestiones de vida o muerte ha sido ampliamente probada y sólo han conducido a resultados negativos. Por esta razón, el CEIC no permitirá nuevos retrasos en este ámbito. [...]

[Más del CE de la Internacional Comunista sobre partido, militantes comunistas y sindicato en Francia]³⁵

(19 de mayo de 1922)

[...]

El partido y los sindicatos

La cuestión de los sindicatos, la más importante.

De pleno acuerdo con los camaradas franceses hemos dicho: la cuestión sindical es la cuestión de la clase obrera. Las relaciones entre el partido comunista y los sindicatos es la cuestión de la revolución francesa.

¿Qué vemos?

Vemos siempre la misma táctica, ahora proclamada como doctrina por Frossard. En su resolución, el Congreso de Marsella ha prometido (se puede decir ha prometido), ha proclamado una nueva era, una nueva etapa en la política de nuestro partido francés hacia los sindicatos. Ha dicho de una manera muy señalada, incluso demasiado: nada de autonomía para los comunistas en los sindicatos. Autonomía sindical naturalmente, pero no autonomía para los comunistas en los sindicatos.

En Moscú, durante la sesión plenaria del ejecutivo, formulamos sobre esta cuestión una tesis que aún es más precisa que la del Congreso de Marsella, pero con el pleno consentimiento de nuestros camaradas franceses.

Estos dijeron: “Esperad un poco, ahora marcharemos más resueltamente por vuestra vía.”

Vemos lo contrario.

En la CGT se da una colaboración entre los comunistas y sindicalistas, colaboración en la que los sindicalistas, siendo los libertarios sobre todo más, (no puedo decir más activos, sino más independientes y más chillones sobre todo que los nuestros, que siempre son muy reservados). De todos modos, se nota que en los sindicatos hay comunistas.

Desde que la escisión es un hecho cumplido, desde que hay dos confederaciones generales del trabajo, no se ve al partido comunista en el movimiento sindical. Solo quedan los sindicalistas anarquizantes y los anarquistas puros que proclaman que el sindicalismo no tiene nada que hacer en el partido, que la Internacional Comunista siempre ha estado comprometida, que ha vivido, que ha muerto a causa de esa enfermedad de la que haba Verdier, que con el sindicalismo revolucionario es suficiente. Y, por otra parte, vemos a Daniel Renoult y Frossard que aceptan esta tendencia y que la validan.

[...]

La organización del partido

Trotsky.- La cuestión de la organización.

Parece ser que en primer lugar esta es una cuestión de oligarquía, Moscú preconiza la oligarquía, el centralismo.

³⁵ Extractos de “Segunda intervención ante el Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre la crisis del PCF (Extractos de las actas del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano.

¿Qué vemos en los sindicatos franceses? Vemos agrupamientos de sindicalistas-revolucionarios, llamados revolucionarios en bloque con los anarquistas.

¿Qué programa tienen? Se reclama de la Carta de Amiens que no ofrece respuestas a las candentes cuestiones del momento. Se reclaman de nombres. Los sindicalistas-revolucionarios responden a todo: con esto es suficiente.

¿Quién controla esos agrupamientos? No hay organización que los controle.

Los sindicatos son la organización de la gran masa donde deben entrar los obreros sin distinción de partidos, tendencia, religión, etc.

Pero ¿quién gobierna esos sindicatos hasta ahora? Los elementos anarquistas, libertarios, sindicalistas-revolucionarios. ¿Bajo qué control están esos elementos? Forman un partido que es una camarilla porque no hay programa, no hay organización, ni estatutos ni control. No se puede negar que lo que se ha creado es un partido, que podría compararse con las organizaciones capitalistas de Norteamérica que son máquinas más o menos secretas que se apoderan de la maquinaria electoral y se imponen.

Igualmente, los elementos sindicalistas-revolucionarios y anarquistas se imponen en el movimiento obrero de Francia.

En cuanto al partido, no se presenta ante los sindicatos. El partido no se presenta; dice: “Este no es mi asunto. Este no es mi dominio”. Y ese dominio se mantiene libre para la competencia política. Esa competencia son los sindicalistas-revolucionarios y anarquistas, que son bastante hábiles en maniobrar en ese medio, en explotar ese sentimiento de autonomía muy extendido en Francia. ¡En Francia se exigen todas las autonomías! De los sindicatos, de las provincias, de la prensa, la autonomía de Fabre para emponzoñar al partido, etc.

Entonces pues, anarquistas y anarquizantes se han apoderado de la situación. No forman un partido, sino una camarilla. Digo que los sindicatos franceses están actualmente dirigidos por una camarilla.

Y en el partido constatamos hechos que son solamente síntomas, pero síntomas muy peligrosos del mismo género.

[...]

[Trotsky y el sindicalismo en Francia]³⁶

(19 de mayo de 1922)

[...]

A propósito de los sindicatos se nos dice: “No olvidéis las supervivencias del pasado en Francia, las tradiciones sindicalistas, anarquistas, etc., no creáis que Francia y Alemania son el mismo caso.” Ahora bien, creo tener derecho a decir que conozco ese lado de la historia de Francia suficientemente para un extranjero. Pasé el comienzo de la guerra en Francia, allí colaboré con sindicalistas, sindicalistas que eran mis mejores amigos, como Monatte y Rosmer. Conjuntamente comenzamos a combatir al chovinismo. Y fue el señor Bourderon, el camarada Saumonneau, el que me decía a veces: “¡pero usted colabora contra el partido con los sindicalistas y anarquistas!” Bourderon decía: “¡no quiero discutir las cuestiones del partido con los anarquistas!”

Por mi parte, aprecio muy bien la escuela sindicalista de Francia, que no era una mala escuela. Pero reconocer la importancia de sus tradiciones e inclinarse piadosamente ante ellas son cosas completamente diferentes.

En la *Humanité* se encuentran resoluciones y artículos de sindicalistas dirigidos contra nosotros y publicados sin comentarios. ¿Por qué no responde el partido? Para no molestar a los sindicalistas. Pero esta es una manera de alimentar sus prejuicios, las supervivencias del pasado, y asegurar su influencia en el movimiento obrero en detrimento de la del partido.

[...]

³⁶ Extracto de “Tercera intervención ante el Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre la crisis del PCF (Extractos de las actas del Ejecutivo de la IC)”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano.

[Más sobre el PCF y la práctica sindical]³⁷

(22 mayo 1922)

[...]

La conducta del partido en la cuestión sindical es particularmente inadmisibles. Determinados camaradas aseguran, con la mayor seriedad, que la falta de éxito del partido en el movimiento sindical se explica por el error del último congreso al establecer un lazo orgánico entre las dos Internacionales. ¡De ello resultaría que la masa obrera se habría resistido al enterarse de que se había establecido, entre la Comintern y la Profintern una representación permanente! De hecho, esto es una enorme ingenuidad. La masa a la que atrae la Profintern roja no se interesa en tal o tal otra sutileza de organización. Lo que la atrae es la bandera de la revolución proletaria, del comunismo, de la República de los Soviets, de la Rusia de los obreros y de los campesinos. Pensar que el obrero de la masa que prefiere a Moscú frente a Ámsterdam está atemorizado porque se ha establecido un cambio de representaciones entre las dos Internacionales es no distinguir a las masas de la burocracia sindical. Esta última, en efecto, no quiere lazos orgánicos pues teme el control político y que el partido la engulla... En el fondo, los sindicalistas y libertarios dirigentes representan en el movimiento sindical una verdadera oligarquía que cuida su posición y prerrogativas y quiere preservarlas de la “competencia” del partido comunista. La masa organizada en los sindicatos no teme, en cuanto a ella, esta competencia: por el contrario, busca ávidamente una verdadera dirección. El viejo partido socialista parlamentario teme la competencia de los revolucionarios y de los sindicalistas que le echan en cara continuamente sus pecados oportunistas y patrióticos. El nuevo partido comunista se ve obligado a continuar esta tradición en la medida en que no se ha librado de tendencias oportunistas. En el momento en el que el partido despliegue su bandera en los sindicatos y hable en ellos a plena voz, conquistará a la masa de los obreros sindicados y los mejores elementos sindicalistas se pondrán bajo su bandera. Ya no habrá lugar para los espíritus limitados, para los charlatanes, los intrigantes y aventureros de la especie de Verdier, Quinton, etc. Considero como un síntoma extremadamente alarmante el artículo de Frossard diciendo que es necesario continuar la tradición jaurista en esta cuestión: en esa vía el partido no podrá más que hundirse en la ruina, precedido de la de los sindicatos privados de una dirección ideológica regular. Asustado por fantasmas, el partido rehúsa hacer sus deberes. Asustado por una crisis, inevitable durante el período de transición hacia una política correcta frente a los sindicatos, el partido marcha inevitablemente hacia la catástrofe. Un giro radical del partido en esta cuestión constituye una condición previa absolutamente necesaria para todo trabajo serio en el seno del proletariado.

[...]

³⁷ Extracto de “Carta a Rosmer [22 de mayo de 1922]”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

[Más sobre el PCF y la cuestión sindical] Carta a Ker³⁸

(6 junio 1922)

[...]

1.- Si al comunismo francés le faltan contornos definidos, si también le falta claridad en las ideas y en la organización, ello no proviene de abajo sino de arriba. La clase obrera francesa, en su doble calidad de clase obrera y de clase obrera francesa, busca la claridad, la determinación, lo finalizado y decidido. Ha suministrado un terreno favorable al sindicalismo revolucionario porque no encontraba esas cosas en el antiguo partido. La clase obrera francesa está amenaza de una recaída en el sindicalismo revolucionario porque, hoy en día, el partido comunista se desembaraza demasiado lentamente, en sus esferas elevadas, de la herencia del pasado. Como ocurre siempre en la historia en semejantes casos, los aspectos positivos del sindicalismo revolucionario de antes de la guerra tienden a desaparecer y sus aspectos negativos adquieren un extraordinario desarrollo. Lo repito, la falta de claridad no proviene de abajo sino de arriba. Proviene de los directores de diarios, de los periodistas, de los diputados con sus relaciones y sus lazos arraigados en el pasado. De ahí se deriva esta extraordinaria indecisión del Comité Director en todas las cuestiones en las que están interesados diarios y periodistas, ¡como en el asunto Fabre!

[...]

3.- Tampoco veo ningún progreso en la cuestión sindical. Por el contrario, vemos aquí un retroceso ininterrumpido del partido. Verdier, Quinton y compañía se han aprovechado de la autoridad del partido para afirmar su posición en el movimiento sindical, para después darle una patada al partido³⁹. Ciertos artículos de *l'Humanité* todavía defienden en la cuestión sindical la actitud de Jaurès, netamente opuesta a la de la Internacional e incluso a la que se expuso en el congreso de Marsella, aunque con bastante poca claridad. En política, como en física, la naturaleza tiene horror al vacío. Ustedes abandonan la posición sindical cuando las masas buscan una guía: he ahí porque los sindicalistas y libertarios ocupan automáticamente posiciones sobre las que no tienen ningún derecho moral. Vemos bien que se tema una crisis en las esferas dirigentes del movimiento sindical. Pero algunos artículos de principios, claros, firmes y capaces de servir de guía publicados en *l'Humanité* importan cien veces más que los acuerdos de pasillo con la CGTU. En una cuestión como la cuestión sindical no se debe permitir a los principales militantes jugar cada uno su papel y tener cada uno su punto de vista. [...]

³⁸ Extractos de “Carta a Ker”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

³⁹ Verdier y Quinton, jefes de fila de los anarcosindicalistas en el seno de la “minoría” revolucionaria de la CGT, después en la CGTU, eran inicialmente miembros del Partido Comunista. El mismo Monatte, campeón de la unidad sindical, fue quien propuso para el secretariado de los CSR a Quinton que después se convertiría en el campeón de la escisión.

[El partido y los sindicatos]⁴⁰

(8 de junio de 1922)

[...]

El camarada Frossard ha realizado un pronóstico bastante optimista. Y todos nosotros, naturalmente, estamos entusiasmados con la perspectiva que se nos dibuja. Confío sinceramente en que se realizará, pero verdaderamente ese éxito es un poco sorprendente.

¿Cómo se prepara ese cambio? Los obreros no lo ven. Sin embargo, la prensa debería reflejar un poco ese proceso. ¡No se ve nada al respecto! Por mi parte he seguido los síntomas que caracterizan las relaciones entre el partido y el movimiento sindical.

Durante la conferencia del Ejecutivo Ampliado insistimos mucho en la necesidad de cambiar la actitud del partido en la cuestión sindical. Nuestros camaradas franceses dijeron: “*Sí, todavía existe cierta falta de energía en la aplicación, pero eso marchará mejor en el futuro.*”

Después leí el artículo del camarada Frossard sobre la cuestión en el que dice:

“La política hábil y previsor de Jaurès impidió que se produjese lo irreparable entre esas dos fuerzas proletarias, una política, la otra económica, tan igualmente necesarias ambas y en el fondo tan estrechamente solidarias. Creo que Longuet no nos reprochará que tomemos a cuenta nuestra la política de Jaurès.”

Camaradas, aquí hay una dirección absolutamente contraria a las resoluciones de nuestros congresos internacionales, a nuestro programa y a las resoluciones de Marsella.

Es una dirección bastante clara: la tradición jauresista. Conocemos bien las grandes cualidades, el potente genio de Jaurès. Incluso en su táctica sindical se manifiesta su gran genio pues esta táctica era completamente apropiada, completamente adecuada para la situación creada por el socialismo-reformista patrioter y nacional, por una parte, y por el sindicalismo anarquizante por la otra. Entonces no había posibilidad para nuestra táctica. El proletariado reaccionaba contra la hipocresía democrática a través del sindicalismo. El partido estaba infeudado al parlamentarismo. Entonces el partido, por la elocuente boca de Jaurès, decía: “*Indulgencia para esta impaciencia del proletariado: este odio, esta obstrucción contra el partido, es un hecho históricamente dado, hay que tomarlo tal cual es, no tocarlo.*”

Por otra parte, los hombres que guiaban a los elementos sindicalistas (y que se revelaron después como unos traidores, que explotaban entonces los sentimientos verdaderamente revolucionarios de la clase obrera francesa, los Jouhaux y compañía, se decían: “*Estamos contra el parlamento, pero puesto que los parlamentarios no pisan nuestro dominio sindical se puede dividir el trabajo, se dará cierto entendimiento tácito entre nosotros y el partido socialista parlamentario. He ahí la tradición jauresista.*”

¿Nosotros podemos aceptarlo? ¡Jamás!

[...]

⁴⁰ Extracto de León Trotsky, “Cuarto discurso de Trotsky. Extractos de los protocolos del Ejecutivo de la Internacional Comunista”, en *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, páginas 458-459 del formato pdf en estas mismas [OELT-EIS](#).

Programa de trabajo y de acción del Partido Comunista Francés⁴¹

(5 de diciembre de 1922)

1.- La tarea más urgente del partido consiste en organizar la resistencia del proletariado ante la ofensiva del capital, desplegada en Francia al igual que en los demás grandes estados industriales. La defensa de la jornada de ocho horas, la conservación y el aumento de los salarios obtenidos, la lucha por todas las reivindicaciones económicas, constituyen la mejor plataforma para reunir al proletariado disperso y devolverle la confianza en su fuerza y en su futuro. El partido debe iniciar inmediatamente la organización de los movimientos de conjunto susceptibles de derrotar la ofensiva del capital y de infundir en la clase obrera la noción de su unidad.

2.- El partido debe llevar a cabo una campaña para demostrar a los trabajadores la interdependencia existente entre el mantenimiento de la jornada de ocho horas y la protección de los salarios, la inevitable repercusión de una de esas reivindicaciones sobre la otra. Debe considerar como motivos de agitación no solo las maniobras de la patronal sino, también, los ataques lanzados por el estado contra los intereses inmediatos de los obreros, como por ejemplo el impuesto sobre los salarios y todas las cuestiones económicas que interesan a la clase, obrera: el aumento de los alquileres, los impuestos de consumo, los seguros sociales, etcétera.

El partido emprenderá una activa campaña de propaganda en la clase obrera por la creación de consejos de fábrica que abarquen al conjunto de los trabajadores de cada empresa, estén o no organizados sindical o políticamente, destinados sobre todo a ejercer un control obrero sobre las condiciones del trabajo y de la producción.

8.- Las consignas de lucha por las reivindicaciones materiales apremiantes del proletariado deben servir para hacer efectivo el frente único contra la reacción económica y política. La táctica del frente único obrero será el patrón general de las acciones de masa. El partido creará condiciones favorables para el triunfo de esta táctica encarando una preparación seria de su propia organización y de los elementos simpatizantes, con todos los medios propagandísticos y de agitación de que disponga. La prensa, los volantes, los panfletos, las reuniones de todo tipo, deben emplearse en esta acción que el partido extenderá a todos los grupos proletarios donde haya comunistas. El partido convocará a las organizaciones obreras rivales más importantes, políticas y sindicales, comentando constantemente en la prensa sus proposiciones o las de los reformistas, las aceptaciones y los rechazos de unas u otras. En ningún caso renunciará a su total independencia, a su derecho a criticar a los participantes en la acción. Siempre tratará de tomar y conservar la iniciativa y de gravitar sobre cualquier otra iniciativa que coincida con su programa.

4.- Para estar en condiciones de participar en la acción obrera en todas sus formas, de contribuir a orientarla o de desempeñar, bajo determinadas circunstancias, un papel decisivo, el partido debe constituir, sin pérdida de tiempo, su organización de trabajo sindical. La formación de comisiones sindicales dependientes de las federaciones y

⁴¹ “Programa de trabajo y de acción del Partido Comunista Francés”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet](#) y en castellano.

secciones (decidida por el Congreso de París) y de grupos comunistas en las fábricas y en las grandes empresas capitalistas o estatales, hará penetrar en las masas obreras las ramificaciones del partido, gracias a las cuales éste podrá difundir sus consignas y aumentar la influencia comunista en el movimiento proletario. Las comisiones sindicales, en todos los niveles de la estructura del partido y de los sindicatos, se mantendrán en vinculación con los comunistas que se mantuvieron, de acuerdo con el partido, en la CGT reformista y los guiarán en su oposición a la política de los dirigentes oficiales. Registrarán a los miembros del partido sindicados, controlarán su actividad y les transmitirán las directivas del partido.

5.- El trabajo comunista en todos los sindicatos sin excepción consiste, en primer término, en la lucha por el restablecimiento de la unidad sindical, indispensable para la victoria del proletariado. Toda ocasión debe ser utilizada por los comunistas para demostrar los efectos nefastos de la escisión actual y preconizar la fusión. El partido combatirá toda tendencia a la dispersión de la acción, a la división de la organización, al particularismo profesional o local, a la ideología anarquista. Sostendrá la necesidad de la centralización del movimiento, la formación de vastas organizaciones por industria, la coordinación de las huelgas para sustituir las acciones localizadas y limitadas, condenadas de antemano a la derrota, por las acciones de conjunto susceptibles de mantener la confianza de los trabajadores en su fuerza. En la CGT Unitaria, los comunistas combatirán toda tendencia contraria a la reunión de los sindicatos franceses en la Internacional Sindical Roja. En la CGT reformista, denunciarán a la Internacional de Ámsterdam y las prácticas de colaboración de clase de los dirigentes. En las dos CGT, preconizarán las demostraciones y acciones comunes, las huelgas en común, el frente único, la unidad orgánica, el programa integral de la Internacional Sindical Roja.

6.- El partido debe aprovechar cada movimiento de masas espontáneo u organizado, que revista una cierta amplitud, para esclarecer el carácter político de toda lucha de clases y utilizar las condiciones favorables para la difusión de sus consignas de lucha política tales como la amnistía, la anulación del tratado de Versalles, la evacuación de la orilla izquierda del Rin por el ejército de ocupación, etc.

7.- La lucha contra el tratado de Versalles y sus consecuencias debe pasar a un primer plano dentro de las preocupaciones del partido. Se trata de activar la solidaridad de los proletarios de Francia y de Alemania contra la burguesía de los dos países, que son las que se benefician con el trabajo. Para ello, el deber urgente del partido francés será el de hacer conocer a los obreros y a los soldados la situación trágica de sus hermanos alemanes, agobiados por las dificultades materiales provocadas esencialmente por las consecuencias del tratado. El estado alemán no puede satisfacer las exigencias de los aliados si no es a costa de mayores sufrimientos para la clase obrera. La burguesía francesa protege a la burguesía alemana, negocia con ella en detrimento de los obreros, favorece su empresa de dominación sobre los servicios públicos y le garantiza ayuda y protección contra el movimiento revolucionario. Las dos burguesías se preparan para concluir la alianza del hierro francés y del carbón alemán, arreglar la ocupación del Ruhr, lo que significará la esclavitud de los mineros de la cuenca. Un gran peligro amenaza no sólo a los explotados del Ruhr sino también a los trabajadores franceses, incapaces de sostener la competencia de la mano de obra alemana, reducida para los capitalistas franceses a muy bajo precio gracias a la devaluación del marco. El partido debe hacer comprender esta situación a la clase obrera francesa y prevenirla contra el inminente peligro. La prensa debe describir constantemente los sufrimientos del proletariado alemán, víctima del tratado de Versalles, y demostrar la imposibilidad de su realización. En las regiones ocupadas militarmente y en las regiones devastadas, debe llevarse a cabo una propaganda especial para denunciar a las dos burguesías como responsables de los

males que afligen a esas regiones y desarrollar el espíritu de solidaridad de los obreros de ambos países. La consigna comunista será: confraternización de los soldados y de los obreros franceses y alemanes en la orilla izquierda del Rin. El partido se mantendrá en estrecha vinculación con el partido hermano de Alemania para realizar eficientemente esta lucha contra el tratado de Versalles y sus consecuencias. El partido combatirá al imperialismo francés no solamente en lo que respecta a su política con Alemania sino, también, en lo que respecta a sus manifestaciones sobre toda la superficie del globo, en particular a los tratados de paz de Saint-Germain, Neuilly, Trianon y Sevres.

8.- El partido emprenderá un trabajo sistemático de penetración comunista en el ejército. La propaganda antimilitarista deberá diferenciarse claramente del pacifismo burgués hipócrita e inspirarse en el principio del pertrechamiento del proletariado y del desarme de la burguesía. En su prensa, en el parlamento, en toda ocasión favorable, los comunistas apoyarán las reivindicaciones de los soldados, preconizarán el reconocimiento de los derechos políticos de éstos, etc. En medio del llamamiento a las nuevas clases, de las amenazas de guerra, la agitación antimilitarista revolucionaria debe ser intensificada. Se hará bajo la dirección de un órgano especial del partido, con participación de las Juventudes Comunistas.

9.- El partido se interesará por la causa de las poblaciones coloniales explotadas y oprimidas por el imperialismo francés, apoyará sus reivindicaciones nacionales que constituyen etapas hacia su liberación del yugo capitalista extranjero, defenderá sin reservas su derecho a la autonomía o a la independencia. Luchar por sus libertades políticas y sindicales sin restricciones, contra el servicio militar de los nativos, por las reivindicaciones de los soldados nativos, esa es la tarea inmediata del partido. Este combatirá despiadadamente las tendencias reaccionarias aún existentes entre ciertos elementos obreros y que consisten en la limitación de los derechos de los nativos. Creará junto a su Comité Director un organismo especial dedicado al trabajo comunista en las colonias.

10.- La propaganda entre la clase campesina, tendiente a ganar para la revolución a la mayoría de los obreros agrícolas, colonos y granjeros, y a ganarse la confianza de los pequeños propietarios, se acompañará con una acción orientada hacia la obtención de mejores condiciones de vida y de trabajo de los campesinos asalariados o dependientes de los grandes propietarios. Dicha acción exige que las organizaciones regionales del partido formulen y difundan programas de reivindicaciones inmediatas apropiados para las condiciones especiales de cada región. El partido deberá favorecer las asociaciones agrícolas, cooperativas y sindicales contrarias al individualismo campesino. Se dedicará particularmente a la creación y al desarrollo de los sindicatos profesionales entre los obreros agrícolas.

11.- El trabajo comunista con las obreras presenta gran interés y exige una organización especial. Se necesitan una comisión central dependiente del Comité Director con un secretariado permanente, comisiones locales cada vez más numerosas y un órgano consagrado a la propaganda femenina. El partido apoyará la unificación de las reivindicaciones de las obreras y de los obreros, la nivelación de los salarios para un mismo trabajo sin distinción de sexo, la participación de las mujeres explotadas en las campañas y en las luchas de los obreros.

12.- Es preciso consagrar al desarrollo de las Juventudes Comunistas esfuerzos más metódicos y constantes de los que ha hecho el partido hasta ahora. Deben ser establecidas relaciones recíprocas entre el partido y las Juventudes Comunistas en todos los niveles de la organización. En principio, la Juventud estará representada en todas las comisiones dependientes del Comité Director. Las federaciones, las secciones, los propagandistas del partido tienen la obligación de ayudar a los grupos ya existentes de

jóvenes, de crear otros nuevos. El Comité Central está obligado a vigilar el desarrollo de la prensa de las Juventudes y a asegurar a éstas una tribuna en los órganos centrales. El partido hará suyas en los sindicatos las reivindicaciones de la juventud obrera de acuerdo con su programa.

13.- En las cooperativas, los comunistas defenderán el principio de la organización nacional única y crearán grupos comunistas vinculados a la sección cooperativa de la Internacional Comunista por intermedio de una comisión vinculada al Comité Director. En cada federación, una comisión especial deberá dedicarse al trabajo comunista en las cooperativas. Los comunistas se esforzarán en utilizar la cooperación como auxiliar del movimiento obrero.

14.- Los afiliados elegidos en el parlamento, en las municipalidades, etc., llevarán a cabo la lucha más enérgica vinculada estrechamente con las luchas obreras y las campañas conducidas por el partido y las organizaciones sindicales al margen del parlamento. Los diputados comunistas, bajo el control y la dirección del Comité Central del partido, los consejeros comunistas municipales generales y de circunscripción, bajo el control y la dirección de las secciones y de las federaciones, deberán ser empleados por el partido como agentes de agitación y de propaganda, conforme a las tesis del 2º Congreso de la Internacional Comunista.

15.- El partido, para poder elevarse a la altura de las tareas trazadas por su programa y por los congresos nacionales e internacionales y poder realizarlos, deberá perfeccionar y fortalecer su organización, siguiendo el ejemplo de los grandes partidos comunistas de los demás países y las reglas de la Internacional Comunista. Necesita una severa centralización, una disciplina inflexible, una estrecha subordinación de cada miembro del partido, de cada organismo, al organismo inmediato superior. También es indispensable desarrollar la educación marxista de los militantes multiplicando sistemáticamente los cursos de adoctrinamiento en las secciones, abriendo escuelas del partido, quedando estos cursos y estas escuelas bajo la dirección de una Comisión Central del Comité Director.

Una discusión necesaria con nuestros camaradas sindicalistas⁴² (23 de marzo de 1923)

Este artículo fue escrito como respuesta al camarada Louzon⁴³, inmediatamente después del Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista⁴⁴. Pero en ese momento se prestaba más atención a la lucha contra la derecha socialista, contra la última tanda de disidentes, Verfeuil, Frossard, etcétera⁴⁵. En esta lucha uníamos nuestros esfuerzos, y lo seguimos haciendo, a los de los sindicalistas, y yo preferí posponer la publicación de este artículo. Estamos firmemente convencidos de que nos seguiremos entendiendo perfectamente con los sindicalistas revolucionarios. La entrada de nuestro viejo amigo Monatte⁴⁶ al partido comunista para nosotros supuso una gran alegría. La revolución necesita hombres como él. Pero sería un error compensar un *rapprochement* con una confusión de ideas. En el curso de los últimos meses el Partido Comunista Francés se ha depurado y consolidado; por lo tanto, podemos entrar ahora en una discusión tranquila y fraternal con nuestros camaradas sindicalistas, a cuyo lado tenemos muchas tareas que cumplir y muchas batallas que ganar.

El camarada Louzon, en una serie de artículos y explicaciones personales, expuso, respecto a la cuestión fundamental de las relaciones entre el partido y los sindicatos, posiciones que difieren radicalmente de las de la Internacional y del marxismo. Camaradas franceses, cuya opinión acostumbro respetar, sienten una gran estima por el camarada Louzon y a su devoción hacia el proletariado. Por esa razón, es más necesario aún corregir los errores que cometió en una cuestión tan importante. El camarada Louzon defiende la independencia total e incondicional de los sindicatos. ¿Contra qué? Obviamente contra ciertos ataques. ¿De quiénes? Contra los ataques atribuidos al partido. La independencia de los sindicatos, una necesidad indiscutible, para él adquiere un significado absoluto y casi místico. Y nuestro camarada apela, equivocadamente, a Marx.

Los sindicatos, dice Louzon, representan a “toda la clase obrera”. El partido, en cambio, no es más que un partido. Ni siquiera se los puede equiparar. “La clase obrera tiene su fin en sí misma”. En cambio, el partido solamente puede servir a la clase obrera o subordinarse a ella. Así que el partido no puede “anexarse” a la clase obrera. El hecho

⁴² León Trotsky, “Una discusión necesaria con nuestros camaradas sindicalistas”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

⁴³ Louzon, Robert (1882), sindicalista revolucionario, por esa época miembro del Partido Comunista Francés. Él y Monatte siguieron luego el mismo camino, y terminaron en el grupo *Révolution Proletarienne*. Trotsky había dejado temporalmente de lado sus diferencias con Monatte y Louzon para concentrar sus esfuerzos en la lucha contra Frossard.

⁴⁴ Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista. Noviembre-diciembre de 1922. En este congreso Trotsky informó sobre la crisis del partido francés. [Ver en estas mismas [OELT-EIS](#), [Los cinco primeros años de la Internacional Comunista](#), páginas 559-599 del formato pdf.]

⁴⁵ Frossard, Louis Olivier (1889-1946), centrista de izquierda. Secretario del Partido Comunista Francés después de 1920, renunció en 1923 y volvió al Partido Socialista. Dejó el PS en 1935 para ser Ministro de Trabajo. Fue ministro de los gobiernos del Frente Popular y del primero de Pétain.

⁴⁶ Monatte, Pierre (1881-1960), sindicalista revolucionario, fundó *Vie ouvrière* en 1909. Uno de los primeros en oponerse a la Primera Guerra Mundial. Se unió al Partido Comunista Francés en 1923, para dejarlo un año más tarde. Fundó *Révolution prolétarienne* en 1924 y la Liga Sindicalista en 1926.

de que hasta el último Congreso de Moscú la Internacional Comunista estuviera representada en la Internacional Sindical Roja⁴⁷, y viceversa, para Louzon, significaba la verdadera equiparación de la clase y el partido. Ahora, una vez eliminada esta representación, el partido reasume su rol de sirviente, y el camarada Louzon lo aprueba. Para él, ésta también era la posición de Marx. El que las internacionales política y sindical ya no estén representadas una en la otra, para Louzon significa el rechazo a los errores de Lassalle (!)⁴⁸ y de los socialdemócratas (!) y un retorno a los principios del marxismo.

Esta es la esencia de un artículo aparecido en *Vie Ouvrière* del 7 al 15 de diciembre. Lo más llamativo de este y otros artículos similares, es que el autor cierra obvia, consciente y decididamente los ojos ante lo que ocurre realmente en Francia. Se podría suponer que el artículo fue escrito en la estrella Sirio. ¿De qué otro modo se puede comprender la afirmación de que los sindicatos representan a “toda la clase obrera”? ¿de qué país está hablando? Si se refiere a Francia, por lo que sabemos, allí los sindicatos no incluyen, desgraciadamente, ni a la mitad de la clase obrera. Las maniobras criminales de los sindicalistas reformistas, apoyados desde la izquierda por algunos anarquistas, han roto la organización sindical francesa. Ninguna de las confederaciones sindicales abarca más de 300.000 obreros. Ni por separado ni juntas, se pueden identificar con todo el proletariado francés, del cual solamente constituyen una modesta porción. Es más, cada sindicato persigue una política distinta. La confederación sindical reformista [*Confédération Générale du Travail* (CGT)] coopera con la burguesía; la Confederación General del Trabajo Unitaria [*Confédération Générale du Travail Unitaire* (CGTU)] es, por suerte, revolucionaria. Y en esta última organización, Louzon no representa más que una tendencia. ¿Qué quiere decir entonces cuando afirma que la clase obrera, a la que identifica obviamente con la organización sindical, tiene un fin en sí misma? ¿con ayuda de quién y cómo expresa la clase obrera francesa sus reivindicaciones? ¿con la ayuda de la organización de Jouhaux?⁴⁹ Por cierto que no. ¿Con la ayuda de la CGTU? La CGTU le ha prestado grandes servicios, pero desgraciadamente todavía no es toda la clase obrera. Finalmente, para no omitir nada, no hace mucho la CGTU estaba dirigida por los anarcosindicalistas del “Pacto”⁵⁰. Actualmente sus dirigentes son sindicalistas comunistas. ¿En cuál de estos dos períodos la CGTU representó mejor los intereses de la clase obrera? ¿Quién puede juzgarlo? Si intentáramos contestar esa pregunta ahora, valiéndonos de la experiencia internacional de nuestro partido, cometeríamos, para Louzon, un pecado mortal, porque estaríamos pretendiendo que el partido juzgue qué política es más beneficiosa para la clase obrera. Es decir, colocamos al partido por encima de la clase

⁴⁷ Internacional Sindical Roja, también conocida como Profintern, sigla de sus iniciales en ruso. Fue fundada en Moscú en 1921 en oposición a la federación obrera internacional reformista (“amarilla”) con sede central en Ámsterdam. [Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov, en su serie *Tercera Internacional – Internacional Comunista: Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista* (2ª edición, 2017), en páginas 174-182 del formato pdf.]

⁴⁸ Lassalle, Ferdinand (1825-1864), socialista alemán. Organizó la Unión General de Obreros Alemanes en 1863. Su fusión con los seguidores de Marx en Alemania condujo finalmente a la constitución del Partido Socialdemócrata.

⁴⁹ Jouhaux, León (1870-1954), dirigente de la Confédération Générale du Travail (CGT) de la que fue secretario general desde 1921 hasta la Segunda Guerra Mundial. Sindicalista social-patriota durante la primera guerra. Se opuso a la Revolución Rusa. Para Trotsky era la personificación del colaboracionismo de clases.

⁵⁰ El “Pacto”, firmado por dieciocho anarquistas y semianarquistas en febrero de 1921, su existencia se mantuvo en secreto. Impregnados del espíritu de francmasonería y del “sindicalismo puro”, sus firmantes intentaban copar el movimiento sindical francés para oponerse a la influencia de los comunistas. Al descubrirse un tiempo antes del congreso de fundación (junio de 1922) de la Confederation Général du Travail Unitaire (CGTU) se armó gran revuelo. El pacto no logró su objetivo, ya que la CGTU eligió una dirección comunista y comunista-sindicalista.

obrero. Pero si quisiéramos dirigirnos a *toda la clase obrera*, desgraciadamente la encontraríamos dividida, impotente, muda. Los distintos sectores de la clase, organizados en diferentes confederaciones, en diferentes grupos dentro del mismo sindicato, nos darán respuestas diversas. Pero la abrumadora mayoría del proletariado, que sigue fuera de ambas confederaciones, no nos dará actualmente ninguna respuesta.

No hay ningún país en que la organización sindical abarque a toda la clase obrera, pero en algunos comprende al menos un vasto sector. No es éste el caso de Francia. Si, como plantea Louzon, el partido no debe “anexarse” la clase obrera (¿qué se supone que quiera decir realmente este término?), ¿por qué razón le otorga entonces el camarada Louzon este derecho al sindicalismo? Podría contestarnos: “Nuestra organización sindical es todavía muy débil. Pero no tenemos dudas sobre su futuro y su victoria final”. A eso le contestaríamos: “Es cierto, nosotros también compartimos esta convicción. Pero no tenemos dudas de que el partido ganará la confianza incondicional de la gran mayoría de la clase trabajadora”. No se trata, para el partido ni para los sindicatos, de “anexarse” el proletariado (está muy mal de parte de Louzon el emplear la terminología que utilizan nuestros opositores en su lucha contra la revolución), sino de *ganarse la confianza* del proletariado. Y esto solamente puede lograrse mediante tácticas correctas, probadas por la experiencia. ¿Quiénes preparan consciente, cuidadosa y críticamente estas tácticas? ¿Quién se las propone a la clase obrera? Seguramente no caen del cielo. Y el conjunto de la clase obrera, como “cosa en sí”, tampoco nos enseña esas tácticas. Nos parece que el camarada Louzon no ha pensado en esto.

“El proletariado tiene su fin en sí mismo”. Si despojamos esta frase de sus arcos místicos, su significado obvio es que las tareas históricas del proletariado están determinadas por su ubicación social como clase y por su papel en la producción, en la sociedad y en el estado. Esto está totalmente fuera de duda. Pero esta verdad no nos ayuda a resolver el problema que nos preocupa, es decir: ¿Cómo llegará el proletariado a la *comprensión subjetiva* de la tarea histórica que le plantea su situación objetiva? Si el proletariado como clase fuera capaz de comprender inmediatamente su tarea histórica no serían necesarios ni el partido ni los sindicatos. La revolución habría nacido simultáneamente con el proletariado. Por el contrario, el *proceso* mediante el cual el proletariado comprende su misión histórica es largo y penoso, y está plagado de contradicciones internas.

Solamente a través de prolongadas luchas, de duras pruebas, de muchas vacilaciones y de una amplia experiencia, los mejores elementos de la clase obrera de la vanguardia de las masas alcanzan esa comprensión. Esto se aplica tanto al partido como a los sindicatos. También los sindicatos comienzan como un pequeño grupo de obreros activos y crecen gradualmente, a medida que su experiencia les permite ganar la confianza de las masas. Pero mientras las organizaciones revolucionarias luchan para ganar influencia sobre la clase obrera, los ideólogos burgueses contraponen a “la totalidad de la clase obrera” no sólo con el partido de la clase obrera sino también con sus organizaciones sindicales, a las que acusan de querer “anexársela”. *Le Temps*⁵¹ lo dice cuando hay una huelga. En otras palabras, los ideólogos burgueses contraponen a la clase obrera como objeto con la clase obrera como sujeto consciente. Porque es solamente a través de su minoría con conciencia de clase que la clase obrera se convierte en factor histórico. Vemos entonces que las críticas planteadas por el camarada Louzon hacia las “pretensiones injustificadas del partido” *se pueden aplicar igualmente a las “pretensiones injustificadas” de los sindicatos*. Sobre todo, en Francia, ya que el

⁵¹ *Le Temps*, importante diario francés. Apareció entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda, como vocero semioficial del gobierno. Muy corrupto. Fue cerrado después de la Segunda Guerra por colaboración con los fascistas.

sindicalismo francés (debemos repetirlo) ha sido y es, organizativa y teóricamente, igual que un partido. Así fue que llegó, durante su período clásico (1905-1907), a la teoría de la “minoría activa”, y no a la del “proletariado colectivo”. ¿Y qué es una minoría activa, ligada por la unidad de sus ideas, sino un partido? Por otra parte, una organización sindical masiva que no contuviera una minoría activa con conciencia de clase, ¿no sería una organización sin sentido y puramente formal?

Que el sindicalismo francés era un *partido* quedó totalmente confirmado con la ruptura que sufrió tan pronto aparecieron divergencias políticas en sus filas. Pero el partido del sindicalismo revolucionario siente la misma aversión que toda la clase obrera francesa por los obreros como tales. Por lo tanto, no asumió el nombre de *partido* y se mantiene incompleto en cuanto a organización. Es un partido que intentó diluir a sus miembros en la asociación sindical, o al menos cobijarse en los sindicatos. Se explica entonces la subordinación real de los sindicatos a ciertas tendencias, fracciones y hasta camarillas. También se explica el “Pacto”, caricatura masónica de partido en el seno de la organización sindical. Y viceversa: la Internacional Comunista ha combatido firmemente la división del movimiento sindical francés, es decir su conversión en partidos sindicalistas. La consideración principal del partido comunista ha sido la tarea histórica de la totalidad de la clase obrera, y la enorme importancia que como tal tiene la organización sindical en la resolución de las tareas del proletariado. En este aspecto ha defendido, desde el principio, en el espíritu del marxismo, la independencia real y viva de los sindicatos.

El sindicalismo revolucionario, que fue en muchos aspectos el precursor del comunismo actual en Francia, ha adoptado la teoría de la minoría activa, es decir del partido, pero sin convertirse abiertamente en un partido. De esta forma ha impedido que los sindicatos se transformaran en una organización de la totalidad de la clase obrera (lo que no es posible en un sistema capitalista) o al menos de amplias masas. Los comunistas no le temen a la palabra “partido”, porque su partido no tiene ni tendrá nada en común con los otros partidos. Su partido no es uno de los partidos políticos del sistema burgués, es la minoría activa y con conciencia de clase del proletariado, su vanguardia revolucionaria. Por lo tanto, los comunistas no tienen ninguna razón, ni ideológica ni organizativa, para esconderse tras los sindicatos. No los utilizan para maquinaciones de trastienda. No los rompen cuando están en minoría. No perturban de ningún modo el desarrollo independiente de los sindicatos y apoyan sus luchas con todas sus fuerzas. Pero al mismo tiempo el partido comunista se reserva el derecho a expresar sus opiniones sobre todos los problemas del movimiento obrero, incluso sobre los sindicales, de criticar las tácticas de los sindicatos y de hacerles propuestas concretas que aquellos, por su parte, son libres de aceptar o rechazar. El partido trata de ganar la confianza de la clase obrera y, sobre todo, del sector organizado en los sindicatos.

¿Qué significan las citas de Marx a las que hace referencia el camarada Louzon? Es cierto que Marx escribió en 1868 que el partido obrero saldría de los sindicatos⁵². Cuando escribía esto pensaba principalmente en Inglaterra, que era el único país capitalista desarrollado que ya tenía grandes organizaciones obreras. Desde entonces ha pasado medio siglo. La experiencia histórica confirmó las profecías de Marx en lo que respecta a Inglaterra. El Partido Laborista inglés se construyó realmente sobre la base de los sindicatos. ¿Pero cree el camarada Louzon que al Partido Laborista inglés actual, con la dirección de Henderson y Clynes, se lo puede considerar auténticamente representativo de los intereses de la totalidad del proletariado? Decididamente, no. El Partido Laborista traiciona la causa del proletariado en Gran Bretaña, del mismo modo que lo hace la

⁵² Ya en 1847, Marx señalaba este hecho para Inglaterra, ver en nuestra [OEME-EIS: Miseria de la filosofía](#), páginas 88-92 del formato pdf.

burocracia sindical, si bien en Inglaterra los sindicatos están más cerca de representar al conjunto de la clase obrera que en cualquier otra parte. Por otro lado, no debemos tener ninguna duda de que nuestra influencia comunista crecerá en este Partido Laborista inglés surgido de los sindicatos, y que esto contribuirá a agudizar las luchas entre las masas y sus dirigentes dentro de los sindicatos, hasta que los burócratas traidores sean expulsados y el Partido Laborista transformado y regenerado totalmente. Y nosotros, como el camarada Louzon, pertenecemos a una Internacional a la que se ha adherido el Partido Comunista inglés, y que combate a la Segunda Internacional a la que apoya el Partido Laborista inglés, que tuvo su origen en los sindicatos.

En Rusia (y, con relación a las leyes de desarrollo capitalista⁵³, Rusia está en las antípodas de Gran Bretaña) el partido comunista, que originariamente fue el partido socialdemócrata, es anterior a los sindicatos y los creó. Los sindicatos y el estado obrero de Rusia están hoy en día totalmente bajo la influencia del partido comunista, que no tuvo de ningún modo su origen en los sindicatos, sino que, por el contrario, los creó y preparó. ¿Diría el camarada Louzon que la evolución de Rusia entra en contradicción con el marxismo? ¿No es más sencillo decir, que el planteamiento de Marx sobre el origen del partido en los sindicatos, se ha reafirmado por la experiencia en Inglaterra, y que ni siquiera allí en un ciento por ciento, pero que Marx nunca tuvo la más mínima intención de sentar una ley que él mismo llamara una vez, desdeñosamente, “suprahistórica”? Los demás países de Europa incluida Francia, se encuentran, en este aspecto, entre Rusia y Gran Bretaña. En algunos países los sindicatos son anteriores al partido, en otros se dio el caso contrario. Pero en ningún caso, salvo en Inglaterra y parcialmente en Bélgica, el partido del proletariado surgió de los sindicatos. Pero, como de los sindicatos no ha surgido ningún partido comunista orgánico, ¿debemos sacar la conclusión de que toda la Internacional Comunista ha tenido un nacimiento ilegítimo? Cuando los sindicatos ingleses apoyaban alternativamente a los conservadores y a los liberales y en cierta medida eran un apéndice sindical de esos partidos, cuando la organización política de los obreros alemanes no era más que el ala izquierda del partido democrático, cuando los seguidores de Lassalle y Eisenach⁵⁴ se peleaban entre sí; entonces Marx reclamaba la independencia de los sindicatos de todo partido. Esta fórmula estaba dictada por el deseo de contraponer las organizaciones obreras a todos los partidos burgueses y de impedir que se ligaran demasiado estrechamente a las sectas socialistas. Pero el camarada Louzon se olvida de que el mismo Marx fundó la Primera Internacional⁵⁵, cuyo objetivo era guiar en todos los sentidos al movimiento obrero de todos los países y hacerlo fructífero. Fue en 1864, y la Internacional creada por Marx *era un partido*. Marx no quiso esperar a que el partido internacional de la clase obrera se formara sólo y de cualquier forma y al margen de los sindicatos. Hizo todo lo que pudo, para fortalecer dentro de los sindicatos la influencia de las ideas del socialismo científico, las que aparecieron por vez primera en

⁵³ Puede verse en estas mismas OELT-EIS, por ejemplo, *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución.*

⁵⁴ Eisenach, Wilhelm Liebknecht y August Bebel, seguidores de Marx en Alemania, fundaron el Partido Obrero Socialdemócrata en 1869 en Eisenach, en oposición a la Unión General de Obreros Alemanes, lasallista. Lasallistas y eisenacheanos unieron finalmente sus movimientos en 1875 en una convención celebrada en Gotha. [Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: [Programa del SAPD aprobado en el Congreso de Eisenach, celebrado en agosto de 1869](#), [Proyecto de Programa del Partido Obrero Alemán para el Congreso de Gotha](#) y el [Programa adoptado en el Congreso de Gotha del Partido Socialdemócrata Alemán, celebrado en mayo de 1875](#); también puede verse en OEME-EIS la *Crítica del Programa de Gotha (con anexos) [Glosas marginales al Programa de Gotha]* de Carlos Marx.]

⁵⁵ [En estas mismas Edicions Internacionals Sedov, nuestra serie: [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\).](#)]

1847 en el *Manifiesto Comunista*⁵⁶. Cuando Marx reclamaba la total independencia de los sindicatos de todos los partidos y sectas existentes, es decir de todos los partidos y sectas burguesas y pequeñoburguesas, lo hacía con el objeto de facilitar al socialismo científico su predominio en los sindicatos. Marx nunca consideró al partido del socialismo científico uno más de los tantos partidos políticos existentes (parlamentarios, democráticos, etcétera). Para Marx, la Internacional era la clase obrera consciente, representada en ese momento por una vanguardia aún muy pequeña.

Si el camarada Louzon fuera consecuente con su metafísica sindical y su interpretación de Marx, diría: “Renunciemos al partido comunista y esperemos a que se forme a partir de los sindicatos”. En realidad, la única posibilidad de que los actuales sindicatos franceses recuperen su unidad y conquisten una influencia mayoritaria sobre las masas, reside en que sus mejores elementos se organicen como vanguardia revolucionaria consciente del proletariado, es decir en un partido comunista. Marx no dio ninguna respuesta definitiva al problema de las relaciones entre el partido y los sindicatos, tampoco podía hacerlo. Estas relaciones dependen de circunstancias que varían en cada caso. Si el partido y la confederación sindical tienen una representación mutua en sus comités centrales, o si forman comités de acción conjunta cuando es necesario, no tiene mayor importancia. Pueden cambiar las formas organizativas, pero el papel fundamental del partido sigue constante. El partido para merecer ese nombre, debe incluir a toda la vanguardia de la clase obrera y usar su influencia ideológica para que puedan fructificar todas las manifestaciones del movimiento obrero, especialmente el movimiento sindical. Pero para que las organizaciones sindicales merezcan ese nombre deben abarcar a una masa creciente de obreros, y entre ellos a muchos elementos atrasados. Sólo cumplirán su misión si se guían conscientemente por principios firmemente establecidos, y sólo la pueden cumplir si sus mejores elementos se encuentran unidos en el partido de la revolución proletaria.

La reciente depuración del Partido Comunista Francés, que por un lado se libró de pequeños burgueses llorosos, héroes de salón, Hamlet políticos y trepadores repugnantes, y por el otro produjo el *rapprochement* de los comunistas y los sindicalistas revolucionarios, significa un gran avance para la creación de relaciones adecuadas entre las organizaciones sindicales y la organización política, lo que a su vez es un gran paso adelante hacia la revolución.

23 de marzo de 1923

⁵⁶ [En estas mismas Edicions Internacionals Sedov, en su serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\): *Manifiesto Comunista \(anexos\)*](#).]

¡Otra vez los prejuicios anarcosindicalistas!⁵⁷

(8 de mayo de 1923)

El nuevo artículo del camarada Louzon contiene más errores que los anteriores, si bien su línea principal de argumentación toma esta vez un giro totalmente distinto.

En sus artículos anteriores partía de abstracciones que suponían que los sindicatos representaban al “conjunto de la clase obrera”. En mi respuesta⁵⁸ planteé la siguiente duda: “¿Dónde escribe sus artículos el camarada Louzon, en Francia o en Sirio?”. En su último artículo abandonó el débil soporte de las leyes universales e intentó apoyarse en el terreno nacional del sindicalismo francés. Dice que sí, que los sindicatos franceses no son realmente el conjunto de la clase trabajadora, sino una minoría activa. O sea que el camarada Louzon reconoce que los sindicatos son una especie de partido revolucionario. Pero este partido sindicalista se distingue por ser puramente proletario en su constitución. Esta es su gran ventaja sobre el partido comunista. Además, tiene otras ventajas: el partido sindicalista rechaza categóricamente las instituciones estatales burguesas, no “reconoce” a la democracia y por lo tanto no toma parte en las luchas parlamentarias.

El camarada Louzon no se cansa de repetir que nos referimos a las particularidades del desarrollo francés, únicamente. Habiendo comenzado con una amplia generalización en la que había convertido a Marx en un sindicalista, ahora deja de lado a Inglaterra, Rusia y Alemania. No contesta a nuestra pregunta de por qué pertenece él a la Internacional Comunista, en compañía del minúsculo Partido Comunista Inglés, y no a la Segunda Internacional, como los sindicatos ingleses y el Partido Laborista inglés que éstos apoyan. Louzon comenzó por una ley “suprahistórica” para todos los países y terminó reclamando una ley excepcional para Francia. Más todavía, su carácter excluye la posibilidad de una Internacional: ¿cómo pueden discutirse tácticas comunes si no hay premisas fundamentales comunes? Es muy difícil entender por qué el camarada pertenece a la Intersindical Comunista. No menos difícil es entender por qué pertenece al Partido Comunista Francés, habiendo otro que tiene todas sus ventajas y ninguna de sus desventajas.

Ahora, si bien el camarada Louzon deja el plano internacional para internarse en el nacional, ignora sistemáticamente la cuestión “nacional” que se le planteó en nuestro primer artículo: ¿Qué papel cumplió la CGT⁵⁹ durante la guerra? El de Jouhaux no fue menos despreciable y traidor que el de Renaudel⁶⁰. La única diferencia consistió en el hecho de que el partido socialpatriótico demostraba una cierta sistematización en sus posiciones y en sus actos, mientras que los sindicalistas patriotas actuaban de una forma puramente empírica y justificaban sus acciones con miserables y estúpidas improvisaciones. Podría decirse que, en cuanto a tradición patriótica, el partido socialista,

⁵⁷ León Trotsky, “¡Otra vez los prejuicios anarcosindicalistas!”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

⁵⁸ Ver más arriba páginas 123-128.

⁵⁹ CGT, *Confédération Générale du Travail* (Confederación General del Trabajo), la confederación sindical reformista dirigida por Jouhaux.

⁶⁰ Renaudel, Pierre (1871-1935), mano derecha del dirigente socialista Jean Jaurès hasta 1914. Editor socialpatriota de *l'Humanité* durante la Primera Guerra Mundial. Luego dirigente del ala derecha del partido socialista.

debido a su definición, superaba al semidefinido partido sindicalista. En el fondo, Renaudel y Jouhaux eran lo mismo.

¿Y ahora qué pasa? ¿Desea Louzon la unión de ambas confederaciones? Nosotros sí. La Internacional lo considera necesario. Ni siquiera nos alarmaríamos si esta unión le da a Jouhaux la mayoría. Claro que no diríamos (como lo hace Louzon) que el sindicalismo es, aun encabezado por Jouhaux, Dumoulin, Merrheim y demás⁶¹, la forma más pura de organización proletaria, que abarca “al conjunto de la clase obrera”, etcétera, etcétera. Sería una tergiversación de los hechos. Pero consideraríamos que la formación de organizaciones obreras más amplias, es decir la concentración de masas proletarias mayores, que conformen un campo de batalla más vasto para la lucha por las tácticas e ideas del comunismo, es un gran logro para la causa de la revolución. Lo primero que se necesita para esto es que las ideas y tácticas del comunismo no estén en el aire sino organizadas bajo la forma de un partido. En cuanto al camarada Louzon, no es consecuente hasta el fin con sus planteamientos, porque si no su conclusión lógica debería ser la sustitución del partido por una organización sindical de la “minoría activa”. El resultado inevitable de esto sería el reemplazo del partido y del sindicato, ya que esos sindicatos que propone el camarada Louzon son demasiado indefinidos como partidos y demasiado pequeños para sindicatos.

Los argumentos del camarada Louzon respecto a que los sindicatos no quieren mancharse con el contacto con las organizaciones de la democracia burguesa le hacen un débil eco al anarquismo. Puede suponerse que la mayoría de los obreros organizados en la CGTU votará en las elecciones por el partido comunista (al menos esperamos que el camarada Louzon, como miembro del partido comunista, los llame a hacerlo), mientras que la mayoría de los miembros de la confederación amarilla votarán por el partido de Blum, Renaudel⁶². El sindicato, como forma organizativa, no se adapta a la lucha parlamentaria, pero los obreros organizados en los sindicatos tendrán igualmente sus diputados. Es un simple caso de división del trabajo dentro de una misma clase. ¿O acaso a los obreros franceses les es indiferente lo que pasa en el parlamento? Ellos no piensan así. Los sindicatos han reaccionado muchas veces ante la labor legislativa del parlamento, y lo seguirán haciendo en el futuro. Y si, al mismo tiempo, hay legisladores comunistas en el parlamento, que trabajen hombro a hombro con los sindicatos revolucionarios contra los actos de violencia y los golpes de la “democracia” imperialista, es una ventaja y no una desventaja. La “tradicción” francesa dice que los diputados son traidores. Pero el Partido Comunista Francés ha sido creado para barrer con esa tradición. Si algún diputado se aparta de la línea clasista, será expulsado del partido. Nuestro partido francés ha aprendido a hacerlo y la desconfianza es totalmente infundada.

Louzon se queja de que el partido tiene muchos intelectuales pequeñoburgueses. Es cierto. Pero el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista lo reconoció y adoptó

⁶¹ Jouhaux... y demás, Jouhaux, León (1870-1954), dirigente de la Confédération Générale du Travail (CGT) de la que fue secretario general desde 1921 hasta la Segunda Guerra Mundial. Sindicalista social-patriota durante la primera guerra. Se opuso a la Revolución Rusa. Para Trotsky era la personificación del colaboracionismo de clases; Georges Dumoulin (1877-1963), centrista durante la Primera Guerra Mundial, se unió después a Jouhaux y al ala derecha. Tuvo varios cargos sindicales antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando colaboró con el gobierno de Vichy; Alphonse Merrheim (1871-1923), partidario de Jouhaux en 1917, luchó contra los revolucionarios y permaneció en el ala derecha de la CGT luego de la división de 1921.

⁶² El partido de Blum-Renaudel, el partido socialista; León Blum (1872-1950) era editor del principal periódico socialista, *Le Populaire*, después de las elecciones de 1936 fue primer ministro del primer gobierno del Frente Popular; Renaudel, Pierre (1871-1935), mano derecha del dirigente socialista Jean Jaurès hasta 1914. Editor socialpatriota de *l'Humanité* durante la Primera Guerra Mundial. Luego dirigente del ala derecha del partido socialista.

una resolución al respecto⁶³, que no ha dejado de tener su efecto. Hay más por hacer para consolidar el carácter proletario del partido. Pero no lograremos este fin mediante la contradictoria metafísica sindicalista del camarada Louzon, sino con un trabajo partidario sistemático en el terreno sindical y en los aspectos de la lucha proletaria. Ya hay un número considerable de obreros en el comité central de nuestro partido francés. Esto se refleja en todo el partido. La misma tendencia se sigue, de acuerdo a las resoluciones del Cuarto Congreso, en las elecciones parlamentarias y municipales. El partido ganará así la confianza del proletariado revolucionario. Esto significa que el partido sufrirá cada vez menos la falta de proletarios activos y competentes que ocupen los puestos revolucionarios más importantes y de mayor responsabilidad. Mucho me temo que las posiciones del camarada Louzon ejerzan una influencia negativa sobre esta profunda evolución progresiva de la vanguardia de la clase obrera francesa. Pero no dudo de que el comunismo superará este obstáculo, como todos los demás.

Moscú, 8 de mayo de 1923

⁶³ [En estas mismas Edicions Internacionals Sedov, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, 2ª edición, páginas 250-260 del formato pdf.]

[Sindicatos en la construcción de la sociedad de transición]⁶⁴
(1923)

[...]

Hubo casos en el Favzaskom en que el nacimiento de un niño fue celebrado con una ficticia ceremonia de “inspección” y un especial decreto protocolar en que se añadía el nombre del niño a la lista de los ciudadanos de la R.S.F.R. [República Socialista Federativa Rusa]. La ceremonia fue seguida de un banquete. En una familia de trabajadores el aprendizaje de un muchacho es celebrado asimismo como si se tratase de una fiesta. En tanto está orientado a la elección de un oficio, y en última instancia, de un género de vida, es un hecho de real importancia. Se trata de una gran oportunidad para la intervención de los sindicatos. En general, éstos deben desempeñar un papel más importante en la creación de las nuevas formas de vida. Las corporaciones de la Edad Media debieron su poder e influencia al hecho de que abarcaban la vida del aprendiz en todos sus aspectos. Saludaban al niño el día de su nacimiento, lo conducían hasta la puerta de la escuela y a la iglesia cuando se casaba, y lo enterraban cuando había cumplido con los deberes de su profesión. Las corporaciones no eran simplemente confederaciones de gremios; eran la vida organizada de la comunidad. Actualmente nuestras uniones industriales evolucionan siguiendo los mismos rumbos, pero con la diferencia, por cierto, de que en oposición a las del medioevo, las nuevas formas de vida llegarán a independizarse de la iglesia y sus supersticiones, y estarán imbuidas del firme propósito de aprovechar cada conquista de la ciencia y la mecánica para hacer la vida más bella y próspera.

[...]

⁶⁴ Extracto de *Problemas de la vida cotidiana*, en estas mismas OELT-EIS, página 23 del formato pdf.

[Sindicalismo,] tradeuniones, y bolchevismo⁶⁵ (1925)

Que no es posible apreciar las tareas fundamentales del movimiento obrero y fijar sus límites desde el punto de vista formal y en el fondo puramente jurídico de la democracia es lo que resalta con una claridad particular en la más reciente historia de Inglaterra y, con un relieve sorprendente, en la cuestión de las cotizaciones políticas en los sindicatos. A primera vista, esta cuestión parece puramente práctica. Tiene, sin embargo, una enorme importancia de principio, que tememos no comprendan los señores líderes del Labour Party. El objeto de las Trade-Unions es la lucha por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de las condiciones de existencia de los obreros. Con este fin sus miembros aportan cotizaciones. En cuanto a su actividad política, las Trade-Unions se han considerado formalmente como neutras, aun encontrándose con bastante frecuencia a remolque del partido liberal. Innecesario es decir que los liberales, vendiendo, a semejanza de los conservadores, toda clase de honores a sus ricos cotizantes burgueses, no tenían necesidad del apoyo financiero de las Trade-Unions, sino solamente de sus sufragios. La situación cambió a partir del momento en que los obreros crearon, por las Trade-Unions, su propio partido. Las TradeUnions, que habían dado vida al Labour Party, tuvieron que sostenerlo financieramente. Hubo que pedir a los obreros cotizaciones suplementarias. Los partidos burgueses condenaron unánimemente este “escandaloso atentado contra la libertad individual”. El obrero no es sólo un obrero, sino un ciudadano y un hombre, expone profundamente Macdonald. “Precisamente [le replican Baldwin, Asquith y Lloyd George]. En calidad de ciudadano, el obrero, sindicado o no, tiene el derecho de votar por cualquier partido. Obligarle a pagar una cotización al Labour Party es ejercer una violencia, no sólo sobre su bolsa, sino sobre su conciencia. ¡Y, en fin, es una violación de la constitución democrática, que excluye toda coacción en materia de apoyo otorgado a tal o cual partido!” Tales argumentos eran ciertamente como para impresionar bastante a los líderes del Labour Party, quienes hubieran de buen grado renunciado a emplear en las organizaciones sindicales los métodos antiliberales, casi bolcheviques, de la coerción, si no hubiese habido esa maldita necesidad de chelines y libras esterlinas, sin los cuales no se puede, ni aun en la democracia inglesa, ostentar un mandato de diputado. Tal es la triste suerte de los principios democráticos, que los chelines y las libras esterlinas les hacen chichones en la frente y les tapan los ojos. Tal es, en suma, la imperfección del mejor de los mundos.

La historia de la cuestión de las cotizaciones políticas en las Trade-Unions es ya harto rica en peripecias y episodios dramáticos. No la contaremos aquí. Aun en estos últimos días Baldwin ha renunciado (¡por el momento!) a sostener el nuevo intento de sus amigos conservadores de prohibir la imposición de las cotizaciones políticas. La ley parlamentaria de 1913, actualmente en vigor, autoriza a los sindicatos (Trade-Unions) a establecer cotizaciones políticas, pero reconoce a todos los sindicatos el derecho de negarse a pagarlas y prohíbe a las Uniones en tal caso el empleo de represalias contra sus miembros, excluirlos, etc. De creer al *Times* (6 de marzo de 1925), un 10 por 100 del

⁶⁵ Epígrafe tomado de *¿A dónde va Inglaterra? Europa y América*, en *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*, páginas 68-76 del formato pdf.

número de obreros sindicados hacen uso de su derecho a negarse al pago de las cotizaciones políticas. El principio de la libertad individual queda así a salvo, en parte por lo menos. La libertad sólo triunfaría completamente cuando sólo se recogieran dichas cotizaciones entre los sindicatos que dieran para ello su benévolo consentimiento. Hoy, por el contrario, todos los sindicatos tienen la obligación, si la Unión lo decide, de hacer efectivas las cuotas políticas, exceptuados los que en tiempo debido se nieguen a ello en las formas prescritas. En otros términos, el principio liberal ha quedado reducido, en lugar de una regla triunfante, a una excepción tolerada. Y esta parcial aplicación del principio de la libertad individual no ha sido conseguida (¡ay, ay!) por la voluntad de los obreros, sino por la acción de la legislación burguesa sobre la organización del proletariado.

Esta circunstancia suscita la cuestión siguiente: ¿Cómo ocurre que los obreros, que constituyen la masa principal de la población inglesa, y por tanto de la democracia inglesa, se ven por toda su acción incitados a violar el principio de la “libertad individual”, cuando la burguesía legiferante, y sobre todo la Cámara de los Lores, intervienen en calidad de defensores de la libertad, bien prohibiendo categóricamente toda “violencia” respecto del sindicato (decisión de la Cámara de los Lores en 1909, asunto Osborne), bien limitando seriamente esta “violencia” (acta parlamentaria de 1913)? La explicación es, naturalmente, que las organizaciones obreras luchan, estableciendo su derecho antiliberal, “despótico”, bolchevique, de imponer obligatoriamente cotizaciones políticas, por la posibilidad efectiva, real y no metafísica, de tener una presentación obrera en el Parlamento, mientras que los conservadores y los liberales, al defender el principio de la “libertad individual”, en realidad tienden a desarmar materialmente a los obreros y a someterlos así al partido burgués. Basta advertir el reparto de papeles: las Trade-Unions defienden el derecho incondicional de imponer cotizaciones políticas obligatorias; la Cámara de los Lores fósiles, la prohibición incondicional de estas cotizaciones, en nombre de la sagrada libertad individual; en fin, la Cámara de los Comunes arranca a las Trade-Unions una concesión equivalente a una rebaja del 10 por 100 en favor de los principios del liberalismo. Hasta un ciego distinguiría aquí al tacto el carácter de clase del principio de la libertad individual, que en esta circunstancia concreta no significa nada más que un intento de expropiación política del proletariado por la burguesía, que desea reducir a la nada al Labour Party.

Los conservadores defienden contra las Trade-Unions el derecho del obrero a votar por cualquier partido (¡se trata de esos mismos *tories* que han negado durante siglos a los obreros el derecho a cualquier sufragio que fuese! Aun hoy, no obstante haberse visto y vivido mucho, no se puede leer sin emoción la historia de la lucha por, el *bill* de reforma al principio de la década 1820-1830. ¡Con qué asombrosa tenacidad, con qué obstinación, con qué insolencia de clase, de clase esclavista, los *landlors*, los banqueros, los obispos, en una palabra, la compacta minoría privilegiada, rechazaron los ataques de la burguesía y de los obreros que la seguían al asalto de las posiciones parlamentarias! La reforma de 1832 se hizo cuando ya no era posible dejar de hacerla. Y la ampliación del voto se llevó a cabo en virtud de un riguroso propósito: separar a la burguesía de los obreros. Los liberales en nada se distinguían realmente de los conservadores; conseguida la reforma electoral de 1832, abandonaron a los obreros. Cuando los artistas exigieron de los *tories* y de los *wighs* el derecho de sufragio para los obreros, la resistencia de los detentadores del monopolio parlamentario fue encarnizada. ¡Y cuando los obreros han conseguido por fin el derecho de voto, los conservadores toman la defensa de su “libertad individual” contra la tiranía de las Trade-Unions! ¡Y esta repugnante, esta vil hipocresía no es juzgada en el Parlamento como se merecería! Por el contrario, los diputados laboristas dan las gracias al Premier, que generosamente renuncia por el momento a echar el nudo corredizo al cuello del Labour Party, pero reservándose íntegramente el derecho

de hacerlo en un momento mejor escogido. Los charlatanes que se llenan la boca con las palabras “democracia”, “igualdad”, “libertad individual”, debían sentarse en los bancos de la escuela y ser obligados a estudiar la historia de Inglaterra en general y la historia de las luchas por la ampliación del voto en particular.

El liberal Cobden declaró en otro tiempo que hubiera preferido vivir bajo el poder de la ley de Argel que bajo el de las Trade-Unions. Cobden expresaba de este modo su indignación liberal contra la tiranía “bolchevique”, cuyos gérmenes se encuentran ya en la naturaleza misma de las Trade-Unions. Cobden (a su manera) tenía razón. Los capitalistas que caen bajo el poder de los sindicatos no se encuentran muy a su gusto; la burguesía rusa sabe algo de esto. Pero se trata precisamente de que el obrero se halla siempre bajo la férula de un dey de Argel, encarnado por el patrón, y no puede debilitar su tiranía sino con ayuda de las Trade-Unions o sindicatos. Es cierto que el obrero tiene que admitir al hacerlo ciertos sacrificios, no sólo financieros sino también personales. Pero gracias a las Trade-Unions su libertad individual gana, en fin de cuentas, mucho más de lo que pierde. Es un punto de vista de clase. No se puede eludir. De él se deriva el derecho de imponer cotizaciones políticas. Hoy cree la burguesía, en su masa, que debe *conformarse* con la existencia de las Trade-Unions. Piensa, sin embargo, limitar su actividad al punto en que la lucha contra grupos aislados de capitalistas se convierte en una lucha contra el Estado capitalista.

El diputado conservador Macquisten ha precisado en el Parlamento que los casos de renuncia de las Trade-Unions a las cotizaciones políticas se registran especialmente en las ramas de industria pequeñas y aisladas; en las industrias concertadas se observan, y lo deplora, los efectos de la presión moral y de la persuasión de la masa. ¡Observación altamente interesante! ¡Y cómo caracteriza al Parlamento inglés que haya sido hecha por un *tory* extremista, autor de un proyecto de ley prohibiendo las cotizaciones, y no por un socialista! Esta observación demuestra que la renuncia a las cotizaciones políticas se observa en las ramas de industria más atrasadas, en las cuales las tradiciones pequeñoburguesas y, por consiguiente, la noción pequeñoburguesa de la libertad individual, se resuelven habitualmente en votos para el partido liberal y aun para el partido conservador. En las industrias nuevas, más modernas, reina la solidaridad de clase y la disciplina proletaria, que a los capitalistas y sus servidores, vástagos de la clase obrera, les parece una especie de terror.

Blandiendo sus rayos, un diputado conservador refirió que el secretario de una Trade-Union amenazaba con publicar las listas de los afiliados que se negaban a satisfacer las cotizaciones para el Labour Party. Los diputados obreros exigieron indignados el nombre de ese impío. Sería necesario, sin embargo, recomendar a todas las Trade-Unions esa manera de obrar. No hay que decir que los burócratas que se esfuerzan, con aplauso de los dos partidos burgueses, en excluir a los comunistas de las organizaciones obreras, se guardarán mucho de hacerlo. Cada vez que se trata de comunistas, ya no es cuestión de libertad individual: entran en juego las consideraciones sobre la seguridad del Estado. ¡No se puede de ningún modo admitir en el Labour Party a los comunistas, que niegan el carácter sacrosanto de la democracia! En el curso del debate sobre las cotizaciones, se le escapó al autor del proyecto de prohibición, Macquisten, a quien ya conocemos, una pequeña frase que la oposición acogió con una risa ligera, pero que, en realidad, sería necesario grabar en los muros del Parlamento y comentarla y explicarla en todas las reuniones obreras. Para demostrar con ayuda de cifras el alcance de las cotizaciones políticas de las Trade-Unions. Macquisten dijo que antes del *bill* liberal de 1913 las Trade-Unions sólo invertían anualmente en su acción política alrededor de 50.000 dólares, en tanto que hoy disponen, a consecuencia de la legalización de las cotizaciones políticas, de un fondo de 1.250.000 dólares. Es muy natural, comprueba Macquisten, que el Labour

Party haya llegado a ser fuerte. “Cuando se dispone de 1.250.000 dólares de ingresos por año, se puede formar un partido político con no importa qué fin.” Nuestro *tory* enfurecido ha dicho más de lo que hubiera querido. Ha reconocido con franqueza que los partidos se pueden hacer y se hacen con dinero y que los fondos desempeñan un papel decisivo en la mecánica de la democracia. ¿Es necesario añadir que los fondos de la burguesía son mucho más abundantes que los del proletariado? Esta sola comprobación reduce a la nada la falsa mística de la democracia. Todo obrero inglés que salga de su entorpecimiento debe decir a Macdonald: es falso que los principios de la democracia constituyan para nuestro movimiento el criterio más alto; estos mismos principios se hallan sujetos al control de la finanza, que los altera y falsifica.

Precisa, sin embargo, reconocerlo: si se permanece en un punto de vista formalmente democrático y si se parte de la noción del ciudadano ideal (y no del proletario, o del capitalista o el latifundista), los gorilas más reaccionarios de la alta Cámara parecen ser los más consecuentes. Todo ciudadano tiene perfectamente el derecho de sostener libremente con su portamonedas y su voto al partido que le aconseja su libre conciencia. La desdicha es que este ciudadano británico ideal no existe en la naturaleza. No representa más que una ficción jurídica. Jamás ha existido. Pero el pequeño burgués y el burgués medio se han aproximado en cierta medida a esta noción ideal. Hoy día el fabiano se considera como el tipo de un ciudadano medio ideal, respecto del cual el capitalista y el proletario no son sino desviaciones del ciudadano ideal. Los filisteos fabianos no son, sin embargo, muy numerosos aquí abajo, aunque haya aun sensiblemente de sobra. En general, los electores se dividen, de una parte, en propietarios y explotadores; en proletarios y explotados de otra.

Los sindicatos constituyen (y nada podrá contra esto ninguna casuística liberal) la organización de clase de los obreros asalariados en su lucha contra la avaricia y la rapacidad de los capitalistas. La huelga es una de las armas más importantes del sindicato. Las cotizaciones están destinadas a sostener las huelgas. Durante las huelgas los obreros no usan muchas consideraciones con los traidores, que representan otro principio liberal, el de la “libertad de trabajo”. En cualquier huelga grande, el sindicato necesita un apoyo político y tiene que dirigirse a la prensa, al partido, al Parlamento. La hostilidad del partido liberal contra las luchas de las Trade-Unions ha sido una de las razones que indujeron a éstas a crear el Labour Party. Si se ahonda en la historia de los orígenes del Labour Party, resulta evidente que, desde el punto de vista de las Trade-Unions, el partido no es más que su sección política. La Trade-Union necesita una caja de huelga, una red de delegados con poder, un diario y un diputado que goce de su confianza.

Los gastos de elección de un diputado representan para la Trade-Union un gasto tan legítimo, necesario y obligado, como los gastos de mantenimiento de un secretario. Sin duda, el miembro liberal o conservador de una Trade-Union puede decir: “Yo pago con regularidad mi habitual cotización de afiliado, pero me mego a pagar la del Labour Party, pues mis convicciones políticas me obligan a votar por un liberal (o por un conservador).” A lo cual podría responder el representante de la Trade-Union: “Cuando luchamos por el mejoramiento de nuestras condiciones de trabajo (y tal es el objeto de nuestra organización) necesitamos el apoyo de un partido obrero, de su prensa, de sus diputados; ahora bien, el partido por el que tú votas (liberal o conservador) se revuelve contra nosotros llegado ese caso, se esfuerza en comprometernos, en sembrar la discordia entre nosotros o en organizar contra nosotros a los rompeshuelgas; no tenemos ninguna necesidad de miembros que sostienen a los rompeshuelgas.” De modo que lo que desde el punto de vista de la democracia capitalista es libertad individual, desde el punto de vista de la democracia proletaria se manifiesta como libertad política de romper las huelgas. Esa disminución de un 10 por 100 conseguida por la burguesía no es una cosa inocente.

Significa que en el efectivo de las Trade-Unions un hombre por diez es un enemigo político, es decir, un enemigo de clase. Sin duda, se logrará conquistar a una parte de esta minoría. Pero el resto, en caso de lucha viva, puede constituir en manos de la burguesía un arma preciosa contra los obreros. La lucha para cerrar la brecha abierta en las Trade-Unions por el *bill* parlamentario de 1913 es, por tanto, absolutamente inevitable en el porvenir.

En general, los marxistas sustentamos la opinión e que todo obrero honrado, sin taras, puede estar sindicado, sean cualesquiera sus opiniones políticas, religiosas y demás. Consideramos los sindicatos, de una parte, como organizaciones económicas de combate; de otra, como escuelas de educación política. Preconizando, como regla general, la admisión en el sindicato de los obreros atrasados e inconscientes, no nos inspiramos en el principio abstracto de la libertad de opinión o de la libertad de conciencia, sino en consideraciones de finalidad revolucionaria. Las cuales nos dicen, por añadidura, que, en Inglaterra, donde el 90 por 100 de los obreros sindicados paga cotizaciones políticas, unos conscientemente, otros por espíritu de solidaridad, y solamente un 10 por 100 se atreve a retar a plena luz al Labour Party, es necesario emprender contra ese 10 por 100 una acción sistemática. Hay que llevarlos a comprender que son unos apostatas; hay que asegurar a las Trade-Unions el derecho de excluirlos a igual título que a los rompehuelgas. Para terminar: si un ciudadano abstracto tiene el derecho de votar por cualquier partido, las organizaciones obreras también tienen el derecho de no admitir en su seno a los ciudadanos cuya conducta política es hostil a los intereses de la clase obrera. La lucha de los sindicatos encaminada a cerrar las puertas de las fábricas a los no sindicados se considera desde hace tiempo como una manifestación de terrorismo obrero, o, como se dice hoy, de bolchevismo. Precisamente en Inglaterra se pueden y se deben aplicar estos métodos de acción al Labour Party, que se ha desarrollado como la continuación directa de las Trade-Unions. Los debates parlamentarios del 7 de marzo de 1925, mencionados más arriba, sobre las cotizaciones políticas, presentan un interés excepcional en cuanto a la definición de la democracia parlamentaria. Sólo en el discurso del Premier Baldwin se oyeron prudentes alusiones al peligro real que reside en la estructura de clases de Inglaterra. Las antiguas relaciones sociales han desaparecido, las buenas viejas empresas de costumbres patriarcales (el mismo Mr. Baldwin dirigió una en su juventud) ya no existen. La industria se concentra y se combina. Los obreros se agrupan en sindicatos y estas organizaciones pueden constituir un peligro para el Estado mismo. Baldwin habló tanto de las organizaciones patronales como de los sindicatos obreros. Pero huelga decir que el verdadero peligro que amenaza al Estado no lo ve sino en las Trade-Unions. Harto sabemos por el ejemplo de América a qué se reduce la lucha contra los trusts. La ruidosa agitación de Roosevelt no fue más que una pompa de jabón. En su tiempo, y después de él, los trusts se fortalecieron aún más, y el Gobierno americano es su órgano ejecutivo a título mucho más directo que el Labour Party órgano de las Trade-Unions. Si en Inglaterra la forma de organización de los trusts no desempeña el mismo papel que en América, el papel de los capitalistas no es por eso menos grande. El peligro de las Trade-Unions consiste en que éstas formulan (por el momento con tanteos, vacilaciones y equívocos) el principio del gobierno obrero, gobierno que no es posible sin Estado obrero, como contrapeso del gobierno capitalista, que no puede subsistir actualmente sino bajo la capa de la democracia. Baldwin admite sin restricciones el Principio de la "libertad individual", base del *bill* prohibitivo presentado por sus amigos parlamentarios. Asimismo, considera como un "mal moral" las cotizaciones políticas. Pero no quiere turbar la paz social. Una vez entablada la lucha, ésta podría tener penosas consecuencias: "No queremos ser, en ningún caso, los primeros en disparar." Y Baldwin termina: "¡Trae la paz a nuestro tiempo, Señor!" La Cámara, en su casi totalidad, comprendido un gran número de

diputados obreros, aplaudió su discurso: Baldwin había hecho, según su propia declaración, un “gesto de paz”. El diputado laborista Thomas, siempre en su lugar cuando hay que hacer un gesto servil, se levanta en tanto y felicita a Baldwin, cuyo discurso se halla penetrado de un espíritu verdaderamente humanitario: con un contacto estrecho, los patronos y los obreros sólo pueden salir ganando. Thomas expone, no sin cierto orgullo, que numerosos obreros, pertenecientes al ala izquierda, se niegan a pagar las cotizaciones políticas porque tienen un secretario tan reaccionario como el mismo Mr. Thomas. Y todos los debates sobre una cuestión en que se cruzan los intereses vitales de las clases en lucha se desenvuelven en ese tono convencional, equívoco, de la mentira oficial y del *cant* parlamentario puramente inglés. Las reticencias de los conservadores tienen un carácter maquiavélico. Las reticencias del Labour Party son dictadas por una despreciable cobardía. La representación de la burguesía hace pensar en un tigre que esconde sus garras y se muestra acariciador. Los líderes obreros tales como Thomas hacen pensar en perros corridos que esconden el rabo.

La ausencia de una salida para la situación económica de Inglaterra se manifiesta de un modo muy directo sobre las Trade-Unions. Al día siguiente de la terminación de la guerra, cuando la Gran Bretaña parecía, al primer golpe de vista, la dueña absoluta de los destinos del mundo, las masas obreras, despertadas por la guerra, afluyeron por cientos de miles y millones de hombres a las Trade-Unions. Estas alcanzaron su apogeo en 1919; después empezó el reflujo. En el momento actual, los efectivos de las organizaciones sindicales han descendido sensiblemente y siguen descendiendo. John Whitley, que se halló a la “izquierda” en el ministerio Macdonald, decía en marzo, en una reunión pública de Glasgow, que hoy las Trade-Unions no son sino la sombra de sí mismas y ni pueden combatir ni negociar. Fred Bramley, el secretario general del Congreso de las Trade-Unions, se pronunció enérgicamente contra esas apreciaciones. La polémica entre estos dos adversarios, tan impotentes, sin duda, el uno como el otro en teoría, ofrece el mayor interés sintomático. Bramley dice que el movimiento político, menos “ingrato”, es decir, que abre más anchas posibilidades de carrera, aleja de las Trade-Unions a sus más preciosos militantes. Por otra parte, pregunta, ¿qué sería del Labour Party sin las cotizaciones políticas de las Trade-Unions? En fin de cuentas, Bramley no llega al descenso del poder económico de las Trade-Unions pero lo explica por la situación económica de Inglaterra. En vano buscaríamos en el secretario del Congreso de las Trade-Unions la sugestión de alguna solución. Su pensamiento no sale del cuadro de una oculta rivalidad entre el aparato de las Trade-Unions y el del partido. Pero la cuestión no reside ahí. La “radicalización” de la clase obrera y, por consiguiente, el desarrollo del Labour Party, se fundan en las mismas causas que han infligido tan crueles golpes al poder económico de las Trade-Unions. En la actualidad, innegablemente, un movimiento se desenvuelve a expensas del otro. Se cometería, sin embargo, una supina ligereza deduciendo de ello que el papel de las Trade-Unions ha terminado. Por el contrario, los sindicatos de industria de la clase obrera inglesa acaban de ponerse en marcha hacia un gran porvenir. Precisamente porque ya no les quedan a las Trade-Unions, dentro de los límites de la situación capitalista y dada la situación actual de la Gran Bretaña, perspectivas de ninguna suerte, los sindicatos de industria están obligados a empeñarse en el camino de la reorganización socialista de la economía.

Cuando las Trade-Unions se hayan reconstruido del modo correspondiente, se convertirán en la principal palanca de la transformación económica del país. Pero la conquista del poder por el proletariado (no en el sentido de esa farsa trivial y lamentable del ministerio Macdonald, sino en el sentido real, material, revolucionario, de la lucha de clases) es para ello una condición previa absolutamente necesaria. Es preciso que todo el aparato del Estado esté al servicio del proletariado. Es necesario que toda la

administración, los jueces, los funcionarios se hallen tan penetrados del espíritu socialista del proletariado, como los funcionarios y los jueces actuales están penetrados del espíritu burgués. Únicamente las Trade-Unions darán el personal necesario para esta obra. Asimismo, las Trade-Unions formarán los órganos de administración de la industria nacionalizada. Las Trade-Unions se convertirán en el futuro en escuelas de educación del proletariado en el espíritu de la producción socialista. Es, por tanto, imposible medir esta gran tarea de una sola ojeada. Pero actualmente se encuentran en un callejón sin salida. No hay salida ninguna del lado de los paliativos y de las medias medidas. La gangrena del capitalismo inglés arrastra inevitablemente consigo la impotencia de las Trade-Unions. Sólo la revolución puede salvar a la clase obrera inglesa, y con ella a sus organizaciones. Para tomar el poder el proletariado ha de tener a su cabeza un partido revolucionario. Para conseguir que las Trade-Unions sean capaces de cumplir su papel ulterior, se necesita librarlas de los funcionarios conservadores, cretinos supersticiosos que esperan no se sabe qué milagros “pacíficos”, y pura y simplemente, en fin, de los agentes del gran capital, renegados como Thomas. Un partido obrero reformista, oportunista y liberal no servirá más que para extenuar a las Trade-Unions, paralizando la actividad de las masas. El partido obrero revolucionario, apoyado en las Trade-Unions, será el poderoso instrumento de su saneamiento y de su vigoroso desarrollo.

La imposición obligatoria, antiliberal, “despótica”, de las cotizaciones políticas contiene en germen, como el grano el tallo y la espiga futuros, todos los métodos del bolchevismo contra los cuales Macdonald prodiga incansablemente el agua bendita de su mediocridad indignada. La clase obrera tiene el derecho y el deber de colocar su voluntad de clase por encima de todas las ficciones y sofismas de la democracia burguesa. Tiene que obrar con el aplomo revolucionario que Cromwell inculcaba a la joven burguesía inglesa. Ya conocemos el lenguaje que Cromwell empleaba con sus soldados puritanos: “No quiero engañaros con ayuda de las expresiones equívocas empleadas en mis instrucciones, en las que se habla de combatir por el Rey y por el Parlamento. Si llegara a ocurrir que el Rey se encontrara en las filas del enemigo, yo descargaría contra él mi pistola, como contra cualquiera, y si vuestra conciencia os impide hacer otro tanto, os aconsejo que no os alistéis bajo mis órdenes.” Estas palabras no expresan ni sed de sangre ni despotismo, sino la conciencia de una gran misión histórica que confiere el derecho de aniquilar todos los obstáculos del camino. Por la boca de Cromwell habla una joven clase en camino de progreso, por primera vez elevada a la conciencia de su misión. Si es menester buscar tradiciones nacionales, el proletariado inglés debe tomar de sus antiguos “Independientes” aquel espíritu de seguridad revolucionaria y de intrepidez ofensiva. Los Macdonald, los Webb, los Snowden y *tutti quanti* sólo toman de los compañeros de armas de Cromwell sus prejuicios religiosos, combinándolos con una cobardía auténticamente fabiana. La vanguardia del proletariado sólo necesita unir el valor revolucionario de los “Independientes” con la clara filosofía materialista.

La burguesía inglesa se da cuenta exacta de que el mayor y principal peligro la amenaza del lado de las Trade-Unions, y que sólo bajo la presión de estas organizaciones de masa puede el Labour Party, radicalmente renovada su dirección, convertirse en una fuerza revolucionaria. Uno de los nuevos métodos de la lucha contra las Trade-Unions consiste en la agrupación del personal administrativo y técnico de la industria (ingenieros, directores, contra maestres, etc.) en un “tercer partido de la producción”. El *Times* lleva a cabo una campaña habilísima, muy astuta, contra la teoría de la “unidad de intereses de los trabajadores manuales e intelectuales”. Tanto en ésta como en otras circunstancias, los políticos burgueses saben sacar partido diestramente de las ideas fabianas, que ellos mismos han sugerido. La oposición del trabajo contra el capital, dice el *Times* al unísono de todos los jefes del Labour Party, es nefasta para el desenvolvimiento nacional, y de

este axioma deduce la conclusión siguiente: los ingenieros, los directores, los administradores, los técnicos, situados entre el capital y el trabajo, son los más aptos para apreciar los intereses de la industria en “su conjunto” y conseguir que reine la paz entre asalariados y patronos. A este fin, el personal técnico y administrativo debe constituirse en tercer partido de la industria. En realidad, el *Times* sale al encuentro de los fabianos. La posición de principio de estos últimos, dirigida, con un espíritu reaccionario y utópico, contra la lucha de clases, es la que mejor corresponde a la situación social del intelectual de pequeña o mediana burguesía, del ingeniero, del administrador, colocados entre el capital y el trabajo, en realidad instrumentos del capital, pero pretendiendo imaginarse independientes, aun cuando se someten tanto más a las organizaciones capitalistas cuanto más subrayan su independencia frente a las organizaciones proletarias. Puede predecirse sin esfuerzo que, a medida de su ineluctable eliminación de las Trade-Unions y del Labour Party, el fabianismo confundirá cada vez más su destino con el de los elementos intermedios de las administraciones industriales y comerciales y de la burocracia del Estado. El Partido Obrero Independiente, pasada su momentánea prosperidad actual, declinará inevitablemente, y, convertido en el “tercer partido de la industria”, se revolcará a los pies del capital y del trabajo.

[Sindicatos y sóviets en revolución china, y Comité Anglo-Ruso]⁶⁶

(17 de mayo de 1927)

[...]

¿Qué proponen las tesis de Stalin en lugar de los sóviets?

38.- La formación de “comités de campesinos revolucionarios, sindicatos obreros y otras organizaciones de masas, elementos preparatorios de los soviets del futuro”. ¿Qué deben representar esas organizaciones? Sobre eso no encontramos nada en las tesis. La frase que dice qué son “los elementos preparatorios de los soviets del futuro” sólo es una frase y nada más. ¿Qué harán esas organizaciones ahora? Deberán conducir las huelgas, los boicots, romper el aparato burocrático, destruir a las bandas contrarrevolucionarias, expulsar a los grandes propietarios, desarmar a las tropas de los usureros y kulaks, armar a los obreros y campesinos, en una palabra, resolver todos los problemas de la revolución democrática agraria y elevarse así a la situación de órganos locales del poder. Pero entonces eso serán soviets, pero solamente soviets mal adaptados a sus funciones. Las tesis proponen pues, si se toma en serio esta propuesta, constituir, en lugar de soviets, sucedáneos de soviets.

39.- Durante todos sus movimientos de masas, los sindicatos han cumplido necesariamente funciones que se aproximaban a las de los soviets (Hong-Kong, Shanghai, etc.). Pero precisamente para asegurar esas funciones, los sindicatos se han demostrado como completamente insuficientes. Agrupan a un grupo muy pequeño de obreros. No abarcan en ningún grado a la pequeña burguesía de las ciudades, próxima al proletariado. Y, sin embargo, funciones como la dirección de huelgas con el menor daño para la población pobre de las ciudades, la distribución de víveres, la participación en la política fiscal, la participación en la formación de fuerzas armadas, por no hablar de la revolución agraria, no pueden ser llevadas a buen puerto con la envergadura necesaria más que si la organización dirigente no solamente abarca a todas las categorías del proletariado sino que, además, las liga estrechamente en el curso de su acción con la población pobre de las ciudades y el campo. En efecto, el golpe de estado militar de Chiang Kai-shek ha debido hacer comprender a todos los revolucionarios que los sindicatos separados del ejército son una cosa y que soviets de disputados obreros y soldados son otra. Sindicatos revolucionarios y comités de campesinos pueden, tan bien como los soviets, suscitar el odio del enemigo. Pero mucho menos que los soviets pueden rechazar los golpes.

Si hablamos seriamente de la alianza del proletariado con las masas oprimidas de las ciudades y campos (no de una “alianza” medio adulterada entre los dirigentes y por medio de representantes dudosos, sino de una alianza de combate efectiva, formada y templada en la lucha de las masas contra el enemigo) no puede haber otra forma de organización más que los soviets. Esto únicamente pueden negarlo quienes cuentan más con los dirigentes oportunistas que con las masas revolucionarias.

[...]

⁶⁶ Epígrafes “¿Qué proponen las tesis de Stalin en lugar de los sóviets?” y “Los problemas de la revolución china y el Comité Anglo-Ruso”, en *La revolución china y las tesis del camarada Stalin*, páginas 17, 18, 22 y 23 del formato pdf, en estas mismas [OELT-EIS](#).

Los problemas de la revolución china y el Comité Anglo-Ruso

41.- En la dirección de la revolución china nos enfrentamos no solo a errores tácticos, sino a una línea de conducta radicalmente falsa. Esta línea se desprende de todo lo que precede. La cosa será aún más clara si se compara nuestra política en China con la que hemos tenido frente al Comité Anglo-Ruso. En este último caso, la inconsistencia de la línea oportunista se ha manifestado menos trágicamente que en China, pero no menos completamente y no de forma menos evidente.

42.- En Inglaterra, como en China, se adoptó esta línea de conducta errónea de acercamiento a los dirigentes con “peso”, de relaciones personales, de combinaciones diplomáticas, renunciando prácticamente a profundizar el abismo entre las masas revolucionarias, o al menos las que evolucionan hacia la izquierda, y los dirigentes traidores. Queriendo amarrarnos a Chiang Kai-shek hemos empujado a los comunistas chinos a aceptar las condiciones dictatoriales que Chiang Kai-shek le planteaba al Partido Comunista Chino. Queriendo amarrarnos a Purcell, Hicks, Citrine y otros, los delegados del Consejo General de los Sindicatos soviéticos han adoptado en principio la posición de neutralidad sindical, han reconocido al Consejo General de las Trade-Unions como al único representante del proletariado y se han comprometido de hecho a no intervenir en el movimiento obrero británico.

43.- Las decisiones de la Conferencia del Comité Anglo-Ruso en Berlín significan que se renuncia a apoyar en el futuro a los huelguistas contra la voluntad de los rompeshuegas demostrados. Esas condiciones repercuten entregando y condenando a la minoría sindical, cuya acción entera está dirigida contra los traidores que hemos reconocido como los únicos intérpretes de la clase obrera inglesa. Por fin, proclamar solemnemente la “no intervención” es capitular, de principio, ante la estrechez nacional y ante las formas más atrasadas y más conservadoras del movimiento obrero.

44.- Chiang Kai-shek nos acusa de intervenir en los asuntos internos de China, igual que Citrine nos acusaba de intervenir en los de las Trade-Unions. Las dos acusaciones sólo son una repetición, bajo otra forma, de las acusaciones lanzadas por el imperialismo contra el estado obrero que osa interesarse por la suerte de los oprimidos del mundo entero. Chiang Kai-shek y Citrine, bajo condiciones diferentes y desde puestos diferentes, siguen siendo los agentes del imperialismo a pesar de sus diferencias [entre ellos⁶⁷]. Buscando la colaboración con los “jefes” de ese género estamos obligados a restringir, limitar y renegar cada vez más de nuestros métodos de movilización revolucionaria.

45.- A causa de nuestra política falsa no solamente hemos ayudado al Consejo General a conservar sus posiciones, quebrantadas desde su traición en la huelga, sino que hemos suministrado las armas necesarias para imponernos audaces exigencias, exigencias que hemos aceptado dócilmente. Hablando fieramente de “hegemonía”, nos hemos comportado en la revolución china y en el movimiento obrero inglés como vencidos moralmente, y por ello hemos preparado nuestra derrota material. Una desviación oportunista siempre se ve acompañada de una pérdida de confianza en la política propia.

46.- Los especuladores del Consejo General, al haber recibido del Consejo de los Sindicatos de la URSS un compromiso de no intervención, persuaden ciertamente a Chamberlain de que su forma de combatir la propaganda bolchevique es mucho más eficaz que los ultimátum y amenazas. Pero Chamberlain, que prefiere el método combinado, une la diplomacia del Consejo General a la violencia del imperialismo británico.

⁶⁷ Bastante ilegible en la reprografía de *Cahiers CERMTRI*. NdT.

47.- Invocar contra la Oposición el hecho que Baldwin o Chamberlain quieren “ellos también” la ruptura del Comité Anglo-Ruso, es no entender nada sobre el mecanismo político de la burguesía. Baldwin temía, y teme justamente, la influencia perniciosa de los sindicatos soviéticos sobre el movimiento obrero inglés. A la presión del Consejo de los Sindicatos de la URSS sobre los dirigentes traidores de las Trade-Unions, la burguesía inglesa le ha opuesto su propia presión sobre el Consejo General, y ha triunfado en toda la línea. El Consejo General ha rechazado aceptar el dinero de los sindicatos soviéticos y estudiar de común acuerdo con ellos la ayuda a suministrar a los mineros. Ejerciendo su presión sobre el Consejo General, la burguesía inglesa ha influido, a través de este último, en el Consejo de los Sindicatos de la URSS, y ha obtenido de la Conferencia de Berlín una capitulación inaudita en los puntos tocantes a la lucha de clases. Un Comité Anglo-Ruso *de esta especie* no sirve más que a la burguesía inglesa (ver el *Times*). Ello no le impedirá a esta última continuar en el futuro su presión sobre el Consejo General y exigir su ruptura con los sindicatos rusos, pues esta política de presión y chantaje le hace ganar todo lo que nosotros perdemos a causa de nuestra conducta insensata y sin principios.

48.- Es preciso otorgarles el mismo valor a las insinuaciones según las cuales Chiang Kai-shek sería “solidario” con la Oposición porque quiere expulsar a los comunistas del KMT. Se hace circular una frase de Chiang Kai-shek según la cual le habría dicho a otro general estar de acuerdo sobre ese punto con la Oposición de [...⁶⁸]. En el documento del que se extrae esta “cita” las palabras de Chiang Kai-shek son citadas no como la expresión de sus opiniones sino para demostrar que es capaz de engañar, mentir e, incluso, disfrazarse de “comunista de izquierda” durante algunos días a fin de golpear mejor como traidor. Mucho más, el documento en cuestión solo es un acta de acusación contra la táctica y acción de los representantes de la IC en China. En lugar de coger frases separadas y darles un sentido opuesto al que tienen en el texto, sería necesario poner en conocimiento de la IC todo el documento. Pero pasemos por alto esas lamentables “citas”. Se mantiene esta “coincidencia”, que Chiang Kai-shek siempre ha estado contra el bloque con los comunistas y nosotros contra el bloque con Chiang Kai-shek. La escuela de Martinov extrae de aquí la conclusión que la política de la Oposición “en general” sirve a la reacción. Esta acusación es aún menos nueva. El bolchevismo ha crecido en Rusia continuamente acompañado de la acusación menchevique de hacerle el juego a la reacción, de ayudar a la monarquía contra los cadetes, o bien a los cadetes contra los S-R y los mencheviques, y así consecutivamente. Renaudel acusa a los comunistas franceses de favorecer a Poincaré atacando al bloque de los radicales y socialistas. La socialdemocracia alemana ha pretendido más de una vez que nuestro rechazo a entrar en la DN les hacía el juego a los peores imperialistas, etc... etc...

Si la gran burguesía representada por Chiang Kai-shek necesita romper con el proletariado, y si el proletariado revolucionario necesita romper con la burguesía, ello no da testimonio de su solidaridad sino, por el contrario, de su inconciliable antagonismo social. Los incorregibles oportunistas todavía se mantienen entre la burguesía y el proletariado y acusan a los dos flancos de “extremistas”, de querer romper el frente nacional y de favorecer a la reacción. Acusar a la Oposición de hacerle el juego a Chamberlain, Thomas o Chiang Kai-shek, es mostrar el espíritu limitado de un oportunista y, al mismo tiempo, reconocer involuntariamente el carácter proletario y revolucionario de nuestra línea política.

49.- La Conferencia de Berlín, que coincidía con el principio de la intervención inglesa en China, no se ha atrevido a tocar la cuestión de las medidas eficaces a tomar

⁶⁸ Dos palabras ilegibles en la reprografía de *Cahiers du CERMTRI*. NdT.

contra los actos de bandidismo del imperialismo británico en el Extremo Oriente. ¿Hay alguna prueba más impactante de esta verdad: que el Comité Anglo-Ruso es incapaz de levantar incluso el dedo pequeño para prevenir una guerra? Pero no es solamente inútil, causa un daño increíble al movimiento revolucionario, como lo hace naturalmente toda ilusión y toda mentira. Al invocar su colaboración con los sindicatos soviéticos para la “obra de paz”, el Consejo General podrá calmar y tranquilizar al proletariado inglés alarmado por el peligro de guerra. El Consejo General de los Sindicatos soviéticos juega ahora el papel, a los ojos de la clase obrera de Inglaterra y del mundo entero, de garante de la política internacional de los traidores del Consejo General. Al mismo tiempo se debilita y vuelve inoperante la crítica de los elementos revolucionarios de Inglaterra contra el Consejo General. Gracias a Purcell, Hicks y compañía, Mac Donald y Thomas obtienen la posibilidad de conducir a las masas obreras, mantenidas en un estado de letargia, hasta el umbral de la guerra, para llamarlas después a la defensa de la patria democrática. El camarada Tomski, en su última entrevista (*Pravda*, 8 de mayo) al criticar a Thomas, Havelock, Wilson y otros mercenarios de las finanzas, no dice ni una palabra del trabajo clandestino, desmoralizador, adormecedor y, en consecuencia, infinitamente más nocivo, de los Purcell, Hicks y compañía. A esos “aliados” no se les nombra en la entrevista, como si no existiesen. Entonces ¿para qué hacer bloque con ellos? Pero existen. Sin ellos, Thomas no existe políticamente. Sin Thomas, Baldwin, es decir el régimen capitalista en Inglaterra, no existe. A pesar de nuestras mejores intenciones, sostener al bloque con Purcell es en realidad sostener a todo el régimen británico y favorecer su acción en China. Tras todos los acontecimientos, ello está claro para todo revolucionario que haya estado en la escuela de Lenin. Así, nuestra colaboración con Chiang Kai-shek ha adormecido la vigilancia del proletariado chino y ha facilitado con ello el golpe de estado de abril.

La situación de la clase obrera y de los sindicatos⁶⁹

(agosto de 1927)

La revolución de octubre transformó por primera vez en la historia al proletariado en la clase dominante de un país enorme. La nacionalización de los medios de producción fue un primer paso decisivo hacia la reconstrucción socialista de todo el sistema social construido sobre la explotación del hombre por el hombre. La introducción de la ley de las ocho horas fue un paso adelante en la transformación completa de las condiciones vitales y culturales de existencia de la clase obrera. A pesar de la pobreza del país, el Código de Trabajo ha establecido garantías legales para los trabajadores (y entre ellos para los estratos más atrasados, que en el pasado estaban absolutamente indefensos) que no habían sido y nunca serán otorgadas por el estado capitalista más rico. Los sindicatos profesionales fueron elevados al nivel del arma más importante en manos de la clase dirigente; se les dio la oportunidad, por un lado, de abarcar a grandes masas que en otras condiciones sociales no habrían podido abarcar, y, por otro lado, de influir directamente y sin intermediarios en todo el curso de la política del estado obrero.

La tarea del partido es garantizar la realización de estos grandes logros históricos dándoles todo su contenido. El éxito en esta dirección depende, por una parte, de las condiciones objetivas nacionales e internacionales y, por otra, de la precisión de la línea y de la experiencia de la dirección.

Los elementos decisivos para la marcha de nuestro país por el camino socialista y no capitalista *están estrechamente ligados a la mejora de la existencia de la clase obrera*. Estas mejoras deben expresarse en el campo material: el número de trabajadores empleados en la industria, el nivel de los salarios reales, el carácter del presupuesto de los trabajadores, las condiciones de alquiler de los trabajadores, la asistencia médica, etc.; en el campo político, el partido, los sindicatos, los sóviets, la juventud; finalmente, en el campo cultural: la escuela, la literatura, la prensa, el teatro. La tendencia a relegar a un segundo plano los intereses vitales de los trabajadores y, bajo el despreciativo nombre de “espíritu de taller”, oponerlos a las aspiraciones históricas de su clase es una tendencia teóricamente falsa y políticamente peligrosa.

La monopolización por el estado proletario de la ganancia de capital obviamente no es explotación. Pero tenemos: 1º el estado obrero con deformaciones burocráticas, el desproporcionadamente grande aparato privilegiado de gestión que absorbe una parte muy grande de la ganancia de capital; 2º la creciente burguesía que, a través del comercio y como resultado de la brecha de precios, monopoliza parte de la ganancia de capital de la industria estatal.

En general, durante el período de reconstrucción, el número de trabajadores y sus condiciones de vida aumentaron no sólo absolutamente, sino incluso en relación con el crecimiento de las otras clases, mientras que en el último período ocurrió lo contrario: el crecimiento del número de trabajadores, la mejora de su suerte marcan una pausa, mientras que, durante este mismo período, las fuerzas enemigas continúan creciendo de

⁶⁹ Capítulo en *Plataforma de la Oposición Conjunta* (coautor), páginas 11-18 del formato pdf en estas mismas OELT-EIS.

manera acelerada, lo que no sólo empeora inevitablemente la situación de los trabajadores en la fábrica, sino que disminuye el peso del proletariado en la sociedad soviética.

Los mencheviques, los agentes de la burguesía en los círculos obreros, muestran pérfidamente las dificultades materiales de nuestros obreros, tratando de oponer el proletariado al estado soviético y de hacer que los obreros acepten sus teorías pequeñoburguesas y su “marcha hacia el capitalismo”. Los funcionarios, satisfechos de sí mismos, que perciben el “menchevismo” en la forma en que la Oposición plantea crudamente la cuestión de las condiciones materiales de los trabajadores, dan así el mejor apoyo al menchevismo, empujando a los trabajadores bajo su bandera amarilla.

Para superar las dificultades, hay que conocerlas. Debemos verificar concienzuda y justamente nuestros éxitos y fracasos examinando la verdadera situación de las masas trabajadoras.

La situación de los obreros

La época de la reconstrucción fue la época de un aumento bastante rápido de los salarios hasta la caída de 1925. Una disminución significativa de los salarios reales comenzó en 1926 y sólo se superó a principios de 1927. El salario medio de un mes en la primera mitad del año económico 1926-27 fue, en el otoño de 1925, de 30 rublos 67 kopeks y 30 rublos 33 kopeks en la región de Moscú en rublos convencionales en la gran industria. Durante el tercer trimestre del año económico, según las previsiones aproximadas, el salario alcanzó los 31 rublos 62 kopeks. De esta manera, vemos que durante ese año, el salario real se detuvo casi al mismo nivel que en el otoño de 1925.

Es cierto, por una parte, que el salario medio y el nivel material de determinadas categorías de obreros en determinados distritos, especialmente en capitales como Moscú y Leningrado, están indiscutiblemente por encima del nivel medio indicado anteriormente; pero, por otra parte, el nivel material medio de otras amplias capas de obreros está muy por debajo incluso de estas modestas cifras.

Todos los datos indican que el aumento de los salarios no va a la par con el aumento del rendimiento. La intensificación del trabajo está aumentando, las malas condiciones de trabajo siguen siendo las mismas.

Los aumentos salariales dependen cada vez más de una mayor *intensificación* del rendimiento. Esta tendencia, que no puede conciliarse con el curso socialista, fue confirmada por el CC en su famosa resolución sobre la racionalización (*Pravda*, 25 de marzo de 1927). Esta resolución fue adoptada por el IV Congreso de los Sóviets. Esta política significa que el aumento de la riqueza pública, a través del desarrollo de la tecnología (rendimiento empresarial), no conduce en modo alguno a un aumento de los salarios.

El bajo crecimiento en el número de obreros reduce el número de los que trabajan en un hogar obrero. En rublos reales, el *presupuesto de gastos de una familia de la clase obrera* se ha reducido desde 1924-1925. El aumento del precio de los alquileres obliga a los trabajadores a subarrendar parte de su vivienda. Los parados, directa o indirectamente, pesan en el presupuesto de los obreros. El creciente consumo de bebidas alcohólicas también pesa sobre el presupuesto de los obreros. En resumen, todo esto conduce a una *disminución del nivel de vida de los obreros*.

La racionalización industrial conduce inevitablemente a un empeoramiento de la suerte de la clase obrera, cuando no va acompañada de un desarrollo de la industria del transporte, etc., que haga posible la utilización de trabajadores despedidos. En la práctica, la racionalización se traduce a menudo en la “expulsión” de ciertos grupos de obreros y en el empeoramiento de la suerte material de otros. Esto conduce inevitablemente a la desconfianza de los trabajadores hacia la racionalización.

Cuando se ejerce presión sobre las condiciones de trabajo, son siempre los grupos de obreros más débiles: albañiles, temporeros, mujeres y los jóvenes, los que sufren.

En 1926, en casi todas las ramas de la industria, se produjo una disminución del salario de la obrera en comparación con el del obrero. En muchas ramas de la industria, los salarios de las obreras en marzo de 1926 representaban el 51,8%, 61,7%, 83% de los salarios de los hombres. No se adoptan las medidas necesarias para proteger el trabajo de las mujeres en los sectores industriales, como la explotación minera de la turba, las labores de descarga y carga, etc.

Los salarios de los jóvenes, en relación con los de los trabajadores adultos, disminuyen constantemente: en 1923, representaban el 47,19%; en 1924, el 45%; en 1925, el 43,4%; en 1926, el 40,5% de los salarios de los adultos (Examen de la situación económica de los jóvenes en 1924-1925, 1925-1926). En marzo de 1926, el 49,5% de los jóvenes ganaban menos de 20 rublos al mes (Oficina Central de Estadística). El número de jóvenes parados aumenta cada día.

Obreros agrícolas

Del total de 3,5 millones de mano de obra agrícola, hay 1.600.000 obreras y obreros agrícolas. Sólo el 20% de ellos son miembros de sindicatos. El registro de los contratos de trabajo, que en su mayoría son esclavistas, apenas ha comenzado. El salario de los obreros agrícolas es, por lo general, e incluso en las empresas estatales, inferior al mínimo fijado por el estado, y el salario real actual no supera, en promedio, el 63% del salario de antes de la guerra. La jornada laboral rara vez es inferior a 10 horas; en general, no se define la jornada laboral de los obreros agrícolas. El salario se paga irregularmente y muy tarde. La situación más difícil en la que se encuentran los obreros agrícolas no sólo se debe a las dificultades de la construcción socialista en un país agrícola atrasado, sino también a un curso erróneo que, en la práctica, en la vida y en la triste realidad, se preocupa principalmente por los estratos privilegiados del campo y no a los estratos desfavorecidos. Es necesario defender sistemáticamente los intereses de los obreros agrícolas en todas partes contra los kulaks y contra los llamados campesinos económicamente fuertes.

La cuestión de la vivienda

El espacio vital de los trabajadores suele estar por debajo de la media del resto de la población urbana. Los trabajadores de las grandes ciudades industriales son la parte menos favorecida de la población en el tema de la vivienda. La distribución del área de vivienda, por grupos sociales, en las ciudades donde se ha realizado trabajo estadístico, es la siguiente: obreros, 5 a 6 metros cuadrados; empleados, 6 a 9; artesanos, 7,6; profesiones liberales, 10,9; elementos que no trabajan, 7,1. Esto demuestra que los obreros ocupan el último lugar. El espacio vital de los obreros está disminuyendo de año en año. Al mismo tiempo, las capas no proletarias ven aumentar su espacio vital. La situación general de la construcción de viviendas amenaza el futuro desarrollo de la industria. Sin embargo, según el plan quinquenal de construcción de la Comisión de Planificación Estatal, se reconoce que en cinco años la situación del alquiler será aún peor de lo que lo es hoy: la superficie residencial media a finales de 1926, que era de 11,3 metros cuadrados, descenderá, según la comisión, a 10,6 metros a finales de 1931.

El paro

El lento desarrollo de la industrialización se siente más agudamente en la cuestión del desempleo, que ha penetrado incluso entre los cuadros más importantes del proletariado industrial.

El número oficial de parados registrados el 1 de abril de 1927 es de 1.656.000, el número real de parados asciende a 2 millones. Sin duda, el número de parados está

creciendo más rápidamente que el número de obreros absorbidos por la industria. El número de desempleados entre los obreros industriales está aumentando rápidamente.

Según el Plan Estatal Quinquenal, la industria aumentará su fuerza laboral en 400.000 obreros durante este período. Habida cuenta de la afluencia de mano de obra procedente del campo, esto significa que el número de desempleados, hacia finales de 1931, aumentará hasta al menos 3 millones. Las consecuencias de esta situación son el desarrollo de la mendicidad, la prostitución y los sin techo.

Los parados se quejan con razón de la forma en que son atendidos por la *Caja de Seguros*. El monto medio de la ayuda proporcionada es de 11,9 rublos (unos 5 rublos antes de la guerra). La ayuda concedida por los sindicatos a sus miembros no supera los 6,5 a 7 rublos. Sólo el 20% de los miembros parados sindicados se benefician de la ayuda que les proporcionan los sindicatos.

El *Código de Trabajo* ha sido objeto de una multitud de explicaciones que superan varias veces el número de párrafos que existían inicialmente y de los cuales se ha suprimido un número bastante elevado. Lo que ha empeorado es la defensa jurídica de los trabajadores temporeros.

La campaña de los *contratos colectivos* se caracteriza principalmente por la reducción de las garantías legales, el aumento de la presión sobre el rendimiento y la fijación de precios. Así, el derecho concedido a los organismos económicos de recurrir al arbitraje obligatorio ha destruido incluso en su esencia el contrato colectivo, un acuerdo entre dos partes contratantes, que se convierte en una simple disposición administrativa (*Troud*, 4 de julio de 1927).

Las sumas asignadas a la industria para la protección laboral son totalmente insuficientes. Según datos de la Comisión de Trabajo de la RSFSR, durante el año económico 1925-1926, de cada 1.000 trabajadores que trabajan en grandes empresas, se produjo una media de 97,6 accidentes de trabajo con resultado de incapacidad laboral. Uno de cada 10 trabajadores está sujeto a un accidente anual de trabajo.

Los últimos años han estado marcados por un aumento de los conflictos. La resolución de conflictos, en realidad, no es una cuestión de conciliación, sino más bien de coacción.

El régimen interno de las empresas está empeorando. La administración está buscando cada vez más introducir su poder ilimitado en las empresas. La contratación y el despido, de hecho, dependen únicamente de la administración. No es raro ver que las relaciones entre capataces y trabajadores son completamente idénticas a las de antes de la guerra.

Las *conferencias de producción* tienden a desaparecer. La mayoría de las propuestas prácticas de los trabajadores relativas a la producción no son objeto de seguimiento. Una parte de los trabajadores se oponen actualmente a estas conferencias de producción, ya que las mejoras resultantes conducen a una reducción de personal. Todo esto contribuye a una baja participación de los trabajadores en las conferencias de producción.

En el ámbito de las cuestiones culturales y de la vida, hay que destacar las cuestiones relacionadas con la *escuela*. Cada vez les es más difícil a los obreros ofrecerles a sus hijos no sólo conocimientos profesionales, sino también una educación básica. En casi todos los distritos de la clase obrera, la insuficiencia de las escuelas es aguda. Ese sistema consistente en tomar dinero de los padres para varias necesidades escolares elimina virtualmente la educación gratuita. La falta de escuelas y guarderías deja a una gran proporción de niños trabajadores a merced de la calle.

Organizaciones sindicales y los obreros

Algunas divergencias de intereses en las cuestiones de las condiciones de trabajo de las empresas (como se reconoce en una resolución del XI Congreso) han crecido enormemente en los últimos años.

En los últimos años, la política del partido y de los dirigentes sindicales ha llevado a los sindicatos a una situación en la que, incluso según la confesión del XIV Congreso del partido, “*los sindicatos no han sido capaces de hacer todo el trabajo que se les había encomendado, demostrando así su estrechez de miras, relegando a un segundo plano sus tareas fundamentales esenciales de defender los intereses económicos de las masas que engloban y elevar su nivel material y moral*”. La situación después del XIV Congreso no mejoró, todo lo contrario. La burocratización de los sindicatos ha dado un paso adelante.

El número de obreros que trabajan en la fábrica o de militantes sin partido es insignificante en los órganos de gobierno de unos diez sindicatos industriales (del 12 al 13%). La gran mayoría de los delegados a las convenciones sindicales están formados por elementos que ya no trabajan en la fábrica (*Pravda*, 23 de julio de 1927). Nunca antes la clase obrera y los sindicatos habían estado tan lejos de la dirección de la industria socialista como ahora. La actividad específica de las organizaciones sindicales, expresión de las amplias masas trabajadoras, es sustituida por el acuerdo entre el secretario de la unidad, el director de la planta y el presidente del comité de planta. Los comités de fábrica inspiran cierta desconfianza entre los trabajadores. Su participación en las reuniones es muy baja.

El descontento que el obrero no puede expresar al sindicato le obliga a guardar silencio. “*Nos prohíben ser demasiado activos. Si quieres comer, habla lo menos posible.*” Estas declaraciones son generales. (Documentos del Comité Regional de Moscú. Los resultados de las grandes conferencias de trabajadores. *Revista de información*, página 30 y siguientes). En la actualidad, los trabajadores tienden a mejorar su situación al margen de las organizaciones sindicales. Esto ya nos demuestra que el régimen sindical actual debe cambiar radicalmente.

Propuestas concretas más importantes

En el campo de la situación material de los trabajadores

1.- Atar corto contra cualquier intento de ampliar la jornada laboral (defensa de las ocho horas). Tolerar las horas extras sólo en casos de absoluta necesidad. No tolerar los abusos en la contratación de mano de obra auxiliar y en la degradación de los obreros permanentes en las llamadas categorías auxiliares. Prohibir todas las prolongaciones de la jornada laboral en industrias insalubres, actualmente sólo permitidas a través de la revisión de las leyes antiguas.

2.- Una de las primeras tareas es aumentar los salarios, al menos en consonancia con el rendimiento industrial actual. Deben realizarse esfuerzos para garantizar que el aumento sistemático de los salarios reales vaya de la mano con el aumento de la eficiencia industrial. Es necesario un mayor acercamiento entre los distintos grupos de salarios de los obreros, aumentando continuamente los salarios bajos, sin poder bajar los salarios de los grupos mejor pagados.

3.- Es necesario detener los cambios burocráticos en el ámbito de la racionalización. La racionalización debe estar estrechamente vinculada al desarrollo consecuente de la industria, a la distribución, según un plan, de la fuerza de trabajo y a la lucha contra el despilfarro de las fuerzas productivas de la clase obrera, especialmente contra la diseminación de los cuadros de obreros calificados.

4.- Para mitigar las consecuencias del paro, es necesario: a) calcular los subsidios del paro en relación con el salario medio en la localidad de que se trate; b) no tolerar la reducción de los pagos de la seguridad social (por parte de la industria) y luchar para

evitar que estas sumas no se paguen de hecho a las personas afectadas; c) suprimir el gasto de los fondos de seguro de los trabajadores en favor de los fondos de seguro público; d) luchar enérgicamente contra el ahorro realizado a costa de los asegurados; e) suprimir todas las decisiones que, por diversas razones, han permitido suprimir las ayudas a los parados y suprimir a los parados reales de las listas de inscripción de las bolsas de trabajo; f) esforzarse en aumentar las ayudas asignadas a los parados, en primer lugar a los de la industria; [g] debe seguirse el camino de aumentar los subsidios de los parados, empezando por los obreros industriales; es necesario considerar cuidadosamente los trabajos de larga duración para los que se podrían utilizar a los parados, en beneficio del desarrollo económico y cultural de nuestro país.

5.- Es necesario mejorar continuamente las condiciones de alquiler de los trabajadores. En este ámbito, debe aplicarse resueltamente una línea de clase estricta. No debe tolerarse que elementos no proletarios mejoren sus condiciones de alquiler a expensas de los trabajadores. No debe permitirse la expulsión de sus hogares de los trabajadores despedidos de las empresas.

Existe la necesidad de mejorar las cooperativas de viviendas a través de medios agresivos. Deben ser accesibles a las capas inferiores de los trabajadores. No debe tolerarse que las capas superiores de los burócratas ocupen las viviendas de los trabajadores. Las previsiones del Plan Estatal en materia de vivienda deben ser rechazadas por ser más o menos contradictorias con la política socialista. Obligar a las empresas a aumentar el gasto en la construcción de viviendas para los trabajadores. Aumentar las cantidades asignadas en el presupuesto para lograr, en un plazo de cinco años, un cambio radical en este ámbito mediante la mejora de las condiciones de vivienda de los trabajadores.

6.- Los convenios colectivos deben ser realmente discutidos y aceptados en las asambleas obreras. Proponer al próximo congreso del partido la anulación de todas las decisiones que otorgan a los órganos económicos el derecho a recurrir a un arbitraje vinculante. El Código de Trabajo debe entenderse no como el máximo, sino como el mínimo que fija las condiciones de trabajo. Los propios convenios colectivos deben servir de garantía contra el posible despido de una parte del personal (los despidos probables deben mencionarse por separado). El nivel de rendimiento individual debe fijarse, no en función del rendimiento del mejor trabajador, sino en función de las capacidades medias, y para el período de tiempo establecido en los acuerdos salariales. Reconocer como inadmisibles todo convenio colectivo que, en comparación con los anteriores, empeore la situación de los obreros.

7.- Poner bajo el control más estrecho de los sindicatos y las organizaciones obreras la actividad de las bolsas de trabajo: poner fin a los continuos cambios en la fijación de salarios y el rendimiento individual.

8.- Aumentar las cantidades destinadas a la protección del trabajo y a la mejora de las condiciones de trabajo. Aumento de las sanciones legales por violación de las leyes de protección laboral. Para las obreras “por igual trabajo, igual remuneración”. Elevar la calificación del trabajo de las mujeres.

10.- Es inaceptable introducir el aprendizaje no remunerado. Hay que poner fin al continuo descenso de los salarios de los jóvenes. Adoptar las medidas necesarias para mejorar las condiciones de trabajo de la juventud obrera.

11.- El régimen de ahorros no debe traducirse en un empeoramiento de los intereses vitales de los obreros. Es necesario devolver a los trabajadores las “bagatelas” suprimidas (guarderías, billetes de tranvía, vacaciones más largas, etc.).

12.- Los sindicatos deben cuidar un poco más a los obreros temporales.

13.- Aumentar la asistencia médica en la fábrica (dispensarios, hospitales, etc.).

14.- En los distritos obreros, aumentar el número de guarderías para los hijos de los trabajadores.

15.- Fortalecer, a través de diversas medidas estatales, la situación de la cooperación obrera.

En el ámbito del trabajo sindical

1.- El valor del trabajo realizado por los sindicatos depende sobre todo del grado en que defienden los intereses económicos y culturales de la clase obrera en el marco de las oportunidades económicas que se les ofrecen.

2.- Las organizaciones del partido, al considerar las medidas a tomar en relación con los vitales intereses económicos y culturales de las masas trabajadoras, deben escuchar las opiniones expresadas sobre estos temas por las fracciones comunistas de las organizaciones sindicales.

3.- Los sindicatos deben nombrar a sus miembros para ocupar cargos sindicales a través de elecciones reales y públicas, de las cuales son responsables y asumen la responsabilidad en todos los niveles de la organización.

4.- Todos los órganos de gobierno de la industria deben formarse de acuerdo con las organizaciones sindicales correspondientes.

5.- En los congresos de los sindicatos industriales (incluso en toda la Unión), en todos los organismos elegibles, incluso en la CE del Consejo Ruso de Sindicatos, la mayoría debe estar reservada a los obreros que trabajan en la fábrica.

Los obreros sin partido deben participar más ampliamente en estos organismos, de manera que constituyan al menos un tercio de ellos.

Un cierto número de miembros del aparato sindical debe volver a trabajar regularmente a la fábrica.

En el trabajo sindical, es necesario emplear un poco más de camaradas no remunerados, aprovechar la buena voluntad, atrayendo a los obreros de las fábricas al trabajo sindical.

6.- Es inaceptable desplazar a los camaradas de una posición sindical elegida por desacuerdos dentro del partido.

7.- Es necesario garantizar la plena independencia de los comités de fábrica y los comités locales de las administraciones. La contratación y el despido, así como los cambios de trabajo por un período de más de 15 días, sólo deben hacerse de acuerdo con el comité de fábrica. Es necesario luchar contra los abusos en este campo utilizando el derecho de protesta del comité de fábrica, contra una decisión de la administración, ante la organización sindical correspondiente a las comisiones de conflicto.

8.- Hay que garantizar ciertos derechos de los corresponsales de la prensa obrera y castigar sin piedad a quienes los persiguen por revelaciones. En el Código Penal debe introducirse un párrafo que castigue como delito contra el estado cualquier intimidación contra los obreros por motivos de crítica, propuesta personal o voto.

9.- El ámbito de actuación de las comisiones de control de las conferencias de producción debe ampliarse prácticamente, dándoles la posibilidad de controlar la ejecución de las decisiones y la salvaguardia y defensa de los intereses de la clase obrera.

10.- Las decisiones inspiradas por Lenin en el XI Congreso del partido sobre el derecho a la huelga en las industrias estatales deben dejarse intactas. En cuanto al derecho de huelga en las industrias de concesión estatal, debe ponerse al mismo nivel que si se tratara de un particular.

11.- Es necesario revisar y ajustar todo el sistema de estadísticas del trabajo que, en su estado actual, da una falsa imagen de la situación económica y de la vida de la clase obrera, impidiendo así incluso todo trabajo en el campo de la defensa de los intereses de los trabajadores.

La difícil situación de la clase obrera en el décimo aniversario de la revolución de octubre también se explica, en último lugar, por la pobreza del país, el resultado de las intervenciones militares, el bloqueo y la lucha del medio capitalista que rodea al primer estado proletario. No podemos cambiar la situación con una varita mágica. Pero podemos y debemos cambiar la situación siguiendo una línea correcta. La tarea de los bolcheviques no es jactarse y embellecer los resultados alcanzados (obviamente hay algunos), sino preguntarse qué es lo que aún no se ha hecho, qué es lo que hay que hacer, qué se puede hacer con una política correcta.

Partido y sindicatos⁷⁰

(agosto de 1929)

Es estúpido y criminal transformar a los sindicatos en una segunda edición levemente aumentada del partido, o convertirlos en apéndices del mismo. Es completamente lícito que un partido obrero revolucionario trate de ganar influencia en los sindicatos. De otro modo se condenaría a caer en la charlatanería vana y pseudorrevolucionaria. Pero debe hacerlo con métodos que surjan del propio carácter de los sindicatos y los fortalezcan, que atraigan a nuevos elementos, aumenten el número de afiliados y ayuden a desarrollar los métodos de lucha contra los patronos. Para los obreros, los sindicatos son en primer término un medio de defensa contra la explotación del patrón. Para atraerlos a los sindicatos, consolidarlos y hacerlos avanzar, desarrollando su conciencia de clase, es necesario, en primer término, que la dirección sindical se demuestre capaz de defenderlos en los problemas inmediatos: salarios, jornada de ocho horas, persecución o brutalidad de los patronos o sus ayudantes, distintas formas de racionalización capitalista. Tratar de mantener alta la moral de los obreros en huelga con aburridos discursos sobre la “inminencia” de la guerra sólo puede producir resultados catastróficos en todos los aspectos y para todos los obreros, el partido y la CGTU. Esta actitud revela una absoluta incomprensión del trabajo a realizar y la ilusión de que se puede alcanzar en forma inmediata un objetivo que sólo ha de ser fruto de un esfuerzo prolongado y tenaz.

El resultado es el panorama que se despliega ante nosotros. En la medida en que el partido comunista extiende su influencia sobre una organización, ésta pierde fuerza. El partido comunista copó la ARAC⁷¹. Pero cuando lo consiguió el grupo ya estaba moribundo. Lo mismo ocurre con la CGTU. Por cierto, ésta es más resistente; afortunadamente es más difícil aniquilarla; para ello no basta una mala política. Pero sí se puede reducir el número de afiliados, desmoralizar a la base e infundirle desconfianza hacia una dirección que siempre comete errores y vuelve a cometerlos. Y eso es precisamente lo que viene haciendo el Partido Comunista en los últimos años.

La consecuencia de todos estos zigzags es que se vuelven confusas las ideas más claras y correctas. No se solucionó ni un problema importante. Incluso se perdió mucho terreno. Pero los problemas siguen existiendo. Resolverlos sin recordar los errores fundamentales de la Comuna⁷² y sin tener en cuenta la colosal experiencia de la Revolución Rusa es negar los hechos más fidedignos y preparar nuevos desastres.

⁷⁰ Epígrafe de “Una declaración de La Vérité”, en *Escritos, Tomo I, Volumen 2*, páginas 30-32 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

⁷¹ La ARAC, Asociación Republicana de Veteranos de guerra, fundada después de la Primera Guerra Mundial por Henri Barbusse, Raymond Lefebvre y Paul Vaillant-Couturier.

⁷² La Comuna de París (18 de marzo a 28 de mayo de 1871), primer gobierno obrero, aplastado por las fuerzas militares del capitalismo francés con la colaboración del capitalismo alemán. [Ver en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#) la serie [Comunas de París y Lyon](#).]

Comunismo y sindicalismo⁷³

(14 de octubre de 1929)

El problema de los sindicatos es uno de los más importantes para el movimiento obrero y por lo tanto también para la Oposición. Si ésta no tiene una posición clara acerca de los sindicatos no podrá ganar una influencia real sobre la clase obrera. Por eso quiero plantear aquí, *para la discusión*, algunas consideraciones sobre la cuestión sindical.

1.- El partido comunista es la herramienta fundamental para la acción revolucionaria del proletariado, la organización de combate de su vanguardia que debe erigirse en dirección de la clase obrera en todos los ámbitos de su lucha, sin excepción, y por lo tanto también en el campo sindical.

2.- Los que, en principio, contraponen autonomía sindical a dirección del partido comunista están contraponiendo (quieranlo o no) al sector proletario más atrasado con la vanguardia de la clase obrera, la lucha por las conquistas inmediatas con la lucha por la completa liberación de los trabajadores, el reformismo con el comunismo, el oportunismo con el marxismo revolucionario.

3.- El sindicalismo francés de preguerra, en la época de su surgimiento y expansión, al luchar por su autonomía sindical luchaba en realidad por su independencia del gobierno burgués y sus partidos, entre ellos el socialismo reformista-parlamentario. Esta fue una lucha contra el oportunismo librada de manera revolucionaria.

En este sentido, el sindicalismo revolucionario no hizo un fetiche de la autonomía de las organizaciones de masas. Por el contrario, comprendió y elogió el papel dirigente de la minoría revolucionaria en relación a las organizaciones de masas, que reflejan a la clase obrera con todas sus contradicciones, su retraso y sus debilidades.

4.- La teoría de la minoría activa era esencialmente una teoría incompleta del partido proletario. En toda su práctica el sindicalismo revolucionario era un embrión de partido revolucionario, en oposición al oportunismo; es decir, era un notable precursor del comunismo revolucionario.

5.- La debilidad del anarcosindicalismo, aun en su período clásico, era la falta de una base teórica correcta lo que resultaba en una comprensión errónea de la naturaleza del estado y de su papel en la lucha de clases, así como en una concepción incompleta, no del todo desarrollada y por lo tanto equivocada, del papel de la minoría revolucionaria, es decir, del partido. De ahí sus errores tácticos, como el fetichismo hacia la huelga general, el desconocimiento de la relación entre la insurrección y la toma del poder, etcétera.

6.- Después de la guerra, el sindicalismo francés encontró en el comunismo su refutación, y también su desarrollo y su realización plena. Intentar revivir ahora el sindicalismo revolucionario sería tratar de hacer retroceder la historia. Semejante intento sólo puede resultar reaccionario para el movimiento obrero.

7.- Los epígonos⁷⁴ del sindicalismo transforman (en las palabras) la independencia de las organizaciones sindicales de la burguesía y de los socialistas reformistas en

⁷³ “Comunismo y sindicalismo”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano/Obras Escogidas](#).

⁷⁴ Epígonos. Discípulos que corrompen las enseñanzas de su maestro.

independencia en general, en independencia *absoluta* de todos los partidos, incluyendo el comunista.

Si en su momento de expansión el sindicalismo se consideraba a sí mismo una vanguardia y luchaba por la hegemonía de la minoría de vanguardia sobre las masas atrasadas, los epígonos del sindicalismo luchan ahora contra idénticas intenciones de la vanguardia comunista, intentando, aunque sin éxito, basarse en el poco desarrollo y en los prejuicios de los sectores más retrasados de la clase obrera.

8.- La independencia de la influencia de la burguesía no puede ser un estado pasivo. Solamente se expresa mediante actos políticos, o sea mediante la lucha contra la burguesía. Esta lucha debe inspirarse en un programa claro, que requiere una organización y tácticas para su aplicación. La unión del programa, la organización y las tácticas forman el partido. En este sentido, la verdadera independencia del proletariado del gobierno burgués no puede concretarse a menos que lleve a cabo su lucha bajo la conducción de un partido revolucionario y no de un partido oportunista.

9.- Los epígonos del sindicalismo querrían hacernos creer que los sindicatos son suficientes por sí mismos. Esto teóricamente no quiere decir nada, pero en la práctica significa la disolución de la vanguardia revolucionaria en la retaguardia de masas, o sea en los sindicatos.

Cuanto más amplias son las masas que aglutinan los sindicatos, éstos cumplen mejor su misión. Un partido proletario, por el contrario, adquiere prestigio solamente si es ideológicamente homogéneo, y está ligado por la unidad de acción y de organización. Pretender que los sindicatos son autosuficientes porque el proletariado ya ha alcanzado su “mayoría” de edad es sencillamente adular al proletariado. Es decirle que es lo que no es ni podrá ser bajo el capitalismo, y mantener en el atraso y la ignorancia a enormes masas de obreros, permitiendo sólo a la vanguardia la posibilidad de superar las dificultades y llegar a una clara comprensión de las tareas del conjunto de su clase.

10.- La autonomía real, práctica y no metafísica, de la organización sindical, no se ve perturbada ni disminuida en lo más mínimo por el intento del partido comunista por influir sobre ella. Todo militante del sindicato tiene derecho a votar como le parece y a elegir al que él considere mejor. Los comunistas, al igual que los demás, gozan de este derecho.

Que los comunistas ganen la mayoría en los órganos directivos está totalmente de acuerdo con el principio de autonomía, o sea de autoadministración, de los sindicatos. Por otra parte, ningún estatuto sindical puede impedir o prohibir al partido que elija como militante de su comité central al secretario de la Confederación del Trabajo, ya que aquí entramos enteramente en el dominio de la autonomía partidaria.

11.- Por supuesto que los comunistas se someten en los sindicatos, sin importar qué puesto ocupen, a la disciplina partidaria. Esto no excluye, sino que presupone su sumisión a la disciplina sindical. En otras palabras: el partido no les impone ninguna línea de conducta que contradiga la predisposición ni las opiniones de la mayoría de los militantes de los sindicatos. En casos enteramente excepcionales, cuando el partido considera imposible el acatamiento por parte de sus militantes de alguna decisión *reaccionaria* del sindicato, señala abiertamente a sus militantes las consecuencias que esto acarrea: separación de los cargos, expulsiones y demás.

En estas cuestiones, con fórmulas jurídicas (y la autonomía es una fórmula puramente jurídica) no se va a ninguna parte. Debe plantearse lo esencial del problema, y lo esencial es la *política sindical*. A una política incorrecta debe oponerse una política correcta.

12.- El carácter de la influencia del partido, sus formas y sus métodos pueden diferir profundamente, de acuerdo a las condiciones generales de un país dado o a su nivel de desarrollo.

En los países capitalistas, donde el partido comunista no tiene ningún medio de coerción, es obvio que solamente pueden ejercer un liderazgo a través de los comunistas que sean militantes o liberados de los sindicatos.

El número de comunistas que ocupan cargos de dirección en los sindicatos sólo es un medio más para medir la influencia del partido. El parámetro más importante es el porcentaje de comunistas en relación al total de sindicalizados. Pero el criterio principal es la influencia general del partido sobre la clase obrera, que se mide por la circulación de la prensa comunista, la concurrencia a actos del partido, el número de votos obtenidos en las elecciones y, lo que es especialmente importante, el número de obreros y obreras que responden activamente a los llamamientos del partido a la lucha.

13.- Claro está que la influencia general del partido comunista crecerá, incluso en los sindicatos, cuanto más revolucionaria sea la situación.

Estas condiciones permiten una apreciación del grado y la forma de la verdadera autonomía, real y no metafísica, de los sindicatos. En tiempos de “paz”, cuando las formas más militantes de acción sindical consisten en huelgas económicas aisladas, el rol *directo* del partido en la acción sindical pasa a segundo plano. Por regla general, el partido no toma una decisión sobre cada huelga aislada. *Ayuda* al sindicato a decidir si es oportuna, a través de su información económica, política y sus consejos. *Colabora* con la huelga mediante la agitación, etcétera. Pero en la huelga el primer lugar por supuesto corresponde al sindicato.

La situación cambia radicalmente cuando la movilización adquiere la forma de una huelga general o incluso en una lucha directa por el poder. En esas condiciones el papel de dirección del partido es directo e inmediato. Los sindicatos (naturalmente los que no se pasan al otro lado de la barricada) se convierten en aparatos organizativos del partido que aparece, ante toda la clase, como el líder de la revolución y asume toda la responsabilidad. Entre la huelga económica parcial y la insurrección revolucionaria, hay toda una gama de posibles relaciones entre el partido y los sindicatos, varios grados de influencia directa e inmediata, etcétera.

Pero, cualesquiera que sean las condiciones, el partido trata de ganar influencia contando con la autonomía de los sindicatos, los que (demás está decirlo) no están “sometidos” a él organizativamente.

14.- Los hechos demuestran que no existen en ninguna parte sindicatos políticamente “independientes”. Nunca los hubo. La experiencia y la teoría nos dicen que nunca los habrá. En los Estados Unidos los aparatos sindicales están directamente ligados a la plana mayor de la industria y a los partidos burgueses. En Inglaterra, antes apoyaban generalmente a los liberales, ahora forman la base material del Partido Laborista. En Alemania, marchan bajo la bandera de la socialdemocracia. En la República Soviética su dirección corresponde a los bolchevique En Francia una de las organizaciones sindicales sigue a los socialistas y otra a los comunistas. En Finlandia se dividieron recientemente, unos van hacia la socialdemocracia y otros hacia el comunismo. Así ocurre en todas partes.

Los teóricos de la “independencia” del movimiento sindical hasta ahora no se tomaron el trabajo de plantearse la pregunta: ¿por qué su reivindicación no se hace realidad en ninguna parte, sino que, por el contrario, la dependencia de los sindicatos respecto de un partido se hace sin excepción cada vez más evidente en todas partes? Esto está directamente en correspondencia con las características de la época imperialista, que

desnuda todas las relaciones de clase y que incluso dentro del proletariado acentúa las contradicciones entre su aristocracia y los sectores más explotados.

15.- La expresión más acabada de este sindicalismo fuera de época es la llamada Liga Sindicalista (*Ligue Syndicaliste*). Por sus características, aparece como una organización política que trata de subordinar el movimiento sindical a su influencia. Concretamente, recluta a sus militantes según el método de los grupos políticos y no el de los sindicatos. Tiene una plataforma, ya que no un programa, y lo defiende en sus publicaciones. Tiene su propia disciplina interna dentro del movimiento sindical. En los congresos de las confederaciones sus partidarios actúan como fracción política, lo mismo que los comunistas. En pocas palabras: la tendencia de la Liga Sindicalista se reduce a la lucha por liberar a ambas confederaciones de la dirección de socialistas y comunistas y unirlos bajo la dirección del grupo de Monatte.

La Liga no actúa abiertamente en nombre del derecho de la minoría más avanzada a luchar para extender su influencia sobre las masas retrasadas y de la necesidad de que esto ocurra. Se presenta bajo el disfraz de lo que llama la “independencia” sindical. En este sentido se aproxima al partido socialista, que también ejerce su liderazgo ocultándose tras la frase “independencia del movimiento sindical”. En cambio, el partido comunista dice abiertamente a la clase obrera: he aquí mi programa, mis tácticas y mi política, y se los propongo a los sindicatos.

El proletariado no debe creer nada a ciegas. Debe juzgar a cada partido y a cada organización por su trabajo. Los obreros deben desconfiar doblemente de los aspirantes a dirigentes que actúan de incógnito, pretendiendo hacerles creer que no necesitan ninguna dirección.

16.- No se debe negar el derecho de un partido político a luchar para ganar influencia en los sindicatos, pero hay que plantearse una pregunta: ¿En nombre de qué programa y de qué táctica lucha esa organización? En este sentido la Liga Sindicalista no ofrece las garantías necesarias. Su programa es extremadamente amorfo, lo mismo ocurre con sus tácticas. En sus evaluaciones actúa por reacción ante los hechos. Mientras que acepta la revolución proletaria, e incluso la dictadura del proletariado, ignora al partido y lucha contra la influencia comunista, sin la cual la revolución proletaria será siempre una frase vacía.

17.- La ideología de la independencia sindical no tiene nada en común con las ideas y sentimientos del proletariado como clase. Si el partido, mediante su dirección, es capaz de garantizar una política correcta, clara y firme en los sindicatos, a ningún obrero se le ocurrirá rebelarse contra la dirección del partido. Lo prueba la experiencia histórica de los bolcheviques.

Esto se aplica también a Francia, donde los comunistas obtuvieron 1.200.000 votos en las elecciones mientras que la *Confédération Générale du Travail Unitaire* (organización central de los sindicatos rojos) no reúne más que la tercera o la cuarta parte de esa cifra. Claro está que cualesquiera que sean las condiciones la consigna abstracta de independencia nunca surgirá de las masas. La burocracia sindical es otra cosa. No sólo tiene celos profesionales de la burocracia partidaria, sino que tiende a independizarse también del control de la vanguardia del proletariado. La consigna de independencia es, por sus mismas bases, una consigna burocrática y no de clase.

18.- Bajo el fetiche de la “independencia” la Liga Sindicalista convierte en fetiche también la *unidad sindical*.

No hace falta decir que mantener la unidad de las organizaciones sindicales tiene enormes ventajas, tanto desde el punto de vista de las tareas diarias del proletariado como desde el de la lucha del partido comunista por extender su influencia sobre las masas. Pero la realidad nos muestra que a partir de los primeros éxitos del ala revolucionaria en

los sindicatos los oportunistas han tomado deliberadamente la senda de la ruptura. Les son más queridas las relaciones pacíficas con la burguesía que la unidad del proletariado. Esta es la única conclusión que se puede extraer de la experiencia de posguerra.

De todos modos, a los comunistas nos interesa demostrarles a los obreros que la responsabilidad por la ruptura de los sindicatos recae enteramente sobre la socialdemocracia. Pero de esto no se desprende que la fórmula vacua de la unidad sea más importante para nosotros que las tareas revolucionarias de la clase obrera.

19.- Han pasado ocho años de la ruptura sindical en Francia. Durante este tiempo ambas organizaciones se ligaron definitivamente a partidos políticos mortalmente hostiles. En tales condiciones sería alimentar vanas esperanzas pretender unificar el movimiento sindical mediante un simple llamamiento a la unidad. Declarar que sin la unificación previa de las dos organizaciones no sólo no es posible la revolución, sino tampoco una seria lucha de clases, significa hacer depender el futuro de la revolución de la corrupta camarilla sindical de los reformistas.

En realidad, el futuro de la revolución no depende de la fusión de los dos aparatos sindicales sino de la unificación de la mayoría de la clase obrera alrededor de consignas y métodos de lucha revolucionarios.

Actualmente la unificación de la clase obrera sólo es posible mediante la lucha contra los colaboracionistas de clase (coalicionistas), que se encuentran no sólo en los partidos políticos sino también en los sindicatos.

20.- El verdadero camino hacia la unidad revolucionaria pasa por el desarrollo, perfeccionamiento, crecimiento y consolidación de la revolucionaria CGTU y por el debilitamiento de la reformista CGT.

No se excluye, por el contrario, es muy probable, que en el momento de la revolución el proletariado francés entre a la lucha con dos confederaciones: una que nuclea a las masas y otra a la aristocracia obrera y a la burocracia.

21.- La nueva oposición sindical no quiere andar, obviamente, el camino del sindicalismo. Al mismo tiempo rompe con el partido (no con determinada dirección sino con el partido en general). Eso significa lisa y llanamente que se desarma a sí misma y cae en las posiciones del gremialismo o del sindicalismo.

22.- La oposición sindical tiene diferentes variantes. Pero se caracteriza por algunos rasgos comunes que no la acercan a la Oposición de Izquierda. Por el contrario, la alejan y la oponen a ella. No lucha contra los actos arbitrarios y los métodos incorrectos de la dirección comunista sino contra la influencia comunista en la clase obrera. No lucha contra la caracterización ultraizquierdista de la situación y de su evolución, sino que actúa en realidad contra las perspectivas revolucionarias en general. La oposición sindical no lucha contra los métodos caricaturescos del antimilitarismo, sino que plantea una orientación pacifista. En otras palabras, la oposición sindical está evolucionando manifiestamente en un sentido reformista.

23.- Es totalmente incorrecto afirmar que (contrariamente a lo sucedido en Alemania, Checoslovaquia y otros países) no se ha constituido en los últimos años en Francia un ala derecha en el campo revolucionario. Lo que pasa es que la Oposición de Derecha francesa, renegando de la política revolucionaria del comunismo, ha asumido, conforme a las tradiciones del movimiento obrero francés, un carácter sindicalista, ocultando de este modo su fisonomía política. En el fondo la mayoría de la oposición sindical representa el ala derecha, lo mismo que el grupo de Brandler⁷⁵ en Alemania, los

⁷⁵ El grupo de Brandler, seguidores de Heinrich Brandler, dirigente del Partido Comunista Alemán expulsado en 1928-1929, cuando la Comintern emprendió su zigzag ultraizquierdista. Los brandleristas tenían lazos internacionales con el grupo americano de Lovestone y otros antiguos colaboradores de Bujarin, o sea con la Oposición de Derecha del movimiento comunista.

sindicalistas checos que después de la ruptura adoptaron una posición claramente reformista, etcétera.

24.- Se podría objetar que todas las consideraciones precedentes serían correctas únicamente con la condición de que el partido comunista tuviera una política correcta. Esta objeción es infundada. El problema de la relación entre el partido, que representa al proletariado como debería ser, y los sindicatos, que lo representan tal cual es, es el más fundamental del marxismo revolucionario. Sería un verdadero suicidio desechar la única respuesta principista posible a esta cuestión solamente porque el partido comunista, bajo influencias objetivas y subjetivas de las que hemos hablado más de una vez, esté llevando a cabo una política incorrecta en los sindicatos, así como en otros campos. A una política incorrecta se le opone una política correcta. Con este objeto, la Oposición de Izquierda se ha constituido en fracción. Si se considera que todo el Partido Comunista Francés está en una situación irremediable o sin esperanzas de recuperarse (cosa que nosotros no creemos) debe oponérsele otro partido. Pero esto no cambia ni en un milímetro la cuestión de la relación entre el partido y la clase.

La Oposición de Izquierda opina que es imposible influir en el movimiento sindical, ayudarlo a encontrar una orientación correcta, imbuirlo de consignas adecuadas más que a través del partido comunista (o por el momento de una fracción) que es, además de sus otros atributos, el principal laboratorio ideológico de la clase obrera.

25.- Bien entendida, la tarea del partido comunista no consiste solamente en ganar influencia en los sindicatos tal como son, sino en ganar a través de los sindicatos influencia en la mayoría de la clase obrera. Esto es posible solamente si los métodos que emplea el partido en los sindicatos corresponden a la naturaleza y a las tareas de éstos. La lucha del partido comunista por ganar influencia en los sindicatos se pone a prueba en el hecho de que éstos prosperen o no, en si aumenta el número de sus militantes, como también en sus relaciones con las masas. Si el partido paga su influencia en los sindicatos al precio de limitar su alcance o de fraccionarlos (convirtiéndolos en auxiliares del partido para fines momentáneos o impidiéndoles convertirse en auténticas organizaciones de masas), las relaciones entre el partido y la clase andan mal. No es necesario que tratemos aquí las causas de semejante situación. Lo hemos hecho más de una vez y lo hacemos todos los días. La inconstancia de la política comunista oficial refleja su tendencia aventurera a convertirse en amos de la clase obrera en el menor tiempo posible, mediante malabarismos, maquinaciones, una agitación superficial, etcétera.

Sin embargo, el modo de salir de esta situación no es contraponer los sindicatos al partido (o a la fracción) sino luchar implacablemente por cambiar toda la política del partido, incluso la sindical.

26.- La Oposición de Izquierda debe conectar indisolublemente los problemas del movimiento sindical con los de la lucha política del proletariado. Debe ofrecer un análisis concreto del nivel actual de desarrollo del movimiento obrero francés. Debe hacer una evaluación, tanto cuantitativa como cualitativa, del movimiento huelguístico actual y de sus perspectivas en relación a las perspectivas del desarrollo económico francés. De más está decir que está completamente descartada la posibilidad de una estabilización y una paz capitalista que duren décadas. Esto se debe a una caracterización de nuestra época como revolucionaria. Surge de la necesidad de una preparación oportuna del proletariado de vanguardia ante los cambios abruptos que son no sólo probables sino inevitables. Cuanto más firme e implacable sea su acción contra las fanfarronadas supuestamente revolucionarias de la burocracia centrista, contra la histeria política que no tiene en cuenta las condiciones objetivas, que confunde hoy con ayer o con mañana, más firme y decididamente debe oponerse a la derecha que toma sus críticas y se oculta tras ellas para infiltrarse en el marxismo revolucionario.

27.- ¿Otra definición nueva de los límites? ¿Nuevas polémicas? ¿Nuevas rupturas? Así se lamentarán las almas buenas pero cansadas que querrían transformar la Oposición en un tranquilo retiro donde uno pueda descansar en paz de las grandes tareas, preservando intacto el nombre de “revolucionario de izquierda”. ¡No!, les decimos a estos espíritus cansados; no seguimos el mismo rumbo. La verdad nunca ha sido la suma de pequeños errores. Una organización revolucionaria no puede nunca componerse de pequeños grupos conservadores, que lo primero que buscan es diferenciarse unos de otros. Hay épocas en que la tendencia revolucionaria se ve reducida a una pequeña minoría dentro del movimiento obrero. Pero lo que esas épocas exigen no es hacer arreglos entre pequeños grupos, tapándose mutuamente los pecados, sino, por el contrario, una lucha doblemente impecable por una perspectiva correcta y una educación de los cuadros en el espíritu del auténtico marxismo. Solamente así es posible la victoria.

28.- En cuanto al autor de estas líneas, debe admitir que la idea que tenía cuando fue deportado de la Unión Soviética sobre el grupo de Monatte resultó ser demasiado optimista y por lo tanto falsa. Durante muchos años no tuvo la oportunidad de seguir el accionar de este grupo. Juzgó por viejos recuerdos. Las divergencias no sólo resultaron ser más profundas, sino, también, más agudas de lo que había supuesto. Los sucesos de los últimos tiempos han probado sin lugar a dudas que la oposición comunista de Francia no podrá avanzar sin una clara y precisa definición ideológica de la línea del sindicalismo. Las tesis propuestas son un primer paso hacia esa definición, que es el prelude de una lucha exitosa contra la charlatanería revolucionaria y contra la esencia oportunista de Cachin, Monmousseau y Cía⁷⁶.

14 de octubre de 1929

⁷⁶ Cachin, Monmousseau y Cía. Marcel Cachin (1869-1958), ardiente social-patriota durante la Primera Guerra Mundial, se pasó al comunismo en 1920. Se convirtió en un firme estalinista y se mantuvo como editor de *l'Humanité* hasta su muerte. Gaston Monmousseau (1883-1960), antiguo sindicalista revolucionario, se convirtió en comunista y dirigente de la CGTU y en estalinista acérrimo.

Los errores de principio del sindicalismo⁷⁷

(21 de octubre de 1929)

Cuando llegué a Francia en octubre de 1914 encontré al movimiento socialista y sindical francés en un estado de profunda desmoralización chovinista. Buscando revolucionarios, linterna en mano, trabé conocimiento con Monatte y Rosmer⁷⁸. Ellos no habían sucumbido al chovinismo. Así comenzó nuestra amistad. Monatte se consideraba un anarcosindicalista, pero a pesar de eso se encontraba mucho más cercano a mí que los guesdistas⁷⁹ franceses, que hacían un papel vergonzoso. Por esa época los Cachin se estaban familiarizando con las entradas de servicio de los ministerios de la Tercera República⁸⁰ y de las embajadas aliadas. En 1915 Monatte abandonó, dando un portazo, el comité central de la CGT. Su alejamiento de la central sindical significó esencialmente una división. Pero en ese momento Monatte creía (correctamente) que las tareas históricas fundamentales del proletariado estaban por encima de la unidad con los chovinistas y con los lacayos del imperialismo. En esto Monatte era leal a las mejores tradiciones del sindicalismo revolucionario.

Monatte fue uno de los primeros amigos de la Revolución de Octubre. Es cierto que, a diferencia de Rosmer, mantuvo reservas durante mucho tiempo. Esto estaba muy de acuerdo con las características de Monatte, de lo que me convencí luego, de mantenerse aparte, de esperar, de criticar. A veces esta actitud es absolutamente inevitable. Pero como línea de conducta *básica* se convierte en una forma de sectarismo muy afín al proudhonismo⁸¹, pero que no tiene nada en común con el marxismo.

Cuando el Partido Socialista de Francia se convirtió en partido comunista, tuve la oportunidad de discutir frecuentemente con Lenin la onerosa herencia que había recibido la Internacional con líderes como Cachin, Frossard y otros héroes de la Liga por los Derechos del Hombre, de francmasones, parlamentarios, trepadores y charlatanes. Esta es una de esas conversaciones que, si no me equivoco, ya he publicado en la prensa.

Sería bueno –me decía Lenin– alejar del partido a todos estos veletas y meter en él a los sindicalistas revolucionarios, a los militantes obreros, a las personas realmente devotas de la causa de la clase obrera. ¿Y Monatte? –Por supuesto que Monatte sería diez veces mejor que Cachin y que los otros como él –le contesté–. Pero Monatte no sólo sigue

⁷⁷ “Los errores de principio del sindicalismo”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano/Obras Escogidas](#).

⁷⁸ Rosmer, Alfred (1877-1964), originalmente anarquista, luego socialista, militó en la agitación contra la Primera Guerra Mundial, colaborando en esto con Trotsky hasta la expulsión de éste de Francia. Miembro fundador del Partido Comunista Francés, fue elegido al Comité Ejecutivo de la Comintern. Expulsado del Partido Comunista Francés en 1924 fue miembro del movimiento trotskysta desde sus comienzos hasta su renuncia en 1930. Siguió siendo gran amigo personal de Trotsky y de Natalia Sedova (la viuda de Trotsky).

⁷⁹ Guesdistas, dentro del movimiento socialista, los seguidores de Jules Guesde (1845-1922), primer dirigente marxista de Francia y rival de Jaurès en el partido unificado. Guesde se jactaba de su ortodoxia marxista, pero se convirtió en un socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial.

⁸⁰ Tercera República, el gobierno de Francia desde la caída del Segundo Imperio (1871) hasta la invasión nazi y la instauración del régimen de Vichy (1940).

⁸¹ Proudhonismo, escuela de pensamiento creada por Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), el famoso socialista utópico. Imaginaba una sociedad basada en el libre intercambio entre productores independientes y consideraba al estado menos importante que los talleres que él suponía lo reemplazarían. [Ver en nuestras [OEME-EIS: Miseria de la filosofía](#), de Carlos Marx con nuevos anexos.]

rechazando el parlamentarismo, sino que hasta hoy no ha alcanzado a comprender la importancia del partido.

Lenin estaba asombrado: —¡Imposible! ¿No ha llegado a comprender la importancia del partido después de la Revolución de Octubre? Ese es un síntoma alarmante.

Mantenia una cierta correspondencia con Monatte, así que lo invité a venir a Moscú. Fiel a su temperamento prefirió en este caso mantenerse aparte y esperar. Además, en el partido comunista no se encontraba cómodo. En eso tenía razón. Pero en vez de ayudar a transformarlo esperó. En el Cuarto Congreso⁸² logramos dar el primer paso hacia la limpieza del Partido Comunista de Francia de francmasones, pacifistas y trepadores.

Monatte entró al partido. No hace falta señalar que para nosotros esto no significaba que hubiera adoptado una posición marxista. El 23 de marzo de 1923 escribí en *Pravda*: “La entrada de nuestro viejo amigo Monatte al partido comunista fue para nosotros una gran alegría. La revolución necesita hombres como él. Pero sería un error pagar un *rapprochement* con una confusión de ideas”⁸³. En este artículo criticaba el escolasticismo de Louzon sobre las relaciones entre la clase, los sindicatos y el partido. En particular explicaba que el sindicalismo de preguerra había sido un embrión del partido comunista, que ese embrión se había convertido en un niño y que si esa criatura sufría ahora de sarampión y de raquitismo era necesario curarla y nutrirla, pero que sería absurdo suponer que se lo podía hacer volver al útero materno. Podría decirse que los argumentos de mi artículo de 1923, caricaturizados, son hasta el momento la principal herramienta contra Monatte en manos de Monmousseau y otros luchadores antitrotskyistas.

Monatte se unió al partido. Pero apenas sí había tenido tiempo de acostumbrarse a una morada más amplia que su tiendita de *Quai de Jemmapes*⁸⁴ cuando se le echó encima el *coup d'état* en la Internacional: enfermó Lenin y comenzó la campaña contra el “trotskyismo” y [también comenzó] la “bolchevización” zinovievista. Monatte no pudo someterse a los trepadores que, apoyándose en la plana mayor de los epígonos de Moscú y disponiendo de recursos ilimitados, se acomodaban utilizando la intriga y la calumnia. Fue expulsado del partido. Este episodio, que por importante que sea no es más que eso, un episodio, fue decisivo en el desarrollo político de Monatte. Decidió que su corta experiencia en el partido había confirmado plenamente sus prejuicios anarcosindicalistas contra el partido en general. Comenzó entonces a regresar insistentemente a posiciones ya abandonadas. Comenzó a buscar nuevamente la Carta de Amiens⁸⁵. Para esto tenía que volver la vista al pasado. Las experiencias de la guerra, de la Revolución Rusa y del movimiento sindical mundial se perdieron, dejando apenas una huella en él. Otra vez Monatte se sentaba a esperar. ¿Qué? Un nuevo Congreso de Amiens. Desgraciadamente no pude seguir durante los últimos años la evolución regresiva de Monatte: la Oposición Rusa vivía bloqueada.

De todos los tesoros de la teoría y la práctica de la lucha mundial del proletariado, Monatte no ha extraído más de dos ideas: autonomía sindical y unidad sindical. Ha elevado estos dos principios puros por encima de nuestra realidad pecadora. Basó su periódico y su Liga Sindicalista en la *autonomía sindical* y en la *unidad sindical*. Pero

⁸² [Ver en nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#) la obra [Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista](#), páginas 202-271 del formato pdf.]

⁸³ [En nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano/Obras Escogidas: Una discusión necesaria con nuestros camaradas sindicalistas](#), página 1 del formato pdf.]

⁸⁴ Quai de Jemmapes, sede de *Vie ouvrière*, primer periódico de Monatte.

⁸⁵ Carta de Amiens, adoptada bajo la influencia de los sindicalistas en el congreso de Amiens de la CGT (1906), exigía la total autonomía y absoluta independencia de los sindicatos de todo partido político.

éstas son ideas huecas, y se parecen al agujerito de un anillo. A Monatte no le interesa más que el agujero de la autonomía.

No menos vacío es el otro principio sagrado: unidad. En su nombre Monatte hasta se opuso a la ruptura del Comité Anglo-ruso⁸⁶, aun cuando el Consejo General de los sindicatos británicos había traicionado la huelga general. El hecho de que Stalin, Bujarin, Cachin, Monmousseau y otros apoyaron el bloque con los rompeshuelgas hasta que éstos los dejaron de lado, no reduce para nada el error de Monatte. A mi llegada al extranjero intenté explicar a los lectores de *Révolution Proletarienne*⁸⁷ el carácter criminal de este bloque, cuyas consecuencias todavía se hacen sentir en el movimiento obrero. Monatte no quiso publicar mi artículo. ¿Cómo podía ser de otra manera, si yo había atacado el sagrado principio de la unidad sindical, que resuelve todos los problemas y concilia todas las contradicciones?

Cuando los huelguistas encuentran a su paso un grupo de rompeshuelgas los sacan del medio sin desperdiciar un solo golpe. Si estos pertenecen al sindicato los expulsan inmediatamente, sin preocuparse por el sagrado principio de la unidad sindical. Monatte seguramente no objeta esto. Pero la cosa es diferente si se trata de la burocracia sindical y sus líderes. El Consejo General no se compone de famélicos y retrasados rompeshuelgas. Son traidores bien nutridos y experimentados, que en determinado momento se ponen a la cabeza de la huelga general para decapitarla lo más rápida y seguramente posible. Actuaban mano a mano con el gobierno, los patrones y la iglesia. Parecería que los dirigentes de los sindicatos rusos, que formaban un bloque político con el Consejo General, deberían haber roto con él inmediata, abierta e implacablemente, a la vista de las masas que éste había decepcionado y traicionado. Pero Monatte se alza con fiereza: está prohibido perturbar la unidad sindical. Inesperadamente, olvida que él mismo alteró esta unidad en 1915 al abandonar el Consejo General chovinista de la *Confédération Générale du Travail*.

Hay que decirlo abiertamente: entre el Monatte de 1915 y el de 1929 hay un abismo. A él le parece que se mantiene fiel a sí mismo. Es cierto, hasta cierto punto. Monatte repite unas pocas viejas fórmulas, pero ignora totalmente las experiencias de los últimos quince años, más ricas en enseñanzas que toda la historia precedente de la humanidad. En su intento de retornar a posiciones anteriores, no se da cuenta de que éstas desaparecieron hace tiempo. Se trate de lo que se trate, Monatte mira hacia atrás, se ve claramente en el problema del partido y el estado.

Hace algún tiempo me acusaba de subestimar los “peligros” del poder estatal (*Révolution Proletarienne*, N° 79, 1° de mayo de 1929, página 2). Este reproche no es nuevo. Tiene su origen en la lucha de Bakunin contra Marx y revela una concepción falsa, contradictoria y esencialmente no-proletaria del estado.

En todo el mundo, a excepción de un país, el poder estatal está en manos de la burguesía. *En esto, y sólo en esto, reside para el proletariado el peligro del poder estatal*. La tarea histórica del proletariado es arrancar de manos de la burguesía este poderosísimo instrumento de opresión. Los comunistas no negamos las dificultades y los peligros que implica la dictadura del proletariado. ¿Pero reduce esto la necesidad de tomar el poder? Si una fuerza irresistible arrastrara a todo el proletariado a la toma del poder, o si ya lo hubiera conquistado, se podría, hablando estrictamente, comprender tal o cual prevención

⁸⁶ Comité Anglo-ruso formado en 1925 con representación paritaria de las direcciones de las federaciones sindicales británica y rusa. Sirvió a los dirigentes sindicales británicos como careta de izquierda contra la crítica del partido comunista mientras liquidaban la huelga general británica de 1926. Cuando no pudieron sacarle más provecho, los dirigentes británicos abandonaron el comité.

⁸⁷ *Révolution prolétarienne*, periódico sindicalista fundado por Monatte en 1924, después de haber dejado el partido comunista.

de los sindicalistas. Como es sabido, Lenin alertó en su testamento⁸⁸ contra el abuso del poder revolucionario. La Oposición ha llevado adelante la batalla contra las deformaciones de la dictadura del proletariado desde su formación, y sin necesidad de pedirle nada prestado al arsenal del anarquismo.

En cambio, en los países burgueses la desgracia es que la abrumadora mayoría del proletariado no entiende como es debido los peligros del estado burgués. Por la forma en que encarán la cuestión, los sindicalistas, involuntariamente por supuesto, contribuyen a la conciliación pasiva de los obreros con el estado capitalista. Cuando los sindicalistas hacen sonar en los oídos de los obreros, oprimidos por el estado burgués, sus alertas sobre el peligro del estado proletario cumplen un rol puramente reaccionario. Los burgueses se apresurarán a repetir a los obreros: “No toquéis el estado porque es una trampa muy peligrosa para vosotros”. Los comunistas les dirán: “Las dificultades y los peligros con que se enfrenta el proletariado al día siguiente de la toma del poder aprenderemos a superarlos sobre la base de la experiencia. Pero en el presente los peligros más amenazantes residen en el hecho de que nuestro enemigo de clase tenga las riendas del poder en sus manos y las maneje en contra nuestra”.

En la sociedad contemporánea hay sólo dos clases capaces de tener el poder en sus manos: la burguesía y el proletariado. La pequeña burguesía perdió hace tiempo la posibilidad económica de dirigir los destinos de la sociedad moderna. A veces, en arranques de desesperación, se levanta a la conquista del poder, incluso armas en mano, como ha sucedido en Italia, Polonia y otros países. Pero las insurrecciones fascistas terminan simplemente en que el nuevo poder se convierte en el instrumento del capital financiero de un modo aún más brutal y descarado. Por eso los ideólogos más representativos de la pequeña burguesía le temen al poder estatal como tal. Le temen cuando está en manos de la gran burguesía porque ésta los asfixia y los arruina. También le temen cuando está en manos del proletariado porque éste socava sus condiciones de vida habituales. Finalmente le temen cuando está en sus propias manos impotentes porque inevitablemente pasará a las del capital financiero o a las del proletariado. Los anarquistas no ven los problemas revolucionarios del poder estatal, su rol histórico; sólo ven sus “peligros”. Los anarquistas que se oponen a todo estado son, por lo tanto, los representantes más lógicos y por eso más sin esperanzas de la pequeña burguesía en su histórico callejón sin salida.

Sí, también el detentar el poder del estado engendra peligros en el régimen de dictadura del proletariado, pero la esencia de ese peligro reside en la posibilidad de que ese poder vuelva a manos de la burguesía. El riesgo más conocido y obvio es el burocratismo. ¿En qué consiste? Si una burocracia obrera esclarecida pudiera llevar la sociedad al socialismo, o sea a la liquidación del estado, nos reconciliaríamos con semejante burocracia. Pero su *carácter* es el opuesto: al separarse del proletariado, al colocarse por encima de éste, la burocracia cae bajo la influencia de las clases pequeño burguesas y puede así facilitar el retorno del poder a manos de la burguesía. En otras palabras: para los obreros los peligros del estado bajo la dictadura del proletariado no son, si se los analiza a fondo, más que el peligro de la restauración del poder burgués.

No menos importante es el problema del *origen* de este peligro burocrático. Sería totalmente erróneo pensar, imaginar, que el burocratismo surge exclusivamente del hecho de que el proletariado conquiste el poder. No es ése el caso. En los estados capitalistas se observan las formas más monstruosas de burocratismo precisamente en los sindicatos.

⁸⁸ Testamento (de Lenin), carta de Lenin del 25 de diciembre de 1922, con una posdata del 4 de enero de 1923, proponiendo al partido comunista soviético que se removiera a Stalin del puesto de secretario general. Su existencia fue negada durante mucho tiempo, pero Jrushchov la reconoció oficialmente durante el período de la desestalinización.

Basta con ver lo que pasa en Norteamérica, Inglaterra y Alemania. Ámsterdam es la más poderosa organización internacional de la burocracia sindical. Gracias a ella se mantiene en pie toda la estructura del capitalismo, sobre todo en Europa y especialmente en Inglaterra. Si no fuera por la burocracia sindical, la policía, el ejército, los lores, la monarquía, aparecerían ante los ojos de las masas proletarias como lamentables y ridículos juguetes. La burocracia sindical es la columna vertebral del imperialismo británico. Gracias a esta burocracia existe la burguesía, no sólo en la metrópolis sino también en la India, en Egipto y en las demás colonias. Seríamos ciegos si les dijéramos a los obreros ingleses: “Guardaos de la conquista del poder y recordad siempre que vuestros sindicatos son el antídoto contra los peligros del estado”. Un marxista les dirá: “La burocracia sindical es el principal instrumento de la opresión del estado burgués. Hay que arrancar el poder de manos de la burguesía, por lo tanto, su principal agente, la burocracia sindical, debe ser derrocado”. Entre paréntesis, es justamente por esto que el bloque de Stalin con los rompehuelgas fue tan criminal.

En el ejemplo de Inglaterra se ve claramente lo absurdo de contraponer, como si implicaran principios diferentes, la organización sindical y la organización del estado. Allí más que en ninguna otra parte el estado descansa sobre las espaldas de la clase obrera, que constituye una mayoría aplastante de la población del país. Hay un mecanismo por el cual la burocracia se apoya *directamente* en los obreros y el estado lo hace indirectamente, *por la intermediación* de la burocracia sindical.

Hasta ahora no hemos mencionado al Partido Laborista, que, en Inglaterra, el país clásico de los sindicatos, no es más que una trasposición política de la misma burocracia sindical. Los mismos líderes conducen los sindicatos, traicionan la huelga general, llevan a cabo la campaña electoral y luego se sientan en los ministerios. El Partido Laborista y los sindicatos no constituyen dos entes: son una mera división técnica del trabajo. Juntos forman la principal base de sustentación de la burguesía inglesa, a la que no se puede derrocar si no se derroca primero a la burocracia laborista. Y esto no se logra contraponiendo los sindicatos como tales al estado como tal, sino mediante la activa oposición del partido comunista a la burocracia laborista en todos los campos de la vida social: en los sindicatos, en las huelgas, en la campaña electoral, en el parlamento y en el poder. La tarea principal de un verdadero partido del proletariado consiste en ponerse a la cabeza de las masas trabajadoras, organizadas o no en los sindicatos, para arrancar el poder de manos de la burguesía y darles el golpe de gracia a los “peligros del estatismo”.

Constantinopla, octubre de 1929

[Radicalización de las masas, crisis, huelgas económicas y políticas, sindicato]⁸⁹ (diciembre de 1929)

[...]

Al estudiar la radicalización de las masas, jamás se debe olvidar que el proletariado no accede a la “unanimidad” sino en la culminación de los períodos revolucionarios. En la vida “cotidiana” bajo el régimen capitalista, el proletariado dista de alcanzar la homogeneidad. Además, la heterogeneidad de los estratos que lo componen se manifiesta de manera más clara precisamente en las coyunturas del camino. Las capas más explotadas, menos especializadas o políticamente más atrasadas del proletariado suelen ser las primeras en salir a la lucha y, en caso de derrota, las primeras en abandonarla. Es precisamente en la nueva etapa que los obreros que no sufrieron la derrota en la anterior, son los primeros en movilizarse, aunque sólo sea porque todavía no han participado en la lucha. De un modo u otro estos fenómenos también deberán manifestarse en Francia.

El mismo hecho se refleja en las vacilaciones de los obreros organizados, que señala la prensa comunista oficial. Es cierto, las inhibiciones de los obreros organizados están excesivamente desarrolladas. Al considerarse un sector insignificante del proletariado, los obreros organizados suelen desempeñar un papel conservador. Desde luego que este argumento no va dirigido contra la organización sino contra sus debilidades y contra los dirigentes sindicales tipo Monmousseau, que no comprenden la esencia de la organización sindical y son incapaces de evaluar la importancia que ésta reviste para la clase obrera. De todas maneras, el papel de vanguardia que están desempeñando en la actualidad los sectores no organizados, demuestra que no se trata de una lucha revolucionaria, sino de una lucha económica unitaria, que se encuentra, además, en su primer estadio.

El mismo hecho queda demostrado en el importante papel que desempeñan en la huelga los trabajadores extranjeros, quienes, dicho sea de paso, jugarán en Francia un papel análogo al de los negros en Estados Unidos. Pero eso es cosa del futuro. En la actualidad, el papel que juegan los obreros extranjeros, muchos de los cuales no conocen el idioma, demuestra una vez más que la lucha no es política sino económica y que su impulso inicial partió de la coyuntura económica.

Aun con relación al frente puramente económico, no se le puede otorgar a la lucha el carácter *ofensivo* que le atribuyen Monmousseau y Cía. Ellos basan su definición en el hecho de que un alto porcentaje de huelgas se libran por *aumento* de salarios. Estos buenos dirigentes olvidan que los obreros se ven obligados a levantar tales reivindicaciones debido, por un lado, al alza del costo de la vida y, por el otro, a la intensificación de la explotación física, fruto de los nuevos métodos industriales (racionalización). El obrero tiene que exigir el *aumento* del salario nominal para *defender* su nivel de vida. Estas huelgas sólo pueden ser “ofensivas” para la contabilidad capitalista. Desde el punto de vista de la táctica sindical su carácter es estrictamente

⁸⁹ Extractos de *El “tercer período” de los errores de la Internacional Comunista*, páginas 6, 8, 19, 20, 24 y 26 del formato pdf en esta misma serie de nuestras EIS (OELT-EIS).

defensivo. Es precisamente este aspecto del problema que todo sindicalista serio debió comprender claramente o subrayar de todas las maneras posibles. Pero Monmousseau y Cía. se creen con el derecho de ser sindicalistas indiferentes porque ostentan el título, vean ustedes, de “dirigentes revolucionarios”. Aunque griten hasta quedar roncós que estas huelgas defensivas revisten un carácter político y revolucionario ofensivo, no cambiarán el carácter de las mismas ni agregarán un ápice a su importancia. Por el contrario, ayudan a los patrones y al gobierno a armarse contra los trabajadores.

La cosa no mejora cuando nuestros “dirigentes” afirman que las huelgas se vuelven “políticas” en virtud de... la intervención de la policía. ¡Argumento asombroso! Cuando la policía apalea a los huelguistas, hablan del... progreso revolucionario de los obreros. La historia francesa es testigo de no pocas masacres de obreros en huelgas exclusivamente económicas. En Estados Unidos el aplastamiento sangriento de los huelguistas es la norma. ¿Significa esto que los obreros estadounidenses están embarcados en una lucha revolucionaria a ultranza? El fusilamiento de los huelguistas es, por supuesto, un hecho de trascendencia política. Pero sólo un charlatán podría identificarlo con el avance político revolucionario de las masas trabajadoras, y con ello no favorecería sino a los patrones y a su policía.

Cuando el Consejo General del Congreso Sindical británico calificó a la huelga general revolucionaria de 1926 de manifestación pacífica, sabía lo que hacía⁹⁰. Fue una traición planificada intencionalmente. Pero cuando Monmousseau y Cía. califican a una serie de huelgas económicas aisladas de un ataque revolucionario contra el estado burgués, a nadie se le ocurre acusarlos de traidores conscientes. Es dudoso que esta gente sea capaz de actuar conscientemente. Pero muy flaco es el favor que les hacen a los trabajadores.

[...]

Sobra decir que, aun en el caso de producirse una coyuntura favorable en Norteamérica y un reanimación comercial e industrial en Europa, no podrá evitarse una nueva crisis. No dudamos que cuando ésta se produzca los dirigentes afirmarán que su “pronóstico” queda plenamente confirmado, que la estabilización del capitalismo no se produjo y que la lucha de clases se agudizó. Es evidente que cuesta poco hacer tal “pronóstico”. Si alguien predice diariamente un eclipse del sol, en algún momento de su vida verá cumplida su predicción. Pero nadie consideraría un astrónomo serio a semejante profeta. La tarea de los comunistas no consiste en pronosticar crisis, revoluciones y guerras todos los días sino en prepararse para el estallido de guerras y revoluciones mediante la sobria evaluación de las circunstancias y situaciones que se producen en los períodos *entre* las guerras y las revoluciones. Hay que prever que después de cada ascenso se producirá una crisis. Hay que advertir a las masas la inminencia de la crisis. Pero las masas estarán mejor preparadas para recibirla si aprovechan con una buena dirección, el ascenso económico. En el último plenario del Comité Nacional de la CGTU se expresaron ideas bastante sanas. Por ejemplo, Claveri y Dorelle se quejaron de que en el último congreso de la CGTU (setiembre de 1929) se soslayó el problema de las reivindicaciones económicas de las masas trabajadoras. Sin embargo, estos oradores no se detuvieron a pensar cómo era posible que un congreso sindical pasara por alto precisamente lo que debía constituir su tarea primera y principal. En el espíritu de la llamada “autocrítica”, los principales oradores atacaron a la dirección de la CGTU, con un vigor jamás desplegado por la Oposición.

⁹⁰ El Consejo General del Congreso Sindical británico llamó a la huelga general en apoyo a la huelga minera de mayo de 1926, pero la canceló nueve días después y los mineros debieron luchar solos hasta que fueron derrotados.

Sin embargo, el mismo Dorelle provocó bastante confusión al referirse, en nombre del “tercer período”, al carácter *político* de las huelgas. Dorelle exigió que los sindicalistas comunistas revolucionarios (no existe otro tipo de sindicalista revolucionario en la actualidad) enseñen a todo huelguista la relación que existe entre los casos aislados de explotación y el régimen contemporáneo en su conjunto, con la consiguiente relación entre las reivindicaciones obreras inmediatas y la revolución proletaria. Esto es el abecé para un marxista, pero en si no determina el carácter de la huelga. Una huelga política no es aquélla en la que los comunistas realizan agitación política sino una huelga en la que los obreros de todas las ramas y fábricas salen a la lucha por objetivos políticos específicos. La agitación revolucionaria en medio de la huelga es una tarea que debe realizarse en todas las circunstancias, pero la participación de los obreros en huelgas políticas, o sea, revolucionarias, es una de las formas de lucha más avanzadas y sólo se da en circunstancias excepcionales, que ni el partido ni los sindicatos pueden fabricar de acuerdo con sus deseos. Identificar las huelgas económicas con huelgas políticas provoca un estado de confusión que impide a los dirigentes sindicales hacer enfoques ajustados de las huelgas económicas, organizarlas y elaborar un programa práctico de reivindicaciones obreras.

[...]

Si la reanimación económica francesa dura un año más (lo que no es de descartar), el desarrollo y extensión de las luchas económicas será cuestión principalísima en el orden del día. La adaptación a esas circunstancias no sólo es tarea de los sindicatos sino también del partido. No basta con proclamar en abstracto el derecho del comunismo a desempeñar un rol dirigente; hay que ganarse ese derecho en la acción, no en los estrechos marcos del aparato sindical sino en el escenario de la lucha de clases. A la fórmula anarquista y sindicalista de autonomía sindical, el partido debe oponer una actividad teórica y política seria en los sindicatos, de manera que a éstos les resulte más fácil orientarse en medio de los acontecimientos económicos y políticos y elaborar reivindicaciones y métodos de lucha acertados.

Los cambios inevitables que provocaría la crisis en la reactivación significarían un cambio en las tareas, al pasar a segunda fila las luchas económicas. Ya hemos dicho que el advenimiento de una crisis probablemente sirva para dar ímpetu a la actividad política de las masas. Su fuerza dependerá de dos factores: la duración y envergadura del alza y el grado de agudeza de la crisis que la sucederá. Cuanto más abrupto y decisivo el cambio, más explosiva será la movilización de las masas. Es natural. Por inercia, las huelgas generalmente alcanzan su culminación en el momento en que el alza económica comienza a descomponerse. Es como si, en plena carrera, los obreros chocaran contra una pared. En ese caso es muy poco lo que pueden lograr las huelgas económicas. Iniciada la recesión, los capitalistas recurrirán fácilmente al *lock-out*. En ese momento, la conciencia de clase de los trabajadores, que se ha profundizado, comienza a buscar otros cauces. ¿Cuáles? No depende solamente de las situaciones coyunturales sino además de la situación global del país.

[...]

“¿Dónde está la base del alza revolucionaria?” Molotov intenta un análisis e inmediatamente nos presenta los frutos de sus elucubraciones. “La base del alza revolucionaria no puede encontrarse sino en la creciente crisis general del capitalismo y la profundización de las contradicciones fundamentales del sistema capitalista.”

El que no está de acuerdo es un “liberal infeliz”. Pero, ¿dónde leyó que el origen de las huelgas económicas “no puede encontrarse sino” en la crisis? En lugar de analizar la situación económica real, y examinar su relación con el movimiento huelguístico en curso, Molotov procede a la inversa: enumera media docena de huelgas y de allí saca la

conclusión de que la crisis capitalista es “creciente”. Así su análisis termina en... las nubes.

Sabemos que la causa del ascenso del movimiento huelguístico en una serie de países reside en las mejoras experimentadas por la coyuntura económica en el curso de los dos últimos años. Esto sucedió principalmente en Francia. Es cierto que la reactivación industrial, que dista de abarcar a toda Europa, sigue siendo bastante modesta, aun en Francia, y su futuro es incierto. Pero un cambio coyuntural en cualquier sentido, por pequeño que sea, no pasa sin afectar la vida del proletariado. Si diariamente se producen despidos en masa los trabajadores que retienen su empleo no tienen la misma moral que en una época en la que se incorporan nuevos trabajadores, aunque no sean muchos. No es menor la influencia de la coyuntura sobre las clases dominantes. En un período de reactivación industrial, que siempre suscita en los obreros la esperanza de que se mejore aun más en el futuro, los capitalistas tienden a aliviar las contradicciones internacionales, precisamente para garantizar que la coyuntura favorable siga desarrollándose. Esto es lo que se ha dado en llamar el “espíritu de Locarno y Ginebra”⁹¹.

El pasado nos brinda buenos ejemplos de la relación entre factores coyunturales y fundamentales.

Entre 1896 y 1913 se produjo, con breves interrupciones, una poderosa expansión industrial. En 1913 se transformó en una recesión que, como saben todas las personas bien informadas, significó el comienzo de la crisis prolongada. La amenaza de un cambio en la coyuntura, después de un período de auge sin precedentes, creó un estado de extremo nerviosismo en la clase dominante y sirvió de estímulo directo al estallido de la guerra. Por supuesto, que la guerra imperialista fue fruto de las contradicciones fundamentales del capitalismo. Hasta Molotov conoce esta generalidad. Pero, en el camino que condujo a ella, se alternaron una serie de etapas en las que las contradicciones se agudizaron o se paliaron. Lo propio ocurrió con la lucha de clases.

En el período prebélico los procesos básicos y coyunturales se desarrollaron de manera mucho más pareja que en el período actual, caracterizado por cambios repentinos y descensos abruptos, cuando basta un cambio económico relativamente moderado para provocar un salto político de gran magnitud. Pero esto no significa que se pueda cerrar los ojos ante la marcha del proceso repitiendo las tres fórmulas mágicas (“las contradicciones se agudizan”, “las masas trabajadoras se desplazan hacia la izquierda”, “la guerra es inminente”) todos, todos, todos los días. Si lo que determina nuestra estrategia, *en última instancia*, es lo inevitable de la agudización de las contradicciones y la radicalización revolucionaria de las masas, nuestras tácticas, subordinadas a esta estrategia, se elaboran sobre la base de la evaluación realista de cada época, cada etapa, cada momento, cuyas características pueden ser la mitigación circunstancial de las contradicciones, un viraje a la derecha de las masas, un cambio en la relación de fuerzas a favor de la burguesía, etcétera. Si las masas se desplazaran ininterrumpidamente hacia la izquierda, cualquier imbécil podría dirigir las. Afortunada o desgraciadamente, la situación es más complicada, sobre todo en esta época tan fluida, cambiante, “caprichosa”.

La llamada línea general no es más que una frase si no se la adapta a cada cambio de la situación nacional e internacional. ¿Cómo actúa la dirección de la Internacional Comunista? En lugar de analizar las situaciones concretas, se golpea la cabeza ante cada

⁹¹ El “espíritu de Locarno y Ginebra” (el apaciguamiento de las contradicciones internacionales), referencia al Pacto de Locarno, una serie de tratados y convenciones de arbitrajes refrendada en 1925 por Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Checoslovaquia y Polonia, que “garantizaban” la paz y el respeto por las fronteras nacionales existentes, y a Ginebra, sede de la Liga de las Naciones y de numerosas conferencias de desarme auspiciadas por ésta.

nueva etapa y luego consuela a las masas derrotadas con cambios e incluso con la expulsión de los que montaban guardia en los comités centrales de los partidos nacionales. Aconsejamos encarecidamente a Cachin, Monmousseau, Thaelmann y todos los Remmeles⁹² que se preparen a cumplir el papel de chivos emisarios de la teoría y la práctica del tercer período, lo que sucederá cuando Stalin corrija a Molotov... una vez consumado el hecho.

⁹² Germann Remmele (1880-1937), uno de los dirigentes estalinistas del PC Alemán y defensor incondicional de la política del Kremlin que condujo a la victoria de Hitler en 1933. Huyó a la URSS donde fue ejecutado por la GPU en el curso de una purga de comunistas extranjeros.

[Centrismo y sindicatos]⁹³

(28 de mayo de 1930)

[...]

Es un error fundamental creer que el “centrismo” es una descripción geométrica o topográfica, como en un discurso. Para un marxista, los conceptos políticos no se definen por sus características formales sino por su contenido de clases, enfocado desde un punto de vista ideológico y metodológico. Las tres tendencias del movimiento obrero contemporáneo (reformismo, comunismo y centrismo) derivan inexorablemente de la situación objetiva del proletariado bajo el régimen imperialista de la burguesía.

[...]

Así, las dos corrientes fundamentales de la clase obrera mundial son el socialimperialismo por un lado y el comunismo revolucionario por el otro. Entre estos dos polos hay una serie de corrientes y agrupaciones de transición que cambian constantemente de ropaje y se encuentran siempre en estado de transformación y desplazamiento: a veces se desplazan del reformismo al comunismo, otras del comunismo al reformismo. Estas corrientes centristas no tienen, y su naturaleza no les permite tener, una base social bien definida. Mientras el comunismo es el abanderado de la clase obrera y el reformismo representa los intereses de la cúpula privilegiada de la misma, el centrismo refleja el proceso transicional en el seno del proletariado, las distintas oleadas dentro de sus distintas capas y las dificultades que estorban el avance hacia posiciones revolucionarias definitivas.

Precisamente por eso las organizaciones centristas de masas jamás son estables ni viables.

Es cierto que siempre habrá en la clase obrera una capa de centristas crónicos, que no quieren seguir con el reformismo hasta las últimas consecuencias pero que son orgánicamente incapaces de convertirse en revolucionarios. Un ejemplo de este tipo de obrero centrista honesto fue, en Francia, el viejo Bourderon. Otro ejemplo más brillante y notable fue (esta vez en Alemania) el viejo Ledebour. Por su parte, las masas jamás permanecen mucho tiempo en esta etapa transicional: se unen coyunturalmente a los centristas y luego avanzan para unirse a los comunistas o vuelven a los reformistas, salvo que caigan, por un tiempo, en la indiferencia.

Así fue cómo el ala izquierda del Partido Socialista francés se convirtió en un partido comunista, abandonando a sus dirigentes centristas en el camino. El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, en cambio, desapareció, y sus militantes fueron todos a parar al comunismo o a la socialdemocracia.

De la misma manera, la Internacional “Dos y Media” desapareció de la faz de la tierra.

Se puede observar el mismo fenómeno en el terreno del sindicalismo: la “independencia” centrista de los sindicatos británicos que se afiliaron a Ámsterdam se transformó en el amsterdamismo más “amarillo” con la política traidora del momento de la huelga general.

⁹³ Extractos de “¿Qué es el centrismo?”, en *Escritos*, Tomo I, Volumen 4, página 40 y siguientes del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

Pero la desaparición de las organizaciones que citamos más arriba a modo de ejemplo no significa, de ningún modo, que el centrismo haya dicho su última palabra, como afirma la burocracia comunista, cuya propia ideología es muy afín a la del centrismo. Ciertas organizaciones o corrientes de masas bien definidas quedaron reducidas a la nada en la posguerra inmediata, cuando la movilización obrera europea cayó en reflujó. El agravamiento actual de la crisis mundial y la incuestionable radicalización de las masas provocaron inexorablemente el surgimiento de nuevas tendencias centristas en el seno de la socialdemocracia, los sindicatos y las masas no organizadas.

No es de descartar que las nuevas corrientes centristas vuelvan a hacer surgir a algunos viejos dirigentes centristas. Pero, nuevamente, no será por mucho tiempo. Los políticos centristas del movimiento obrero se parecen mucho a la gallina que empolla huevos de pato y luego se lamenta amargamente a la orilla del lago: ¡qué desvergonzados son estos niños que abandonan a su gallina “autónoma” para nadar en las aguas del reformismo o del comunismo! Si Chambelland quiere tomarse la molestia, le resultará fácil encontrar a su alrededor a varias gallinas respetables abocadas en este momento a empollar huevos reformistas.

En el pasado, la burocracia obrera, siempre y en todas partes, se cubría con el principio de “autonomía”, “independencia”, etcétera, para asegurar su propia independencia respecto de los obreros; ¿cómo podía el obrero controlar a la burocracia si ésta tomaba como consigna algún principio? Como es sabido, durante mucho tiempo los sindicatos alemanes y británicos proclamaron su independencia de todos los partidos; los sindicatos estadounidenses se siguen enorgullecendo de ello. Pero, como lo demostramos anteriormente, la evolución del reformismo, que lo ha atado definitivamente al imperialismo, impide a los reformistas emplear el rótulo de la “autonomía” con tanta facilidad como antes. Los centristas, que se aferran más que nunca a ese rótulo, probablemente aprovechan esta circunstancia. ¿Acaso su característica no es la de conservar celosamente la “autonomía” de sus vacilaciones y su hipocresía frente al reformismo y al comunismo?

Así es como la idea de la autonomía, que en la historia de los movimientos obreros del mundo ha sido principalmente atributo del reformismo, es hoy la marca del centrismo.

Pero, ¿de qué tipo de centrismo?

Ya demostramos que el centrismo siempre cambia de posición: se desplaza hacia la izquierda y el comunismo, o hacia la derecha y el reformismo.

Si Chambelland echara una mirada a la historia de su grupo (aunque no sea más que desde el comienzo de la guerra imperialista), le sería fácil descubrir la confirmación de lo que estoy diciendo. En la actualidad, los sindicatos “autónomos” se desplazan de izquierda a derecha, del comunismo al reformismo, incluso han rechazado el nombre de comunistas. Eso los emparenta con el POP, que sigue la misma evolución, pero de manera más desorganizada.

Cuando se desplaza hacia la izquierda y aleja a las masas del reformismo, el centrismo cumple una función progresiva; sobra decir que eso no nos impedirá, llegado el caso, seguir denunciando la hipocresía del centrismo, ya que la gallina progresiva quedará abandonada tarde o temprano a orillas del lago. Cuando, por otra parte, el centrismo trata de alejar a los obreros de los objetivos comunistas para facilitar (bajo la máscara de la autonomía) su evolución hacia el reformismo, cumple una tarea que ya no es progresiva sino reaccionaria. Ese es, en la actualidad, el papel que desempeña el Comité por la Independencia Sindical.

“Pero esas son casi las mismas palabras que emplean los estalinistas”, repetirá Chambelland; ya lo ha escrito. Sería inútil preguntar quién libra una lucha más seria e

implacable contra la política mentirosa de los estalinistas: el grupo de Chambelland la Oposición Internacional de Izquierda comunista. Pero un hecho es cierto: la orientación de nuestra lucha es diametralmente opuesta a la de la “lucha” de los “autonomistas”, porque nosotros seguimos la senda marxista, mientras que Chambelland y sus amigos siguen la senda reformista. Es cierto que no lo hacen conscientemente: ¡jamás! Pero, por regla general, el centrismo nunca sigue una política consciente. ¿Acaso una gallina consciente se sentaría a empollar huevos de pato? Claro que no.

¿En tal caso (podría preguntarse), cómo se puede acusar de centrismo a dos antípodas como Chambelland y Monmousseau? Sin embargo, eso sólo puede parecerle paradójico a quien no comprende la naturaleza paradójica del propio centrismo; nunca es igual a sí mismo y ni se reconoce en el espejo, aunque se dé de narices contra el mismo.

Desde hace dos años los centristas del comunismo oficial vienen oscilando violentamente de derecha a izquierda, mientras que Monatte y sus amigos lo hacen de izquierda a derecha. Los dirigentes de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja han debido actuar ciegamente para contener la ola que ellos mismos iniciaron. Aterrados por sus saltos aventureros, los centristas de la calaña de Chambelland se apresuran a hacerse fuertes frente a la ola que se está formando en el horizonte. En ese periodo de transición, entre dos marejadas, lo primero que se arroja a la playa es al centrismo, del que nacen los más diversos movimientos que parten en distintas direcciones. No es menos cierto que Chambelland o, para acercarnos más a la realidad, Monatte y Monmousseau, son dos caras de una misma moneda.

Aquí creo necesario recordar cómo concebían el problema sindical los actuales dirigentes de la CGTU y el partido comunista hace apenas seis años, cuando ya estaban al frente del partido oficial y habían iniciado (digámoslo al pasar) su lucha contra el “trotskismo”. En el mes de enero de 1924, después de la reunión lamentable y sangrienta en la Maison des Syndicats [Casa Sindical], los dirigentes de la CGTU, presionados para disociarse de toda responsabilidad por la acción del partido y además del propio partido, redactaron la solemne Declaración de la CGTU, que decía:

“Como la preocupación que sienten por la autonomía orgánica y administrativa de los partidos y sectas es tan grande como la que sienten por la autonomía de la Confederación (CGTU), los organismos responsables de la CGTU no tuvieron necesidad de discutir sobre la asamblea que la Confederación del Sena y la Juventud del Partido Comunista organizaron bajo su propia responsabilidad. Sea cual sea el carácter de los mítines organizados o actividades realizadas por partidos, sectas y grupos, el Comité Ejecutivo y el Buró de la Confederación, hoy como ayer, no tienen la menor intención de abdicar de su poder ante nadie, quienquiera que fuese. Sabrán mantener el control y el dominio de la actividad de la Confederación frente a todos los ataques exteriores [...]

“La CGTU no tiene el derecho ni el poder de censurar a ningún grupo de afuera, sus programas y sus objetivos; no puede aplicar restricciones a ninguno de ellos sin violar su indispensable neutralidad y demostrar favoritismo hacia alguno de los partidos en pugna.

“Monmousseau, Semard, Racamond, Dudilieux, Berrar.”

[...]

Durante los años que nos separan de la firma de la “declaración” en la que Monmousseau, Semard y Cía. anunciaron su absoluta neutralidad hacia el partido comunista y todas las demás sectas, estos dirigentes comunistas lograron no pocas hazañas de heroísmo oportunista. Por ejemplo, aplicaron con mucha sensatez la política del Comité Anglo-Ruso, basada totalmente en la ficción de la autonomía: el partido de Macdonald y Thomas es una cosa (enseñaba Stalin), pero los sindicatos de Thomas y

Purcell son otra muy distinta. Después que Thomas, con ayuda de Purcell, transformó a los centristas comunistas en asnos, éstos comenzaron a tenerse miedo a sí mismos.

[...]

La posición del marxismo está muy por encima de todas las variantes del centrismo y de sus errores. Existe una sola corriente en la clase obrera capaz de transformar a los sindicatos en organismos de las masas y dotarlos de una auténtica dirección revolucionaria, y es la que estudia cada problema desde todos los ángulos, cuya sangre y médula están imbuidas de la comprensión marxista de la relación entre la clase y su vanguardia revolucionaria. En esta cuestión fundamental no cabe la menor concesión o silencio.

Aquí, más que en ningún otro terreno, se necesita claridad.

Monatte cruza el Rubicón⁹⁴

(15 de diciembre de 1930)

Ahora ya suena ridículo y fuera de lugar hablar de acción conjunta con la Liga Sindicalista o con el Comité por la Independencia del Sindicalismo. Monatte ha cruzado el Rubicón. Se ha alineado con Dumoulin contra el comunismo, contra la revolución de octubre, contra la revolución proletaria en general. Porque Dumoulin pertenece al campo de los enemigos especialmente peligrosos y desleales de la revolución proletaria. Lo ha demostrado en los hechos de la forma más repugnante. Anduvo rondando largo tiempo el ala izquierda, solamente para unirse en el momento decisivo a Jouhaux, al más corrupto y servil agente del capital. La tarea del revolucionario honesto consiste, sobre todo en Francia donde son tan frecuentes las traiciones impunes, en recordar a los obreros las experiencias del pasado, en temprar a los jóvenes en la intransigencia, en relatar incansablemente la historia de la traición de la Segunda Internacional y del sindicalismo francés, en desenmascarar el papel vergonzoso desempeñado no sólo por Jouhaux y Cía, sino sobre todo por los sindicalistas de “izquierda” como Merrheim y Dumoulin. Quien no lleve a cabo esta tarea elemental hacia la nueva generación se priva para siempre de la confianza de los revolucionarios. ¿Se puede tener una pizca de estima por los desdentados anarquistas franceses que levantan nuevamente como “antimilitarista” al viejo bufón de Sébastien Faure, que traficaba con frases pacifistas en tiempos de paz para luego arrojar en brazos de Malvi⁹⁵ que es lo mismo que decir de la *Bourse* francesa⁹⁶, en cuanto empezó la guerra? Monatte ha cruzado el Rubicón. De aliado incierto pasó primero a ser un adversario dudoso, para convertirse luego directamente en enemigo. Debemos decírselo claramente a los obreros, sin escatimar esfuerzos.

Para la gente común (y también para algunos bribones que se hacen los tontos) nuestro juicio puede aparecer “injusto”. ¡Monatte se une a Dumoulin solamente para restablecer la unidad del movimiento “sindical”! ¡Sólo por eso! Ustedes saben que los sindicatos no son un partido ni una “secta”. Deben abarcar a toda la clase obrera a todas sus tendencias. Por lo tanto, se puede trabajar en el campo sindical junto a Dumoulin sin responsabilizarse por eso de su pasado o de su futuro. Este tipo de reflexiones conforman una cadena de sofismas baratos con la que les gusta jugar a los sindicalistas y socialistas franceses cuando tratan de tapar algún trabajito sucio.

⁹⁴ “[Monatte cruza el Rubicón](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano/Obras Escogidas](#). *Monatte cruza el Rubicón*, Monatte y sus amigos de la Liga Sindicalista habían publicado una declaración: “Por la reconstrucción de la unidad sindical”. Firmada por veintidós activistas de la CGT, la CGTU y de sindicatos independientes, Georges Dumoulin inclusive, la declaración afirmaba: “Algunos activistas sindicales [...] han acordado que, después de diez años de lucha fratricida, era necesario poner fin a la división de los sindicatos. Acordaron lanzar la idea de restauración de la unidad sindical en una sola organización central, sobre la base de la Carta de Amiens. En su opinión esto sólo puede realizarse sobre la base de la lucha de clases y la independencia del movimiento sindical, sin ninguna interferencia por parte de partidos políticos, fracciones o sectas, como tampoco de ningún gobierno”. (*Révolution prolétarienne*, número 112, 5 de diciembre de 1930).

⁹⁵ Sebastian Faure ... Malvy. En enero de 1915, Faure llamó a luchar contra la guerra, Poco después hizo un trato con el ministro del interior, Malvy, renunciando a la agitación antibélica.

⁹⁶ La Bourse francesa, la Bolsa, mercado de cambio de valores.

Es obvio que, si en Francia existieran sindicatos unificados, los revolucionarios no hubieran abandonado la organización por culpa de la presencia de traidores, conversos y agentes autorizados del imperialismo. Los revolucionarios no hubieran tomado la iniciativa de la ruptura. Pero al permanecer en esos sindicatos o al unirse a ellos hubieran dirigido sus esfuerzos a *desenmascarar a los traidores ante las masas*, para desacreditarlos mediante la experiencia práctica de esas masas, para aislarlos, para liquidar la confianza de que gozan. Y finalmente, para ayudar a las masas a dejarlos de lado. Esto es lo único que puede justificar el que los revolucionarios participen en los sindicatos reformistas.

Pero Monatte no trabaja junto a Dumoulin dentro de los sindicatos, como muchas veces tuvieron que hacer los bolcheviques con los mencheviques mientras sostenían una batalla sistemática contra ellos. *Monatte se ha unido a Dumoulin como aliado* con una plataforma común, creando una fracción política, o una “secta”, para expresarlo en el lenguaje del sindicalismo francés, para emprender luego una cruzada política por la conquista del movimiento sindical. No lucha contra los traidores en el campo sindical, se ha asociado a Dumoulin y lo cobija bajo sus alas, presentándose ante las masas como su tutor. Monatte dice a los obreros que se puede ir de la mano de Dumoulin contra los comunistas, contra la Internacional Sindical Roja, contra la revolución de octubre y por lo tanto contra la revolución proletaria en general. Esta es la verdad desnuda de la que tenemos que hablar muy claramente a los obreros.

Cuando una vez definimos a Monatte como *un centrista que se inclina a la derecha*, Chambelland⁹⁷ intentó transformar esta definición científica totalmente correcta en una broma de mal gusto e incluso de devolvernos la designación de centristas, como si cabeceara una pelota. ¡Ojo que a veces la cabeza se resiente! Sí, Monatte era centrista. Y en su centrismo estaban contenidos todos los elementos de su manifiesto oportunismo actual.

A propósito de la ejecución de los revolucionarios indochinos en la primavera de este año⁹⁸, Monatte desarrolló, indirectamente, el siguiente plan de acción:

“No entiendo por qué, en estas circunstancias, los partidos y organizaciones que disponen de los medios necesarios no envían diputados y corresponsales a investigar sobre el terreno. ¿No podrían seleccionar una comisión investigadora de entre la docena de diputados comunistas y el centenar de diputados socialistas que se encargue de una campaña capaz de hacer retroceder a los colonialistas y de salvar a los condenados?” (*Révolution Proletarienne*, número 104).

Con imperiosos reproches de monitor escolar, Monatte aconsejaba a comunistas y socialdemócratas sobre la manera de luchar contra los “colonialistas”. Para él socialpatriotas y comunistas eran, hace seis meses, miembros *de un mismo bando* que sólo necesitaban seguir los consejos de Monatte para llevar a cabo una política correcta. Ni siquiera se planteaba la duda de cómo podrían luchar los socialpatriotas contra los “colonialistas” ¿Acaso pueden gobernarse las colonias, o sea naciones, tribus, razas, sin fusilar a los rebeldes, a los revolucionarios que tratan de liberarse del infame yugo colonial? Zyromski⁹⁹ y sus secuaces no se oponen a presentar cada vez que se les da la

⁹⁷ Chambelland, Maurice (1901-1966), en la redacción de *Vie ouvrière*, en 1922, en el partido comunista en 1923, miembro de la redacción de *l'Humanité*. Renunció al periódico y al partido en 1924. Miembro del grupo *Révolution prolétarienne*. El ayudante más cercano de Monatte.

⁹⁸ Ejecución de revolucionarios indochinos, luego de un motín en la guarnición de Yen Bal, en febrero de 1930, hubo levantamientos campesinos locales y más tarde huelgas, que culminaron en mayo en las ciudades más importantes. Las represalias del imperialismo francés fueron salvajes, con miles de fusilados, decenas de miles de arrestados y miles de casas incendiadas.

⁹⁹ Zyromski, Jean (1890-), dirigente del ala izquierda del Partido Socialista Francés en la década del 30. Durante la Segunda Guerra Mundial se unió al partido comunista.

ocasión un proyecto de protesta de salón contra la “bestialidad” colonial. Pero esto no les impide pertenecer al partido social-colonialista que embarcó al proletariado francés en una línea chovinista durante la guerra, uno de cuyos fines era preservar y extender las colonias en provecho de la burguesía francesa. Monatte se olvidó de esto. Razonó como si después no hubiera habido grandes hechos revolucionarios en muchos países de Oriente y Occidente, como si las diferentes tendencias no se hubieran puesto a prueba en la acción y clarificado con la experiencia. Hace seis meses, Monatte quería empezar de nuevo. Y en este lapso, otra vez la historia le jugó una mala pasada. MacDonald¹⁰⁰, el correligionario de los sindicalistas franceses, a quien Louzon dio recientemente algunos consejos incomparables, no envió a la India comisiones investigadoras de liberación sino tropas armadas, y luchó a brazo partido con los hindúes más repulsivamente que lo que lo haría un Curzon¹⁰¹ cualquiera. Y todos los canallas del sindicalismo británico aprobaron su labor de carnicero. ¿Es esto casual?

En vez de alejarse, bajo la influencia de esta nueva lección, de una “neutralidad” e “independencia” hipócritas, Monatte dio, por el contrario, otro paso más, y esta vez el decisivo, hacia los brazos de los Mac Donald y los Thomas¹⁰² franceses. No tenemos nada más que discutir con Monatte.

El bloque de los sindicalistas “independientes” con los agentes declarados de la burguesía tiene una gran significación sintomática. A los ojos de los filisteos, parece como si los representantes de cada bando hubieran dado un paso hacia el otro en nombre de la unidad, del cese de la lucha fratricida y de otras frases rosadas. No hay nada más desagradable, más falso, que esta fraseología. En realidad, el significado del bloque es muy otro.

En los diversos círculos de la burocracia obrera y también, en parte, en los propios círculos obreros, Monatte representa a aquellos elementos que quisieron aproximarse a la revolución pero que perdieron sus esperanzas en ella debido a la experiencia de los últimos diez o doce años. ¿No ven que evoluciona hacia rumbos tan complicados y confusos que lleva a conflictos internos, a nuevas divisiones, y que cada paso adelante implica medio paso atrás, y a veces uno entero? Los años de estabilización burguesa, de reflujos de la marea revolucionaria, habían acumulado desánimo, fatiga y tendencias oportunistas en un sector de la clase obrera. Estos sentimientos maduraron recién ahora en el grupo de Monatte y lo llevaron a pasarse definitivamente de bando. Por el camino se encontró con Louis Sellier¹⁰³, que tenía sus propias razones, cubiertas de honores municipales, para volverle la espalda a la revolución. Monatte y Sellier partieron juntos. Y les salió al encuentro nada menos que Dumoulin. O sea que cuando Monatte giró de izquierda a derecha, Dumoulin juzgó oportuno hacerlo de derecha a izquierda. ¿Cómo se explica esto? Es que Monatte, como empirista que es (y los centristas siempre son empiristas, si no, no serían centristas), reflejaba los efectos que le había causado el

¹⁰⁰ MacDonald, James Ramsay (1866-1937), socialista pacifista durante la Primera Guerra Mundial. Primer Ministro de Gran Bretaña (1924), el primero laborista. En 1931, durante su segundo período como primer ministro, desertó de las filas laboristas para formar un gabinete de “unidad nacional” con el Partido Conservador.

¹⁰¹ Curzon, George Nathaniel, Lord (1859-1925), ministro de relaciones exteriores británico de 1919 a 1923.

¹⁰² Thomas, J. H. (1874-1949), dirigente sindical británico. Secretario colonial del gobierno del Partido Laborista de 1924. Junto con Mac Donald desertó del Partido Laborista en 1931, cuando se le volvió a dar la secretaría colonial.

¹⁰³ Louis Sellier (1885-), Secretario General del Partido Comunista Francés luego de la renuncia de Frossard en 1923. Dejó el partido en 1929 y fundó el POP (Parti Ouvrier et Paysan - Partido Obrero y Campesino). Los popistas eran los equivalentes franceses de los brandleristas de Alemania y de los lovestonistas de Estados Unidos.

periodo de estabilización en un momento en que este periodo *empezaba a convertirse en otro, mucho menos tranquilo y mucho menos estable.*

La crisis mundial ha tomado proporciones gigantescas y por el momento se sigue acentuando. Nadie puede predecir dónde irá a parar ni qué consecuencias políticas traerá. La situación en Alemania está terriblemente tensa. Las elecciones produjeron graves disturbios, no sólo en las relaciones internas sino también en las internacionales, mostrando nuevamente sobre qué clase de cimientos descansa el edificio de Versalles¹⁰⁴. La crisis económica ha traspasado las fronteras de Francia, y ahora vemos allí, después de un largo interludio, los comienzos de la desocupación. Durante los años de relativa prosperidad, los obreros franceses sufrieron la política de la burocracia de la confederación. Durante los años de crisis, puede ser que le recuerden sus traiciones y sus crímenes. Jouhaux no puede menos que sentirse incómodo. Necesita imprescindiblemente un ala izquierda, tal vez más imprescindiblemente que Blum. ¿A qué propósito sirve Dumoulin? No debe creerse que todo está ordenado como las notas de un piano y que fue preparado en una conversación. No hace falta. Toda esta gente se conoce bien. Saben de lo que son capaces y especialmente conocen los límites a los que cada cual puede llegar hacia la izquierda sin perjuicio para ellos o sus patrones. (El que la burocracia confederal mantenga una actitud crítica y expectante hacia Dumoulin, a veces incluso con un matiz de hostilidad, no invalida en lo más mínimo lo antedicho. Los reformistas deben tomar sus medidas de precaución y mantener el ojo puesto sobre Dumoulin, no sea que se deje llevar por los trabajos que le encomendaron y se pase de los límites previstos).

Dumoulin toma su lugar en la formación como ala izquierda de Jouhaux en el mismo momento en que Monatte, que ha ido virando constantemente hacia la derecha, decide cruzar el Rubicón. Dumoulin debe recuperar al menos un poco su reputación, con la ayuda de Monatte y a sus expensas. Jouhaux no puede poner objeciones, cuando su propio Dumoulin hace compromisos con Monatte. Así todo está en orden: Monatte rompe con el campo de la izquierda en el preciso momento en que la burocracia confederal necesita cubrir su flanco izquierdo, que estaba desprotegido.

No entramos a analizar los virajes personales de Monatte, que fue en un tiempo nuestro amigo, y menos todavía de Dumoulin, a quien hace tiempo catalogamos como un enemigo irreconciliable. Lo que nos interesa es la importancia *sintomática* de estos reagrupamientos personales, que reflejan procesos mucho más profundos en las propias masas obreras.

Es indudable que ahora se aproxima la radicalización que los alarmistas proclamaban hace dos años. La crisis económica ha llegado a Francia, si bien con cierta demora. No es imposible que se desarrolle más suavemente que en Alemania. Solamente la experiencia lo dirá. Pero es indudable que el estado de pasividad estable en que se mantuvo la clase obrera francesa en los años de la supuesta "radicalización" dejará paso en poco tiempo a una creciente actividad y a un espíritu de militancia. Los revolucionarios deben apuntar a ese nuevo periodo.

En los umbrales de un nuevo periodo, Monatte reúne a los que están cansados, desilusionados, exhaustos, y los hace pasarse al bando de Johaux. ¡Peor para Monatte y mejor para la revolución! El periodo que tenemos por delante no es de crecimiento de la falsa neutralidad de los sindicatos sino de reafirmación de las posiciones comunistas en el movimiento obrero. La Oposición de Izquierda enfrenta grandes tareas. Si le esperan éxitos seguros, ¿qué debe hacer para lograrlos? Nada más que ser fiel a sí misma. Pero sobre esto hablaremos la próxima vez.

¹⁰⁴ Versalles, el Tratado de Versalles le fue impuesto a Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial por los aliados imperialistas victoriosos.

Los errores de los sectores de derecha de la Liga Comunista sobre la cuestión sindical¹⁰⁵ (4 de enero de 1931)

I.- Si la estructura teórica de la economía política marxista descansa enteramente sobre la concepción del *valor* como trabajo materializado, la política revolucionaria marxista descansa enteramente sobre la concepción del *partido* como vanguardia del proletariado.

Cualesquiera que sean los orígenes sociales y las causas políticas de los errores y desviaciones oportunistas, siempre se reducen ideológicamente a una comprensión errónea de lo que es el partido revolucionario y de su relación con otras organizaciones proletarias y con el conjunto de la clase.

II.- La concepción del partido como vanguardia proletaria presupone su independencia total e incondicional de toda otra organización. Los diferentes acuerdos (bloques, coaliciones, compromisos) que se realicen con otras organizaciones, inevitables en el curso de la lucha de clases, solamente son admisibles con la condición de que el partido se dirija siempre a la clase obrera, marche bajo su propia bandera, actúe solamente en nombre de él mismo y explique claramente a las masas los fines y los límites que tiene ese acuerdo determinado.

III.- En el fondo de todas las oscilaciones y los errores de la dirección de la Comintern se encuentra una comprensión errónea de la naturaleza del partido y de sus tareas. La teoría estalinista de un partido “de dos clases”¹⁰⁶ contradice el abecé del marxismo. El hecho de que la Internacional Comunista oficial haya tolerado esta teoría durante varios años y que hasta ahora no la haya condenado con la necesaria firmeza es el signo más inconfundible de la falsedad de su doctrina oficial

IV.- El crimen fundamental de la burocracia centrista de la URSS es su posición falsa respecto al partido. La fracción estalinista pretende incluir administrativamente en las filas del partido a toda la clase obrera. El partido deja de ser la vanguardia, o sea la selección voluntaria de los obreros más avanzados, más conscientes, más devotos y más activos. El partido se confunde con la clase tal cual es y pierde su poder de resistencia ante los aparatos burocráticos. Por otra parte, los brandleristas y demás parásitos de la burocracia centrista justifican el régimen partidario estalinista mediante una referencia filistea a la “ignorancia” del proletariado ruso, identificando por lo tanto partido y clase, o sea liquidando al partido en teoría, del mismo modo que Stalin lo liquida en la práctica.

V.- La base de la política desastrosa de la Comintern en China fue renunciar a la independencia del partido. En cierto periodo eran inevitables los acuerdos prácticos con

¹⁰⁵ “Los errores de los sectores de derecha de la Liga Comunista sobre la cuestión sindical”, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano / Obras Escogidas.

¹⁰⁶ En el periodo “derechista” que precedió al “tercer periodo”, la IC se había esforzado en construir, en toda una serie de países coloniales o semicoloniales, “partidos obreros y campesinos”. Para la crítica de esta política ver la obra de Trotsky *La IC después de Lenin*. Minuit. [León Trotsky, *La Internacional Comunista después de Lenin. (Stalin, el gran organizador de derrotas) (con anexos nuevos)*, 4ª edición, en Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS).]

el Kuomintang¹⁰⁷. La entrada del partido comunista en el Kuomintang fue un error fatal. El desarrollo de este error se transformó en uno de los mayores crímenes de la historia. El Partido Comunista Chino se creó solamente para transferir su autoridad al Kuomintang. De vanguardia del proletariado, se lo transformó en cola de la burguesía¹⁰⁸.

VI.- La desastrosa experiencia del Comité Anglo-Ruso se debe enteramente a que se pisoteó la independencia del Partido Comunista Británico. Para que los sindicatos soviéticos pudieran mantener el bloque con los rompehuelgas del Consejo General (¡supuestamente por intereses de estado de la URSS!), debía privárselo de toda independencia. Para lograrlo, se disolvió prácticamente el partido en el llamado Movimiento de la Minoría, oposición de izquierda en el seno de los sindicatos.

VII.- Desgraciadamente la experiencia del Comité Anglo-Ruso fue la que menos se entendió, incluso en los grupos de la Oposición de Izquierda. Hasta para algunos de nuestras filas, la exigencia de una ruptura con los rompehuelgas parecía sectaria. Especialmente en Monatte, fue en la cuestión del Comité Anglo-Ruso donde más claramente se manifestó el pecado original que lo arrojó en brazos de Dumoulin. Esto tiene una importancia enorme: si no se comprende claramente lo que pasó en Inglaterra en 1925-1926, ni el comunismo de conjunto ni la Oposición de Izquierda podrán abrirse paso hacia una perspectiva más amplia.

VIII.- Stalin, Bujarin, Zinóviev (que en este asunto eran solidarios, al menos al principio) intentaron reemplazar al débil Partido Comunista Británico por una “corriente más amplia”, que no estuviera encabezada por miembros del partido sino por “amigos”, casi comunistas, en todo caso buenos amigos y buenos conocidos. Por supuesto que la gente amiga, los “dirigentes de peso”, no querían someterse a la dirección de un partido comunista débil, pequeño. Estaban en todo su derecho. El partido no puede obligar a nadie a acatarlo. Los acuerdos entre los comunistas y los “izquierdistas” (Purcell, Hicks, Cook¹⁰⁹) sobre la base de tareas parciales del movimiento sindical, eran bastante posibles, y en ciertos casos esenciales. Pero con una condición: que el partido mantuviera su total independencia, incluso dentro de los sindicatos; actuara en su propio nombre en las cuestiones de principio; criticara a sus aliados “izquierdistas” siempre que fuera necesario, y ganara, paso a paso, la confianza de las masas¹¹⁰.

Pero este camino, que era el único posible, les parecía muy largo e incierto a los burócratas de la Internacional Comunista. Consideraban que, por medio de su influencia

¹⁰⁷ Kuomintang. Partido nacionalista burgués fundado por Sun Yat-sen, líder de la Primera Revolución China (1911). En la Segunda Revolución China (1925-1927), la línea de Stalin obligó a los comunistas chinos a disolver su partido para entrar al Kuomintang, al que se admitió en la Comintern como partido simpatizante en 1926. Después de haber usado al Kuomintang para limitar y frenar la revolución, Chiang Kai-shek pudo, en marzo de 1927, lanzar una de las peores masacres de la historia moderna contra los obreros y campesinos comunistas y revolucionarios.

¹⁰⁸ En este artículo dirigido contra la ausencia de política de la Liga en la Oposición Unitaria, la comparación con la actitud de la IC en China hizo saltar a los “derechistas” reprochándole a Trotsky de amagar una analogía entre Chang Kai-shek del Kuomintang antes de ser el verdugo de los comunistas chinos, y... Maurice Dommanget, líder de la Oposición Unitaria. De hecho, nada permite pensar que Trotsky había ido más lejos de esa comparación entre dos actitudes inicialmente próximas una a la otra. Minuit.

¹⁰⁹ Purcell, Hicks, Cook. Funcionarios sindicales de “izquierda” de Gran Bretaña. A. A. Purcell y George Hicks estaban en el Consejo General del Congreso Sindical. A. J. Cook era secretario de la federación minera.

¹¹⁰ Los “derechistas” protestaron también contra esta analogía con la actitud de los comunistas británicos en el “movimiento minoritario”: en la Primera Conferencia de la Oposición Unitaria, Gourget y Collinet intervinieron para defender, frente al informe de Dommanget que juzgaban “insuficiente”. Las concepciones de la Liga de la que eran miembros. Por otra parte, ambos fueron objeto de ataques de miembros de la OU que los hacían responsables de lo que llamaban “injerencia” de la Liga en su organización. Minuit.

personal sobre Purcell, Hicks, Cook y demás (charlas de pasillos, correspondencia, banquetes, palmaditas amistosas en la espalda), podrían llevar a la oposición izquierdista (“la corriente amplia”) lenta e imperceptiblemente al lecho de la Internacional Comunista. Para garantizar el éxito con mayor seguridad no se debía fastidiar, exasperar o molestar a los queridos amigos con chicanas, críticas inoportunas, intransigencias sectarias y demás. Como una de las tareas del partido comunista es precisamente la de no dejar tranquilos, sino, por el contrario, sacudir a los centristas y semicentristas, tenía que tomarse una medida radical, subordinando el partido comunista al movimiento minoritario. En el campo sindical aparecían solamente los líderes de este movimiento. El partido comunista británico había dejado prácticamente de existir para las masas.

IX.- ¿Qué exigió la Oposición de Izquierda rusa al respecto? En primer lugar, que se restableciera la total independencia del Partido Comunista Británico respecto a los sindicatos. Afirmamos que solamente mediante la influencia de las consignas independientes del partido y de su crítica abierta, el movimiento de la minoritario podría tomar forma, precisar mejor sus tareas, cambiar de dirección y fortificarse en los sindicatos, al mismo tiempo que se consolidaba la posición del comunismo.

¿Qué contestaron Stalin, Bujarin, Losovsky y Cía¹¹¹ a nuestras críticas? “Vosotros queréis llevar al Partido Comunista Británico por la senda del sectarismo. Queréis empujar a Purcell, Hicks y Cook al campo enemigo. Queréis romper con el movimiento minoritario”.

¿Qué replicó la Oposición de Izquierda? “Si Purcell y Hicks rompen con nosotros, no porque exijamos que se transformen inmediatamente en comunistas (¡nadie pretende tal cosa!) sino porque nosotros queremos seguir siendo comunistas, eso significa que Purcell y Cía. no son amigos sino enemigos disfrazados. Cuanto más rápido revelen su verdadera naturaleza, mejor para las masas. No queremos para nada romper con el movimiento minoritario. Al contrario, queremos prestarle la máxima atención. El más pequeño paso adelante que se dé con las masas o con parte de las masas vale más que una docena de programas abstractos de círculos de intelectuales, pero el prestarles atención a las masas no tiene nada que ver con la capitulación ante sus líderes o semilíderes temporales. Las masas necesitan una orientación y consignas correctas. Esto excluye toda conciliación teórica y toda protección a confusionistas que exploten el retraso de las masas”.

X.- ¿Cuáles fueron los resultados del experimento británico de Stalin? El movimiento minoritario, que reunía a casi un millón de obreros, parecía prometedor, pero llevaba en sí mismo el germen de su propia destrucción. Las masas conocían como líderes del movimiento solamente a Purcell, Hicks y Cook, a quienes, además, avalaba Moscú. En la primera prueba seria, estos amigos “izquierdistas” traicionaron al proletariado. Los obreros revolucionarios quedaron confundidos, sumidos en la apatía, y naturalmente extendieron su desilusión al propio partido comunista, que no había sido más que una pieza pasiva de todo ese mecanismo de traición. El movimiento minoritario quedó reducido a la nada, y el partido comunista regresó a su existencia de secta deleznable. Así, gracias a una concepción radicalmente falsa del partido, el mayor movimiento del proletariado inglés, que había llevado a la huelga general, no solo no conmovió al aparato de la burocracia reaccionaria sino que, por el contrario, lo reforzó y comprometió por largo tiempo el futuro del comunismo en Gran Bretaña.

XI.- Uno de los orígenes psicológicos del oportunismo es una especie de impaciencia superficial, una falta de confianza en el crecimiento gradual de la influencia

¹¹¹ Stalin... y Cía. Nikolái Bujarin (1888-1938), dirigente bolchevique, encabezó la Comintern de 1926 a 1929, “confesó” en el Tercer Juicio de Moscú y fue ejecutado en 1938. A. Losovsky, encabezó la Internacional Sindical Roja.

del partido, el deseo de ganar a las masas mediante maniobras organizativas o mediante la diplomacia personal. De ahí surge la política de las combinaciones de pasillo, la política del silencio, del encubrimiento, de los renuncios, del adaptarse a consignas ajenas y, finalmente, el pasarse totalmente a las posiciones del oportunismo. La subordinación del partido comunista al Kuomintang en China, la creación de partidos obreros y campesinos en la India, la subordinación del partido británico al movimiento minoritario, etcétera, son todos fenómenos en que vemos la misma combinación burocrática de métodos que comienza con una impaciencia revolucionaria superficial y termina en una traición oportunista¹¹². Por esto, precisamente, en los últimos años insistimos constantemente en la enorme importancia educativa que tienen los ejemplos antes citados de la estrategia de la Comintern. Se los debería estudiar y compararlos con cada nueva experiencia, no sólo para condenar los errores y crímenes históricos cuando ya se han consumado, sino para aprender a detectar errores similares en una situación nueva desde el comienzo, mientras todavía es posible corregirlos.

XII.- Hay que decirlo claramente: los errores de algunos opositores franceses, miembros de la liga, en la cuestión sindical muestran signos alarmantes de semejanza con el lamentable experimento británico. Solamente que los errores franceses son de menor escala, y no se han desarrollado sobre la base de un movimiento de masas. Eso permite que ciertos camaradas los pasen por alto o subestimen su importancia principista. Sin embargo, si la Liga deja que en el futuro su trabajo sindical se lleve a cabo así, con los métodos formulados por la mayoría de su antigua dirección, las ideas y las banderas de la Oposición de Izquierda quedarán comprometidas en Francia por mucho tiempo.

Hubiera sido criminal cerrar los ojos ante esto. No habiendo tenido éxito en el intento de rectificar estos errores en su etapa inicial por medio de advertencias y consejos privados, sólo nos queda denunciar los errores y a sus autores públicamente, para poder rectificar la política por medio del esfuerzo colectivo.

XIII.- En efecto, a partir de abril de 1930 la Liga abandonó el trabajo independiente en los sindicatos en provecho de la Oposición Unitaria, que, a su vez, intenta tener su propia plataforma, su dirección y su política¹¹³. Dentro de estas limitaciones tenemos una notoria analogía con el experimento del movimiento minoritario en Inglaterra. Pero es importante destacar que hay ciertas características de las condiciones francesas que hacen, ya desde un comienzo, más peligroso este experimento. En Inglaterra, el movimiento minoritario estaba de conjunto *más a la izquierda* que la dirección oficial de los sindicatos. ¿Puede decirse lo mismo de la

¹¹² Los camaradas dirigentes de los EEUU nos informan que en la Liga norteamericana algunos camaradas –seguramente sólo a título individual– están a favor del bloque con los lovestonistas*, en nombre del trabajo de masas. Es difícil imaginar un proyecto más ridículo, más inadecuado, más estéril que éste. ¿Conoce esta gente por lo menos algo de la historia del Partido Bolchevique? ¿Han leído las obras de Lenin? ¿Conocen la correspondencia de Marx y Engels? Afortunadamente, la gran mayoría de la Liga norteamericana no tiene nada en común con estas ideas (L.T.) *Lovestonistas. Partidarios de Jay Lovestone, dirigente del Partido Comunista de los Estados Unidos que llevó a cabo la expulsión de los trotskistas en 1928. Stalin lo depuso sumariamente en 1929, como parte de la purga internacional de la Oposición de Derecha encabezada por Bujarin. Los lovestonistas se mantuvieron como organización independiente hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando se desbandaron. Lovestone se convirtió en experto anticomunista de la burocracia sindical y en “eminencia gris” de la política exterior ultraderechista del presidente de la AFL-CIO George Neany).

¹¹³ El *Manifiesto de la Federación Unitaria de la Enseñanza por una oposición unitaria*, se publicó en la *Vérité* número 34 del 1 de mayo de 1930. La iniciativa del manifiesto se había tomado a consecuencia de las discusiones entre Dommanget y Rosmer. El manifiesto estaba firmado por responsables de la federación, Aulas, Bouët, Dommanget, Rollo, Serret, por el antiguo secretario de productos químicos, Chabanon, por el antiguo secretario del metal, Poussel (con reservas), por Cornette, secretario de la UL, por Halluin y por militantes de la Liga como Frank, de productos químicos, y Gourget, de la madera. Minuit.

Oposición Unitaria? No. En sus filas hay elementos que tienden obviamente a la Oposición de Derecha, o sea al reformismo y no está claro todavía su peso. La fuerza principal de la Oposición Unitaria es la Federación de la Enseñanza¹¹⁴. En Francia los docentes jugaron siempre un papel importante en el socialismo, en el sindicalismo y en el comunismo. Entre ellos encontraremos seguramente muchos amigos. Pero sin embargo no se trata de una federación obrera. Debido a su composición social, la Federación de la Enseñanza puede proveer muy buenos agitadores, periodistas y revolucionarios en el plano individual, pero no puede convertirse en la base de un movimiento sindical. Todos sus documentos revelan escasa claridad de pensamiento político. El Congreso de Marsella de la Federación demostró que sus miembros oscilan en un triángulo entre la línea oficial, la Oposición de Izquierda y la Oposición de Derecha¹¹⁵. Le prestaríamos un flaco servicio a la federación, y también al conjunto del movimiento obrero, si ocultáramos sus errores, sus vacilaciones, su falta de precisión. Desgraciadamente ésta era la política de la redacción de *La Vérité* (una política de silencio) hasta hace pocos días. Y no es casual.

XIV.- Pero, ¿es que ustedes quieren romper con la Oposición Unitaria? El que plantee esta cuestión así está diciendo que los comunistas *como comunistas* no pueden participar del trabajo de la Oposición Unitaria. Si éste fuera el caso, significaría simplemente que se trata de una organización de enemigos encubiertos del comunismo. Por suerte no es así. La OU, en conjunto, no es ni comunista ni anticomunista, porque es *heterogénea*. En nuestra actividad práctica debemos tener en cuenta esta heterogeneidad. Debemos prestarles la máxima atención a los grupos que evolucionan hacia el marxismo¹¹⁶. Pero con una condición: que cuando aparezcamos ante los obreros en los sindicatos actuemos en nombre de la Liga Comunista sin admitir ninguna censura de nuestros actos que no sea la de la propia Liga (o la de todo el partido cuando se restablezca la unidad de las filas comunistas).

XV.- En las filas de la Oposición Unitaria hay sin duda elementos que simpatizan mucho con la Oposición de Izquierda sin ser, sin embargo, miembros de la Liga: debe reunirlos bajo nuestras banderas. Hay elementos indefinidos, que tratan con todas sus fuerzas de permanecer así, transformando esto en una “plataforma”. Con estos elementos podemos hacer arreglos tácticos sobre bases definidas, manteniendo una total libertad de crítica mutua. También hay, indudablemente, elementos ajenos, que se encuentran allí accidentalmente o que entraron como agentes de reclutamiento del reformismo. Pueden

¹¹⁴ En el momento en que Trotsky escribía estas líneas, la dirección de la Liga escribía por su parte: “la Oposición Unitaria, agrupada en primer lugar estrechamente alrededor de la federación de la enseñanza, se ha ampliado y ha encontrado una base obrera. Este era el paso más importante a dar.” Minuit.

¹¹⁵ La mayoría resultante del Congreso de Marsella de la federación estaba unida esencialmente por su hostilidad a la línea sindical del PC durante el “tercer período”: los comunistas de la oposición que la animaban estaban orientados ya a izquierda, como Gilbert Serret, elegido secretario general, ya a la derecha, como Joseph Rollo, que se unirá en 1934 a la CGT reformista. Sin embargo, esa mayoría luchaba tanto contra la fracción dirigida por el aparato del PC como contra los partidarios de la Liga sindicalista. Minuit.

¹¹⁶ La heterogeneidad de la Oposición Unitaria era incontestable. La aplicación de los principios de Trotsky por los que él llamaba “al marxista de la Liga ofreció, sin embargo, curiosos resultados. La extrema-derecha de la OU se unió casi inmediatamente a Monatte y a los partidarios de la “independencia del sindicalismo”. Pero los elementos que, según la misma expresión de Trotsky, “simpatizaban con la Oposición de Izquierda sin ser miembros de la Liga”, tomarían sus distancias ante la... Liga. Dommanget, Serret, Aulas, romperán con Rollo en 1934, pero, sin embargo, no se acercarán a los trotskistas. La Liga no solamente no iba a “reunir bajo su bandera” a ningún militante suplementario, sino que, además, iba a prolongar la “confusión” denunciada por Trotsky y separarse por mucho tiempo de militantes que habría podido ganar y que, en su mayoría, se mantuvieron fieles a la causa revolucionaria.

usar nuestra falta de claridad para lograr la descomposición de la OU. Cuanto más rápido se los descubra y se los elimine mejor será para la causa.¹¹⁷

XVI.- ¿Pero no estamos a favor de trabajar en común con todos los obreros en los sindicatos, sin tener en cuenta sus posiciones políticas y filosóficas? Claro que sí, pero la OU no es una organización sindical: es una fracción política que tiene por objeto influenciar al movimiento sindical. Dejemos para Monatte y sus amigos los popistas el actuar disfrazados. Los revolucionarios actuamos abiertamente ante los obreros. En la OU podemos trabajar solamente con los que marchan a nuestro lado, en la misma dirección, aun cuando no sigan hasta el fin de la ruta.

XVII.- Ciertos camaradas insisten sobre todo en que los comunistas deben pelear por su influencia en los sindicatos con ideas y no por medios mecánicos. Generalmente se convierte este planteamiento, que puede parecer irrefutable, en un lugar común carente de significado. La burocracia centrista también declara con frecuencia, y con bastante sinceridad, que su tarea es influir con ideas y no ejercer una presión mecánica. En un análisis de fondo, la cuestión se reduce a la orientación política y económica, a las consignas y al programa de acción. Si la orientación es correcta, si las consignas corresponden a las necesidades del momento, las masas de los sindicatos no se sienten “forzadas”. En cambio, si la orientación es errónea, si se proclama una política de ascenso revolucionario en un momento de reflujó político y viceversa, es inevitable que las masas lo tomen como una presión mecánica que se está ejerciendo sobre ellas. Por lo tanto la cuestión se reduce a si las premisas teóricas de la Oposición de Izquierda son lo suficientemente serias y profundas, si sus cuadros están preparados para evaluar correctamente la situación y para plantear las consignas que corresponden. Todo esto se debe verificar en la práctica¹¹⁸. Es inadmisibles entonces que silenciamos o subestimemos los pecados y errores de nuestros aliados temporales, así como los nuestros.

XVIII.- Por increíble que parezca, ciertos aliados de la Liga protestan contra la intención oculta de uno u otro de subordinar la OU a la Liga. Se basan, sin darse cuenta, en el mismo argumento lamentable que usa Monatte contra todo el comunismo. Significa en la práctica que algunos camaradas que trabajan en los sindicatos quieren *para sí mismos* una total independencia de la Liga. Creen que, mediante sus maniobras, sus consejos y su habilidad personal lograrán resultados que no puede obtener la Liga mediante su trabajo colectivo. Otros camaradas, que querrían tener la misma

¹¹⁷ Los “derechistas” de la Liga le darían la vuelta a este argumento. Para ellos era el “ala marxista”, dicho de otra forma, la nueva dirección de la Liga, la que, gracias a sus métodos, provocaba el reagrupamiento contra ella de elementos que tenían, sin embargo, orientaciones divergentes. Gourget, Collinet y Vacher escribían que, en la reunión del CE de la OU del 29 de marzo de 1931, “el camarada Dommanget, aunque confesando los desacuerdos que le separaban, él, Serret, Baouët y Aulas, de Rollo, no han ocultado sus opiniones sobre la dirección actual de la Liga. De hecho, a pesar de sus divergencias con Rollo, el camarada Dommanget hace bloque con él contra la Liga. Esta es una de las consecuencias de la política de mecanización sectaria inaugurada por la actual dirección” (*la Vérité*, número 87, 8 de mayo de 1931).

¹¹⁸ La “verificación en la práctica” se hizo mediante la reducción al absurdo. La intervención del “ala marxista” destruyó la Oposición Unitaria sin sustituirla, sin embargo, ni incluso con un embrión de “fracción sindical”. En 1936, los trotskistas trataron de constituir, con los mismos militantes enseñantes, en la CGT reunificada una tendencia revolucionaria alrededor de la efímera *Vanguardia sindical*. A partir de 1937, el POI apoya en la CGT, con los mismos militantes, los esfuerzos del “Círculo Sindicalista Lucha de Clases”. En mayo de 1938, en el congreso de los sindicatos de la región parisina, el único orador que defendió posiciones de clase contra la mayoría reformista y estalinista y que pidió la discusión del movimiento de los metalúrgicos condenado por el aparato, fue Charbit, antiguo militante de la Liga unido a Monatte. Por fin, y sobre todo, Gilbert Serret fue quien tuvo que ser, en el Congreso de Nantes de la CGT, el portavoz de la minoría revolucionaria levantada contra la Unión Sagrada. Está claro que en la discusión de 1931 no estaban presentes las condiciones planteadas por Trotsky: “Los argumentos teóricos de la Oposición de Izquierda son suficientemente serios y profundos, ¿sus cuadros están suficientemente educados?...” Minuit.

independencia en la prensa, aplauden estas tendencias. Se plantea entonces la siguiente duda: ¿por qué entraron estos camaradas en la Liga si no le tienen confianza?

XIX.- ¿Cómo se plantean realmente las cosas respecto a la “subordinación” de la Oposición Unitaria? La pregunta misma es falsa¹¹⁹. Sólo sus propios miembros están subordinados a la Liga. Siendo que la mayoría de la Oposición Unitaria no está en la Liga, sólo puede tratarse de una cuestión de compromisos, de persuasión o de bloque, y no de subordinación. En realidad, los que se oponen a la supuesta subordinación de la Oposición Unitaria a la Liga están exigiendo en los hechos una subordinación de la Liga a la OU. Precisamente ésa es la situación hasta ahora. En su trabajo sindical, o sea en el más importante, la Liga está subordinada a la Oposición Unitaria, en provecho de la cual ha renunciado a toda independencia. Los marxistas no pueden ni deben tolerar una política semejante ni un día más.

XX.- Algunos camaradas de la dirección, que hasta ayer llevaron a cabo una política de capitulación, declaran hoy estar “totalmente de acuerdo” con la necesidad de transformar la OU en un bloque. En realidad, quieren limitarse a un cambio de nombre. Cuanto más rápido “se ponen de acuerdo” con la crítica marxista, más se empeñan en realidad en una lucha por mantener todo como estaba. Simplemente quieren utilizar la fraseología de la crítica marxista para disimular la vieja política. Estos métodos no son nuevos, pero la antigüedad no los hace más atractivos. El veneno de la duplicidad y la falsedad corrompería por largo tiempo, si no para siempre, a una organización revolucionaria si ésta se permitiera ocultar una política oportunista tras una máscara de fraseología revolucionaria. Esperamos firmemente que la Liga no lo permita.

León Trotsky
Prinkipo, 4 de enero de 1931

¹¹⁹ Como lo señalan Gourget, Collinet y Vacher en su carta de dimisión, el “ala marxista” de la Liga entendía la “subordinación” en un sentido que Trotsky no podía aprobar. A propósito de las relaciones entre el PC y la CGTU, acababa de escribir: “La política que transforma a los sindicatos en una segunda edición a penas aumentada del partido o hace ellos su apéndice, no es más que una tontería y un crimen.” Ahora bien, al día siguiente de la Primera Conferencia de la Oposición Unitaria, la Liga Comunista, en una circular interna, pedía a sus militantes que combatiesen la publicación del órgano *Combat unitaire*, decidida por la conferencia; toma de posición que adquiere todo su significado cuando se sabe que, hasta esa fecha, la Oposición Unitaria sólo se había expresado a través del canal de *la Vérité*. El 9 de enero de 1931, el CE de la Liga mostraba el contenido que pensaba dar a las relaciones entre ella y la posición Unitaria escribiendo: “Las relaciones entre la Liga Comunista y la Oposición Unitaria dependen únicamente de la plataforma política y, consecuentemente, de las consignas que la OU adoptará porque, como hemos dicho, la OU es una tendencia definida que quiere el enderezamiento revolucionario de la CGTU. Este enderezamiento no puede efectuarse independientemente del enderezamiento del PC y de las IC, al que se consagran la Liga Comunista y la Oposición de Izquierda Internacional. Así, sería ridículo que se nos reprochase querer imponer cualquier cosa a la OU cuando defendemos en ella una política revolucionaria. Si la OU lo rechazase, entenderíamos que abandonaría su vía de enderezamiento revolucionaria de la CGTU”. ¿Lenguaje idéntico al de la dirección del PC? Sea como sea, tal fue el sentimiento de los elementos de izquierda de la OU, incluso de los muy próximos a la Liga pero cuyo horizonte era, por el momento, esencialmente sindical. Las preocupaciones de Trotsky se situaban en otro plano, el de la cohesión de la fracción, como lo muestra su referencia a la prensa y a las reivindicaciones de “independencia” de sus redactores. Incluso desde este punto de vista, se le puede reprochar que no entendiese que la nueva dirección de la Liga no inspiraba confianza ni a los simpatizantes próximos, ni, incluso y sobre todo, a numerosos militantes de la Liga. Los dimisionarios señalarían que ninguna conferencia de la Liga había discutido esas cuestiones. En *la Vérité*, Alfred Bernard escribía que las condiciones de constitución de la dirección y sus zigzags políticos “excluían por completo cualquier cuestión de disciplina”, y Naville: “El grupo centrista Frank-Emile no representa la opinión general de la Liga. Representa a una corriente oscilante cuyo monopolio sobre la dirección de la organización sólo se ha alcanzado por medios burocráticos”. Cuatro años más tarde, Trotsky tendría que realizar sobre los dirigentes del “ala marxista” de 1931 juicios de otra manera severos.

La cuestión de la unidad sindical¹²⁰

(25 de marzo de 1931)

La cuestión de la unidad de las organizaciones obreras no tiene una solución simple, adecuada para todas las formas organizativas y para todas las situaciones.

Respecto al partido, la cuestión se resuelve más categóricamente. Su independencia total es la condición elemental para la acción revolucionaria. Pero este principio tampoco da de antemano una respuesta prefabricada para todos los casos: ¿Cuándo y bajo qué condiciones debe producirse una ruptura o, por el contrario, una unificación con una corriente cercana? Estas cuestiones se resuelven en cada caso sobre la base de un análisis concreto de las tendencias y de las condiciones políticas. El criterio principal por el que guiarse sigue siendo siempre la necesidad de que la vanguardia del proletariado organizado, el partido, preserve su total independencia y autonomía sobre la base de un claro programa de acción.

Pero precisamente esa solución del asunto es lo que hace al partido generalmente admite y, lo que es más, hace indispensable adoptar una actitud muy diferente respecto al problema de la unidad de otras organizaciones de masas de la clase obrera: sindicatos, cooperativas, sóviets.

Cada una de estas organizaciones tiene sus propias tareas y métodos de trabajo, que son independientes dentro de ciertos límites. Para el partido comunista todas estas organizaciones son, sobre todo, un campo propicio para la educación revolucionaria de amplios sectores obreros y para el reclutamiento de los obreros más avanzados. Cuanto más amplias masas abarca una organización determinada, mayores son las posibilidades que ofrece a la vanguardia revolucionaria. Es por esto que, por regla general, no es el ala comunista sino la reformista la que toma la iniciativa de dividir las organizaciones de masas.

Basta con comparar la conducta de los bolcheviques en 1917 con la de los sindicatos ingleses en los últimos años. Los bolcheviques no sólo permanecieron en los mismos sindicatos con los mencheviques, sino que en algunos toleraron una dirección menchevique aun después de la Revolución de Octubre, aunque los bolcheviques tenían una mayoría aplastante en los sóviets. En cambio, los sindicatos británicos, por iniciativa de los laboristas, no sólo alejan a los comunistas del Partido Laborista, sino que también, cuando les es posible, de los sindicatos.

En Francia la división de los sindicatos también fue fruto de la iniciativa de los reformistas, y no es casual que la organización sindical revolucionaria, obligada a actuar en forma independiente, adoptara el nombre de *unitaria*.

¿Entonces exigimos que los comunistas abandonen ahora las filas de la CGT? En absoluto. Al contrario, hay que fortalecer el ala revolucionaria dentro de la confederación de Jouhaux (CGT). Con esto demostramos que para nosotros la división de la organización sindical no es en ningún caso una cuestión de principios. Todas las objeciones ultraizquierdistas previas que se pueden formular contra la unidad sindical se aplican en primer lugar a la participación de los comunistas en la CGT. Sin embargo, todo

¹²⁰ “La cuestión de la unidad sindical”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano / Obras Escogidas](#).

revolucionario que no haya perdido contacto con la realidad debe reconocer que la creación de fracciones comunistas en los sindicatos reformistas es una tarea de tremenda importancia. Una de las tareas de esas fracciones debe ser la defensa de la CGTU ante los miembros de los sindicatos reformistas. Esto no se puede lograr más que mostrando que los comunistas no quieren que se dividan los sindicatos, sino que, por el contrario, están dispuestos en todo momento a restablecer la unidad sindical.

Si se creyera por un instante que el deber de contraponer una política revolucionaria a la de los reformistas impone a los comunistas la división de los sindicatos, no habría que limitarse solamente a Francia: se debería exigir que los comunistas rompieran, sin tener en cuenta la relación de fuerzas, con los sindicatos reformistas y formaran sus propios sindicatos en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, etcétera. En ciertos países los partidos comunistas han adoptado concretamente esta línea. Hay casos específicos en los que los reformistas no dejan realmente otra posibilidad. En otros los comunistas cometen evidentemente un error al responder a las provocaciones de los reformistas. Pero hasta ahora nunca y en ningún lado los comunistas provocaron una división por no admitir de antemano el trabajo junto a los reformistas en las organizaciones de las masas proletarias.

Sin detenernos en las cooperativas, experiencias que no agregan nada a lo antedicho, tomaremos como ejemplo a los sóviets. Estos surgen en los momentos más revolucionarios, cuando los problemas se plantean con la máxima agudeza.

¿Puede alguien imaginarse, siquiera por un momento, la creación de sóviets comunistas como contrapeso de los sóviets socialdemócratas? Sería liquidar la idea misma de sóviets. A comienzos de 1917 los bolcheviques eran una minoría insignificante dentro de los sóviets. Durante meses (y en una etapa en que los meses valían por años, si no por décadas) toleraron una mayoría conciliacionista en los sóviets, incluso cuando ya representaban una abrumadora mayoría en los comités de fábrica. Finalmente, aun después de la conquista del poder, toleraron a los mencheviques dentro de los sóviets mientras éstos representaban a un sector de la clase obrera. En el momento en que los mencheviques se habían comprometido y aislado totalmente, transformándose en una camarilla, los sóviets los expulsaron.

En España la consigna de sóviets puede estar prácticamente a la orden del día en un futuro cercano. La creación misma de esos sóviets (juntas), suponiendo que haya una iniciativa enérgica y fuerte de los comunistas, no puede concebirse sino mediante un acuerdo técnico-organizativo con los sindicatos y con los socialistas sobre el método y los intervalos para la elección de los representantes obreros. Plantear en esas condiciones que es inadmisibles trabajar con los reformistas en las organizaciones de masas sería una de las formas más desastrosas de sectarismo.

¿Cómo puede conciliarse entonces una actitud así de nuestra parte hacia las organizaciones proletarias dirigidas por los reformistas con nuestra caracterización del reformismo como ala izquierda de la burguesía imperialista? Esta no es una contradicción formal sino dialéctica, o sea que surge de la propia dinámica de la lucha de clases. Una parte considerable de la clase obrera (en muchos países la mayoría) rechaza nuestra caracterización del reformismo. En otros ni siquiera se ha planteado la cuestión. El problema consiste precisamente en llevar a las masas a conclusiones revolucionarias sobre la base de nuestras experiencias comunes con ellas.

Decimos a los obreros no comunistas o anticomunistas: “Hoy todavía confiáis en los dirigentes reformistas a los que nosotros consideramos traidores. No podemos ni queremos imponer nuestro punto de vista por la fuerza. Queremos convencerlos. Intentemos entonces luchar juntos y examinemos los métodos y los resultados de esas

luchas”. Esto quiere decir: total libertad para formar grupos dentro de los sindicatos unificados en que la disciplina sindical existe para todos.

No puede proponerse ninguna otra posición de principios.

Actualmente el Comité Ejecutivo de la Liga Comunista (primera Oposición de Izquierda de Francia) está poniendo correctamente en primer lugar la cuestión del frente único. Es la única forma de impedir que los reformistas, y sobre todo sus agentes del ala izquierda, los monattistas, contrapongan la consigna formal de unidad a las tareas prácticas de la lucha de clases. Vassart¹²¹, como contrapeso a la estéril línea oficial, ha planteado la idea de frente único con las organizaciones sindicales locales. Es correcta la forma de plantear la cuestión, en el sentido de que en casos de huelgas locales lo primero que hay que hacer es trabajar con los sindicatos locales y con las federaciones correspondientes. También es cierto que los estratos más bajos del aparato reformista son más sensibles a la presión de los obreros. Pero sería erróneo hacer cualquier tipo de diferencia de principios entre los acuerdos con los oportunistas locales y los que se puedan hacer con sus jefes. Depende de las condiciones que se den, de la fuerza de la presión que ejerzan las masas y del carácter de las tareas que están a la orden del día.

Queda claro que para luchar en cada caso específico no vamos a poner como condición indispensable y previa el acuerdo con los reformistas, local o centralizado. No nos guiamos por los reformistas sino por las circunstancias objetivas y por el estado de ánimo de las masas. Lo mismo se aplica al carácter de las reivindicaciones que se plantean. Sería fatal comprometernos de antemano a aceptar el frente único con las condiciones de los reformistas, o sea sobre la base de reivindicaciones mínimas. Las masas obreras no saldrán a la lucha por reivindicaciones que les parezcan fantásticas. Pero, por otra parte, si se limitan de antemano las exigencias, los obreros pueden decirse: “No vale la pena”.

La tarea no consiste en proponerles formalmente siempre el frente único a los reformistas, sino en imponerles en cada caso las condiciones que correspondan lo mejor posible a la situación. Esto requiere una estrategia activa y flexible. En todo caso, no hay duda de que sólo precisamente de este modo podrá la CGTU mitigar las consecuencias de la división de las masas en dos organizaciones sindicales, hacer recaer la responsabilidad de la división sobre quienes corresponde y plantear sus posiciones de lucha.

La particularidad de la situación francesa reside en el hecho de que durante muchos años existieron dos centrales obreras separadas. Ante el reflujo del movimiento en los últimos años, la gente se acostumbró a la división. Muchas veces hasta quedó olvidada. Sin embargo puede preverse que la reanimación en las filas de la clase reactualizará inevitablemente la consigna de unidad de las organizaciones sindicales. Si se considera que más del noventa por ciento del proletariado francés está fuera de los sindicatos se hace evidente que al acentuarse la reanimación crecerá la presión de los no organizados. La consigna de unidad no es más que una de las primeras consecuencias de esa presión. Si se tiene una política correcta esta presión actuará en favor del partido comunista y de la CGTU.

Dado que una política activa de frente único es el método de principio para el próximo período de la estrategia sindical de los comunistas franceses, sería un error garrafal contraponerla a la de unidad de las organizaciones sindicales.

¹²¹ Vasaart, Albert (1898-1958), uno de los dirigentes del partido comunista en los sindicatos rojos que, habiendo sido ardiente ultraizquierdista durante el “tercer período”, impugnó la política del PC. En sus polémicas, los dirigentes del PC tachaban a veces las posiciones de Vassart de “semitrotskytas”.

Es indudable que la unidad de la clase obrera sólo puede realizarse sobre bases revolucionarias. La política de frente único es uno de los medios para liberar a los obreros de la influencia reformista e incluso, en última instancia, de avanzar hacia la genuina unidad de la clase obrera. Debemos explicar constantemente esta verdad marxista a los obreros de vanguardia. Pero una perspectiva histórica, por correcta que sea, no puede reemplazar la experiencia viva de las masas. El partido es la vanguardia pero en su accionar, especialmente en su accionar sindical, debe ser capaz de volcarse sobre la retaguardia.

Concretamente debe demostrarles a los obreros (una, dos, diez veces si es necesario) que está dispuesto en todo momento a ayudarlos a reconstruir la unidad de las organizaciones sindicales. Y en este aspecto somos fieles a los principios esenciales de la estrategia marxista: la combinación de la lucha por reformas con la lucha por la revolución.

¿Cuál es ahora la actitud de las dos confederaciones hacia la unidad? Al conjunto de los obreros puede parecerles idéntica. En realidad, el sector burocrático de ambas organizaciones ha declarado que la unificación sólo puede concebirse “desde abajo” y sobre la base de los principios de cada una de ellas.

Amparándose en la consigna de unidad por abajo, que tomó prestada de la CGTU, la confederación reformista explota la poca memoria de la clase obrera y la ignorancia de la joven generación que no conoce el accionar divisionista de Jouhaux, Dumoulin y Cia. Al mismo tiempo los monattistas ayudan a Jouhaux al reemplazar la actividad combativa del movimiento obrero por la consigna aislada de unidad sindical. Como honestos integrantes palaciegos, dirigen todos sus esfuerzos contra la CGTU para sacarle el mayor número posible de sindicatos, nuclearlos a su alrededor y entrar entonces en negociaciones con los reformistas en pie de igualdad.

Por lo que puedo juzgar desde aquí, en base al material que tengo, Vassart se ha pronunciado a favor de que los propios comunistas planteen la consigna de un congreso unificador de ambas confederaciones sindicales. Su propuesta fue rechazada categóricamente. En cuanto al autor, lo acusaron de pasarse a las posiciones de Monatte. No puedo pronunciarme sobre esta discusión por falta de datos, pero considero que los comunistas franceses no tienen ningún motivo para abandonar la consigna de congreso de fusión. Todo lo contrario.

Los monattistas dicen: “Ambos son rupturistas, a cual peor. Somos los únicos que estamos por la unidad. Obreros, seguidnos”. Los reformistas replican: “Nosotros estamos por la unidad por abajo”. Es decir que “nosotros” permitiremos a los obreros que vuelvan a entrar a nuestra organización. ¿Qué debe decir a esto la confederación revolucionaria? “No por nada nos llamamos confederación *unitaria*. Estamos prontos a llevar a cabo hoy mismo la unificación de las organizaciones sindicales. Pero para lograrlo los obreros no necesitan de intrigantes palaciegos que no tienen el respaldo de ninguna organización sindical y que se alimentan de divisiones como gusanos en una herida infectada. Proponemos que se prepare y se especifique el plazo de realización de un congreso de fusión sobre la base de la democracia sindical”.

Esta forma de plantear la cuestión les quitará inmediatamente su base de sustentación a los monattistas, que son un grupo político totalmente estéril pero que puede sembrar gran confusión en las filas del proletariado. ¿No nos costará muy cara esta liquidación del grupo de los palaciegos? Podría objetarse que en caso de que los reformistas aceptaran un congreso de unificación los comunistas podrían quedar en minoría y la CGTU tendría que ceder paso a la CGT.

Semejante planteo sólo puede resultar convincente para un burócrata sindical de izquierda que lucha por su “independencia” perdiendo de vista las tareas y las

perspectivas del conjunto del movimiento obrero. La unidad de las dos organizaciones sindicales, aun cuando el ala revolucionaria permaneciera en minoría por un tiempo, pronto demostraría ser favorable al comunismo. La unificación de las confederaciones acarrearía un gran flujo de miembros nuevos. Con esto la influencia de la crisis se reflejaría más profunda y decisivamente en los sindicatos. Aprovechando esta nueva oleada el ala izquierda podría comenzar una batalla decisiva para conquistar la confederación unitaria. Solamente los sectarios o los funcionarios pueden preferir una mayoría segura en una confederación sindical pequeña y aislada en vez de un trabajo de oposición en una organización amplia y realmente masiva; nunca los revolucionarios proletarios.

Para un marxista que piensa es bastante evidente que una de las razones que contribuyeron a los monstruosos errores de la dirección de la CGTU provienen de la situación planteada. Gente como Monmousseau, Semard y otros, sin preparación teórica ni experiencia revolucionaria, se autoproclamaron inmediatamente “dueños” de una organización independiente y tuvieron por lo tanto la posibilidad de experimentar con ella bajo las órdenes de Losovsky, Manuilsky y Cía¹²². Es indudable que, si los reformistas no hubieran provocado en determinado momento la ruptura de la confederación, Monmousseau y Cía. habrían tenido que contar con masas más amplias. Este solo hecho hubiera disciplinado su aventurerismo burocrático. Por eso las ventajas de la unidad hubieran sido inmensamente mayores que las desventajas. Si el ala revolucionaria permaneciera uno o dos años en minoría dentro de una confederación unificada que reuniera cerca de un millón de obreros, esos dos años serían indudablemente mucho más fructíferos para la educación no sólo de los sindicalistas comunistas sino de todo el partido que cinco años de zigzags “independientes” en una CGTU cada vez más débil.

Son los reformistas y no nosotros los que pueden temer la unidad sindical. Si aceptan un congreso unificado (no en las palabras sino en los hechos) estarán dadas las condiciones para sacar al movimiento sindical francés de su callejón sin salida. Precisamente por esto los reformistas no lo consentirán.

Las condiciones de la crisis están creando grandes dificultades a los reformistas, principalmente en el campo sindical. Por eso les es tan imprescindible cubrirse el flanco izquierdo, y los intrigantes palaciegos de la unidad se les ofrecen como escudo.

Ahora una de las tareas más importantes e indispensables es desenmascarar el trabajo divisionista de los reformistas y el parasitismo de los monattistas. La consigna de congreso de unificación contribuye en mucho a su solución. Cuando los monattistas hablan de unidad usan esta consigna contra los comunistas. Si la propia CGTU propone una vía para la unidad, asestará un golpe mortal a los monattistas y debilitará a los reformistas. ¿Está claro? Es cierto que sabemos de antemano que, debido a la resistencia de los reformistas, la consigna de unidad no deparará ahora los resultados que se obtendrían en caso de una verdadera unidad de las organizaciones sindicales. Pero se logrará indudablemente un resultado más limitado, siempre que los comunistas sigan una política correcta. Las grandes masas obreras verán quién está realmente por la unidad y quién está en contra, y se convencerán de que no son necesarios los servicios de los palaciegos. No hay duda de que los monattistas terminarán reducidos a la nada, la CGTU fortalecida y la CGT debilitada y más inestable.

Planteadas así las cosas, ¿no equivale esto a una maniobra más que a lograr una unidad efectiva? Esta objeción no nos asusta. Así es como los reformistas caracterizan especialmente nuestra política de frente único: como ellos no quieren dar la batalla declaran que nuestro objetivo es hacer maniobras.

¹²² Losovsky, Manuilsky y Cia. Dimitri Manuilsky (1883-1959) encabezó la Comintern de 1929 a 1934, o sea durante el “tercer período”.

Hacer de antemano diferencias entre la política de frente único y la de fusión de las organizaciones sindicales sería totalmente erróneo. Mientras los comunistas mantengan la total independencia de su partido, de su fracción en los sindicatos, de toda su política, la fusión de las confederaciones no es más que una forma de la política de frente único. Una forma más amplia. Al rechazar nuestra propuesta, los reformistas la transforman en una “maniobra”. Pero es una “maniobra” legítima e indispensable de nuestra parte: con maniobras así se educa a las masas obreras.

El Comité Ejecutivo de la Liga Comunista, repetimos, tiene toda la razón cuando repite insistentemente que la unidad de acción no puede darse hasta que no se logre la unificación de las organizaciones sindicales. Tal como se ha hecho hasta ahora, hay que desarrollar esta idea, explicarla y aplicarla en la práctica. Pero esto no exime del deber de plantear con toda energía, en el momento preciso, la cuestión de la fusión de las confederaciones (o de las simples federaciones).

El problema consiste en saber si la dirección comunista es capaz de efectuar ahora una maniobra tan enérgica. El futuro dirá. Pero si el partido comunista y la dirección de la CGTU se niegan hoy a seguir el consejo de la Liga (que es lo más probable) muy bien puede suceder que se vea obligado a seguirlo mañana. No es necesario agregar que no hacemos un fetiche de la unidad sindical. No posponemos nada que signifique lucha para cuando se logre la unidad. Para nosotros no es una panacea sino una lección sobre cosas importantes y decisivas que debe enseñarse a los obreros que la han olvidado o que no conocen el pasado.

Por supuesto, para participar en el congreso de unificación no plantearemos ninguna condición de principios.

Cuando los palaciegos de la unidad, a los que no avergüenza la fraseología barata, dicen que la confederación unificada debe basarse sobre el principio de la lucha de clases, etcétera, es que están haciendo acrobacias verbales en provecho de los oportunistas. Como si se les pudiera pedir seriamente a Jouhaux y Cía. que emprendan, en nombre de la unidad con los comunistas, el camino de la lucha de clases que estos caballeros abandonaron deliberadamente en nombre de la unidad de la burguesía. Y estos mismos palaciegos, estos Monattes, Ziromskys y Dumoulins, ¿qué entienden por “lucha de clases”? No, nosotros estamos prontos a entrar en el terreno de la unidad sindical, pero no para “corregir” (con la ayuda de fórmulas de curanderos) a los mercenarios del capital, sino para arrancar a los obreros de la influencia de sus traidores. Las únicas condiciones que ponemos son simplemente garantías organizativas de la democracia sindical, en primer lugar, la libertad de crítica para la minoría, siempre con la condición de que se someta a la disciplina sindical. No pedimos más, y por nuestra parte no prometemos nada más.

Supongamos que el partido comunista, si bien no inmediatamente, sigue nuestro consejo. ¿Cómo actuaría su comité central? En primer lugar debería preparar cuidadosamente el plan de la campaña dentro del partido, para discutirlo en las fracciones sindicales en base a las condiciones locales, de modo que la consigna de unidad pueda lanzarse al mismo tiempo desde arriba y desde abajo. Justo después de una cuidadosa preparación y elaboración, y de haber eliminado todas las dudas y malentendidos dentro de sus propias filas, la dirección de la CGTU debería dirigirse a la de la confederación reformista con propuestas concretas: crear una comisión paritaria para la preparación, en un plazo por ejemplo de dos meses, del congreso de unificación sindical, al que todas las organizaciones sindicales del país deben tener acceso. Simultáneamente, las

organizaciones locales de la CGTU se dirigen a las organizaciones locales de la CGT con la misma propuesta, formulada precisa y concretamente.

El partido comunista debería realizar una gran agitación en el país apoyando y explicando la iniciativa de la CGTU. Por un cierto tiempo debe concentrarse la atención de amplios sectores obreros, principalmente los de la CGT, en la sencilla idea de que los comunistas proponen lograr inmediatamente la unidad de las organizaciones sindicales. Cualquiera que sea la actitud de los reformistas, cualesquiera que sean las tretas a las que recurran, los comunistas saldrán beneficiados de esta campaña, aun si en este primer intento sus propuestas no llevan más que a una demostración de su actitud.

Durante este periodo, la lucha en nombre del frente único no cesa ni un minuto. Los comunistas continúan atacando a los reformistas en las provincias y en la metrópolis, basándose en la creciente actividad de los obreros renovando sus ofertas de acciones combativas sobre la base de la política de frente único, desenmascarando a los reformistas, fortaleciendo sus propias filas, etcétera. Y bien puede suceder que en seis meses, o en uno o dos años, los comunistas se vean obligados a repetir su propuesta de fusión de las confederaciones sindicales, y a poner a los reformistas en una posición más difícil que la primera vez.

La verdadera política bolchevique debe tener precisamente este carácter de tomar la ofensiva y ser al mismo tiempo flexible y firme. Es la única forma de preservar al movimiento del desgaste, de librarlo de formaciones parásitas y de acelerar la evolución de la clase obrera hacia la revolución.

La lección propuesta anteriormente no tiene sentido ni puede prosperar si la iniciativa no parte de la CGTU y del partido comunista. La tarea de la Liga no consiste naturalmente en lanzar independientemente la consigna de congreso de unificación, enfrentándose tanto a la CGTU como a la CGT. La tarea de la Liga es empujar al partido comunista oficial y a la CGTU hacia una política, estimularlos a llevar a cabo en el momento propicio (y en el futuro habrá muchos) una ofensiva para la fusión de las organizaciones sindicales.

Para poder cumplir sus tareas hacia el partido comunista, la Liga debe (y éste es su primer deber) alinear sus propias filas en el campo del movimiento sindical. Es una tarea que no puede posponerse. Debe ser cumplida y lo será.

Los sindicatos ante la embestida económica de la contrarrevolución¹²³

(30 de marzo de 1933)

Toda la historia moderna atestigua que el proletariado no es nada sin sus organizaciones de clase.

Al mismo tiempo, la experiencia demuestra que las organizaciones obreras pueden convertirse en un obstáculo para la lucha revolucionaria. Más de una vez el movimiento proletario resultó aplastado por esta contradicción. El ejemplo más trágico es la catástrofe de Alemania, en la que las organizaciones dirigentes, cada una a su manera, paralizaron al proletariado desde arriba y lo entregaron inerme al fascismo.

El Partido Comunista se impone como fin conducir al proletariado al poder, sólo puede realizar su misión revolucionaria ganando a la mayoría del proletariado y, por consiguiente, a sus organizaciones de masas, principalmente los sindicatos.

El partido debe librar su lucha por ganar influencia en los sindicatos de manera tal que no frene las tareas inmediatas de la organización de masas, que no las rompa, ni produzca en los obreros la impresión que los comunistas desorganizan el movimiento de la clase. Los principios rectores de esta lucha aparecen esbozados en el *Manifiesto Comunista*, se desarrollaron en la teoría y en la práctica del movimiento obrero y encontraron su expresión más elevada en la obra del bolchevismo.

El partido es la flor y nata de la clase, su élite revolucionaria. El sindicato abarca amplias masas obreras, de distintos niveles. Cuanto más amplias son las masas que abarca, más se acerca el sindicato al cumplimiento de sus objetivos. Pero en la medida en que la organización gana en amplitud, pierde en profundidad. Las tendencias oportunistas, nacionalistas y religiosas que cunden en los sindicatos y en sus direcciones muestran que éstos no sólo reúnen a la vanguardia sino también a una pesada retaguardia. Así, las debilidades de los sindicatos surgen de lo que los hace fuertes. La lucha contra el oportunismo en las organizaciones sindicales significa fundamentalmente trabajar persistente y pacientemente para unir esa retaguardia con la vanguardia.

Quienes separan a los obreros revolucionarios de los sindicatos, quienes construyen, paralelamente a las organizaciones de masas, sindicatos revolucionarios, “puros” (según el término irónico empleado por Lenin) pero pequeños y, por lo tanto, débiles, no resuelven la tarea histórica, sino que renuncian a solucionar; peor aún, obstaculizan la lucha por ganar influencia en la clase obrera.

Los organizadores de este congreso integran la Internacional Sindical Roja, de oposición. La historia de estas organizaciones es la de la violación criminal de los principios del marxismo en el terreno sindical. La Internacional Sindical Roja no es sino un partido comunista, o parte de un partido comunista, con otro nombre. Esta organización no vincula el partido a los sindicatos; por el contrario, lo separa de ellos. Su debilidad numérica no le permite remplazar a los sindicatos en el terreno de la movilización de masas, y tampoco puede influir desde afuera, puesto que aparece como organización hostil y opuesta a los sindicatos.

¹²³ “Los sindicatos ante la embestida económica de la contrarrevolución”, (Declaración de los representantes de la Oposición de Izquierda (bolchevique-leninistas) al Congreso Contra el Fascismo), en *Escritos, Tomo VI, Volumen 2*, páginas 4-8 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

Para justificar la política de la Internacional Sindical Roja, así como la del social-fascismo, la burocracia estalinista apela al hecho de que la dirección de los sindicatos alemanes se demostró dispuesta a actuar de lacayo de Hitler, como en el pasado lo fue de los Hohenzollern. Señalando el papel abyecto de Leipart y Cía., los estalinistas franceses se oponen a la fusión de las dos organizaciones sindicales de Francia. Aceptan la unidad con una sola condición: la dirección de los sindicatos conjuntos debe estar en manos de combatientes revolucionarios, no de traidores.

Con ello los estalinistas demuestran una vez más que, igual que los Borbones franceses, no aprendieron nada ni olvidaron nada. Exigen que se les entregue organizaciones de masas con direcciones revolucionarias prefabricadas, y condescienden a participar en esos sindicatos. En otras palabras, esperan que los demás realicen la tarea histórica que debería constituir el objetivo fundamental de su propio trabajo.

Los dirigentes de los sindicatos alemanes, como los de los sindicatos ingleses y norteamericanos y los de los sindicatos reformistas franceses, son (como dijo Rosa Luxemburg hace muchos años) “los canallas más grandes del mundo”. La tarea más importante de la Comintern ha sido, desde su fundación, echar de los sindicatos a los canallas. Pero, cuando se trató de cumplir esta tarea, la burocracia estalinista demostró su bancarrota total.

El hecho de que la Organización Sindical Roja no se haya pasado al bando de Hitler constituye un mérito puramente negativo del que, en general, no corresponde jactarse en las filas revolucionarias. Pero su impotencia, la impotencia del PC Alemán, la impotencia de la Comintern, reside precisamente en que los canallas como Leipart y Cía. siguen al frente de los sindicatos de masas. En cuanto a la Organización Sindical Roja, antes de que se produjeran los grandes acontecimientos había demostrado ya ser un castillo de naipes.

El lugar de los comunistas está en los sindicatos. Deben ingresar en ellos con las banderas plegadas o al viento, para actuar al cubierto o al descubierto, según las condiciones políticas y policiales imperantes en el país. Pero deben actuar, no cruzarse de brazos.

Respecto de su participación en el movimiento sindical, generalmente los comunistas no pueden exigir condiciones a la clase obrera o a la burocracia reformista. Si la clase obrera comprendiera de antemano las ventajas de la política comunista no toleraría la presencia de traidores reformistas al frente de sus organizaciones. Por su parte, la burocracia reformista persigue consecuentemente el objetivo de mantener a los comunistas fuera de los sindicatos y por eso rechaza toda condición que podría facilitar siquiera mínimamente el trabajo de aquéllos. El revolucionario proletario no inventa ultimátums arrogantes, pero absurdos, para justificar su deserción del sindicato; penetra en éste salvando todas las barreras y obstáculos. El comunista no pretende que los burócratas sindicales creen las condiciones favorables para su trabajo; las crea él gradualmente, en la medida en que adquiere influencia dentro del sindicato.

El hecho de que este congreso, que llama a preparar la resistencia ante la embestida del capital y el fascismo, haya sido convocado por organizaciones que son sectarias por principio (las organizaciones alemana, polaca e italiana afiliadas a la ISR) nos obliga a elevar con redoblada fuerza nuestro llamamiento a todos los comunistas auténticos, a luchar contra los métodos fatales de la burocracia estalinista, que aíslan a la vanguardia proletaria y le cierran el camino a la victoria.

¡Camaradas comunistas, obreros conscientes! ¡Implantad en el terreno del sindicalismo la plena vigencia de los principios del marxismo, tal como los formularon los cuatro primeros congresos de la Comintern! ¡Limpiad el polvo estalinista de vuestros zapatos! ¡Volved al camino de Marx y Lenin! ¡Sólo este camino lleva hacia adelante!

[El partido y el trabajo militante en el sindicato]¹²⁴

(17 de abril de 1933)

[...]

Se trata de nuestras posibilidades en la Federación Minera de Illinois. A Cannon lo conocen bien allí; goza de cierto prestigio, debido sobre todo a su actividad sindical en el pasado. Todo parecía indicar que él debía ir allá, donde había una situación prometedora. La continuidad del trabajo iniciado también lo exige. Pero la minoría se opuso, planteando como alternativa la candidatura del camarada Shachtman, y me temo que el comité central seguirá indeciso.

La única justificación de semejante actitud de la minoría sería la existencia de diferencias profundas respecto de nuestro trabajo entre los mineros. No creo que las críticas de la minoría sean justas, lejos de ello, critican al camarada Allard por no insistir lo suficiente en las posiciones de la Oposición de Izquierda en el periódico sindical que edita. Critican al camarada Cannon por aparecer como representante de los obreros progresistas y no como representante de la Liga. No veo en qué se basa la crítica mencionada en primer término; sólo he leído dos números del periódico en cuestión. En uno de ellos los directores dieron gran importancia al discurso del camarada Cannon, discurso que, desde luego, es también muy importante para nosotros. Es posible que el camarada Allard no aproveche todas las posibilidades; pero está solo, o lo estaba hasta hace poco. Además, se trata de un periódico sindical; el trabajo de redacción requiere gran prudencia. Me parece que la crítica dirigida al camarada Cannon es producto de una intransigencia puramente formal. Creo que el camarada Cannon no debió presentarse como delegado de una organización política como lo es la Liga. En un sindicato, no se logra mucho con las demostraciones políticas, lo importante es penetrar, ganar autoridad, trabajar en sus filas, construir una agrupación, la cual no debe utilizar el nombre de la Liga en todo momento, sobre todo mientras siga siendo una pequeña minoría. El sindicato de masas no es un mitin de una organización política. Naturalmente, para estas cosas no hay reglas fijas; todo depende de las circunstancias concretas. Pero me parece (es muy posible que la distancia me induzca a cometer errores) que las objeciones de la minoría revelan un espíritu de formalismo sectario. En todo caso, no creo que las objeciones sean de tanto peso como para impedirle al camarada Cannon cumplir una tarea tan importante como la que está realizando entre los mineros.

[...]

¹²⁴ “Nuevamente acerca de la discusión en Norteamérica”, en *Escritos*, Tomo IV, Volumen 2, páginas 59 y 60 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

[Los sindicatos en Gran Bretaña]¹²⁵

(30 de septiembre de 1933)

[...] En Gran Bretaña, como en la mayoría de los viejos países capitalistas, el problema sindical sigue siendo el más importante de la política proletaria. En este terreno los errores de la Comintern son innumerables. No hay de qué asombrarse; en el plano sindical es donde más evidentemente se revela la incapacidad de un partido para establecer correctas relaciones con la clase obrera. Por eso considero necesario detenerme en esta cuestión.

Los sindicatos se formaron en la época de surgimiento y avance del capitalismo. Su objetivo era elevar el nivel material y cultural del proletariado y ampliar sus derechos políticos. Este trabajo, que en Inglaterra duró más de un siglo, les conquistó a los sindicatos una tremenda autoridad entre los obreros. La decadencia del capitalismo británico, en el marco de la decadencia del sistema capitalista mundial, minó las bases del trabajo reformista de los sindicatos. El capitalismo sólo puede continuar manteniéndose si disminuye el nivel de vida de la clase obrera. En estas condiciones los sindicatos se pueden transformar en organizaciones revolucionarias o en lugartenientes del capital que intensifica la explotación de los trabajadores. La burocracia sindical, que resolvió satisfactoriamente su propio problema social, tomó el segundo camino. Toda la autoridad de que gozaban los sindicatos la volvió en contra de la revolución socialista e incluso en contra de cualquier intento de los trabajadores de resistir los ataques del capital y la reacción.

Desde ese momento, la tarea más importante del partido revolucionario pasó a ser liberar a los trabajadores de la reaccionaria influencia de la burocracia sindical. En este terreno decisivo, la Comintern reveló su incapacidad total. En 1926-1927, especialmente en la época de la huelga de mineros y de la huelga general, es decir, en el momento de los mayores crímenes y traiciones del Consejo General del Congreso Sindical, la Comintern cortejó obsequiosamente a los más encumbrados rompehuelgas, los favoreció con la autoridad de que gozaba ante las masas y los ayudó a conservar su puesto. De esa manera el Movimiento de la Minoría recibió un golpe fatal. Asustada por los resultados de su propio trabajo, la burocracia de la Comintern se fue al otro extremo, al ultraradicalismo. Los excesos fatales del “tercer período” se debieron al afán de la pequeña minoría comunista de actuar como si tuviera detrás de ella a la mayoría. Aislándose cada vez más de la clase obrera, el Partido Comunista opuso a los sindicatos, que nucleaban a millones de trabajadores, sus propias organizaciones sindicales, sumamente obedientes a la dirección de la Comintern, pero separadas de la clase por un abismo. No se le podía hacer mejor favor a la burocracia sindical. Si ésta contara entre sus atribuciones otorgar la Orden de la Jarretera, hubiera condecorado a todos los dirigentes de la Comintern y de la Federación Sindical Roja.

Como ya se dijo, en esta etapa los sindicatos no juegan un rol progresivo sino reaccionario. Sin embargo, todavía nuclean a millones de trabajadores. No hay que creer

¹²⁵ Extracto de “El ILP y la nueva Internacional”, en *Escritos, Tomo V, Volumen 1*, páginas 103-109 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

que los obreros son ciegos y no advierten el cambio del rol histórico de los sindicatos. ¿Pero qué pueden hacer? Los zigzags y aventuras del comunismo oficial comprometieron seriamente la vía revolucionaria ante los trabajadores de izquierda. Los obreros se dicen: los sindicatos son malos, pero sin ellos las cosas podrían ser todavía peores. Esta psicología es propia del que está en un callejón sin salida. Mientras tanto, la burocracia sindical persigue aún más audaz y desvergonzadamente a los trabajadores revolucionarios, reemplazando la democracia interna por la acción arbitraria de una camarilla, transformando a los sindicatos esencialmente en una especie de campo de concentración para los trabajadores durante la decadencia del capitalismo.

En estas condiciones surge fácilmente la idea de si no es posible superar los sindicatos. ¿No se puede sustituirlos por algún tipo de organización nueva, no corrompida, como los sindicatos revolucionarios, los comités de taller, los sóviets y otras similares? El error fundamental de estos intentos es que reducen a experimentos organizativos el gran problema político de cómo liberar a las masas de la influencia de la burocracia sindical. No es suficiente ofrecerle a las masas una nueva dirección hay que buscar a las masas donde ellas están, para dirigir las.

Los izquierdistas impacientes dicen a veces que es imposible ganar los sindicatos porque la burocracia utiliza el régimen interno de estas organizaciones para salvaguardar sus propios intereses, recurriendo a las más bajas maquinaciones, represiones e intrigas, al estilo de la oligarquía parlamentaria de la era de los “municipios podridos”. ¿Por qué entonces perder tiempo y energías? En realidad, este argumento se reduce a abandonar la lucha real para ganarse a las masas, utilizando como pretexto la corrupción de la burocracia sindical. Se lo puede desarrollar más todavía: ¿Por qué no abandonar todo el trabajo revolucionario, dadas las represiones y provocaciones de la burocracia gubernamental? No hay ninguna diferencia de principios, ya que la burocracia sindical se ha convertido definitivamente en parte del aparato económico y estatal capitalista. Es absurdo creer que se podría trabajar contra la burocracia sindical contando con su ayuda o siquiera con su consentimiento. En la medida en que se defiende por medio de la persecución, la violencia, las expulsiones, en que frecuentemente recurre a la ayuda de las autoridades gubernamentales, tenemos que aprender a trabajar *discretamente* en los sindicatos, encontrando un lenguaje común con las masas, pero no descubriéndonos prematuramente ante la burocracia. Precisamente en la época actual, cuando la burocracia reformista del proletariado se transformó en la policía económica del capital, el trabajo revolucionario en los sindicatos, llevado a cabo inteligente y sistemáticamente, puede producir resultados decisivos en un plazo relativamente breve.

Con esto no queremos decir que el partido revolucionario cuenta con la garantía de que los sindicatos serán totalmente ganados para la revolución socialista. El problema no es tan simple. El aparato sindical logró en gran medida independizarse de las masas. La burocracia sindical es capaz de mantener sus posiciones mucho después de que las masas se hayan vuelto en contra de ella. Pero precisamente esta situación, cuando las masas ya sienten hostilidad hacia la burocracia sindical, pero ésta todavía puede disfrazar la opinión de la organización y sabotear nuevas elecciones, es la más favorable para la creación de comités de taller, consejos obreros y otros organismos que satisfacen las necesidades inmediatas en un momento determinado. Inclusive en Rusia, cuando se dio la Revolución de Octubre, los mencheviques tenían en sus manos la administración de los sindicatos, y eso que éstos no contaban con nada parecido a la poderosa tradición de los sindicatos británicos. Habiendo perdido a las masas, estas administraciones que ya no podían sabotear la revolución proletaria todavía eran capaces de sabotear las elecciones en los aparatos.

Es absolutamente necesario preparar ya a los obreros avanzados en la idea de crear consejos obreros y comités de taller en el momento de un cambio brusco. Pero sería un gran error “divagar” en la práctica con la consigna de los consejos de taller, consolándose con la “idea” de la carencia de un trabajo y una influencia reales en los sindicatos. Oponer a los sindicatos existentes la idea abstracta de los consejos obreros significaría volver en contra de uno mismo no sólo a la burocracia sino también a las masas, privándose así de la posibilidad de preparar el terreno para la creación de los consejos obreros.

En este plano la Comintern ganó no poca experiencia: luego de crear sindicatos obedientes, es decir puramente comunistas, logró que sus secciones les resultaran hostiles a las masas obreras, condenándose así a la impotencia total. Esta es una de las causas más importantes del fracaso del Partido Comunista Alemán. Es cierto que el partido comunista británico, por lo que estoy informado, se opone a la consigna de consejos obreros en las condiciones actuales. Superficialmente esto puede parecer una apreciación realista de la situación. En realidad, el partido comunista británico rechaza *una forma* de aventurerismo político en favor de otra, más histérica todavía. La teoría y la práctica del social-fascismo y el rechazo de la política del frente único crean obstáculos insuperables para el trabajo en los sindicatos, ya que cada sindicato es por naturaleza un frente único de hecho entre los partidos revolucionarios y las masas reformistas y sin partido. En la medida en que el partido comunista británico se demostró incapaz, incluso después de la tragedia alemana, de aprender nada y armarse nuevamente, una alianza con él puede liquidar al ILP, que recién entró en una etapa de aprendizaje revolucionario.

Sin duda, los pseudo comunistas invocarán el último congreso sindical, que declaró que no se puede hacer frente único con los comunistas contra el fascismo. Sería la mayor de las tonterías aceptar esta demostración de sabiduría como el veredicto final de la historia. Los burócratas sindicales se pueden permitir esas execrables formulaciones sólo porque no están inmediatamente amenazados por el fascismo o el comunismo. Cuando la amenaza del fascismo penda sobre la cabeza de los sindicatos, si el partido revolucionario aplica una política correcta las masas sindicales sentirán un irresistible impulso hacia la alianza con el ala revolucionaria y arrastrarán incluso a un sector del aparato. Por el contrario, si el comunismo se transformara en una fuerza decisiva, amenazando al Consejo General con la pérdida de sus posiciones, honores e ingresos, los Sres. Citrine y Cía. indudablemente formarían un bloque con Mosley y Cía. en contra de los comunistas. Así, en agosto de 1917 los mencheviques y socialrevolucionarios rusos repudiaron junto con los bolcheviques al general Kornílov. Dos meses después, en octubre, peleaban hombro a hombro con los kornilovistas en contra de los bolcheviques. Y en los primeros meses de 1917, cuando los reformistas todavía eran fuertes, proclamaban, igual que Citrine y Cía. la imposibilidad de aliarse con una dictadura, ya sea de derecha o de izquierda.

La clara comprensión de sus objetivos históricos debe unificar al partido proletario revolucionario. Esto supone un programa con una base científica. A la vez, el partido revolucionario tiene que saber cómo establecer relaciones correctas con la clase. Ello exige una política de realismo revolucionario, igualmente ajeno a la ambigüedad oportunista y al retrainamiento sectario. Desde la perspectiva de estos dos criterios estrechamente relacionados, el ILP tendría que revisar su relación con la Comintern y con todas las demás organizaciones y tendencias de la clase obrera. Esto determinará ante todo la suerte del propio ILP.

**La tarea de los maestros revolucionarios¹²⁶. Carta a Maurice
Dommanget [frente único, unidad sindical, autodefensa,
fascismo]**
(10 de agosto de 1934)

Estimado camarada,

En esta carta trataré de resumir la discusión que sostuvimos hace algunos días sobre los problemas de los maestros franceses en general y de la Federación Unitaria en particular.

No puedo evitar repetirlo: Monmousseau¹²⁷, ese malabarista sin escrúpulos ni conciencia, nos tendió una trampa con la cuestión de unir las dos federaciones, sacrificando las consideraciones sindicales y revolucionarias a las consideraciones de prestigio y los trabajitos “extra” de los burócratas que dirigen la CGTU. Su viraje no tiene nada que ver con la aceptación honesta del frente único revolucionario. Por lo que podemos deducir, tras su oscuro juego se esconden dos maniobras: una más amplia, que se corresponde con los objetivos de la diplomacia soviética, y una de menor alcance, subordinada a aquélla, que tiene como objetivo “satisfacer” a los aventureros en bancarota de la Comintern. La doctrina semioficial de la burocracia gobernante en la URSS pretende explicar el fracaso de la Comintern (indiscutible incluso para ellos) por las características conservadoras del proletariado occidental. Así como los reformistas decían que el bolchevismo no servía para Europa, la Comintern en bancarota declara ahora que el proletariado europeo no sirve para el bolchevismo. En este aspecto, como en tantos otros [tres palabras ilegibles], el comunismo europeo sólo representa las dos caras de una misma moneda.

Los burócratas gobernantes transforman así el fracaso de la Comintern en un fracaso del proletariado occidental, y luego sacan esta conclusión: “Para defender la seguridad de la URSS tenemos que buscar ayuda en cualquier lado. Dado que el proletariado conservador le tiene cariño a la democracia, no nos queda otro remedio que encariñarnos también con ella, apoyarla y preservarla.” Nosotros, los revolucionarios decimos: “en la medida en que los obreros siguen confiando en la democracia, estamos dispuestos a defenderla junto con ellos contra el peligro fascista; pero no podemos nunca dejar de lado nuestra crítica a las ilusiones democráticas.” Los estalinistas renuncian fácilmente al derecho a la crítica, ya que para ellos (para la burocracia soviética) no se

¹²⁶ “La tarea de los maestros revolucionarios”, en *Escritos, Tomo VI, Volumen 1*, páginas 92-98 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*. El 8 de agosto de 1934 Trotsky se reunió secretamente en Noyarev con Maurice Dommanget, Jean Aulas y Gilbert Serret, dirigentes de la Federación Unitaria, el sindicato de maestros afiliado a la CGTU. Trotsky esperaba persuadirlos de que se afiliaran a la SFIO y adoptaran una actitud más positiva hacia las negociaciones que se llevaban a cabo para unificar la Federación Unitaria con el Sindicato Nacional, el sindicato de maestros afiliado a la CGT. Los esfuerzos de Trotsky por continuar la discusión no encontraron respuesta en Dommanget y los otros. Esta carta a Dommanget, dos días después fue entregada por un amigo común en vez de ser enviada por correo. No estaba firmada por razones de seguridad, esto también explica por qué Trotsky utiliza “nosotros” cuando se refiere a los maestros. Sus esfuerzos por continuar la discusión no obtuvieron respuesta de Dommanget ni de los otros.

¹²⁷ Gaston Monmousseau (1883-1960), antiguo sindicalista revolucionario, llegó a ser dirigente del PC, de la CGTU y de la CGT unificada.

trata de conducir al proletariado a través de la etapa democrática hacia la conquista del poder; el único objetivo que consideran asequible es asegurarse el apoyo democrático internacional. La personificación de la “democracia” francesa es el Partido Radical¹²⁸, que no puede gobernar sin el apoyo del Partido Socialista; pero éste, a su vez, sólo puede apoyar al Partido Radical a condición de que los comunistas se “callen la boca”. La burocracia soviética tiene el plan general de restablecer el régimen de Herriot, el “amigo de la URSS”, con la ayuda de un León Blum liberado de la crítica de Thorez¹²⁹ por el mecanismo del llamado frente único. Ese es el incentivo fundamental del gran viraje ordenado telegráficamente.

Para calmar al ala izquierda de la Comintern, a los Bela Kun¹³⁰ que allí tienen, dicen: “todo esto no es más que una jugarreta; cállense la boca y esperen; llegará el momento en que rompamos abiertamente el frente único, pescando dormidos y desprevenidos a los dirigentes socialistas, y nos llevaremos a todos sus obreros con nosotros.”

Estas son las dos maniobras en las que están enredados. Por el momento la que resulta efectiva es la primera. Pero si la perspectiva democrática no lleva a ninguna parte los grandes burócratas siempre pueden echarse atrás permitiendo a los peores aventureros a la Bela Kun utilizar a su manera el frente único.

¿Qué lugar ocupa Monmousseau en este doble y tal vez triple juego? No lo sé, y el mismo Monmousseau sabe tanto como yo. Sin embargo, conoce lo suficiente a la dirección de la orquesta estalinista como para no temer que se le caiga en la cabeza la delicada estructura sobre la que se apoya el viraje. Es por eso que, a la vez que cumple las órdenes, realmente quisiera demorar las cosas, prolongarlas lo más posible. Así pudo imponer en el Congreso de Montpellier¹³¹ una resolución ambigua y peligrosa que elude la unión inmediata de las dos federaciones. Postergar la resolución hasta enero de 1935 significa no tomarse en serio al mundo ni a uno mismo, ya que los próximos meses exigirán adoptar resoluciones muy serias.

Que se entienda bien una cosa: el peligro fascista no es una fórmula agitativa, es una ominosa realidad que puede concretarse muy pronto. Los clamores de *Popu y l’Huma* de que “el frente único ya hizo retroceder a los fascistas” no son más que bravatas ingenuas o deshonestas.

El surgimiento del fascismo, como sucede con todos los procesos históricos de este tipo, se realiza a través de saltos y giros espasmódicos. Estamos entre dos espasmos: ésa es la verdadera clave de la situación actual. Y no será precisamente Monmousseau quien logre “postergar” hasta el 1 de enero de 1935 el segundo salto.

El triunfo del fascismo significaría, en primer lugar, el aplastamiento de los cuadros docentes revolucionarios. Aun antes de dedicarse a las organizaciones obreras, la reacción fascista tendrá que abrirse camino cortando de raíz la resistencia de los

¹²⁸ El Partido Radical, o Radical-Socialista, ni radical ni socialista, fue el principal partido capitalista de Francia entre las dos guerras mundiales, similar al Partido Demócrata de Estados Unidos.

¹²⁹ Maurice Thorez (1900-1964), en la década del 20 simpatizaba con las posiciones de la Oposición de Izquierda. Pero posteriormente se convirtió en el principal estalinista de Francia. Defensor de todos los virajes de la Comintern, y después de la Segunda Guerra Mundial ministro en el gobierno de De Gaulle.

¹³⁰ Bela Kun (1886-1939?), dirigente de la derrotada Revolución Húngara de 1919, fue funcionario de la Comintern cuando se trasladó a Moscú. Se supone que lo fusilaron en las purgas de fines de la década del 30, contra los comunistas exiliados.

¹³¹ El Congreso de la Fédération Unitaire (Federación Unitaria) reunido hacía poco en Montpellier, había recibido una propuesta del Sindicato Nacional de fusionar inmediatamente ambos grupos. Esta propuesta obtuvo sólo 37 votos a favor: 300 delegados votaron que la unión sólo debía darse en base a la independencia sindical, la libertad de expresión, el reconocimiento de la representación de la minoría y la aceptación de la lucha de clases. Monmousseau, que representaba a la dirección de la CGTU. Votó con la mayoría, es decir contra la unificación inmediata.

funcionarios civiles y de los maestros. Los charlatanes de café nos dicen: “el peligro está lejos de ser inminente; Francia no es Alemania; el temperamento francés no tiende al fascismo.” No nos corresponde tomar en serio tonterías como éstas. El fascismo no es producto del temperamento nacional sino de la lucha social. Se convertirá en una necesidad inevitable cuando el capitalismo francés se encuentre entre la espada y la pared. Y si es cierto que el temperamento francés se opone al fascismo, éste exigirá en Francia dos o diez veces más víctimas. No es accidental que la historia francesa, en todas sus etapas, haya sido testigo de las más sangrientas represiones.

Nuestra Federación Unitaria, con sus tres mil miembros, sería el primer bocado que se engulliría la reacción triunfante. Aunque sea por nuestra autodefensa física, tenemos que acabar con el aislamiento y unimos con el Sindicato Nacional. Cada día que se nos va es una pérdida irreparable. Sí, ya sé que estamos de vacaciones, y muchos de nosotros disfrutándolas pacíficamente. Cuando miramos a nuestro alrededor nos parece estar viendo a campesinos que, inconscientes del peligro, se ponen a escalar el Vesubio momentos antes de la fatal erupción que acabará con su propiedad, con su trabajo y con ellos mismos.

A cualquier costo tenemos que encontrar la manera de liquidar la peligrosa resolución que impuso la CGTU en el Congreso de Montpellier. Estamos en guerra; las formalidades, aun las más respetables, tienen que ceder ante las grandes necesidades. Por mi parte, estoy seguro de que una iniciativa audaz por parte de la dirección (que goza de la confianza plena de la base) sería apoyada por la inmensa mayoría de la federación. La unión de las dos federaciones (y en esto estoy de acuerdo con Delmas¹³²) daría un poderoso impulso a la unificación de todo el movimiento sindical, sacudiendo la mala voluntad de los Jouhaux y los Monmousseau.

Naturalmente, sólo podemos unirnos con los confederados [los miembros de la CGT] para impulsar la movilización revolucionaria de los maestros. Por eso tenemos que elaborar un programa de acción preciso, enérgico y adecuado a la situación. ¡No caigamos en el espectáculo que está dando Paul Fauré¹³³, dirigente de la SFIO, que ante los revólveres, cachiporras y fusiles del fascismo se pone a desarrollar teorías budistas y tolstoianas de no oponer la violencia al mal! Para él, el objetivo sigue siendo ganarse la confianza de la mayoría (el cincuenta y uno por ciento) para poner en práctica el ideal socialista. Pero a la socialdemocracia austríaca le cortaron la cabeza con el cuarenta y cuatro por ciento. Dudamos de la habilidad de Paul Fauré para superar ese récord. Porque aun si se está total y exclusivamente dedicado a lograr el objetivo democrático de ganar el poder con el cincuenta uno por ciento de los votos, hay que garantizar esa posibilidad con la defensa armada contra las bandas fascistas, del mismo modo que los obreros están obligados a defender con piquetes la más modesta de sus huelgas. La burguesía dice hipócritamente: “La seguridad de la nación exige su armamento.” Con mayor confianza nosotros podemos decir: “La seguridad de la toma democrática del poder por el proletariado exige, ante todo, el *armamento de los obreros* y, fundamentalmente, la *creación de milicias obreras*.”

Ya vemos a los Thorez, a los Cachin¹³⁴ y a los Monmousseau apresurarse a defender las teorías tolstianas de Paul Fauré; parece que los “provocadores trotskystas”,

¹³² André Delmas (n. 1899), socialista, secretario general del Sindicato Nacional y ardiente partidario de la unificación.

¹³³ Paul Fauré (1878-1960), electo secretario general de la minoría de la SFIO que en 1920 se opuso a la afiliación a la Comintern encabezó el aparato hasta la Segunda Guerra Mundial. En 1944 fue expulsado de la SFIO por haber colaborado con el régimen de Vichy durante la guerra.

¹³⁴ Marcel Cachin (1869-1958), ardiente social-patriota durante la Primera Guerra Mundial, entró al PC en 1920 con la mayoría de la SFIO, se hizo estalinista y en la Segunda Guerra Mundial volvió a ser un ardiente social-patriota.

quieren oponerle el proletariado armado a la reacción armada. ¡Sofistería vergonzosa e imbécil! Tanto más viniendo de labios de aquellos que, ayer no más, describían a toda Francia (por lo menos la Francia de *l'Humanité*) como una tierra de barricadas y batallas revolucionarias. Al respecto, el viraje demuestra con claridad la dependencia servil de la diplomacia soviética por parte de los burócratas del PC y de la CGTU. Los Thorez quieren sustituir las milicias armadas con “la autodefensa del conjunto del proletariado”. ¡Fíjense! ¿Y qué pasa en este esquema con el rol de *vanguardia* del proletariado? Sin el apoyo de la clase obrera las milicias no son nada, pero la clase sin las milicias, expuesta a los golpes del fascismo, es muy poco. Las milicias son el ejército activo; la clase es su gran reserva. Se abandona, pisotea y moteja de “blanquismo” esto que constituye el abecé del marxismo. La defensa del maestro (de esto estoy absolutamente convencido) tiene que transformar a los maestros en furiosos propagandistas e incansables organizadores de las *milicias obreras y campesinas*. El objetivo de estas milicias es la defensa de sus masas explotadas, de sus organizaciones, sus reuniones, su prensa y sus derechos democráticos y conquistas sociales.

Lo que dije en esta carta no es en absoluto suficiente. Espero que sea el comienzo de un intercambio de opiniones sobre temas candentes que conciernen directamente a nuestra federación, pero cuyas implicaciones tienen un alcance mucho mayor. Muy interesado en sus opiniones y en las de otros camaradas, estoy dispuesto a contestar inmediatamente. No tenemos que dormirnos en las vacaciones. El senador Gautherot del Bajo Loire y Fougères, diputado de Indre, ya plantearon problemas referentes a los maestros. La reacción no pierde el tiempo; no lo perdamos nosotros.

Fraternalmente

Del plan de la CGT a la conquista del poder¹³⁵

(18 y 19 de marzo de 1935)

Camaradas:

La CGT se plantea como objetivo la “intensificación de la propaganda” en apoyo al Plan¹³⁶. No podemos menos que congratularnos por ello. El mejor plan no es más que un pedazo de papel si detrás de él no están las masas militantes. Es de lamentar que en el año que transcurrió desde adopción del Plan se haya hecho tan poco por presentarlo a las masas y ganar su apoyo.

Las notas “para uso de los propagandistas” que recibimos hace algunos meses enfatizan la necesidad de “que se realice un vigoroso esfuerzo de propaganda oral incluso en los pequeños centros rurales”. Estoy seguro de que los sindicatos departamentales pueden movilizar una suficiente cantidad de leales propagandistas. Pero para que sus esfuerzos sean realmente poderosos y sobre todo efectivos los sindicatos deben tener una clara posición sobre el problema.

Sin embargo, tengo que reconocer que las discusiones que se han hecho sobre el plan, incluso en círculos bastante limitados, revelan cierta confusión. Tal vez los que venimos de las provincias no estamos suficientemente informados. En ese caso el centro tiene que ayudarnos. Quiero aprovechar esta sesión de la CCN para hacer algunas

¹³⁵ “Del Plan de la CGT a la conquista del poder”, en *Escritos, Tomo VI, Volumen 2*, páginas 40-59 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). Del plan de la CGT a la conquista del poder. De *Le Mouvement Communiste* en France de Trotsky, editado por Pierre Brué, [Les Éditions de Minuit, París, páginas 485-498], 1967 [de donde traducimos nosotros parte de las notas, añadimos los títulos de los epígrafes y con el que contrastamos la versión de Pluma]. Aunque fue publicado en *La Verité* del 5 de abril de 1935 y como folleto (*La Brèche Syndicale*, 1935), este documento no apareció con la firma de su verdadero autor hasta 1967. Es un discurso al Comité Confederal Nacional (CCN) de la CGT pronunciado entre el 18 y el 19 de marzo de 1935 por Alexis Bardin, delegado al CCN del Sindicato Departamental de Isère perteneciente a la CGT. Bardin era un joven miembro del Grupo Bolchevique Leninista de la SFIO que vivía cerca de Trotsky, y éste le preparó todo el discurso. Trotsky redactó íntegramente la intervención de su joven camarada. El texto presenta por tanto un doble interés: en primer lugar, trata sobre un problema importante en aquellas fechas en términos que siguen estando ampliamente de actualidad hoy en día. Además, ofrece un interés pedagógico: con este ejercicio de estilo, Trotsky, del que se sabe, por otra parte, que era capaz de escribir tanto terribles panfletos como ardientes proclamas, muestra aquí cómo, según él, debe dirigirse un militante revolucionario (Bardin lo era y no lo ocultaba) a un auditorio de responsables reformistas y, sin renunciar a sus ideas en cuanto al fondo, buscar el tono justo capaz de hacerse escuchar y ayudar a convencer.

¹³⁶ Después de que en 1933 el Partido Obrero Belga aprobó el plan de Hendrik de Man, los dirigentes sindicales franceses no quisieron ser menos. Por iniciativa de León Jouhaux, la CGT instaló un centro de estudios “de un plan” en mayo de 1934, cuyo proyecto fue aprobado por el CCN en octubre de 1934. En un folleto que completó al 28 de marzo de 1935 Trotsky escribió: “Ni de Man ni Jouhaux son los inventores de sus ‘planes’. Simplemente tomaron las *reivindicaciones fundamentales del programa marxista* para el período de transición (la nacionalización de la banca y de las industrias clave), tiraron por la borda la lucha de clases y sustituyeron la expropiación revolucionaria a los expropiadores por la operación financiera de la compra [es decir, comprarles a los capitalistas].” Trotsky señalaba que el objetivo del plan era “demorar el colapso final del reformismo e inspirarle nuevas ilusiones al proletariado para desviarle de la revolución”. Pero también pensaba que el plan, “proyectado para alejar a los obreros de los ‘malos pensamientos’, puede convertirse en la bandera de un movimiento revolucionario”. (*¿Adónde va Francia? Recopilación de artículos y anexos*, en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky – OELT-EIS](#)).

preguntas, expresar ciertas dudas, señalar algunas debilidades y pedir unas aclaraciones complementarias.

Muchos camaradas aquí presentes tienen demasiada experiencia en cómo responden las masas (por cierto, mucha más que la que tengo yo) para que haga falta insistir en la idea de que la propaganda sólo golpea debidamente cuando es clara y concreta. Por eso, nosotros, los propagandistas, les pedimos un poco más de claridad y precisión respecto al Plan.

El objetivo del Plan

En los distintos textos de la CGT leemos a menudo que se trata de una renovación de la economía nacional, a la que a veces se contraponen con “la reorganización económica y social”, pero otras veces se la identifica con ésta.

Camaradas, es muy difícil decirles a los obreros y a los campesinos “queremos renovar la economía nacional”, cuando ahora todo el mundo utiliza la misma expresión: la Juventud Patriótica, los demócratas populares, el Frente Campesino¹³⁷, a veces hasta los radicales, pero sobre todo M. Flandin. Todos ellos prometen y proclaman la renovación e incluso la reorganización de la economía nacional. Nuestro plan debe diferenciarse de los de los enemigos de clase por la definición precisa de sus objetivos. Todas las renovaciones y reorganizaciones de las que acabo de hablar pretenden mantener la base capitalista, es decir, proteger la propiedad privada de los medios de producción. ¿Y el plan de la CGT? ¿Se plantea renovar la economía capitalista o reemplazarla por otra? Confieso no haber hallado respuesta exacta a este interrogante. A veces leemos en los mismos textos que no se trata de transformar el sistema actual sino sólo de medidas de emergencia para aliviar la crisis. Sin embargo, también se afirma que las medidas de emergencia tienen que abrir el camino a transformaciones más profundas.

Tal vez todo eso sea correcto, pero nunca encontramos la definición exacta del sistema al que queremos llegar. ¿Qué tipo de las así llamadas profundas transformaciones habría que encarar? ¿Se trata solamente (lo planteo nada más que como hipótesis) de transformar un sector del capitalismo privado en capitalismo estatal? ¿O queremos reemplazar el conjunto del sistema capitalista por otro régimen social? ¿Por cuál? ¿Cuál es nuestro objetivo final? Es asombroso, camaradas, pero en las declaraciones, e incluso en las “notas para uso de los propagandistas”, no se dice absolutamente nada al respecto. ¿Queremos reemplazar el capitalismo por el socialismo, por el comunismo o por la anarquía al estilo de Proudhon? ¿O simplemente queremos rejuvenecer el capitalismo reformándolo y modernizándolo? Necesito saber hacia dónde marcha el tren cuando hago un viaje de una o dos estaciones. También para las medidas de emergencia necesitamos una orientación general. ¿Cuál es el ideal social de la CGT? ¿El socialismo? ¿Sí o no? Nos lo tienen que decir; de otra manera, como propagandistas quedamos completamente desarmados ante las masas.

La anarquía del socialismo

Las dificultades aumentan porque conocemos parcialmente la doctrina y el programa de la CGT y las “notas para uso de los propagandistas” no nos indican qué literatura podría esclarecernos. La única autoridad doctrinaria citada en las declaraciones de la CGT es Proudhon, el teórico de la anarquía. Fue él quien dijo que “el taller tiene que reemplazar al gobierno”. ¿Aspiramos nosotros a la anarquía? ¿Queremos reemplazar la anarquía capitalista por la anarquía pura? Parece que no, ya que el plan habla de

¹³⁷ Las Juventudes Patrióticas y el Frente Campesino eran organizaciones de la ultraderecha que colaboraban con los fascistas franceses. Los demócratas populares eran una organización burguesa más tradicional, parecida al Partido Radical. Pierre Taittinger, jefe de filas de las Juventudes Patrióticas, y Henry Dorgères, líder del Frente Campesino, eran dos de los más conocidos entre los dirigentes de las “Ligas”. Los demócratas populares eran los ancestros del MRP.

nacionalización de las industrias clave. En términos prácticos nacionalización significa estatización. Pero si tenemos que recurrir al estado para que centralice y dirija la economía, ¿cómo podemos invocar a Proudhon, que lo único que le exigía al estado era que lo deje solo! Y en realidad la industria moderna, los trusts, los cárteles, los consorcios, los bancos, superan totalmente la visión proudhonista del intercambio igualitario entre productores independientes. ¿Por qué, entonces, invocar a Proudhon? Así sólo se incrementa la confusión.

Al actual sistema capitalista, que se sobrevive desde hace largo tiempo, sólo podemos contraponerle el socialismo. Como propagandista de nuestra organización sindical creo expresar la idea de muchos militantes al exigir que al plan para la renovación económica se le denomine *plan de medidas para la transición del capitalismo al socialismo*¹³⁸.

Entonces cada obrero y cada campesino sabrá adónde marcha el tren de la CGT antes de ocupar su lugar en el vagón que le corresponda.

Camaradas, esta aclaración es absolutamente indispensable para que nuestra propaganda sea efectiva.

Las propuestas del Plan

El plan de la CGT pone el acento en el hecho de que el crédito es la palanca que orienta nuestra economía. Yo estoy lejos de ser un especialista en los problemas de la banca y el crédito. Fundamentalmente quiero educarme para poder explicarles el asunto a los obreros. Pero confieso que nuevamente no encontré en los documentos de la CGT las aclaraciones que necesito. En ellos se habla de “nacionalización del crédito” y “control de la banca”. Y, más bien a título de excepción, se menciona la “nacionalización de la banca” ¿Se puede controlar el crédito sin haber nacionalizado los bancos? Sólo se puede controlar lo que se tiene firmemente asido. ¿Queremos o no nacionalizar los bancos? Supongo que sí. Entonces hay que decirlo abierta y claramente. Por desgracia, no es éste el caso; sólo nos encontramos con formulaciones vagas, como, por ejemplo: “La banca tiene que estar al servicio de la economía y no la economía al servicio de la banca” (página 6 de la declaración). Un obrero me pidió que le explicase esa nebulosa frase. Al notar mi perplejidad señaló: “Pero la banca siempre está al servicio de la economía, como los trusts, los ferrocarriles, etcétera... Todos ellos sirven a la economía capitalista al robar al pueblo.” Esta áspera observación me pareció mucho más correcta que la formulación citada. La banca capitalista sirve a la economía capitalista. Por lo tanto, tendríamos que decir: queremos quitarles la banca a los explotadores capitalistas para hacer de ella un instrumento de la transformación social, es decir de la construcción socialista. Me gustaría mucho ver esta clara formulación en el texto del plan.

Naturalmente, la nacionalización de la banca iría en detrimento de la alta finanza, no de los pequeños inversores, cuyos intereses serían protegidos. Tenemos que elegir entre los intereses de los grandes financieros y los de las clases medias. Esa elección se expresará en la expropiación de los primeros. Y para los otros crearemos condiciones mucho más favorables que las actuales.

Pero no basta con la nacionalización de la banca. Después de nacionalizar los bancos, tenemos que proceder a su unificación total. Hay que transformar cada uno de los

¹³⁸ En otra parte, Trotsky escribía: “Ni de Man ni Jouhaux han inventado sus “planes”. Simplemente han tomado las reivindicaciones fundamentales del *programa de transición marxista*, la nacionalización de los bancos y de las industrias clave, han echado por la borda la lucha de clases y, en lugar de la expropiación revolucionaria de los expropiadores, han puesto una operación financiera de rescate.” [*¿Adónde va Francia? Recopilación de artículos con anexos*, página 56 del formato pdf en nuestras OELT-EIS.] En su *Journal d'exil*, escribe el día 10 de marzo: “¡Qué pobreza de ideas cubierta con una grandilocuencia burocrática! ¡Qué envilecedora cobardía ante los amos!”

bancos en ramas del banco nacional. Sólo esta unificación transformará al sistema bancario nacionalizado en un sistema de control y dirección de la economía nacional.

Contra la dictadura del capital financiero

En las “notas para uso de los propagandistas” encuentro algunas estadísticas muy valiosas referentes a la organización de la dictadura del capital financiero en nuestro país. Basándose en una investigación de 1932 se afirma lo siguiente: “En términos prácticos podemos decir que noventa personas poseen y controlan la economía de nuestro país.” Esa es una afirmación precisa, sorprendente por esta misma precisión. La riqueza o la miseria de cien millones de seres humanos (porque no podemos olvidarnos de nuestras infortunadas colonias, a las que los noventa tiburones desangran todavía más que a las metrópolis) dependen de un solo movimiento de noventa magnates todopoderosos. Son ellos los que están hundiendo en el caos la economía nacional para preservar sus miserables y sangrientos privilegios y su poder. Desgraciadamente ni el texto del plan ni los comentarios señalan qué hacer con estos noventa monarcas que nos controlan. La respuesta ha de ser clara: debemos expropiarlos, desplazarlos, para devolverle al pueblo lo que le robaron. Mociono, en nombre del sindicato del departamento de Isère, que se inscriba esta medida en el texto del plan. Este sería un buen comienzo para la realización del plan. Nuestra propaganda será entonces más vigorosa y mucho más efectiva¹³⁹.

La nacionalización de la industria

En el plan encontramos un párrafo importante encabezado “Las nacionalizaciones industrializadas”. Este encabezamiento resulta muy extraño. Entendemos qué quiere decir industria nacionalizada, pero lo de nacionalización industrializada nos deja perplejos. Permítanme señalar que una terminología tan compleja dificulta la tarea del propagandista al oscurecer las cosas más simples. Las “notas para uso de los propagandistas” ni siquiera mencionan la nacionalización de la industria. Tal vez estas notas fueron anteriores a la última edición de la declaración. Desgraciadamente, rara vez encontramos datos en los documentos de la CGT, importante debilidad que debe ser superada si se quiere facilitar nuestra tarea.

De todos modos, tenemos que felicitarnos por el hecho de que en la última edición del plan se plantea la siguiente tesis: *es necesaria la nacionalización de algunas industrias clave*. Sin embargo, la palabra “algunas” parece superflua. Naturalmente no podemos suponer que vamos a nacionalizar a la vez todas las industrias, pequeñas, medianas y grandes. Por el contrario, el régimen que queremos establecer tiene que ser muy indulgente con los pequeños manufactureros y artesanos, así como con los pequeños comerciantes y campesinos. Pero el texto se refiere explícitamente a las industrias clave, es decir a los poderosos trusts y cárteles como el Comité des Forges [Asociación de la Industria Pesada], el Comité des Houillères [Asociación de la Industria Carbonífera], las Compagnies des Chemins de Fer [Compañías Ferroviarias], etcétera. Por ser industrias clave hay que nacionalizarlas a todas, no sólo a “algunas”. Los de Isère opinamos que también habría que agregar en el plan la lista de estas industrias clave con algunas estadísticas precisas sobre su capitalización, el número de obreros que explotan y de desempleados que arrojan a la basura.

Para hablarle al pueblo hay que ser concreto, llamar a las cosas por su nombre y dar cifras exactas. De otro modo el obrero y más aún el campesino dirán: “Esto no es un plan sino el sueño platónico de algún burócrata.”

¹³⁹ El problema de las nacionalizaciones se suscitó poco después, ese mismo año, cuando se formulaba el programa del Frente Popular; el PC insistió en omitirlo. Thorez informó a *l'Humanité* del 13 de julio de 1936: “los camaradas del Partido Socialista querían introducir las nacionalizaciones en el programa. Nosotros no quisimos sembrar vanas ilusiones. Tomamos una posición. Teníamos razón.”

Condiciones de adquisición

Bajo este encabezamiento, “Condiciones de adquisición”, el texto del plan se refiere a las condiciones para nacionalizar las industrias clave y obviamente también los bancos. Estamos acostumbrados a pensar que la nacionalización debe hacerse expropiando a los explotadores. Sin embargo, el plan no habla de expropiación sino de adquisición. ¿Significa eso que el estado simplemente debe comprar a los capitalistas las empresas creadas por el trabajo obrero? Evidentemente. ¿A qué precio? La declaración responde: el precio se calculará “de acuerdo con el valor real en el momento de la compra”. Nos enteramos luego de que “la amortización se calculará para un período de cuarenta o cincuenta años”. He ahí, camaradas, un dato financiero que difícilmente conmueva a los obreros y a los campesinos. ¿Qué es esto? ¡Queremos transformar la sociedad y comenzamos con el reconocimiento total y absoluto del carácter sacrosanto de la propiedad capitalista!

El presidente del gobierno, el señor Flandin, tenía razón cuando dijo recientemente en el parlamento “el capital es trabajo acumulado”. Y todos los capitalistas del parlamento aplaudieron esta afirmación. Desgraciadamente no es completa. Para ser cierta tendría que decir: “El capital es el trabajo de los obreros acumulado por su explotador.” Este es el momento de citar lo que dice Proudhon sobre la propiedad capitalista. Ya conocen su formulación: “La propiedad es un robo.” En este sentido se podría decir: “La propiedad de los noventa magnates que controlan Francia es robo acumulado.” No, no queremos comprar de vuelta lo que le fue robado al pueblo trabajador; no queremos que el nuevo régimen se vea cargado de deudas desde el primer día, cuando tendrá muchas tareas que resolver y muchas dificultades que superar. El capitalismo es la bancarrota. Arruinó a la nación. Las deudas de los capitalistas con el pueblo exceden de lejos el valor real de sus empresas. ¡No! ¡No volver a comprar! ¡Nada de nuevas esclavitudes! Expropiación pura y simple o, si quieren, confiscación.

Realmente espero que en esta asamblea que representa a los oprimidos, a los explotados, nadie sienta simpatía por los magnates amenazados por el desempleo y la pobreza. De cualquier modo, son lo suficientemente previsores como para cubrirse por todos lados. Y si alguno de ellos verdaderamente se encontrara sin recursos, el estado le otorgaría la misma pensión que a los obreros jubilados. Ya tenemos bastante con los adultos y los jóvenes enfermos y golpeados por la pobreza, con los desocupados permanentes y las mujeres condenadas a la prostitución. Para poner fin a toda esta miseria necesitamos ese dinero que el plan está demasiado generosamente dispuesto a transferir durante medio siglo a los explotadores y a sus descendientes. ¡Camaradas, ese punto del plan significa alimentar a costa nuestra a dos nuevas generaciones de vagos! ¡No, ese solo párrafo basta para comprometer irreparablemente todo el plan ante las masas desposeídas! Sáquenlo lo más pronto posible. Esta es otra propuesta de nuestra unión departamental.

La abolición del secreto comercial

Las “notas para uso de los propagandistas” nos informan de que “el fraude fiscal ha logrado nivel institucional”. Muy bien dicho. Esto es claro y correcto. Pero no se trata justamente de fraude fiscal. Los asuntos Oustric y Stavisky¹⁴⁰ nos recuerdan que el conjunto de la economía capitalista no se basa sólo en la explotación legalizada sino también en la mentira generalizada. A fin de que el pueblo no vea el engaño se recurre a

¹⁴⁰ La quiebra del banco Oustric, en 1926, supuso un escándalo en el que se vieron comprometidos numerosos parlamentarios. El ministro de finanzas, Raoul Péret, investigado por la Alta Corte, fue absuelto. En cuanto al escándalo Stavisky, descubierto en 1933, se sabe que salpicaba también a los medios parlamentarios suministrando a las Ligas, a principio de 1934, el material para sus ataques contra la “corrupción parlamentaria”.

un método magnífico llamado *secreto comercial*, necesario, según dicen, por la competencia. Esta es una monstruosa mentira. El Acta de Acuerdo Industrial de Flandin demuestra que los capitalistas ya no tienen secretos entre ellos. Los llamados secretos comerciales no son más que la conspiración de los grandes capitalistas contra los productores y los consumidores. La abolición del secreto comercial debe ser la primera exigencia del proletariado mientras se prepara para dirigir la economía nacional.

Estrictamente hablando, el plan de la CGT no es todavía un plan; contiene directivas generales, y no muy precisas, por cierto. Un verdadero plan económico necesita estadísticas, cifras, diagramas concretos. Naturalmente estamos muy lejos de eso. La primera condición para un primer proyecto de plan consiste en establecer todo lo que posee la nación en materia de fuerzas productivas, materiales y humanas, en materias primas, etcétera. Tenemos que conocer los verdaderos costos de producción, así como los “gastos incidentales” del fraude capitalista, y para ello debemos abolir de una vez por todas el complot fraudulento que se oculta tras la máscara del secreto comercial.

El control obrero

Aunque muy brevemente, el plan se refiere al control obrero (ver los consejos de gestión). En Isère somos decididos partidarios del control obrero. A menudo chocamos con esta objeción: “No basta con el control. Queremos nacionalización y administración obrera.” Sin embargo, de ninguna manera contraponemos ambas consignas. Para que los obreros se hagan cargo de la gestión de la industria (lo que es absolutamente necesario, y lo más pronto posible para bien de la civilización) tenemos que exigir inmediatamente el control obrero, así como el control de los campesinos sobre determinados bancos, sobre los trusts de fertilizantes, la industria harinera, etcétera.

Para que la nacionalización actúe de manera revolucionaria y no burocrática los obreros deben participar en todas las etapas. Tienen que prepararse para ello, comenzando ahora. Ya tienen que intervenir en la gestión de la industria y de toda la economía a través del control obrero, empezando por su fábrica. El plan encara este control con un criterio de colaboración de clases, sometiendo a los representantes de los trabajadores al control mayoritario de la burguesía (ver consejos de industria). Además, estipula que el delegado de cada categoría de productores debe ser nombrado por la “organización profesional”. No podemos aceptar esa propuesta. Desgraciadamente, nuestros sindicatos nuclean sólo a una duodécima o a una decimoquinta parte de la fuerza asalariada; el sindicato no es un fin en sí mismo; por el contrario, su misión es introducir a la masa trabajadora en la gestión de los asuntos públicos. La huelga beneficiará a los trabajadores, organizados o no, sólo a condición de que la vanguardia sindical impulse a la masa a la acción. La misma condición es fundamental para que el control obrero sea efectivo. Por eso el comité de control de cada planta no debe estar formado solamente por delegados del sindicato, es decir de una decimoquinta parte de los trabajadores. No, lo tienen que elegir todos los obreros de la fábrica, junto con la dirección del sindicato. Ese sería un verdadero comienzo de libre y honesta democracia obrera, que se diferencia de la democracia burguesa, corrupta hasta la médula.

La semana de cuarenta horas

El plan reivindica la aplicación de la semana laboral de cuarenta horas sin reducción de salario. No cabe discusión sobre esta consigna. Pero sabemos demasiado bien que la clase dominante y su estado están tomando la dirección contraria, es decir quieren rebajar los salarios sin reducir la cantidad de horas de trabajo. Entonces, ¿a qué medios recurrir para lograr la semana de cuarenta horas? Las “notas para uso de los propagandistas” nos informan que “se encaró la acción para materializar un acuerdo internacional”, y continúan: “Pronto puede concretarse.” Puede... Esto no es muy preciso y, dada la situación internacional económica y política, nos inclinamos más bien a

concluir: no puede. Si estamos equivocados, nuestro representante en Ginebra rectificará nuestro pesimismo. Hasta que algo nuevo ocurra, los desocupados de Grenoble (y tenemos muchos) no esperan gran cosa de los acuerdos de Ginebra.

¿Y qué se nos propone además de la esperanza en una rápida concreción de un acuerdo de trabajo? Las “notas” continúan: “Hay que propagandizar en todo el país la significación social de esta exigencia obrera.” ¿Simplemente “explicar”? Pero todos los obreros, hasta los más simples, entienden muy bien las ventajas de la semana de cuarenta horas sin reducción de salarios. Lo que esperan de la CGT es que ésta señale los medios para realizar esta consigna¹⁴¹. Pero precisamente aquí comienza la gran debilidad del plan: hace propuestas, ofrece sugerencias, formula consignas, pero no dice absolutamente nada sobre cómo concretarlas.

La cuestión campesina

Sin embargo, antes de pasar a la cuestión de cómo llevar a cabo el plan tenemos que detenernos en un problema especialmente serio: el problema campesino. Todos hablan al respecto, todos proclaman la necesidad de mejorar la situación de los campesinos, pero hay demasiados pillos que quisieran preparar para los campesinos la tortilla sin romper los huevos del gran capital. Este no puede ser nuestro método.

Comentando el plan, las “notas para uso de los propagandistas” dicen: “Los campesinos tienen que librarse del doble yugo de los trusts de fertilizantes en lo que hace a la producción y del consorcio de grandes molinos y de los comerciantes harineros en lo que hace a la distribución.”

Está muy bien decir: “Los campesinos tienen que librarse”, pero ustedes saben que al campesino no le gustan las formulaciones vagas y platónicas. Y tiene mucha razón. “Tienen que librarse.” ¿Pero cómo? He aquí la única respuesta posible: hay que expropiar y nacionalizar los trusts de fertilizantes y harineros y ponerlos realmente al servicio de los campesinos y de los consumidores. No se puede ayudar a los campesinos sin ir en contra de los intereses del gran capital.

El plan habla de la “reorganización general de la producción agrícola”, pero no especifica la orientación ni los métodos de esta reorganización. La idea de expropiar a los campesinos o de obligarlos violentamente a tomar el camino de la producción socialista es tan absurda que ni vale la pena criticarla; por otra parte, nadie propone tales medidas. El propio campesinado tiene que elegir el camino de su salvación. Decidan lo que decidan los campesinos, el proletariado les prometerá su sincero y efectivo apoyo. Las cooperativas campesinas constituyen el medio más efectivo de liberar a la economía rural de las particiones excesivas propias de la parcela agrícola. Los comentarios del plan dicen: “Hay que estimular las cooperativas campesinas de producción, almacenamiento y venta y colaborar con ellas.” Desgraciadamente, no se nos dice quién y cómo las estimulará y colaborará con ellas. En todas las etapas encontramos la misma falla. Las exigencias del plan generalmente parecen letra muerta.

¿Bajo qué régimen político?

¿Quién nacionalizará la banca y las industrias clave? ¿Quién acudirá en auxilio de los campesinos e introducirá la semana de cuarenta horas? En una palabra, ¿quién aplicará el programa de la CGT? ¿Quién y cómo? Camaradas, esta cuestión es decisiva. Si sigue sin respuesta, todo el plan queda en el aire.

En el párrafo sobre “Las nacionalizaciones industrializadas” encontramos al pasar una respuesta indirecta a ese interrogante, totalmente sorprendente. He aquí cómo

¹⁴¹ Como es sabido, la ley sobre las cuarenta horas se votó en la noche del 11 al 12 de junio de 1936, con 480 votos a favor y 160 en contra, bajo la presión de la gigantesca oleada de huelgas con ocupación de fábricas que precedió en algunos días a la formación del gobierno Blum del Frente Popular.

se define el objetivo mismo del plan: “Se trata de establecer [...] los detalles técnicos de un programa que puede ser aplicado independientemente del régimen político.” Uno no puede dejar de preguntarse si leyó bien frente a esta irreal formulación. Entonces, el plan dirigido contra los magnates de los trusts y los banqueros, contra los noventa dictadores de Francia y las colonias, el plan que va a salvar a los obreros, a los campesinos, a los artesanos, a los empleados y a los servidores públicos, ¿será independiente del régimen político? Para decirlo con otras palabras, el timón del estado puede seguir como hasta ahora en manos de los explotadores, de los opresores, de los que hambread al pueblo; no importa, de todos modos, la CGT se presentará ante este gobierno con su plan de renovación económica. Digámoslo franca y abiertamente; esta supuesta independencia del plan respecto al régimen político lo despoja de todo su valor al colocarlo fuera de la realidad social.

¿Quién detenta el poder?

Naturalmente, en este momento no nos interesan las formas constitucionales o burocráticas del poder estatal. Pero hay un problema que predomina sobre todos los demás: ¿qué clase tiene el poder? Para transformar la sociedad feudal en sociedad capitalista la burguesía tuvo que arrancar violentamente el poder a la monarquía, a la nobleza y al clero. El Tercer Estado comprendió muy bien que su plan para la “renovación económica y social” exigía un régimen adecuado. Y así como la burguesía consciente no le asignó a Luis Capeto¹⁴² la tarea de abolir el régimen medieval, el proletariado no puede encargar a Flandin, a Herriot o a otros dirigentes burgueses la aplicación del plan que conducirá a la expropiación de la propia burguesía. Quien tiene el poder determina las formas de propiedad, y en última instancia toda la reforma se reduce a la abolición de la propiedad privada y a la implantación de la propiedad colectiva o socialista de los medios de producción. El que cree que la burguesía puede expropiarse a sí misma es tal vez un excelente poeta, pero yo no le confiaría los fondos ni del más pequeño de los sindicatos, porque vive en un mundo de ensueños mientras que nosotros queremos permanecer en el mundo real.

Hay que decirlo en términos claros: sólo un gobierno revolucionario de los obreros y de los campesinos, dispuestos a librar una lucha implacable contra todos los explotadores, puede aplicar el plan, completarlo, desarrollarlo y superarlo por la vía socialista. Para el proletariado eso significa conquistar el poder.

Lucha de clases o colaboración

¿A quiénes está dirigido el plan? ¿A los gobernantes, con el objetivo de ablandarlos, o a los desposeídos para levantarlos contra la opresión? Los propagandistas tenemos que saber a quién nos estamos dirigiendo y en qué tono hacerlo. Ni el plan ni los comentarios nos señalan nada al respecto. La declaración oficial nos dice que el plan lanzado por la CGT tiene que ser “favorablemente recibido por el *público en general*”. Les pregunto a ustedes, camaradas, y me pregunto a mí mismo: ¿qué quiere decir el público en general? Supongo que no es el público de las grandes avenidas. En el movimiento sindical y en la lucha social estamos acostumbrados a determinar antes que nada las clases: el proletariado, la burguesía, los distintos sectores de la pequeña burguesía. Ciertamente confiamos en que el proletariado y los sectores más oprimidos de la pequeña burguesía reciban el plan favorablemente, siempre que se lo elabore con cuidado, se eliminen los errores y se lo presente a las masas como un programa de lucha. Pero los obreros y los campesinos pobres no son el público en general. ¿Es que acaso queremos decir que la gran burguesía tiene que aceptar el plan de la CGT? Obviamente

¹⁴² Luis XVI (Capeto) era la cabeza de la vieja monarquía feudal (*ancien régime*) derrocada por la Revolución Francesa de 1792.

no es así, no queremos burlarnos de nosotros mismos. Consultemos a *le Temps*. Hace algunas semanas este periódico, que representa bien a los noventa magnates, es decir a la oligarquía dominante, protestaba vehementemente contra cualquier participación de los sindicatos en las comisiones industriales. Les cito dos frases que resumen volúmenes: “La liquidación de todas las asociaciones obreras fue el precio que hubo que pagar por la paz social en el *ancien régime*.” ¡Veán a la gran burguesía entre la espada y la pared, buscando inspiración en el *ancien régime*! Y luego el mismo artículo dice: “El corporativismo [grupos especiales de intereses económicos] aquí significa sindicalismo.” De este modo *le Temps* nos demuestra todos los días que la clase dominante no sólo no está dispuesta a hacer concesiones a la orientación del plan de la CGT, sino que, por el contrario, considera la posibilidad de aplastar a la propia CGT.

Jaurès dijo correctamente que *le Temps* es la burguesía en forma de periódico. ¿Es posible la colaboración con esta burguesía que ahora, inspirándose en *ancien régime*, está preparándose para poner fuera de la ley a todas las asociaciones obreras? El solo planteo de esta pregunta implica la respuesta. Lo único que nos queda es la lucha implacable, y hasta sus últimas con-secuencias.

El principal defecto del Plan

Las observaciones, críticas y sugerencias que presento aquí en nombre de nuestro sindicato departamental ya son bastante extensas, y desgraciadamente estoy lejos de haber agotado, incluso, los problemas más importantes. En consecuencia, es necesario señalar el defecto fundamental del plan: sus autores desean colocarse por encima de las clases, que es lo mismo que decir fuera de la realidad. Como quieren ganarse a todo el mundo, hablan del público en general. Quieren nacionalizar la banca sin perjudicar a las altas finanzas, nacionalizar los trusts garantizándole generosamente a la gran burguesía tres generaciones más de parasitismo. Quieren acudir en auxilio de los campesinos sin violar los intereses de los terratenientes, de los trusts de fertilizantes y de las grandes compañías molineras. Evidentemente, también quieren ganarse a todos los regímenes políticos posibles, ya que afirman que su plan es neutral respecto a los partidos y hasta a los regímenes políticos. Incluso me parece que esas expresiones tan elaboradas e incomprensibles como “nacionalizaciones industrializadas”, etcétera, están elegidas con el fin de no molestar los oídos delicados de los magnates de los trusts.

Este procedimiento no sólo es inútil, es peligroso; no sólo es peligroso, es pernicioso. El que mucho abarca poco aprieta. No conquistaremos a la burguesía; su conciencia de clase es incommovible; se ríe de nuestros consejos; se dispone a aplastarnos. Cuanto más gentiles, conciliadores y obsequiosos somos, menos nos respeta la burguesía, más intransigente y arrogante se vuelve. Me parece que esta lección surge de toda la historia de la lucha de clases.

Por otra parte, al correr con nuestras súplicas tras el supuesto público en general y al hacer concesión tras concesión para pacificar al ídolo capitalista, arriesgamos disgustar a los desposeídos, que ya comienzan a decirse: “Son los consejeros de las clases dominantes y no los dirigentes de las clases oprimidas.” Nunca ganaremos el corazón del enemigo de clase, pero corremos el peligro de perder para siempre la confianza de nuestra propia clase. La incomprensión de esta ley fundamental constituye la principal debilidad del plan. Tenemos que rehacerlo. Tenemos que dirigirnos directamente a los asalariados y a los explotados. Tenemos que utilizar un lenguaje claro y firme. Tenemos que transformar el plan en un programa de acción para todo el proletariado.

El Frente Único del Proletariado

Las “notas para los propagandistas” nos instan a unir a “todos los que demuestren buena voluntad”. Esto es vago. ¿Dónde encontrarlos? Conocemos las clases y las organizaciones de clase, pero sobre todo la mala voluntad de la burguesía. Para aplastarla

tenemos que contraponerle la voluntad revolucionaria de la clase obrera. En cuanto a las clases medias, sólo depositaran su confianza en el proletariado si éste demuestra en la acción su confianza en sí mismo.

Es absurdo y hasta criminal buscar la buena voluntad de la burguesía quebrando y paralizando la buena voluntad revolucionaria del proletariado. A cualquier costo es necesario el frente único de nuestra clase; unidad de acción de los trabajadores, de todas las organizaciones sindicales, políticas, cooperativas, educacionales y deportivas y, en primer lugar, unidad sindical, con un fin específico, la aplicación del plan para la nacionalización y la socialización, para la conquista del poder.

Debemos movilizar a los verdaderos militantes obreros en una vigorosa campaña por todo el país. El campesino de la choza más distante tiene que convencerse de que el proletariado esta vez está seriamente dispuesto a derrocar a la burguesía, a tomar el poder en sus manos para transformar nuestro país, para hacerlo por fin habitable para el pueblo trabajador.

*O se transforma el plan en un plan para la conquista del poder por el proletariado, para el establecimiento de un gobierno obrero y campesino, o el pueblo lo dejará de lado considerándolo inútil e inaplicable. La Unión Departamental de Isère está por la acción revolucionaria. Si nos convocan para eso, responderemos: ¡Presente!*¹⁴³

¹⁴³ Los dirigentes de la CGT no tenían la menor intención de impulsar a nadie a emprender ningún tipo de acción revolucionaria. En la reunión del CCN en la que habló Bardin, Jouhaux retiró su propio plan y frenó todo esfuerzo por popularizarlo o difundirlo. En *¿Adónde va Francia?*, Trotsky culpó de que Jouhaux hubiera podido hacerlo a los dirigentes de los partidos comunista y socialista. Trotsky pensaba que el Plan tenía por objetivo “ocultar el último crac del reformismo e inspirar nuevas esperanzas al proletariado para desviarlos de la revolución.” Pero también pensaba que “El Plan, lanzado para desviar a los obreros de los ‘malos pensamientos’ puede devenir la bandera del movimiento revolucionario”. En el CCN de marzo, Jouhaux escamoteó la discusión sobre la propaganda a favor del Plan. Trotsky escribe: “en enero, la CAP del Partido Socialista propuso al partido comunista una lucha común a favor del poder en nombre de la socialización de la banca y de las ramas concentradas de la industria [...] Pero, en el CC del Partido Comunista no sesionaban revolucionarios, sino mandarines. ‘No hay situación revolucionaria’, respondieron mirándose el ombligo. Los reformistas de la SFIO respiraron con alivio: el peligro había pasado. Jouhaux se dio prisa en retirar del orden del día la cuestión de la propaganda a favor del Plan. El proletariado se quedó en la gran crisis social *sin ningún programa*.” Marceau Pivert también sostuvo la idea de utilizara el Plan de la CGT para una movilización de los trabajadores a favor de las reivindicaciones transitorias. (*Le Populaire*, 18 de marzo de 1935, “Tout se tient”), pero fue combatido por Daniel Guérin en el seno de la GR (Izquierda Revolucionaria) (*Front populaire, révolution manquée*, páginas 77-78).

[Sindicatos como organizaciones de masas y sindicatos bajo la clandestinidad]¹⁴⁴
(27 de marzo de 1936)

[...]

6. Sería un error irreparable desafiliar a los miembros de las organizaciones económicas, sindicatos, etcétera. ¡De ninguna manera! Crear pequeños sindicatos paralelos equivaldría a asumir una responsabilidad abrumadora sin la menor posibilidad de cumplir las tareas pertinentes en un futuro previsible. Aun cuando se tiene una organización independiente de vieja data se deben afiliar los militantes a los sindicatos, sociedades de socorros mutuos, etcétera... Se necesita el partido independiente, no para la competencia mezquina con las organizaciones de masas, sino *para ganarlos desde adentro*. Es el único camino. El partido es nuestra herramienta de trabajo; es necesario forjarla, templarla, afilarla. Debemos ir con este instrumento a donde realmente están las masas.

Entonces, ¿debemos pagarle derechos a una burocracia traidora? Claro que sí; tenemos que pagar si queremos la oportunidad de socavar a la burocracia.

La incoherencia de la Comintern se revela en este hecho dual: mientras permanecieron en las organizaciones de masas, los estalinistas hicieron acuerdos vergonzosos con los reformistas; cuando se separaron de éstos, crearon sindicatos paralelos que no eran más que réplicas del partido. La política bolchevique es absolutamente distinta: *un partido independiente para el trabajo sistemático, paciente, incansable en las organizaciones reformistas de masas, en lucha permanente contra los dirigentes reformistas*. Debe ser una combinación de trabajo legal y clandestino, acorde con las circunstancias y las oportunidades.

7.- Se acerca el momento en que los elementos revolucionarios se verán obligados a trabajar en la clandestinidad. Para el partido revolucionario, la existencia ilegal es, por así decirlo, normal en ciertos períodos. El partido es una selección de elementos de vanguardia, es decir, de los más conscientes y valientes.

El sindicato no puede existir en la clandestinidad como organización de masas. Los pequeños sindicatos revolucionarios serían golpeados de inmediato por la represión gubernamental y liquidados casi inexorablemente. En cambio, si los militantes permanecen en los sindicatos reformistas, no sólo estarán rodeados por un medio social necesario, sino que también contarán con una defensa legal contra la represión.

Desde luego que los dirigentes reformistas los perseguirán, incluso los entregarán a la policía. Pero eso significa que debemos aprender a ocultarnos de los dirigentes reformistas, que no son sino policías extraoficiales del capitalismo en el seno de la clase obrera. *La preparación para la clandestinidad revolucionaria comienza ante todo en los sindicatos reformistas*. Debemos tener camaradas que trabajen en ellos abiertamente, exponiéndose, en última instancia, a la expulsión. Debemos tener otros que no sean oradores pero que, mediante el trabajo sistemático, puedan reunir a los núcleos revolucionarios en los sindicatos.

¹⁴⁴ Extracto de “Sugerencias para la sección belga”, en *Escritos*, Tomo VII, Volumen 2, páginas 117-119 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929-1940](#), Editorial Pluma.

Durante 1917, cuando ya contábamos con un partido poderoso y fuertemente implantado en los sóviets, la mayoría de los sindicatos seguían bajo la dirección de los mencheviques. ¿Nos separamos de los sindicatos? ¡De ninguna manera! Nos quedamos hasta el final, es decir, hasta que tomamos su dirección. Nuestra situación era más favorable que la vuestra en otros sentidos. *La gran lección del bolchevismo es la intransigencia del partido para con los reformistas y centristas y la mayor flexibilidad para con las organizaciones de masas.* Sin lo primero, el partido se convierte inexorablemente en herramienta del capital; sin lo segundo, se convierte en una secta, estéril para siempre. La síntesis de la dureza férrea y la flexibilidad extrema garantiza el éxito.

[...]

[Ascenso revolucionario y crecimiento de los sindicatos]¹⁴⁵

(3 de julio de 1936)

[...]

1. Las huelgas de junio inician una nueva etapa en el proceso interno de Francia y de Bélgica. Sin duda producirán no sólo una agudización de la lucha de clases en estos países, sino también, más adelante, movilizaciones de masas en una parte considerable de Europa, inclusive en Gran Bretaña, y posiblemente también fuera de Europa. Así termina el aislamiento de la revolución española.

2. Las huelgas de junio demuestran cuanta indignación y voluntad de lucha se han acumulado, bajo la superficie engañosamente pasiva, en las masas proletarias de la ciudad y del campo durante los años de crisis y reacción. Han revelado la simpatía que existe entre amplias capas de la pequeña burguesía urbana y del campesinado por las luchas obreras. Por último, han puesto al desnudo la gran inestabilidad del régimen en su conjunto, la falta de confianza de las clases dominantes, sus oscilaciones entre León Blum y De la Rocque. Estas tres condiciones (voluntad de lucha del proletariado en su *conjunto*, gran insatisfacción de los estratos inferiores de la pequeña burguesía, confusión en el campo del capital financiero) constituyen *las premisas fundamentales para la revolución proletaria*.

3. También en esta ocasión la ofensiva combativa de las masas asume el carácter de *huelga general*. Tras una etapa prolongada de inmovilidad, las consignas parciales, sindicales, importantes de por sí, fueron para los obreros el medio necesario para despertar a las más amplias masas y conducir las unificadamente contra la burguesía y su estado. La huelga general, al iniciar una etapa de luchas revolucionarias, no puede dejar de unir las reivindicaciones sindicales y parciales con las tareas generales, todavía no formuladas con claridad, de la clase en su conjunto. En esta unión radica la fuerza de la huelga general, la garantía de unidad de la vanguardia con las amplias masas de la clase.

4. Desde hace algunos años la huelga general es el eje de la propaganda de nuestra sección francesa. A diferencia de los demás partidos y grupos que dicen representar a la clase obrera, los bolchevique-leninistas franceses oportunamente caracterizaron la situación como prerrevolucionaria, evaluaron correctamente la importancia sintomática de las huelgas que estallaron en Brest y Tolón y, a pesar de los ataques ininterrumpidos de los oportunistas y socialpatriotas (SFIO, PC, CGT) y de la oposición de los centristas (Marceau, Pivert, etcétera) realizaron una campaña agitativa para preparar la huelga general. Cuando el terreno es fértil, un puñado de semillas rinde una gran cosecha. En la situación creada por la crisis social y la indignación de las masas, una pequeña organización, pobre en recursos materiales, pero armada de consignas justas, ha ejercido su influencia sobre el curso de los acontecimientos revolucionarios. La persecución furibunda a los bolchevique-leninistas en la prensa capitalista, socialdemócrata, estalinista y sindicalista, junto con la represión a manos de la policía y los jueces de León Blum, constituyen una confirmación externa de esta verdad.

¹⁴⁵ Extracto de “El nuevo ascenso revolucionario y las tareas de la Cuarta Internacional”. Tomado de León Trotsky, *¿Adónde va Francia? (Recopilación de artículos con anexos)*, páginas 142-144 del formato pdf en estas mismas OELT-EIS.

5. Ninguna de las organizaciones obreras oficiales de Francia o Bélgica quería la lucha. Las huelgas estallaron contra los deseos de los sindicatos y de ambos partidos. Solo ante el hecho consumado, los dirigentes oficiales “reconocieron” la huelga para estrangularla con mayor facilidad. Pero hasta el momento se ha tratado de una movilización relativamente “pacífica”, bajo consignas parciales. ¿Quién puede dudar por un solo instante de que, cuando estalle la lucha directa por el poder, los aparatos de las internacionales segunda y tercera (al igual que los partidos social-revolucionario y menchevique en la Rusia de 1917) se pondrán enteramente a disposición de la burguesía contra el proletariado? La necesidad de una *nueva internacional*, como partido mundial de la revolución proletaria, se demuestra nueva e irrefutablemente en los acontecimientos de Francia y Bélgica.

6. Sin embargo, el resultado directo e inmediato de la gran oleada huelguística de junio es el crecimiento excepcionalmente rápido de las viejas organizaciones. Este hecho tiene su explicación histórica. También los mencheviques y social-revolucionarios experimentaron un crecimiento febril después de la revolución de febrero de 1917, que ellos, como socialpatriotas, no deseaban que se produjera durante la guerra; la socialdemocracia alemana creció rápidamente después de la revolución de noviembre de 1918, que estalló contra su voluntad. Antes de desnudar su bancarrota ante el conjunto de la clase, los partidos oportunistas se convierten, durante un breve período, en el refugio de las más amplias masas. El crecimiento rápido del Partido Socialista [SFIO], y sobre todo del “comunista”, en Francia es un síntoma inequívoco de la crisis revolucionaria del país y a la vez prepara la agonía mortal de los partidos de las internacionales segunda y tercera.

No es menos importante el crecimiento sin precedentes de los sindicatos franceses. Aunque aparentemente contribuye a dar peso e importancia al estado mayor sindical conjunto reformista-estalinista (Jouhaux, Racamond, etcétera), el ingreso de millones de obreros y empleados socava las propias bases del aparato sindical conservador.

7. Las grandes movilizaciones de masas constituyen la mejor prueba para las teorías y los programas. Las huelgas de junio revelan la falsía de las teorías sectarias ultraizquierdistas, que sostienen que los sindicatos están “perimidos” y que es necesario remplazarlos por organizaciones nuevas, o construir sindicatos nuevos y “auténticos” paralelos a los viejos aparatos conservadores. En realidad, en las etapas revolucionarias la lucha por las reivindicaciones económicas y por las leyes sociales no cesa sino, que por el contrario, se extiende hasta límites insospechables. Los cientos de miles y millones de obreros que entran a los sindicatos destruyen la rutina, se sacuden el aparato conservador, permiten al partido revolucionario construir tendencias en los sindicatos, ganar influencia y luchar con éxito por la dirección del movimiento sindical. Un partido revolucionario incapaz de realizar con éxito un trabajo sistemático en los sindicatos será todavía más incapaz de crear sindicatos propios. Tales intentos están condenados al fracaso.

8. Al contrario de lo que afirman los dirigentes de la segunda y tercera internacionales, el capitalismo contemporáneo ya no puede garantizar trabajo para todos los obreros ni elevar su nivel de vida. El capital financiero descarga el costo de la reforma social sobre los hombros de los obreros y de la pequeña burguesía mediante el alza de los precios, la inflación abierta o encubierta, los impuestos, etcétera. La esencia de la “estatización” actual (la interferencia estatal, tanto en los países “democráticos” como en los fascistas) es salvar al capitalismo putrefacto al precio de rebajar el nivel de vida y cultura del pueblo. No puede haber otros métodos basados en la propiedad privada. Los programas de los frentes populares de Francia y España y de la coalición belga son un espejismo y un engaño deliberado, que prepara una nueva desilusión para las masas trabajadoras.

9. La impotencia total de la posición de la pequeña burguesía bajo el capitalismo en putrefacción significa (a pesar de las vergonzosas teorías de “armonía social” de León Blum, Vandervelde, Dimitrov, Cachin y compañía) que las reformas a favor del proletariado, aunque inestables y engañosas en sí mismas, aceleran la ruina de los pequeños propietarios de la ciudad y del campo y los arrojan en brazos del fascismo. Solo se puede establecer una alianza seria, profunda y duradera entre el proletariado y las masas pequeñoburguesas, en oposición a las maniobras parlamentarias del Partido Radical de los explotadores de la pequeña burguesía, sobre la base de un *programa revolucionario*, es decir, la toma del poder por el proletariado y la revolución de las relaciones de propiedad en beneficio de los trabajadores. La coalición con la burguesía, que lleva el nombre de “Frente Popular”, es un freno para la revolución y una válvula de escape para el imperialismo.

[...]

[El trabajo revolucionario en los sindicatos de Holanda]¹⁴⁶

(16 de julio de 1936)

[...]

b) Respecto del problema sindical no puedo coincidir con la política del partido fraternal holandés. Con frecuencia he expresado las razones por escrito y sobre todo oralmente. Para el NAS¹⁴⁷, la política se basa en la ley de la inercia. No obedece a motivaciones estratégicas más profundas. En Holanda, como en Francia, los acontecimientos se desarrollarán por la senda de la revolución o del fascismo. En ninguno de los dos casos tiene cabida el NAS. Cuando en Holanda se inicie la gran oleada de huelgas, cosa que debe considerarse muy probable, sino segura, los sindicatos reformistas crecerán enormemente y absorberán gran cantidad de elementos nuevos, y en ese período las masas considerarán al NAS como una organización divisionista incomprensible. Por consiguiente, las masas no serán receptivas a las consignas justas del RSAP y a la dirección del NAS. Pero si todos los militantes del RSAP y los mejores del NAS militaran en los sindicatos reformistas, durante el alza que se avecina podrían convertirse en el eje de cristalización del ala izquierda y posteriormente en la fuerza decisiva en el movimiento obrero. Debo decir con toda franqueza: considero que el RSAP debe desarrollar una agitación sistemática, cuidadosamente planificada, en los sindicatos reformistas, único método que le permitirá no sólo conservar su independencia (que por sí sola carece de valor histórico), sino también lograr la victoria, es decir, llegar al poder.

Si tomamos la alternativa menos probable (que el proceso holandés, sin pasar por un ascenso revolucionario, entre directamente en la fase reaccionaria burocrático-militar y luego en la fascista) llegamos, de todas maneras, a la misma conclusión: el partido debe considerar que la política del NAS se convertirá en un obstáculo. Ya el primer asalto de la reacción le costó al NAS la mitad de su militancia. El segundo asalto le costará la vida. Los estupendos obreros agrupados en él deberán buscar la forma de ingresar en los sindicatos reformistas en forma dispersa, cada uno para sí, o bien caer en la pasividad y la indiferencia. A diferencia del partido, los sindicatos no pueden existir en la clandestinidad. Pero este golpe le provocará una conmoción horrible al partido, porque un partido revolucionario clandestino necesita un escudo de masas legal o semilegal. Si el grueso de la militancia del RSAP trabaja en los sindicatos reformistas, estas organizaciones de masas serán para el partido un refugio, un escudo y, al mismo tiempo, una tribuna. Así se mantendrá la unidad de los obreros del NAS. Todo lo demás será condicionado por el curso de los acontecimientos y por la política del partido.

[...]

¹⁴⁶ Extracto de la carta a la dirección del RSAP de los 15 y 16 de julio 1936. León Trotsky, “La sección holandesa y la Internacional”, en *Escritos, Tomo VII, Volumen 3*, páginas 4-26 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*.

¹⁴⁷ National Arbeids-Secretariaat (secretariado nacional del trabajo), sindicato fundado en 1893 que se había alineado con la Internacional Sindical Rosa y adquirido en los años veinte características de “sindicato rojo” bajo la dirección de Sneevliet.

[En la revolución española de 1936]¹⁴⁸

(17 de diciembre de 1936)

El papel de los anarquistas

Los anarquistas no han tenido ninguna posición independiente en la revolución española. No han hecho más que oscilar entre el bolchevismo y el menchevismo. O más exactamente, los obreros anarquistas tendían a buscar una salida en la vía bolchevique (19 de julio, jornadas de mayo), los dirigentes, por el contrario, empujaban con todas sus fuerzas a las masas hacia el campo del Frente Popular, es decir, al régimen burgués.

Los anarquistas han dado pruebas de una fatal incomprensión de las leyes de la revolución y de sus tareas, ya que limitaron la revolución a los sindicatos, es decir, a las organizaciones de tiempo de paz, impregnadas de rutina e ignorantes de lo que pasaba fuera de ellas, en las masas, en los partidos políticos y en el aparato de estado. Si los anarquistas hubiesen sido revolucionarios, hubiesen llamado ante todo a la formación de sóviets que reuniesen a todos los representantes de la ciudad y del campo, incluyendo a los millones de hombres superexplotados que jamás habían entrado en un sindicato. Naturalmente, los obreros revolucionarios hubieran tomado una posición dominante en los sóviets. Los estalinistas hubieran estado en una proporción insignificante. El proletariado se habría convencido de su fuerza invencible. El aparato de estado no hubiera sido tomado en cuenta para nada. No hubiera hecho falta un golpe demasiado fuerte para que este aparato cayera a tierra. La revolución socialista hubiera recibido un poderoso impulso. El proletariado francés no hubiera seguido permitiendo a León Blum. bloquear la revolución por más tiempo al otro lado de los Pirineos.

La burocracia de Moscú no hubiera podido permitirse tal lujo. Las más difíciles cuestiones se hubieran resuelto solas.

En lugar de esto, los anarquistas, que intentaron refugiarse en la política de los sindicatos, se convirtieron, con gran asombro de todo el mundo, y empezando por ellos mismos, en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa. No por mucho tiempo, pues la quinta rueda no le sirve a nadie. Después que García Oliver y Cia. ayudaron a Stalin y a sus adictos a robar el poder a los obreros, los propios anarquistas fueron expulsados del gobierno del Frente Popular. Disimularon su terror de pequeño burgués ante el grande, de pequeño burócrata ante el gran burócrata, a base de llorosos discursos sobre la santidad del frente único (de las víctimas con los verdugos) y sobre la imposibilidad de admitir toda dictadura, incluida la suya propia. “Hubiéramos podido tomar el poder en julio de 1936 Hubiéramos podido tomar el poder en mayo de 1937...” De esta forma es como imploraban los anarquistas a Negrín y Stalin para que reconociesen su traición a la revolución. Un cuadro repugnante.

Una sola autojustificación: “No tomamos el poder, no porque no pudiéramos, sino porque no quisimos, porque estamos en contra de toda dictadura”, etc., que encierra una condena del anarquismo en tanto que doctrina contrarrevolucionaria. Renunciar a la conquista del poder, es dejárselo voluntariamente a los que lo tienen, a los explotadores. El fondo de toda revolución ha consistido y consiste en llevar a una nueva clase al poder,

¹⁴⁸ Epígrafe de “Lección de España; última advertencia”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

dándole así todas las posibilidades de realizar su programa. Es imposible hacer la guerra sin desear la victoria. Nadie hubiera podido impedir a los anarquistas que establecieran, después de la toma del poder, el régimen que les hubiera parecido, admitiendo, evidentemente, que fuese realizado. Pero los dirigentes anarquistas habían perdido la fe en ellos mismos. Se alejaron del poder no porque estuviesen contra toda dictadura (de hecho, de buena o mala gana...) sino porque habían abandonado totalmente sus principios, habían perdido su coraje, si es que alguna vez tuvieron algo de esto. Tenían miedo de todo, al aislamiento, a la intervención, al fascismo, tenían miedo de Stalin, tenían miedo de Negrín. Pero a quién más temían estos charlatanes era a las masas revolucionarias.

El que se niega a conquistar el poder, abandona inevitablemente toda la organización obrera en los brazos del reformismo, haciendo de ella el juguete de la burguesía; teniendo en cuenta la estructura de clase de la sociedad, no puede ser de otra forma.

Luchando contra el fin, la toma del poder, los anarquistas no podían, a fin de cuentas, dejar de luchar contra el miedo, la revolución. Los dirigentes de la CNT, de la FAI, han ayudado a la burguesía no sólo a mantenerse en la sombra del poder en julio de 1936, sino incluso a recuperar, pedazo a pedazo, todo lo que habían perdido de golpe. En mayo de 1937 sabotearon la insurrección de los obreros salvando así la dictadura de la burguesía. Así pues, el anarquista que no quería ser más que antipolítico, de hecho, se ha convertido en antirrevolucionario, y en los momentos más críticos, en contrarrevolucionario.

Los teóricos anarquistas que, desde el gran examen de 1931-1937, no hacen más que repetir los viejos cuentos reaccionarios sobre Kronstadt, afirmando que el estalinismo es el producto inevitable del marxismo, no hacen más que demostrar que han muerto para la revolución.

¿Decís que el marxismo es violencia en sí mismo y que el estalinismo es su descendencia legítima? ¿Entonces por qué nosotros, los marxistas-revolucionarios, luchamos a muerte contra el estalinismo? ¿Por qué la pandilla estalinista ve en el trotskismo a su enemigo principal? ¿Por qué toda proximidad con nosotros o con nuestra forma de actuar (Durruti, Nin, Landau y los demás) obliga a los gánsteres de Stalin a recurrir a una sangrienta represión? ¿Por qué por otra parte, los dirigentes anarquistas españoles, en la época de los crímenes de la GPU, eran ministros de Caballero-Negrín, es decir, de los servidores de la burguesía y de Stalin? ¿Por qué incluso ahora, bajo el pretexto de la lucha contra el fascismo, los anarquistas siguen siendo prisioneros voluntarios de Stalin-Negrín, es decir, de los verdugos de la revolución? ¿Por su incapacidad para luchar contra el fascismo?

Los abogados del anarquismo que predicán contra Kronstadt y por Majnó no engañan a nadie. Tanto en el episodio de Kronstadt como en la lucha contra Majnó, nosotros defendimos la revolución proletaria frente a la contrarrevolución campesina. Los anarquistas españoles han defendido y defienden aún la contrarrevolución burguesa frente a la revolución proletaria. Ningún sofisma hará desaparecer de la historia el hecho de que el anarquismo y el estalinismo están al mismo lado de la barricada, las masas revolucionarias y los marxistas en el otro. Ésta es la verdad que penetrará para siempre en la conciencia del proletariado.

[En el proceso revolucionario de China, en 1937]¹⁴⁹

(11 de agosto de 1937)

*Li Furen*¹⁵⁰.- *La pregunta que quiero plantear en primer lugar es la que ha esbozado en una corta tesis uno de nuestros camaradas chinos: cuando se presente la ocasión ¿nuestra organización debe tomar la iniciativa para formar organizaciones antijaponesas en las localidades en las que todavía no existen? El CC de nuestra organización está dividido al respecto. Unos pretenden que tales organizaciones no se podrían distinguir en nada de las organizaciones análogas como la Liga Antiimperialista, la Liga contra la Guerra y el Fascismo*¹⁵¹, etc. *Los adversarios de esta posición dicen que, en el presente, mientras el movimiento obrero está ampliamente pasivo, la actividad de las masas se expresa principalmente en la actividad antijaponesa, los revolucionarios deben formar tales organizaciones a fin de conducir a las masas al combate y de impedirles caer bajo la influencia de organizaciones políticas burguesas y pequeño burguesas*¹⁵².

Trotsky.- ¿Puedes hacernos una idea aproximada de las fuerzas del PC, los sindicatos, del “tercer partido”¹⁵³, si existe; y cuál es la fuerza de las organizaciones de liberación nacional?

Li Furen.- *El PC, al margen de los distritos “soviéticos” (que por otra parte ya no se llaman “soviéticos”*¹⁵⁴), *ha dejado prácticamente de existir en tanto que partido. En Shanghái, que era antes el principal centro de actividad del partido, existe un aparato pero no organización del partido. El órgano ilegal del partido ha dejado de aparecer desde hace mucho tiempo. Representantes del partido han participado en el movimiento huelguístico reciente pero solamente para sabotearlo. Por ejemplo, una fábrica de*

¹⁴⁹ Extracto de “[Discusión sobre la cuestión china](#)”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#); el lector interesado puede ver también el [[Epílogo a la discusión sobre la situación china](#)], en la misma serie.

¹⁵⁰ Según el catálogo de Harvard, Li Furen era el pseudónimo de C. Frank Glass. La actividad de la sección china se había visto desorganizada en 1932 a causa del arresto de Chen Duxiu, Peng Shutse y otros dirigentes. El trabajo había recaído enteramente sobre los hombros de Chen Qizhang (1905-1943), antiguo dirigente estudiantil de Pequín, cuadro del PC hasta su exclusión en 1930 por sus lazos con el grupo de Chen Duxiu. Liu Renjing había reclutado a cuatro estudiantes en Pequín: una “nueva dirección” excluyó a principios de 1935 a diversos antiguos militantes, entre ellos a Chen Qizhang y a Yi Kuan. La crisis se había superado pero los “jóvenes dirigentes” habían sido arrestados a su vez.

¹⁵¹ Se trata de organizaciones dichas “de masas”, es decir sobre una base amplia pero controladas por la Internacional Comunista.

¹⁵² Era la propuesta de Chen Qizhang.

¹⁵³ El “tercer partido” nació a iniciativa de militantes de la izquierda del Kuomintang partidarios de la alianza con el PC y se veía atacado por el primero y el segundo.

¹⁵⁴ Las unidades del ejército del Kuomintang que se habían amotinado en 1928 o 1929 y las unidades guerrilleras formadas por los comunistas que habían huido de las ciudades, habían formado en las montañas zonas liberadas que se llamaban “bases rojas”. Una decena de millones de chinos vivían en 1930 en esos territorios, sobre todo en Jiangchi. Las organizaciones locales encargadas del poder levantadas por el PC se habían denominado “soviets”. Tras dos aplazamientos sucesivos, el 1er Congreso de los Soviets de China se reunió el 7 de noviembre de 1931 en Jichin en Jianchi y adoptó una “Constitución Provisional de la República China de los Soviets”. Desde diciembre de 1935, se habían modificado tanto el programa como el vocabulario en la perspectiva de la constitución de un “frente único” contra los japoneses. Sin embargo, la “república soviética” no desapareció hasta el 15 de septiembre de 1937.

hilados de seda que estaba en huelga y donde se vio a un representante de los estalinistas declarar, durante una reunión, que la tarea principal del proletariado era “salvar al país” del imperialismo japonés. Un obrero le respondió “Me parece que nuestra primera tareas es salvarnos a nosotros mismos pues estamos a punto de reventar”. Los estalinistas lanzaron la consigna: “¡Basta de huelgas en las fábricas pertenecientes a chinos!” Esto acabó el proceso de aislamiento de los obreros que había comenzado tras la derrota de la revolución de 1927¹⁵⁵.

Es muy difícil evaluar la situación real en los distritos “soviéticos” a causa de la censura exagerada sobre las informaciones impuesta por el gobierno del Kuomintang. Pero tenemos motivos para creer que existe muy poca diferencia entre el PC y el aparato gubernamental “soviético”. La principal fuerza del Ejército “Rojo”¹⁵⁶ (recientemente rebautizado “Ejército Popular Antijaponés”) se concentra actualmente en la parte norte de la provincia del Shenchí, en el noroeste de China.

Si se hace un buen promedio con las diferentes evaluaciones que existen, esta fuerza contaría con alrededor de 80.000 hombres, que no todos tienen armas modernas. Existen, además, algunos ejércitos más pequeños y bandas de guerrilleros campesinos que operan en provincias como el Fujian y Henan. Según el presidente Mao Zedong¹⁵⁷, el gobierno “soviético” no puede ejercer sobre ellas ningún control directo, de forma que practican expropiaciones de tierra y otras medidas de revolución agraria en contradicción con la nueva línea de colaboración de clases del PC. El partido ha capitulado completamente ante el Kuomintang, pidiendo humildemente que a cambio el gobierno del Kuomintang quiera tener a bien entablar una lucha “sincera” contra el imperialismo japonés, cesar la guerra civil “contra su propio pueblo”, inaugurar un régimen “democrático” y liberar a los prisioneros políticos. Es imposible decir si se ha firmado un acuerdo formal entre el PC y el Kuomintang.

En cuanto el PC dio sus primeros pasos de apertura hacia el Kuomintang este último pidió directamente una capitulación sin condiciones, afirmando que nada sería aceptable al margen de la liquidación del gobierno “soviético”, de la disolución del Ejército “Rojo” y del abandono completo por el PC de su política de lucha de clases. Que se haya llegado a una especie de “acuerdo” aparece en los informes que dicen que el gobierno de Nanquín¹⁵⁸ ha enviado dinero y provisiones (motos, munición y víveres) a los territorios “soviéticos” del Shenchí del noreste. Nada indica que la base del Ejército “Rojo” haya manifestado alguna oposición al nuevo curso de capitulación de la dirección. Pero es preciso recordar aquí que esas tropas son muy diferentes de las que defendieron el territorio soviético del Jianchi contra los sucesivos ataques de Nanquín entre 1930 y 1935¹⁵⁹, hasta el momento en que se vieron obligadas a evacuarlo el verano de 1935. Durante la “Larga Marcha”¹⁶⁰ del Jianchi al Shenchí, muchos combatientes

¹⁵⁵ Alusión al aplastamiento del PC chino, cogido por sorpresa en Shanghái por su aliado Chiang Kai-shek tras años de subordinación política a este último, subordinación exigida por la Internacional Comunista.

¹⁵⁶ Las unidades militares de la “república soviética” se llamaban “ejércitos rojos” en tiempos de la política del “tercer período”. Solamente llevaban ya los números de “ejércitos en marcha”.

¹⁵⁷ Mao Zedong (1893-1976) había sido ganado al marxismo, cuando era bibliotecario adjunto en la universidad, por los profesores Chen Duxiu y Li Dazhao. Delegado en el congreso de fundación del PC, después fue suplente en el Ejecutivo del Kuomintang. Miembro del CC en 1928, comisario del “1er ejército rojo”, había sido elegido presidente de la república soviética china en su fundación el 7 de noviembre de 1931. Hasta 1935 no devino el dirigente incontestable del PCC.

¹⁵⁸ El gobierno de Chiang Kai-shek estaba instalado entonces en Nanquín.

¹⁵⁹ Se trata de lo que la historiografía china llama “las cinco campañas de cerco y “destrucción””. En la última, las tropas nacionalistas disponían de un millón de soldados (cinco contra uno) y de todo un material moderno.

¹⁶⁰ La leyenda de la “Larga Marcha” cubrió la realidad de una “gran mudanza”, de una retirada precipitada bajo condiciones terribles a través de casi 12.000 quilómetros.

temporales abandonaron las filas o resultaron muertos¹⁶¹ y su lugar fue ocupado por jóvenes reclutados entre el campesinado pobre de las localidades atravesadas por el ejército en retirada, jóvenes que veían en el Ejército “Rojo” un medio para llenar su bol de arroz. Esas tropas de menor calidad se demostraron más manejables por el PC que el ejército que había abandonado Jianchi con una tradición de lucha.

No existen verdaderos sindicatos (organizaciones voluntarias de obreros) más que en algunas industrias, aunque recientemente se ha producido un intento para crearlos. El gobierno del Kuomintang promulgó en 1929 una ley sindical que le daba al gobierno, como en Alemania e Italia, el derecho a inspeccionar y controlar las organizaciones de industria de los obreros. En consecuencia, se formaron “sindicatos” pero que sólo son agencias gubernamentales en el seno de la clase obrera. Sus oficinas están activas, pobladas de funcionarios, pero son raras las reuniones. Es muy raro que un sindicato oficial llame a la huelga, y cuando estalla una huelga de veras, el aparato sindical se contenta con intentar obtener un compromiso. Los obreros no tienen, pues, organizaciones propias.

El “tercer partido” es un agrupamiento político poco numeroso cuya atención se centra en la cuestión agraria. Se ha constituido en Europa con restos del Kuomintang de izquierda arrastrados tras el hundimiento del gobierno de Wuhan en 1928. Entre sus primeros adherentes se encuentra Tan Pingshan¹⁶², ese dirigente derechista del PC que fue ministro de agricultura en el gobierno de Wuhan. Este partido hizo su entrada en la escena china a principios de 1930 bajo la dirección de Deng Yanda¹⁶³, que precisamente acaba de volver de Moscú donde Stalin, se decía, le habría ofrecido suceder a Chen Duxiu¹⁶⁴ a la cabeza del partido comunista chino. Deng [Yanda] fue ejecutado por Chiang Kai-shek a fines de 1930. El “tercer partido”, que propone un programa agrario de reformas y planes para el desarrollo del “capitalismo nacional” para la lucha contra el imperialismo, nunca ha llegado a desarrollarse; obligado a vivir fuera de la ley bajo la dictadura del Kuomintang, tenía su sede y el centro de toda su actividad en la colonia británica de Hong Kong. En el dominio de la política agraria ha sido incapaz de competir con el PC por la dirección de los campesinos pues el PC llevaba adelante una política de expropiación de tierra. Pero ha obtenido un nuevo derecho a la vida cuando el PC, a

¹⁶¹ El ejército del 1er frente, dirigido por Mao Zedong, había perdido la mitad de sus efectivos de partida (30.000 hombres) y había reclutado a 20.000 voluntarios.

¹⁶² Se había llamado “Kuomintang de izquierda” a la fracción del Kuomintang agrupada en 1927 contra Chiang Kai-shek alrededor de Wang Jingwei que había instalado el gobierno en Wuhan y había conservado ministros comunistas algunos meses después del “golpe” de Shanghái. La mayor parte de los dirigentes del Kuomintang de izquierda emigraron enseguida. Tan Pinshan (1887-1956), dirigente comunista, había sido ministro de agricultura en el gobierno de Wuhan y, siguiendo instrucciones de la IC, combatió allí contra la revolución agraria. Convertido en responsable de esta política, había abandonado el PC y se había unido al Kuomintang de izquierda.

¹⁶³ Deng Yanda (1888-1931), colaborador de Sun Yat-sen, después de Chiang Kai-shek, había sido responsable político de la Academia Militar de Huangpu. Después se opuso a Chiang y fue uno de los pocos que se opuso a la capitulación de Wang Jingwei ante este y al abandono de la alianza comunista. Había emigrado a la URSS y volvió en 1930 a Shanghái donde trabajaba en la organización clandestina del “tercer partido”. Las autoridades de la concesión francesa de Shanghái lo entregaron a Chiang que lo hizo ejecutar.

¹⁶⁴ Chen Duxiu (1879-1942), celebre profesor y animador del movimiento democrático, especialmente a través de la revista *Chiang-nian* devenida en 1916 en *Xing Ching-nian* (*La Juventud* y después *La nueva juventud*), uno de los inspiradores del “Movimiento 4 de mayo”, había sido uno de los fundadores y el primer secretario general del PC chino hasta 1927 y había aplicado muy a su pesar una política dictada por la IC que él no aprobaba. En 1929 se unió a la Oposición de Izquierda y fundó con 81 de sus próximos camaradas la sociedad Proletariado. Durante el congreso de fusión y constitución de la Liga Comunista en tanto que sección de la Oposición de Izquierda Internacional, fue elegido secretario general, función que conservaría hasta su detención en agosto de 1932. Era muy hostil no solamente a Liu Renjing, su adversario de siempre, sino también a los extranjeros Glass e Isaacs, a los que llamaba “los melencidos”.

consecuencia de las decisiones del VII congreso de la IC, ha tirado por la borda su programa de revolución agraria¹⁶⁵. El tercer partido critica ahora al PC “desde la izquierda” y lo acusa de haber abandonado traidoramente la causa del campesinado.

La organización “fascista” a la que se refiere la resolución no es realmente una organización fascista. La palabra de “fascista” viene de su nombre pues es conocida como la de los “camisas azules”. Los Camisas Azules no son un partido sino una organización de Chiang Kai-shek creada con el objetivo de apoyar su poder en el interior y en el exterior del Kuomintang y del gobierno.

Una de sus tareas ha sido asesinar a los adversarios de Chiang. Chiang gobierna mediante una dictadura militar y no necesita a un movimiento fascista siguiendo el modelo alemán o italiano. La pequeña burguesía, sobre todo los campesinos, es hostil a la dictadura de Chiang y no puede devenir (en cualquier caso, no ahora) una base social para el fascismo. Los estalinistas, en la medida en que ejercen todavía cierta influencia sobre el campesinado y la pequeña burguesía de las ciudades, ayudan con su política de colaboración de clases a lanzarlos bajo la influencia de Chiang. Pero los Camisas Azules, hoy en día, en tanto que organización del poder de Chiang, no reclutan a sus adherentes más que en el aparato gubernamental del Kuomintang, aunque hayan logrado influenciar a las capas superiores de numerosas asociaciones estudiantiles, sobre todo en Shanghái.

La Asociación de Liberación Nacional es una organización patriótica federal que tiene su sede en Shanghái. Incluye a las sociedades patrióticas locales de estudiantes, profesores, pequeños hombres de negocios y, en algunos casos, a obreros, aunque éstos sean raros. La dirección se compone exclusivamente de elementos de la pequeña burguesía superior, próxima a la gran burguesía. Esta asociación es la actual manifestación del movimiento patriótico nacido del dominio de Japón sobre Manchuria en 1931-1932. Se constituyó en la época un movimiento estudiantil de gran amplitud. Millares de estudiantes desertaron de clase, se apoderaron de trenes y fueron a protestar a Nanquín contra la política gubernamental de no resistencia a la invasión japonesa. La amplitud de las manifestaciones que le siguieron asustó al gobierno, pero, cuando los estudiantes intentaron encontrar una base con apoyo de los obreros y otras categorías de explotados, sacó fuerzas de flaqueza y acabó por la fuerza con ese movimiento. En los años siguientes, hasta 1936, el movimiento estudiantil casi se extinguió, a pesar de la prosecución de la agresión japonesa. En 1936 sin embargo, Japón devino más exigente en sus reivindicaciones en China del Norte y Song Zheyuan¹⁶⁶, jefe de la administración de Nanquín en esos territorios, le hizo numerosas concesiones económicas. Ello provocó un renacimiento del movimiento estudiantil y Song fue el blanco de gigantescas manifestaciones estudiantiles. Pero los estalinistas, que entonces tenían en el Norte bastante influencia, sabotearon el movimiento afirmando que los estudiantes dañaban a la “unión nacional” manifestándose contra Song. Les dijeron a los obreros que Song estaba obligado a hacer concesiones a Japón porque el pueblo no lo apoyaba suficientemente. Y eso mató al movimiento. Se escuchaba a los estudiantes decir: “Si los comunistas no nos guían, ¿quién lo hará?”

¹⁶⁵ En febrero de 1937, los comunistas aseguraron al gobierno de Chiang que se comprometían a cesar toda actividad de confiscación de tierras. El giro se produjo, con el inevitable desfase en el tiempo, a consecuencia de la decisión del 7º Congreso de la Internacional Comunista: la expresión “república democrática” recubrió sin explicaciones a la de “república soviética” en septiembre de 1936.

¹⁶⁶ Song Zheyuan (1885-1940), general comandante del XXIX ejército, había sido colocado por Chiang Kai-shek, en el marco de su política de concesión a los apetitos japoneses, a la cabeza del “consejo político del Hubei-Chahar” que organizaba aparte desde diciembre de 1935 a las cinco provincias del Norte. Por otra parte, fue la constitución de ese consejo lo que desencadenó las gigantescas manifestaciones estudiantiles del “movimiento 9 de diciembre”.

Mientras tanto había surgido, en Shanghái y otros lugares, organizaciones de liberación nacional formadas sobre todo por estudiantes, intelectuales y en general pequeños burgueses incluso con algunos representantes de la gran burguesía. Igualmente se adherían a esas organizaciones obreros, poco numerosos, que, finalmente, dieron lugar al nacimiento de la Asociación de Liberación Nacional. En el seno de esta asociación aparecieron dos políticas. Los elementos reaccionarios, que predominaban, la orientaron hacia el apoyo al gobierno del Kuomintang, argumentando que era preciso ayudarlo a combatir a Japón. Sus adversarios decían que el gobierno vendía el país a Japón y que hacía falta criticarlo y combatirlo para evitar nuevas traiciones. Zhang Naiqi, el principal dirigente de la organización, se entrevistó en Nanquín con Chiang Kai-shek y se pensó que se había comprometido a apoyar al gobierno sin reservas. Esta iniciativa provocó una escisión y los elementos anti-Nanquín abandonaron toda actividad. Hecho bastante particular: Chiang Kai-shek hizo arrestar a todos los dirigentes, incluyendo a Zhang Naiqi, pero recientemente han sido liberados.

Trotsky.- ¿Por orden de Tokio?

Li Furen.- Esa es la opinión generalizada puesto que Tokio había protestado en numerosas ocasiones contra “la actividad antijaponesa organizada”. Pero también fue una medida de precaución por parte de Chiang. Tras el arresto de sus dirigentes, la ALN se hundió virtualmente pues eran los encarcelados quienes controlaban sus finanzas, tenían los dossiers, etc. Otros miembros de la asociación visitaron a los dirigentes en prisión, les pidieron que les pasasen el control, pero ellos se negaron porque consideraban a la asociación como su propiedad privada. La asociación nunca ha sido formalmente prohibida pero sus dirigentes arrestados han sido acusados de haber “puesto en peligro la existencia de la República” y de haber mantenido relaciones con el PC (¡con el que Nanquín negociaba en esos momentos!) En el domicilio de uno de los dirigentes detenidos, Tzu Taofen¹⁶⁷, se encontró un ejemplar de nuestro diario La Lutte ¡y eso serviría como prueba de la acusación según la cual ponían en peligro a la república! No hay mucho que decir de las organizaciones afiliadas a la ALN en provincias. Shanghái ha sido el principal centro del movimiento, las asociaciones federadas no han servido durante la mayor parte del tiempo más que para recoger dinero. La influencia estalinista en la ALN era considerable y se empleaba para orientar a la organización hacia el Kuomintang.

Trotsky.- No veo claro el contenido concreto de esta discusión. Si los dirigentes de la organización de liberación han sido arrestados, está claro que una organización antijaponesa construida por nuestros camaradas no podría tener existencia legal; debería ser, pues, ilegal.

Li Furen.- Quienes tienen esa idea piensan que nosotros podríamos obtener otras colaboraciones para darles a esas organizaciones antijaponesas una base legal. Podríamos entonces tener fracciones en su interior.

Trotsky.- Sí, si podemos tener ahí una fracción ilegal. Pero entonces no capto bien el punto de divergencia: tiene que ver solamente con la iniciativa a tomar para crear tales organizaciones allí donde no existen. No veo bien por qué esta cuestión está en el primer plano y no la de la participación en el movimiento huelguístico que debe tener en China una gran importancia. Si fuera una organización legal de masas, podría entender ese punto de vista, pero como la cuestión está planteada propondré más bien a quienes son partidarios que traten de hacerlo y ya se verá el resultado. Es una cuestión de posibilidades. ¿Qué experiencia práctica tienen al respecto? ¿Cuál es el acontecimiento concreto que ha iniciado esta discusión?

¹⁶⁷ No sabemos nada más sobre Tzu Taofen, dirigente de la Asociación de Liberación Nacional.

Li Furen.- La cuestión ha surgido cuando hemos elaborado un proyecto de resolución política, un documento que tenía como objetivo darle a nuestros camaradas directrices políticas. Se decía en él que nuestros camaradas debían participar en los trabajos de las organizaciones patrióticas para ganar a nuestra bandera a sus mejores elementos. Otros sostenían que, si era justo participar en las organizaciones existentes, entonces también lo sería formar organizaciones de ese tipo para conquistarlas.

Trotsky.- Debemos entrar en organizaciones religiosas para hacer en ellas un trabajo antirreligioso, pero eso no significa que tengamos que constituir organizaciones religiosas.

Li Furen.- Mi opinión sobre esta cuestión es que revela la impaciencia de nuestros camaradas. Nuestro trabajo es ahora muy difícil y poco espectacular. Los camaradas están cansados de ser un pequeño grupo que edita un pequeño diario. Querrían saltar por encima de este período. Su propuesta de formar organizaciones antijaponesas es el producto de su búsqueda de contactos más fáciles con las masas.

Trotsky.- Esta actitud conlleva trampas, puede devenir peligrosa. Encuentro pocas cosas en la tesis sobre el trabajo sindical, sobre la necesidad de organizarse para extender la propaganda sindical y para estar dispuestos a coger la dirección cuando estalle la huelga. Creo que es mil veces más importante que crear, o discutir sobre la creación de organizaciones de liberación, Naturalmente, en caso en que la situación actual condujese directamente a una gran guerra entre Japón y China, la cuestión de la guerra devendría el centro de atención de la actividad del pueblo todo entero y por ello de la clase obrera. En ese caso, no nos será necesario tomar la iniciativa de crear organizaciones patrióticas. Estas surgirán de tierra por todas partes. Nuestro deber será, tanto en el interior como en el exterior, separar a los obreros de la burguesía, asegurar el armamento de los obreros y también defender los intereses materiales de los obreros y soldados: no abandonar el derecho a huelga, incluso durante la guerra, cuando las industrias de guerra prosperen y rindan a la burguesía patriota formidables beneficios.

La cuestión de la recuperación económica no está suficientemente tratada en las tesis políticas: se ha desatendido. En 1931-1932, creo, escribí a los camaradas chinos, una carta en la que les decía que si durante algunos años no se producía un ascenso del movimiento obrero, el Ejército Rojo degeneraría. Sólo cuando se inicie un régimen económico, decía yo, el movimiento obrero podrá retomar la marcha y sostener al Ejército Rojo. El pronóstico de la imposibilidad de una recuperación económica (esta es la idea de Nel Sih¹⁶⁸) era falso: decía que el régimen militar hacía completamente imposible una recuperación. Escribí entonces sobre la necesidad e importancia que tenía estudiar esta cuestión y sobre la posibilidad (el carácter ineluctable) de una recuperación económica, particularmente en China. Hoy en día es un hecho.

Durante estos últimos meses se han llegado corresponsalías muy interesantes sobre las inversiones de capital extranjero en China. Cierto que China no es una arena segura. Pero ¿existen? Relativamente, China es hoy en día un campo de atracción para el capital extranjero. A pesar de su mala situación, Francia ha enviado a Nanquín 400 millones de francos para apoyar su moneada. Checoslovaquia ha invertido en China a

¹⁶⁸ Nel Sih era uno de los numerosos pseudónimos del dirigente chino Liu Renjing (nacido en 1899). Estudiante en Moscú, ganado por la Oposición de Izquierda, Liu había vuelto a China en 1929 pasando por París donde se había reunido con Rosmer, y después por Prinkipo. Al llegar a China realizó numerosos esfuerzos para presentarse como portavoz de Trotsky y descartar a Chen Duxiu de la unificación. De golpe se vio apartado de la dirección. Volvió en 1934, apoyado por H. R. Isaacs, en cuya casa vivía y a quien le traducía los materiales necesarios para *La Tragedia de la Revolución China*, y fue él quien inspiró las medidas de exclusión de los antiguos a principios de 1935. Había sido arrestado durante el año 35. En prisión en 1937, iba a renegar no solamente del trotskismo sino también del marxismo. Entonces no se sabía, aunque era cosa hecha.

través de su gobierno. El resultado es que durante los últimos años, Nanquín ha dado pruebas de cierta estabilidad. Es un hecho, Nanquín tiene cierta autoridad y el apoyo del gobierno británico. El hecho es que Gran Bretaña es un factor económico y político muy importante en el país a través del gobierno de Nanquín. Francia no se ha contentado con dar 400 millones, ha invertido capitales en la construcción de ferrocarriles. Aunque el corresponsal oficial del Comité de Forges¹⁶⁹ escribe: “Hemos de ser muy prudentes, la estabilidad no es absoluta, de un momento a otro esto puede ser la catástrofe”, es un hecho que el capital gira hacia China donde existe una relativa “prosperidad”. Es posible que asistamos a un flujo de capitales extranjeros hacia China y que pueda realizar ahora importantes progresos, progresos capitalistas naturalmente, transformándose en un país más colonial. Pero existe una diferencia importante con India: aquí es Gran Bretaña quien gobierna y decide mientras que en China hay numerosos imperialismos, lo que le da al gobierno más margen de maniobra (y a los movimientos revolucionarios también). Ello nos deja las manos libres. Si estuviésemos en el poder maniobraríamos entre los imperialistas japoneses y británicos.

Esos síntomas, si son exactos, significan que ahora hay en China una recuperación económica importante y ello abre la perspectiva de un renacimiento del movimiento obrero. El obrero que respondía: “primero salvarnos a nosotros mismos” tenía razón. No debemos ponernos a construir organizaciones antijaponesas (por supuesto que estamos a favor de la independencia de China) sino entender que la tarea más importante reside en el trabajo sindical. La recuperación de la industria, de la vida económica, reanima a los sindicatos. Todas nuestras energías deben concentrarse en el movimiento huelguístico. La resolución no menciona la recuperación más que con un cierto embarazo, como si esta realidad contradijese nuestro pronóstico. Tenemos que resaltar el hecho que haya recuperación, que los capitalistas, los banqueros y los compradores, hagan negocios excelentes en China mientras los obreros se hundan.

En la tesis se encuentra la consigna: “Por una guerra inmediata contra el imperialismo japonés”. No creo que podamos lanzar tal consigna. En febrero, había preparación para la guerra; ahora también. En aquella época hablábamos, y ahora hablamos, de “guerra inmediata”. La cuestión de la guerra no depende de nosotros, será resuelta por las circunstancias. La mejor preparación para la guerra es la creación de comités sindicales y una organización de partido, una propaganda sistemática para la liberación del yugo de todos los imperialismos, en particular del imperialismo japonés, no mediante maniobras diplomáticas sino a través de una lucha militar revolucionaria, una guerra del pueblo chino contra los imperialistas. Lo que importa es crear un punto de apoyo que, con el tiempo, pueda devenir una base para la movilización popular, más que lanzar la consigna de guerra inmediata. Esta última consigna puede devenir aventurera.
[...]

¹⁶⁹ Se trata probablemente del corresponsal del diario francés *Le Temps*.

[La unidad sindical mundial y la URSS bajo el estalinismo]¹⁷⁰

(29 de noviembre de 1937)

La unificación de las organizaciones sindicales del mundo, en el presente caso, la adhesión de la Unión Soviética a la Internacional de Ámsterdam, podría aportar grandes ventajas a la clase trabajadora, pero solamente bajo una condición: que en la actualidad existieran sindicatos en la Unión Soviética. Pero no existen. Hay un aparato sindical totalmente dependiente de la camarilla gobernante, que domina a las masas trabajadoras. Así, durante la última purga sangrienta, que está lejos de haber terminado, el Consejo Central de Sindicatos fue totalmente reorganizado sin que las llamadas masas sindicalizadas supieran más de lo que apareció en la prensa oficial. La purga de los sindicatos se hizo por la GPU bajo las órdenes directas de Stalin.

El exdirigente sindicalista y antiguo revolucionario Tomsy, fue llevado al suicidio por una campaña de calumnias y vil persecución. Su puesto fue tomado sin la menor consulta con los miembros por Shvernik, quien no es y no fue nunca nada más que un botones al servicio personal de Stalin. La maquinaria renovada se ocupa a su vez de las purgas en fábricas y oficinas, cazando y atrapando a quienes están descontentos, críticos o exigentes. De esta manera los llamados sindicatos representan una organización de policía industrial, una dependencia de la GPU y no una organización autónoma de trabajadores.

No es pues un problema de unificación de las masas trabajadoras, sino un acuerdo diplomático entre el aparato de Ámsterdam, moderadamente conservador, y el aparato policial de Moscú.

A los dirigentes de los sindicatos británicos les encantaría orientar la política extranjera de su país hacia las buenas relaciones con Francia, los Estados Unidos y la Unión Soviética. La política francesa del Frente Popular, está basada en el apoyo de Moscú. Jouhaux, el dirigente de la CGT francesa, mientras proclama “la independencia” de sus sindicatos, pertenece en realidad al Frente Popular. Es esta unión política, nacional e internacional, la que ha determinado el acercamiento de la burocracia sindical de Ámsterdam con la burocracia pseudosindicalista de Moscú.

Debemos añadir aun otro elemento que no deja de tener su importancia, Ya desde hace años, prácticamente desde 1924 y a través de la maquinaria intermediaria de los llamados sindicatos, Stalin ha comprado “las simpatías” de varios dirigentes sindicales extranjeros, comenzando en Inglaterra. Podemos citar algunos casos de dirigentes sindicales británicos en la nómina de Moscú. Otros se han beneficiado a través de privilegios excepcionales o sus esposas han recibido regalos en oro o platino. Esta costumbre de desmoralizar a los dirigentes laborales ha sido, digámoslo de paso, uno de los puntos principales de mi lucha contra la camarilla de Stalin.

Cuando me di cuenta de esta costumbre en la primavera de 1925 protesté con vigor. “¿Pero por qué?” se opuso Stalin. “¿No compra la burguesía a los dirigentes laborales?” “Uno puede comprar a cualquiera”, contesté, “con el fin de corromperlo, pero no con el fin de hacerlo un luchador por la emancipación de los oprimidos”. Esta

¹⁷⁰ León Trotsky “La unidad Moscú-Ámsterdam”, en *Escritos*, Tomo IX, Volumen 1, páginas 100-102 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940](#), Editorial Pluma.

costumbre ha tomado desde entonces proporciones gigantescas. No debemos olvidar que la industria del oro ha progresado inmensamente en la Unión Soviética. La industria del soborno y de la corrupción han hecho aun un mayor progreso.

Muchos de los llamados “amigos” de la Unión Soviética, que no tienen nada en común con el pueblo ruso, sus tradiciones revolucionarias, sus sufrimientos y sus aspiraciones, no son más que los amigos interesados de la camarilla gobernante del Kremlin. A algunos de ellos se les paga directamente en oro. Otros dependen en sus objetivos políticos personales de la ayuda de la poderosa maquinaria internacional de Moscú.

No dudo de que Stalin, Jezov, y Shvernik utilizarán la llamada unificación sindical con el fin de incrementar su dominio sobre el número de dirigentes que poseen una conciencia y una cerviz dóciles. ¿Cuál será la reacción de la clase trabajadora contra estas prácticas? Lo veremos en los años venideros.

[Carta a Sneevliet sobre la situación sindical holandesa]¹⁷¹

(2 de diciembre de 1937)

Querido camarada Sneevliet¹⁷²,

No contesté su última y retrasada carta en referencia a Reiss directamente porque estamos separados no solamente por este problema trágico individual, sino por otros importantes principios políticos, podría decir por la total concepción de la actividad revolucionaria y la solidaridad política.

Esta situación totalmente enfermiza ha durado tanto como nuestra asociación. Muchos camaradas jóvenes mejor enterados de la línea política y los métodos organizativos de la sección holandesa han insistido, desde 1934, sobre la necesidad de aclarar abiertamente nuestras profundas diferencias teóricas, políticas y prácticas. A través de cartas y conversaciones me opuse a estas propuestas. No porque yo estuviera de acuerdo con su línea política, nunca, pero temí que una apertura prematura de una discusión general sin un período preparatorio de experiencia común podría provocar solamente una división irreparable. Me guiaba por la idea de que su organización tiene una educación y una prehistoria diferentes de todas las demás. Esa es la razón por la cual recomendé con insistencia a nuestros camaradas darle a su organización más tiempo para reorientarse, para reeducarse. Naturalmente esperábamos no solamente “enseñar” a nuestros camaradas holandeses sino también aprender de ellos.

Debo decir que las esperanzas que había puesto en este método cauteloso y paciente fueron falsas. El partido holandés, o, mejor dicho, sus dirigentes, intervinieron en nuestra vida internacional y en la vida de todas las secciones con vigor y algunas veces con una extrema brutalidad. Eso hicieron ante la entrada de nuestra sección francesa,

¹⁷¹“El futuro de la sección holandesa”, en *Escritos*, tomo IX, Volumen 1, páginas 109-113 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

¹⁷² Henricus Sneevliet (1883-1942), uno de los fundadores de los partidos comunistas holandés e indonesio, dejó el partido comunista en 1927. En 1933 su grupo se alió con la Oposición de Izquierda Internacional. Sin embargo, rompió con el Movimiento pro Cuarta Internacional en 1938 debido a diferencias en la política sindicalista y la Guerra Civil española. Durante la Segunda Guerra Mundial fue detenido por los alemanes y fusilado. Sneevliet. Notable dirigente socialista revolucionario de Holanda y primer organizador de un movimiento proletario marxista en Indonesia. Obrero tranviario y socialista de izquierda, fue electo presidente de la Unión de Obreros Ferroviarios y Tranviarios en 1909. Renunció a su cargo y se fue a las Indias Orientales Holandesas (Indonesia) en 1912, como consecuencia de una disputa que mantuvo con la dirección reformista de la NVV, la gran central obrera, acerca de su negativa a apoyar una huelga de marinos. En Indonesia llevó a cabo una brillante campaña de organización política y sindical, hasta que fue deportado en 1917 por llamar a los indonesios a seguir el ejemplo de los bolcheviques de Rusia. De regreso a Holanda fue cofundador del partido comunista. Seguidamente la Internacional Comunista lo envió (con el nombre de Maring) a hacer un trabajo revolucionario en China, donde estableció contacto con Sun Yat-sen. Al volver lo eligieron presidente de la NAS. En 1933 lo enviaron a prisión por sus actividades de solidaridad con los amotinados de la armada holandesa. Al quedar en libertad fue elegido para el parlamento. Durante la ocupación nazi de Holanda, Sneevliet y siete camaradas fueron arrestados, juzgados y fusilados en el campo de concentración de Amersfoort, el 13 de abril de 1942. En su último día, entre otras cosas afirmó: “Amigos, estamos orgullosos de ser los primeros de los Países Bajos en ser condenados ante un tribunal por la causa de la Internacional, y en morir por lo tanto por ella”. Sneevliet se condujo con gran coraje. Pidió que él y sus camaradas pudieran enfrentar el pelotón de fusilamiento tomados de las manos. Les fue denegado. Entonces pidió que no les vendaran los ojos y que, por ser el mayor y dirigente del grupo, él fuera el último en ser fusilado. Esto se le concedió.

luego la belga y más tarde la norteamericana en los respectivos partidos socialistas¹⁷³. Igual fue su actitud hacia los camaradas alemanes. El partido holandés, o mejor dicho sus dirigentes, nunca vaciló en apoyar una pequeña minoría en una sección extranjera contra la mayoría. Nunca vaciló en oponerse abiertamente a las decisiones más importantes de toda la organización internacional y actuar independientemente como en el caso de España. Al mismo tiempo usted consideró el partido holandés como tabú para todas las otras secciones. Toda palabra crítica en relación con su política general o más específicamente su política sindicalista era considerada un crimen. Con otro trabajo usted pidió una posición totalmente excepcional para a sección holandesa.

Cuando escribí una carta a nuestra conferencia internacional¹⁷⁴, en la cual expresé algunas consideraciones críticas respecto a su línea política, usted usó esta carta como pretexto para no participar en la conferencia. Usted declaró más tarde que no reconoce el Secretariado Internacional elegido formalmente. En todos estos problemas actúa absolutamente independiente de la organización internacional. En el problema de Reiss usted actuó sin el conocimiento y la participación de los camaradas rusos y creo que esta actitud absolutamente incomprensible contribuyó al trágico resultado. Le escribo esto con total franqueza porque considero esta carta personal. Estoy haciendo mi último esfuerzo para salvar su conexión con la Cuarta Internacional y al mismo tiempo el futuro del partido holandés.

Debe comprender finalmente que nadie en nuestro movimiento internacional se inclina a tolerar más la situación absolutamente anormal bajo la cual se protege el partido holandés con la bandera de la Cuarta Internacional y maneja una política flagrantemente contradictoria a todos nuestros principios y decisiones.

La NAS se ha convertido definitivamente en una piedra atada del cuello del partido y esta piedra lo arrastrará hasta el fondo¹⁷⁵. Un partido que no participa en los verdaderos sindicatos de masa no es un partido revolucionario. La NAS existe solamente gracias a la tolerancia y apoyo financiero del gobierno burgués y dicho apoyo depende de su actitud política. Esta es la razón verdadera por la cual el partido no elaboró una plataforma política, a pesar de toda nuestra insistencia y también es la razón por la cual usted, como diputado parlamentario, nunca pronunció un discurso genuinamente revolucionario que pudiera servir de propaganda en Holanda tanto como en el extranjero. Su actividad tiene un carácter diplomático y no muy revolucionario. Está atado de pies y manos a través de su posición en la NAS. Y la NAS no es un puente para las masas sino una pared que lo separa a usted de ellas.

Cuando criticamos la falsa política sindical en otros países, la gente pregunta: “¿Y su organización holandesa?”. Cuando criticamos la política menchevique y absolutamente fatal de las directivas del POUM usted interviene con el objeto de darles apoyo contra nosotros y lo hace bajo la bandera de la Cuarta Internacional. ¿Cree usted que cualquier organización revolucionaria sería puede tolerar indefinidamente tal situación? Somos muy pacientes, pero no podemos sacrificar los intereses elementales de nuestro movimiento.

¹⁷³ A comienzos de 1933, la amenaza del fascismo estimuló el desarrollo de importantes sectores izquierdistas en los viejos partidos socialdemócratas. Trotsky propuso la entrada temporal de los opositoristas de izquierda en ciertos partidos socialistas para vincularse a los nuevos jóvenes revolucionarios.

¹⁷⁴ La primera conferencia internacional de la Cuarta Internacional se reunió en Ginebra en julio de 1936. [Ver materiales en *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional (El Congreso de Fundación de la IV Internacional y otros anexos)*, páginas 163 y siguientes del formato pdf en estas mismas [OELT-EIS](#).]

¹⁷⁵ La NAS holandesa (Oposición Obrera Nacional): pequeño movimiento sindicalista de izquierda dirigido por Sneevliet durante la década del treinta.

Personalmente estoy listo para hacer lo que sea con el fin de reintegrar el partido holandés a las filas de la Cuarta Internacional. A través de la carta de Cannon sé que tiene la misma predisposición. Dudo de que alguien de nuestro lado desee o aun acepte la idea de una división. Pero al mismo tiempo nos liberaremos de este equívoco. En todo caso digo en nombre propio y abiertamente: si usted no acepta reglas comunes de colaboración y solidaridad activa, si renuncia a participar normalmente como cualquier otra sección en la conferencia internacional, si continúa con la actitud totalmente ambigua (en palabras con la Cuarta Internacional, en hechos contra ella), entonces es mejor sufrir una división abierta y honrada. Usted permanecerá con la NAS y nosotros con la Cuarta Internacional. Crearemos una sección en Holanda y trataremos de llevar a cabo a través de una lucha abierta lo que hemos sido incapaces de realizar a través de colaboración paciente y discusiones entre camaradas.

Vacilé por mucho tiempo antes de escribirle esta carta porque, permítame decirlo, conozco su impulsividad y lo fácil que le resulta tomar las decisiones más importantes bajo la influencia de motivos personales.

Es también posible que esta carta provoque en usted una reacción contraria a la intención con la cual está escrita. Es posible que use esta franca advertencia con el objeto de acelerar la división. Pero no tengo otra alternativa. El desenlace, especialmente después de la experiencia española y el incidente Reiss, no puede posponerse más. La hora de la última decisión está cercana. El futuro de nuestras relaciones depende enteramente de su actitud hacia la próxima conferencia. Es por esto que hago este llamado final a su sentido de responsabilidad revolucionaria. El día en que reciba un telegrama o una carta suya anunciando que su partido participará en la conferencia bajo las mismas bases como cualquier otra sección será magnífico, no solamente para mí sino para la Cuarta Internacional y especialmente para el partido holandés. Si decide lo contrario cada uno de nosotros sabrá qué hacer.

*Con los mejores saludos de camarada,
León Trotsky*

[El sindicato, la norma y los hechos]¹⁷⁶

(3 de diciembre de 1937)

[...]

Es la sustitución de un método objetivo y dialéctico por uno subjetivo y “normativista” lo que dificulta a muchos camaradas llegar a una evaluación sociológica correcta de la Unión Soviética. No sin razón Burnham y Carter afirman que ésta no puede ser considerada un estado obrero “en el sentido tradicional que el marxismo otorga al término”. Esto simplemente significa que la Unión Soviética no se ajusta a las normas de un estado obrero tal como está expuesto en nuestro programa. En este sentido no puede haber desacuerdo. Nuestro programa contaba con un desarrollo progresivo del estado obrero y por lo tanto con su gradual extinción. Pero la historia que no siempre actúa “de acuerdo a un programa” nos ha confrontado con el proceso de degeneración del estado de los trabajadores.

Pero, ¿significa esto que un estado obrero que entra en conflicto con las exigencias de nuestro programa, deja de ser por tanto un estado obrero? Un hígado enfermo de malaria no corresponde a un tipo normal de hígado, pero no por eso deja de serlo. Para la comprensión de su naturaleza, la anatomía y la fisiología no son suficientes; también es necesaria la patología. Por supuesto es mucho más fácil ver el hígado enfermo y decir: “No me gusta este objeto” y darle la espalda. Pero un médico no puede permitirse ese lujo. De acuerdo a las condiciones de la enfermedad y a la deformación resultante del órgano, debe recurrir o bien a un tratamiento terapéutico (“reformas”) o a la cirugía (“revolución”). Pero para poder hacer esto debe primero que todo comprender que el órgano deformado es un hígado y no otra cosa. Pero tomemos una analogía más familiar; aquélla entre un estado obrero y un sindicato. Desde el punto de vista de nuestro programa, el sindicato debería ser una organización de la lucha de clases. ¿Cuál debería ser entonces nuestra actitud hacia la Federación Norteamericana del Trabajo? En su dirección se encuentran reconocidos agentes de la burguesía. Ante todos los problemas esenciales, los señores Green, Woll y compañía sostienen una línea política directamente opuesta a los intereses del proletariado. Podemos ampliar la analogía y decir que, si hasta la aparición del CIO la Federación Norteamericana del Trabajo llevó a cabo una labor de alguna manera progresiva, ahora que el principal contenido de su actividad se centra en una lucha contra las tendencias más progresistas (o menos reaccionarias) del CIO, todo el aparato de Green se ha convertido en un factor definitivamente reaccionario. Esto sería completamente correcto. Pero la AFL no deja de ser por esto una organización sindical.

El carácter de clase del estado está determinado por su relación con las formas de propiedad de los medios de producción. El carácter de una organización obrera, como un sindicato, está determinado por su relación con la distribución de la renta nacional. El hecho de que Green y Compañía defiendan la propiedad privada de los medios de producción los caracteriza como burgueses. Si además estos caballeros defendieran los ingresos de los burgueses de los ataques de los trabajadores, dirigieran una lucha contra las huelgas, contra el alza de salarios, contra la ayuda a los desempleados; entonces

¹⁷⁶ Extracto de León Trotsky, *En defensa del marxismo*, páginas 157-156 del formato pdf en estas mismas OELT-EIS.

tendríamos una organización de esquiroles y no un sindicato. Sin embargo, Green y Cía., con el fin de no perder su base, deben, dentro de ciertos límites, dirigir la lucha de los trabajadores por un aumento (o por lo menos contra una disminución) de su parte en la renta nacional. Este síntoma objetivo es suficiente en todos los casos importantes para permitirnos trazar una línea de demarcación entre el sindicato más reaccionario y una organización de esquiroles. Estamos pues moralmente obligados no solamente a continuar trabajando en la AFL, sino a defenderla contra los esquiroles, el Ku Klux Klan y elementos similares.

La función de Stalin como la de Green tiene un doble carácter, Stalin sirve a la burocracia y por lo tanto a la burguesía mundial; pero él no puede servir a la burocracia sin defender la base social que la burocracia explota en su propio interés. Hasta ese punto, Stalin defiende la propiedad nacionalizada contra los ataques imperialistas y contra las capas demasiado impacientes y avaras de la burocracia misma. Sin embargo, él lleva a cabo esta defensa con métodos que preparan la destrucción general de la sociedad soviética. Es exactamente por esto que la camarilla estalinista debe ser derrocada, pero es el proletariado revolucionario quien debe hacerlo. El proletariado no puede subcontratar este trabajo a los imperialistas. A pesar de Stalin, el proletariado defiende a la Unión Soviética de los ataques imperialistas.

El desarrollo histórico nos ha acostumbrado a una gran variedad de sindicatos: combativos, reformistas, revolucionarios, reaccionarios, liberales y católicos. Con el estado obrero se da lo contrario. Este fenómeno lo vemos ahora por primera vez. Esto explica nuestra inclinación a atacar a la Unión Soviética desde el punto de vista de las *normas* del programa revolucionario. Al mismo tiempo el estado de los trabajadores es un *hecho* objetivo histórico, el cual está siendo sometido a la influencia de diferentes fuerzas históricas y puede, tal como vemos, llegar a una contradicción total con las normas “tradicionales”.

Los camaradas B. y C. están en lo correcto cuando dicen que Stalin y Cía. sirven con su política a la burguesía internacional. Pero esta afirmación, aunque correcta, debe establecerse en las condiciones precisas de tiempo y lugar. Hitler también sirve a la burguesía. Sin embargo, entre las funciones de Hitler y Stalin hay una diferencia. Hitler defiende las formas burguesas de propiedad. Stalin adapta los intereses de la burocracia a las formas proletarias de la propiedad. El mismo Stalin en España, es decir, en el terreno de un régimen burgués, ejerce la función de Hitler (en sus métodos políticos poco difieren uno del otro). La yuxtaposición de los diferentes papeles sociales desempeñados por el mismo Stalin en la Unión Soviética y España demuestra igualmente que la burocracia no es una clase independiente sino el instrumento de las clases; y que es imposible definir la naturaleza social de un estado por la virtud o la vileza de la burocracia.

[Más sobre el partido holandés y la cuestión sindical]¹⁷⁷

(21 de enero de 1938)

Queridos camaradas,

Es posible que mi última carta no fuera lo suficientemente explícita, puesto que insinuaron la idea de que conservo ciertas ilusiones sobre la actitud y los planes del camarada Sneevliet. No, desgraciadamente después de cinco años de experiencia ininterrumpida, no puedo permitirme la más mínima ilusión. El único reproche que podemos hacernos, y del cual no me excluyo, es el mismo que en el caso de Nin: hemos sido demasiado pacientes, demasiado indulgentes y tolerantes con la actitud del camarada Sneevliet. Siempre es difícil, en casos de esta índole, determinar el momento en que es necesario pasar a una lucha abierta. Creo que éste se determinó con la intervención de Sneevliet en el problema español. Su actitud a este respecto fue una traición abierta a los principios más elementales del marxismo revolucionario y a todas nuestras decisiones. Son él y los de su clase quienes, en su propia confusión, han aumentado confianza al POUM y la desconfianza hacia el marxismo revolucionario. El resultado lo conocemos.

Desgraciadamente, en ese mismo momento se realizaban los Juicios de Moscú, los confinamientos, etcétera. Todas nuestras secciones se preocupaban de estos nuevos problemas y la cuestión holandesa seguía prolongándose. El Secretariado Internacional cumplió con su deber. Todo lo que ha escrito sobre y contra Sneevliet, fue y es absolutamente correcto. Precisamente por esa razón, Sneevliet nunca se ha atrevido a responder con argumentos políticos, utilizando en su lugar (y esa es su manera) un lenguaje abusivo que es absolutamente intolerable e injustificable. Sneevliet no tiene el más mínimo interés en el marxismo, en teorías, en una orientación general. Lo que le interesa es el NAS, una diminuta máquina burocrática, un puesto parlamentario. Utiliza la bandera de la Cuarta Internacional, sobre todo, con el fin de proteger su trabajo oportunista en Holanda. Puesto que el NAS depende económicamente del gobierno, Sneevliet ha evadido toda política precisa, es decir marxista, con el fin de no provocar la tempestad del gobierno sobre el NAS. El RSAP no ha sido y no es más que un apéndice político del NAS, que no puede sobrevivir por sí mismo y que ha disminuido en los últimos años de 25.000 a 12.000 miembros y probablemente menos.

En los problemas español y del Frente Popular, sin hablar de la política interna holandesa, Sneevliet ocupa una posición que no es de ninguna manera superior a la de los partidos del Buró de Londres. Más aún, nunca ocultó tener una doble conexión: con el Secretariado Internacional y con el Buró de Londres. Prácticamente rompió relaciones con el primero, creo que hace un año o más. Ha utilizado este tiempo para preparar a su organización en la ruptura definitiva. Siempre rehusó librar una discusión honrada sobre las diferencias y en el problema de Reiss se comportó de una manera absolutamente desleal con la sección rusa, contribuyendo grandemente al trágico desenlace.

En mi opinión, el Secretariado Internacional hizo todo lo posible para facilitar la colaboración y no podemos reprocharle el no haber logrado cambiar la naturaleza de la directiva del RSAP, enteramente oportunista, sindicalista y antimarxista. Esta es la

¹⁷⁷ "Conclusión de una larga experiencia" (Carta al Secretariado Internacional), en *Escritos*, Tomo IX, Volumen 1, páginas 211-214 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940*, Editorial Pluma.

conclusión indiscutible de una larga experiencia. Si propuse que escribieran una vez más una carta a Sneevliet, invitándolo a participar en la conferencia internacional y exigiendo la participación de su partido en las discusiones, no fue porque personalmente tenga la más mínima ilusión, sino porque estoy bajo la impresión de que otras secciones, particularmente las del Nuevo Mundo, no han seguido suficientemente el complicado desarrollo de este problema y de que alguien cree que podrían ser posiblemente los “métodos” incorrectos del Secretariado Internacional y no el oportunismo orgánico de la directiva del RSAP, lo que empujó a Sneevliet a preparar una ruptura con la Cuarta Internacional y su unión eventual al Buró de Londres. (Espero que nadie haya olvidado que Sneevliet luchó obstinadamente contra la resolución de nuestra última Conferencia Internacional sobre el Buró de Londres. Esto no es sorprendente; él sintió que esta resolución lo afectaba.) El 2 de diciembre de 1937¹⁷⁸, le envié una carta personal a Sneevliet donde hice un último esfuerzo por obtener una respuesta. No ha contestado esta carta. Por lo tanto, envíe una copia de esta carta a todas las secciones.

Es necesario que el problema holandés tome su lugar en la discusión anterior a la conferencia. En primer lugar, es cuestión de analizar la experiencia sindicalista de Sneevliet con el fin de excluir de una vez por todas la posibilidad de políticas análogas en otras secciones. Vemos que aquí y allá juegan con la posibilidad de “sus propios” sindicatos y esta política lleva inevitablemente a la ruina. La Cuarta Internacional no puede permitir esta política en sus filas sin perecer. Sobre este problema, como sobre muchos otros, la experiencia holandesa nos enseña lo que no se debe hacer.

Envíe simultáneamente una carta abierta a la prensa del RSAP y les incluyo una copia,

León Trotsky

¹⁷⁸ Ver más arriba en páginas 223-225.

Periódicos de fábrica y periódico teórico¹⁷⁹

(27 de enero de 1938)

Recibí su paquete de periódicos de fábrica y hojas volantes, etcétera. En realidad, es la única manera apropiada de llegar a las masas menos educadas, mientras se ahonda y mantiene continuamente su comprensión teórica. Es necesario cierto tipo de “centralismo democrático” en la organización de propaganda escrita y de agitación. Acérquese usted a los trabajadores con las más simples demandas y consignas, las cuales brotan directamente de la vida en las fábricas. No se apresure a deducirlo todo en cada ocasión, es decir en cada artículo. Cada día tiene su tarea.

Pero con el fin de hacer este trabajo de masas disperso y descoordinado, el pensamiento del partido debe estar lo suficientemente centralizado y encontrar su inspiración diaria en un laboratorio donde todas las preguntas, aun las más complejas, se analicen y enfoquen sutilmente. El Banco de Francia se ve obligado en ciertas épocas a renovar sus reservas de oro de tal modo que el dinero en circulación no se devalúe por la inflación.

No sé cuál es la actual circulación de *Lutte*, pero hay miles de trabajadores en Francia que no solamente son capaces de entender un artículo que toma un punto de vista más amplio, sino que exigen a la prensa de los trabajadores respuestas profundas a las complejas preguntas planteadas por la situación mundial.

Recordemos la discusión con el grupo Molinier sobre “un periódico de masas”. El folleto de nuestro pobre N. Braun contiene un número de ideas excelentes sobre este tema¹⁸⁰. *Al transformar el órgano central del partido en cierto tipo de periódico de fábrica, ustedes nunca llegarán a las masas, y en cambio perderán su carácter político distintivo y con él, sus propios miembros.*

El hecho de que Craipeau fuera capaz de conseguir una tercera parte (él dice que un 40%) de los miembros del partido [en el segundo congreso del POI en el otoño de 1937] es un síntoma perturbador de degeneración política. Personalmente, Craipeau es un camarada excelente, dedicado, pero me temo que se está moviendo más y más en la dirección de Vereecken, es decir hacia un atolladero.

Sigo la discusión del comité central belga con gran preocupación. Como dice el apóstol, se esfuerzan por los mosquitos y tragan camellos. Creo que las dificultades de la sección belga pueden explicarse hasta cierto punto *por la falta de un periódico teórico en francés*. La importancia de este problema no puede ser exagerada. Estos son tiempos borrascosos y las masas están intranquilas. Los trabajadores más inteligentes, que sobre todo tratan de entender lo que sucede, no estarán satisfechos con la sola repetición de las consignas comunes. Debe dárseles una respuesta completa. Una docena o un centenar de

¹⁷⁹ “Periódicos de fábrica y periódico teórico”, en *Escritos, Tomo IX, Volumen 1*, páginas 217-220 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#).

¹⁸⁰ Raymond Molinier (n. 1904), cofundador del grupo trotskysta francés con el cual colaboró Trotsky hasta 1935, año en el que fue expulsado por haber violado la disciplina y publicar su propio periódico, el “periódico de masas” *La Commune*. En los años siguientes se hicieron numerosos intentos de reunificación, pero sólo tuvieron éxito a mediados de la Segunda Guerra Mundial. Nicolle Braun, era Erwin Wolf. Su folleto, *L'Organe de masse* (El periódico de masas), con una introducción de Trotsky, fue publicado por el Secretariado Internacional. Trotsky lo llama “nuestro pobre N. Braun” debido a que había sido recientemente secuestrado y asesinado por la GPU en España.

trabajadores de este calibre, que podamos ganar para nuestras ideas generales, pueden llevar miles y miles de trabajadores a nuestro movimiento.

Nada de esto está dirigido en forma alguna contra el trabajo masivo. Nuestro trabajo en los sindicatos es absolutamente decisivo. El peor error cometido por los camaradas de Borinage fue gastar su tiempo, energía y prestigio creando “sindicatos” para su propia satisfacción. Se inspiraron no en la experiencia de décadas, ni en las lecciones de los primeros cuatro congresos de la Tercera Internacional¹⁸¹ sino en el ejemplo de un burócrata sin programa ni principios como Sneevliet.

El trabajo en los sindicatos reformistas, repito, debería ser primero. Pero para que este trabajo pueda ser llevado a cabo de una manera verdaderamente revolucionaria, el partido debe tener un buen periódico central y uno teórico. ¿No cree que sería posible para la sección francesa unida a la belga (y posiblemente el grupo de Ginebra) mantener un periódico teórico mensual? ¿El “internacionalismo”, que se proclama verbalmente, es insuficiente para una empresa tal? Más aun, el problema se refiere a la existencia misma de las secciones francesa y belga.

No sé si los camaradas franceses tienen oportunidad de seguir la vida de nuestra sección en Estados Unidos. Ha progresado notablemente. El nivel de discusión era muy alto y la convención terminó en casi completo acuerdo y con la autoridad realzada de los dirigentes. Recuerdo el alarido de Sneevliet cuando los norteamericanos entraron al partido socialista. Despotricó contra la “Segunda Internacional”, el oportunismo, etcétera. Naturalmente Vereecken repitió todas estas acusaciones. Sin embargo, la sección norteamericana es la única que ha progresado apreciablemente y demostrado una verdadera madurez política.

Crux [Trotsky]

Acabo de recibir el número cuatro de *Quatrième Internationale*. Es muy alentador. Pero a pesar de todas las promesas solemnes no hay la más mínima esperanza de que el número cinco aparezca pronto. En mi opinión, la única manera de asegurar su publicación regular es con la colaboración de los belgas.

¹⁸¹ [En estas mismas EIS: *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones.*]

[Sobre el movimiento obrero en Estados Unidos y en Europa]¹⁸² (31 de mayo de 1938)

Pregunta: en las filas de nuestro partido la cuestión que parece más discutida en relación con la aceptación del programa de reivindicaciones transitorias es la de tratar con el partido obrero en Estados Unidos. Algunos camaradas sostienen que es incorrecto abogar por la formación de un partido obrero, sosteniendo que no hay evidencia que indique un sentimiento generalizado favorable a tal partido, que si hubiera un partido en proceso de formación, o incluso un sentimiento generalizado, entonces lo enfrentaríamos con un programa que le daría a este movimiento un contenido revolucionario. Pero en vista de la falta de tales factores objetivos esta parte de la tesis es oportunista. ¿Podría aclarar más este punto?

Trotsky: creo que es necesario recordar los hechos más elementales de la historia del desarrollo del movimiento obrero en general y de los sindicatos en particular. En este sentido, encontramos diferentes tipos de desarrollo de la clase obrera en diferentes países. Cada país tiene un tipo específico de desarrollo, pero lo clasificamos en general.

En Austria, y especialmente en Rusia, el movimiento obrero comenzó como un movimiento político, como un movimiento de partido. Ese fue el primer paso. La socialdemocracia en su primera etapa esperaba que la reconstrucción socialista de la sociedad estuviera cerca, pero sucedió que el capitalismo era lo suficientemente fuerte como para durar por un tiempo. Pasó un largo período de prosperidad y la socialdemocracia se vio obligada a organizar sindicatos. En países como Alemania, Austria, y especialmente en Rusia, donde los sindicatos eran desconocidos, fueron iniciados, construidos y guiados por un partido político: la socialdemocracia.

Otro tipo de desarrollo es el que se da a conocer en los países latinos, en Francia, y especialmente en España. Aquí el movimiento partidista y el sindical son casi independientes entre sí y bajo diferentes banderas, incluso hasta cierto punto antagónicos entre sí. El partido es una máquina parlamentaria. Los sindicatos están hasta cierto punto en Francia (más en España) bajo el liderazgo de los anarquistas.

El tercer tipo es proporcionado por Gran Bretaña, los Estados Unidos y, más o menos, por los *dominion* (la Commonwealth). Inglaterra es el país clásico de los sindicatos. Allí se comenzó a crear sindicatos a finales del siglo XVIII, antes de la Revolución Francesa y durante la llamada revolución industrial. (En los Estados Unidos, durante el surgimiento del sistema manufacturero). En Inglaterra la clase obrera no tenía su partido independiente. Los sindicatos eran las organizaciones de la clase obrera, en realidad la organización de la aristocracia obrera, de los estratos superiores. En Inglaterra había una aristocracia obrera, al menos en las capas superiores del proletariado, porque la burguesía británica, que gozaba del control casi monopolístico del mercado mundial, podía conceder una pequeña parte de la riqueza a la clase obrera y, así, absorber parte del ingreso nacional. Los sindicatos fueron medios adecuados para lograr esas concesiones

¹⁸² Tomado de “[Discusiones sobre las consignas transitorias, aplicación programa de transición y construcción partido obrero. N°3]”, en Trotsky inédito en internet y en castellano-Edicions Internacionals Sedov.

de la burguesía. Sólo después de cien años los sindicatos comenzaron a construir un partido político. Esto es absolutamente contrario a Alemania o Austria. Allí el partido despertó a la clase obrera y construyó los sindicatos. En Inglaterra los sindicatos, después de siglos de existencia y lucha, se vieron obligados a crear un partido político.

¿Cuáles fueron las razones de este cambio? Se debió a la completa decadencia del capitalismo inglés, que comenzó de manera muy brusca. El partido inglés tiene sólo un par de décadas de existencia y está adquiriendo importancia, especialmente después de la Guerra Mundial. ¿Cuál es la razón de este cambio? Es bien sabido que se debió a la abolición del control monopólico de Inglaterra sobre el mercado mundial. Comenzó en los años ochenta del siglo XIX con la competencia de Alemania y de los Estados Unidos. La burguesía perdió su capacidad de conceder a las capas superiores del proletariado una posición privilegiada. Los sindicatos perdieron la posibilidad de mejorar la situación de los obreros y estos se vieron empujados al camino de la acción política porque la acción política es la generalización de la acción económica. La acción política generaliza las necesidades de los trabajadores y las dirige no contra sectores de la burguesía sino contra la burguesía en su conjunto organizada en el estado.

Ahora bien, en los Estados Unidos podemos decir que los rasgos característicos del desarrollo inglés se presentan de forma aún más concentrada en un período más corto porque toda la historia de los Estados Unidos es más corta. Prácticamente, el desarrollo de los sindicatos en los Estados Unidos comenzó después de la Guerra Civil, pero estos sindicatos estaban muy atrasados incluso en comparación con los sindicatos de Gran Bretaña. En gran medida eran sindicatos mixtos de empleadores y empleados, no sindicatos combativos y militantes. Eran sectoriales y diminutos. Se basaban en el sistema artesanal, no en el industrial, y vemos que sólo en los últimos dos o tres años se desarrollaron los auténticos sindicatos en los Estados Unidos. Este nuevo movimiento lo representa el CIO.

¿Cuál es la razón de la aparición del CIO? Es la decadencia del capitalismo estadounidense. En Gran Bretaña, el comienzo de la decadencia del sistema capitalista obligó a los sindicatos existentes a unirse en un partido político. En los Estados Unidos el mismo fenómeno (el comienzo de la decadencia) ha producido sólo los sindicatos industriales, pero estos sindicatos aparecieron en escena sólo a tiempo para cumplir con el nuevo capítulo de la decadencia del capitalismo, o (más correctamente) podemos decir que la primera crisis de 1929-1933 dio el empuje y abocó a la organización del CIO. Pero escasamente organizado, el CIO se enfrenta a la segunda crisis, 1937-1938, que continúa y se profundiza.

¿Qué significa este hecho? Que en los Estados Unidos ha pasado mucho tiempo antes de la organización de los sindicatos, pero, ahora que existen sindicatos genuinos, deben sufrir la misma evolución que los sindicatos ingleses. Es decir, sobre la base de un capitalismo en declive, se ven obligados a recurrir a la acción política. Creo que este es el hecho más importante de todo el asunto.

La cuestión-pregunta dice: “No hay pruebas que indiquen un sentimiento generalizado por un partido así”. Recordarán que cuando discutimos esta cuestión con otros camaradas hubo algunas divergencias al respecto. No puedo juzgar si existe o no sentimiento por un partido obrero porque no carezco de observaciones o impresiones personales, pero no me parece decisivo en qué medida los dirigentes de los sindicatos o las bases están dispuestos o inclinados a construir un partido político. Es muy difícil establecer información objetiva. No tenemos ningún aparato para celebrar un referéndum. Sólo podemos medir el estado de ánimo mediante la acción y contrastar así si la consigna está al orden del día. Pero lo que podemos decir es que la situación objetiva es absolutamente decisiva. Los sindicatos como sindicatos sólo pueden tener una actividad

defensiva, perdiendo miembros y volviéndose cada vez más débiles a medida que la crisis se profundiza, creando más y más parados. La tesorería se empobrece cada vez más, las tareas aumentan más y más mientras que sus medios son cada vez más pequeños. Es un hecho; no podemos cambiarlo. La burocracia sindical se desorienta cada vez más, las bases están cada vez más insatisfechas y esta insatisfacción es cada vez mayor cuanto mayores son sus esperanzas en el CIO, y especialmente en vistas del crecimiento sin precedentes del CIO: en dos o tres años han entrado en liza 4.000.000 de personas nuevas que plantean problemas objetivos que no pueden ser eliminados ni resueltos por los sindicatos. En esta situación debemos dar una respuesta. Si los dirigentes sindicales no están preparados para la acción política, debemos pedirles que desarrollen una nueva orientación política. Si se niegan, los denunciaremos. Esta es la situación objetiva.

Digo aquí lo que dije sobre todo el programa de transición. El problema no es el estado de ánimo de las masas, sino la situación objetiva, y nuestro trabajo es confrontar los elementos atrasados de las masas con las tareas que están determinadas por hechos objetivos y no por la psicología. Lo mismo es absolutamente correcto para esta pregunta específica sobre el partido obrero. Si no queremos que la lucha de clases resulte aplastada y reemplazada por la desmoralización, entonces el movimiento debe encontrar un nuevo canal y este canal es político. Ese es el argumento fundamental a favor de esta consigna.

Nos reclamamos del marxismo, del socialismo científico. ¿Qué significa en realidad el “socialismo científico”? Significa que el partido que representa a esa ciencia social, parte, como toda ciencia, no de deseos, tendencias o estados de ánimo subjetivos, sino de hechos objetivos, de la situación material de las diferentes clases y sus relaciones. Sólo con este método podemos establecer reivindicaciones adecuadas a la situación objetiva y sólo después podemos adaptar estas demandas y consignas a la mentalidad dada de las masas. Pero empezar por esta mentalidad como hecho fundamental significaría no una política científica sino una política coyuntural, demagógica o aventurera.

Uno puede preguntarse: ¿por qué no previmos este desarrollo hace cinco, seis o siete años? ¿Por qué declaramos durante el período pasado que no estábamos dispuestos a luchar por esta consigna del partido obrero? La explicación es muy simple. Estábamos absolutamente seguros, nosotros los marxistas, los iniciadores del movimiento norteamericano por la IV Internacional, de que el capitalismo mundial había entrado en un período de decadencia. En ese período la clase obrera se educa objetivamente y se mueve subjetivamente, preparándose para la revolución social. La dirección era la misma en los Estados Unidos, pero la cuestión de la dirección no es suficiente. La otra cuestión es la velocidad de su desarrollo; y en este sentido, en vistas de la fuerza del capitalismo estadounidense, algunos de nosotros, y yo mismo entre ellos, imaginamos que la capacidad del capitalismo estadounidense para resistir las destructivas contradicciones internas sería mayor, y que durante cierto tiempo el capitalismo estadounidense podría utilizar el declive del capital europeo para cubrir un período de prosperidad antes de su propio declive. ¿Cuánto tiempo durará el período? ¿De diez a treinta años se podría decir? De todos modos, yo, personalmente, no vi que esta crisis aguda, o una serie de crisis, comenzaría en el siguiente período y se haría cada vez más profunda.

Por eso, hace ocho años, cuando discutí esta cuestión con los camaradas estadounidenses, fui muy cauteloso. Fui muy cauteloso en mi pronóstico. Mi opinión era que no podíamos prever cuándo los sindicatos estadounidenses entrarían en un período en el que se verían obligados a actuar políticamente. Si ese período crítico se iniciara en diez o quince años, entonces nosotros, la organización revolucionaria, podríamos convertirnos en una gran potencia que influyera directamente en los sindicatos y se convirtiera en la fuerza dirigente. Por eso hubiera sido absolutamente pedante, abstracto,

artificial proclamar la necesidad del partido obrero en 1930 y esta consigna abstracta se habría convertido en una desventaja para nuestro propio partido. Eso fue al principio de la crisis anterior. ¡Pero entonces quién podía prever que este período sería seguido por una nueva crisis aún más profunda con una influencia de cinco a diez veces más profunda porque es una repetición!

Ahora no debemos contar con nuestro pronóstico de ayer, sino con la situación de hoy. El capitalismo estadounidense es muy fuerte, pero sus contradicciones son más fuertes que el capitalismo mismo. La velocidad de declive se produce a la velocidad estadounidense y esto crea una nueva situación para los nuevos sindicatos, para el CIO incluso más que para la AFL. En esta situación es peor para el CIO que para la AFL porque la AFL es más capaz de resistir debido a su base de aristocracia obrera. Debemos cambiar nuestro programa porque la situación objetiva es totalmente diferente de nuestro pronóstico anterior.

¿Qué significa esto? ¿Qué estamos seguros de que la clase obrera, los sindicatos, se adherirán a la consigna del partido obrero? No, no estamos seguros de que los trabajadores se adhieran a la consigna del partido obrero. Cuando comenzamos la lucha no podemos estar seguros de ser victoriosos. Sólo podemos decir que nuestra consigna se corresponde con la situación objetiva y que los mejores elementos comprenderán y los elementos más atrasados que no entiendan se verán comprometidos.

En Minneapolis no podemos decir a los sindicatos que deben adherirse al SWP. Sería una broma incluso en Minneapolis. ¿Por qué? Porque el declive del capitalismo se desarrolla diez veces, cien veces más rápido que la velocidad de desarrollo de nuestro partido. Es una nueva contradicción. La necesidad de un partido político para los trabajadores viene dada por las condiciones objetivas, pero nuestro partido es demasiado pequeño, con muy poca autoridad para organizar a los trabajadores en sus propias filas. Por eso debemos decir a los trabajadores, a las masas, que deben tener un partido. Pero no podemos decir inmediatamente a estas masas que deben unirse a nuestro partido.

En una reunión masiva, 500 participantes estarían de acuerdo en la necesidad de un partido obrero, sólo cinco estarían de acuerdo en unirse a nuestro partido, lo que demuestra que la consigna de un partido obrero es una consigna que agita. La segunda consigna sólo lo hace en los más avanzados.

¿Deberíamos usar ambas consignas o una sola? Diría que las dos. La primera, el partido obrero independiente, prepara la arena para nuestro partido. La primera consigna prepara y ayuda a los trabajadores a avanzar y prepara el camino para nuestro partido. Ese es el sentido de nuestra consigna. Decimos que no nos contentaremos con esta consigna abstracta, aunque hoy no tan abstracta como hace diez años porque la situación objetiva es diferente. No es lo suficientemente concreta. Debemos mostrar a los trabajadores lo que este partido debería ser: un partido independiente, no para Roosevelt o La Follette, sino un aparato para los propios trabajadores. Por eso, en el campo de las elecciones deben tener sus propios candidatos. Luego debemos introducir nuestras consignas de transición, no todas a la vez, sino cuando surja la ocasión, primero una y después la otra. Por eso no veo ninguna justificación para no aceptar esta consigna. Sólo veo una razón psicológica. Nuestros camaradas, al luchar contra los lovestonianos, querían nuestro propio partido y no este partido abstracto. Ahora es desagradable. Naturalmente, los estalinistas dirán que somos fascistas, etc. Pero no es una cuestión de principios; es una cuestión táctica. A Lovestone le parecerá que nos desprestigiamos ante los lovestonianos, pero esto no importa. Nos orientamos no según Lovestone sino según las necesidades de la clase obrera. Creo que incluso desde el punto de vista de nuestra competencia con los lovestonianos es un más y no un menos. En una reunión contra un lovestoniano explicaría cuál era nuestra posición y por qué hemos cambiado. “En esa

época, ustedes los lovestonianos nos atacaron. Bien. Ahora, en esta cuestión, que era tan importante para usted, hemos cambiado de opinión. Ahora, ¿qué tienen en contra de la Cuarta Internacional?” Estoy seguro de que prepararíamos una división de esta manera entre los lovestonianos. En este sentido, no veo ningún obstáculo.

Antes de terminar, quiero hacer una corrección en la formulación de la pregunta: la propuesta del partido obrero no forma parte del programa de reivindicaciones transitorias, sino que es una moción especial.

Pregunta: en un sindicato, ¿se aboga por un partido obrero, se vota por él?

Trotsky: ¿Por qué no? En el caso de un sindicato en el que se plantea la cuestión, me levantaré y diré que la necesidad de un partido obrero está absolutamente demostrada por todos los acontecimientos. Está demostrado que la acción económica no es suficiente. Necesitamos acción política. En un sindicato diré que lo que cuenta es el contenido del partido obrero, por eso me reservo algo que decir sobre el programa, pero votaré a favor.

Pregunta: los obreros parecen absolutamente apáticos hacia un partido obrero; sus líderes no están haciendo nada, y los estalinistas están a favor de Roosevelt.

Trotsky: pero esto es característico de un cierto período en el que no hay *ningún programa*, en el que no ven el nuevo camino. Es absolutamente necesario superar esta apatía. Es absolutamente necesario dar una nueva consigna.

Pregunta: algunos camaradas incluso han reunido cifras que tienden a demostrar que el movimiento a favor del partido obrero está en realidad declinando entre los trabajadores.

Trotsky: hay una línea mayor y luego oscilaciones menores, como por ejemplo los estados de ánimo en el CIO, que primero comenzó con agresividad. Ahora, en la crisis, el CIO aparece mil veces más peligroso que antes para los capitalistas, pero los líderes tienen miedo de romper con Roosevelt. Las masas esperan. Están desorientadas, el paro está aumentando. Es posible demostrar que el sentimiento ha disminuido desde hace un año. Posiblemente la influencia estalinista se suma a esto, pero esto es sólo una oscilación secundaria, y es muy peligroso basarnos en las oscilaciones secundarias ya que en poco tiempo el movimiento mayor se vuelve más imperativo y esta necesidad objetiva encontrará su expresión subjetiva en las cabezas de los trabajadores, especialmente si los ayudamos. El partido es un instrumento histórico para ayudar a los trabajadores.

Pregunta: algunos de los miembros que vinieron del Partido Socialista se quejan de que en ese momento estaban a favor de un partido obrero y estaban convencidos al argumentar con los trotskistas que estos estaban equivocados. Ahora deben volver a cambiar.

Trotsky: sí, es una cuestión pedagógica, pero es una buena escuela para los compañeros. Ahora pueden ver el desarrollo dialéctico mejor que antes.

La industria nacionalizada y la gestión obrera¹⁸³

(junio de 1938)

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero ejerce un papel decisivo. De ahí la debilidad relativa de la burguesía *nacional* en relación con el proletariado *nacional*. Esto crea condiciones particulares del poder de estado. El gobierno va dando bordadas entre el capital extranjero y el indígena, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente pujante. Ello le confiere al gobierno un carácter bonapartista *sui generis* particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar ya sea haciendo de instrumento del capital extranjero y manteniendo al proletariado bajo las cadenas de una dictadura policiaca, ya sea maniobrando con el proletariado, e incluso llegando a hacerle concesiones, y conquistando, así, la posibilidad de gozar de cierta libertad frente a los capitalistas extranjeros. La política actual del gobierno se sitúa en el segundo estadio: sus más grandes conquistas son las expropiaciones de los ferrocarriles y de la industria petrolífera.

Estas medidas pertenecen integralmente al dominio del capitalismo de estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de estado se encuentra bajo la pesada presión del capital privado extranjero y de sus gobiernos, y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los trabajadores. Por ello, y sin dejar que se le escape el poder de las manos, se esfuerza en hacer recaer sobre las organizaciones obreras una parte importante de la responsabilidad de la marcha de la producción en las ramas nacionalizadas de la industria.

¿Cuál debería ser en este caso la política del partido obrero? Afirmar que la vía hacia el socialismo no pasa por la revolución proletaria, sino por la nacionalización por el estado burgués de diversas ramas de la industria y su transferencia a manos de las organizaciones obreras, sería, evidentemente, un desastroso error y una perfecta estafa. Pero no se trata de eso. El gobierno burgués ha efectuado él mismo la nacionalización y se ha visto obligado a pedir la participación obrera en la gestión de la industria nacionalizada. Por supuesto que se puede esquivar el problema citando el hecho que, salvo si el proletariado se apodera del poder, la participación de los sindicatos en la gestión de las empresas de capitalismo de estado no puede ofrecer resultados socialistas. Sin embargo, una política tan negativa por parte del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y no contribuiría más que a reforzar las posiciones oportunistas. Para los marxistas se no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan en el marco del capitalismo de estado y hacer progresar al movimiento revolucionario de los obreros.

¹⁸³ “La industria nacionalizada y la gestión obrera”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano / Obras Escogidas](#). Este artículo no figura en ningún archivo de Trotsky. Fue descubierto e identificado en abril de 1946, durante una visita de Joe Hansen al viejo militante mexicano Rodrigo García Treviño (nacido en 1902). Este último, que era uno de los dirigentes de la CTM, cercano a Francisco Zamora, y que tenía contactos con Trotsky, había intentado persuadir a este último de la importancia de la gestión obrera decidida por el gobierno Cárdenas para los ferrocarriles y empresas petrolífera nacionalizadas. Aparentemente Trotsky quedó inquietado puesto que anunció que reflexionaría. Este texto es el resultado de sus reflexiones que envió algunos días después a García Treviño. El ejemplar encontrado en casa de García Treviño tenía correcciones manuscritas de Trotsky y no hay dudas en cuanto a su autenticidad.

Hace tiempo que la participación en los parlamentos burgueses tampoco puede ofrecer resultados positivos importantes; bajo determinadas condiciones, conduce incluso a la desmoralización de los diputados de los obreros. Pero ello no constituye en absoluto para los obreros un argumento a favor del antiparlamentarismo.

Sería inexacto identificar la política de participación de los obreros en la gestión de la industria nacionalizada y la participación de los socialistas en un gobierno burgués (lo que llamamos *ministerialismo*). Todos los miembros del gobierno están ligados los unos a los otros por lazos de solidaridad. Un partido que está representado en el gobierno es responsable de toda la política gubernamental en su conjunto. La participación en la gestión de una rama determinada de la industria deja completa posibilidad de una oposición política. En el caso en que los representantes de los obreros estén en minoría en la gestión, tienen la entera posibilidad de hablar de y publicar sus propuestas que hayan sido rechazadas por la mayoría, llevarlas al conocimiento de los trabajadores, etc.

Se puede comparar la participación de los sindicatos en la gestión de la industria nacionalizada con la participación de los socialistas en los *ayuntamientos*, donde los socialistas logran a veces la mayoría y, así, se ven llevados a gestionar una importante economía municipal, mientras que la burguesía domina todavía el estado y las leyes de la propiedad burguesa se mantienen en vigor. En la municipalidad, los reformistas se adaptan pasivamente al régimen burgués. En este terreno, los revolucionarios hacen todo lo que pueden en interés de los trabajadores y, al mismo tiempo, enseñan en cada etapa a los trabajadores que una política municipal es impotente sin la conquista del aparato del estado.

Por supuesto que la diferencia radica en que, en el dominio de las municipalidades, los obreros se apoderan de determinadas posiciones mediante elecciones democráticas mientras que, en el de la industria nacionalizada, es el gobierno mismo quien los invita a ocupar determinados puestos. Pero esta diferencia es puramente formal. En uno y otro caso, la burguesía está obligada a concederles a los obreros determinadas esferas de actividad. Y los trabajadores las utilizan *en su propio interés*.

Sería pecar de ligereza cerrar los ojos ante los peligros que se desprenden de una situación en la que los sindicatos ejercen un papel dirigente en la industria nacionalizada. La base es el lazo entre las cúspides de los dirigentes sindicales y el aparato del capitalismo de estado, la transformación de los representantes mandatados del proletariado en rehenes del estado burgués. Pero por grande que pueda ser este peligro no constituye más que una parte de un peligro, o más exactamente, de una enfermedad general, a saber: la degeneración burguesa de los aparatos sindicales en la época imperialista, no solamente en los viejos centros de las metrópolis, sino también en los países coloniales¹⁸⁴. Los dirigentes sindicales, en la aplastante mayoría de los casos, son *agentes políticos* de la burguesía y de su estado. En la industria nacionalizada, pueden devenir, y ya están a punto de devenir, sus *agentes administrativos* directos. Contra esto solo existe la lucha por la independencia del movimiento obrero en general y, en particular, por la formación en los sindicatos de sólidos núcleos revolucionarios capaces de luchar, preservando la unidad del movimiento sindical, por una política de clase y para que los organismos dirigentes estén compuestos por revolucionarios.

Un peligro de otra suerte radica en el hecho que los bancos y otras empresas capitalistas de las que una rama, la industria nacionalizada, depende en el sentido económico del término, pueden utilizar y utilizarán métodos particulares de sabotaje para obstaculizar la gestión obrera, para desacreditarla y empujarla al desastre. Los dirigentes

¹⁸⁴ Trotsky está a punto de descubrir el movimiento sindical en los países no desarrollados. Aquí traza las primeras consideraciones que estarán en la base de su texto sobre "Los sindicatos en la época del imperialismo".

reformistas tratarán de evitar ese peligro adaptándose servilmente a las exigencias de sus suministradores capitalistas y, en particular, de los bancos. Los dirigentes revolucionarios, por el contrario, deducirán del sabotaje de los bancos la necesidad de expropiarlos y establecer un *banco nacional único* que sería el centro contable de la economía completa. Por supuesto que esta cuestión debe estar indisolublemente ligada a la cuestión de *la conquista del poder por la clase obrera*.

Las diferentes empresas capitalistas, nacionales y extranjeras, inevitablemente comenzarán a complotar con las instituciones del estado para obstaculizar la gestión obrera de la industria nacionalizada. Por otra parte, las organizaciones obreras que participan en la gestión de las diferentes ramas de la industria nacionalizada deben unirse para intercambiar sus experiencias, apoyarse económicamente unas a otras, actuar, uniendo sus fuerzas, sobre el gobierno, las condiciones del crédito, etc. Tal buró central de la gestión obrera de las ramas nacionalizadas de la industria debe estar, evidentemente, en contacto estrecho con los sindicatos.

Para resumir, se puede decir que este nuevo dominio de trabajo comporta a la vez las posibilidades y los peligros más grandes. Los peligros consisten en que, por medio de los sindicatos controlados, el capitalismo de estado puede hacer fracasar a los obreros, explotarlos cruelmente y paralizar su resistencia. Las posibilidades revolucionarias consisten en que, apoyándose sobre sus posiciones en las ramas excepcionalmente importantes de la industria, los obreros pueden lanzar su ataque contra las fuerzas del capital y contra el estado burgués con todas sus fuerzas. ¿Qué posibilidad de estas prevalecerá? ¿En cuánto tiempo? Es naturalmente imposible predecirlo. Depende enteramente de la lucha entre las diversas tendencias en el seno de la clase obrera, de la experiencia de los obreros mismos, de la situación mundial. En cualquier caso, para utilizar esta nueva forma de actividad en interés de la clase obrera y no de la aristocracia y de la burocracia obrera, sólo hay una condición necesaria: la existencia de un partido marxista revolucionario que estudie con cuidado cada forma de actividad obrera, que critique toda desviación, eduque y organice a los trabajadores, gane influencia en los sindicatos y asegure una representación obrera revolucionaria en la industria nacionalizada.

**[CIO, sindicato en Estados Unidos, ciclo prosperidad,
consignas, salarios y construcción partido obrero
revolucionario]¹⁸⁵**
(20 de julio de 1938)

*Weber*¹⁸⁶.- ¿Qué influencia puede tener la “prosperidad”, un ascenso económico del capitalismo estadounidense en el próximo período, sobre nuestra actividad basada en el programa de transición?

Trotsky.- Es muy difícil de responder porque es una ecuación con numerosas incógnitas. La primera cuestión es si es probable una mejora coyuntural en un futuro próximo. Es muy difícil de responder, especialmente para una persona que no sigue las cifras día a día. Como veo en el *New York Times*, los especialistas están muy inseguros sobre la cuestión. En la edición del domingo pasado del *New York Times*, el índice de negocios mostró una tendencia muy confusa. Durante la última semana hubo una pérdida, dos semanas antes, una subida, y así sucesivamente. Si se considera el cuadro general, vemos que ha comenzado una nueva crisis, que muestra una línea de declive casi vertical hasta enero de este año, entonces la línea se vuelve vacilante, una línea en zigzag, pero con una tendencia general a la baja. Pero la disminución durante este año es indudablemente más lenta que la de los nueve meses del año anterior. Si consideramos el período anterior que comenzó con la caída de 1929, vemos que la crisis duró casi tres años y medio antes de que comenzara el repunte, con algunos altibajos menores, durando cuatro años y medio (fue la “prosperidad” de Roosevelt). De esta manera el último ciclo fue de 8 años, 3 años y medio de crisis y cuatro años y medio de relativa “prosperidad”, siendo 8 años considerados como un tiempo normal para un ciclo capitalista. Ahora la nueva crisis comenzó en agosto de 1937, y en nueve meses ha llegado al punto que se alcanzó en la crisis anterior en dos años y medio. Es muy difícil hacer un pronóstico ahora sobre los plazos, sobre el punto de un nuevo ascenso. Si consideramos la nueva depresión desde el punto de vista de su profundidad, repito, el trabajo de dos años y medio se completa con la crisis, pero no ha alcanzado el punto más bajo de la crisis anterior. Si consideramos la nueva crisis desde el punto de vista del tiempo (nueve años o, incluso, ocho años), sería demasiado pronto para un nuevo movimiento ascendente. Por eso repito que el pronóstico es difícil. ¿Es necesario que la nueva crisis llegue al mismo punto (el punto más bajo) que la crisis anterior? Es probable, pero no es absolutamente seguro. Lo que es característico del nuevo ciclo es que la “prosperidad” no alcanzó el punto culminante de la prosperidad anterior, pero a partir de ahí no podemos extraer de manera abstracta una conclusión sobre el nadir. Lo que caracteriza la prosperidad de Roosevelt¹⁸⁷

¹⁸⁵ León Trotsky, “[Discusiones sobre las consignas transitorias, aplicación programa de transición y construcción partido obrero. N°5]”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

¹⁸⁶ Jack Weber era el pseudónimo de Luis Jacobs (nacido en 1894), originario de Europa del este, adherente del CIO a principios de los años treinta. Era el organizador del SWP en Nueva Jersey y estaba bastante aislado en el partido, aunque era miembro del comité nacional. Su mujer Sara había viajado a Coyoacán en ayuda de Trotsky, privado de secretaria y de estenógrafa rusa desde hacía meses, y él había viajado allí para reunirse con ella algunas semanas.

¹⁸⁷ Franklin D. Roosevelt (1882-1945), jurista proveniente de una importante familia, antiguo gobernador demócrata del Estado de Nueva York, había sido elegido presidente de los Estados Unidos por primera vez

es el hecho de que fue un movimiento principalmente de la industria ligera, no de la construcción ni de la industria pesada. Esto hizo que este movimiento se desarrollara de forma muy limitada. Esa es precisamente la razón por la que la ruptura se produjo de forma tan catastrófica, porque el nuevo ciclo no tenía una base sólida de industrias pesadas, especialmente de las industrias de la construcción, que se caracterizan por nuevas inversiones con una perspectiva a largo plazo, etcétera.

Ahora se puede suponer teóricamente que el nuevo movimiento ascendente afectará más que a las industrias de la construcción (que a la industria pesada en general), dado que, a pesar del consumo durante el último período, la maquinaria no se renovó lo suficiente y ahora la demanda de la misma será mayor que durante la última coyuntura. No es en absoluto contradictorio con nuestro análisis general de un capitalismo enfermo y en declive que causa cada vez más miseria. Esta posibilidad teórica está respaldada en cierta medida por la inversión militar en obras públicas. Significa desde un gran punto de vista histórico que la nación se empobrece para permitir mejores coyunturas hoy y mañana. Podemos comparar esta coyuntura con un gasto tremendo para el organismo en general. Puede considerarse como una nueva coyuntura de preguerra, pero ¿cuándo comenzará? ¿Continuará el descenso? Es posible, probable. En ese sentido, en el próximo período no tendremos 13 o 14 millones, sino 15 millones de parados. En este sentido, todo lo que dijimos sobre el programa de transición se reforzará en todos los aspectos, pero estamos adoptando la hipótesis de un nuevo ascenso en los próximos meses, en medio año o en un año. Tal movimiento puede ser inevitable.

A la primera pregunta, si tal ascenso puede ser más favorable a la perspectiva general ante nuestro partido, creo que podemos responder con un sí categórico, que sería más favorable para nosotros. No puede haber ninguna razón para creer que el capitalismo estadounidense pueda por sí mismo, en el próximo período, convertirse en un capitalismo sano y saludable, que pueda absorber a los 13 millones de parados. Pero la pregunta es, si la formulamos de una forma muy simple y aritmética, si en el próximo año o dos años la industria podrá absorber a 4 millones de trabajadores de los 13 millones de parados, lo que dejaría 9 millones. ¿Sería eso favorable desde el punto de vista del movimiento revolucionario? Creo que podemos responder con un sí categórico.

Tenemos una situación en un país (una situación muy revolucionaria en un país muy conservador) con un atraso subjetivo por parte de la mentalidad de la clase obrera. En tal situación, las recuperaciones económicas (brutales repuntes y altibajos económicos), desde un punto de vista histórico tienen un carácter secundario, pero en el sentido inmediato tienen un profundo efecto en la vida de millones de trabajadores. Hoy en día tienen una gran importancia. Estas sacudidas tienen una gran importancia revolucionaria. Sacuden el conservadurismo; obligan a los obreros a buscar una explicación de lo que está sucediendo, cuál es la perspectiva. Y cada sacudida de este tipo empuja a algún estrato de los trabajadores hacia la vía revolucionaria. Más concretamente, ahora los obreros estadounidenses están en un callejón sin salida. El gran movimiento del CIO¹⁸⁸ no tiene una perspectiva inmediata porque no está guiado por un partido revolucionario y las dificultades del CIO son inmensas. Por otro lado, los elementos

en 1932 y lanzó la política del New Deal. En 1938, tras su primera reelección, parecía decantarse más bien por la vía del rearme y la guerra.

¹⁸⁸ El 9 de noviembre de 1935 un grupo de dirigentes sindicales que animaba John L. Lewis, dirigente minero, proclamó el nacimiento del CIO (Committee, después Congress for Industrial Organization) que se mantuvo formalmente dentro del marco de la AFL a la que le daba la espalda en lo referente a la crucial cuestión del sindicalismo de industria. A fines de 1936 y en los primeros meses de 1937 se extendió como un reguero de pólvora reclutando a millones de obreros no organizados y animando o sobrepasando a las *sit-down strikes* (huelgas de brazos caídos con ocupación), abriendo así una nueva época de la historia de Estados Unidos.

revolucionarios son demasiado débiles para conferirle al movimiento un giro brusco hacia la vía política. Imaginemos que durante el próximo período cuatro millones de obreros entran en la industria. No suavizará los antagonismos sociales sino que, por el contrario, los agudizará. Si la industria fuera capaz de absorber a los 11 o 13 millones de parados, significaría durante mucho tiempo un debilitamiento de la lucha de clases, pero sólo puede absorber a una parte, y la mayoría seguirá parada. Todo parado ve que los que trabajan tienen trabajo. Buscará trabajo y, al no encontrarlo, entrará en el movimiento de los parados. Creo que en este período nuestra consigna de la escala móvil puede cosechar una gran popularidad, es decir, que pedimos trabajo para todos en condiciones dignas y de forma popular: “queremos encontrar trabajo para todos, en condiciones decentes y con salarios decentes.” El primer período de un ascenso (el crecimiento económico) sería muy favorable, especialmente para esta consigna. Creo también que la otra consigna muy importante de la defensa, la milicia obrera, etc., también encontraría un terreno favorable, una base, porque a través de un crecimiento tan limitado e incierto, los capitalistas se ponen muy ansiosos por tener ganancias inmediatas y miran con gran hostilidad a los sindicatos que perturban la posibilidad de un nuevo ascenso de las ganancias. En tales condiciones, creo que Hague¹⁸⁹ sería imitado a gran escala.

La cuestión del Labor Party ante los sindicatos. Por supuesto que el CIO a través de una nueva prosperidad tendría una nueva posibilidad de desarrollo. En ese sentido podemos suponer que el mejoramiento de la coyuntura pospondría la cuestión del Labor Party. No es que vaya a perder toda su importancia propagandística, pero sí su agudeza. Entonces podremos preparar los elementos progresistas para aceptar esta idea y estar preparados cuando se acerque la nueva crisis, que no tardará en llegar.

Creo que esta cuestión del hagueñismo tiene una enorme importancia, y que una nueva prosperidad, una nueva recuperación, nos daría mayores posibilidades. Un nuevo repunte significará que la crisis definitiva, los conflictos definitivos, se posponen durante algunos años a pesar de los agudos conflictos durante el propio de ascenso. Y tenemos el mayor interés en ganar más tiempo porque somos débiles y los trabajadores no están preparados en los Estados Unidos. Pero incluso una nueva recuperación nos dará un tiempo muy corto (la desproporción entre la mentalidad y los métodos de los obreros estadounidenses en la crisis social, esta desproporción es terrible). Sin embargo, tengo la impresión de que debemos dar algunos ejemplos concretos de éxito y no limitarnos a dar buenos consejos teóricos. Si tomamos la situación de Nueva Jersey, es un golpe tremendo no sólo para la socialdemocracia sino también para la clase obrera. Hague acaba de empezar. Nosotros también estamos empezando, pero Hague es mil veces más poderoso que nosotros.

En Nueva Jersey, está completamente claro que no podemos hacer milagros, pero podemos llevar a cabo un serio trabajo preparatorio, concentrado por un milagro. Ahora creo que tenemos que concentrarnos en Nueva Jersey. Concentrar uno o dos decenas de buenos miembros del partido para un trabajo revolucionario clandestino, sistemático y de buena calidad. Jersey City, como he leído en un folleto, y cada uno puede confirmarlo por sí mismo, es una ciudad en la que los obreros están más ferozmente explotados, donde los salarios son más bajos, una ciudad de *open shops*¹⁹⁰. Tenemos que concentrarnos en

¹⁸⁹ Frank Hague (1876-1956) era el alcalde demócrata de Jersey City desde 1917. Empleaba todos los recursos de la municipalidad al servicio de los patronos locales y se oponía usando la violencia a toda sindicalización, prohibiendo de hecho al CIO en “su” ciudad.

¹⁹⁰ Por oposición con *closed shops* (empresas en las que solo puede emplearse a trabajadores sindicados) que los sindicatos norteamericanos consideraban como la condición más eficaz, el régimen de *open shop*, que permitía a la empresa reclutar a no sindicados, era aquel en el que las fábricas no tenían sindicatos y los trabajadores carecían de defensa.

Jersey City para un trabajo clandestino sistemático en todos los aspectos (en las fábricas, entre los parados, en los sindicatos, etc.) con serias intenciones revolucionarias para una manifestación en el momento favorable, para una lucha abierta contra los elementos reaccionarios, para combates callejeros, por supuesto que sin ninguna tentativa aventurera. Hago se ha atrevido a hacerlo. ¿Por qué no vamos a atrevernos nosotros? Podríamos mediar la situación con nuestros propios éxitos, con el sentimiento de las masas. Nuestra crítica de la política de Norman Thomas¹⁹¹, de los senadores que lanzan discursos, está bien. La crítica al POUM en la guerra de España también ha sido justa, pero insuficiente. Somos débiles numéricamente, por ello debemos aprender el arte de concentrar nuestras fuerzas en un punto determinado y en un momento dado.

No estoy suficientemente informado, pero creo que podemos asegurar la posibilidad de movilizar a jóvenes camaradas bajo la dirección de camaradas más viejos y experimentados y de espíritu combativo para penetrar en Jersey City y preparar una respuesta a los métodos de Hague. Es una propuesta que hago para la discusión aquí y también en los estados.

Weber.- Me gustaría empezar por la última parte de la intervención del camarada Trotsky. Ha citado el hagueísmo, y el hagueísmo en Jersey City. Tenemos dificultades particulares. En primer lugar, porque resulta que los obreros son de una particular categoría. Son obreros católicos y la Iglesia tiene un bastión con ellos. La Iglesia es poderosa y apoya a Hague. La mayoría de los obreros son católicos en Jersey City. Si Hague estuviese en Nueva York o en cualquier otra ciudad, nuestro trabajo sería un poco más fácil. Pero en Jersey City es particularmente difícil. Ello significa en primer lugar una mayor dificultad en la organización de sindicatos. Ello significa que vamos hacia un choque frontal con la Iglesia en Jersey City donde el elemento irlandés es muy fuerte en los obreros mayoritariamente católicos. El segundo punto tiene que ver sobre todo con la aproximación a los trabajadores municipales. La fuerza de Hague consiste sobre todo en los trabajadores y sus familias que trabajan para Jersey City y, en este sentido, hay una cantidad enorme de clientela. Existe una especie de impronta feudal sobre Jersey City, de hecho, sobre una buena parte de Nueva Jersey. Las fuerzas de que dispone dependen directamente de él para vivir. Debemos abordar el problema desde el punto de vista de cómo llegar a los obreros municipales. Nuestras fuerzas en Jersey City son muy débiles. Tenemos allí tres o cuatro camaradas que, aunque activos, son nuevos en el movimiento. Son inexpertos y sería necesario reforzarlos. Tenemos una ventaja, una ayuda positiva: los dos sindicatos organizados aquí en el CIO (sindicato de los trabajadores del acero) están más o menos bajo nuestra influencia. El organizador de los sindicatos, Kempf, es un elemento especial y, aunque miembro de nuestro partido, no está particularmente preocupado por la teoría ni participa mucho en las discusiones y es muy difícil hacerle avanzar. Tenemos una dificultad suplementaria en el hecho que el CIO en Jersey City, mientras que podría haber combatido a Hague con mucha más eficacia, ha puesto el problema más o menos a un lado tratando de empujarlo hacia los liberales. Ahora apoyan de palabra un comité de frente popular y así esquivan su responsabilidad. El CIO no es débil en Nueva Jersey. Pero sí que lo es en Jersey City. Muy fuerte en Nueva Jersey, es débil en Jersey City. Si concentramos nuestras fuerzas en Jersey City tendremos que avanzar, por supuesto, primero y ante todo a través de los sindicatos, y allí solo hay dos sindicatos que signifiquen algo. El movimiento de parados es relativamente débil. En Jersey City es casi no existe. La alianza obrera también debe

¹⁹¹ Norman Thomas, el jefe del Partido Socialista, había anunciado en un espectacular gesto que iría a Jersey City a tomar la palabra públicamente para denunciar el carácter "fascista" de la política de Hague. Hague lo hizo arrestar nada más llegar y lo había expulsado de la ciudad. Esta iniciativa tan cínica como brutal había tenido una enorme repercusión.

devenir activa aquí. La controlamos en el condado vecino y podríamos darle un empujón en este, pero es muy difícil. Si concentramos fuerzas allí, en primer lugar será necesario que encuentren trabajo, puede que en las acerías. No carecemos de contactos allí y puede que logremos que contraten a algunos camaradas. En la periferia de Jersey City esto se presenta mejor. Allí hay más sindicatos, ahora tenemos allí más influencia. Por ejemplo, hemos puesto pie en lo que equivale a un consejo de distrito del CIO. Tenemos influencia en él. El CIO ha revocado recientemente a Kempf. Todos los "locales" han protestado contra esa revocación. No he sabido si ha sido reintegrado o no. Hasta este sábado, tras su despido, no lo han recibido. No sé qué ha pasado. Revocado o no, ejerce todavía una influencia enorme allí. En este sentido podríamos movilizar a los sindicatos para una lucha contra Hague. No existe allí ninguna especie de influencia lovestoniana. En los mismos sindicatos, los estalinistas tienen influencia. En el movimiento de parados, controlamos. Como "colonizar" fuerzas en Jersey City es un problema difícil. Nuestros jóvenes se alegrarían de ir y trabajar allí. Podemos encontrar fuerzas per ¿a qué dedicarlas?, ¿a hacer un trabajo ilegal?, ¿de qué tipo?, ¿para distribuir panfletos, difundir el material impreso, tratar de organizar una rama, por ejemplo? Tenemos en el lugar fuerzas con las que podrían cooperar los individuos enviados allí. Tres miembros muy activos y que ayudarían.

Trotsky.- Hay que formar un núcleo secreto en los sindicatos, organizar un núcleo para la futura milicia obrera. Creo que debemos darle aquí un más militar a nuestra organización a fin de prepararla para un choque serio con Hague. Lo que dice usted es muy importante. No lo sabía en absoluto y ello me demuestra que es preciso considerar la situación no desde el punto de vista estrecho de Jersey City, sino desde el punto de vista más amplio de los condados que la rodean. Ello no cambia nada, pero necesitamos un plan (un plan concreto en el que dispongamos nuestras fuerzas para preparar una respuesta a Hague). He preguntado si los lovestonianos tenían fuerzas porque sobre tal cuestión sería posible establecer un frente único.

Weber.- Cuando ese diputado viajó a Jersey City el CIO envió contingentes para protegerlo, pero Hague estaba mejor organizado. Recientemente, en el consejo del CIO del condado de Essex-Newark y en sectores de los alrededores de Jersey City, nuestros camaradas han pasado una moción para la organización por los sindicatos de grupos de defensa para defender los sindicatos. Los estalinistas estaban en contra, pero no se han atrevido a decir nada. Han permanecido mudos y el resto de los miembros ha votado y adoptado la moción. Cada "local" está autorizado a organizar un grupo de defensa. Nuestro programa abarca ahora la lucha para lograr que los sindicatos pongan esto en práctica. Pero, por ejemplo, ¿preparando la derrota de Hague, busca usted realizar un mitin público y, más pronto más tarde, batir a sus tropas; y esto serviría de ejemplo? ¿Realizar un mitin público como un desafío a sus fuerzas y rechazar su ataque para mostrarles que somos los más fuertes?

Trotsky.- Es más fácil atacarlos cuando no están preparados. En este sentido, con audacia y coraje, podemos doblar o triplicar nuestras débiles fuerzas. Podemos organizar una victoria que afectaría a todo Estados Unidos.

Weber.- Sobre la cuestión de la escala móvil. El New York Post, publicó hacer ahora dos o tres semanas un editorial en el que decía: "Para cada hombre un trabajo, condiciones de vida decentes para todos." Un editorial excelente. De hecho, podría haber sido publicado en el Socialist Appeal. El New Deal tiene ese tipo de consigna prácticamente por adquirida. El Post reconoce que si un hombre no está en el paro por su culpa debe ser ayudado. La izquierda del New Deal los acepta; nosotros, nosotros dudamos en decirlo. Nuestros propios camaradas están asombrados por este editorial.

Ahora, sobre la escala móvil de salarios y horas de trabajo; para mí se trata de un asunto que hay que aplicar casi localmente. Por ejemplo, en el caso de Newark o Jersey en general. He comenzado una investigación para ver cuántos obreros había en las acerías cuando estas marchaban, cuántos trabajan ahora, cuántos se han ido, qué ha pasado con los otros. Nacionalmente, lo tomamos a escala nacional. Pero lo que tenemos que hacer en realidad es aplicarla casi localmente, en industrias e, incluso, en fábricas determinadas. Esto no es simplemente una generalidad. No podemos dejarlo suspendido en el aire. No debemos tener miedo de una consigna, decimos de 28 horas en determinadas industrias, de 30 en otras y de 25 en otras.

Trotsky.- Sí, estoy completamente de acuerdo con eso.

Weber.- Otra cuestión que me gustaría plantear: ¿es posible que el capital monopolista renuncia a una parte de sus superbeneficios sin bajar los salarios por qué le obliga a ello el gobierno?

Trotsky.- Es posible. No se trata más que de una cuestión de duración de la experiencia y también de las relaciones con los otros productores, en particular con los pequeños. Ello significaría la bancarrota de las empresas no monopolistas. Por una parte, eso ayuda al capitalismo y, por la otra, lo mina.

**[Sobre el congreso sindical panamericano organizado por el
estalinismo]¹⁹²**
(27 de agosto de 1938)

P: ¿Cuál es su opinión sobre el próximo congreso obrero panamericano que se celebrará en esta capital?

R: La más estrecha unificación de los trabajadores del continente americano es una necesidad vital. Sólo esta unidad puede garantizar la influencia de los obreros de cada uno de los países americanos, tanto en la política interna como externa. En particular, sólo una política firme y decidida del proletariado unido puede evitar que América se vea envuelta en la guerra. ¿Realizará esta meta el congreso próximo? Lo dudo.

P: En su opinión, ¿cuál es la verdadera meta de este congreso?

R: En la convocatoria del congreso obrero panamericano, diferentes elementos buscan diferentes metas. Las masas de la clase obrera luchan en forma casi instintiva por una política unificada e independiente. Algunos dirigentes tienen fines completamente diferentes. En nombre del proletariado mexicano, aparece, como director de escena, el señor Lombardo Toledano. Es un político “puro”, extraño a la clase obrera, que persigue sus propias metas personales. La ambición de Toledano es subir a la presidencia mexicana a costa de los trabajadores. En busca de esta meta, Toledano ha ligado estrechamente su suerte con la suerte de la oligarquía del Kremlin. De ahí recibe instrucciones y toda clase de ayuda. Moscú subordina a los comunistas mexicanos al señor Toledano, es decir, a su lucha por el poder. El reciente viaje de Toledano a EEUU y Europa, así como los próximos congresos en septiembre, tienen como una de sus metas proporcionarle un trampolín a Toledano. En este aspecto Toledano trabaja hombro a hombro con Moscú. No hay duda de que en los próximos congresos en México participarán todos los agentes internacionales de Moscú, abiertos y secretos.

P: ¿Cuál cree usted que será su resultado práctico?

R: Los resultados del Congreso Sindical Panamericano¹⁹³ dependerán en gran medida de hasta qué punto Lombardo Toledano logre subordinar el movimiento de la clase obrera de este continente a las órdenes de sus jefes de Moscú. Estoy convencido de que no tendrá éxito. Uniendo su suerte a la GPU, Lombardo Toledano está preparando una catástrofe para su política y para su carrera.

P: ¿Cómo mira la oposición al congreso?

R: Es poco probable que la oposición pueda entrar al congreso. El congreso no se compone de delegados elegidos por las masas. Las tareas del congreso no fueron discutidas por las masas. El trabajo organizativo es realizado por detrás del escenario, con

¹⁹² León Trotsky, “El congreso sindical montado por el PC”, en *Escritos*, Tomo IX, Volumen 2, páginas 293-296 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940](#), Editorial Pluma. Públicamente bajo forma de entrevista a Diego Rivera para evitar sobrepasar condiciones de exilio en México.

¹⁹³ El Congreso Sindical Panamericano, se reunió en esta ciudad del 6 al 8 de septiembre de 1938 y a él asistieron delegados de la mayor parte de los países latinoamericanos, lo mismo que John Lewis de Estados Unidos, León Jouhaux de Francia y González Peña, ministro de justicia español. De él salió la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) con sede en México y Lombardo Toledano como presidente.

la agencia de la GPU haciendo la mayor parte del trabajo. En consecuencia, existe toda la razón para creer que será un congreso de la burocracia obrera cuidadosamente seleccionada. Me gustaría equivocarme.

P: En recientes declaraciones, William Green dijo que sería un congreso de comunistas y extremo izquierdistas y que la AFL no aceptaría la invitación de asistir.

R: William Green presenta falsamente al congreso como “revolucionario” con el objeto de justificar su propia política reaccionaria. Green no quiere la unificación de los obreros de todas las Américas porque el mismo representa a la aristocracia obrera de los EEUU y mira con desprecio a los obreros indo-americanos.

P: ¿Qué significado tiene la presencia de John L. Lewis¹⁹⁴ de la CIO en el congreso?

R: Qué metas persigue Lewis con su participación en el congreso, no lo puedo decir todavía. Esto se aclarará por su actitud en el congreso mismo. Sin embargo, es absolutamente claro que Lombardo Toledano y otros agentes de Stalin (mexicanos y norteamericanos) tienen como objetivo la sumisión de la CIO a los dictados de Moscú. Para la diplomacia de Moscú esta cuestión es ahora de importancia decisiva. Es cuestión de transformar las organizaciones de trabajadores de toda América en instrumentos obedientes de Stalin y su GPU. Como es sabido fue con ese fin que la Comintern cambió bruscamente su política. Browder se convirtió en rooseveltiano y Toledano en cardenista. Pero esto es sólo para adormecer al adversario. Su meta principal es penetrar en el aparato del estado a cualquier precio. Precisamente por esto, Moscú apoya las ambiciones de Toledano. Si estas metas son alcanzadas, esto significaría, en todo el sentido de la palabra, una catástrofe para la clase obrera americana y para la cultura americana. No queremos la transformación de México en una Cataluña, donde los mercenarios de la GPU, no mejores que cualquier fascista, estrangulan ahora todo lo que es honesto e independiente en el proletariado y la intelectualidad. Como ya lo he dicho, confío firmemente en que estos designios fracasarán. La GPU y sus métodos son demasiado comprometedores, en particular, debido a la investigación de la comisión de Nueva York dirigida por el doctor Dewey. La clase obrera americana encontrará su propio camino y métodos de unificación para la defensa de sus intereses históricos.

¹⁹⁴ John L. Lewis (1880-1969), presidente del sindicato minero norteamericano desde 1920 hasta su muerte. Dirigió la minoría en el consejo ejecutivo de la AFL a mediados de los treinta, donde patrocinó el sindicalismo industrial y fue el principal fundador y dirigente del CIO de 1935 hasta 1940, cuando renunció.

[La cuestión sindical, Carta a W. Dauge]¹⁹⁵

(31 de agosto de 1938)

Estimado camarada Dauge,

Solamente le respondo, y además a toda prisa, sobre un solo punto de su carta, el punto más importante, el que concierne a la actividad sindical. Dice usted: “La desgracia es que, en este asunto, estamos ante una burocracia sindical reformista absolutamente incapaz de comprender las ventajas para la clase obrera de la unidad sindical. Incontestablemente este es el mayor obstáculo.” Esta caracterización me inquieta un poco. Dice usted que los canallas que dirigen los sindicatos son incapaces de comprender las ventajas de la unidad sindical. Por mi parte, temo que comprenden sus intereses mucho mejor que muchos revolucionarios comprenden los suyos. Tolerar la actividad revolucionaria en los sindicatos, en nombre del principio abstracto de la “unidad”, significaría para los bonzos reformistas el suicidio. Pero quieren vivir y dominar. Por ello les expulsan. Desde su punto de vista y desde el de sus patronos los capitalistas, tienen razón. Dice usted que esto es “el mayor obstáculo” para nuestra actividad sindical. Eso equivale a decir que el mayor obstáculo para nuestra actividad entre las masas es la existencia de la burguesía y de sus lugartenientes en las organizaciones obreras. La burocracia sindical es la policía del capital, mucho más eficaz que la policía oficial. Nunca alegamos la mala voluntad de la policía del zar para excusar nuestra separación de las masas. Buscamos vías clandestinas, métodos conspirativos, para hacer fracasar a la policía. Hay que hacer lo mismo con la policía reformista de los sindicatos. Éste es el único trabajo verdaderamente serio. No pueden existir obstáculos que nos impidan cumplirlo. Espero con gran interés las decisiones del congreso de ustedes.

PD. Vereeken me ha enviado un grueso panfleto conteniendo su discurso en el congreso. El buen hombre, tan prendado de sí mismo, se imagina que voy a leer su prosa, ahora que, con su dimisión, nos ha librado de esas obligaciones tan enojosas¹⁹⁶. Creo que el mejor método de tratarlo de ahora en adelante es ignorarlo totalmente.

¹⁹⁵ León Trotsky, “[La cuestión sindical] [Carta a W. Dauge]”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#).

¹⁹⁶ Recordemos que G. Vereeden había dimitido el 8 de junio.

[En el Programa de Transición]¹⁹⁷

Programa mínimo y programa de transición

La tarea estratégica del próximo período (un período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización) consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas de la revolución y la inmadurez del proletariado y su vanguardia (desorden y desánimo de la vieja generación, falta de experiencia de los jóvenes). Hay que ayudar a las masas, en el proceso de sus luchas diarias, a encontrar el puente entre sus demandas actuales y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de **reivindicaciones transitorias** basadas en las condiciones actuales y la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera y que invariablemente llevan a una única conclusión: la conquista del poder por el proletariado.

La socialdemocracia clásica, que desarrolló su acción en la época en que el capitalismo era progresista, dividió su programa en dos partes independientes: el *programa mínimo*, que se limitaba a las reformas en el marco de la sociedad burguesa, y el *programa máximo*, que prometía para un futuro indefinido la sustitución del capitalismo por el socialismo. Entre los programas mínimo y máximo, no había ningún puente. La socialdemocracia no necesita este puente, porque sólo habla de socialismo en los días festivos.

La Internacional Comunista entra en el camino de la socialdemocracia en la era del capitalismo en decadencia, cuando ya no se puede hablar de reformas sociales sistemáticas ni de elevar el nivel de vida de las masas, mientras que la burguesía recupera dos veces más con la mano derecha de lo que ha concedido con la izquierda (impuestos, derechos de aduana, inflación, “deflación”, coste de la vida, paro, reglamentación policial de la huelga, etc.). Mientras que toda reivindicación sería del proletariado, e incluso toda reivindicación progresista de la pequeña burguesía, lleva inevitablemente más allá de los límites de la propiedad capitalista y del estado burgués.

La tarea estratégica de la IV Internacional no es reformar el capitalismo, sino derrocarlo; su objetivo político es la conquista del poder por el proletariado para lograr la expropiación de la burguesía. Sin embargo, el cumplimiento de esta tarea estratégica es inconcebible sin que se preste la mayor atención a todas las cuestiones tácticas, incluso las pequeñas y parciales.

Lo que distingue a la era actual no es que libere al revolucionario del trabajo prosaico cotidiano, sino que permite que esta lucha se lleve a cabo en conexión indisoluble con las tareas de la revolución.

La IV Internacional no rechaza las reivindicaciones del programa “mínimo”, en la medida en que han conservado alguna fuerza vital. Defiende incansablemente los derechos democráticos de los obreros y sus conquistas sociales. Pero lleva a cabo este trabajo cotidiano desde una perspectiva correcta y real, es decir, revolucionaria. En la medida en que las antiguas reivindicaciones parciales “mínimas” de las masas se enfrentan a las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente (y esto

¹⁹⁷ Extractos de *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional (El Congreso de Fundación de la IV Internacional y otros anexos)*, en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS), páginas 11-15 del formato pdf.

ocurre a cada paso), la IV Internacional plantea un sistema de **reivindicaciones transitorias** cuyo significado es dirigirse cada vez más abierta y resueltamente contra los fundamentos mismos del régimen burgués. El viejo “programa mínimo” es constantemente superado por el **programa de transición** cuya tarea es movilizar sistemáticamente a las masas para la revolución proletaria.

Escala móvil de salarios y escala móvil de horas de trabajo

Bajo las condiciones de un capitalismo en decadencia, las masas siguen viviendo las aburridas vidas de los oprimidos que, ahora más que nunca, se ven amenazados de ser arrojados al abismo del pauperismo. Se ven obligados a defender su pedazo de pan, aunque no puedan aumentarlo o mejorarlo. No hay posibilidad ni necesidad de enumerar aquí las diversas reivindicaciones parciales que surgen cada vez a partir de circunstancias nacionales, locales, profesionales y nacionales concretas. Pero dos males económicos fundamentales, en los que se puede resumir el absurdo creciente del sistema capitalista, a saber, el *paro* y el alto *costo de la vida*, requieren consignas y métodos de lucha generalizados.

La IV Internacional declara una guerra implacable contra la política de los capitalistas, que, en gran parte, es la de sus agentes, los reformistas, que tienden a trasladar la carga del militarismo, la crisis, la desintegración de los sistemas monetarios y todos los demás males de la agonía capitalista sobre las espaldas de los obreros. Reclama *trabajo* y una *existencia digna para todos*.

Ni la inflación monetaria ni la estabilización pueden servir como consignas clave para el proletariado, porque son dos extremos del mismo palo. Contra el alto coste de la vida que, a medida que se aproxima la guerra, se hará cada vez más desenfrenado, sólo podemos luchar con la consigna de la **escala móvil de salarios**. Los convenios colectivos deben garantizar aumentos salariales automáticos, en consonancia con el aumento del precio de los bienes de consumo.

Bajo pena de condenarse él mismo a la degeneración, el proletariado no puede tolerar la transformación de una parte creciente de los obreros en parados crónicos, en gente miserable que vive de las migajas de una sociedad en descomposición. El *derecho al trabajo* es el único derecho serio que tiene el obrero en una sociedad explotadora. Sin embargo, este derecho le es arrebatado en todo momento. Contra el paro, tanto “estructural” como “cíclico”, es hora de lanzar, al mismo tiempo que la consigna de las obras públicas, el de la **escala móvil de horas de trabajo**. Los sindicatos y otras organizaciones de masas deben vincular a los que tienen trabajo y a los que no lo tienen a través de los *compromisos mutuos de solidaridad*. El trabajo disponible debe distribuirse entre todos los obreros existentes, y esta distribución debe determinar la duración de la semana laboral. ¡El salario medio de cada trabajador debe seguir siendo el mismo que el de la semana laboral anterior! El salario, con un *mínimo* estrictamente garantizado, debe seguir la evolución de los precios. No pueden aceptarse otros programas para el período actual de desastres.

Los propietarios y sus abogados demostrarán la “imposibilidad” de cumplir con estas reivindicaciones. Los capitalistas más pequeños, especialmente los que están en ruinas, también invocarán sus libros de contabilidad. Los trabajadores deben rechazar categóricamente estos argumentos y referencias. Este no es el choque “normal” de intereses materiales en competencia. Se trata de preservar al proletariado de la decadencia, la desmoralización y la ruina. Es la vida y la muerte de la única clase creativa y progresista y, al hacerlo, el futuro de la humanidad. Si el capitalismo es incapaz de satisfacer las demandas que infaliblemente surgen de los males que él mismo ha generado, ¡que perezca! La “posibilidad” o “imposibilidad” de lograr las reivindicaciones es, en este caso, una cuestión de equilibrio de poder, que sólo puede resolverse mediante la lucha. Sobre la base de esta lucha, cualesquiera que sean sus éxitos prácticos inmediatos, los

trabajadores comprenderán mejor que nadie la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.

Los sindicatos en la época de transición

En la lucha por las reivindicaciones parciales y transitorias, los trabajadores necesitan ahora más que nunca organizaciones de masas, sobre todo sindicatos. El fuerte auge de los sindicatos en Francia y Estados Unidos es la mejor respuesta a las doctrinas ultraizquierdistas de pasividad que predicaban que los sindicatos ya habían “agotado su tiempo”.

Los leninistas bolcheviques están a la vanguardia de todas las formas de lucha, incluso donde sólo estén en juego los más modestos intereses materiales o derechos democráticos de la clase obrera. Participan activamente en la vida de los sindicatos de masas, procurando fortalecerlos e incrementar su espíritu de lucha. Luchan sin descanso contra todos los intentos de subyugar los sindicatos al estado burgués y de atar al proletariado con el “arbitraje obligatorio” y todas las demás formas de intervención policial, no sólo fascista, sino también “democrática”.

Sólo sobre la base de este trabajo es posible luchar con éxito en el seno de los sindicatos contra la burocracia reformista y, en particular, contra el burócrata estalinista. Los intentos sectarios de construir o mantener pequeños sindicatos “revolucionarios” como segunda edición del partido significan en realidad renunciar a la lucha por la dirección de la clase obrera. Es necesario plantearse aquí como un principio inquebrantable: el autoaislamiento de capitulación al margen de los sindicatos de masas, equivalente a la traición de la revolución, es incompatible con la pertenencia a la IV Internacional.

Al mismo tiempo, la Cuarta Internacional rechaza y condena resueltamente todo fetichismo sindical, que también es específico de tradeunionistas y sindicalistas:

a) Los sindicatos ni tienen, dadas sus tareas, su composición y la naturaleza de su reclutamiento, ni pueden tener un programa revolucionario completo; por lo tanto, no pueden reemplazar al *partido*. La construcción de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la IV Internacional, es la tarea central del período de transición.

(b) Los sindicatos, incluso los más poderosos, no abarcan a más del 20 al 25% de la clase obrera y, además, de sus capas más calificadas y mejor pagadas. La mayoría más oprimida de la clase obrera sólo se ve involucrada en la lucha de forma episódica, en períodos de crecimiento excepcional del movimiento obrero. En ese momento, es necesario crear organizaciones *ad hoc*, que abarquen a las masas en lucha: **comités de huelga, comités de fábrica** y, por último, **sóviets**.

c) Como organización de las capas superiores del proletariado, los sindicatos, como muestra toda la experiencia histórica, incluyendo la nueva experiencia de los sindicatos anarcosindicalistas en España, desarrollan poderosas tendencias hacia la conciliación con el régimen democrático-burgués. En períodos de aguda lucha de clases, los dirigentes sindicales intentan controlar el movimiento de masas para neutralizarlo. Esto ya sucede durante las huelgas simples, especialmente las huelgas masivas con ocupación de fábricas, que socavan los principios de la propiedad burguesa. En tiempos de guerra o revolución, cuando la situación de la burguesía se vuelve particularmente difícil, los dirigentes sindicales suelen convertirse en ministros burgueses.

Por eso, las secciones de la IV Internacional deben esforzarse constantemente, no sólo en renovar el aparato de los sindicatos, proponiendo audaz y resueltamente, en momentos críticos, nuevos dirigentes dispuestos a luchar en lugar de los funcionarios rutinarios, los profesionales, sino también en crear, en todos los casos en que sea posible, organizaciones de combate autónomas que respondan mejor a las tareas de la lucha de las masas contra la sociedad burguesa, sin detenerse, si es necesario, ante una ruptura abierta

con el aparato conservador de los sindicatos. Si bien es criminal dar la espalda a las organizaciones de masas y conformarse con ficciones sectarias, no es menos criminal tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de masas al control de camarillas burocráticas abiertamente reaccionarias o enmascaradas (“progresistas”). La unión no es un fin en sí misma, sino sólo uno de los medios en la marcha hacia la revolución proletaria.

Comités de fábrica

El movimiento obrero durante el período de transición no es regular y equilibrado, sino febril y explosivo. Las consignas, así como las formas de organización, deben estar subordinadas a este carácter del movimiento. Rechazando la rutina como la plaga, la dirección debe escuchar atentamente la iniciativa de las propias masas.

Las *huelgas con ocupación de fábricas*, una de las manifestaciones más recientes de esta iniciativa, van más allá de los límites del régimen capitalista “normal”. Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de empresas es un golpe al ídolo de la propiedad capitalista. Cualquier huelga con ocupación plantea en la práctica la cuestión de quién es el amo de la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si la huelga con ocupación plantea esta cuestión de forma episódica, el **comité de fábrica** le da al mismo tema una expresión organizada. Elegido por todos los obreros y empleados de la empresa, el comité de fábrica crea de repente un contrapeso a la voluntad de la administración.

A la crítica que los reformistas hacen a los viejos tipos de jefes, los llamados “jefes de derecho divino”, como Ford, frente a los “buenos” explotadores “democráticos”, nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica como centros de lucha contra unos y otros.

Los burócratas sindicales generalmente se opondrán a la creación de comités de fábrica, así como se oponen a cualquier paso audaz en la movilización de las masas. Sin embargo, será más fácil romper su oposición a medida que el movimiento crezca. Cuando los obreros de la empresa, en períodos “tranquilos”, pertenecen ya todos al sindicato, el comité coincide formalmente con el órgano sindical, pero renovará su composición y ampliará sus funciones. Sin embargo, el significado principal de los comités es convertirse en cuarteles generales de combate para las capas obreras a las que el sindicato, en general, no es capaz de llegar. Es precisamente de estas capas más explotadas de las que surgirán los destacamentos más entregados a la revolución.

Tan pronto como aparece el comité, se establece una **dualidad de poderes** en la fábrica. Por su esencia, esta dualidad de poderes es algo transitorio, porque contiene en sí dos regímenes irreconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario. La principal importancia de los comités de fábrica es precisamente que abren, si no un período directamente revolucionario, al menos sí un período prerrevolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda para los comités de fábrica no es ni prematura ni artificial está ampliamente demostrado por las oleadas de ocupaciones de fábricas que se han extendido por varios países. Nuevas oleadas de este tipo son inevitables en un futuro próximo. Es necesario abrir una campaña a tiempo a favor de los comités de fábrica para que no nos coja desprevenidos.

[Tareas de los sindicatos, entrevista a Mateo Fossa]¹⁹⁸

(23 de septiembre de 1938)

[...]

Fossa: En su opinión, ¿cuáles son las tareas que deben encarar los sindicatos, y qué métodos deben utilizar?

Trotsky: Para que los sindicatos puedan nuclear, educar y movilizar al proletariado para la lucha por la liberación, tienen que superar los métodos totalitarios del estalinismo. Los sindicatos deben abrir sus puertas a los obreros de todas las tendencias políticas, a condición de que en la acción se respete la disciplina. Quien utiliza los sindicatos como un arma para lograr objetivos que les son ajenos (especialmente como un arma de la burocracia estalinista y el imperialismo “democrático”) inevitablemente divide a la clase obrera, la debilita y favorece a la reacción. Que reine una democracia total y honesta en los sindicatos es la condición más importante para que haya democracia en el país.

Para concluir, le pido que transmita mis saludos fraternales a los obreros de la Argentina. No dudo que ni por un momento han creído las desagradables calumnias que esparcieron por todo el mundo las agencias estalinistas en contra de mí y de mis amigos. La lucha que libra la Cuarta Internacional contra la burocracia estalinista es la continuación de la gran lucha histórica de los oprimidos contra los opresores, de los explotados contra los explotadores. La revolución internacional liberará a todos los oprimidos, incluyendo a los obreros de la URSS.

[...]

¹⁹⁸ Extracto de León Trotsky “La lucha antimperialista es la clave la liberación. Una entrevista con Mateo Fossa”, en *Escritos*, Tomo X, Volumen 1, página 39 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940](#), Editorial Pluma.

Los sindicatos y la crisis social en Estados Unidos [entrevista con un organizador de la CIO]¹⁹⁹

(29 de septiembre de 1938)

*Plotkin*²⁰⁰. - *Con su política, nuestro sindicato se esfuerza en evitar el paro total. Hemos procedido al reparto del trabajo entre los miembros del sindicato, manteniendo la tasa horaria existente.*

Trotsky. - ¿Y qué proporción de su antiguo salario cobran ahora los obreros?

Plotkin. - *Casi el 40%.*

Trotsky. - ¡Pero eso es terrible! Ustedes han obtenido la escala móvil de horas de trabajo manteniendo el antiguo salario por hora, lo que repercute en hacer cargar a los obreros con todo el peso del paro. Al permitir que cada obrero sacrifique los 3/5 de su paga, ustedes liberan a la burguesía de la obligación de sostener a los parados con sus propios recursos.

Plotkin. - *En parte es cierto. ¿Pero qué hacer?*

Trotsky. - Es totalmente cierto, no “en parte”. El capitalismo estadounidense sufre un mal crónico e incurable. ¿Pueden ustedes consolar a los obreros con la esperanza de que la actual crisis sólo es pasajera, que muy pronto conocerán una época de prosperidad?

Plotkin. - *Personalmente, no abrigo al respecto ninguna ilusión. La mayoría de nosotros comprende que lo que ha comenzado es una fase de declive para el capitalismo estadounidense.*

Trotsky. - Pero eso significa que sus obreros van a cobrar mañana el 30% de sus salarios antiguos, el 25% pasado mañana, y así consecutivamente. Cierto que una mejoría pasajera es posible, e incluso probable, pero la tendencia general es al declive, la degradación y la miseria. Marx y Engels ya lo habían previsto en *El Manifiesto del Partido Comunista*²⁰¹. ¿Cuál será entonces el programa de su sindicato y el del CIO en su conjunto?

Plotkin. - *Desgraciadamente, usted no conoce la psicología de los obreros estadounidenses. No tienen el hábito de pensar en su futuro. Únicamente les preocupa una cuestión: qué es lo que pueden hacer ahora, enseguida. Determinados dirigentes se dan cuenta verdaderamente de los peligros que nos amenazan, pero no pueden cambiar la psicología de las masas. Los hábitos, las tradiciones, las concepciones de los obreros estadounidenses nos traban, limitan nuestras posibilidades. Todo eso no se puede cambiar en un día.*

Trotsky. - ¿Usted está seguro de que la historia les concederá muchos años para prepararse? La crisis del capitalismo estadounidense se desarrolla a un ritmo “estadounidense”, a una escala “estadounidense”. Un organismo sólido, que jamás ha estado enfermo, se debilita muy rápido a partir de determinado momento. El hundimiento

¹⁹⁹ “Los sindicatos y la crisis social en Estados Unidos”, en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#). Reproducción de una discusión.

²⁰⁰ Abraham Plotkin (nacido en 1896) era uno de los dirigentes en Chicago del poderoso sindicato de la IGLWU (International Garment Ladies Workers Union). “Progresista”, había aprovechado la oportunidad de un viaje a México para encontrarse con Trotsky que estaba interesado en tal discusión.

²⁰¹ Ver en [Manifiesto del Partido Comunista \(con anexos\)](#), en estas [Ediciones Internacionales Sedov](#), páginas 27-28. EIS.

del capitalismo constituye, al mismo tiempo, una amenaza directa contra la democracia, que es indispensable para la existencia de los sindicatos. ¿Acaso piensa usted que, por ejemplo, la aparición de Hague se debe al azar?

Plotkin. – *En absoluto. He tenido no pocas reuniones sobre ello con los responsables sindicales. Mi parecer es que ya existe, en todos los estados y bajo una máscara u otra, una organización reaccionaria ya consolidada que mañana constituirá el principal apoyo del fascismo a escala nacional. No tenemos quince o veinte años por delante: el fascismo puede llegar al poder de aquí a tres o cuatro años.*

Trotsky. - En ese caso, cuál es su...

Plotkin. - *¿Nuestro programa? Comprendo su pregunta. La situación es muy difícil. Se imponen decisiones radicales. Pero no veo las fuerzas necesarias, los jefes que hacen falta.*

Trotsky. - ¿Lo que significa capitulación sin combate?

Plotkin. - *La situación es difícil. Hay que reconocer que, en su conjunto, los responsables sindicales no se dan cuenta del peligro, o no quieren darse cuenta. Como usted sabe, nuestros sindicatos han adquirido en muy poco tiempo una extensión considerable. Es natural que los dirigentes del CIO vivan actualmente una “luna de miel”. Se inclinan a tomar a la ligera las dificultades. El gobierno no solamente tiene consideraciones hacia ellos, sino que, además, los arrastra a su juego, algo a lo que no estaban acostumbrados. Es natural, pues, que se mareen un poco. Ese delicioso vértigo no los predispone para el pensamiento crítico. Disfrutan el presente, sin pensar en el mañana.*

Trotsky. – He ahí algo bien dicho. Comparto totalmente su opinión de más arriba. Pero los éxitos del CIO únicamente son pasajeros. Solamente son síntomas que revelan que la clase obrera de Estados Unidos se ha puesto en movimiento, ha roto su rutina y actualmente busca nuevos métodos para salvarse del abismo. Si sus sindicatos no encuentran nuevos métodos, se vaciarán completamente y quedarán hechos añicos. Hoy en día, incluso Hague es más fuerte que Lewis, porque, a pesar de sus límites, Hague sabe perfectamente lo que quiere, mientras que Lewis no lo sabe. El “delicioso” vértigo de sus dirigentes puede terminar en un despertar brutal... en un campo de concentración.

Plotkin. - *Desgraciadamente, el desarrollo histórico de Estados Unidos, con sus posibilidades inmensas, con su individualismo, no ha habituado a los obreros a una reflexión social. Me bastará con indicarle que apenas un 15% de los obreros organizados asisten a las reuniones sindicales. Considere un poco este hecho...*

Trotsky. – Pero, ¿no es posible que la causa de este absentismo del 85% radique en que los oradores... no tienen nada que decirles a las masas?

Plotkin. - *Bueno, admitámoslo... Es verdad hasta cierto punto. La situación económica es tal que estamos obligados a retener a los obreros, a frenar el movimiento, a combatir en retirada. Por supuesto que esto no es del gusto de los obreros.*

Trotsky. - Toda la cuestión radica ahí. La responsabilidad les incumbe a los dirigentes, no a las masas. En la época clásica del capitalismo también los sindicatos se veían en dificultades durante las crisis, perdían afiliados, gastaban sus reservas. Pero, entonces, al menos se tenía la certeza de que en la próxima reactivación todas las pérdidas se verían compensadas. Ahora es vano mantener tal esperanza, las fuerzas sindicales se van a ir debilitando sin cesar. Su organización, el CIO, podría hundirse tan rápidamente como se ha constituido.

Plotkin. - ¿Qué hacer?

Trotsky. - En primer lugar, exponer claramente a las masas la situación. No se puede jugar al escondite. Por descontado que usted conoce mejor que yo la situación de los obreros estadounidenses. Sin embargo, me permito decirle que usted los mira con

viejas gafas. Las masas tienen muchas más cualidades, audacia y decisión que sus jefes. El hecho mismo del nacimiento y del rápido desarrollo del CIO muestra que, bajo la influencia de las terribles sacudidas económicas de la posguerra y, sobre todo, de los últimos diez años, se han producido profundos cambios en la conciencia del obrero estadounidense. Cada vez que ustedes han dado muestras de un poco de iniciativa creando nuevos sindicatos activos, los obreros inmediatamente han respondido y les han apoyado con todas sus fuerzas, como jamás en el pasado. Ustedes no tienen derecho a quejarse de las masas. Y las huelgas de brazos caídos; la iniciativa no pertenece a los jefes, sino a los mismos obreros. Es un indicio seguro de que los obreros estadounidenses están prestos para adoptar métodos de lucha más determinados. Hacer es un producto directo de esas huelgas de brazos caídos. En las cúpulas sindicales, lamentablemente nadie se ha atrevido a extraer conclusiones tan audaces de la exacerbación de las luchas sociales como las que extrae la reacción capitalista. He ahí el fondo del problema. Los jefes del capital piensan y actúan con incomparablemente mucha más resolución lógica y audacia que los jefes del proletariado (esos burócratas escépticos, siempre a remolque de los acontecimientos), que debilitan la combatividad de las masas. De ahí proviene el peligro de una amenaza del fascismo y, por si fuera poco, en un futuro muy cercano. Los obreros no asisten a sus reuniones porque sienten instintivamente la insuficiencia, la inconsistencia, la falta de vida y la falsedad de la orientación de su programa. En el mismo momento en que cada obrero siente la catástrofe que planea sobre su cabeza, los dirigentes sindicales se exhiben en fórmulas generales. Ustedes deben encontrar un lenguaje que se corresponda con la situación real del capitalismo en putrefacción y no con las ilusiones de los burócratas.

Plotkin. - Ya se lo he dicho: no veo a los dirigentes. Existen grupos particulares, sectas, pero no veo a nadie que sea capaz de unir a las masas obreras: incluso estando yo de acuerdo con usted en que están prestas para combatir.

Trotsky. - No es una cuestión de jefes, sino de programa. Un programa justo no sólo arrastrará a las masas y les dará una cohesión, sino que, además, formará jefes.

Plotkin. - ¿Qué entiende usted por programa justo?

Trotsky. - Usted sabe que yo soy marxista, más exactamente, bolchevique. Mi programa tiene un nombre muy simple y muy breve: la revolución socialista. Pero yo no exijo a los jefes del movimiento sindical que adopten inmediatamente el programa de la IV Internacional. Lo que exijo de ellos es que extraigan de su trabajo, de su situación, las conclusiones que se imponen, que se ofrezcan a ellos mismos, y a las masas, respuesta a estos dos interrogantes: 1) ¿cómo se puede salvar al CIO de la quiebra y el desastre? 2) ¿cómo se puede salvar a Estados Unidos del fascismo?

Plotkin. - Hoy en día, ¿qué haría usted en Estados Unidos si fuese dirigente sindical?

Trotsky. - En primer lugar, los sindicatos deben plantear directamente el problema del paro y los salarios. Usted planteó bien la cuestión de la escala móvil de horas de trabajo: todo el mundo debe tener un trabajo. Pero la escala móvil de horas de trabajo debe acompañarse con la escala móvil de salarios. La clase obrera no puede tolerar una bajada continua de su nivel de vida, lo que equivaldría al hundimiento de la cultura humana. Hay que tomar como base de apreciación los salarios máximos en vísperas de la crisis de 1929. Las poderosas fuerzas productivas creadas por los obreros no han desaparecido, no están destruidas; siguen existiendo. Los responsables del paro son los que poseen las fuerzas productivas y disponen de ellas. Los obreros lo saben y quieren trabajar. El trabajo debe ser distribuido entre todos los trabajadores. Los salarios de ningún obrero no deben ser inferiores al máximo alcanzado en el pasado. Tal es la

reivindicación natural, necesaria, inexorable de los sindicatos. Si no, el desarrollo histórico los barrerá como al polvo.

Plotkin. - Este programa ¿es realizable? Provoca la ruina de los capitalistas. Tal programa podría, precisamente, acelerar el desarrollo del fascismo.

Trotsky. - Por descontado que este programa presupone la lucha y no una actitud pasiva. Dos posibilidades se les ofrecen a los sindicatos: navegar, maniobrar, batirse en retirada, cerrar los ojos y capitular poco a poco para “no agravar la situación de los patronos” y no “provocar” reacción por su parte. Con este método, los socialdemócratas y los responsables sindicales de Alemania y Austria, intentaron preservarse del fascismo. Todo el mundo conoce el resultado: se rompieron la crisma. El otro modo es comprender el carácter implacable de la crisis social actual y llevar las masas al combate.

Plotkin. - Pero usted todavía no ha contestado a mi objeción concerniente al fascismo, es decir, al peligro inmediato que nacería de las reivindicaciones más radicales de los sindicatos.

Trotsky. - No olvido ni un solo instante este aspecto de la cuestión. El peligro fascista existe en la hora actual en este país antes incluso de que esas exigencias radicales sean formuladas. Tiene su origen en la decadencia y putrefacción del capitalismo. Podría agravarse indiscutiblemente durante algún tiempo bajo la influencia de un programa radical de los sindicatos. Hay que advertir francamente a los obreros. Es preciso que comiencen enseguida a poner en pie organizaciones especiales de defensa. No existe otro camino. Uno no puede preservarse mejor del fascismo utilizando el arsenal de las leyes democráticas, las resoluciones, los llamamientos, que rechazando con notas diplomáticas el ataque de un regimiento de caballería. Hay que enseñarles a los obreros a defender con las armas en la mano su vida, su futuro, contra los gánsteres, los bandidos del capital. El fascismo se desarrolla en la impunidad. No dudamos ni un solo instante que los héroes fascistas mantendrán la cola entre las piernas a partir de que comprendan que los obreros están dispuestos a oponer a cada una de sus “brigadas de choque”, dos, tres o cuatro brigadas. La única manera de proteger a las organizaciones obreras y de reducir al mínimo el número inevitable de víctimas es crear a tiempo una poderosa organización de autodefensa obrera. Tal es la primera tarea de los sindicatos, si no quieren morir vergonzosamente. La clase obrera necesita una milicia obrera.

Plotkin. - Pero, ¿cuál es la perspectiva para el futuro? ¿A qué resultados llegarán a fin de cuentas los sindicatos con esos métodos de lucha?

Trotsky. - Por descontado que la escala móvil de horas de trabajo y la autodefensa obrera no son suficientes. Son sólo los primeros pasos necesarios para preservar a los obreros del hambre, de la muerte y de los puñales de los fascistas. Estos son medios elementales de defensa, que se imponen con toda urgencia. Pero no bastan para resolver la cuestión. La tarea esencial es orientarse hacia un mejoramiento del régimen económico y una utilización más juiciosa, más razonable, más honesta, de las fuerzas productivas en interés de todo el pueblo. Sólo puede realizarse rompiendo con la rutina habitual de los métodos “normales” del trabajo sindical. Ustedes deben reconocer que, en el período de declive capitalista, los sindicatos aislados son incapaces de oponerse al agravamiento incesante de las condiciones de vida de los obreros. Hay que recurrir a métodos más eficaces. La burguesía, que posee los medios de producción y de poder del estado, ha llevado a la economía a un callejón sin salida y sin esperanzas. Hay que declarar a la burguesía deudora insolvente y que la economía pase a manos honestas y limpias, es decir: a manos de los obreros.

¿Cómo lograrlo? El primer paso está claro: todos los sindicatos deben unirse para crear ese Labor Party. No un partido bajo control de Roosevelt y de La Guardia, que solo

sería “labor” de nombre²⁰², sino una organización política de la clase obrera, verdaderamente independiente²⁰³. Sólo tal partido es capaz de atraer hacia él a los granjeros arruinados, a los pequeños artesanos, a los pequeños comerciantes. Pero, para realizar esta tarea, hay que seguir combatiendo sin piedad contra los bancos, los trusts, los monopolios y sus agentes políticos, el partido republicano y el demócrata. El papel del Labor Party debe ser tomar en sus manos el poder, todo el poder, y volver a poner en orden la economía. Lo que supone la organización del conjunto de la economía nacional según un plan razonable, a saber, un plan que tenga como objetivo no aumentar las ganancias de un puñado de explotadores, no salvaguardar los beneficios de un puñado de explotadores, sino salvaguardar los intereses materiales y morales de 130 millones de hombres.

Plotkin. - Muchos de nuestros dirigentes empiezan a entender que la tendencia actual se orienta hacia el Labor Party. Pero la popularidad de Roosevelt todavía es demasiado grande. Si llega a ser reelegido por tercera vez, el problema del Labor Party se verá retrasado en cuatro años. Esa es la desgracia.

Trotsky. - Esa es la desgracia. Que los señores dirigentes no miren hacia abajo, sino hacia arriba. La proximidad de la guerra, el hundimiento del capitalismo estadounidense, el aumento del paro y la miseria, todos estos acontecimientos de una importancia capital, que zanjarán la suerte de decenas de millones de personas, no dependen en nada de la candidatura o de la “popularidad” de Roosevelt. Le aseguro que él es mucho más popular entre los funcionarios bien pagados del CIO que entre los parados. Pero los sindicatos se han creado para servir los intereses de los obreros y no de los burócratas. Si, durante determinado período, la idea del CIO ha podido entusiasmar a millones de obreros, la idea de un Labor Party independiente, combativo, que tenga la voluntad de poner fin a la anarquía económica, al paro y a la miseria, puede entusiasmar a decenas de millones. Por descontado que los agitadores del Labor Party deben demostrar a las masas, por medio de actos y no de simples palabras, que no son agentes electorales de Roosevelt, La Guardia y compañía, sino los verdaderos defensores de los intereses de las masas explotadas.

Cuando los oradores comiencen a hablar el lenguaje de los dirigentes obreros y no el de los agentes de la Casa Blanca, entonces el 85% de los miembros de los sindicatos acudirán a las reuniones, y el 15% de los viejos conservadores, de los aristócratas obreros y de los arribistas, se quedarán en sus casas. Las masas tienen más cualidades y más decisión que los jefes. Las masas quieren combatir. Los jefes, que se arrastran a remolque de las masas, frenan la lucha. Disimulan su propia indecisión, su conservadurismo y sus prejuicios burgueses detrás de la excusa según la cual las masas no están prestas. Esta es hoy la situación real.

Plotkin. - Es evidente que hay mucho de verdadero en lo que usted dice. Pero... hablaremos de ello en otra ocasión.

²⁰² Transparente alusión al American Labor Party del Estado de Nueva York.

²⁰³ El lector con curiosidad puede ver al respecto en los anexos a *El Programa de Transición* publicado en estas mismas *Ediciones Internacionales Sedov* el epígrafe: “[Discusiones sobre las consignas transitorias, aplicación programa de transición y construcción partido obrero]”, páginas 196-240. EIS.

Las tareas del movimiento sindical en América Latina,²⁰⁴

(11 de octubre de 1938)

Entre el 6 y el 8 de setiembre se celebró en México un congreso de representantes sindicales de varios países latinoamericanos cuya consecuencia fue la fundación de una “Confederación de Trabajadores Latinoamericanos”. Los abajo firmantes consideramos nuestra obligación declarar ante los trabajadores de América Latina y de todo el mundo que este congreso, preparado a espaldas de las masas, fue utilizado unilateralmente con propósitos que nada tienen que ver con los intereses del proletariado latinoamericano sino que, por el contrario, son fundamentalmente hostiles a esos intereses. La “confederación” creada en este congreso no representa la unificación del proletariado organizado de nuestro continente sino una fracción política estrechamente ligada a la oligarquía de Moscú.

De México solamente, ni se invitó ni se admitió a las siguientes organizaciones: la Casa del Pueblo, la CROM y la CGT. El camarada Mateo Fossa, que llegó de Buenos Aires con mandato de veinticuatro sindicatos independientes argentinos, no fue admitido en el congreso simplemente por ser opositor al estalinismo. Podríamos señalar organizaciones sindicales de todos los países latinoamericanos que desde el comienzo fueron deliberadamente alejadas de los preparativos previos al Congreso para no romper su homogeneidad política, es decir su subordinación total al estalinismo.

La mayoría de los delegados al congreso sindical participaron también en el congreso contra la guerra y el fascismo, donde tuvieron oportunidad de explayarse con amplitud sobre su línea política. Todos ellos votaron huecas resoluciones sobre la lucha contra el fascismo, pero repudiaron decididamente (salvo los representantes de Puerto Rico y Perú) la lucha contra el imperialismo. Esta política caracteriza plenamente a la burocracia de Moscú, que ante las amenazas de Hitler busca la confianza y amistad de las democracias imperialistas: Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las masas trabajadoras de América Latina, que ven en el fascismo a su enemigo mortal, no pueden abandonar ni por un instante la lucha irreconciliable contra el imperialismo, aun cuando éste se esconda tras la máscara de la democracia. ¡Es por eso que el proletariado y los pueblos de América Latina no pueden tener objetivos comunes con la burocracia estalinista! ¡No es posible olvidar que, en nombre de la amistad con la burguesía de Francia e Inglaterra, la burocracia estalinista estranguló el movimiento de los obreros y los campesinos españoles!

El imperialismo “democrático”, que en América Latina es infinitamente más fuerte que el imperialismo fascista, intenta (no sin éxito) introducir a través del robo, el engaño y la concesión de privilegios sus propios agentes políticos en nuestros países, tanto en la burguesía, en la burocracia burguesa y la intelligentsia pequeñoburguesa como también en los estratos superiores de la clase obrera. Esos elementos corruptos de la burocracia o la “aristocracia” laboral generalmente albergan sentimientos serviles, ni proletarios ni revolucionarios, hacia sus protectores imperialistas. Los agentes de la

²⁰⁴ En *Escritos*, Tomo X, Volumen 1, páginas 103-107 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940](#), Editorial Pluma.

oligarquía del Kremlin utilizan estos sentimientos para reconciliar al proletariado latinoamericano con los esclavistas “democráticos”.

A esto hay que añadir que, en México, donde los sindicatos, desgraciadamente, dependen directamente del estado, los puestos de la burocracia sindical se cubren generalmente con elementos provenientes de la intelligentsia burguesa. Se trata de abogados, ingenieros, etcétera, personas que no tienen nada en común con la clase obrera y que sólo pretenden utilizar las organizaciones sindicales en su propio beneficio, ya sea para mejorar su situación económica o favorecer sus carreras políticas. Esforzándose por ocultar a los obreros su política crudamente egoísta, estos trepadores burgueses a menudo aparecen como “antifascistas” y “amigos de la URSS”, cuando en realidad son agentes del imperialismo anglosajón.

Para mantener los sindicatos en poder de su fracción, pisotean ferozmente la democracia obrera y acallan todo planteo crítico, comportándose como perfectos gánsters con las organizaciones que luchan por la independencia revolucionaria del proletariado del estado burgués y del imperialismo extranjero. Al dividir de esta manera al movimiento sindical y estimular la lucha entre sus distintas tendencias, los agentes de Stalin debilitan al proletariado, lo corrompen, socavan la democracia en nuestro país y de hecho le allanan el camino al fascismo. El abogado mexicano Lombardo Toledano, electo secretario de la Federación Latinoamericana que él mismo organizó, es el dirigente al que mayor responsabilidad le cabe por esta política criminal.

Los abajo firmantes somos ardientes y devotos partidarios de la unificación del proletariado latinoamericano y de que éste estreche los mayores lazos posibles con el proletariado de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero, como surge de lo que venimos diciendo, esta tarea está todavía por realizarse. La organización política fraccional que se formó en diciembre no constituye una ayuda sino un obstáculo para su realización.

Estamos firmemente convencidos de que se puede lograr la unificación del proletariado latinoamericano en base a los siguientes principios:

1. La total independencia del movimiento sindical de su propio gobierno burgués y de todo imperialismo extranjero, ya sea fascista o “democrático”.

2. Un programa revolucionario de lucha de clases.

3. La expulsión del movimiento sindical de los trepadores pequeñoburgueses, ajenos a la clase obrera.

4. La unificación en cada país de todos los sindicatos obreros en base a la democracia proletaria. Que la lucha ideológica dentro de los sindicatos se conduzca de manera libre y fraternal, que la minoría se someta estrictamente a la mayoría y se aplique en la acción una disciplina de hierro.

5. La preparación honesta de un congreso sindical latinoamericano con la participación activa de las masas trabajadoras, es decir con una discusión seria y sin restricciones sobre las tareas del proletariado latinoamericano y sus métodos de lucha.

Nuestro proletariado debe entrar firmemente en la escena histórica para tomar en sus manos el destino de Latinoamérica y asegurar su futuro. El proletariado unificado atraerá a decenas de millones de campesinos indoamericanos, eliminará las fronteras hostiles que nos dividen y nucleará a las veinticuatro repúblicas y posesiones coloniales bajo las banderas de los estados unidos obreros y campesinos de Latinoamérica.

Presentamos este programa para que lo discutan todas las organizaciones obreras de nuestro continente. ¡Obreros revolucionarios de América Latina, ustedes tienen la palabra!

[Los sindicatos en la discusión sobre América Latina]²⁰⁵

(4 de noviembre de 1938)

[...]

Curtiss: Mientras que el camarada Trotsky hablaba, muchas preguntas que los camaradas se hacen, en Latinoamérica y en otras partes, me vienen a la mente.

Discutamos el caso de México. Hay dos problemas que están ligados. Al comienzo del movimiento aquí, yo creo que Morones²⁰⁶ era la figura más importante. El argumento de Morones era que los trabajadores podrían tomar el poder en México, pero que no se arriesgarían a causa de la inevitable intervención militar de los Estados Unidos. Independientemente de su propia opinión sobre la necesidad del socialismo, Morones se ocupaba ante todo de sí mismo. Ahora encontramos el mismo problema, planteado a la inversa en El Popular, el diario de Lombardo Toledano. Y hubo un artículo en Machete, el órgano estalinista, que no estudié con cuidado, que planteaba la cuestión de manera idéntica, de saber si sería o no posible realizar el socialismo en México o llegar a la toma del poder por la vía pacífica. Creo que los obreros piensan un poco en esta cuestión, que está planteada en muchos artículos. Los nuevos socialistas están todos intrigados por esta idea.

La vía actual hacia la toma del poder parece tomar la forma del control sindical. Los sindicatos luchan por el control. Los matarifes, por ejemplo, amenazaron con hacer huelga para obtener el control de los mataderos. Los ferrocarriles están bajo administración obrera. No sé exactamente cuál es la situación en la industria del petróleo, pero hay aquí algún informe. Hoy, en un edificio de una compañía petrolera, hay un burócrata sindical que tomó el lugar de un antiguo directivo de dicha compañía.

Me parece que la cuestión de la democracia no es sólo una cuestión de la forma del estado, sino una cuestión candente en el movimiento obrero. Un problema concreto con el que se topan nuestros camaradas en México es el de encontrarse frente a la burocracia. Yo pensaba que la burocracia sindical en Estados Unidos no era buena, pero creo que tomó lecciones de la burocracia mexicana. Es una mano de hierro. Aquel que no obedece es excluido. El progreso de nuestro movimiento se tropieza con esta cuestión.

Existe una burocracia del estado y también una burocracia de los sindicatos, que, según algunas opiniones, no están tan separadas en México. Es un problema que se vuelve muy agudo en estos dos terrenos. Pienso que la aplicación concreta del programa de transición en México deberá tener en cuenta estas leyes y estos contextos. Luchar por el control obrero, luchar por la democracia en el movimiento sindical. Creo que hay que lanzar una consigna de milicias obreras armadas, no sólo contra la burocracia, sino para defender las conquistas de los trabajadores contra los burócratas sindicales.

²⁰⁵ Extractos tomados de *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*, en estas mismas OELT-EIS, páginas 343-352 del formato pdf.

²⁰⁶ Luis Napoleón Morones (1890-1964), antiguo tipógrafo, luego empleado de teléfonos, había sido el organizador del Congreso Nacional Obrero en 1916 y se convirtió en secretario de la Central Regional de los Obreros Mexicanos (CROM) en 1917, luego presidente en 1918. Se adhirió un tiempo al Partido Socialista que se convertiría en el Partido Comunista Mexicano. Había sido uno de los partidarios de Obregón, fundando para apoyarlo el Partido Laborista Mexicano (PLM) y había sido secretario de industria, de comercio y de trabajo bajo el gobierno de Calles de 1924 a 1928. Convertido nuevamente en dirigente de la CROM, fue exiliado, con Calles, por Cárdenas en 1936.

Sobre la cuestión de ganar a los campesinos. Aquí, hemos descubierto que los maestros pueden jugar un papel clave... Los maestros y los ferroviarios son el eslabón entre el campesinado y los obreros de la ciudad.

Dos [cuestiones sobre las que desearía escuchar algunos comentarios] del camarada Trotsky. Primero, nuestra actitud frente a la expropiación del petróleo y la burocracia ascendente, y de su intento de hacer llevar el fardo a los obreros. Y segundo, la razón exacta del viraje a izquierda de Cárdenas, por qué tan decisivo y tan profundo, porque, de todos los presidentes, sin duda es Cárdenas quien ha ido más lejos frente al problema de la tierra.

Una observación sobre el APRA. Es una organización importante, pero financiada actualmente por el gobierno mexicano. Uno de los principales argumentos del APRA y sus dirigentes (y pienso que no es sólo un tema para nuestros camaradas de Latinoamérica sino también para nosotros en Estados Unidos) es el siguiente: dicen que no hay ninguna chance ni ningún interés en hacer algo con los obreros de los países desarrollados en el plano industrial, porque ellos no se interesan por los países coloniales. Pienso que los esfuerzos de los camaradas de la IV Internacional en los países avanzados para afrontar el problema de los países coloniales y semicoloniales le daría un rudo golpe al [argumento del] APRA.

Lankin²⁰⁷: Quisiera un poco más de información sobre la organización mexicana. ¿Cuántos miembros tiene? ¿Cuál es su composición? ¿Sus publicaciones, etc.?

Curtiss: Es difícil determinar el número exacto: estamos en la fase de la reorganización. La composición social: formada por dos niveles, maestros y obreros. Los obreros son en su mayoría de la construcción, no hay obreros industriales, pero sí de la construcción²⁰⁸.

La publicación oficial es un diario, La IV Internacional. Tiene una excelente difusión. El grupo no tiene malas publicaciones, pero vende poco y la mayor parte la distribuye. Por supuesto, Clave, una nueva revista teórica, simpatiza con nuestras ideas. Desde el punto de vista de la teoría, hay un gran bache en la organización. Los maestros han leído muchas obras marxistas. La mayoría de los otros conoce muy poco de marxismo desde el punto de vista teórico. Se hicieron con éxito algunos intentos de educación, pero no a escala nacional.

Lankin: Ud. decía hablando de los sindicatos que, si no se estaba de acuerdo con los dirigentes sindicales, se podía perder el trabajo. ¿Un dirigente sindical mexicano tiene ese poder sobre un grupo de trabajadores, como un funcionario de gobierno, o bien gozan de la misma democracia que nosotros, la que consideramos tener en Estados Unidos?

Curtiss: En todos los países de América Latina, los estatutos de los sindicatos son modelos perfectos de democracia, pero los dirigentes aplican métodos dictatoriales. Todos los sindicatos ofrecen muchas garantías, pero estas no valen nada. Un dirigente puede excluir a quien quiere del sindicato, y el excluido se encuentra en una posición muy, muy desagradable. Incluso no vale la pena apelar la exclusión. La única apelación verdadera sería la de los puños. John L. Lewis, Green²⁰⁹ y todos nuestros otros dirigentes

²⁰⁷ Sol Lankin se había unido a las Juventudes Comunistas (YWL) en 1923 en Filadelfia y había sido el organizador de los jóvenes desocupados y de actividades deportivas. Fue excluido en noviembre de 1928 por sus actividades de opositorista de izquierda. Aprendió luego el oficio de tapicero. Era un veterano obrero del SWP que había llegado como "guardia" y que colaboraba muy activamente en el secretariado.

²⁰⁸ Entre 1936 (su apogeo) e 1937 (su crisis) los efectivos de la sección mejicana pasaron de diversos centenares a una cuarentena.

²⁰⁹ [William Green (1873-1952), sucesor de Gompers en la presidencia de la AFL, orgulloso de no haber hecho ni convocado jamás una huelga era, sin lugar a dudas, uno de los dirigentes obreros más conservadores de su época.

sindicales [norte]americanos no tienen nada que envidiar a la burocracia sindical mexicana.

Robinson²¹⁰: Quisiera preguntar cómo tomó la sección mexicana de la IV Internacional la decisión de la conferencia que fue publicada en Socialist Appeal. ¿Cómo el Partido Comunista ha crecido recientemente? ¿Tiene éxito? ¿Se refuerza? ¿Cuáles son nuestras relaciones con él?

Curtiss: El Partido Comunista de México es una organización poderosa. Controla numerosos cargos públicos. Cuando nuestros compañeros llevan sus publicaciones a la oficina de correo, si estas caen en manos del Partido Comunista, jamás llegarán a destino. Los estalinistas de México están [a punto de] hacer una campaña por un total de 75.000 miembros. En Estados Unidos, hacen campaña por 100.000 efectivos. Esto puede darles una idea de la fuerza organizacional del PC. Sería erróneo, sin embargo, considerarlo como un bloque irrompible.

La decisión del Congreso Internacional fue muy, muy mal tomada por los camaradas de ciudad de México, sobre todo del grupo Galicia. Provocó la aparición de numerosas tendencias y podemos encontrarnos con una organización más pequeña de la que imaginamos. Estos camaradas han tomado muy mal la decisión en cuestión. Aceptaron someterse, pero no sin protestas. La moción en ese sentido fue adoptada sólo con algunos votos en contra.

Trotsky: En lo que concierne a la evaluación del número de miembros del partido comunista con relación a su campaña por los 75.000, tengo muchas dudas. Las estadísticas políticas de México no son las más exactas del mundo. Por ejemplo, la CTM da la cifra de un millón de adherentes. Cuando pregunté a un antiguo responsable de la CTM si era exacta²¹¹, me respondió, “No, está exagerada“. -Y cuánto, ¿medio millón?- “No, cuarenta o cincuenta mil, sobre todo en lo referente a los obreros”.

Las cifras del partido comunista no son verdaderamente muy claras. Diego Rivera (y él conoce la situación) cree que el partido comunista es fuerte en ciudad de México. Creo que nos dijo que tenía más de 12.000 y no más de 14.000 miembros, entre 11.600 y 11.700 burócratas y de 2.000 a 3.000 obreros.

En lo que atañe a los burócratas, no se los puede considerar políticamente como auténticos miembros del partido. El dirigente oficial de los sindicatos es un comunista. Obliga a todos sus subordinados a ser comunistas. Si no asisten a una reunión, pueden sufrir un descuento salarial de hasta cinco días.

Los sindicatos en México están estatizados constitucionalmente. No se puede obtener un trabajo si no se es miembro de un sindicato, y los sindicatos burocráticos perciben las cotizaciones por medio del estado. En el caso de los maestros, por ejemplo, los dirigentes decidieron que cada maestro pagaría el 1,5% de su salario. El secretario de finanzas ordenó que ese 1,5% sea deducido por los sindicatos.

En el contexto general de la política mexicana, los sindicatos están ahora en una etapa muy interesante. Se puede constatar una tendencia general a su estatización. En los países fascistas, se encuentra la expresión extrema de esta tendencia. En los países democráticos, se transforma a los antiguos sindicatos independientes en instrumentos del estado. Los sindicatos en Francia están por transformarse en la burocracia oficial del

²¹⁰ Robinson es un seudónimo del que ignoramos [completamente] a qué “guardia” [norte]americano [protegía].

²¹¹ R. García Treviño o Francisco Zamora.

estado. Jouhaux vino a México para proteger a los intereses franceses en el petróleo²¹², etc.

La causa de esta tendencia a la estatización es que el capitalismo en su declinación no puede tolerar sindicatos independientes. Si los sindicatos son demasiado independientes, los capitalistas empujan a los fascistas a destruirlos o buscan espantar a sus dirigentes con la amenaza fascista para encarrilarlos. Así Jouhaux fue encarrilado. No hay duda que, si él es el mejor de los republicanos, entonces Francia no establecerá un régimen fascista. Hemos visto en España a los dirigentes de los sindicatos más anarquistas convertirse en ministros burgueses en el transcurso de la guerra civil.

En Alemania y en Italia, esto se realizó de forma totalitaria. Los sindicatos están directamente integrados al estado, con los propietarios capitalistas. Sólo es una diferencia de grado, no de naturaleza.

Se puede observar que, en México, como en los otros países latinoamericanos, se saltaron la mayor parte de las etapas del desarrollo. En México, esto comenzó con la integración de los sindicatos al estado. Hay una doble dominación. A saber, el capital extranjero, y la burguesía nacional o, como dice Diego Rivera, una subburguesía (una capa controlada por el capital extranjero y al mismo tiempo opuesta a los obreros). Un régimen semibonapartista entre el capital extranjero y el capital nacional, el capital extranjero y los trabajadores. Todo gobierno puede crear, en una situación similar, una posición en la que oscile, inclinándose unas veces hacia la burguesía nacional y los obreros, y otras veces hacia el capital extranjero. Para sujetar a los obreros, integran a los sindicatos al estado. Saltan igualmente por encima de las relaciones económicas, las etapas de desarrollo, es en este sentido por el que han expropiado el petróleo, por ejemplo, tomándolo del capital extranjero y no se lo han dado aún a los capitalistas nacionales. Si no lo distribuyen o no lo venden a la burguesía mexicana, es sobre todo porque tienen miedo de la lucha de clases de los obreros, y entonces prefieren dar los pozos de petróleo al estado. Crearon así un capitalismo de estado que no tiene nada que ver con el socialismo. Es la forma más pura de capitalismo de estado. Al mismo tiempo se integra a los obreros, a los sindicatos, que están ya estatizados. Se los incorpora, entonces en la administración de los ferrocarriles, de la industria petrolera, etc. para transformar a las direcciones sindicales en representantes del gobierno. El contraamaestre es, al mismo tiempo, el representante de los obreros, de sus intereses en los papeles, pero en realidad es el representante del estado por encima de ellos. Y tiene el derecho, o mejor dicho, la posibilidad de quitar a los obreros toda posibilidad de trabajar porque, en nombre de la disciplina sindical, puede decidirlo según el interés de la producción.

En ese sentido, por supuesto, cuando decimos “control de la producción por los obreros”, esto no quiere decir control de la producción por los burócratas de los sindicatos estatizados, sino control por parte de los obreros de la propia burocracia y un combate por la independencia de los sindicatos frente al estado. En México es la tarea más importante: liberar a los sindicatos de la tutela del estado burgués, liberar a los obreros de la dictadura de los burócratas sindicales. Esta es la democracia obrera. Es necesario subrayar el hecho que hoy los sindicatos no pueden ser sindicatos democráticos en el antiguo sentido del término. Los imperialistas no pueden tolerarlo. En los viejos países, así como en México, son, ya sea instrumentos de la burguesía imperialista, ya sea organizaciones revolucionarias contra la burguesía imperialista. Por esto, nosotros comenzamos en México con consignas como independencia frente al estado, democracia obrera, libre discusión, etc. Pero sólo son consignas de transición, que conducen a

²¹² Trotsky hace alusión aquí a la venida de Jouhaux a México, para el congreso sindical de septiembre de 1938, que fue unos pocos meses después de la nacionalización del petróleo y en donde el dirigente sindical francés había sostenido que no era cuestión de combatir el “imperialismo” sino únicamente al fascismo.

consignas más importantes del estado obrero. Sólo se trata de una etapa que puede darnos la posibilidad de reemplazar a las direcciones actuales de los sindicatos por una dirección revolucionaria.

Los sindicatos no pueden ser independientes como en los buenos viejos tiempos en que la burguesía los toleraba porque podía darles una libertad mucho más grande. No es posible, a partir de ahora restablecer en los sindicatos la antigua democracia, tanto como no es posible restablecer la democracia en el estado. Es un desarrollo absolutamente paralelo.

En México, Lombardo Toledano no utiliza esta situación más que para asegurar su dominación sobre los trabajadores, al igual que todos los estados latinoamericanos lo utilizan para asegurar su propia dominación. Es una dominación semibonapartista, que se inclina hoy a la izquierda, mañana a la derecha, en función de la etapa histórica concreta en cada país. Pero aquí no podemos saltar etapas: no podemos decir a los obreros: “¡Denos la dirección y nosotros les mostraremos lo que hay que hacer!”

No hay ninguna duda que la IV Internacional es capaz de asegurar a los sindicatos una dirección revolucionaria en el curso de las etapas de transición en México. La IV Internacional defenderá esta etapa en México contra toda intervención extranjera. No es como en Francia o en Estados Unidos. Combatimos para que este país no sea colonizado, reducido a la esclavitud.

Pero, en tanto sección mexicana de la IV Internacional, este no es nuestro estado y debemos ser independientes frente a él. En ese sentido, no nos oponemos al capitalismo de estado en México; pero lo primero que reivindicamos, es nuestra propia representación de los trabajadores frente al estado. Tratar de apoderarse del estado de esta manera es totalmente idiota. No se puede tomar el poder por esta vía pacífica. Es un sueño de pequeño burgués.

Era el plan de Stalin con el Kuomintang y es a causa de esta idiotéz de Stalin que el Kuomintang gobierna hoy China. Entraremos en el Kuomintang, decía Stalin, luego eliminaremos con cortesía a la derecha, luego al centro, finalmente la izquierda. Así tomaremos el poder sin dificultad. Nosotros, desde la Oposición de Izquierda, subrayamos que la derecha del Kuomintang era imperialista. Tenía el ejército. No se puede tomar el poder sin oponerse a esta maquinaria. Si se está en manos del Kuomintang se está en las manos de los verdaderos dueños del país. Absolutamente.

[...]

Curtiss: Sobre la cuestión de la estatización de los sindicatos, pienso que uno de sus aspectos importantes es el National Labor Relations Board²¹³ establecido en EEUU, que perjudicó mucho el espíritu de combatividad de los obreros.

Pienso que si tenemos que caracterizar la tendencia en México (el intento de realizar una paz teórica, una transición pacífica al socialismo), podría llamarse un sueño burocrático de los dirigentes sindicales que han obtenido por este método un trabajo agradable y fácil, lo que hace que esto les parezca el colmo de la marcha hacia el socialismo.

Trotsky: Sería bueno pedirles a nuestros camaradas de México que verifiquen las estadísticas del partido comunista. Diego Rivera estima que hay en realidad 12.000 miembros comprometidos en la campaña central por los 75.000. No exagera. El partido comunista no se atribuye a sí mismo más de 24.000 miembros.

²¹³ El National Labor Relations Board (NLRB) era uno de los organismos de gobierno nacidos de la política rooseveltiana del New Deal: “oficina para la reglamentación de las relaciones del trabajo”, era un organismo gubernamental de arbitraje que tenía como misión asociar a las direcciones sindicales a sus decisiones, en nombre de las necesidades de la sociedad.

¡Al pozo! (Sobre el último congreso de la CGT)²¹⁴

(31 de diciembre de 1938)

Si alguien todavía abrigara la menor ilusión sobre la dirección de la Confederación General del Trabajo, el último congreso de esta organización sin duda la habría disipado. Si alguien todavía ayer hubiera tenido esperanzas de que la dirección de la CGT pudiera evolucionar en una dirección progresiva, hoy tendría que enterrar esas esperanzas. Ramírez y sus secuaces demostraron, con loable franqueza, la profundidad de su degeneración y su caída. El vocabulario político no cuenta con términos apropiados para caracterizar la actual fisonomía política de esta banda.

Enfrentados con la próxima campaña electoral y con las intrigas y caza de sinecuras que la acompañan, los dirigentes de la CGT súbitamente dejaron caer sus máscaras “anarquistas” e “internacionalistas” para unirse con el estado nacionalista burgués. Con el pretexto de combatir al estalinismo, vuelcan a una organización proletaria hacia la peor de las reacciones burguesas al servicio del imperialismo extranjero. Para los magnates petroleros y otros capitalistas, Ramírez no es más que un agente de segunda categoría. Nadie prestó ni podría haber prestado un mayor servicio a Lombardo Toledano y toda la agencia estalinista que el que les prestó la banda de la CGT.

Obviamente la gran mayoría de los obreros de esta organización no tiene la menor idea de la traidora intriga que se llevó a cabo a espaldas suyas. Los trabajadores son simples víctimas de las maquinaciones personales y fraccionales de los “dirigentes”. Esto hace aún más criminal y vergonzoso el giro reaccionario que llegó a su culminación en el último congreso de la CGT, abriendo una era de real y descarada prostitución política.

Los calumniadores del bando estalinista hacen circular el rumor de que la Cuarta Internacional y sus grupos simpatizantes plantean el bloque político con la dirección de la CGT. Rechazamos esta calumnia, igual que todas las demás, con un comprensible desagrado. El deber elemental de todo marxista consiste en realizar un trabajo sistemático en las organizaciones proletarias de masas, sobre todo en los sindicatos. Esta obligación comprende a la CTM, a la CGT y a los sindicatos en general. Pero el trabajo sistemático dentro de los sindicatos y la educación de su base en el espíritu del marxismo revolucionario están tan alejados de bloques aventureros con los corruptos funcionarios sindicales como el cielo lo está de la tierra. Si se le da un dedo al diablo, se arriesga toda la mano. Pero no hay un solo marxista revolucionario que pueda darle siquiera una uña, no digamos todo un dedo, a la banda que dirige actualmente la CGT. La lucha implacable contra ella, ante toda la clase obrera, es una obligación revolucionaria elemental. ¡La vanguardia proletaria hundirá para siempre a Ramírez y sus amigos!

* * *

La banda de Toledano-Laborde organizó una persecución física a la CGT; ataca sus locales y sus reuniones, sabotea técnicamente sus transmisiones radiales, etcétera. Este tipo de gansterismo difundido en el movimiento obrero mundial por Stalin, no tiene nada en común con una lucha real contra la reacción; no es más que el método que usan

²¹⁴ “Al pozo. Sobre el último congreso de la CGT” (Publicado sin firma en la revista *Clave* en enero de 1939), *Escritos*, Tomo X, Volumen 1, páginas 234-237 del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940](#), Editorial Pluma.

normalmente los distintos grupos de la aristocracia obrera para arreglar las cosas entre ellos. El objetivo de la política revolucionaria no es impedirle mecánicamente hablar a un dirigente sindical sino enseñar a las masas a desconfiar de los dirigentes reaccionarios y a librarse de ellos.

No se puede dejar de señalar que los estalinistas, imitando a su patrón, emplean cada vez más insolente y abiertamente toda clase de represiones “totalitarias” para lograr sus objetivos. Pero, como en México no están en el poder, se ven obligados a limitarse a la lucha dentro del movimiento obrero. Los métodos totalitarios utilizados en un estado burgués, es decir en una sociedad basada en la propiedad privada, no son otra cosa que fascismo. En este sentido las acciones de Toledano-Laborde le abren el camino a la dictadura fascista. En una sociedad burguesa, todas las restricciones a los derechos democráticos, en última instancia, caen con todo su peso sobre la clase obrera. No sólo Ramírez, el agente directo de la represión abierta, es un verdadero precursor del fascismo en México; también lo son los estalinistas Laborde y Toledano. Sin embargo, no hay que suponer que resultarán absueltos bajo la dictadura fascista para la que preparan el terreno. No; en el caso de un triunfo fascista, se encontrarán todos en un campo de concentración... si no escapan a tiempo. Una vez allí puede ser que por fin entiendan el significado de nuestras repetidas advertencias.

[Los sindicatos y la guerra]²¹⁵

(mayo de 1940)

Mientras los magnates del capitalismo monopolista se ponen por encima de los órganos del poder estatal, controlándolo desde las alturas, los dirigentes sindicales oportunistas rondan los umbrales del poder estatal tratando de conseguir que las masas obreras les den su apoyo. Es imposible cumplir esta sucia tarea si se mantiene la democracia obrera dentro de los sindicatos. El régimen interno de los sindicatos, siguiendo el ejemplo del régimen de los estados burgueses, se está volviendo cada vez más autoritario. En épocas de guerra la burocracia sindical se transforma definitivamente en la policía militar del estado mayor del ejército dentro de la clase obrera.

Pero por más empeño que ponga, no tiene salvación. La guerra significa la muerte y la destrucción de los actuales sindicatos reformistas. A los sindicalistas en la flor de la edad se los moviliza para la matanza. Los reemplazan los muchachos, las mujeres y los viejos, es decir los menos capacitados para resistir. Todos los países saldrán de la guerra tan arruinados que el nivel de los trabajadores retrocederá un siglo. Los sindicatos reformistas sólo son posibles bajo el régimen de la democracia burguesa. Pero lo primero que desaparecerá con la guerra será la democracia, completamente putrefacta. En su derrumbe definitivo arrastrará consigo a todas las organizaciones obreras que le sirvieron de apoyo. No habrá cabida para los sindicatos reformistas. La reacción capitalista los destruirá cruelmente. Es necesario prevenir de esto a los obreros, inmediatamente y en voz bien alta, para que todos lo oigan.

Una época nueva exige métodos nuevos. Los métodos nuevos exigen líderes nuevos. Hay una sola manera de salvar los sindicatos: transformarlos en organizaciones de lucha que se planteen como objetivo el triunfo sobre la anarquía capitalista y el bandidaje imperialista. Los sindicatos jugarán un rol enorme en la construcción de la economía socialista, pero la condición previa para lograrla es el derrocamiento de la clase capitalista y la nacionalización de los medios de producción. Solamente si toman el camino de la revolución socialista podrán los sindicatos escapar al destino de quedar enterrados bajo las ruinas de la guerra.

²¹⁵ Epígrafe “Los sindicatos y la guerra” dentro del *Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial*, tomado de *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional (El Congreso de Fundación de la IV Internacional y otros anexos)*, páginas 387-388 del formato pdf.

**[Discusiones con Trotsky: sindicatos y elecciones,
agrupamientos dentro sindicato, minorías raciales...]**²¹⁶
(12 al 15 de junio de 1940)

Orden del día
[...]

12 de junio de 1940

Trotsky: Resulta extremadamente difícil hacer pronósticos a causa del carácter sin precedentes de la guerra. La gran incógnita en el ejército francés la constituye el factor moral. La intervención de Italia complica y al mismo tiempo simplifica la situación. Si Gran Bretaña y Francia no capitulan, deberán buscar un reducto en el Mediterráneo. Esto significa una política agresiva hacia Italia. El hecho de que Italia esté destruyendo actualmente los puentes en su frontera con Francia muestra que no tiene pensado invadir Francia, sino que teme una invasión. Los Alpes le dan ventaja a Francia. Para ellos es una lucha cuesta abajo. Italia sigue una política puramente defensiva en los Alpes, una política ofensiva en relación al Canal de Suez, África del Norte, etcétera. En lo que respecta a la invasión de las islas británicas por parte de Hitler, sólo significaría un problema de existencia nacional; el Mediterráneo es el problema que hace a la existencia del imperio.

No se descarta que Italia resulte el eslabón débil de Alemania. Gran Bretaña puede utilizar el norte de África como nueva base de operaciones. Eso significaría el bloqueo de Europa. Con respecto a la invasión de Gran Bretaña, Churchill habla de retirarse a Canadá²¹⁷, pero no menciona la zona del Mediterráneo. ¿Están preparados para abandonar esta zona? Parece más natural que se retiren peleando hacia el Mediterráneo. Entonces América sería la tercera fase. Si a Gran Bretaña no le resultara ya necesario defender las islas, tendría la preeminencia en el Mediterráneo. Convertiría a Italia en blanco de un intenso ataque y bloquearía a Alemania, es decir, a Europa.

Hay que descartar también que Rusia entre en guerra en el bando de Hitler y Mussolini. Si Estados Unidos entra en guerra, y creo que lo hará, el hecho tendrá una tremenda influencia en Moscú. Consideremos la alternativa: no entrar. La propia velocidad del avance alemán fortifica a los aislacionistas, que preferirían esperar que Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Latinoamérica caigan en sus brazos. Luego, una guerra contra Japón antes de vérselas con Hitler. Pero no sólo los aislacionistas, sino la marcha de la guerra en Europa, determinan el curso que se seguirá.

²¹⁶ Extractos de “Discusiones con Trotsky”, en *Escritos, Tomo XI, Volumen 2*, página 107 y siguientes del formato pdf en nuestra serie [Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma](#). Se publicó en el *National Committee Bulletin*, Socialist Workers Party, junio de 1940, donde llevaba el título de “Discusiones con Lund” (un seudónimo de Trotsky). Alrededor de la mitad de este documento se publicó en Inglaterra en 1965 con el título de “estalinismo y trotskismo en Estados Unidos”. Este es un apunte estenográfico, no corregido por los participantes, de discusiones sostenidas durante cuatro días en México por Trotsky y una delegación del Socialist Workers Party. Se usaron pseudónimos en la versión estenográfica por razones de seguridad, pero los mismos fueron reemplazados en el presente volumen. Los miembros del SWP que participaron fueron James P. Cannon, Charles Cornell, Farrell Dobbs, Sam Gordon, Joseph Hansen, Antoinette Konikow y Harold Robins.

²¹⁷ Winston Churchill (1874-1965), comenzó su carrera política siendo tory, giró hacia los liberales en 1906 y luego volvió a los tories en 1924. Fue un importante promotor de la intervención contra la Rusia soviética después de la revolución bolchevique. Fue primer ministro de 1940 a 1945 y de 1951 a 1955.

Debo confesar que he leído poco sobre la guerra en las últimas semanas, además de lo que aparece en los periódicos. Comprenderán que esta otra cuestión (el intento de asesinato) ocupó mi atención.

Los llamados aislacionistas se inclinan a aceptar la derrota del imperio británico. Temen a Hitler. Dicen que no pueden posponer la guerra contra él. Él puede impedir que obtengamos la herencia británica. De allí que leamos en los diarios que el senado vota unánimemente un poder sin precedentes para Roosevelt. Ello indica que éste ha llegado a un acuerdo con republicanos y demócratas acerca de la necesidad de entrar en la guerra.

El telegrama de simpatía de Cárdenas a Francia por la entrada italiana en la guerra es la respuesta mexicana a los clamores norteamericanos de que México es nazi y que, por lo tanto, se impone una intervención. Significa un acuerdo entre Cárdenas y Washington. Por supuesto, son sólo impresiones más que conclusiones. Como ya dije, no he estado siguiendo los acontecimientos de las últimas semanas tan de cerca como sería necesario para extraer conclusiones seguras. Los últimos hechos han llevado a los Estados Unidos más cerca de la guerra. ¿Qué forma tendrá la guerra? Si los aliados triunfaran ante Italia, entonces contarían con buenas bases aéreas contra Alemania. Un éxito ante Italia otorga el dominio sobre España. Puede resultar muy efectiva, entonces, la ayuda de Estados Unidos a través de los materiales de guerra. La entrada de Estados Unidos podría comenzar, posiblemente, con aviones, barcos de guerra, tal vez con infantes de marina, pero no con el ejército, al menos al principio. Las flotas de mar deben organizarse junto con Gran Bretaña y Francia; se debe organizar un bloqueo de Europa para asfixiar económicamente a Hitler a pesar de sus victorias. Esto puede hacerse especialmente si ganan la adhesión de Moscú, lo que es muy probable. Tales triunfos en Italia inclinarían a Moscú hacia los aliados, por lo menos tanto como hacia Alemania en la actualidad, como un satélite influido por una nueva fuerza.

Nuestra hipótesis de trabajo para la propaganda debe ser la legalidad por seis meses, no más. A menudo hemos discutido la ilegalidad y cómo trabajar bajo tales condiciones. La ilegalidad sólo puede mantenerse si estamos escondidos en las organizaciones de masas.

En la actualidad continúa la militarización en tremenda escala. No podemos oponernos a la misma con frases pacifistas. Esta militarización cuenta con gran apoyo entre los trabajadores. Los mismos profesan un aborrecimiento sentimental contra Hitler mezclado con confusos sentimientos de clase. Odian a los bandidos victoriosos. La burocracia se aprovecha de esto para plantear que se defienda a los gánsteres derrotados. Nuestras conclusiones son completamente diferentes. Pero este sentimiento es la base inevitable para el último período de preparación. Debemos hallar una nueva base realista para esta preparación. Debemos oponernos a que se envíen muchachos sin adiestramiento a los campos de batalla. Los sindicatos no sólo deben proteger a los trabajadores en tiempos de paz y salvaguardar su capacidad industrial, sino que ahora deben exigir la posibilidad de que el estado les enseñe el arte militar.

Por ejemplo, en los sindicatos podemos plantear las cosas de este modo: yo soy socialista y tú eres un patriota. Bien. Discutiremos entre nosotros esta diferencia. Pero deberíamos ponernos de acuerdo en que los trabajadores sean adiestrados a expensas del gobierno para llegar a ser expertos militares. Se deberían establecer escuelas en conexión con los sindicatos, a expensas del gobierno pero bajo el control de los sindicatos. Este tipo de enfoque nos daría acceso a los trabajadores, que son patriotas en un noventa y cinco o noventa y ocho por ciento, incluso en la actualidad.

Sólo con esta perspectiva, no con la oposición abstracta al militarismo, podemos tener éxito en los sindicatos y las organizaciones militares. Podemos encontrar de esta forma nuevos caminos y ganar simpatías que nos ayudarán en situaciones de ilegalidad;

por supuesto, el aspecto técnico de la actividad clandestina es importante, pero sólo es una pequeña parte de la actividad ilegal.

En cuanto a los estalinistas: se oponen categóricamente al ingreso de Estados Unidos en la guerra hasta que Moscú cambie. Pero, mientras tanto, existe una importante diferencia entre ellos y nosotros. Las consignas abstractas se parecen. Ellos, con su organización más grande, gritan más alto que nosotros. Debemos tratar de hacer una distinción muy clara en el problema del militarismo. Naturalmente estamos en contra de todas estas cosas en general, pero tenemos diferencias específicas en la cuestión de la militarización. Es la diferencia más importante en el problema de prepararse para la ilegalidad.

Todo indica que Moscú está preparando un cambio de posición. En México, donde a menudo se muestran primero estos cambios, el PC tiene derecho de colocar a Hitler en el mismo plano que Churchill. El día que Moscú dé un medio giro hacia las democracias, habrá una nueva explosión en las filas del PC. Debemos estar preparados para extraer beneficios de esa situación. Considero muy buenas las posibilidades en el PC, a despecho de la transitoria radicalización del mismo, la que no puede durar mucho. Asimismo, a pesar de la radicalización del PC, en general las posibilidades son muy buenas. Es posible que Estados Unidos entre en guerra en los próximos seis meses. Entrará como maquinaria militar. Debemos aprender a manejar armas. Todo se decidirá ahora en el frente militar.

El estado está hoy organizando tremendas maquinarias militares con millones de hombres. No son ya las pequeñas posibilidades de las guardias defensivas, sino las más amplias posibilidades otorgadas por el propio estado burgués.

Cannon: ¿Puede resolverse esto en los sindicatos? ¿Pedimos equipo militar, adiestramiento, etcétera? ¿Qué pasa si nos confunden con patriotas?

Trotsky: Es inevitable que se produzca una confusión parcial, especialmente al comienzo. Pero nosotros planteamos toda nuestra agitación sobre una base clasista. Estamos contra los oficiales burgueses que nos tratan como ganado, que nos usan como carne de cañón. Nos preocupa la muerte de los trabajadores, a diferencia de los oficiales burgueses. Queremos oficiales obreros.

Podemos decirles a los trabajadores: estamos preparados para la revolución. Pero ustedes no. Pero ambos queremos nuestros propios oficiales obreros en esta situación. Queremos escuelas especiales para obreros que nos preparen para ser oficiales.

Al principio, la prensa burguesa va a vacilar. Incluso puede apoyar la idea. Pero con las líneas de clase bien trazadas se van a intranquilizar y luego atacarán.

Cannon: El *New York Times* acaba de publicar un editorial abogando por el adiestramiento militar universal. ¿Estamos de acuerdo con eso?

Trotsky: Sí. Correcto, pero bajo el control de nuestras propias organizaciones. Rechazamos el control de las Sesenta Familias. Queremos un mejoramiento de las condiciones para el soldado-obrero. Queremos salvaguardar su vida, no desperdiciarla. Si, señor burgués, usted debe depender de los trabajadores. Usted los adiestra para sus propios objetivos. Nosotros queremos que ellos se adiestren para sus propios intereses. No queremos que se los adiestre para estar a las órdenes de estúpidos e indiferentes oficiales burgueses que los utilicen como carne de cañón.

Dobbs: En el aspecto técnico hay abundante material para una agitación así. Se llamó a filas en mayo y en dos o tres meses los hombres murieron en Francia. No fueron adiestrados adecuadamente para que se cuidaran. Podemos reunir material auténtico en relación a la experiencia. Al abogar para que los trabajadores sean adiestrados como oficiales podemos reunir evidencias de cómo los oficiales han desperdiciado material. También es un buen punto en la discusión con los patriotas mostrar cómo los obreros

perdieron la vida por no estar entrenados. Es un argumento impresionante para los trabajadores.

Cannon: ¿No marca esta línea una ruptura muy tajante con los pacifistas como Norman Thomas y el grupo “Mantener a Norteamérica Fuera de la Guerra” [Keep America Out of the War]? Nuestra agitación ha sido abstracta durante mucho tiempo. Era contra la guerra en general. Sólo la revolución puede parar la guerra. De ahí que estemos a favor del adiestramiento universal. La dificultad estriba en aclarar que realmente estamos contra la guerra. Necesitamos planteos muy claros y precisos.

Dobbs: Podemos atacar a los pacifistas. ¿No solucionaría la cosa? Es inevitable que tengamos que pelear. Ustedes deben adiestrarse. En el Ejército Rojo o en el burgués ustedes deben adiestrarse.

Cannon: Significa también una reeducación de nuestro propio movimiento. La juventud ha sido impregnada de una actitud antimilitarista y escapista hacia la guerra. Muchos jóvenes ya han pedido ir a México para esconderse. Nuestra propaganda no se diferencia suficientemente de la de los pacifistas. Decimos: “¡No debe haber guerra!” y al mismo tiempo “¡No podemos evitarla!”. Falta una ligazón en alguna parte. Todas las cuestiones se resolverán con la guerra. La mera oposición no puede significar nada. Pero el problema que requiere el planteo más claro es el de distinguirnos de los patriotas.

Konikow: ¿Qué pasa, por ejemplo, con nuestra consigna “ni un centavo para la guerra”?

Trotsky: Supongamos que tenemos un senador. Presentaría un proyecto de ley a favor de campos de adiestramiento para obreros. Podría pedir quinientos millones para ese fin. Al mismo tiempo votaría contra el presupuesto militar porque está controlado por las clases enemigas. No podemos expropiar a la burguesía en la actualidad, por lo que le permitimos explotar a los trabajadores. Pero tratamos de proteger a los trabajadores por medio de los sindicatos. Los tribunales son burgueses, pero nosotros no los boicoteamos como hacen los anarquistas. Tratamos de utilizarlos y luchar dentro de ellos.

Lo mismo con los parlamentos. Somos enemigos de la burguesía y sus instituciones, pero las utilizamos. La guerra es una institución burguesa mil veces más poderosa que todas las demás. La aceptamos como un hecho, como las escuelas burguesas, y tratamos de utilizarla. Los pacifistas aceptan todo lo burgués excepto el militarismo. Aceptan las escuelas, el parlamento, los tribunales, sin discutir. Todo es bueno en tiempos de paz. Pero el militarismo, que es tan burgués como el resto, no. Retroceden y dicen que no quieren saber nada de eso. Los marxistas tratan de utilizar la guerra como cualquier otra institución burguesa. Está claro entonces que en el próximo periodo nuestra oposición al militarismo constituirá la base de nuestra propaganda: nuestra agitación será por el adiestramiento de las masas.

Nuestro programa de transición militar es un programa de agitación. Nuestro programa socialista revolucionario es la propaganda.

Debemos ser totalmente categóricos en el próximo periodo. Debemos marcar a Thomas como el más pérfido enemigo. Debemos decir que la guerra es inevitable. ¡Burócratas! Esta guerra significa la muerte de vuestros sindicatos. Debemos hacer las más categóricas predicciones en los términos más sombríos. Debemos manifestarnos categóricamente por la dictadura del proletariado. Debemos romper completamente con los pacifistas. Hace poco todos estaban contra la guerra. Cualquier confusión con los pacifistas es cien veces más peligrosa que una confusión temporaria con los militaristas burgueses. Preparamos el nuevo terreno para derribar a los militaristas. Los pacifistas ayudan a adormecer a los trabajadores para que apoyen a los militaristas. Thomas, podemos predecirlo, apoyará la guerra; la misma es inevitable. Tenemos que aprender el arte de manejar las armas. En cuanto a los escapistas (incluyendo los de nuestro propio

partido) debemos hablar de ellos con el mayor desprecio. Son desertores. Lo mismo que los pacifistas recalcitrantes, que aceptaban todo en tiempos de paz pero no aceptan la guerra. Los escapistas son desertores de su clase y de la revolución.

Konikow: Sí, no debemos escapar de las masas.

Gordon: Creo que la rápida militarización de las grandes masas nos facilitará el planteo de este programa mucho más que entre los radicales, donde el militarismo tiene una larga tradición. Hombres como Debs son sus héroes²¹⁸. Esta tradición aún existe en el movimiento obrero. La forma de plantearlo es lo que aún no tengo claro.

Trotsky: Ni siquiera Debs tuvo la perspectiva de tomar el poder e iniciar la construcción de la sociedad socialista. Proclamó su aversión a la guerra y fue a la cárcel. Era valiente y honesto, pero carecía de la perspectiva de la revolución.

Cannon: Fue una protesta y no una postura revolucionaria. Nuestro movimiento está infectado de eso, contaminado, especialmente la juventud, que tenía la tradición socialista de la protesta, pero no la de entrar a las Fuerzas Armadas y conquistarlas.

Trotsky: Ya no sirve la consigna “Empleos, no fusiles”. En una situación militar necesitamos nuevas consignas. Sería conveniente hacer una discusión partidaria, posiblemente una pequeña conferencia, para elaborar un buen punto de partida para esta agitación. Podríamos intentar una pequeña experiencia en Minneapolis o St. Paul y ver qué sucede. Deberíamos publicar en la revista artículos sobre cuestiones militares. También en el *Socialist Appeal*. En cuatro o cinco semanas podemos formular una reorientación. Incluso los de la minoría, con sus antiguos antecedentes sindicales pueden ser reeducados a un ritmo extremadamente rápido. Thomas y su especie harán el ridículo a la brevedad y perderán su audiencia. Para combatir al enemigo real debemos entrar en su terreno, que actualmente es el militarismo.

Cannon: ¿Se puede decir que somos militaristas?

Trotsky: Sí, en cierto sentido, somos proletarios militaristas socialistas. Posiblemente no deberíamos usarlo al principio. Esperen hasta que Thomas o alguien como él nos llame militaristas y entonces respondan en forma polémica. Thomas nos ha llamado militaristas. Sí, se nos puede llamar militaristas en un cierto sentido. Entonces podemos usar el término con esta explicación.

Konikow: Comenzamos a discutir esto en nuestra sección, pero tuvimos miedo de hacerlo público por los espías. No queremos crear las condiciones en las cuales pondrán a nuestros jóvenes en campos de concentración en lugar de ponerlos en el ejército. Temimos incluso que nuestros miembros fueran excluidos del ejército. ¿Cómo podemos agitar de manera de no ser catalogados de antemano como traidores?

Trotsky: Tendremos víctimas. Es inevitable. Habrá negligencias y cosas por el estilo. Pero la línea general nos protegerá. En el sindicato yo puedo decir que estoy por la Cuarta Internacional. Estoy contra la guerra. Pero estoy contigo. No sabotearé la guerra. Seré el mejor soldado como fui el mejor y más calificado obrero en la fábrica. Al mismo tiempo trataré de convencerte de que deberíamos cambiar nuestra sociedad. En la corte mi compañero de trabajo diría: “Él dijo que sería un soldado disciplinado, que no provocaría rebeliones. Todo lo que pidió fue el derecho de dar su opinión.” Podemos

²¹⁸ Eugene V. Debs (1855-1926), fue trabajador ferroviario, militante sindical y fundador del sindicato norteamericano del riel; fue encarcelado por conducir la huelga de Pullman de 1894. Se hizo socialista en la prisión y fue fundador del partido socialista. El líder socialista más popular de la historia de Estados Unidos, obtuvo casi un millón de votos cuando presentó su candidatura a presidente en 1912. Fue encarcelado por aplicación del Acta de Espionaje durante la primera guerra mundial por sus discursos antibélicos. Cuando la guerra terminó, un creciente sentimiento popular exigió que se lo amnistiara junto con otros prisioneros políticos. Debs presentó su candidatura a presidente en 1920 desde su celda en la prisión federal de Atlanta. Fue amnistiado en 1921. Muchos de sus más importantes discursos están recopilados en *Eugene V. Debs Speaks* (Pathfinder Press, 1970).

hacer en la corte una defensa similar de nuestra predicción acerca del destino de la sociedad burguesa. Si la burguesía pudiera preservar la democracia, bien, pero dentro de un año impondrá una dictadura. Pelearemos armas en mano contra esa dictadura. Naturalmente, en principio derribaríamos a la llamada democracia burguesa si se diera la oportunidad, pero la burguesía no nos dará tiempo.

Dobbs: Así como en la fábrica uno debe ser un buen obrero para influir en los otros obreros, en la guerra debe ser un buen soldado.

Konikow: Tenemos que ser cautos en nuestra agitación.

Cannon: ¿Hasta qué punto podemos usar la analogía de la fábrica y el ejército? ¿Podemos usarlas tan categóricamente como lo ha expresado aquí?

Trotsky: Sí, pienso que sí. En las fábricas actualmente más de la mitad de su producción es para la guerra.

Dobbs: Si nos alistamos, o esperamos la conscripción, o evitamos entrar, es una cuestión práctica, ¿verdad? Es una cuestión práctica de todos los días.

Trotsky: Debemos estar a favor del adiestramiento militar obligatorio para los trabajadores y bajo control de los mismos. Es una aproximación a la milicia obrera. En lo que hace al ingreso al ejército es una cuestión individual. ¡Obviamente no agitamos a favor del ingreso!

Dobbs: En Texas un congresista propone apropiaciones para la creación de unidades de combate militares contra la quinta columna. Estos trabajadores deben ser adiestrados por oficiales a ser seleccionados por el empleador. Este parece ser un caso ideal, se debería tomarlo y mostrar cómo darlo vuelta y usarlo.

Trotsky: Habrá docenas de casos así. Un punto más: Debemos polemizar contra el estúpido argumento de que Estados Unidos no puede ser atacado. Por supuesto que es atacado. Cualquier imperio moderno es atacado por los cambios en las fuerzas militares de otros países. Alemania amenaza al imperio de Estados Unidos. El capitalismo es internacional.

[...]

13 de junio de 1940

[...]

14 de junio de 1940

[...]

Cannon: Debemos ser muy precavidos en el trato con los estalinistas para no comprometernos. La discusión de ayer se volvió unilateral en lo que respecta a nuestras relaciones en los sindicatos, en el sentido de que actuamos sólo como abogados de los farsantes burócratas progresivos. Eso es falso. Nuestro objetivo es crear nuestras propias fuerzas. El problema es cómo empezar. Todos los sectarios son fuerzas independientes en... su imaginación. La impresión de ustedes de que los antiestalinistas son farsantes rivales no es completamente correcta. Existe este aspecto, pero también otros. Sin la oposición a los estalinistas no hay razón para que existamos en los sindicatos. Comenzamos como opositores y nos volvemos irreconciliables. Cuando los pequeños grupos se rompen la cabeza es porque desprecian las maniobras y las combinaciones y nunca consolidan nada. En el extremo opuesto está el grupo de Lovestone²¹⁹.

²¹⁹ Jay Lovestone había sido dirigente del Partido Comunista Norteamericano en la década del 20, pero fue expulsado en 1929, poco después de la caída de su aliado internacional Bujarin. Los lovestonistas mantuvieron una organización hasta comienzos de la Segunda Guerra Mundial, en que la disolvieron. Lovestone se convirtió luego en consejero de asuntos exteriores, en la época de la guerra fría, del presidente de la AFL-CIO, George Mehany.

En la SUP [Sindicato de marineros del Pacífico] comenzamos en la forma habitual, sin ningún compañero. Hasta la guerra era difícil encontrar un terreno más fructífero que los elementos antiestalinistas. Empezamos con la idea de que es imposible jugar un papel en los sindicatos a menos que tengamos gente en ellos. Con un partido pequeño, la posibilidad de entrar es lo más esencial. En la SUP hicimos una combinación con elementos sindicalistas. Era una situación excepcional, una pequeña y débil burocracia, muchas de cuyas posiciones eran correctas y que estaba contra los estalinistas. Era inconcebible que pudiéramos jugar otro papel que el de oposición a los estalinistas, que eran en ese momento los elementos más traicioneros.

Formamos un bloque tácito con el único fin de entrar libremente al sindicato. Éramos débiles numéricamente hablando, fuertes políticamente. Los progresivos avanzaron y derrotaron a los estalinistas. Nosotros crecimos también. Tenemos cincuenta compañeros y pronto podemos tener cincuenta más. Seguimos una política muy cuidadosa: evitar los choques muy agudos, que de ninguna manera eran necesarios por entonces, de manera de no causar una escisión prematura, ni permitir que se confundiera la lucha principal contra el estalinismo.

Los sindicatos marítimos son un importante sector del ramo. Nuestro principal enemigo allí es el estalinismo. Ellos son el problema principal. En sindicatos nuevos tales como los marítimos, que en realidad se agitaron en 1934, haciendo pedazos a la vieja burocracia, los estalinistas pasaron a primer plano. Los antiguos sindicalistas de oficio no pueden prevalecer en su lucha contra los estalinistas. La lucha por el control es entre nosotros y los estalinistas. Tenemos que ser cuidadosos para no poner en riesgo esta lucha. Debemos ser la clásica fuerza intransigente.

Los estalinistas ganaron importantes posiciones en estos sindicatos, especialmente en el automovilístico. Los lovestonistas siguieron la política delineada ayer por Trotsky, abogados de los farsantes sindicales, especialmente en el gremio del automotor. Desaparecieron de la escena. Nosotros seguimos una política más cuidadosa. Tratamos de explotar las diferencias que había entre la banda de Martin y los estalinistas. Durante un período fuimos el ala izquierda del grupo de Martin, pero nos desligamos a tiempo. El gremio del automotor está ostensiblemente en manos de la CIO, pero en realidad el control lo tienen los estalinistas. Ahora aparecemos como un círculo inspirador y conductor ante la base, que carece de dirigentes de nivel, que es antiestalinista, antipatriota, anti Lewis. Tenemos todas las posibilidades de éxito. No debemos pasar por alto el hecho de que estas oportunidades se hayan desarrollado a partir de experiencias del último período para explotar las diferencias entre las conducciones sindicales. Si hubiéramos adoptado una actitud sectaria todavía estaríamos allí.

En los sindicatos de la alimentación había surgido una oposición a los estalinistas. Había trepadores, progresivos, exmiembros del PC. Teníamos sólo unos pocos compañeros. Debíamos ligarnos con unos u otros para avanzar. Luego estaríamos en condiciones de hacerlo. Dos cosas pueden comprometernos: una, la confusión con el estalinismo; otra, una actitud purista. Si nos consideramos una potencia, ignorando las diferencias entre las alas reaccionarias, permaneceremos estancados.

Dobbs: La situación general me lleva a creer que perderíamos más de lo que podríamos ganar si damos la impresión de que estamos estrechando lazos con el estalinismo. Nos ligamos a reaccionarios, pero, al mismo tiempo, ganamos algunos elementos sindicales muy buenos, acercándolos al verdadero bolchevismo. Hemos hecho pie en otros lados. En el acero tenemos veintidós compañeros en el movimiento de base. Algunos desempeñan un papel muy importante. En la última convención un compañero recibió, especialmente, la mayor ovación al intervenir. Antes de la convención sólo contábamos con un núcleo pequeño. Desde entonces hemos crecido en la base.

Trotsky: ¿Podemos hacer que ellos vayan contra Roosevelt?

Dobbs: Sí.

Trotsky: ¿Por quién votarán?

Dobbs: No sé. Puede ser que por Roosevelt. Creemos que nuestro viraje hacia los estalinistas creará una real confusión en sus cabezas. No debería precipitarse bajo ninguna circunstancia.

Trotsky: Creo que tenemos muy claro el punto crítico. Constituimos un bloque con los llamados progresistas, no sólo con los farsantes, sino, también, con la base honesta. Sí, son honestos y progresivos, pero de tanto en tanto votan por Roosevelt; una vez cada cuatro años. Esto es decisivo. Ustedes proponen una política sindicalista, no una política bolchevique. Las políticas bolcheviques comienzan fuera de los sindicatos. El obrero es un honesto sindicalista, pero está lejos de la política bolchevique. El militante honesto puede desarrollarse, pero eso no es lo mismo que ser un bolchevique. Ustedes tienen miedo de comprometerse a los ojos de los sindicalistas rooseveltianos. Ellos, en cambio, no se preocupan en lo más mínimo por comprometerse al votar por Roosevelt contra ustedes. Tenemos miedo de comprometernos. Si ustedes tienen miedo pierden su independencia y se vuelven medio rooseveltianos. En tiempos de paz no es catastrófico. En tiempos de guerra nos comprometerá. Nos pueden aplastar. Nuestra política está demasiado a favor de los sindicalistas rooseveltianos. Esto se nota leyendo el *Northwest Organizer*²²⁰. Lo discutimos antes, pero no se cambió ni una palabra: ni siquiera una. El peligro (terrible peligro) es adaptarse a los sindicalistas pro rooseveltianos. Ustedes no dan ninguna respuesta a las elecciones, ni siquiera el comienzo de una respuesta. Pero debemos tener una política.

No es necesario ahora votar por Browder. Estamos contra Roosevelt. En lo que respecta a Norman Thomas, sólo es un error político. Browder, sin embargo, es una tremenda ventaja porque tiene una actitud “revolucionaria” hacia la guerra imperialista, etcétera. ¿Y nuestra actitud? Nos volvemos de espaldas y no damos respuesta. Entiendo que la situación es difícil.

Lo que propongo es un manifiesto a los trabajadores estalinistas para decirles que durante años estuvieron a favor de Roosevelt, luego cambiaron. Este último viraje es correcto. ¿Seguirán o no desarrollando esta política? ¿Permitirán o no que los dirigentes la cambien? ¿Seguirán o no con ella? Si se mantienen firmes los apoyaremos. En este manifiesto podemos decir que si fijan un programa claro para su candidato lo votaremos. No veo razón por la cual no podamos decirlo con estas salvedades. ¿Significa esto que hayamos cambiado nuestra política sindical? Para nada. Continuamos oponiéndonos a ellos como antes. Decimos, “si ustedes consideraran seriamente su actitud hacia Roosevelt, tendrían tal y tal política. No podemos marchar junto con ustedes en los sindicatos.”

Me encantaría escuchar, aunque sea una palabra de ustedes, sobre la política seguida en relación a la elección presidencial.

Cannon: No es del todo correcto plantear el problema de esa forma. Nosotros no estamos con los militantes pro rooseveltianos. Nos desarrollamos cuando los estalinistas eran pro rooseveltianos. Su actitud actual es coyuntural. No es cierto que nos inclinemos hacia Roosevelt. La polémica del camarada Trotsky es una polémica para un candidato independiente. Si nos hubiéramos opuesto a eso entonces su posición sería correcta. Por razones técnicas no podemos tener un candidato independiente. Es un falso problema: Roosevelt contra los estalinistas. No es una oposición de clase de buena fe a Roosevelt,

²²⁰ *The Northwest Organizer* era el periódico de la Seccional 574 de los camioneros de Minneapolis. Trotsky ve mejor al periódico en su carta del 20 de agosto de 1940.

pero Browder no sólo repudiaría nuestros votos sino que se retiraría para favorecer a Roosevelt.

Trotsky: Es lo mejor que nos podría pasar. Después de plantear nuestras condiciones para el apoyo, esta capitulación nos permitiría ganar a una parte de los estalinistas. No es una política estratégica sino una política para la campaña presidencial solamente.

La realidad es que ellos han desplegado esta propaganda antibélica. Debemos tener en cuenta este hecho importante en la vida de los trabajadores norteamericanos. Nosotros no tenemos nada hecho, a diferencia de los estalinistas.

La base “progresiva” es una especie de creación artificial. Tiene tendencias clasistas pero votan por Roosevelt. No están formados políticamente. La base estalinista no es peor. Está atrapada en una maquinaria. Son políticos, disciplinados. Nuestro objetivo es oponer el trabajador estalinista a la maquinaria. ¿Cómo hacerlo? ¿Dejándolos solos? Nunca haremos eso. ¿Posponiendo? Esa no es una política.

Estamos a favor de una fórmula obrera independiente. Pero ni siquiera lo hemos dicho en nuestra prensa. ¿Por qué? Porque nuestro partido está confundido. No tiene línea para las elecciones.

En enero pasado discutimos una campaña en los sindicatos para tener nuestro propio candidato presidencial surgido de su seno. Teníamos que comenzar en Minneapolis, y dirigirnos a Tobin. Debíamos plantearle que lo votaríamos si fuera postulado. Incluso a Lewis. Teníamos que comenzar la campaña por un presidente obrero. Pero no se hizo nada. No apareció nada, nada, en el *Northwest Organizer*.

Dobbs: Puede ser que haya sido mi culpa.

Trotsky: Esa es la mala teoría hitleriana de la historia... No puedo explicarlo por la negligencia. Tampoco porque sea un periódico sindical con una política sindical. Los miembros del partido podrían escribir cartas al editor. ¿Qué creen sus dirigentes sindicales? ¿Por qué nuestros compañeros no pueden escribir al *Northwest Organizer*? Discutimos en detalle los aspectos técnicos. Pero no se hizo nada. ¿Por qué? Esto significa un choque inmediato con los rooseveltianos (no con la base), un choque con nuestros aliados, la maquinaria, los rooseveltianos conscientes, que iban a atacar de inmediato, un choque con nuestros propios enemigos de clase, como Tobin.

Cannon: Es necesario contraponer a los candidatos sindicales en su propio terreno. Eso haría que conserváramos una adhesión. Pero lo que no puedo aceptar es a Browder como símbolo de la lucha de clases.

Trotsky: Esta es una polémica falsa. En enero no propuse a Browder. Pero ustedes se limitan a Browder o Roosevelt. ¿Por qué esta falta de iniciativa? ¿Por qué no se utilizaron estos seis meses? ¿Por qué? El problema no se reduce a una pelea individual, hay razones más generales. Discutí con O’Shea hace dos años sobre este mismo problema y esta misma necesidad. También con Dunne²²¹. Pero el *Northwest Organizer* sigue igual. Es una fotografía de nuestra adaptación a los rooseveltianos.

Entiendan, no creo que sería aconsejable que compañeros importantes inicien una campaña así. Pero incluso compañeros totalmente desconocidos podrían escribir tales cartas. Se podría escribir al consejo ejecutivo del sindicato, preguntándoles cuál será el destino de los trabajadores. ¿Qué clase de presidente necesitamos? Por lo menos se

²²¹ O’Shea era Carlos Hudson, un editor del *Northwest Organizer* y uno de los dieciocho acusados en el juicio obrero de Minneapolis en 1941. Abandonó el SWP en 1946. Vincent Raimond Dunne (1890-1970): fue uno de los dieciocho prisioneros en el caso de Minneapolis. Miembro fundador del movimiento trotskysta de Estados Unidos, Dunne fue líder de 155 huelgas de camioneros de Minneapolis. Permaneció activamente en la conducción del SWP hasta su muerte.

desperdiciaron cinco meses. Completamente perdidos. ¿Debemos perder dos o tres meses más?

¡Y Browder de repente se convierte para mí en una figura política ideal! ¡Una falsa polémica!

¿Cómo llegamos a un compromiso? Se lo pregunto a doscientos o trescientos obreros estalinistas. Es el requerimiento mínimo. Podemos ganarlos apoyando a sus dirigentes para que desarrollen una política clasista. ¿Están dispuestos a imponerles a sus dirigentes esta línea clasista?, les preguntamos. Entonces encontraremos puntos comunes.

No se trata sólo de redactar un manifiesto, sino de dar la cara políticamente con los obreros estalinistas. ¿Qué hay de malo en eso? Comenzamos una acción contra los estalinistas; ¿qué hay de malo en eso?

Propongo un compromiso. Consideraré a Browder un cincuenta por ciento menos de lo que lo hago ahora si en retribución ustedes se interesan un cincuenta por ciento más en el partido estalinista.

Cannon: Es un problema muy complicado.

Gordon: Sobre la cuestión de la adaptación al programa de Roosevelt por parte de nuestros compañeros sindicalistas. ¿Es cierto? Si es así, es porque reflejaba una necesidad de nuestro trabajo sindical. Los sindicatos están con Roosevelt. Si queremos progresar tenemos que adaptarnos, no desplegando nuestro programa completo, con el fin de conseguir un punto de apoyo para la próxima etapa. A pesar de todo el trabajo realizado estamos todavía en el comienzo. Eso es una cuestión distinta de convertir esta política en una política permanente. Nos oponemos a eso. ¿Cuál es el momento adecuado para producir la ruptura? ¿Hemos agotado el período de adaptación?

Cannon: El fracaso de la campaña para llevar adelante una fórmula independiente se debe a la inercia del centro, la lucha interna, la tendencia a esperar en lugar de aplicar energicamente una línea, a un sentimiento de inferioridad del partido, a fallas psicológicas, más que a una adaptación consciente o inconsciente a los rooseveltianos. El bloque de los sindicatos no es un bloque político sino un bloque para la política sindical. Es posible llevar adelante una activa oposición política. En 1936 apoyamos al partido socialista, no a Roosevelt, a pesar de que los sindicatos dieron su apoyo abierto a Roosevelt. La situación ideal para el camarada Trotsky sería usar su influencia en el gobierno para cambiar las leyes.

Trotsky: Esa es tarea del SWP [Partido Socialista de los Trabajadores, de Estados Unidos].

Cannon: Deberíamos haber comenzado una campaña hace seis meses. Durante la lucha interna hubo una campaña electoral para el congreso. Browder se postulaba. Nuestra política fue plantear que lo mejor era tener nuestro propio candidato. Lo propusimos, pero fue saboteado por Abern.

Pero salir a hacer la campaña por Browder, justo en el momento de la guerra, cuando estamos tratando de explicar nuestra política...

Trotsky: Precisamente uno de los elementos de la explicación es señalar que la de ellos es una política falsa.

Cannon: Puede justificarse el apoyo a un candidato laborista, pero el PC es completamente diferente. El PC no es un auténtico partido obrero.

Dobbs: Nos agarran mal. Las críticas vienen bien al caso. Producirán mejores resultados, pueden estar seguros. Pero creemos que esta política sería completamente desastrosa. Preferiríamos sacrificar la maniobra por el trabajo de Jimmy Higgins y presentar nuestro propio candidato. No se trata de Roosevelt. Haremos cualquier cosa excepto apoyar a los estalinistas para ir contra Roosevelt.

Trotsky: Bien. ¿Pero por qué no escribir un manifiesto, dirigiéndonos a ellos? Démosles argumentos que entiendan. Pero no tenemos un candidato. Ahora es demasiado tarde para tener un candidato ¿Qué política tienen ustedes? Bien, abandonaremos la idea de votar por Browder. También la de redactar un manifiesto. Haremos un volante. ¿Estarían de acuerdo en un volante con los ejes que vimos? Podemos plantear nuestras diferencias con el PC: vuestro partido acepta la lucha de clases sólo accidentalmente...

Y si el obrero stalinista se les acerca y les pregunta, ¿van a votar por nuestro candidato? Somos un partido político serio, ¿dónde nos colocamos? Debemos darle una respuesta seria. Debemos decirle, “sí, votaré por él”.

Ningún partido es homogéneo, ni siquiera el estalinista. No podemos cambiar al partido sino sólo introducir una cuña para hacer que algunos de ellos empiecen a moverse hacia nosotros.

Cannon: En 1920, durante el primer año de vida del PC en este país, pasamos por una situación similar. Estábamos en la ilegalidad. Faltaban unos pocos meses para la elección y nos era imposible presentar nuestro propio candidato. Boicoteamos abiertamente las elecciones. Fue completamente ineficaz.

Lenin nos escribió una carta. Sostenía que debíamos haber votado por Debs. Pero en esa época había una fuerte separación psicológica del PS. Las palabras de Lenin casi produjeron un shock. Y Debs estaba preso, no como Browder.

Trotsky: Sí. Aunque Browder está condenado a prisión.

Cannon: No hubo durante años ningún ataque directo a los estalinistas. ¿Sería posible?

[...]

15 de junio de 1940

Hansen: Ayer el camarada Trotsky hizo algunos comentarios sobre nuestra adaptación a los llamados progresivos en los sindicatos, mencionó la línea del *Northwest Organizer* y también nuestra actitud en relación con las elecciones y los estalinistas. Deseo señalar que no es un planteo completamente nuevo de parte del camarada Trotsky. Hace más de dos años, durante las discusiones sobre el programa de transición, planteé exactamente estos mismos puntos y tuvo exactamente la misma posición, con las diferencias correspondientes a la época y al hecho de que entonces no se trataba de las elecciones, sino que lo que estaba en primer plano era el Labour-Farmer Party [Partido Laborista Campesino]²²²

El camarada Trotsky escribió también algunas cartas sobre los estalinistas y la necesidad de una línea más positiva hacia ellos. También en la última lucha interna el camarada Trotsky mencionó en su polémico artículo “De un rasguño al peligro de gangrena”²²³ el siguiente punto, que él mismo subrayó: “Más de una vez el partido tendrá que recordar a sus propios sindicalistas que una adaptación pedagógica a las capas más atrasadas del proletariado no debe transformarse en una adaptación política a la burocracia conservadora de los sindicatos”. Me pregunto si el camarada Trotsky considera que nuestro partido está cayendo en una tendencia conservadora en el sentido de que nos estamos adaptando políticamente a la burocracia sindical.

²²² Las discusiones con Trotsky sobre el programa de transición pueden leerse en nuestra serie [Trotsky inédito en internet y en castellano](#) (8 documentos, en particular los número 1, 3, 4 y 5) o en los anexos a la obra *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional (El Congreso de Fundación de la IV Internacional y otros anexos)*, en el capítulo “[Discusiones sobre las consignas transitorias, aplicación programa de transición y construcción partido obrero]”, páginas 196-242 del formato pdf.

²²³ Ver en estas mismas [OELT-EIS, En defensa del marxismo](#), página 85 y siguientes del formato pdf.

Trotsky: En cierta medida creo que sí. No puedo observar la situación detenidamente para estar completamente seguro. Esta fase no se refleja bien en el *Socialist Appeal*. No hay boletín interno para los sindicalistas. Sería muy bueno tener un boletín así y publicar artículos polémicos sobre nuestro trabajo sindical. Observando el *Northwest Organizer* no noté el más mínimo cambio durante todo el período. Permanece apolítico. Es un síntoma peligroso. El abandono completo del trabajo en relación al partido estalinista es otro síntoma peligroso.

Girar hacia los estalinistas no significa que debamos apartarnos de los progresivos. Significa solamente que deberíamos decirles la verdad a los estalinistas, que deberíamos agarrar a los estalinistas adelantándonos a su nuevo viraje.

Me parece que se puede advertir una especie de adaptación pasiva a nuestro trabajo sindical. No hay un peligro inmediato, sino una seria advertencia que indica que es necesario un cambio de dirección. Muchos camaradas están más interesados en el trabajo sindical que en el partidario. Se necesita más cohesión partidaria, maniobras más profundas, una preparación teórica sistemática más seria; si no los sindicatos pueden llegar a absorber a nuestros camaradas.

Es una ley histórica que los funcionarios sindicales formen el ala derecha del partido. No hay excepciones. Así fue en la socialdemocracia; así fue también en el Partido Bolchevique. Ustedes saben que Tomsky estuvo con la derecha²²⁴. Es absolutamente natural. Ellos tratan con la clase, con sus elementos atrasados; son la vanguardia partidaria en la clase obrera. Su campo de adaptación necesario son los sindicatos. La gente que está en los sindicatos hace de esta adaptación su trabajo. Eso explica por qué la presión de los elementos atrasados se refleja siempre a través de los camaradas sindicalistas. Es una presión saludable; pero también puede apartarlos de los intereses históricos de la clase: pueden llegar a ser oportunistas.

El partido ha obtenido importantes logros. Estos fueron posibles sólo a través de un cierto grado de adaptación; pero, por otra parte, debemos tomar algunas medidas para eludir esos peligros inevitables. He notado sólo algunos síntomas serios que indican la necesidad de una mayor cohesión, más énfasis en el partido. Nuestros camaradas deben ser primero miembros del partido, sólo luego miembros de los sindicatos. Esto es especialmente importante en el caso de los funcionarios y editores de los sindicatos.

Antes de que sigamos; acabo de recibir el último número de *Labor Action*²²⁵. Shachtman propone una nueva consigna: “Tengamos un programa para la paz, no para la guerra”. Pero estamos en guerra, no en paz. Es una tendencia pacifista. No tiene programa para la guerra inevitable.

[...]

Dobbs: Estuve discutiendo con Dunne la cuestión de las minorías raciales en los Estados Unidos, y particularmente la cuestión negra. El problema fue encontrar una base adecuada de acercamiento. Dunne sugirió que el hecho de que la columna del *Appeal* se llame “la cuestión negra” hace pensar a la gente de color que los consideramos un problema especial. Tenemos otras minorías raciales, mexicanos, filipinos, chinos,

²²⁴ Mijáil Tomsky (1886-1936), un viejo bolchevique, estuvo siempre en el ala derecha del partido y se opuso a la insurrección bolchevique. Fue jefe de los sindicatos soviéticos y miembro del politburó hasta que adhirió al ala derecha conducida por Bujarin, que se hallaba en lucha con Stalin. Se suicidó durante el primer juicio de Moscú en 1936.

²²⁵] *Labor Action* [Acción Obrera] fue el periódico del Partido Obrero de Shachtman desde 1940 hasta 1958. No debe confundirse con el periódico del mismo nombre editado por James P. Cannon en California entre 1936 y 1937, que era un periódico del ala izquierda del Partido Socialista.

japoneses. Sugirió que cambiásemos el nombre por el de “sección de las minorías raciales” y que cambiemos asimismo la tónica de la columna. Dijo también que hiciéramos un esfuerzo más consciente para tratar al negro como un trabajador con problemas comunes a todos, aunque, por cierto, también con problemas específicos; que aconsejemos a la Cuarta Internacional que encare una serie de artículos acerca de los distintos problemas de las minorías raciales sobre una base más amplia, con un énfasis especial sobre el problema de los negros a causa de su magnitud.

Trotsky: ¿Hemos tenido algún éxito entre los negros?

Dobbs: Algunos, especialmente desde que se hizo cargo Birchman²²⁶. Hemos estado tratando de ligar a la sección negra con la sección sindical. En el sindicato de músicos obtuvimos un informe claro de la situación: separaron los locales para negros, continuando la discriminación contra los mismos. Cosas como esas nos proporcionan también una conexión tangible para continuar. Nos hemos enterado de una fuerte reacción de parte de algunos negros en el sentido de que lo hacemos por filantropía y no por solidaridad de clase. Formamos un comité con un miembro del PC y dos negros.

Konikow: En Boston tratamos de llegar a los negros ayudándolos en la agitación por la ley sobre linchamientos. Los estalinistas exigieron que nuestro camarada fuera expulsado, pero la organización se opuso.

Gordon: No es posible tratar a los negros como uno de tantos problemas especiales. Son únicos. Tienen sus propios problemas, mucho mayores que los problemas generales de las minorías raciales. Hemos hecho progresos, pero aún no comenzamos a arañar ni la superficie. No tenemos un solo camarada en todo Harlem. Pero para hacer este trabajo necesitamos negros. Se me ocurre que tenemos que pensar algunas medidas drásticas para meternos en este trabajo. Harlem es el mayor centro proletario de Nueva York.

También hay problemas con la minoría judía. Una vez intentamos sacar un órgano en idish pero tuvimos que abandonar la idea. No hacemos nada como partido por este problema. El desarrollo del movimiento judío es turbulento. Actualmente es social-patriota por su gran desesperación. Sería muy bueno que pusiéramos en nuestro orden del día un punto para discutir largamente el tema y llegar a una definición, para determinar una perspectiva, un programa de actividades que tenga que ver con judíos y negros.

Konikow: Deberíamos cambiar el nombre de la columna. “Negros” no es un nombre muy atractivo. Quizás el nombre debería ser “Trabajadores negros”.

Trotsky: ¿Cómo resuelven los distintos gremios la cuestión de las minorías raciales? ¿No son sindicatos internacionales?

Cannon: Existen en Canadá. Eso los hace internacionales.

Trotsky: ¿Tienen algunos sindicatos agrupaciones especiales? ¿Agrupaciones educativas?

Dobbs: Algunos gremios discriminan menos. Pero no hay un progreso real.

Trotsky: ¿Tienen publicaciones en diferentes idiomas?

Dobbs: En los sindicatos textiles, que además poseen locales organizados de acuerdo al idioma.

Trotsky: ¿Cuáles?

Dobbs: italianos, griegos, judíos. Pero en este aspecto son diferentes a la mayoría de los sindicatos.

Trotsky: ¿Los camioneros tienen alguna influencia en otras nacionalidades?

²²⁶ Robert J. Birchman estaba por entonces a cargo de la columna del *Socialist Appeal* “La cuestión negra”. Se hizo famoso en la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color después que abandonó el SWP.

Dobbs: Sólo entre los ingleses. En los últimos años ha habido un brusco giro hacia los negros. Anteriormente se los discriminaba. Actualmente en el sur pueden afiliarse a una cantidad de sindicatos. En Dallas, sesenta blancos y veinte negros fueron a la huelga. Los negros siempre se sentaban aparte. Nunca hablaban hasta que los blancos hubieran terminado, y sólo cuando les preguntaban. Eso fue al comienzo. En los piquetes mostraban gran coraje, incluso más que los blancos. Vivían en casas de propiedad de la compañía, que exigió que pagaran sus alquileres atrasados o se fueran. Los desalojaron de dos de las casas. Al día siguiente éstas se habían convertido en cenizas. Al fin de la huelga los negros sintieron que tenían derecho a hablar.

Trotsky: ¿Por qué no se informó de esto en el *Appeal*? Es muy importante. Bastaría para hacer la mejor columna sobre los negros.

La cuestión de las minorías raciales no es equitativa. El medio más importante y más común es una publicación en el idioma de la minoría en cuestión. La educación de los trabajadores se ve obstaculizada por las diferencias idiomáticas. Incluso los partidos más centralizados deben encontrar los medios de comunicarse con las distintas nacionalidades. El partido no es nunca una totalidad de organizaciones nacionales. No es una federación de agrupamientos nacionales, cada trabajador es miembro de una organización común. Deben crearse canales para que estos trabajadores se expresen. Esto es aplicable a los trabajadores mexicanos, chinos, judíos, polacos, etcétera, pero el problema de los negros no tiene nada que ver con el idioma. Es una cuestión social determinada por su piel. Pero no es necesario crear un nuevo diario; ésa es la razón por la cual no se encuentran al mismo nivel. Eso explica por qué no se necesita un medio de comunicación distinto.

Dobbs: Pero la misma discriminación social afecta a los chinos, etcétera.

Trotsky: En lo que les es común, pero no es necesario crear diarios especiales para ellos. Creo que deberíamos explicar en una serie de artículos cómo acercarnos a estas minorías. Y tener enfoques especiales sobre los mexicanos, etcétera, pero, por supuesto, más importantes son los negros. ¿Cambiamos el nombre por uno más general? No estoy en condiciones de dar mi opinión. ¿Lo de filantrópico es por el contenido? Deberíamos exagerar a favor de los negros. Los esclavistas blancos acostumbran a los negros a no hablar primero. Pero en el piquete exhiben gran coraje. Esto se puede aplicar a todas las nacionalidades oprimidas. Debemos acercarnos a ellos en todas partes planteando que por cada linchamiento de un negro linchen a diez o veinte linchadores.

Deberíamos prestar mayor atención a los trabajadores latinoamericanos en relación al imperialismo yanqui. Tendríamos que volvernos hacia Latinoamérica. El imperialismo norteamericano se está volcando en esa dirección.

[...]

Problemas norteamericanos [y sindicatos y conscripción]²²⁷

(7 de agosto de 1940)

Pregunta 1: ¿Cuál debería ser el papel de un revolucionario actualmente llamado a filas en Estados Unidos?

- a) ¿Debería tratar de evitar la conscripción?*
- b) ¿En qué medida el partido tendría que tratar de conservar sus cuadros?*
- c) ¿El partido debería concentrar la mayor parte de su fuerza en los sectores militares del país?*
- d) ¿Cuáles son los roles alternativos que puede jugar una revolucionaria en la guerra?*

Trotsky: Si se lo llama a filas, déjenlo alistarse. No creo que debiera tratar de evitar la conscripción; tiene que ir con su generación y participar en su vida. ¿El partido debería tratar de conservar sus cuadros y para eso evitar que entren al ejército? Esto significa conservarlos en un sentido muy malo. Si lo mejor de la población está movilizado, nuestros cuadros deben estar con ellos.

¿El partido debería concentrar la mayor parte de su fuerza en las organizaciones militares o industriales? Eso depende de la envergadura de la militarización y movilización. Si la mayor parte de la población está militarizada entonces la mayor parte de nuestro partido también estará en el ejército.

Acerca de las mujeres: en tanto las mujeres reemplacen a los hombres en muchas ramas de la industria y el trabajo social, nuestras camaradas cumplirán también el papel de su generación.

Deberíamos entender que la vida de esta sociedad, la política, todo, se basará en la guerra; por eso, el programa revolucionario debe también basarse en la guerra. No podemos oponernos a la realidad de la guerra con expresiones de deseo, con un piadoso pacifismo. Tenemos que colocarnos en el terreno de lucha creado por esta sociedad. El terreno es terrible (la guerra) pero en tanto seamos débiles e incapaces de tomar en nuestras manos los destinos de la sociedad, en tanto la clase dominante sea lo suficientemente fuerte como para imponernos esta guerra, estamos obligados a aceptar estas condiciones para nuestra actividad.

Leí un breve informe sobre una discusión que tuvo Shachtman con un profesor en Michigan; allí Shachtman formuló esta idea: “Tengamos un programa para la paz, no para la guerra; para las masas, no para el asesinato, etcétera”. ¿Qué significa esto? Si no tenemos paz, debemos tener un programa para la guerra y la burguesía no puede hacer nada excepto organizar la guerra. Ni Roosevelt ni Willkie están en condiciones de decidir libremente²²⁸; ellos deben preparar la guerra, y cuando la hayan preparado la deben conducir. Dirán que no puede ser de otra manera, a causa del peligro que representa Hitler, etcétera, del peligro japonés, etcétera. Hay sólo una forma de evitar la guerra, derribar a esta sociedad. Sin embargo, como somos demasiado débiles para esta faena, la guerra es

²²⁷ “Problemas norteamericanos”, en *Escritos, Tomo XI, Volumen 2*, páginas 234-251 del formato pdf en nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*. [No extractamos la discusión a fin de facilitar el contexto en la lectura].

²²⁸ Wendell Wilkie (1892-1944), fue el candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos en 1940.

inevitable. Se trata, entonces, en lo que hace a nosotros, no de lo mismo que sucede en los salones burgueses, “escribamos un artículo sobre la paz, etcétera”; eso es para publicaciones como *The Nation*. Nuestra gente debe tomarlo seriamente; tenemos que decir: la guerra es inevitable, por lo tanto, tengamos un programa obrero organizado para la guerra. La movilización de la juventud es parte de la guerra y se convierte en parte de nuestro programa.

No es seguro que Estados Unidos envíe enseguida una fuerza expedicionaria. Tengo la impresión de que no está dispuesto a enviar un ejército a Europa o a ninguna otra parte durante un par de años, porque no se puede crear un ejército así, de la noche a la mañana, en un país donde no existe una tradición militar como, por ejemplo, en Alemania, donde por siglos ha habido una tradición de militarismo prusiano.

Ahora bien, los capitalistas desean crear este tremendo ejército de millones de hombres, crear oficiales, crear un nuevo espíritu militar y han comenzado exitosamente cambiando las tendencias de la opinión pública de la nación hacia el militarismo. En el momento en que Roosevelt leyó su discurso electoral, la opinión pública estaba virulentamente a favor del aislacionismo, pero ahora todos esos sentimientos pertenecen al pasado (la infancia de la nación) a pesar de que dicho discurso se pronunció hace un par de meses.

Ahora el sentimiento nacional se inclina a favor de un poderoso ejército, una poderosa armada y una fuerza aérea similar. Esta es la atmósfera psicológica que rodea la creación de una maquinaria militar, y ustedes verán cómo se fortalece día a día, semana a semana. Habrá escuelas militares, etcétera, y se dará la prusianización de Estados Unidos. Los hijos de las familias burguesas se imbuirán de los sentimientos e ideales prusianos y sus padres estarán orgullosos de que sus hijos parezcan tenientes prusianos. En alguna medida, esto también ocurrirá entre los trabajadores.

Por esta razón debemos tratar de separar a los trabajadores del resto mediante un programa de educación, de escuelas obreras, de oficiales obreros dedicados al bienestar del ejército obrero, etcétera. No podemos escapar a la militarización, pero sí dentro de la maquinaria seguir la línea clasista. Los trabajadores yanquis no quieren ser conquistados por Hitler, y a los que les digan “tengamos un programa de paz” les contestarán: “Pero Hitler no quiere un programa de paz”. Por eso, nosotros decimos: defenderemos a Estados Unidos con un ejército obrero, con oficiales obreros, con un gobierno obrero, etcétera. Si no somos pacifistas que esperan un futuro mejor, y si somos revolucionarios activos, nuestra tarea es penetrar en toda la maquinaria militar. Por supuesto, fuera de este ejército mañana pueden seleccionar un cuerpo para enviar a algún campo de batalla, e, indudablemente, este cuerpo será aniquilado, pero la guerra es un negocio riesgoso y nosotros no podemos inventar ningún remedio contra estos riesgos.

Por supuesto, el partido puede hacer ciertas excepciones con aquellos hombres necesarios para alguna tarea específica, pero esto sólo tiene que ver con excepciones individuales, y aquí se está discutiendo la regla. Además, nuestros camaradas deberían ser los mejores soldados y oficiales, y, al mismo tiempo, los mejores militantes de clase. Deberían provocar en los trabajadores desconfianza hacia la vieja tradición, los planes militares de la clase burguesa y sus oficiales, e insistir en la necesidad de educar a oficiales obreros, que serán absolutamente leales al proletariado. En esta época, toda gran cuestión, nacional e internacional, se resolverá mediante las armas, no con medios pacíficos. Ello no depende de mi voluntad ni de la suya, sino que es causado por las contradicciones de la sociedad, que ha puesto ante nosotros este problema del cual no podemos escapar. Esa es la razón de por qué el deber de cada obrero y revolucionario es aprender a manejar las armas.

En lo que hace a los sindicatos, digamos que si hay una gran movilización perderán inmediatamente a sus mejores elementos y sólo quedará la gente mayor. Esta gente no parece tan persistente. Por otra parte, las generaciones más jóvenes, por primera vez en la historia, se sentirán armadas... ¡por el propio estado! Es absolutamente correcto pensar que en el primer periodo tendremos una explosión de patriotismo chovinista y que estaremos aislados, incluso más que ahora, y que la actividad se verá inevitablemente limitada por las represiones, pero debemos adaptarnos a la situación. Por eso sería doblemente estúpido presentar hoy en día una posición pacifista puramente abstracta; el sentimiento de las masas es que es necesario defenderse. Debemos decir: “Roosevelt (o Willkie) dice que es necesario defender al país. ¡Bien!, sólo que debe ser *nuestro* país, no el de las Sesenta Familias y su Wall Street. El ejército debe estar bajo nuestro propio comando; debemos tener nuestros propios oficiales, que nos serán fieles.” De esta forma podemos conseguir acercarnos a las masas, que no se alejen de nosotros, y así preparar el segundo paso, que tendrá que ser más revolucionario.

Debemos usar hasta el fin el ejemplo de Francia. Tenemos que decir: “¡Les advertimos, obreros, que ellos (la burguesía) les traicionarán! ¡Miren a Petain, que es amigo de Hitler!²²⁹ ¿Dejaremos que pase lo mismo en este país? Debemos crear nuestra propia maquinaria, bajo el control de los trabajadores.” Debemos ser cuidadosos para no identificarnos con los chovinistas, ni con los confusos sentimientos de autoconservación, sino que debemos entender sus sentimientos y adaptarnos a los mismos críticamente y preparar a las masas para una mejor comprensión de la situación; de lo contrario seguiremos siendo una secta, cuya variante pacifista es la más miserable.

También debemos decir que la guerra desarrolla una tendencia hacia la dictadura totalitaria. La guerra desarrolla la centralización, y en su transcurso la clase burguesa no puede permitir a los trabajadores ninguna nueva concesión. Los sindicatos se convertirán, por eso, en una suerte de Cruz Roja para los trabajadores, una suerte de institución filantrópica. Los propios patrones estarán bajo el control del estado, todo será sacrificado en aras del ejército, y la influencia sindical llegará a ser nula. Y tenemos que decir ahora: “Si no te colocas ante el problema sobre la base de que existe un ejército obrero, con escuelas obreras, oficiales obreros, etcétera, y vas a la guerra al viejo estilo militar, estarás condenado”. Y esto, a su manera, preservará los propios sindicatos.

Incluso si Estados Unidos envía ejércitos al extranjero, a Europa o Asia, y la tasa de mortalidad es elevada como cabe esperar, no podemos hacer excepciones con nuestros camaradas porque, por otra parte, no podemos prever el ritmo del desarrollo revolucionario en Europa y Asia, y quizás el ejército yanqui penetre en un país de esos continentes durante el comienzo de una revolución. En ese caso, dos o tres de nuestros hombres pueden jugar un papel tremendo en ese periodo. Pueden tratar de usar a este ejército yanqui contra esa revolución, y en ese caso incluso un hombre de coraje puede desviar al regimiento en otra dirección. Esto no puede preverse, pues hay muchas incógnitas; pero es por eso que decimos que es nuestra obligación ir con nuestra clase. Yo no creo que un revolucionario pueda permanecer al margen durante el primer periodo crítico, digamos un año aproximadamente, y luego venir con su bastón y galera y decir: “¡Ahora, camaradas, comenzaremos la revolución!” Discúlpenme por esta caricatura, pero si el revolucionario está en el ejército y les cuenta a los otros acerca de los peligros que existen en las instituciones burguesas y les aconseja crear un programa obrero para la guerra, a pesar de todos los ataques chovinistas que recibirá, e incluso si vuelve la

²²⁹ Henri Philippe Petain (1856-1951), líder militar de la Primera Guerra Mundial, acababa de convertirse en el premier del gobierno de Vichy en Francia (1940-1944). Su gobierno colaboró con la Alemania nazi. En 1945 fue acusado de traición y su sentencia a la pena de muerte fue conmutada por la de prisión perpetua por el general De Gaulle.

espalda, los demás dirán luego: “Recordemos, él nos advirtió”. Y entonces se convierte en una autoridad. Esto se repite en toda guerra, y no sólo en las guerras sino también en las huelgas y los movimientos sindicales. Todo lo que tienen que recordar es: “Este hombre nos advirtió y nosotros lo rechazamos”. Entonces se convierte en su líder, en un héroe.

Si los líderes sólo buscan preservarse a ellos mismos, terminan convirtiéndose en eso, en conservas, conservas secas. Si ingresan al movimiento, impulsan a otros cinco, diez, veinte. Es más importante multiplicar nuestros cuadros que preservarlos, y pueden multiplicarse por centenares. Nuestros cuadros necesitan educación y experiencia en los movimientos de masas, y ¿cómo pueden obtenerlas fuera de la vida de las masas? No, no es posible evadirse de nuestra época. Además, ¿tendríamos que llegar a arreglos con el estado mayor, y yo estoy seguro de que éste no estaría de acuerdo con la idea de que nos escapemos!

Pregunta 2: ¿Cómo acelerará o retardará el atraso de la clase obrera yanqui el crecimiento del fascismo?

a) ¿Cuáles son las posibilidades de que la dictadura de guerra se convierta en una cabal dictadura fascista?

Trotsky: El atraso de la clase obrera de Estados Unidos es sólo un término relativo. En muchos aspectos importantes es la clase obrera más progresiva del mundo: técnicamente, y en su nivel de vida.

En la actualidad podemos esperar un cambio en la situación económica de Estados Unidos, un cambio muy brusco, y luego, cuando venga la guerra, le seguirá la miseria. Incluso ahora, bajo el programa de militarización, con millones y millones metidos en la maquinaria bélica, el rápido descenso del nivel de vida de la clase obrera producirá un acelerado cambio de mentalidad en los trabajadores yanquis.

El trabajador yanqui es muy combativo, como lo hemos visto durante las huelgas. Ha hecho las huelgas más rebeldes del mundo. Lo que le falta es un espíritu de generalización, de análisis de su situación de clase en el conjunto de la sociedad. Esta falta de razonamiento social tiene su origen en la historia del país, el Lejano Oeste con la perspectiva de posibilidades ilimitadas para que todos se enriquecieran, etcétera. Ahora todo aquello pasó pero la mente permanece fijada en el pasado. Los idealistas piensan que la mente humana es progresiva, pero en realidad se trata del elemento más conservador de la sociedad. Su técnica es progresiva pero la mentalidad del trabajador se queda muy atrás. Su atraso consiste en su incapacidad para generalizar su problema; consideran todo sobre una base personal.

Ahora la guerra enseñará a los trabajadores yanquis el pensamiento social. La crisis económica ya ha comenzado y la primera reacción de los obreros, confusa pero importante, la vemos en la CIO. Comienzan a sentir como clase: ven de diez a catorce millones de desocupados, etcétera. Ahora la guerra seguirá enseñándoles el pensamiento social, y esto significa pensamiento revolucionario.

Acerca del fascismo: En todos los países donde triunfó el fascismo teníamos, antes del crecimiento del mismo y su victoria, una ola de radicalización de las masas; de los obreros, los campesinos y granjeros más pobres, y de la clase pequeñoburguesa. En Italia, después de la guerra y antes de 1922, tuvimos una ola de tremendas dimensiones; el estado estaba paralizado, la policía no existía, los sindicatos podían hacer lo que querían, pero no existía un partido capaz de tomar el poder. Como reacción vino el fascismo.

En Alemania lo mismo. Teníamos una situación revolucionaria en 1918; la clase burguesa ni siquiera pidió participar en el poder. Los socialdemócratas paralizaron la revolución. Luego los trabajadores intentaron de nuevo en 1922-23-24. Esta fue la época de la bancarrota del partido comunista, en donde habían ingresado los obreros. Luego, en

1929-30-31, los trabajadores alemanes nuevamente comenzaron una ola revolucionaria. Los comunistas y los sindicatos tenían una fuerza tremenda, pero entonces apareció la famosa política del social-fascismo, una política inventada para paralizar a la clase obrera. Sólo después de estas tres tremendas oleadas, el fascismo se convirtió en un gran movimiento. No hay excepciones a esta regla: el fascismo viene sólo cuando la clase obrera muestra una completa incapacidad para tomar en sus manos el destino de la sociedad.

En Estados Unidos ocurrió lo mismo. Ya hay elementos fascistas, que se inspiran, por supuesto, en el ejemplo de Italia y Alemania. Trabajan, por eso, con un ritmo más rápido. Pero ustedes también tienen el ejemplo de otros países. Las próximas olas históricas en Estados Unidos serán de radicalización de las masas, no de fascismo. Por supuesto, la guerra puede impedir la radicalización durante algún tiempo, pero luego le dará un ritmo y alcance tremendos. La guerra no puede cambiar orgánicamente los procesos sino sólo retrasarlos durante algún tiempo, y luego darles un empujón. La guerra, como hemos dicho antes, es sólo la continuación de la política por otros medios. En este sentido, estoy seguro de que en Estados Unidos tendrán muchas posibilidades de llegar al poder antes de que los fascistas puedan convertirse en una fuerza dominante.

No debemos identificar la dictadura bélica (la dictadura de la maquinaria militar, del estado mayor, del capital financiero) con la dictadura fascista. Para la última, primero es necesario que haya un sentimiento de desesperación en grandes masas del pueblo. Cuando los partidos revolucionarios los traicionan, cuando la vanguardia de los trabajadores muestra su incapacidad para conducir al pueblo a la victoria, entonces los campesinos, los pequeños negociantes, los desocupados, los soldados, etcétera, pueden soportar un movimiento fascista, pero sólo entonces.

Una dictadura militar es una institución puramente burocrática, reforzada por la maquinaria militar y basada en la desorientación de la gente y su sumisión a la misma. Después de algún tiempo sus sentimientos pueden cambiar, y pueden convertirse en rebeldes contra la dictadura militar.

Sí, el sentimiento contra la conscripción en Estados Unidos podría convertirse posiblemente en un punto de partida para tal rebelión. Aquí está nuestra oportunidad para mostrarles a los trabajadores como resuelve la clase burguesa sus problemas, y podríamos decir: “Vean, ahora ellos quieren imponerles un militarismo prusiano, con su falta de consideración por las vidas de los obreros”. Podríamos solicitar, posiblemente, la elección de oficiales, y en este sentido, ésta puede ser una consigna muy buena: “Oficiales elegidos por los propios soldados”.

Pregunta 3: ¿Cuál es la posibilidad de construir una economía independiente en el hemisferio occidental?

Trotsky: No muy buena, especialmente durante la guerra, cuando se profundizará la miseria en todo el hemisferio occidental. La guerra es sólo el comienzo; los resultados perdurarán por décadas. Incluso Hitler, que ahora tiene a Europa y mañana tendrá a Gran Bretaña, sólo cuenta con gente hambrienta. Debe disponer de las colonias, es decir de los océanos, y esto significa a su vez una lucha con Estados Unidos por los dominios de Gran Bretaña. Este conflicto sería muy largo y después de que los soldados y marineros alemanes hayan estado en la guerra volverán a un país de miseria, de hambre y peste. Estos son los logros de Hitler para los próximos años.

Cuando Estados Unidos vaya a la guerra introducirá una economía de guerra. Esto significa sacrificar todo a los objetivos castrenses y bélicos y miseria para la población. ¿Cómo puede haber una economía independiente en los Estados Unidos? En tiempos de paz tienen diez millones de desocupados, y esto en tiempos de relativa prosperidad; durante las crisis tienen de trece a catorce millones de desocupados. Además deben

exportar. Para eso necesitan importar. ¿Qué? ¿Productos que arruinen a sus granjeros, a quienes ahora se mantiene artificialmente? No, no hay posibilidad. En cambio, es necesario organizar un tipo de fascismo, un control organizado de la miseria, porque, ¿qué es el fascismo sino la organización de la miseria para el pueblo? El New Deal trató de hacerlo de una manera mejor pero no tuvo éxito, porque en ese periodo ustedes eran todavía demasiado ricos para una miseria fascista. Sin embargo, se empobrecerán más y más, y como consecuencia el próximo New Deal será fascista. La única solución lleva el nombre de socialismo.

La Conferencia Panamericana es probablemente la última forma espectacular de convulsión de la política rooseveltiana de buena vecindad²³⁰. Estados Unidos no puede entrar a una guerra mundial, o incluso hacer serios preparativos para la misma, sin asegurarse primero la total dominación de los países de América Latina. Su seguridad real está en la flota de aviones y barcos yanquis, de manera que debajo de la política de buena vecindad aparece el puño de hierro. Vimos que la Argentina era un poco rebelde, pero ésa fue su última convulsión de independencia. Washington no permitirá esa actitud de rebeldía. Los ejércitos, por supuesto, tienen un objetivo mundial, pero el paso inmediato se enfila hacia Sudamérica, para enseñarles a obedecer. Para Estados Unidos, Latinoamérica es lo que Austria y Checoslovaquia fueron para Hitler: un trampolín para mayores empresas.

En cuanto a si Estados Unidos tomara un control directo sobre los países latinoamericanos y Canadá, o dejará que permanezcan bajo la autoridad de gobernadores, *gauleiters*, ¡presenciaremos ambas cosas! Tendremos diferentes combinaciones en el próximo periodo y Washington impondrá las condiciones.

Pregunta 4: En su opinión, ¿había suficientes diferencias políticas entre la mayoría y la minoría para justificar una ruptura en el Partido Socialista de Los Trabajadores [norteamericano]?

Trotsky: Aquí también es necesario considerar la cuestión dialéctica, no mecánicamente. ¿Qué significa esta terrible palabra “dialéctica”? Significa considerar a las cosas en su desarrollo, no en su situación estática. Si tomamos las diferencias políticas tales como son ahora, podemos decir que no eran suficientes para una ruptura, pero si ellos desarrollaban una tendencia a apartarse del proletariado para volcarse a los círculos pequeñoburgueses, las mismas diferencias podían adquirir importancia absolutamente diferente, un peso diferente, porque iban a estar conectados con un grupo social diferente. Este es un punto muy importante.

La minoría rompió con nosotros a pesar de todas las medidas tomadas por la mayoría para que no se produjese la escisión. Esto significa que su sentimiento social interno era tal que les era imposible marchar junto con nosotros. Es una tendencia pequeñoburguesa, no proletaria. Si desean una nueva confirmación de esto, tenemos un excelente ejemplo en el artículo que escribió Dwight Macdonald²³¹.

Antes que nada, ¿qué caracteriza a un revolucionario proletario? Nadie está obligado a participar en un partido revolucionario, pero si lo hace debe considerar al partido con seriedad. Si nos atrevemos a llamar a la gente para que cambie revolucionariamente la sociedad, tenemos una tremenda responsabilidad, que debemos

²³⁰ La Conferencia Panamericana se celebró en La Habana, Cuba, en julio-agosto de 1940. Concluyó con un acuerdo para cesar las exportaciones a los países del Eje y estipulaba que Estados Unidos se haría cargo de las inversiones británicas y francesas en el caso de que esos países fueran derrotados en la guerra, como compensación por deudas impagadas de los mismos hacia Estados Unidos.

²³¹ Dwight Macdonald (1906-...), director de *Partisan Review* en ese tiempo, fue por poco tiempo miembro del SWP en 1939-1940, pero rompió con el mismo y siguió a Shachtman y Burnham. Pronto abandonó el Partido Obrero de Shachtman, se hizo proanarquista y luego un liberal de izquierda.

considerar muy seriamente. ¿Y qué es nuestra teoría, sino simplemente la herramienta de nuestra acción? Esta herramienta la constituye nuestra teoría marxista, porque hasta hoy no hemos encontrado otra mejor. Un trabajador no fantasea acerca de las herramientas; si son las mejores que puede conseguir las cuida; no las abandona ni pide otras, fantásticas e inexistentes.

Burnham es un snob intelectual. Toma un partido, abandona, toma otro. Un trabajador no puede hacer esto. Si ingresa a un partido revolucionario, se dirige a la gente, la convoca a la acción, es lo mismo que un general durante una guerra: debe saber adónde la está conduciendo. ¿Qué pensarían ustedes de un general que diga que él cree que las armas son malas, que sería mejor esperar diez años hasta que se inventen otras superiores, de manera que lo que todos tienen que hacer es irse a sus casas? Esa es la forma en que razona Burnham. Por eso abandonó el partido. Pero los desocupados quedan, la guerra continúa. Estas cosas no se pueden posponer. Por lo tanto el propio Burnham, no nosotros, es quien ha pospuesto la acción.

Dwight Macdonald no es un snob, sino un estúpido. Cito: “El intelectual, si debe cumplir una función útil en la sociedad, no debe engañarse ni engañar a otros. No debe aceptar como moneda buena lo que sabe que es falso, no debe olvidar en un momento de crisis lo que ha aprendido en un lapso de años y hasta de décadas”. Bien. Absolutamente correcto. Cito nuevamente: “Sólo si enfrentamos a los tormentosos y terribles años por venir con escepticismo y devoción, escepticismo hacia todas las teorías, gobiernos y sistemas sociales; devoción a la lucha revolucionaria de las masas, sólo entonces podremos justificarnos como intelectuales”.

Aquí tenemos a uno de los dirigentes del llamado Partido “Obrero”, que no se considera un proletario sino un “intelectual”. Habla de escepticismo hacia todas las teorías.

Nosotros nos hemos preparado para la crisis estudiando, construyendo un método científico, y ese método nuestro es el marxismo. Luego viene la crisis y el señor Macdonald dice “ser escéptico respecto de todas las teorías”, y después habla de la devoción por la revolución sin reemplazarla con una nueva teoría. A menos que se trate de su propia teoría escéptica. ¿Cómo podemos trabajar sin una teoría? ¿Cuál es la lucha de las masas y qué es un revolucionario? Todo el artículo es escandaloso y un partido que puede tolerar a un hombre así entre sus dirigentes no es serio.

Cito nuevamente: “¿Cuál es la naturaleza de la bestia [fascismo], entonces? Trotsky insiste en que no es ni más ni menos que el fenómeno familiar del bonapartismo, en el cual una camarilla se mantiene en el poder haciendo jugar una clase contra otra, dando de esta manera al poder estatal un carácter autónomo. Pero estos modernos regímenes totalitarios no son hechos coyunturales; ya han cambiado la estructura económica y social subyacente, no sólo manipulando las viejas formas sino también destruyendo su vitalidad interior. ¿La burocracia nazi es una nueva clase gobernante, entonces, y el fascismo una nueva forma de la sociedad comparable con el capitalismo? Eso tampoco parece ser cierto.”

Aquí crea una nueva teoría, una nueva definición del fascismo, pero desea, no obstante, que seamos escépticos respecto a todas las teorías²³². Por lo tanto, ¡también a los trabajadores él les diría que los instrumentos y herramientas con los que trabajan no son importantes, pero que ellos deben tener devoción a su trabajo! Creo que los trabajadores encontrarían una respuesta muy aguda para tal afirmación.

Es muy característico del intelectual desilusionado. Ve la guerra, la terrible época que se viene, con pérdidas, con sacrificios, y tiene miedo. Comienza a propagar el

²³² [La lucha contra el fascismo (y anexos), en estas mismas OELT-EIS.]

escepticismo y todavía cree que es posible unificar este escepticismo con la devoción revolucionaria. Sólo podemos desarrollar una devoción revolucionaria si estamos seguros de que es racional y posible, y no podemos tener tal seguridad sin una teoría de trabajo. El que propaga el escepticismo teórico es un traidor.

Nosotros analizamos diferentes elementos en el fascismo.

1) El elemento que el fascismo tiene en común con el viejo bonapartismo es el haber utilizado los antagonismos de clase con el fin de dar la máxima independencia al poder estatal. Pero siempre hemos subrayado que el viejo bonapartismo tuvo lugar en la época de ascenso de la sociedad burguesa, mientras que el fascismo es el poder estatal de la sociedad burguesa en declinación.

2) Que el fascismo es un intento de la clase burguesa para superar, para sobrepasar la contradicción existente entre la nueva técnica y la propiedad privada sin eliminar la propiedad privada. Es la “economía planificada” del capitalismo. Es un intento de salvar la propiedad privada y al mismo tiempo controlarla.

3) Superar la contradicción entre las nuevas y modernas técnicas de las fuerzas productivas dentro de los limitados marcos del estado nacional. Esta nueva técnica no puede limitarse a los marcos del viejo estado nacional y el fascismo intenta superar la contradicción. El resultado es la guerra. Ya hemos analizado todos estos elementos.

Dwight Macdonald abandonará el partido como lo hizo Burnham, pero como es un poquitito más perezoso lo hará más tarde. ¿Burnham fue considerado un “buen material” en un tiempo? Sí, el partido proletario de nuestra época debe utilizar a todo intelectual que pueda colaborar con él. Pasé muchos meses con Diego Rivera para salvarlo para nuestro movimiento, pero no tuve éxito. Pero todas las internacionales han vivido una experiencia así. La Primera tuvo problemas con el poeta Freiligrath, que también era muy caprichoso. La Segunda Internacional y la Tercera tuvieron problemas con Máximo Gorki. La Cuarta Internacional²³³ con Rivera. En todos los casos se alejaron de nosotros.

Burnham estuvo, por supuesto, más cerca del movimiento, pero Cannon tenía sus dudas acerca de él. Puede escribir, posee cierta inteligencia formal para pensar, no profunda pero hábil. Puede aceptar la idea de otro, desarrollarla, escribir un fino artículo acerca de ella y luego olvidarla. El autor puede olvidar, pero el trabajador no. Sin embargo, en la medida en que podamos utilizar a esa gente, la cosa va bien. Mussolini, en un tiempo, también fue “buen material”.

²³³ [Las series Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales, Internacional de Mujeres Socialistas, Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales y Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional.

Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista²³⁴

(agosto de 1940)

La fusión de las organizaciones sindicales con el poder estatal

Hay un aspecto común, en el desarrollo, o para ser más exactos en la degeneración, de las modernas organizaciones sindicales de todo el mundo; su acercamiento y su vinculación cada vez más estrecha con el poder estatal.

Este proceso es igualmente característico de los sindicatos neutrales, socialdemócratas, comunistas y “anarquistas”. Este solo hecho demuestra que la tendencia a “estrechar vínculos” no es propia de tal o cual doctrina, sino que proviene de condiciones sociales comunes para todos los sindicatos.

El capitalismo monopolista no se basa en la competencia y en la libre iniciativa privada sino en una dirección centralizada. Las camarillas capitalistas que encabezan los poderosos trusts, monopolios, bancas, etc. encaran la vida económica desde la misma perspectiva que lo hace el poder estatal, y a cada paso requiere su colaboración. A su vez los sindicatos de las ramas más importantes de la industria se ven privados de la posibilidad de aprovechar la competencia entre las distintas empresas. Deben enfrentar un adversario capitalista centralizado, íntimamente ligado al poder estatal. De ahí la necesidad que tienen los sindicatos (mientras se mantengan en una posición reformista, o sea de adaptación a la propiedad privada) de adaptarse al estado capitalista y de luchar por su cooperación. A los ojos de la burocracia sindical, la tarea principal es la de “liberar” al estado de sus ataduras capitalistas, de debilitar su dependencia de los monopolios y volcarlos a su favor. Esta posición armoniza perfectamente con la posición social de la aristocracia y la burocracia obreras, que luchan por obtener unas migajas de las superganancias del imperialismo capitalista.

Los burócratas hacen todo lo posible, en las palabras y en los hechos por demostrarle al estado “democrático” hasta qué punto son indispensables y dignos de confianza en tiempos de paz, y especialmente en tiempos de guerra. Al transformar los sindicatos en organismos del estado el fascismo no inventó nada nuevo: simplemente llevó hasta sus últimas consecuencias las tendencias inherentes al imperialismo.

Los países coloniales y semicoloniales no están bajo el dominio de un capitalismo nativo sino del imperialismo extranjero. Pero este hecho fortalece, en vez de debilitarla, la necesidad de lazos directos, diarios, prácticos entre los magnates del capitalismo y los gobiernos que, en esencia, dominan, los gobiernos de los países coloniales y semicoloniales.

Como el capitalismo imperialista crea en las colonias y semicolonias un estrato de aristócratas y burócratas obreros, éstos necesitan el apoyo de gobiernos coloniales y semicoloniales, que ejerzan el rol de protectores, de patrocinantes y a veces de árbitros.

²³⁴ Tomado de *Los marxistas y los sindicatos*, Cuadernos de formación editados por el *Germinal-Núcleo en defensa del marxismo*, páginas 74-78 del formato pdf. Según informa el número 69 de *Les cahiers du CERMTRI*, en su página 64, este texto corresponde con las notas encontradas sobre la mesa de Trotsky en el momento de su asesinato; solo son un inacabado borrador de un artículo que preparaba sobre las características generales del movimiento sindical en nuestra época. “Pero como tales, y a pesar de su forma inacabada y forzosamente incompleta, representan un análisis penetrante de la cuestión”; fechado en agosto de 1940, los subtítulos son de la edición de *Les cahiers du CERMTRI*.

Esta es la base social más importante del carácter bonapartista y semibonapartista de los gobiernos de las colonias y de los países atrasados en general. Esta es también la base de la dependencia de los sindicatos reformistas respecto al estado.

En México los sindicatos se han transformado por ley en instituciones semiestatales, y han asumido, como es lógico, un carácter semitotalitario. Según los legisladores, la estatización de los sindicatos se ha hecho en bien de los intereses de los obreros, para asegurarles cierta influencia en la vida económica y gubernamental. Pero mientras el imperialismo extranjero domine el estado nacional y pueda, con la ayuda de fuerzas reaccionarias internas, derrocar a la inestable democracia y reemplazarla con una dictadura fascista abierta, la legislación sindical puede convertirse fácilmente en una herramienta de la dictadura imperialista.

Consignas por la independencia de los sindicatos

A primera vista, podría deducirse de lo antedicho que los sindicatos dejan de serlo en la era imperialista. Casi no dan cabida a la democracia obrera que, en los buenos tiempos, en que reinaba el libre comercio, constituía la esencia de la vida interna de las organizaciones obreras. Al no existir la democracia obrera, no hay posibilidad alguna de luchar libremente por influir sobre los miembros del sindicato. Con esto desaparece, para los revolucionarios, el campo principal de trabajo en los sindicatos. Sin embargo, esta posición sería falsa hasta la médula. No podemos elegir a nuestro gusto y placer el campo de trabajo ni las condiciones en que desarrollaremos nuestra actividad. Luchar por lograr ejercer influencia sobre las masas obreras dentro de un estado totalitario o semitotalitario es infinitamente más difícil que en una democracia. Esto se aplica también a los sindicatos cuyo destino refleja el cambio producido en el de los estados capitalistas. No podemos renunciar a la lucha para lograr influencia sobre los obreros alemanes meramente porque el régimen totalitario hace allí muy difícil esta tarea. Del mismo modo no podemos renunciar a la lucha dentro de las organizaciones obreras de afiliación obligatoria creadas por el fascismo. Menos aún podemos renunciar al trabajo interno sistemático dentro de los sindicatos de tipo totalitario o semitotalitario solamente porque dependan directa o indirectamente del estado corporativo o porque la burocracia no les dé a los revolucionarios la posibilidad de trabajar libremente en ellos. Hay que luchar bajo todas estas condiciones creadas por la evolución anterior, en la que hay que incluir los errores de la clase obrera y los crímenes de sus dirigentes. En los países fascistas y semifascistas es imposible llevar a cabo un trabajo revolucionario que no sea clandestino, ilegal, conspirativo. En los sindicatos totalitarios o semitotalitarios es imposible o casi imposible llevar a cabo un trabajo que no sea conspirativo. Tenemos que adaptarnos a las condiciones existentes en cada país dado para movilizar a las masas no sólo contra la burguesía sino también contra el régimen totalitario de los propios sindicatos y contra los dirigentes que sustentan ese régimen. La primera consigna de esta lucha es: *independencia total e incondicional de los sindicatos respecto del estado capitalista*. Esto significa luchar por convertir los sindicatos en organismos de las grandes masas explotadas y no de la aristocracia obrera.

La segunda consigna es: *democracia sindical*. Esta segunda consigna se desprende directamente de la primera y presupone para su realización la independencia total de los sindicatos del estado imperialista o colonial.

En otras palabras, los sindicatos actualmente no pueden ser simplemente los órganos democráticos que eran en la época del capitalismo libre y ya no pueden ser políticamente neutrales, o sea limitarse a servir a las necesidades cotidianas de la clase obrera. Ya no pueden ser anarquistas, es decir que ya no pueden ignorar la influencia decisiva del estado en la vida del pueblo y de las clases. Ya no pueden ser reformistas, porque las condiciones objetivas no dan cabida a ninguna reforma seria y duradera. Los

sindicatos de nuestro tiempo pueden servir como herramientas secundarias del capitalismo imperialista para la subordinación y adoctrinamiento de los obreros y para frenar la revolución, o bien convertirse, por el contrario, en las herramientas del movimiento revolucionario del proletariado.

La neutralidad de los sindicatos es total e irreversiblemente cosa del pasado. Ha desaparecido junto con la libre democracia burguesa.

Necesidad del trabajo en los sindicatos

De todo lo anterior se desprende claramente que, a pesar de la degeneración progresiva de los sindicatos y de sus vínculos cada vez más estrechos con el estado imperialista, el trabajo en los sindicatos no solo no ha perdido su importancia, sino que la mantiene y, en cierta medida, hasta es incluso más importante que nunca para todo partido revolucionario. Se trata esencialmente de luchar para ganar influencia sobre la clase obrera. Toda organización, todo partido, toda fracción que se permita tener una posición ultimata respecto a los sindicatos, lo que implica darle la espalda a la clase obrera sólo por no estar de acuerdo con su organización, está destinada a perecer. Y hay que señalar que merece esa suerte.

En los países “atrasados”

Como en los países atrasados el papel principal no lo juega el capitalismo nacional sino el extranjero, la burguesía nacional ocupa, en cuanto a su ubicación social, una posición muy inferior a la que corresponde el desarrollo de la industria. Como el capital extranjero no importa obreros sino proletariza a la población nativa, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a ejercer el rol más importante en la vida nacional. Bajo tales condiciones, en la medida en que el gobierno nacional intenta ofrecer alguna resistencia al capital extranjero, se ve obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. En cambio, los gobiernos de países atrasados que consideran inevitable o más provechoso marchar mano a mano con el capital extranjero, destruyen las organizaciones obreras e implantan un régimen más o menos totalitario. De modo que la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado, corta de raíz toda posibilidad de un régimen democrático estable. El gobierno de los países atrasados, o sea coloniales o semicoloniales, asume en general un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren entre sí en que algunos intentan orientarse hacia la democracia, buscando el apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una cerrada dictadura policíaco militar. Esto determina también la suerte de los sindicatos: o están bajo el patrocinio especial del estado o sujetos a una cruel persecución. Este tutelaje del estado está determinado por dos grandes tareas que éste debe encarar: en primer lugar, atraer a la clase obrera para, así, ganar un punto de apoyo para la resistencia a las pretensiones excesivas por parte del imperialismo y al mismo tiempo disciplinar a los mismos obreros poniéndolos bajo control de una burocracia.

El capitalismo monopolista y los sindicatos

El capitalismo monopolista cada vez tiene menos interés en transigir con la independencia de los sindicatos. Exige que la burocracia reformista y la aristocracia obrera, que picotean las migajas que caen de su mesa, se transformen en su policía política a los ojos de la clase obrera.

Cuando no se puede lograr esto, se reemplaza la burocracia por el fascismo. Dicho sea de paso, todos los esfuerzos que haga la aristocracia obrera al servicio del imperialismo no podrán salvarla, a la larga, de la destrucción.

La intensificación de las contradicciones de clase dentro de cada país, de los antagonismos entre un país y otro, producen una situación en que el capitalismo imperialista puede tolerar (claro que por cierto lapso de tiempo) una burocracia

reformista, siempre que ésta le sirva directamente como un pequeño pero activo accionista de sus empresas imperialistas, de sus planes y programas, tanto dentro del país como en el plano mundial. El social-reformismo debe convertirse en social-imperialismo para poder prolongar su existencia, pero para prolongarla y nada más. Ese camino no tiene, en general, una salida.

¿Significa esto que en la era del imperialismo la existencia de sindicatos independientes es, en general, imposible? Sería básicamente erróneo plantear así esta cuestión. Lo que es imposible es la existencia de sindicatos reformistas independientes o semiindependientes. Es muy posible la existencia de sindicatos revolucionarios que no sólo no sean agentes de la política imperialista, sino que se planteen como tarea directamente el derrocamiento del capitalismo dominante. En la era de la decadencia imperialista los sindicatos solamente pueden ser independientes en la medida en que sean conscientes de ser en la práctica los organismos de la revolución proletaria. En este sentido, el programa de consignas de transición adoptado por el último congreso de la IV Internacional no es sólo un programa para la actividad del partido, sino que, en sus líneas esenciales, es el programa para la actividad de los sindicatos.

En los países coloniales o semicoloniales

El desarrollo de los países atrasados se caracteriza por su carácter combinado. En otras palabras: la última palabra en tecnología, economía y política imperialistas se combina en esos países con el primitivismo y el atraso tradicionales. El cumplimiento de esta ley puede ser observado en las esferas más diversas del desarrollo de los países coloniales y semicoloniales, incluso en el movimiento sindical. El capitalismo imperialista opera aquí de la manera más cínica y desnuda. Transporta a un terreno virgen los métodos más perfeccionados de su tiránica dominación.

En Inglaterra

En el último período se puede notar en el movimiento sindical de todo el mundo un giro a la derecha y la supresión de la democracia interna. En Inglaterra fue aplastado el Movimiento de la Minoría de los sindicatos (no sin ayuda de Moscú); los dirigentes sindicales son hoy, especialmente en el terreno de la política exterior, fieles agentes del Partido Conservador.

En Francia

En Francia no había cabida para la existencia independiente de sindicatos estalinistas. Se unieron a los llamados anarco-sindicalistas bajo la dirección de Jouhaux, y el resultado de esta unificación no fue un giro general a la izquierda, sino a la derecha.

La dirección de la CGT es el agente más directo y abierto del capitalismo imperialista francés.

En los Estados Unidos

En los Estados Unidos el movimiento sindical ha pasado en los últimos años por su período más borrascoso. El surgimiento del CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) es una evidencia irrefutable de la existencia de tendencias revolucionarias en las masas obreras. Sin embargo, es significativo y muy importante de señalar el hecho que la nueva organización sindical izquierdista, apenas acabada de fundar, cayó en el férreo abrazo del estado imperialista. La lucha en las altas esferas entre la vieja y la nueva federación puede en gran medida reducirse a la lucha por la simpatía y el apoyo de Roosevelt y su gabinete.

En España

No menos significativo es, en un sentido diferente, el cuadro del desarrollo o degeneración del movimiento sindical en España. En los sindicatos socialistas quedaron todos los elementos que en alguna medida representaban dentro de la dirección la

independencia del movimiento sindical. En cuanto a los sindicatos anarco-sindicalistas, se transformaron en instrumentos de los republicanos burgueses.

Sus dirigentes se convirtieron en ministros burgueses conservadores. El hecho que esta metamorfosis se produjera en condiciones de guerra civil no atenúa su significación. La guerra no es más que una continuación de la política de todos los días. Acelera procesos, deja a la vista sus rasgos esenciales, destruye lo corrompido, lo falso, lo equívoco y deja al desnudo lo esencial. El giro a la derecha de los sindicatos se debe a la agudización de las contradicciones de clase e internacionales. Los dirigentes del movimiento sindical sintieron o entendieron (o les hicieron entender) que no es el momento de jugar a la oposición. Todo movimiento de oposición dentro del movimiento sindical, especialmente en las altas esferas, amenaza con provocar una movilización borrascosa de las masas y crearle dificultades al imperialismo nacional. De ahí el giro a la derecha y la supresión de la democracia obrera en los sindicatos. El rasgo fundamental, el vuelco hacia un régimen totalitario, se da en el movimiento obrero de todo el mundo.

En Holanda

También deberíamos tener en cuenta a Holanda, donde no sólo el movimiento reformista y sindical eran los más seguros soportes del capitalismo imperialista, sino que también la llamada organización anarco-sindicalista estaba en realidad bajo el control del gobierno imperialista. El secretario de esta organización, Sneevliet, a pesar de su simpatía platónica hacia la Cuarta Internacional, estaba muy preocupado como diputado del parlamento holandés para que la cólera del gobierno no cayera sobre su organización sindical.

En este país, el Ministerio de Trabajo, con su burocracia izquierdista, tenían como tarea la subordinación del movimiento sindical al estado democrático, y es preciso decir que hasta ahora la ha llevado a cabo con bastante éxito.

En México

La nacionalización de los ferrocarriles y de los campos petrolíferos en México no tiene, por supuesto, nada que ver con el socialismo. Es una medida de capitalismo de estado en un país atrasado que busca de este modo defenderse por un lado del imperialismo extranjero y por el otro de su propio proletariado. La administración de los ferrocarriles, campos petrolíferos, etcétera, por medio de organizaciones obreras no tiene nada que ver con el control obrero de la industria, porque en última instancia la administración se hace por intermedio de la burocracia obrera, que es independiente de los obreros, pero depende totalmente del estado burgués. Esta medida tiene, por parte de la clase dominante, el objetivo de disciplinar a la clase obrera, haciéndola trabajar más al servicio de los intereses comunes del estado, que superficialmente parecen coincidir con los de la propia clase obrera. En realidad, la tarea de la burguesía consiste en liquidar a los sindicatos como organismos de la lucha de clases y sustituirlos por la burocracia como organismos de dominación de los obreros por el estado burgués. En tales condiciones la tarea de la vanguardia revolucionaria es emprender la lucha por la total independencia de los sindicatos y por la creación de un verdadero control obrero sobre la actual burocracia sindical, a la que se le ha entregado la administración de los ferrocarriles, de las empresas petroleras, etc.

El anarquismo

Los sucesos de los últimos tiempos (antes de la guerra) han demostrado muy claramente que el anarquismo, que en cuanto teoría no es más que un liberalismo llevado hasta sus últimas consecuencias, no era en la práctica más que propaganda pacifista dentro de la república democrática, cuya protección necesitaba. Si hacemos abstracción de los actos de terrorismo individual, etcétera, el anarquismo, como sistema de movilización de masas y como política, no ofrece más que material de propaganda bajo la pacífica

protección de las leyes. En situaciones de crisis los anarquistas siempre hacen lo contrario de lo que predicaban en tiempos de paz. Esto ya lo había señalado el propio Marx refiriéndose a la Comuna de París. Y se ha repetido, en mucha mayor escala, en la experiencia de la Revolución Española.

Los sindicatos democráticos, en el viejo sentido del término, es decir de cuerpos en los que luchaban en el seno de la misma organización de masas más o menos libremente diferentes tendencias, ya no pueden existir. Del mismo modo que no se puede volver al estado democrático-burgués, tampoco es posible volver a la vieja democracia obrera. El destino de una refleja el de la otra. En realidad, la independencia de clase de los sindicatos en cuanto a sus relaciones con el estado burgués solamente puede garantizarla, en las condiciones actuales, una dirección de la Cuarta Internacional. Naturalmente, esta dirección debe y puede ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible bajo las condiciones concretas actuales. Pero sin la dirección política de la Cuarta Internacional la independencia de los sindicatos es imposible.

**Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
 - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
 - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
 - *04. Obres escollides de Lenin en català*
 - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
 - *06. León Sedov: escritos*
 - *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
 - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
 - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
 - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
 - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
 - *14. Lenin: dos textos inéditos*
 - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
 - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano

(enlace desde imagen)

Alejandro Proletaria

